

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA



Universidad de Navarra
Facultad de Filosofía y Letras

*Sobre la idea práctica
en la filosofía de la acción de Carlos Llano*

Víctor Isolino Doval González

Tesis doctoral dirigida por
el Prof. Dr. Luis Fernando Múgica Martinena
(codirector: Prof. Dr. José Manuel Núñez Pliego)

Pamplona, 2018

A Elena

A don Ángel Luis González,
In memoriam

Índice

Introducción	5
Capítulo I	
El germen de la teoría de la idea práctica en la formación filosófica de Carlos Llano.....	19
I. Preámbulo biográfico.....	19
1. Justificación.....	19
2. Descubrimiento de la filosofía.....	21
a. Entre México y España.....	24
b. Llano y el Opus Dei.....	30
c. Pensamiento y acción.....	33
II. Dos antecedentes.....	41
1. William James	42
2. Réginald Garrigou-Lagrange.....	54
a. León XIII y el fin de un siglo.....	55
b. Pío X toma el relevo.....	59
c. El modernismo.....	61
d. De Auch a Roma.....	65
III. Conclusión.....	76
Capítulo II	
El sentido de <i>prâxis</i> en Llano.....	83
I. Introducción.....	85
1. La <i>πραξις</i> y la práctica llanista.....	86
2. El singular y la práctica.....	92
3. Técnica y práctica.	100
4. La <i>πραξις</i> de la acción directiva	104
II. La discusión Llano-Sánchez Vázquez en torno a la <i>prâxis</i>	109
1. Adolfo Sánchez Vázquez y el marxismo.....	110
a. El hombre común y la conciencia ordinaria.....	112
b. La filosofía de la praxis: el materialismo como solución al idealismo.....	116
2. Enajenación y trabajo.....	125
a. La empresa según Llano.....	132
i. Comunidad de personas.....	132
ii. Trabajo directivo y trabajo operativo.....	139
iii. Trabajo de personas en orden a un mismo fin.....	144
b. El trabajo y la <i>πραξις</i>	146
i. La acción directiva en el trabajo: reflexión y voluntad.....	152
III. Conclusión.....	157

Capítulo III

La idea práctica: el realismo llanista y la causa ejemplar.....	167
I. El realismo llanista.....	168
1. El <i>atolladero</i> inmanentista.....	173
2. El realismo llanista ante el inmanentismo.....	179
3. El <i>suppositum</i>	191
II. Definición de <i>idea práctica</i>	201
1. «El entendimiento es especulativo por naturaleza».....	204
2. El desdoblamiento del entendimiento.....	208
3. La idea práctica: plexo entre entendimiento y acción.....	218
a. Ejemplaridad: formalismo e idea práctica.....	219
b. La idea práctica es idea.....	226
c. La idea práctica como proceso regulador abierto.....	234
d. La idea práctica y la <i>prâxis</i>	242
III. Consideraciones finales en torno a la ejemplaridad en Llano.....	248
1. La causa ejemplar y la idea práctica.....	249
2. Causalidad y <i>prâxis</i>	254

Capítulo IV

Hacia una <i>paideia</i> llanista.....	261
I. Prolegómenos a una idea de hombre en torno a la formación del carácter.....	262
1. Reflexión volitiva y libertad.....	268
2. La creatividad y el proyecto.....	274
3. El carácter como posesión de virtudes.....	280
II. Plasticidad y dirección: la idea práctica en el proceso formativo.....	296
1. El reciclaje cibernético.....	297
2. El juicio reduplicativamente práctico.....	303
III. La <i>paideia</i> llanista.....	307
1. Lo modélico práctico.....	310
2. Ámbitos formativos del carácter.....	312
a. Familia y universidad.....	313
b. Breve consideración sobre la empresa como ámbito formativo del carácter.....	326

Conclusiones.....	335
-------------------	-----

Bibliografía.....	343
-------------------	-----

Introducción

*¿Cómo se puede desear algo conforme
a una tabla matemática?*¹

DOSTOIEVSKI

1.— Justificación

Quizá sea Antonio Millán-Puelles quien con mayor gracia e inteligencia se haya pronunciado sobre el filósofo mexicano Carlos Llano Cifuentes (ciudad de México: 17 de febrero de 1932 - Miami, EEUU: 5 de mayo de 2010). Con la habitual chispa andaluza y enorme capacidad de síntesis, escribió:

«Carlos Llano entiende de negocios casi tanto como de filosofía; pero, justo por ello, no se limita a ahorrarse el mal negocio de cifrar la libertad en el tener, sino que también ha querido tomarse la libertad de hacer lo que está en su mano para que sus amigos y lectores veamos claramente en qué consiste el uso óptimo –la mejor inversión– de nuestro capital de libertad»².

A quien se adentre por primera vez en la obra de Llano no le supondrá mayor esfuerzo identificar una constante en su pensamiento. El descubrimiento ocurriría incluso si ese contacto primero fuese superficial y apurado. Me refiero al interés del autor por la realidad. Por eso, su filosofía versa sobre el mundo de la vida corriente. De ahí que la acción sea el motivo y objeto de su quehacer filosófico.

Tal y como el curioso de mi ejemplo advertiría, la acción aparece a lo largo de todo el corpus. Pero no en el sentido usual del término, como mero hacer o simple actividad. Llano la entiende como el modo de ser del hombre. Así, la antropología marcará también su pensamiento, con una especial dedicación a la libertad.

¹ F. DOSTOIEVSKI, *Memorias del subsuelo*, Cátedra, Madrid 2015, p. 91.

² A. MILLÁN-PUELLES, *Prefacio*, en *Las formas actuales de la libertad*, Trillas, México 1983, p. 8.

Además de que la propia vigencia del pensamiento de Llano a la que aludí al principio vuelve oportuno empezar a estudiarlo, encuentro tres razones para emprender esta investigación en particular: 1) la original aproximación del autor a la acción mediante la síntesis de tradiciones diversas, 2) que en su filosofía de la acción convergen una fenomenología de la libertad y sus estudios sobre la voluntad y 3) la crítica que hace a pensadores de variado cuño. Esta crítica le permitió construir una metafísica y una epistemología de cepa aristotélico-tomista, que enriqueció con su lectura y crítica a Heidegger, Jaspers y Husserl.

Ahora bien, en la obra de Llano se aprecia un elemento que la vertebraba, distinguible a lo largo de su extenso *corpus*: la idea práctica. En un primer momento, la noción así planteada parece una *contradictio in terminis*, como el propio Llano lo admite³. Tal es la primera razón que me motiva a ocuparme del tema: que la propuesta misma es susceptible de considerarse frustrada de origen. Hay una más: que, a pesar de ese aparente fallo intrínseco, recorre todo el pensamiento de Llano, incluso, como una teoría de la idea práctica.

Uno de los esfuerzos principales consistirá en probar cómo ella se verifica en –e, incluso, permite comprenderlo– el mundo de la vida corriente, cuyo terreno se ensancha mucho más allá de los límites racionalistas. ¿Qué otro destino tiene la idea abstracta que el de constituirse en objeto de elucubraciones? Asombrosamente, Llano afirmará que la idea o es práctica o no es idea porque, a diferencia de aquélla, la idea práctica –esa que constituye el proyecto del hombre– establece una relación íntima que rebasa al ámbito intelectual y mueve a la voluntad a apostar por ella, quedar con ella comprometido y dar lugar a la acción en un parto, no a la manera del intelectualismo socrático –porque lo que se ha logrado es superar el plano de lo puramente intelectual– sino en orden a lo que se quiere. Es ahí, en la entraña de la voluntad y la libertad humanas, donde el agente adquiere su verdadero sentido, mediante su decisión.

Es válido suponer que alrededor de la propuesta de forja del carácter que hace Llano gravitan sus teorías sobre la acción directiva y de la idea práctica.

³ «Puede parecer que el intento de analizar la *idea práctica* se encuentra frustrado de origen, porque las ideas no son prácticas a primera vista. Bien que idea se tomara de εἶδος o forma, como lo hace santo Tomás, bien que se tomara de εἶδω que es ver, como lo hace Luis Vives, el concepto al que se refiere llevaría una inseparable connotación especulativa o teórica, de manera que la idea, de suyo y por sí, no implicaría practicidad alguna; en tanto que la práctica, de suyo y por sí, comporta a su vez un ingrediente de subjetividad que casa mal con la supuesta esencia objetiva y contemplativa correspondiente al acto y ideatorio y a su producto o idea». C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), EUNSA, Pamplona 2007^{2a}, p. 17. Esta contradicción no sólo es nominal, como me ha hecho ver el doctor Miguel Alejandro García Jaramillo.

Incluso, ambas podrían entenderse como su fundamento: la primera permite entender la directividad de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ y los alcances del autogobierno: la capacidad del hombre para dirigir su acción hacia un bien determinado; la segunda explica el engarce del entendimiento y la voluntad, su compleja articulación en orden a la acción.

La $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ tiene que ver con la libertad y la posibilidad que el hombre tiene de recrearse. El hombre define su carácter y crea, de alguna manera, el mundo que habita. Al ser proyecto de sí mismo también crea una cultura. Me parece que a partir de esta constatación es posible afirmar que hay una propuesta de forja de carácter en el fondo de la filosofía de la acción del autor.

Cuando explicaba la importancia del esfuerzo en la forja del carácter, Llano solía acudir a la promesa publicitaria de aprender inglés sin esfuerzo. «¿De qué me sirve un vago bilingüe?», se preguntaba. Es llamativo ver el ahínco con el que insistía en llevar una vida esforzada en aras de la adquisición de virtudes. Lo contrario supondría vivir como lagartija: hacerse al modo del ambiente exterior, vivir sin densidad ni peso en una permanente ratificación de la dependencia al medio en el que se encuentra hasta dejar de ser hombre. Las exigencias actuales –cívicas, políticas y empresariales– ameritan adentrarse en la filosofía del autor.

2.— Objetivos

Por lo anterior, el propósito general de esta investigación es exponer los alcances de la teoría de la idea práctica, formulada por Llano en torno a la ejemplaridad, la voluntad y el entendimiento práctico. Lo que pretendo probar es que esta teoría vertebra la filosofía de la acción del autor y, además, que sostiene conceptualmente un proyecto formativo en su propia filosofía antropológica.

A lo largo de estas páginas intentaré probar que las aplicaciones de la filosofía de la acción llanista también se explican mediante su teoría de la idea práctica, como conceptualización de un complejo proceso que permite al hombre dar ese salto al vacío que es la ejecución de lo pensado, incluso a sabiendas de que, en orden a la práctica, la sola idea es «completamente estéril», en la traducción de Llano del axioma escolástico según el cual *idea est infecunda*

omnino. La teoría de la idea práctica corre a la par de la propia actividad humana en el inabarcable ámbito de su creatividad.

Espacio principal de esa aplicación es la acción directiva, como actividad primigenia de la formación caracterológica del propio ser de la persona: el arte de dirigir no puede marginarse del arte de ser hombre.

De este objetivo general se desprenden cuatro específicos: 1) exponer el alcance de la filosofía de la acción de Llano, 2) mostrar que él formula una teoría de la idea práctica a la luz de su fundamento metafísico y epistémico, dentro del realismo, 3) analizar la *πρᾶξις* tal y cómo fue entendida por Llano, sobre todo, a partir de sus estudios sobre la inteligencia y la voluntad, y su crítica al idealismo y al marxismo y 4) identificar si en el *corpus* hay suficientes elementos susceptibles de ser constitutivos de un proyecto formativo del hombre –de civilización y cultura– y si cabe conceptualizarlo bajo la noción de *paideia*.

3. – Planteamiento

Mi planteamiento inicial es que la teoría de la idea práctica propuesta por Carlos Llano ocupa un sitio privilegiado en la simiente, desarrollo y culmen de su pensamiento. Late en toda su obra, no sólo en la filosófica, sino también en sus libros, artículos y notas técnicas de índole divulgativa. Dicha teoría fue expuesta por primera vez en el curso académico 1988-1989, durante un seminario impartido a los candidatos al programa doctoral de Filosofía que la Universidad de Navarra había iniciado el curso anterior, bajo régimen de convenio, con la Universidad Panamericana (México)⁴. El primer fruto de este seminario fue un artículo publicado en 1993⁵, en el que Llano ya plantea *ex*

⁴ En entrevista con Arturo Picos Moreno, el 17 de febrero de 2018. Arturo Picos es actual profesor del Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa –IPADE, escuela de negocios de la Universidad Panamericana– y director de la cátedra «Carlos Llano» (dependiente de ambas instituciones); sus aportaciones a este trabajo son inestimables. El profesor Picos –a quien he consultado algunos puntos de los expuestos aquí y me permitió trabajar en el archivo de Carlos Llano, dependiente de la cátedra bajo su dirección– fue alumno (1974-1977) del autor y colaborador suyo en el IPADE; ha estudiado aspectos relevantes de su pensamiento, en específico, sobre la libertad. En concreto, Picos corrigió la traducción que hizo Llano de la cuestión 6 del *De malo* de santo Tomás, incluida como apéndice en *Examen filosófico del acto de la decisión*. Por encargo de Llano, Picos revisó el manuscrito de esta obra y dos más: *Las formas actuales de la libertad* y *Nudos del humanismo del XXI*.

⁵ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, «Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana»/4 (1993), pp. 61-84

professo la noción de idea práctica y ofrece una primera articulación de sus fundamentos teóricos.

Aunque antes de esta publicación no se había referido a ella de manera expresa, la noción y sus postulados esenciales ya figuraban en sus dos primeros libros –*Análisis de la acción directiva* (1979) y *Las formas actuales de la libertad* (1983)–; en ambos casos, la idea práctica aparece como presupuesto teórico.

Los principios de la filosofía de Llano están contenidos, precisamente, en estas dos obras inaugurales. Por ello, será ineludible un detenido examen de la libertad y de la acción directiva. Ésta última tiene como punto de partida los postulados aristotélicos comentados por santo Tomás en el conocido tratado sobre la prudencia, de la *Summa Theologiæ*.

Luego, trataré de probar si Llano hace una propuesta sobre la acción humana desde tres ámbitos: 1) metafísico –la realidad no es la idea de la realidad–, 2) noético –la insuficiencia de la inteligencia para actuar– y 3) antropológico –la idea práctica es idea ejemplar en orden a la acción–. Lo que intentaré comprobar, finalmente, es si es posible que el hombre sea materia de su propia transformación sobre los planteamientos y funcionamiento de la teoría de la idea práctica.

He dividido la investigación en cuatro capítulos. A continuación, hago una puntualización de la temática y contenido de cada uno.

a. – Sobre el capítulo I

El capítulo se dividirá en dos partes. La primera estará dedicada a presentar a Carlos Llano. Sin mayores pretensiones biográficas, me limitaré a exponer momentos puntuales de su vida. Las notas a pie de página son muy extensas en este apartado; soy consciente de que ello podría complicar la lectura y ofrezco una lectura al lector. Sin embargo, me pareció la manera menos engorrosa de consignar algunos datos biográficos poco conocidos y sobre los que valdría la pena hacer precisiones. Al final, mi intención es enriquecer el perfil del autor.

Seguidamente, ofreceré el contexto temporal e intelectual que enmarca la entrada de Llano a la filosofía para ver en qué medida ese circunstancia afectó la configuración de su pensamiento. La reconstrucción marca ese momento histórico. Por un lado, Europa acaba de salir de la guerra y cuenta con poco más de un lustro tratando de cicatrizar sus profundas y dolorosas heridas. Por otro

lado, la nueva composición política del mundo impone nuevos derroteros a la filosofía. La intelectualidad francesa encabeza una revitalización de la llamada modernidad, que empieza a ganar adeptos entre teólogos y filósofos católicos de Europa occidental.

En este ambiente de crisis y recomposición, Llano llega a Roma para iniciar su formación filosófica en el Pontificium Athenæum Internationale Angelicum, cuya misión es preservar el legado de santo Tomás como directriz filosófica y teológica de los pensadores católicos y, en esa etapa particular, para enfrentar la propagación del inmanentismo –noción acuñada por la propia neoescolástica– y de la metafísica racionalista.

Revisar –aunque sea someramente– la vida y el pensamiento de Garrigou-Lagrange permitirá comprender mejor en qué medida contribuyó en la construcción de la filosofía llanista, sobre todo, en la delineación de su realismo. Este punto me parece ineludible, dado que la principal indagación intelectual del autor versa sobre los mismos temas que trabajó el dominico –la posibilidad de una metafísica no racionalista, por mencionar un caso– y fue llevada a cabo también a la luz del tomismo.

Aprovecho para anotar aquí como ejemplo que en la *Etiología de la idea de la nada* –escrita por Llano a partir de su tesis sobre el principio de contradicción– se aprecia la influencia su maestro del Angelicum, sobre todo en cuanto a la llamada filosofía del sentido común.

Llano se declaró enemigo de la pureza epistemológica y de las expresiones inmanentistas derivadas de la modernidad. Ante una realidad rota, donde la idea se antepone a la real, el esfuerzo del filósofo mexicano se centra en restituir la unidad ontológica que el idealismo puso bajo sospecha. Así se explica su incesante diálogo con Platón, Descartes, Kant, Leibniz y Hegel, a quienes siempre consideró el frente antagónico de su metafísica. Su tetralogía *Bases noéticas para una metafísica no racionalista* constituye el destilado de una labor especulativa que se prolongó durante cuarenta años en las aulas de la Facultad de Filosofía de la Universidad Panamericana. Ahí, volvió una y otra vez a la pregunta por el ser y por el conocimiento del ser.

Por otro lado, es imposible comprender el interés de Llano en la práctica al margen de William James, con quien entró en contacto muy joven, a instancias de su padre, y que luego estudió con atención en el Angelicum al amparo de Garrigou-Lagrange. El norteamericano le sirvió de contrapunto y, a propósito de sus estudios psicológicos, pudo ahondar en el análisis de la voluntad y la motivación, a la luz del *De malo* de santo Tomás. Al escudriñar en

la obra de James me propongo identificar los puntos de convergencia, en orden –sobre todo– a la definición del realismo de Llano. ¿Hay puntos de contacto entre el realismo metafísico aprendido en el seno de la neoescolástica y la filosofía de James? ¿Podría considerarse el pragmatismo como uno de los componentes de la crítica de Llano al idealismo y al marxismo? ¿Qué tanto influyó en su formulación de la teoría de la idea práctica?

b. — Sobre el capítulo II

Una vez enmarcada la génesis de la idea práctica en la filosofía del autor, dedicaré el segundo capítulo al análisis de la noción de *πρᾶξις*, que articula el pensamiento de Llano. Como parte de este examen, estudiaré la prolongada discusión que el autor sostuvo con Marx y el concepto marxista de trabajo. Me basaré para ello en *Análisis de la acción directiva*, que toma como contrapunto la teoría de la praxis de Adolfo Sánchez Vázquez.

Para ahondar en la relación del pensamiento llanista con el marxismo, tendré presente la crítica que Eduardo Nicol hizo de esta llamada teoría de la praxis. Nicol fue maestro de Llano en la UNAM. Sus objeciones puntuales a Sánchez Vázquez –así como sus estudios sobre el helenismo– influyeron en la concepción de la *prâxis* del autor.

En este punto, me detendré en el minucioso examen que el autor hace del acto de la decisión y sus consecuencias en el ámbito del trabajo y la empresa, con sus implicaciones ulteriores. Para detallar lo más posible la concepción llanista de la *prâxis*, a la luz de su estudio sobre la decisión, indagaré en los aspectos más relevantes de la voluntad y la *reflexio* dentro del *corpus*.

c. — Sobre el capítulo III

Luego de aclarar la noción de *πρᾶξις* y mostrar su importancia en orden a la formulación de la teoría de la idea práctica, el tercer capítulo estará dedicado a explicar la elaboración, desarrollo y alcance de dicha teoría. Para ello, habrá que establecer las puntualizaciones en torno al realismo metafísico del autor, como fundamento de la definición de idea práctica. De tal modo, con apoyo en la

tetralogía *Bases noéticas para una metafísica no racionalista*, intentaré reelaborar la crítica llanista al racionalismo, con especial hincapié en los postulados surgidos de su estudio sobre el conocimiento del singular.

Luego, examinaré la conceptualización de la idea práctica. Llano toma como punto de arranque la singular lectura que Séneca hace de *Metafísica* 1013a 24-1014b 25. Seguidamente, identificaré y analizaré los componentes de la teoría: la distinción entre entendimiento teórico y entendimiento práctico en orden a la acción, la volición, su polivalencia causal y la noción de ejemplaridad. En este punto, me centraré en esclarecer el alcance de la idea práctica como causa ejemplar –no en el plano poiético, sino en el práxico– y su desdoblamiento hasta volverse en fundamento de posibilidad de un proyecto vital en términos modélicos.

d.— Sobre el capítulo IV

El propósito del último capítulo será especificar los elementos dentro de la antropología filosófica del autor que permite identificar una propuesta formativa de la persona para, luego, determinar que esa propuesta cuenta con los requisitos suficientes para ser considerada como *paideia*, al modo de un proyecto de forja del carácter y, como consecuencia, de prefiguración de una civilización y una cultura, en el sentido de *Bildung*.

Así, para explicar la idea de hombre elaborada por Llano, de la que se desprenden los pormenores de su *paideia*, partiré de tres perspectivas en torno a la libertad y la concepción del hombre como proyecto de sí mismo: 1) la de la reflexión volitiva, 2) la de la creatividad y 3) la del carácter, entendido como posesión de virtudes y, por ende, como factor modélico. Seguidamente, expondré los argumentos para mostrar que esa propuesta formativa llanista se enmarca en la teoría de la idea práctica, como herramienta conceptual para una idea ejemplar de hombre, asequible dentro de la dinámica de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$.

Seguidamente, analizaré las razones por las que Llano considera a la familia, la universidad y la empresa como ámbitos formativos del carácter. En este punto, me ha llamado la atención la destacada importancia que el autor otorga en sus últimas obras al estudio de la relación sistemas *versus* persona; el análisis se basará en lo derivado de dicho examen.

El recorrido hacia la conceptualización de la *paideia* llanista inicia en *Análisis de la acción directiva*. La hoja de ruta fue trazada por el propio Llano, quien aclaró que su *opera prima* es la vía principal de la que luego surgieron *Examen filosófico del acto de la decisión* –querer lo que se piensa– y *Sobre la idea práctica* –pensar lo que se quiere– hasta la desembocadura común que es *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*.

4.– Metodología

La cercanía temporal –y personal– con Llano ofrece dos dificultades metodológicas importantes: 1) me coloca ante mi maestro más admirado y 2) la bibliografía en torno a un filósofo cuya obra apenas empieza a estudiarse es incipiente y escasa. De dichas circunstancias se deriva una especie de debilidad visual en la investigación: la admiración tiende a inhibir la crítica, por un lado, y, por otro, no abundan referencias sobre el terreno a explorar.

Mi investigación se centra en la filosofía de la acción de Llano y tendrá como foco *Análisis de la acción directiva* (1979). Como especificaré puntualmente, me parece que éste es su libro germinal, del que parten los fundamentos de su filosofía de la acción. Usaré la edición de 1999 (15ª reimpresión, 2015), en la que el autor incluye un prólogo sobre la caracterología del director y en el que hace algunas precisiones sobre la directividad.

Dentro de este marco intentaré reconstruir sus principales postulados en torno a la acción y la metafísica. Ello, de la siguiente manera: 1) definir su realismo, 2) explicar su noción de *prâxis*, 3) reconstruir su teoría de la idea práctica.

Para lo primero, me basaré en la tetralogía *Bases noéticas para una metafísica no racionalista*, *El conocimiento del singular* (1995) y *Etiología de la idea de la nada* (2004). En ésta última amplía su tesis romana (1952), enriquecida gracias a sus posteriores hallazgos en torno al principio de contradicción a partir de su lectura de Heidegger.

Establecido el alcance del realismo de Llano, explicaré su noción de *prâxis*. Para ello, analizaré *Examen filosófico del acto de la decisión* a la luz de la discusión que inicia con el marxismo en *Análisis de la acción directiva*. De su estudio sobre la decisión hay dos ediciones: 1998 y 2010, para ésta última, Llano

escribió un prólogo en el que hace algunas precisiones en torno al decisivo papel de la voluntad en la decisión. Uso ambas.

Finalmente, atenderé a lo expuesto en *Sobre la idea práctica*. De esta obra también hay dos ediciones: 1998 y 2007. En ésta, aparece un estudio preliminar donde el autor hace nuevas puntualizaciones al respecto y aprovecha para responder a las objeciones de Héctor Zagal⁶ a propósito de la causa ejemplar.

Fue necesario examinar todo el *corpus*, pues la teoría de la idea práctica está ahí, expresa o implícitamente. Por razones programáticas, no incluyo en la bibliografía el total de los artículos de divulgación publicados en *Istmo* –más de un centenar– ni los periodísticos en diversos medios de difusión masiva que, reunidos, suman más de trescientos.

Por otro lado, he tenido acceso al archivo de Llano y he podido estudiar, entre otros documentos, el manuscrito de *Sobre la idea práctica*, con las correspondientes anotaciones del propio autor y de los revisores.

Ha sido indispensable acudir al artículo *La notion d'exemplarité*, de Marie-Charles Perret, del que Llano arranca para la posterior elaboración de su estudio sobre la causalidad ejemplar. En lo referente a Juan de Santo Tomás me remití a las propias citas textuales que hace el autor.

Dado el objetivo de la tesis, sólo me detengo en las objeciones puntuales que el propio autor hace a Platón y Kant, principalmente; también, al exponer sus influencias, señalo los aspectos que más le criticó a la modernidad. Por otro lado, en el caso de Marx, acudiré directamente a Adolfo Sánchez Vázquez, con quien el autor coincidió en la UNAM y en quien encontró a un interlocutor casi permanente. La importancia de Sánchez Vázquez me llevó a trazar y presentar su esbozo biográfico.

Es pertinente advertir que no consideré oportuno dedicar un lugar especial de la tesis a José Gaos como una de las influencias del autor. Esta ausencia podría juzgarse como omisión importante. Hay que recordar, según lo externó Llano repetidamente, que él fue uno de sus dos maestros –el otro fue Garrigou-Lagrange–. Mi decisión obedece a dos motivos programáticos: 1) el tema específico de la tesis y 2) en otros estudios sobre Llano se ha analizado detalladamente la ascendencia que Gaos tuvo sobre él.

Preferí explorar la hipótesis de que, contra lo que suele afirmarse, William James influyó en varios aspectos decisivos de la filosofía de Llano y dedicarle un espacio relevante de la investigación. Además, colocar al

⁶ Alumno en la UP y el IPADE y colaborador cercano de Llano; en coautoría publicaron *El rescate ético de la empresa y el mercado* (México, 2001).

norteamericano al lado de un metafísico como Garrigou-Lagrange –cuyo neotomismo fue determinante en el pensamiento del autor– me parece que podría arrojar nuevas luces sobre el realismo del autor.

* * *

Considero que, fiel a sus propios postulados, Carlos Llano sintetiza en la suya filosofías de variado cuño. Esa labor de síntesis se aprecia especialmente en su prolongado diálogo con el marxismo, que enriqueció su filosofía de la acción. A partir de su discusión con Marx –también con Hegel–, nuestro maestro sometió constantemente a prueba su propia teoría de la *prâxis*.

Dicha teoría goza de una peculiaridad: sobre la base del realismo metafísico de base neotomista –que privilegia al ser singular–, en ella convergen las contribuciones de Jaspers, Heidegger y Husserl, el propio análisis del autor en torno a la acción en la empresa y la inspiración cristiana de su pensamiento. A este respecto no puede obviarse que la incesante reflexión de Llano sobre la $\pi\rho\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ aristotélica es inseparable de su consideración del trabajo como medio de santificación. La persona plenifica su naturaleza en la medida en que le da un sentido de trascendencia a su trabajo, en todos los órdenes, y no centra su relevancia en función de raseros ficticios ni artificiales, como el reconocimiento público o la retribución monetaria. Tal fue uno de los hallazgos que me sorprendieron a medio camino de esta investigación.

Por razones programáticas, no ahondé en la noción de ejemplaridad desde sus fuentes, más que a partir de lo explorado por el propio Llano. Quizá sea ésta una carencia de la tesis; sin embargo, ella abre un nuevo frente en mis futuras investigaciones sobre las fuentes a las que Llano acudió y en lo relacionado a un análisis más detenido del propio Aquinate, así como de Juan de Santo Tomás y Francisco Suárez.

Lamento, además, no haberme podido ocupar con mayor detenimiento de otros temas trabajados por Llano, apenas incoados –incluso, simplemente mencionados–, como el de la amistad o las complejidades que entraña su estudio sobre la motivación. En otro momento y lugar también deberá estudiarse con más detenimiento la *reflexio* llanista. Este tema abre una veta a explotar en el ámbito de la epistemología, así como en el de la comunicación. La problematización que hizo a propósito de la irrupción de internet en el terreno

de las relaciones humanas anticipó escenarios como el de la soledad y el aislamiento provocado en la esfera de las redes sociales, el narcisismo digital o el encumbramiento de la información como fin de la formación del criterio.

* * *

La acción humana no se ciñe a los dictados transparentes, rotundos y asépticos de la razón especulativa, como si el mundo vital fuese admisible la aplicación de los inequívocos parámetros provenientes de las matemáticas o la lógica analítica, cuya finalidad es precisar la idea, no lo real. La idealización de la realidad surge del inevitable deseo humano de perfección, que alienta a concretar las ideas tal y como fueron concebidas. Pero este anhelo sólo provoca la petrificación del hombre, en el mejor de los casos, una completa inmovilidad, con graves consecuencias en el plano psicológico, sobre el que los llanistas deberemos ocuparnos en su momento.

Como recordaba nuestro maestro, toda filosofía es un intento. También es una prosecución. En las páginas que preceden, quedaron inconclusas varias cuestiones. Esos frentes abiertos son en sí mismos la motivación necesaria para seguir tirando del hilo del pensamiento de Llano.

Junto con otros, pienso que hay una doctrina llanista por explorar. Así lo constatan ya otras tesis –algunas aún en espera de ser publicadas– y la incipiente obra crítica de Óscar Jiménez. Justo por ello, a lo largo esta investigación me atreví a echar mano del sustantivo llanismo y el adjetivo llanista. No me queda duda de que el pensamiento de Carlos Llano es un intento filosófico amplio y valioso. Sobre él, apenas empieza su estudio.

Esta tesis guarda una deuda con muchas más personas de las que cabría nombrar aquí. Asumiendo esta imposibilidad, no puedo dejar de mencionar a varias de ellas.

En primer lugar, al doctor José Antonio Lozano Díez –rector de la Universidad Panamericana y de su escuela de negocios, el IPADE–. Él me instó a realizarla, antes siquiera de definir el tema. Gracias a su ayuda conté con todo el respaldo necesario para llevar a buen puerto mi investigación, desde el arranque, durante el proceso y hasta la conclusión.

Al doctor José Manuel Núñez Pliego, codirector de este trabajo, por tres motivos principales: primero, porque me puso tras la pista de la idea práctica –nuestras discusiones permitieron que la tesis ganara en claridad–, segundo, porque le habló de mi proyecto al profesor Ángel Luis González, quien aceptó dirigirme y, tercero, porque luego de la partida al Cielo de don Ángel Luis, me aconsejó –me ordenó– ponerme al amparo de la exigencia implacable y abrumadora generosidad del profesor Fernando Múgica, quien –para mi buena fortuna– tomó el relevo.

A la doctora Rocío Mier y Terán. Inexplicablemente, ella me ha brindado su confianza desde mi época estudiantil en la licenciatura de Filosofía en la Universidad Panamericana, como su directora y sobre todo, profesora estricta de Metafísica y Teoría del conocimiento. Hoy, sin méritos, he vuelto a contar con su apoyo en el último tramo de esta tesis, como mi jefa en el Departamento de Humanidades.

Al doctor Raúl Ruvalcaba Peña, quien me proporcionó las pistas de varios de los temas aquí tratados y no escatimó en brindarme su ayuda.

Al doctor Arturo Picos Moreno por todas las facilidades que me permitió, como director de la cátedra «Carlos Llano» de la UP y el IPADE, acceder al archivo de nuestro maestro y quien no escatimó para dedicarme tiempo en las distintas consultas que le hice.

Al doctor Miguel Alejandro García Jaramillo, quien trabajó con Carlos Llano durante más de 20 años, por sus inestimables contribuciones a este trabajo y su generosidad para conmigo.

Al doctor Óscar Jiménez Torres, quien siempre estuvo dispuesto a leer minuciosamente varios borradores de la investigación. Los frutos de las muchas conversaciones en torno a nuestro maestro ocupan un lugar especial en estas páginas.

Agradezco a los profesores y personal del departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, quienes me acogieron durante mi estancia. A su director, el profesor Agustín Echevarría y, particularmente, a los profesores Mariano Crespo, Alfredo Cruz, Alejandro Vigo e Idoya Zorroza. Por un sinfín de razones, tengo especial gratitud para con el profesor Alejandro Llano. Su contribución, no sólo a mi tesis, es inestimable.

Quiero externar mi enorme gratitud para quienes integran el equipo de la Biblioteca, en especial a María José Guembe, Marimar González Simón y María González, quienes con su sonrisa y diligencia aligeraron las jornadas de trabajo y, también, a Fernando Abad, Davide Cerón, Guillermo Gómez, Gonzalo Roncal y Jorge Ruiz. Sin su labor –tan discreta como eficaz– ni su incondicional disposición, ninguna tesis llegaría a defenderse.

Finalmente agradezco a cada uno de los miembros del tribunal haber aceptado formar parte de él y, sobre todo, por su paciente lectura de mi trabajo.

Capítulo I

El germen de la teoría de la idea práctica en la formación filosófica de Carlos Llano

I. Preámbulo biográfico

1.- Justificación

Como adelanté en la introducción, la teoría de la idea práctica de Carlos Llano es el presupuesto conceptual de su obra filosófica y divulgativa. Antes de ahondar en la cuestión de manera particular, considero necesario hacer un breve repaso biográfico del autor para identificar puntos concretos que, si bien dispersos, ponen de manifiesto la relevancia de la teoría de la idea práctica en su pensamiento. Aunque obviarlos no supondría un tratamiento deficiente ni parcial del tema, he decidido abordarlos por el enriquecimiento que suponen para esta tesis y, además, porque me permitirán establecer un marco mínimo en el que se encuadró la formación filosófica del autor.

Así, el propósito de este capítulo no es hacer una biografía –ni personal ni intelectual–; tampoco, un mapa detallado de las influencias ejercidas sobre su pensamiento. Por supuesto, ofreceré un esbozo de su vida; pero con el objetivo de intentar ubicar los elementos que contribuyeron a perfilar su teoría de la idea práctica. Mi objetivo es mostrar un rasgo esencial de su filosofía, cuyo origen es eminentemente metafísico y, su desembocadura, esencialmente antropológica: el hecho de que el sujeto en el que se da el conocimiento universal y la acción, es el mismo sujeto que elabora la ciencia y ejerce la prudencia. Dicho por el mismo Llano

«La unión epistemológica entre lo universal y lo particular, entre ciencia y prudencia, sólo se resuelve mediante la antropología de un sujeto activo único que, como veremos, piensa el universal con el entendimiento, conoce el singular con los sentidos, y hace la síntesis de ambos con el propio entendimiento *considerado de otra manera*»⁷.

⁷ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., México 1995 Pág. 21.

Por ello, me detendré en algunos aspectos biográficos que de alguna manera influyeron en su formación intelectual y le permitieron desarrollar su original planteamiento de la idea práctica. Otros ya se han ocupado de hacer las primeras aproximaciones a los detalles de su vida y, con resultados de gran calidad, han publicado sus hallazgos al respecto. Mi objetivo al indagar en la vida de Carlos Llano es distinto: si bien haré un retrato para que quien por primera vez se acerca a él lo conozca, mi interés primordial es mostrar las peculiaridades de su formación filosófica y cómo esas notas fueron perfilando las bases sobre las que postula su teoría de la idea práctica. Insisto: no pretendo poner ante el lector una exhaustiva biografía; mi intención es establecer, como preámbulo al tema, los momentos de la vida de nuestro maestro que, a mi juicio, favorecieron su concepción de la idea práctica y los fundamentos de su filosofía de la acción.

He dividido este capítulo en dos partes. En la primera muestro algunos de los trazos de la vida de Carlos Llano. Para ello me he valido de los testimonios de su hermano Alejandro⁸, Miguel Alejandro García Jaramillo⁹ y los reunidos en dos ediciones especiales de la revista *Istmo*¹⁰; también, de los trabajos de Héctor Zagal, Nahum de la Vega¹¹ y Raúl Ruvalcaba; los tres ofrecen una síntesis biográfica e intelectual del autor en distintos niveles, que muestran la polifonía de su pensamiento. Además, he dedicado especial atención a las publicaciones –tanto reseñas, como artículos, así como libro *Epítome de la filosofía de Carlos Llano* y *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología*– de Óscar Jiménez Torres¹², en los que he encontrado un invaluable y muy completo estudio de la filosofía llanista¹³.

⁸ Los recuerdos sobre su hermano Carlos recogidos en sus memorias –A. LLANO, *Olor a yerba seca: memorias*, Encuentro, Madrid 2009; A. LLANO, *Segunda navegación: memorias 2*, Encuentro, Madrid 2010. echo mano del contenido de distintas entrevistas que sostuve con Alejandro Llano entre octubre de 2015 y diciembre de 2017, durante mi estancia en la Universidad de Navarra.

⁹ García Jaramillo fue el colega más cercano e importante en los últimos veinte años de trabajo de Carlos Llano, tanto en lo relacionado con su labor académica –sus cursos en la Facultad de Filosofía de la UP y las clases en su escuela de negocios, el IPADE, así como en la preparación, revisión, corrección y acompañamiento en la elaboración de sus artículos y libros entre 1985 y 2010– como en las gestiones relativas a los negocios familiares. La convivencia entre ambos se hizo estrecha y, fruto de ella, podemos contar con el legado del intenso trabajo de Llano en los últimos cinco lustros de vida, pues «prácticamente editó y publicó más de la mitad de las obras de Llano, tanto especulativas como prácticas, lo cual da un resultado de casi diecisiete libros trabajados desde su inicio (a saber, la transcripción de la versión llaneana original a mano), por el propio García Jaramillo». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, Porrúa, México 2010, p. 189.

¹⁰ Ediciones 288 (especial, agosto 2007) y 301 (especial, junio 2010).

¹¹ N. DE LA VEGA MORELL, *Carlos Llano en resumen*, Ediciones Ruz, México 2009

¹² Se trata de artículos y reseñas publicados tanto en el libro homenaje *Metafísica, acción y voluntad*, como la revista de filosofía *Tópicos* y las ediciones ya mencionadas de la revista *Istmo*. Además de las referencias

En la segunda parte expongo, primero, en qué medida la lectura temprana de *Pragmatismo*, de William James, tuvo ascendiente en el pensamiento de Llano. Para ello he visto oportuno establecer una comparación entre textos puntuales de cada uno, además de analizar ciertas coincidencias. Luego, me ocupo de la decisiva influencia del dominico Réginald Garrigou-Lagrange en Llano, cuyo trabajo filosófico se basa en la metafísica aristotélico-tomista aprendida en el entonces instituto pontificio Angelicum. En este punto hice un breve repaso de la llamada crisis modernista que detonó la revitalización del tomismo que determinó a Garrigou-Lagrange y del que se derivó la filosofía –tanto en el método como en el contenido– en la que se formó el autor durante su etapa de estudios en Roma.

2.– Descubrimiento de la filosofía

La filosofía encontró a Carlos Llano leyendo. Sin embargo, su marcada rebeldía y curiosidad, además de su desbordada imaginación, anticipaban un aventurero inquieto, no un intelectual sosegado. ¿Cómo un niño ingobernable¹⁴ se convirtió en un agudo filósofo? Aunque, según adelanté, no cabe aquí –ni es mi intención– una minuciosa biografía de Llano, me interesa mostrar algunos de sus rasgos no del todo matizados y, lo crucial, cómo y en qué puntos de su formación fue incubándose su teoría de la idea práctica.

Admito que el pretexto para empezar a abordar su vida es fútil; sin embargo, debo confesar que encuentro en él una manera narrativa –no del todo original, por supuesto– que me permitirá ir desmigando aspectos muy específicos de su biografía desde un punto de vista distinto a como ya se ha hecho hasta ahora. Se trata de una cualidad que sus alumnos y asistentes a sus

bibliográficas, sostuve varias entrevistas con Jiménez –asistente académico de Carlos Llano por más de diez años– para discutir los temas de esta investigación. Junto con García Jaramillo, él es quien mejor conoce la obra llanista y, sobre todo, quien con mayor detenimiento ha dialogado con él: su caso es sumamente interesante, tanto por la intensidad de sus cuestionamientos como por el tono. Jiménez afirma expresamente ser su discípulo: «la figura del *Tychonides* nos sirve para representar la paradoja del que escribe: sin ser idéntico al autor de la doctrina estudiada, y sin poseer la “bicefalia” que Llano espera de los líderes, se considera su discípulo». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. xx.

¹³ Usaré el adjetivo «llanista» en vez de «llaneano». Me parece que el criterio de eufonía se cumple mejor en el primer caso y, además, el autor lo prefería en lugar del otro. Cfr. Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología.*, EUNSA, Pamplona 2017, p. 184.

¹⁴ Entre las muchas «impertinencias» cometidas por Carlos en su infancia, su hermano Alejandro recuerda cuando amenazó a su madre con tirarse del techo de su casa, en Ribadesella. Cfr. A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 110.

conferencias siempre elogiaron y que, por supuesto, tiene que ver con la importancia que para él tenía el diálogo: su extraordinaria oratoria. El autor tenía pleno dominio de la oratoria, además, era dueño de un histrionismo y humor que hacían memorables sus clases y conferencias. Apenas empezaba a hablar, Llano se adueñaba del aula y, de inmediato, cautivaba a su auditorio gracias a la rotundidad de su voz y a la enérgica exactitud de sus ademanes¹⁵. Se trataba de un recurso pedagógico que le permitía dialogar con los presentes y pensar con ellos. Como ha apuntado Sergio Raimnod-Kedilhac,

«si enseñar es un carisma, Carlos Llano posee indudablemente este don, al que une su excepcional capacidad para desplegar una vitalidad desbordante dentro del salón de clases»¹⁶.

Pero Llano no sólo fue un orador excepcional; también era un escritor espléndido. De hecho, sus clases y conferencias se desarrollaban un poco al modo de la *lectio* escolástica: llevaba la lección escrita y la dictaba papeles en mano¹⁷. A primera vista, podría parecer extraño exigirle a la comunicación escrita el vigor de la oral. Es casi imposible que la palabra en el papel alcance la energía de la palabra pronunciada. Tan sólo esta última cuenta con muchos más recursos –la propia voz, además de los ademanes que tanto la enriquecen e, incluso, a veces suplen a la palabra– que la letra en el papel. Sin embargo, me parece que Llano logró imprimir en su pensamiento escrito la misma contundencia y profundidad que transmitía ante un auditorio. Ahora, tras varios años, al profundizar en su *corpus*, confirmo su riqueza, transmitida con un evidente esmero por evitar cualquier escollo innecesario al lector; su estilo claro –que no oculta sorpresas entre las líneas– reposa en la hospitalidad y

¹⁵ Carlos tenía mucha ascendencia sobre sus hermanos menores, en buena medida gracias a sus dotes histrionicas y amplio bagaje literario: «Aliado con Rafael, que era físicamente más fuerte que él, ejerció sobre el resto de nosotros un poder despótico, facilitado por el magnetismo que despertaba su elocuencia y una capacidad de fabulación, fruto de sus muchas lecturas, que le permitía pasar de la realidad a la ficción sin esfuerzo alguno y sin que los pequeños supiéramos en qué territorio nos estábamos moviendo. [...] Ya en plena infancia, yo estaba fascinado por Carlos. Había creado a mi alrededor un mundo mágico, poblado de hadas, elfos y enanos, a los que daba cada día nueva vida». *Ibid.*

¹⁶ S. RAIMOND-KEDILHAC NAVARRO, *Prólogo*, en *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, Universidad Panamericana (IPADE), México 1996, p. xv.

¹⁷ El histrionismo de Llano en sus clases era calculado, había sido ensayado una y otra vez, como recurso pedagógico: a sus ademanes agregaba un insólito manejo de inflexiones de tonos de voz. Por supuesto, no sorprende que algunos consideren que la contundencia de su oralidad haya jugado en detrimento de su escritura. «No obstante, su magnífica retórica jugó en su contra. Quienes escuchaban sus brillantes sesiones y conferencias, con frecuencia se decepcionaban al toparse con el Llano escritor. ¿Era un mal escritor? De ninguna manera, simplemente su estilo no era accesible para el gran público. Su lenguaje era, en ocasiones, preciosista, incluso un poco culterano. La fuerza de sus chistes e ironías perdía el vigor de la oralidad. No escribía como hablaba». H. ZAGAL, *Carlos Llano*, Nostra Ediciones, México 2014, p. 57.

sencillez de Carlos Llano, quien escribió como vivió: sin accesorios, consciente de que no agregaban nada a sus argumentos, ello, sin escatimar en amplitud, tanto en el ámbito metafísico, gnoseológico, antropológico y en el de la empresa.

La escritura de Carlos Llano no sólo es la de alguien de una extraordinaria formación narrativa y literaria, con la que interpela y encara a los clásicos, e ilumina las zonas oscuras de la entraña humana con ejemplos extraídos de *les belles lettres* y, también, de enfrentar cualquier tema en casi cualquier campo con vivacidad poética¹⁸. Sabía dirigirse a sus lectores –con respeto intelectual, sin ningún menosprecio–, ya fuese en sus obras de índole divulgativa o en las del ámbito especializado. Escribió –y habló– tal y como entendía la ardua labor de pensar, basado en la actitud de búsqueda, germen de la primera filosofía griega: confianza, asombro y humildad ante lo real. Para él,

«la filosofía no es estrictamente un conocimiento o una ciencia ya hecha, sino sólo una tendencia, una disposición innata del hombre. Lejos de ser un acopio seguro de conocimientos enciclopédicamente armados, se presenta como un deseo o una tensión, que tiene más de intento que de logro, más de búsqueda que de encuentro, o –como dice su origen etimológico– posee, en último término, más de amor que de sabiduría, más de *philia* que de *sophia*»¹⁹.

En buena medida, su primera formación –tanto familiar como escolar– definió su estilo y, más importante, encaminó su ánimo inquieto por senderos intelectuales. Como ya he adelantado, en su niñez y juventud Carlos Llano fue

¹⁸ Llano fue un lector superlativo; su acopio de recursos literarios no sólo era abundante y completo, sino impecable. Somos muchos quienes podemos dar testimonio de ello; como pequeña muestra, dejo lo apuntado junto con el profesor Vicente de Haro:

«Llano une Filosofía y Literatura sin confundirlas, y las distingue sin separarlas: sólo ello bastaría para considerarle un gran pensador. Por las páginas de su obra transitan los personajes de Chesterton (Llano los evoca a menudo para mostrar la dinámica de las necesidades humanas), las metáforas de Hölderlin, Shakespeare, Dickens y su narrativa como ilustración de los modelos económicos, Ibsen y la vacuidad de la vida en Peer Gynt, el valor absoluto de lo humano en Juan Ramón Jiménez (“Yo sé bien que cuando el hacha de la muerte me tale, se vendrá abajo el firmamento”) y un largo etcétera.

No son meras ilustraciones retóricas: en Llano, la Literatura es tema y método porque en ella se expone la condición humana. Es así que en los volúmenes antropológicos, sobre Filosofía especializada o de la empresa, su refinado olfato literario supera lo ornamental y constituye todo un modo de pensar. Toma la Literatura en serio, que es el único modo de disfrutarla y aprender de ella». V. DE HARO – V. I. DOVAL, *Llano, lector*, publicado en *Istmo*, 288/8/2007, p. 64.

¹⁹ C. LLANO, *La repercusión de la filosofía en la acción directiva*, en *Cuadernillos de Humanismo y empresa*, 16, Universidad Panamericana, México 1992, p. 14.

incansable, curioso y dueño de una imaginación y creatividad incontenibles. En las líneas siguientes mostraré cómo ese peculiar temperamento tomó el cauce filosófico.

a.– Entre México y España

Antonio Llano Pando –asturiano de los llamados «indianos», emigró a América en 1901, con tan sólo 12 años²⁰– hizo su patrimonio a partir de cero hasta lograr establecer prósperos negocios en México. Dedicado al comercio y distribución de alimentos, en su infancia asturiana fue labrador y pastor en la hacienda El Fenoyal –una finca rodeada de extensas tierras de cultivo y para engorda de ganado, en Ribadesella–, donde su padre trabajaba como aparcerero²¹. Aunque niño, ya mostraba un espíritu arrojado y una pericia innata para los negocios; además, intuía la importancia de la preparación escolar, intermitente en Asturias por las exigencias del campo y, luego, interrumpida por su traslado a América; así

«tuvo la inquietud de completar su educación en cuanto se estableció mínimamente en México. Y no lo hizo de cualquier manera, sino que –a pesar de hacer simultáneo el estudio con el trabajo– consiguió que le admitieran en un centro docente inglés de primera categoría, el Colegio Williams, situado en la Colonia Mixcoac, al que acudiría algunos años más tarde Octavio Paz. Además de una buena forma física, gracias a la muy británica práctica de los deportes, Antonio Llano consiguió allí una excelente formación literaria –a la que mucho debo yo– y suficiente conocimiento del idioma inglés, además de un talante

²⁰ Cfr. A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 89.

El profesor García Jaramillo ha ido recopilando detalles que, durante los años que trabajó con él, Carlos Llano contó de su vida en distintos momentos –entrevistas, charlas informales, sesiones o conversaciones personales– y los ha reunido en unos apuntes biográficos, aún sin publicar. Al respecto, escribe: «La abuela materna de Carlos escribió a su hermano, Miguel Cifuentes, quien ya vivía en México: “Querido Miguel: he quedado viuda y tengo 5 hijos y una vaca. ¿Me podrías criar a Antonio, el mayor?”. “Mi padre llegó descalzo a Veracruz cuando tenía 7 años”, comentaba Carlos. Don Antonio fue puesto a trabajar detrás de un mostrador en una tienda de abarrotes durante años, hasta que llegó a controlar parte importante del mercado de alimentos». M. A. GARCÍA JARAMILLO, *Notas para una biografía de Carlos Llano*, (2011), p. 1.

²¹ «Partiendo de la nada, mi padre llegó a ser uno de los grandes mayoristas abarroteros de Ciudad de México». A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 101.

ético de raíz protestante que tanto influiría después en mis hermanos y en mí, y que es la verdadera causa del aire moral presuntamente kantiano que algunos me atribuyen»²².

En efecto, en aquel colegio se respiraba el aire frío proveniente de los inflexibles principios calvinista²³ de trabajo diligente, estricta responsabilidad y absoluto celo por el deber. Anclada en esa rígida ética de temple calvinista, la formación de Antonio Llano recibida en el Williams hizo eco en su personalidad –de brío asturiano y forjada en una niñez de austeridad y esfuerzo–. En 1929 se casa con Estela Cifuentes Toriello²⁴. Perteneciente a una familia de larga y exitosa tradición comercial²⁵, Estela poseía, como su marido, un privilegiado talento para los negocios²⁶. Mujer excepcional, había sido educada según correspondía a una hija de familia próspera y era, además, una católica devota que inculcó en sus nueve hijos una fe profunda, sencilla y sin ademanes²⁷. Aunque la vocación –y tradición familiar– de ambos a los negocios y al comercio era patente, ello no hizo de su hogar un mercado; ya fuese en Madrid o Asturias, se vivían con naturalidad y piedad las enseñanzas del catecismo de la Iglesia²⁸ y, al ser nueve hermanos, la generosidad y el desprendimiento eran tan normales como respirar²⁹. Otro elemento que ampliaba el horizonte de los hermanos Llano Cifuentes más allá de los linderos

²² *Ibid.*, p. 102.

²³ Cfr. A. LLANO, *Segunda navegación*, cit., p. 238.

²⁴ Luego de su boda en Madrid, por razones de trabajo, Antonio Llano fijó su residencia en la capital mexicana; ahí nacerán sus seis primeros hijos: José Antonio, Carlos Miguel, Rafael, María Elena, Estela e Ignacio. Cfr. A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 91.

²⁵ La familia formada por Ramón Cifuentes y Rosario Toriello era adinerada; él era dueño, entre otros negocios, de la famosa tabacalera Partagás, establecida en Cuba. Estela, su hija, nació en La Habana, el 8 de febrero de 1906. Cfr. A. LLANO, *Segunda navegación*, cit., pp. 213-218.

²⁶ «Estela Cifuentes, con su apariencia bella y delicada, era una mujer de gran empuje y de notable inteligencia, que también llevaba en la sangre el instinto familiar de los negocios». A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 104. Alejandro Llano destaca en este mismo lugar la gran habilidad de su madre para gestionar inversiones y su afinado olfato bursátil.

²⁷ Cfr. A. LLANO, *Segunda navegación*, cit., pp. 207-224. Este capítulo –«La mujer fuerte»– ofrece un perfil muy completo de Estela Cifuentes: «La educación de mi madre había sido la típica de las hijas de familias adineradas a comienzos del siglo XX: piano, francés y, supongo, equitación». *Ibid.*, p. 221.

²⁸ «En casa rezábamos todos los días el rosario después de cenar, como lo habíamos hecho siempre. Era mi madre la que mantenía viva aquella costumbre piadosa». A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 132.

²⁹ «Nosotros éramos nueve hermanos y estábamos encantados de ser tantos. Pero no por motivos patrióticos ni religiosos, sino por lo bien que nos lo pasábamos. Dábamos por buenas las incomodidades de compartir dormitorios y hacer cola en los cuartos de baño. Considerábamos que la proporción de tres chicas y seis chicos era adecuada, aunque nunca se discutió ese asunto. [...] A medida que íbamos creciendo, pensábamos que el tono tan sobrio de nuestra familia se debía a que el alto número de hermanos implicaba una disminución de lo que le tocaba a cada uno. En Asturias había un dicho macabro, darwinista quizá, que se aplicaría a la eventual desaparición o muerte de uno de los hermanos: “Hermanín de menos, bocadín de más”». A. LLANO, *Segunda navegación*, cit., p. 226.

marcados por la tradición comercial de la familia era el ocio, bien encaminado a través del deporte y las bellas artes³⁰, de las que la literatura fue especialmente atractiva para el autor. El interés de Antonio Llano Pando en la lectura fue engrosando la biblioteca familiar, que llegó a contar en esos años con más de trescientos volúmenes³¹, desde los clásicos grecolatinos hasta las novedades editoriales en boga³².

En 1941, la salud de Antonio Llano –a su corazón le perjudicaba la altura de la ciudad de México– motivó que la familia volviese a España; ya instalada en Madrid, los hijos varones fueron matriculados en el colegio de Nuestra señora del Pilar, fundado por la congregación de origen francés de hermanos marianistas³³. Según consta en su expediente³⁴, Carlos fue inscrito el 2 de octubre de ese mismo año para concluir el último curso de sus estudios de primaria,

³⁰ «Las chicas tenían que soportar las clases de piano de las insufribles hermanas Palavicini, pero –como compensación– iban todas las semanas al picadero para montar a caballo, emoción que a los muchachos nos estaba velada. Los hermanos mayores practicaron la esgrima, pero semejante ejercicio caballeresco se consideró obsoleto cuando yo llegué a la edad de batirme con el florete y el sable. Mi hermano Álvaro, que tiene notable sensibilidad artística, consiguió a título individual recibir clases de guitarra a cargo de un buen concertista». A. LLANO, *Segunda navegación*, cit.

³¹ Entrevista con Alejandro Llano, el 13 de noviembre de 2015. En aquel Madrid de los cincuenta, era raro que alguien dedicado al comercio tuviese, no dígame ya tal acopio, sino, simplemente, algún libro.

³² Las anécdotas al respecto que Alejandro Llano recupera en sus memorias son una muestra de ese entorno de la que elijo ésta, pues deja ver la causa de la cercanía de Carlos Llano con el autor de *Los hermanos Karamazov*, una referencia recurrente en su obra: «Dostoievski sigue siendo el autor con el que más he aprendido acerca de las heridas que afligen al hombre contemporáneo. Comencé, casi por azar, por *Humillados y ofendidos*, que mi padre tenía en la colección Crisol, de Aguilar. (El pequeño formato de esos libros me servía, durante los veranos en Ribadesella, para leer en momentos perdidos –incluso en la playa o de excursión por la montaña– aunque me ganara así la fama de “ratón de biblioteca”: un tipo raro y de costumbres librescas». A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 200.

³³ La Compañía de María (marianistas) fue fundada el 2 de octubre de 1817 por el sacerdote francés Guillaume-Joseph Chaminade, beatificado el 3 de septiembre de 2000. Nacido en 1761, en pleno auge laicista en la Francia preilustrada, fue ordenado en 1785; ya antes de su ordenación, Chaminade se involucró en la formación de seminaristas en Burdeos. El estallido de la revolución de 1789 le obligó a huir a España. Luego de años de exilio en Zaragoza, en 1800 regresó a Francia y empezó a trabajar en lo que sería la Compañía de María, que, desde sus primeros años, se orientó como una congregación docente, con el involucramiento de sus primeros miembros en la pedagogía y la educación primaria y secundaria dada la imperiosa necesidad social de escuelas en la Francia postrevolucionaria y liberal –los nuevos liceos no eran suficientes–, que permitió que distintas organizaciones privadas y no estatales –incluidas congregaciones religiosas– se involucraran en esa labor. Los marianistas encontraron una oportunidad apostólica en la enseñanza de niños y jóvenes y en la formación de profesores; así, fundaron escuelas normales y sus primeros colegios en Francia y, después –a consecuencia de la persecución religiosa–, en España; donde, luego de la muerte del fundador de la orden en 1850, la orden se consolidó y, desde ahí, inició su expansión. El padre Joseph Simler, sucesor de Chaminade como primer superior general de la orden, impulsó el crecimiento de la labor apostólica en España durante el último decenio del siglo XIX con la fundación de noviciados y los primeros colegios en San Sebastián, Jerez, Cádiz y Vitoria. Con la llegada del nuevo siglo, el padre Francisco Javier Delmas Lombard, provincial en ese país entre 1900 y 1916 –«hombre de acción, el gestor y organizador que asentó definitivamente la Compañía de María en España»–, acometió el reto de llevar la congregación a Madrid para iniciar su crecimiento y posterior consolidación. Bajo su impulso se fundó el colegio de Nuestra señora del Pilar. Cfr. A. GASCÓN ARANDA, *Compañía de María (Marianistas) en España: una contribución al desarrollo y a la evangelización (1887-1983)*, Vol. 1, Servicio de Publicaciones Marianistas, Madrid 2002, pp. 23-117 y 277-355.

³⁴ Enrique Torres Rojas, S.M., cronista del Pilar e investigador de la historia marianista, me facilitó los documentos del expediente académico de Carlos Llano y el acceso al archivo histórico del colegio.

iniciados en México en el entonces Colegio Francés, de los hermanos maristas³⁵. Además de que los dos colegios eran de religiosos marianos –de órdenes distintas–, otras coincidencias facilitaban su adaptación a las nuevas circunstancias: el método pedagógico era casi el mismo³⁶ y su simiente francesa –sin ser bilingües, en ambas se impartía la asignatura de francés y, en el Pilar, se hablaba con regularidad³⁷– empapaba su peculiar estilo educativo, influido no sólo por el carisma propio de las órdenes religiosas, sino, también en alguna medida, por la combativa pedagogía católica que mediante mucha exigencia y profundidad académicas hizo contrapeso a los reputados *instituts* y *lycées* en Francia.

La desbordada imaginación del pequeño Carlos era la causa de insólitas ocurrencias, de fantásticos relatos y de sus primeras creaciones literarias³⁸ que, por entonces, anunciaban ya la calidad que alcanzaría su escritura, tanto filosófica, como ensayística. Era un niño que «leía continuamente, apartado de los demás, y escribía sin parar»³⁹. El paso de Carlos Llano por el Pilar influyó en su destino, al menos, en dos sentidos. Por un lado, la disciplina, afán por la excelencia y estilo pedagógico de la institución encauzaron su creatividad y

³⁵ Cfr. M. A. GARCÍA JARAMILLO, *Notas para una biografía de Carlos Llano*, cit., p. 1. Actualmente, el colegio – que en 1949 cambió su nombre a Centro Universitario México– pertenece a la red del Sistema de Escuelas Maristas de la provincia mexicana de la orden.

³⁶ En el caso concreto del Pilar, el estilo pedagógico se basa en 1) el respeto al niño como elemento base de la educación, 2) el cultivo del espíritu, 3) el cultivo de la inteligencia y 4) el desarrollo del cuerpo a través del deporte. Cfr. VV.AA., *El Pilar, cien años de historia 1907-2007*, Colegio Nuestra Señora del Pilar, Madrid 2007, pp. 26-47.

³⁷ «Una de las novedades del Pilar era que los alumnos hablaban en francés durante el recreo. Cuando alguno lo hacía en español, se le entregaba una prenda llamada *l'accusateur*. El que al final del recreo lo tenía en su poder, perdía un punto». *Ibid.*, p. 29. Aunque en el Madrid de esa época el francés era el idioma culto, en el Pilar también se impartían alemán e inglés, griego y latín clásicos. Alejandro Llano cuenta una anécdota: «Cuando mi madre hablaba por teléfono con sus hermanas, eventualmente hablaba en francés; seguramente, trataba asuntos delicados y lo hacía para que mis hermanas y yo no nos enterásemos del contenido de sus conversaciones. Más de alguna vez llegamos a advertirle de que si ese era su objetivo, tendría que hablar en ruso, pues entendíamos todo a la perfección». Entrevista del 13 de noviembre de 2015.

³⁸ Según han referido sus hermanos Rafael, Estela y Alejandro van desde poemas de amor, hasta breves narraciones épicas. Cfr. R. LLANO, *Correspondencia entrañable*, publicado en *Istmo*, 311/6/2010, pp. 30-34, E. LLANO, *Travesuras, vena poética y despistes*, publicado en *Istmo*, 311/6/2010, pp. 27-30 y A. LLANO, *Mi hermano Carlos*, publicado en *Istmo*, 311/6/2010, pp. 22-27

³⁹ A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 111. Rafael y Alejandro Llano han rescatado de sus recuerdos algunos poemas de su hermano. Como botón de muestra, pongo éste, con el que le canta a Asturias, escrito durante sus veranos familiares en Ribadesella y del que Alejandro tomó el título del primer volumen de sus memorias, donde está recogido (cfr. *Ibid.*, p. 112):

Socavones carminosos / extendidos como gárgolas; / tortuosas y graníticas culebras / que se enredan confundándose: / los caminos. / Negros bosques de arboleda milenaria / con erguidas direcciones de eucaliptos. / Y el olor tan ardoroso a yerba seca, / y el olor tan penetrante a fresco aliso. / El azul tan espumoso de los ríos / que descienden por pendientes verticales / invadiendo los espacios / con sus ruidos. / Son imágenes confusas / que entremezclan la ilusión con el sentido. / Porque Asturias, admirable, / no se olvida / ni en paisaje, ni en recuerdos, ni en cariño.

dieron forma a sus grandes dotes intelectuales⁴⁰ –«su vena poética la tenía desde pequeño muy agudizada. Le veíamos leer y escribir mucho», recuerda su hermana Estela⁴¹–; además, el ambiente marianista fue un detonante para descubrir su vocación⁴². Por otro lado, dadas las peculiaridades del colegio, muchas familias –incluidas las más prominentes en la capital española⁴³– deseaban para sus hijos una educación de ese nivel y en un entorno así, católico, exigente y de camaradería, al mismo tiempo⁴⁴. Se trataba de una comunidad

⁴⁰ «Los rasgos de genialidad que, desde su infancia apuntaba Carlos eran susceptibles de una doble deriva. Una de estas posibilidades vitales –la negativa– podría ser una originalidad desarraigada y escasamente solidaria. Fue mi madre, Estela Cifuentes, quien –con su sentido de la realidad y su espiritualidad profunda– se percató enseguida de ese riesgo. Pero veía, sobre todo, los horizontes positivos. Con paciencia y sentido positivo fue fomentando el indudable buen fondo de su hijo, hasta que claramente prevaleció la claridad de mente y la generosidad.

Ironías y bromas, a las que Carlos había sido tan dado, ocultaban cada vez menos su destacada capacidad intelectual. Y el propio ritmo de la maduración de su personalidad iba dejando ver su rectitud moral y su entereza. Estos rasgos de su fuerte carácter se consolidaron cuando comenzó sus estudios de Bachillerato». A. LLANO, *Mi hermano Carlos*, cit., p. 25.

⁴¹ E. LLANO, *Travesuras, vena poética y despistes*, cit., p. 28.

⁴² Desde 1949 hasta su muerte, Carlos Llano fue miembro numerario del Opus Dei y uno de los principales impulsores de la labor apostólica de esta prelatura personal en México. Fundado por san Josemaría Escrivá, el Opus Dei es una prelatura personal de la Iglesia católica. Al respecto de la fundación, fines, estructura y actividad de esta prelatura personal, puede consultarse: 1) E. BAURA (ed.), *Estudios sobre la Prelatura del Opus Dei: a los veinticinco años de la Constitución apostólica «Ut sit»*, EUNSA, Pamplona 2009, 2) P. RODRÍGUEZ, *Opus Dei: estructura y misión. Su realidad eclesiológica*, Cristiandad, Madrid 2011, 3) J. L. ALLEN, *Opus Dei: an objective look behind the myths and reality of the most controversial force in the Catholic Church*, Doubleday, New York 2005 o 4) José Orlandis, *Años de juventud en el Opus Dei* (Madrid: Rialp, 1994).

⁴³ «En 1942, la familia se mudó de nuevo a España. En ese mismo año comenzó el bachillerato en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar en Madrid. Un solemne edificio neogótico de la Calle Castelló alojaba esta institución en la que estudiaban los hijos de familias acomodadas. Ahí ocupó el cargo de director de la revista estudiantil *Soy pilarista*, preludeo inocente de sus intereses editoriales». H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 29. Aprovecho para aclarar que en los registros del colegio Carlos Llano no figura entre los directores de la revista, aunque sí hay un artículo suyo sobre el misionero belga Josef de Veuster –conocido como Damián de Molokai, canonizado en 2009–, quien a fines del siglo XIX trabajó atendiendo a leprosos en Hawái.

⁴⁴ Por las aulas del Pilar han pasado varios de los protagonistas de la España actual, desde periodistas como Torcuato Luca de Tena –escritor, miembro de la Real Academia Española y director del diario *ABC*– o Juan Luis Cebrían –actual presidente ejecutivo del grupo Prisa, editor del diario *El país*, del que fue su director fundador– hasta funcionarios como Javier Solana –miembro del Partido Socialista Obrero Español, quien ocupó varios ministerios en el gobierno de Felipe González y fue secretario general de la OTAN de 1995 a 1999– o José María Aznar –quien presidió el Partido Popular entre 1990 a 2004 y del que es actual presidente de honor, presidente del gobierno español de 1996 a 2004–, pasando por filósofos como Fernando Savater, deportistas como Ramón Marsal o juristas como Antonio Garrigues Walker. El beato Álvaro del Portillo, primer sucesor de san Josemaría Escrivá al frente del Opus Dei, también es antiguo alumno del colegio. Cfr. VV.AA., *El Pilar, cien años de historia 1907-2007*, cit. y Archivo histórico del colegio de Nuestra Señora del Pilar.

En el reportaje «El Pilar» –transmitido por la cadena La sexta el 25 de octubre de 2015–, del programa unitario *Salvados*, se incluyen extractos de entrevistas hechas a varios de esos antiguos alumnos destacados. Aunque el tono es inquisitivo –afirma peyorativamente que el Pilar educó a una élite–, destaca un detalle de la experiencia como alumno del Pilar contado por Xavier Martínez-Celorrío –actual profesor de Sociología de la educación en la Universidad de Barcelona–: «es un conjunto de aprendizajes que tienen mucho que ver con las metodologías de trabajo, con el dominio del lenguaje, con la retórica, con las técnicas de trabajo intelectual, con los modales, con la presencia, con el saber estar, y, en conjunto, forman una serie de competencias culturales que sirven de distinción». Una de las varias inscripciones en los muros del edificio, muestra lo que los marianistas tratan de inculcar a sus alumnos:

estudiantil que en muchos sentidos emulaba a los *colleges* británicos, cohesionada por intereses comunes, en un ambiente similar al que se vivía en sus hogares⁴⁵. En esos años, los marianistas habían hecho del Pilar una verdadera cantera de hombres diligentes y bien preparados: de ahí saldrían comerciantes, funcionarios, deportistas, artistas y, por supuesto, sacerdotes y religiosos. El ambiente de intensa piedad respirado en el colegio era consecuencia de su modelo educativo, de tal manera que los religiosos marianistas y los propios alumnos fomentaban y promovían distintas actividades apostólicas, la más importante, la llamada congregación escolar, una agrupación estudiantil con fines apostólicos. Carlos Llano fue miembro de la congregación y llegó a presidirla en el curso 1948-1949, su último de bachillerato⁴⁶. Los llamados «congregantes» no eran novicios de la orden marianista, sino alumnos que, dado su desempeño escolar y comportamiento ejemplar, eran invitados por los profesores a participar activamente en las obras de apostolado para impulsarlas y promoverlas entre sus compañeros⁴⁷, así como a ejercer funciones de representación estudiantil. A los 17 años, Carlos Llano concluyó el bachillerato, habiendo aprobado los siete cursos con excelentes notas⁴⁸. Es en ese año de 1949 cuando sus barruntos vocacionales toman un rumbo definitivo.

«¿Quieres ser libre? Estudia y trabaja». El video puede verse en: [https://www.atresplayer.com/lasexta/programas/salvados/temporada-11/capitulo-3-colegio-pilar_5ad094f27ed1a88d4ef81239/].

⁴⁵ Así lo describe Luis Alberto de Cuenca –antiguo alumno y doctor en Filología– que dirigió la Biblioteca Nacional de España entre 1996 y 2000 y fue secretario de estado de Cultura del gobierno español de 2000 a 2004. Cfr. J. ÉVOLE, *El Pilar*, (25/10/2015)

⁴⁶ Según consta en su expediente académico, Carlos Llano fue admitido en la congregación escolar del Pilar el 19 de marzo de 1942, como aspirante; el 8 de diciembre de ese año, como congregante y, el 1 de diciembre de 1948, como miembro de la Acción católica.

⁴⁷ «En el colegio se desarrollaron numerosas actividades religiosas durante la década de los cuarenta. La Congregación escolar debe ser alma de las obras en todos los centros en que esté establecida, según señala el Manual del Congregante, editado en 1920. El congregante se caracteriza por su piedad filial hacia María, su intensa vida cristiana y su espíritu de apostolado. Los congregantes pilaristas no se limitaban a trabajar en su propia perfección, sino que colaboraban en el apostolado entre sus compañeros de clase, en sus casas, en la calle y en la catequesis organizadas por el Colegio. La Congregación escolar era el fermento y la levadura de la gran masa de todos los alumnos del Colegio. Se accedía a la condición de congregante tras haber sido aspirante. De la Congregación salieron los mejores elementos de la Acción Católica y religiosos marianistas, o de otros institutos». VV.AA., *El Pilar, cien años de historia 1907-2007*, cit., p. 108. De acuerdo con el padre Rojas, un requisito para pertenecer a la congregación era un desempeño escolar y calificaciones sobresalientes. En entrevista del 7 de noviembre de 2016.

⁴⁸ La más alta calificación era «sobresaliente con mención de honor», la segunda hacia abajo, «notable». A continuación, transcribo las notas de Llano, según consta en su expediente académico: 1) curso 1942-43: sobresaliente, 2) curso 1943-44: sobresaliente con mención de honor, 3) curso 1944-45: sobresaliente con mención de honor, 4) curso 1945-46: sobresaliente con mención de honor, 5) curso 1946-47: notable, 6) curso 1947-48: sobresaliente con mención de honor y 7) curso 1948-49: sobresaliente con mención de honor.

Según solía contar Carlos Llano, antes de iniciar el curso 1946-47 enfermó de tuberculosis, que lo tuvo en cama las primeras semanas del curso; así, se vio en la obligación de estudiar Filosofía por su cuenta, siguiendo el programa previsto por el colegio. Sin más armas que los propios libros, se enfrentó directamente con Platón, Aristóteles, san Agustín, santo Tomás de Aquino, Descartes y Kant. La anécdota

b.– Llano y el Opus Dei

La tuberculosis se enseñó con Europa durante el siglo XX, especialmente con España⁴⁹. La enfermedad era entonces una de las más arraigadas en la península y, aún hoy, es un asunto que preocupa a la sanidad española⁵⁰. Además de Carlos –primos y demás parientes–, otro de los hermanos Llano Cifuentes también fue presa del bacilo de Koch. Entre los remedios de la época, se tomaba por bueno y eficaz pasar una temporada en lugares secos. Dada su cercanía con Madrid, los poblados en las faldas de la sierra de Guadarrama albergaban a los tísicos que vivían en la capital española y tenían posibilidades de hacer el traslado y pagar el hospedaje. La familia Llano pasó el verano de 1949 allí, en lugar de en Ribadesella –como era lo usual–; en una casa del pueblo serrano de Los molinos, donde Rafael recibiría el tratamiento contra la tuberculosis⁵¹. Fue

contada por el propio Llano ha quedado recogida en la semblanza en video –Dr. Carlos Llano Cifuentes, fundador del IPADE, (6/5/2010) [https://www.youtube.com/watch?v=_9SXhzxHdVY]–, producido a propósito de su ingreso en 2004 al Salón del Empresario, creado en 1993 por el grupo editorial Expansión y la organización de fomento empresarial Impulsa –fundada en 1975 como Desarrollo Empresarial Mexicano (Desem) y perteneciente desde 2016 al grupo Junior Achievement (JA Worldwide). Cfr. *JA México. Miembro de JA Worldwide* [<http://www.jamexico.org.mx/>], consultada el 16/11/2016.

Se trata de un reconocimiento «para rendir homenaje a aquellos empresarios que han contribuido sustancialmente en el desarrollo empresarial de México y de su comunidad. Es un objetivo del Salón del Empresario, que cada uno de los galardonados sea testimonio y ejemplo para los jóvenes de México, que en su afán de crecimiento y superación, se preparan para ingresar al fascinante mundo de los negocios». Cfr. *Salón del Empresario en México | Impulsa* [<http://www.impulsa.org.mx/SEM/salon.html>], consultado el 16/11/2016. Al Salón del Empresario pertenecen, entre otros, Lorenzo Servitje (Bimbo), Juan Sánchez Navarro (Grupo Modelo), Eugenio Garza Sada (Grupo Alfa y Tec de Monterrey), Carlos Slim (Grupo Carso), Alfredo Achar Tussie (Comex) y Alberto Baillères (Grupo BAL e ITAM). Cfr. *Salón del Empresario en México | Impulsa* [<http://www.impulsa.org.mx/SEM/galardonados.html>], consultada el 16/11/2016.

⁴⁹ «La tuberculosis puede ser considerado el problema sanitario más grave del siglo XX. En España ha sido la enfermedad infecciosa más mortífera con más de 30.000 muertos al año durante toda la primera mitad del siglo, lo que ascendería a más de millón y medio de defunciones, aunque mostraba una cierta tendencia a disminuir. Entonces era la primera causa de mortalidad en personas de 15 a 34 años. En las grandes ciudades el 90% de los sujetos se infectaban antes de los 18 años (tuberculin-positivos). El diagnóstico de certeza exige la demostración del bacilo de Koch». R. NAVARRO GARCÍA, *Análisis de la sanidad en España a lo largo del siglo XX*, (2002), p. 223.

⁵⁰ «En la postguerra, el Patronato Nacional Antituberculoso programó la instalación de más de 60 Sanatorios con 20.000 camas para aislar a los enfermos bacilíferos». *Ibid.* Entre 1900 y 1950, el número de casos disminuyó 6%; en el mismo periodo, el de casos de otras enfermedades bajó en mayor proporción: v.gr. viruela: 31%, difteria: 37%. Cfr. *Ibid.*, p. 71. Por su alto índice de mortandad, en España sigue contándose como problema sanitario. Cfr. *Ibid.*, p. 314 y J. M. JIMÉNEZ GALVEZ, *España no logra frenar la tuberculosis al nivel de los grandes de la UE*, publicado en *El País*, sección *España*, 24/3/2016.

⁵¹ «A la mitad de ese año [1949] contraí una enfermedad [tuberculosis] que me obligó a hacer un largo reposo y exigió que la familia, en vez de pasar el verano en Asturias, lo hiciese cerca de la Sierra de Guadarrama, no lejos de Madrid, donde el clima era más seco. Alquilamos una casa en “Los Molinos”». R. LLANO, *Correspondencia entrañable*, cit., p. 31.

entonces cuando Carlos Llano ingresó en el Opus Dei⁵², que había conocido poco antes, por un compañero del Pilar y un sacerdote, ambos miembros de esa –por entonces, muy joven– institución de la Iglesia⁵³.

Poco antes, una elección igualmente crucial sorprendió a varios, incluido su padre: se había decidido por Filosofía para estudiar en la universidad⁵⁴. Antonio Llano perfilaba a su hijo Carlos para que se ocupase de sus negocios en México y tal opción no era del todo acorde con sus planes⁵⁵; sin embargo, él mismo puso ante la atenta mirada de su hijo –que inició sus estudios universitarios en ese año de 1949, en la Universidad de Madrid– dos libros fundamentales para el desarrollo de su pensamiento: primero, *Pragmatismo*, de William James y, tiempo después, *El criterio*, de Jaime Balmes⁵⁶. Al año siguiente, Carlos se traslada a Roma⁵⁷ para iniciar sus estudios de doctorado en el entonces pontificio ateneo Angelicum, de la orden de los dominicos⁵⁸.

⁵² «Los conocidos de Carlos del Opus Dei iban a hacerle visitas. A veces iban de excursión a la sierra. En una de esas excursiones Carlos decidió pedir la admisión en la Obra». *Ibid.*

⁵³ «Durante los meses transcurridos entre el final del bachillerato y el comienzo de sus estudios universitarios, Carlos había conocido el Opus Dei a través de Enrique Cavanna y de D. Jesús Urteaga. Lector de Teresa de Ávila, añoraba el haber conocido a algún fundador de la talla de la santa castellana. Pensó inicialmente que el Opus Dei no le proporcionaría tal posibilidad, porque su denominación latina parecía revelar un origen medieval. Se llevó una sorpresa al entrarse de que Josemaría Escrivá, además del autor de *Camino*, era el fundador de la Obra. Y, durante una excursión por la Sierra de Guadarrama, una larga conversación con César Ortiz de Echagüe, estudiante de arquitectura, le aportó las pocas razones que todavía le faltaban para pedir la admisión en el Opus Dei». A. LLANO, *Mi hermano Carlos*, cit., p. 25.

Enrique Cavanna de Aldama, numerario del Opus Dei, fue alumno del Pilar de la clase 1943. (Archivo académico del Pilar). Ortiz de Echagüe –también numerario– llegaría a ser uno de los arquitectos más reconocidos en España (dejó su exitosa carrera para ordenarse sacerdote en 1983, a los 36 años). Cfr. L. NÚÑEZ LADEVÉZE, *Ortiz-Echagüe y Echaide*, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid 1973

⁵⁴ «Todos esperaban que hiciera una carrera profesional fulgurante, y que antes estudiaría Derecho con vistas a la posición de Notarías, o bien Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Por eso sorprendió –y tal vez defraudó a algunos– que Carlos se matriculara en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, para cursar una carrera cuyo prestigio intelectual no deparaba altas retribuciones económicas ni poder político. Pero esta decisión tan poco popular –y tan acertada– confirmó que él buscaba realidades y valores, más que apariencias y éxitos prematuros». A. LLANO, *Mi hermano Carlos*, cit., p. 25.

⁵⁵ En preparación para hacerlo cabeza de los negocios familiares en México, Antonio Llano envió a José Antonio, su hijo mayor, a estudiar Administración a la Universidad de Seaton Hall, en Newark, New Jersey. Sin embargo, José Antonio enfermó y tal responsabilidad recayó en Carlos. Cfr. A. LLANO, *Segunda navegación*, cit., p. 230 y entrevista con Alejandro Llano, del 13 de noviembre de 2015.

⁵⁶ La anécdota, contada por Carlos Llano en innumerables ocasiones, ha sido referida ya por varios: Picos, Zagal, entre otros. La versión de Jiménez, sin embargo, rescata un detalle: «Precisamente su padre, para orientar la vida del joven filósofo hacia los negocios, le envió de España *El Criterio* de Jaime Balmes, en donde se lee en su primera línea: “la verdad es la realidad de las cosas”. Gracias a esta frase –repetida en sus clases a empresarios– y paradójicamente, en contra de las intenciones de su padre, abrió la puerta de la filosofía». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 2.

Al respecto, el mismo Carlos Llano ha dicho de viva voz: «Tanto *El criterio*, de Balmes, como el *Pragmatismo*, de William James, me empujaron hacia la filosofía», cfr. *Dr. Carlos Llano Cifuentes, fundador del IPADE*, (6/5/2010) [https://www.youtube.com/watch?v=_9SXhzhHdVY]. Sobre la influencia de James en el realismo de Llano ahondaré más adelante.

⁵⁷ Es a instancias del fundador del Opus Dei que Carlos Llano llega a Roma. «Mons. Escrivá de Balaguer había pedido a Dn. Álvaro del Portillo que investigara qué universidad de Europa podría ofrecer

Recuérdese que Carlos Llano nunca puso entre paréntesis su catolicismo⁵⁹; ello, no sólo en términos de lealtad o filiación, sino en un sentido hondo. Así, sólo es posible entender acabadamente su pensamiento a la luz de la fe cristiana⁶⁰. Tampoco hizo a un lado las enseñanzas del fundador del Opus Dei, con quien convivió intensamente durante su estancia en Roma, relación personal que se prolongaría hasta 1955, cuando volvió a México para ocuparse de los encargos familiares⁶¹ y, además, de asuntos relacionados con la labor apostólica del Opus Dei por encargo directo de san Josemaría Escrivá⁶².

flexibilidad para que cinco jóvenes capaces pudieran realizar los estudios de licenciatura en dos años y los de doctorado en otros dos. Dn. Álvaro determinó que la universidad indicada era la Pontificia Università degli Studi San Tommaso d'Aquino, antiguamente conocida como Angelicum, en Roma. De modo que Carlos, junto con otros cuatro jóvenes, se inscribieron al Angelicum el 27 de octubre de 1950. Además de sus estudios en la Universidad, san Josemaría pidió a José M. de la Torre que asesorara directamente a este pequeño grupo, a fin de apoyarlos en sus estudios y coadyuvar para que ese grupo tuviera ideas claras. San Josemaría pensaba que todos los miembros del Opus Dei deberían tener cierta formación filosófica, y había países en donde el Opus Dei había ya nacido y donde no había filósofos. Por sus circunstancias familiares, Carlos estaría destinado a México». M. A. GARCÍA JARAMILLO, *Notas para una biografía de Carlos Llano*, cit., p. 3.

⁵⁸ El antecedente histórico del Angelicum es «el primer centro de estudios (*Studium*) de la Orden de Santo Domingo en Roma, situado en sus orígenes en el convento de Santa Sabina, ubicado en la colina del Aventino. Santo Tomás de Aquino lo inició ahí entre los años 1265 y 1267, (fue precisamente en este lugar donde comenzó la redacción de la *Summa Theologiae* (1266), que culminará a su regreso en Francia)» R. RUVALCABA PEÑA, *Pensamiento de Carlos Llano. Antecedentes filosóficos y la antropología contenida en su teoría de la acción directiva*. Pontificia Università della Santa Croce, Roma 2015, p. 52. En 1577, la orden erigirá el colegio de Santo Tomás de Aquino –en el barrio romano de la Minerva– que, casi cuatro siglos después, en 1909 y con el impulso de Pío X, será convertido en el Pontificio Colegio Angélico, donde, de acuerdo con la intención de este papa, religiosos dominicos y de otras órdenes se formarían en el pensamiento tomista: «la sabiduría del Doctor Angélico, allí fielmente explicada y desde allí ampliamente difundida, producirá en todas partes abundantes frutos para el progreso de la filosofía y de las ciencias sagradas». Citado por JUAN XXIII, *Carta apostólica «motu proprio» «Dominicanus ordo»*, en *La Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino en Roma: el papa Juan XXIII honra la orden dominicana*, Oficina Poligrafica Laziale, Roma 1963, pp. 5-8 Pág. 6. En 1942, el colegio alcanza el rango de ateneo y, el 7 de marzo de 1963, es erigida como universidad pontificia. En la siguiente parte correspondiente, hablaré del contexto del Angelicum y de su influencia en el pensamiento de Carlos Llano a través de la figura de Garrigou-Lagrange.

⁵⁹ Zagal no exagera cuando afirma que «fue una de las figuras más importantes de la intelectualidad católica mexicana en la segunda mitad del siglo XX». H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 19.

⁶⁰ Coincido con Jiménez cuando señala que «la aceptación de Llano de su heredad cristiana se encuentra afirmada en todas sus obras, y no parece haber excepción en ello. No tiene por qué negar su filiación cristiana en modo alguno, sino al revés: es el contexto necesario de su pensamiento. **Sin el cristianismo como base del pensamiento de Llano, simplemente no existiría su doctrina como tal**». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 37 (las negritas son mías).

⁶¹ Cfr. H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 37.

⁶² «San Josemaría pensaba que todos los miembros del Opus Dei deberían tener cierta formación filosófica, y había países en donde el Opus Dei había ya nacido y donde no había filósofos. Por sus circunstancias familiares, Carlos estaría destinado a México». M. A. GARCÍA JARAMILLO, *Notas para una biografía de Carlos Llano*, cit., p. 3. Llano fue un apoyo para Josemaría Escrivá en la primera etapa de la labor apostólica del Opus Dei en México y, después, a través de distintas obligaciones de gobierno en la Obra.

Llano formó parte del grupo fundador de la UP y del IPADE y fue primer rector de la Panamericana. Ambas instituciones fueron impulsadas por Escrivá de Balaguer. Entre 1955 y 1965, a petición del fundador del Opus Dei, miembros de la Obra en varios países crearon revistas de talante cultural para –con base en el pensamiento cristiano– integrarse a la discusión crítica de temas torales en cada país y no quedar al margen del diálogo intelectual. De esas iniciativas editoriales, la única que sigue publicándose es *Istmo*. Por ello, «*Istmo* no sería una publicación sometida a las veleidades del mercado. En el momento en que la educación y la cultura se convierten en una mercancía, hemos acabado con ella. Los estudiantes y

c.– Pensamiento y acción

Hasta ahora he destacado dos rasgos medulares de la vida de Carlos Llano: 1) su destreza intelectual, de enorme creatividad y rigor teórico, y 2) el ambiente familiar y su entorno. Antes de concluir este breve repaso biográfico, me detendré a considerar la peculiar conjugación entre acción y pensamiento lograda por el autor, cuyo eje gravitacional es una filosofía hondamente cristiana, del que destaco un especial sentido de la oportunidad.

De las muchas enseñanzas que el filósofo mexicano adquirió en un entorno familiar definido por a actividad comercial destaca el agudo sentido de la oportunidad. Zagal recuerda que Llano solía explicar que «el hombre práctico analiza, sopesa los pros y contras de sus decisiones; pero su éxito radica en saber detener el análisis y decidirse a actuar en el momento oportuno, en el instante preciso, no antes ni después»⁶³. La filosofía llanista encuentra uno de sus principales objetos de estudio en la acción; más específicamente, en la acción de dirigir personas⁶⁴. El filósofo mexicano dedujo, a partir de su experiencia en los negocios, que el sentido de oportunidad es crucial para acertar en cualquier actividad humana. Y, si la prudencia es decisiva en dicha actividad, lo es también con mayor razón en el ejercicio del oficio más importante para el hombre: el de llegar a serlo⁶⁵. Derivado de ello, sus estudios

los lectores no son clientes que “compran” clases y lecturas; son personas que desean saber y el conocimiento no se debe comprar ni vender como quien vende un kilo de jitomates [...]. El proyecto no fue editar una revista cualquiera, sino una revista que creara opinión, que ahondara en los grandes temas de la vida humana de una manera concisa, elegante, argumentada, aún siempre al cristianismo». H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 39.

⁶³ H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 27. Y añade: «Aristóteles llamó *kairós* a ese sentido de la decisión oportuna, término que siglos después retomaría Heidegger en un contexto análogo. El prudente es quien, tras deliberar, elige actuar oportunamente. Llano no cita expresamente el término griego; sin embargo, estuvo familiarizado con la idea a través de Tomás de Aquino, comentador de Aristóteles».

⁶⁴ Como ha señalado Jiménez, «el estudio realizado por Carlos Llano durante el tiempo que va de 1966 a 2010, se refiere de modo especial a la llamada “antropología” de la dirección de las organizaciones». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 2. De alguna manera, su propia experiencia en el ámbito de los negocios motiva a Llano a analizar la acción humana desde la metafísica y la gnoseología. Cfr. C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., pp. 20-22.

⁶⁵ Solía repetir esta idea y la ha consignado en algunos lugares, por ejemplo: «Es un error pensar que esa formación haya de dejarse al mundo inarticulado del *Lebenswelt*; la universidad, insisto, debe enraizarse en ese mundo e influir en él. So pena de que, al preparar al hombre en su oficio profesional, lo dejemos impreparado en su oficio de hombre». C. LLANO, *La misión de la universidad*, en *La misión de la universidad y la cultura posmoderna*, Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), México 1990, p. 83.

de antropología filosófica su nutrieron de esa experiencia; pero, también fueron la base de su «filosofía del *management*⁶⁶».

Las dos primeras publicaciones de Llano no versaron sobre una temática estrictamente filosófica; sin embargo, ambos están soportados en cimientos metafísicos y especulativos sólidos, surgidos de la profunda reflexión de el autor. Su primera obra susceptible de clasificar en la llamada «filosofía dura» no llegó hasta 1995. ¿Por qué un filósofo de la estatura intelectual de Llano postergaría tanto la publicación de sus libros especializados en metafísica y gnoseología? De hecho, su tesis doctoral no vería la luz sino hasta medio siglo después de haberla defendido⁶⁷.

Como señalé antes, desde 1955 hasta 1967, Llano estuvo dedicado a los negocios de su padre en México y, por encargo del fundador del Opus Dei, a sacar adelante la revista *Istmo* –cuya primera edición se puso en circulación en enero de 1959– que se sumara al diálogo cultural con seriedad y rigor intelectuales, y una universidad exigente académicamente y de profundas raíces en la tradición del humanismo cristiano, la UP, fundada en 1967. De ahí que en varios sectores suela considerarse a nuestro maestro como «un empresario⁶⁸ dedicado a la filosofía». Aunque la firmeza, arrojo y sensatez indispensables para los negocios eran tan patentes en Llano como su seriedad y rigor filosóficos, estos matices más especulativos iban a la zaga. Sin embargo, en *Istmo* encontró un *atelier* donde fue preparando muchos de sus libros; los primeros años de la revista coincidieron con su ingreso en la Universidad Nacional Autónoma de México –por entonces, el epicentro de la filosofía en

⁶⁶ Suele usarse la palabra *management* para referirse al ámbito en el que Llano contribuyó con estudios y análisis sobre la *acción directiva* y la *antropología de las organizaciones*. Me parece más pertinente usar estos dos términos en lugar de aquel, cuyas acepciones recurrentes van asociadas a la simple gestión o mera administración (cfr. G. GÓMEZ HOYO, *Diccionario de economía y finanzas*, Aranzadi - Thomson Reuters, Navarra 2009, p. 248) y no necesariamente a la acción directiva como la entiende Llano. A este respecto, la definición de *management* que acuñó Peter Drucker es mucho más completa: es esencialmente una actividad práctica que tiene que ver con la toma de decisiones, la motivación de personas y la creatividad; por eso, es el órgano específico de las instituciones –organizaciones–; su espectro de alcance rebasa la mera administración y su puesta en práctica no cabe en las cadenas de mando. cfr. P. F. DRUCKER, *The practice of management*, Butterworth Heinemann, Oxford 2007, pp. 3-22, 167-220 y 295-330. Sin embargo, el uso que se le da comúnmente a *management* carece de dicha amplitud.

⁶⁷ En la tesis dirigida por Ambrose McNichol, Llano trabajó el tema del conocimiento del principio de contradicción. Su libro de 2004 *Etiología de la idea de la nada* –del que se sentía más orgulloso– es, fundamentalmente, su tesis; por supuesto, enriquecida con toda la experiencia acumulada en 50 años de trabajo intelectual y reflexión.

⁶⁸ Hago un breve apunte etimológico al respecto. «Empresario» y «empresa» son derivaciones del verbo «emprender», cuya etimología alude a decidirse firmemente y, por extensión, a la acción de acometer un gran desafío. Del latín *in-prehendere*: 1) prefijo *in*: dentro y 2) verbo *prehendo*: asir con la mano, cazar, atrapar, retener (de donde también *represa*, *prenda*, *prendedor*, *prendido*, *preso*, *prisión*, *sorpresa*, *desprender*, etc.), literalmente puede traducirse como «asir dentro»; su uso en español bajo el significado de tomar una decisión con firmeza para ejecutar determinada actividad data del siglo XIV. Cfr. S. SEGURA MUNGUÍA, *Nuevo diccionario etimológico latín-español y de las voces derivadas*, Universidad de Deusto, Bilbao 2001, p. 595.

América latina⁶⁹– para revalidar su tesis romana⁷⁰; como requisito, fue indispensable aprobar los cursos del programa de doctorado. Ahí conoció a José Gaos, a quien reconocería como uno de sus maestros. En esta etapa se acrisola y forja el pensamiento incubado en sus años en el Angelicum.

Como ya se vislumbra, el autor logró hacer compatible llevar a cabo las encomiendas de su padre con las correspondientes a la labor apostólica del Opus Dei y con el despliegue de su trabajo especulativo. La tan manida armonía vital fue una realidad para él. Por poner sólo un ejemplo, en 1963 –al tiempo que dirigía *Istmo* y se iba perfilando el proyecto de la Universidad Panamericana, con el inicio de las primeras gestiones para la fundación del IPADE– participó en el XIII Congreso Internacional de Filosofía, cuya sede fue la UNAM, con la ponencia *Individuo y sociedad: problema metafísico*⁷¹. No fue cosa menor: convocado por la Sociedad Mexicana de Filosofía –fundada por José Vasconcelos– el congreso puso a México en el concierto de la filosofía mundial y reunió a filósofos como Robert S. Hartman, Fritz-Joachim von Rintelen, Ludwig Landgrebe, Norberto Bobbio, Juan David García Bacca, José Ferrater Mora, Julián Marías y José Gaos⁷², entre otros. Además, «contribuyó a dar un incremento significativo al desarrollo de la filosofía en nuestro país»⁷³.

⁶⁹ Entre 1950 y 1970, se dieron varias coincidencias que alentaron el desarrollo de la filosofía en la UNAM. Por un lado, la presencia de José Vasconcelos (1882-1959), quien como autoridad intelectual mexicana y dada su amistad con Adolfo López Mateos (presidente de México 1958-1964) apoyó las iniciativas generadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la llamada máxima casa de estudios que, por otro lado, se había convertido en un afortunado punto de encuentro entre los llamados «filósofos transterrados» –Juan David García Bacca, Eduardo Nicol (también maestro de Llano, a quien me referiré más detenidamente en el siguiente capítulo), Joaquín Xirau...– y pensadores mexicanos como Samuel Ramos, Antonio Gómez Robledo o Eduardo García Máynez. Cfr. E. CASTRO-BARRERA, *Vida y trama filosófica en la UNAM (1940-1960)*, Edición del autor, México 1989, pp. 110-162. Sobre el papel de los llamados transterrados en la vida filosófica e intelectual mexicana acudo a: P. W. FAGEN, *Transterrados y ciudadanos. Los republicanos españoles en México*, Fondo de Cultura Económica, México 1975.

⁷⁰ Cfr. H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 40.

⁷¹ C. LLANO, *Individuo y sociedad: problema metafísico*, «El problema del hombre. Memorias del XIII congreso internacional de Filosofía. UNAM.», II (9/1963), pp. 259-270.

⁷² La ponencia de Gaos en el congreso fue *La Lebenswelt de Husserl*. Llano encontró en el transterrado español a uno de sus más grandes maestros. De él tomó la noción husserliana de *Lebenswelt* y otras, igualmente determinantes en el desarrollo de su pensamiento.

⁷³ E. CASTRO-BARRERA, *Vida y trama filosófica en la UNAM (1940-1960)*, cit., p. 195.

Para las ponencias de los participantes en el congreso, cfr. N. BOBBIO – E. GARCÍA MÁYNEZ – H. COING – L. RECASÉNS SICHES, *Symposium sobre derecho natural y axiología*, Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, México 1963 J. D. GARCÍA BACCA – J. FERRATER MORA – H. MARGENAU – T. A. BRODY, *Symposium sobre información y comunicación*, Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, México 1963, J. MARÍAS – J. PASSMORE – J. WAHL – N. ROTENSTREICH, *Symposium sobre la argumentación filosófica*, Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, México 1963, J. GAOS – L. LANDGREBE – E. PACI – J. WILD, *Symposium sobre la noción husserliana de la Lebenswelt*, Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, México 1963 y R. S. HARTMAN – L. CURIEL – F.-J. VON RINTELEN – D. CHRISTOFF, *Symposium sobre valor in genere y valores específicos*, Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, México 1963.

A propósito de esta «duplicidad de funciones» aparentemente dicotómica y contradictoria, refiero una anécdota: «En una ocasión –relataba Llano–, por complicaciones mercantiles se vio obligado a faltar al seminario sobre el *Tractatus* de Wittgenstein que dirigían Luis Villoro y Alejandro Rossi, profesores eméritos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se encontró casualmente con Rossi, quien le preguntó: “¿y el seminario?”. Contestó que por desgracia había tenido que ocuparse de los negocios de su familia. Cuando Llano pensó que Alejandro Rossi le recomendaría no cambiar la filosofía por el mercantilismo, le respondió: “¡los negocios de mi familia! ¿quién pudiera decir eso...”⁷⁴.

En la cabeza de Carlos Llano se congregaban armónicamente dos habilidades: la productiva y eficaz de un hombre de negocios y la especulativa del filósofo; además, gracias a dicha conjugación hizo singulares hallazgos en terrenos de otras disciplinas –como la literatura– desde la filosofía⁷⁵. Esta destreza llanista era patente en sus clases; según recuerda uno de sus alumnos, luego de que él y otros estudiantes del seminario de Llano en la Panamericana leyeran un artículo suyo sobre cuatro conceptos para un pensamiento no ilustrado, les sorprendió encontrar ahí algo que les «interesaba sobre manera: el uso de las nociones aristotélicas allegándolas a lo literario, a lo antropológico y a lo social; descubrimos, además, que el pensamiento aristotélico no es algo anquilosado ni pasado de moda»⁷⁶. Una verdadera bicefalia⁷⁷ –como anoté antes– que no iba en detrimento de su empuje emprendedor ni de su calidad especulativa como pensador. ¿Era un filósofo dedicado a los negocios? ¿Era un hombre de negocios metido en filosofía? Dicho con el autor, «sería un error polarizarnos en un dualismo sin reconciliación»⁷⁸, pues, no debe olvidarse que «el culto de las antinomias no es la misión de la filosofía»⁷⁹.

⁷⁴ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 2.

⁷⁵ En otro lugar –al que me referí líneas arriba– hemos descrito someramente esos descubrimientos (cfr. V. DE HARO – V. I. DOVAL, *Llano, lector*, cit.). Su artículo sobre el anhelo metafísico de Machado es buen ejemplo de ello (cfr. C. LLANO, *El anhelo metafísico de Antonio Machado*, «Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana»/13 (1997), pp. 171-218).

⁷⁶ L. X. LÓPEZ-FARJEAT, *La analogía en Carlos Llano*, en *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*, Universidad Panamericana, México 2005, p. 207.

⁷⁷ Uso la definición de esta peculiar bicefalia propuesta por Jiménez: «la capacidad de plantear y resolver problemas prácticos y especulativos con eficacia. Desde el punto de vista aristotélico, diríamos que es la facultad de ejecutar con profundidad el intelecto práctico y el intelecto especulativo» Presentación Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. xiv.

⁷⁸ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, Granica, México 2001, p. 185.

⁷⁹ C. LLANO, *Individuo y sociedad: problema metafísico*, cit., p. 263.

Héctor Zagal explica esa peculiar conjunción, en un párrafo que sintetiza los anhelos de Llano y con el que reivindica su escritura:

«El estilo de Llano tiene la frescura de quien no se toma demasiado en serio la teoría o, lo que es lo mismo, de quien se da cuenta de que la vida teórica se debe entretener con las menudencias de la vida práctica y productiva para adquirir firmeza y textura. Algunos fragmentos de su obra se pueden leer como una apología filosófica del hombre de acción; otros, invitan al hombre práctico a la reflexión y al sosiego. Deliberación, plan, libertad, proyecto, virtud, voluntad, decisión, carácter y acierto preocupan recurrentemente a Carlos Llano. En cierto sentido, su trabajo es una tentativa de “filosofía práctica” o, para usar la expresión de Aristóteles, “*he peri ta antropeia philosophia* (Ética Nicomaquea, X, 9, 1118b 15)”, una filosofía de las cosas humanas»⁸⁰.

Precisamente, por tratarse de una filosofía de las cosas humanas, la hecha por Carlos Llano no es una deidad pétrea que reposa hermética –inmóvil–, separada del mundo donde ocurre: su análisis y hallazgos sobre la acción directiva se entrelazan con sus estudios filosóficos sobre metafísica, gnoseología y antropología, en una imbricación de doble vía, de donde también obtiene hilo para tejer sus escritos divulgativos –notas técnicas y casos para el IPADE, así como apuntes para sus clases de Filosofía, discursos, artículos o ponencias–; se trata de un tramado intelectual que «posee dos vertientes»: la empresarial y la filosófica, como ha explicado Óscar Jiménez. «La obra de Llano puede señalarse como un intento metafísico complejo y audaz»⁸¹ que sirve de sustento a sus obras de antropología y filosofía práctica, «análisis teóricos de la persona como un todo, y de sus dos facultades máximas, la inteligencia y la voluntad»⁸²:

«De ahí la importancia práctica de las obras empresariales de Llano: son la aplicación de sus fundamentos teóricos. La parte

⁸⁰ Introducción H. ZAGAL – E. RODRÍGUEZ – V. ASPE ARMELLA (eds.), *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*, Universidad Panamericana, México 2005, p. iii.

⁸¹ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Notas generales sobre el pensamiento filosófico de Carlos Llano: sobre el conocimiento y la reflexión*, en *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*, Universidad Panamericana, México 2005, pp. 131-133.

⁸² *Ibid.*, p. 132.

teórica o especulativa no se refiere al estudio del “conocimiento” sin más, porque el conocimiento es una acción, y ésta supone una sustancia, que es el metafísico que conoce, el científico que hace ciencia»⁸³.

En el origen y desarrollo posterior del pensamiento de Llano laten las palabras de otro de sus grandes maestros, el dominico y teólogo francés, pilar del Angelicum, Réginald Garrigou-Lagrange⁸⁴: «si hay alguna materia capaz de interesar a la vez al filósofo, al teólogo, y también a los simples que tienen un alma elevada y grandes aspiraciones, es la de la primera mirada de la inteligencia sobre las cosas y sobre la vida»⁸⁵. Nuestro maestro insistirá a lo largo de su itinerario filosófico en esta idea fundamental: la actitud intelectual básica no es la duda, sino el asombro⁸⁶. El realismo moderado –aprendido por la experiencia en su entorno familiar y, luego, al inicio de su andar filosófico, en Roma– le acompañará siempre y será base de su pensamiento⁸⁷. Por lo anterior, es indebido plantear una dicotomía taxativa entre los ámbitos donde se desenvolvía con igual soltura y especial profundidad: lo concerniente a la inteligencia y lo tocante a la voluntad⁸⁸.

En esta primera consideración –y así será a lo largo de la tesis– he tenido siempre a la vista el viejo apotegma escolástico que Llano hizo propio y según

⁸³ *Ibid.*, p. 133.

⁸⁴ Como bien ha apuntado Ruvalcaba, fue gracias al dominico que Llano aprendió a leer a Aristóteles y a santo Tomás desde las fuentes; también a él debe la particular comprensión de los problemas planteados por el neotomismo de la posguerra (cfr. R. RUVALCABA PEÑA, *Pensamiento de Carlos Llano. Antecedentes filosóficos y la antropología contenida en su teoría de la acción directiva.*, cit., p. 61 y ss.). En la segunda parte de este capítulo, acudiré directamente a la obra de Garrigou-Lagrange para desmenuzar su influencia sobre el pensamiento llanista, en general y, sobre los postulados de la idea práctica, en particular.

⁸⁵ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El sentido común: la filosofía del ser y las fórmulas dogmáticas*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1945, p. 329. La cita ya aparece en la tesis que Carlos Llano defendió en el entonces Ateneo Pontificio Internacional Angelicum, de Roma –hoy, Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino–, fechada en 1952 y dirigida por el también dominico Ambrose McNicholl.

⁸⁶ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, Trillas, México 1999, p. 40 y ss. La formulación de este principio aparece en distintos pasajes de la obra llanista.

⁸⁷ Pongo aquí una pequeña muestra de ese elemento crucial del método filosófico llanista: «Mi conocimiento de la realidad –y también de la realidad humana– debe estar condicionado por la realidad –ése es el realismo–, en lugar de que la realidad conocida esté condicionada por el conocimiento –ése es el relativismo–». C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, México 1997, p. 12.

⁸⁸ Lo ha escrito muy bien Jiménez: «La razón de esta doble caracterización de su obra [conocimiento y volición] es que el hombre opera por medio de instrumentos intrínsecos de acción, que en la filosofía tomista reciben el nombre de *facultades* o *potentiae*, pues facultan o potencian al ser humano para modificarlo y, a su vez, modificar su entorno. Así, inteligencia y voluntad –como facultades o potencias–, e intelección y volición –como operaciones de aquéllas, respectivamente–, son los dos temas sobre los que gira la obra del autor objeto de estas disquisiciones. La persona actúa por medio de inteligencia y voluntad, y estas dos facultades son el núcleo del hombre, y por ende, del estudio de Llano». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. xiii.

el cual hay que distinguir sin separar y unir sin confundir. No existe, pues, un «Llano empresario», por un lado, ni un «Llano filósofo», por otro. Lo que sí existe es una privilegiada bicefalia «de teoría y práctica, de ocio y negocio, de profundidad y eficiencia»⁸⁹, bicefalia del y en el sujeto concreto Carlos Miguel Llano Cifuentes⁹⁰, que le permitió entender que, si «la filosofía tiene por oficio y deber de afrontar los temas más importantes de la vida humana, resulta por necesidad algo *entrañable*, en el sentido anatómico de la expresión, al punto de que toda filosofía habría de ser inexorablemente autobiográfica»⁹¹. Vista así, la filosofía no es un techo impermeable bajo el cual se incubaba la erudición inmanentista, ensimismada y estéril en monólogos fantásticos⁹².

Si, en efecto, «la verdad es la realidad de las cosas»⁹³ –como había leído en Balmes–, Llano no podría no haberse volcado con un apasionado interés en un esfuerzo filosófico por conocer y comprender acabadamente la realidad concreta –el singular–; pero, todavía más, en desentrañar la esencia humana, en un diálogo constante con la tradición filosófica arraigada en la Antigüedad griega y, sobre todo, en la escolástica. Es a partir de ahí que obtiene su concepción de aquello que es la realidad –esta piedra, ese árbol– de manera radical: el singular. Su atenta mirada se colocó sobre la gnoseología y la metafísica para poder hacer una antropología realista: conocer la realidad, con base en la filosofía primera, separado de los criterios del idealismo moderno, para llegar al verdadero singular; porque, en última instancia,

«las transformaciones sociales definitivas, las que modifican o generan las grandes tendencias históricas, tienen su verdadero origen en lo singular, y no en ninguna otra cosa. Podemos decirlo

⁸⁹ *Ibid.*, p. xiv. En este mismo lugar, en nota al pie, Jiménez apunta qué entiende por *bicefalia*, definición con la que coincido y asumo para referencias posteriores: «la capacidad de plantear y resolver problemas prácticos y especulativos con eficacia. Desde el punto de vista aristotélico, diríamos que es la facultad de ejercitar con profundidad el intelecto práctico y el intelecto especulativo».

⁹⁰ Dicho con Aristóteles, «no es al hombre, efectivamente, a quien sana el médico, a no ser accidentalmente, sino a Calias o a Sócrates o a otro de los así llamados, que, además, es hombre». *Met.* 981a 19-20.

⁹¹ C. LLANO, *Presentación*, «Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana»/1 (1991), p. 9.

⁹² Firme promotor del despliegue de la libertad humana y del realismo, Llano hace una filosofía –casi terapéutica– bien aterrizada en la realidad. Como apunta Zagal: «en última instancia, a Llano le preocupaba el desarrollo unidimensional del ser humano, hombres que despliegan su inteligencia teórica a costa de su inteligencia práctica y viceversa. Pero sobre todo le preocupaban aquellos que desarrollaban su racionalidad, olvidando perfeccionar también su carácter. El exceso de teoría podría atrofiar las habilidades prácticas; es un riesgo grave que corren quienes se dedican a la vida académica. Pero mucho más peligroso, insistía Llano, es cuando el éxito profesional no viene acompañado de la formación del carácter y de la voluntad»- H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 75.

⁹³ J. BALMES, *El criterio*, Aguilar, Madrid 1944, p. 7.

hoy con seguridad, cuando la teoría hegeliana de la historia se encuentra razonablemente en entredicho, si no es que realmente refutada. Tienen su origen en el singular, y en donde el singular adquiere su configuración más pletórica, esto es, en la persona»⁹⁴.

Con agudeza e insistencia, Llano defendió siempre la libertad basado en principios metafísicos⁹⁵ y, por ello, nunca admitió ningún tipo de cortapisas sobre ella. «El hacer humano es la expresión y el fruto de su ser, de modo y manera que la libertad operativa no es sino el resultado de una previa liberad óptica personal»⁹⁶. En última instancia, fiel a sí mismo⁹⁷ –y a su pensamiento–, Carlos Llano siempre se mantuvo ajeno a cualquier ambiente con visos corporativistas o de masificación, donde las personalidades individuales se desdibujasen. Además de esta nota personal que imbuía su trabajo en distintas organizaciones, su actividad filosófica ocurrió lejos de los entornos de talante «oficial», por usar un adjetivo impreciso⁹⁸; su ánimo de absoluta autonomía lo llevó a desenvolverse al margen de exigencias oficiosas. En buena medida, a ello se debe que no figurase en los aparadores de moda ni –lamentablemente– fuese reconocido en el ambiente académico oficial como filósofo. Uso el adverbio «lamentablemente» no porque ese lustre le hubiese sido necesario para el despliegue de su pensamiento, sino porque su voz en esos ambientes no

⁹⁴ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 25. Quisiera aprovechar aquí –aunque más adelante trataré con mayor detenimiento este punto– para mencionar que ya en su tesis se aprecia esa fascinación que suscitó en el joven Llano, de 20 años de edad, constatar la doble evidencia del primer contacto con la realidad: 1) que existe algo distinto a mí y 2) que ese algo no soy yo pensando aquello, como cuando afirma, por ejemplo: «No podemos admitir que nuestro conocimiento de la existencia se reduzca a pensarla como significada. Nuestra posición realista no nos permite esencializar la existencia, hacer de la existencia un concepto, una idea, un elemento de representación». C. LLANO, *Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción*. Angelicum-Pontificia Università San Tommaso d'Aquino, Roma 1952, p. 104.

⁹⁵ Aunque lo haré más adelante, ahora no es momento de hablar al respecto de la concepción llanista; baste apuntar aquí, sin embargo, que ella hunde sus raíces en tierra metafísica. V.gr. «La causa de que haya libertad no reside en mi conciencia de ella; al revés, tengo conciencia de mi libertad debido a que soy libre. La conciencia lúcida será la razón o causa por la que afirmo que soy libre, pero no lo es la causa de que lo sea». C. LLANO, *Los problemas actuales de la libertad*, «Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana», 1/2 (1992), p. 28.

⁹⁶ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, Trillas, México 1983, p. 61.

⁹⁷ Sus colegas, amigos y distintas personas que lo trataron, trabajaron y convivieron con él, han mencionado ese peculiar talante de Carlos Llano: una autonomía casi rayana en la insubordinación que ya era manifiesta en su niñez, según apunta su hermano Alejandro: «lo que más me fascinaba es que él tuviera una vida independiente de todos los demás de la casa. Era el único que se daba largos paseos en solitario. Leía continuamente, apartado de los demás, y escribía sin parar. Hablaba de cosas que ninguno más conocía y solía mostrarse como ausente, como habitando otro mundo que los demás no podíamos ni sospechar». A. LLANO, *Olor a yerba seca*, cit., p. 111.

⁹⁸ Por mencionar sólo un ejemplo, su ingreso al Sistema Nacional de Investigadores, dependiente del Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología –de la Secretaría de Educación Pública del gobierno mexicano– no fue sino hasta 2002.

fue escuchada con la atención suficiente⁹⁹. A pesar de ello, no hay duda al respecto de que fue un filósofo en toda la extensión de la palabra, con quien algunos nos hemos atrevido a empezar a dialogar detenidamente para analizar la originalidad y los alcances de su pensamiento. En este repaso de algunos puntos de su vida me he limitado a señalar puntos muy concretos vinculados – como antecedentes o referencias– con su teoría de la idea práctica, mismos que desarrollaré en la siguiente parte de este capítulo.

La verdadera biografía de Carlos Llano está por venir y será fruto de las arduas investigaciones de otros: todavía faltan descubrimientos por hacer en los ricos parajes de una vida sin adjetivos. Su muerte es aún reciente y quedan por atravesar muchas etapas en el largo recorrido por su legado. Sin embargo, el infinito cariño y la admiración profunda de su hermano Alejandro nos deja una de sus mejores semblanzas:

«era una persona de extraordinaria calidad intelectual y humana, con una alegría contagiosa y una generosidad que sorprendía a todos. [...] En términos de Pascal, se podría decir que sintetizaba el espíritu de finura y el espíritu de geometría: uno se sorprendía que fuera al mismo tiempo tan comprensivo y tan enérgico»¹⁰⁰.

II. Dos antecedentes

El pensamiento de Carlos Llano puede encuadrarse en el llamado neotomismo desarrollado en Roma por excepcionales teólogos y filósofos entre 1920 y 1960¹⁰¹. Con las sólidas bases aprendidas en el Angelicum, Llano se ocupó en su andar filosófico de la metafísica y la gnoseología; estudió en profundidad a Aristóteles, con quien mantuvo un diálogo permanente, y volvió una y otra vez a santo Tomás, su referencia más importante. A partir de ambos, discutió

⁹⁹ Sin embargo, Llano nunca se alejó de manera absoluta de los círculos académicos oficiales. De hecho, su último libro –*Ensayos sobre José Gaos*– fue publicado por la editorial de la UNAM y presentado, el 18 de febrero de 2010 –un día después de celebrar su cumpleaños 78 y a poco más de dos meses de morir– en la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad.

¹⁰⁰ A. LLANO, *Segunda navegación*, cit., p. 237.

¹⁰¹ Para una documentación más detallada al respecto del neotomismo de Llano y su paso por el Angelicum, cfr. R. RUVALCABA PEÑA, *Pensamiento de Carlos Llano. Antecedentes filosóficos y la antropología contenida en su teoría de la acción directiva.*, cit., pp. 50-89.

intensa y principalmente con Platón, Descartes, Kant, Leibniz, Hegel, Marx, Wittgenstein, Heidegger y Weber.

Ahora bien, en los postulados de su teoría de la idea práctica hay dos antecedentes de distintos momentos de su formación y aparentemente contrapuestos. Para redondear este esbozo biográfico, me ocuparé de ellos brevemente.

1.- William James

Como se sabe y según recordé antes, el joven Carlos Llano leyó a William James a instancias de su padre, quien pretendía mostrarle la importancia de la vida productiva y, también, advertirle de los riesgos de inutilidad que él percibía en la filosofía. Antonio Llano Pando debió de haber entrado en contacto con la obra de James durante sus estudios mexicanos en el colegio Williams –a principios del siglo XX, Miguel de Unamuno introdujo y difundió el trabajo del norteamericano en España–. Sea como fuere, su hijo atendió su consejo y recibió de buena gana *Pragmatismo*, cuyo sugerente subtítulo –*Un nuevo nombre para viejas formas de pensar*– muy probablemente supuso un poderoso imán para su curiosidad.

William James (1842-1910) perteneció a una familia de intelectuales. Fue el mayor de cinco hermanos, entre los que figura Henry, el célebre escritor y novelista. Pasó su niñez en escuelas inglesas, alemanas, italianas y francesas y fue un ávido lector –desde Homero hasta Balzac– y un naturalista precoz –a los XX años acompañó a Louis Agassiz a su expedición por la Amazonia–; entró a la escuela de medicina de Harvard y formó parte del Metaphysical Club, donde conoció a John Dewey, Charles S. Peirce y Georges Santayana. Sin duda, es una de las cumbres del pensamiento en Estados Unidos, uno de sus padres fundadores¹⁰². «A muchos les parece que James es a la filosofía norteamericana lo que Walt Whitman es a la poesía. Es cierto que con James la filosofía norteamericana irrumpe con un matiz que le es inconfundible. Si Franklin fue nuestro Sócrates y Emerson nuestro Platón, entonces, en cierto sentido, James es

¹⁰² Cfr. R. D. RICHARDSON, *William James: in the maelstrom of american modernism*, Houghton Mifflin, Boston 2006, p. 5 y ss.

nuestro Aristóteles nativo, o, más bien, junto con Dewey integra nuestro Aristóteles»¹⁰³.

Junto con Peirce y Dewey, William James regresa al viejo dilema filosófico de la distancia entre teoría y acción mediante lo que terminaría por adoptar el nombre de «movimiento pragmatista»¹⁰⁴. La cuestión es si la filosofía debiera seguir la vía del idealismo encarnado en pensadores como Kant y Leibniz o ceñirse al empirismo utilitarista o mecanicista que impide el acceso a cualquier verdad metafísica, al modo de Stuart Mill o Spencer. En última instancia, el método pragmático pretende «resolver disputas metafísicas que de otra manera podrían resultar interminables. ¿Es el mundo uno o múltiple?, ¿libre o determinado?, ¿material o espiritual?»¹⁰⁵. Psicólogo formado en el ambiente empírico de Harvard, James se pregunta por la vigencia de la filosofía en un entorno en el que la ciencia experimental parece haberla dejado en la cuneta en la respuesta a las grandes cuestiones humanas. ¿Es la filosofía «un frío ejercicio literario, cuya sustancia vital no puede calentarse ni con el fuego del infierno»¹⁰⁶ que plantea fantasías imposibles de encontrar en la realidad concreta de cada hombre? Para James, la perfección propuesta por el optimismo idealista y el constante vaivén del empirismo no dan una respuesta satisfactoria.

El pragmatismo de James preserva una relación cordial con los hechos y, al mismo tiempo, también trata cordialmente las consideraciones que ofrece el idealismo. No debe entenderse en el sentido actual, como el término para calificar a quien actúa sólo para lograr un resultado concreto, sin detenerse en consideraciones morales o trascendentes; claramente, no es lo que hoy significa «pragmático» en la expresión «político pragmático», por ejemplo¹⁰⁷. Sus coordenadas fundamentales están plasmadas en una serie de lecturas impartidas entre 1906 y 1907, publicadas bajo el simple título de *Pragmatismo*. Llano dialogó detenidamente con él y, además de este libro, consta que al menos leyó *El significado de la verdad* –una continuación de *Pragmatismo*–, la

¹⁰³ H. B. VAN WESEP, *Siete sabios y una filosofía: itinerario del pragmatismo*, Hobbs-Sudamericana, Buenos Aires 1965, p. 120.

¹⁰⁴ «No me gusta el nombre; pero, aparentemente ya es muy tarde para cambiarlo». W. JAMES, *Pragmatism*, Harvard University Press, Cambridge 1975, p. 5. (Para las citas en español me apoyo en: W. JAMES, *Pragmatismo*, R. DEL CASTILLO (trad.), Alianza, Madrid 2016).

¹⁰⁵ W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 28.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 20.

¹⁰⁷ El mismo Llano advierte la dificultad de definirlo: «el contacto con el pragmatismo se hace difícil, debido a su muy diversa configuración». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, LIMUSA Noriega Editores, México 2015^{20a} reimpresión, p. 107 y ss.

larga y celebrada conferencia dictada en Berkeley, el 26 de agosto de 1898, publicada como *Concepciones filosóficas y resultados prácticos*¹⁰⁸ y sus cursos de psicología. El joven Llano debió de recibir con agrado la fundamental preponderancia que el método pragmático otorga a lo concreto –al singular, usando el término llanista– y sus duras críticas a Descartes, Leibniz, Kant y Hegel¹⁰⁹; incluso, me parece que habrán hecho eco durante sus estudios en el Angelicum, junto con las objeciones a la actitud especulativa derivada del intelectualismo moderno, que reduce la verdad a la idea que el sujeto engendra, convirtiéndola en un dogma absoluto, inerte e inmóvil, cortapisa del obrar humano¹¹⁰.

Si para James el idealismo es «un frío ejercicio literario, cuya sustancia vital no puede calentarse ni con el fuego del infierno»¹¹¹, para Llano es una fantasía compuesta de delectos vagos y faltos de consistencia, inconexos de la realidad de la que se obtuvieron¹¹², que exige «que la acción se base en una idea clara y distinta, y no en el objetivo contingente»¹¹³ ya puesto ahí por la realidad misma. El inmanentismo¹¹⁴ –esforzado en ajustar las cosas a la mente y no al revés– es el blanco del pragmatismo de uno y del realismo de otro; la gran diferencia, es que éste último hunde sus raíces en la metafísica tomista y, así, salva los riesgos de un pragmatismo duro, conocido a fondo por el filósofo mexicano y matizado en varios puntos de su teoría de la idea práctica. En *Análisis de la acción directiva* marca los límites del pragmatismo de James, que

¹⁰⁸ Las ediciones en inglés de ambas obras, junto con la de *Pragmatismo*, aparecen en la bibliografía de *Análisis de la acción directiva*. Cfr. *Ibid.*, p. 306.

¹⁰⁹ Cfr. W. JAMES, *Pragmatism*, cit., en especial, la conferencia «Pragmatism and Common Sense». pp. 81-94.

¹¹⁰ «But the great assumption of the intellectualists is that truth means essentially an inert static realation. When you've got your true idea of anything, there's an end of the matter. You're in possession; you know; you have fulfilled your thinking destiny. You are where you ought to be mentally; you have obeyed your categorical imperative; and nothing more need follow on that climax of your rational destiny. Empistemologically you are in stable equilibrium». *Ibid.*, p. 96.

¹¹¹ Con sobrada ironía, James critica al racionalismo y pone de ejemplo algunos puntos de la *Théodicée*: «Leibniz's feeble grasp of reality is too obvious to need comment from me. It is evident that no realistic image of the experience of a damned soul had ever approached the portals of his mind. Nor had it occurred to him that the smaller is the number of 'samples' of the genus 'lost-soul' whom God throws as a sop to the eternal fitness, the more unequivocally grounded is the glory of the blest. What he gives us is a cold literary exercise, whose cheerful substance even hell-fire does not warm». W. JAMES, *Pragmatism*, cit. Pág. 20.

¹¹² Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 16 y ss.

¹¹³ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 75.

¹¹⁴ Llano usa el término adoptado por la escolástica para referirse al idealismo y al racionalismo más radicales (v.gr.: «la llamada filosofía de la inmanencia, que resta importancia, e incluso, hace desaparecer (idealismo), a aquello que no es producto de mi entendimiento». *Ibid.*, p. 162.). En el siguiente apartado, al mostrar algunos aspectos del neotomismo en el que se formó el autor, haré algunas consideraciones al respecto. Baste decir aquí que el inmanentismo alude a la propuesta epistemológica según la cual el sujeto cognoscente no conoce directamente la realidad, sino sólo sus representaciones mentales. Así emplearé el término.

contraponen al utilitarismo de Stuart Mill, y establece entre ellos una clara distancia, pues el primero, dice, pertenece al ámbito epistemológico y, el segundo, al orden ético¹¹⁵ y lo resume de la siguiente manera: 1) es un método para dilucidar el significado de los términos, 2) una teoría sobre el criterio de verdad y 3) una teoría ontológica sobre la verdad¹¹⁶. Sin embargo, si se comparan algunos lugares del corpus llanista con los planteamientos pragmáticos de James se perciben algunos puntos de encuentro entre ambos. Llano encaminó su pensamiento a la metafísica; pero, lo hizo a partir de un realismo que le condujo a desarrollar una filosofía de la acción: la acción como la opción vital del hombre¹¹⁷.

El psicólogo de Harvard acude a la etimología para explicar qué debe entenderse, en un primer momento, por pragmatismo. «El término procede de la palabra griega *πράγμα*, que quiere decir acción, y de la que proceden nuestras palabras “práctica” y “práctico”»¹¹⁸. Su pragmatismo, aclara, se basa en un realismo sin la propensión «materialista con la que se desarrolla el empirismo común»¹¹⁹, al que compara con un *espíritu rudo*, que se distingue por ser pesimista, fatalista, escéptico, materialista y sensualista, contrapuesto al intelectualismo, que llama *espíritu selecto*: monista, dogmático, optimista, idealista, intelectualista y a favor del libre albedrío¹²⁰.

Si se concede que este pragmatismo se ubica en un punto medio entre los polos *rudo* y *selecto*, encontramos que buena parte de los postulados llanistas ocupan esa misma medianía. Para James, «la verdad es esencialmente una relación entre dos cosas, una idea, por un lado, y una realidad externa a la idea, por otro»; de aquí que considere «absurdo pensar que la verdad pueda residir totalmente en el interior de la experiencia privada del pensador y ser puramente psicológica»¹²¹. Así, cuando Llano plantea expresamente el sentido funcional que la verdad adopta en algunos momentos, como corroboración de una experiencia –tanto es así que le llama pragmatismo funcional relativo¹²²–,

¹¹⁵ Cfr. *Ibid.*, p. 109 y ss.

¹¹⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 108.

¹¹⁷ En el capítulo II me ocuparé ampliamente del tema de la acción.

¹¹⁸ Traducción prácticamente literal del original en inglés: «The term is derived from the same Greek word *πράγμα*, meaning action, from which our words “practice” and “practical” come». W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 28.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 40.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 13. Es obvio que el idealista que James prefigura es Leibniz, principalmente.

¹²¹ Cfr. W. JAMES, *The meaning of truth*, Harvard University Press, Cambridge 1975, pp. 91-92. Para las citas en español uso la edición: W. JAMES, *El significado de la verdad*, R. VILÀ VERNIS (trad.), Marbot, Barcelona 2011

¹²² Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 111-113.

está concediéndole a los hechos el carácter de criterio de verdad¹²³. Hay en ello una cierta metafísica pragmática –permítaseme el término–, de raíz aristotélico-tomista; considérese, por ejemplo, su claridad escolástica sobre el hilemorfismo: lo que existe no es una *specie* separada al modo platónico ni, según Kant, una idea meramente pensada: lo real son individuos contingentes, particulares, determinados¹²⁴.

Sin embargo, para Llano, el pragmatismo de James implica un riesgo: a pesar de que admite –como el realismo– la objetividad de la cosa como conocida por el sujeto, hace un excesivo hincapié en la experiencia psicológica del sujeto que conoce y termina por tomar como único criterio de verdad el resultado práctico establecido por el agente. Así, para el autor,

«si el criterio de verdad es el resultado práctico, no existe una verdad absoluta, puramente objetiva; pero de ahí debería concluir, en rigor, que, en tal caso, el criterio se invalida. En efecto, el pragmatista tiene que conceder, a la postre, que «el resultado final... es cuestión de apreciación individual». Esta individualidad del resultado práctico será inobjetable para un pragmático. El mismo James, en sus estudios antropológicos, afirma que el éxito, el resultado, está en relación estrecha directa e inversamente proporcional, a la propia estima y a las propias pretensiones. (...) Si el éxito es cuestión de apreciación personal, no podemos ya hablar de criterio (so pena de jugar con las palabras) sino de apreciación personal: el criterio se invalida como tal criterio»¹²⁵.

Al mismo tiempo, Llano no dudaría en suscribir a James cuando éste asegura que el racionalismo «consiste en tratar los principios abstractos como finalidades ante las cuales nuestros intelectos han de rendirse admirados, sumidos en un estado de contemplación vencedora»¹²⁶. Sin embargo, a diferencia del norteamericano, él vuelve a la realidad fáctica, de la que obtuvo esos «principios abstractos», porque no son las finalidades del conocimiento –«el concepto en estado de objeto», dicho con el mismo Llano–, sino la única herramienta con la que cuenta el pensamiento –entes de razón, según la voz

¹²³ «Cuando nos apegamos a la realidad de los hechos, nuestra acción se encuentra en las mejores condiciones para ser acertada. En este sentido, la verdad es *funcional*». *Ibid.*, p. 111.

¹²⁴ Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., México 2005, pp. 85-91.

¹²⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 109.

¹²⁶ W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 49.

escolástica– surgidos del devenir, eventualidad o contingencia, donde «tiene lugar la difícil cita del ser y del no-ser que da origen a la metafísica»¹²⁷: el realismo del filósofo mexicano supera al pragmatismo de James porque es el punto de partida hacia la realidad metafísica. Dicho con el autor: «puede haber verdades absolutas aunque los caminos para aproximarse a ellas no sean absolutamente puros»¹²⁸.

Hacia el final de *Abstractio*, al detenerse en los límites del conocimiento matemático y sus diferencias con el metafísico¹²⁹, Llano advierte de las consecuencias ontológicas al asumir una postura idealista para tratar realidades metafísicas y distingue entre dos «morfologías mentales»: el *pensar en*, propio de las matemáticas y el *pensar que*, correspondiente a la metafísica. Retomo el siguiente párrafo, que muestra, además de la versatilidad de su estilo, su postura frente al idealismo matemático de raíz kantiana, el mismo al que se enfrenta James:

«La estructura del *pensar en*, diciéndolo con Borges, puede hacer imposible para el entendimiento «el juego arriesgado y hermoso de la vida», que atiende a la «tierra, el agua, el aire, el fuego» (los elementos radicales de la realidad pre-socrática), a fin de dedicarse a aquello en lo que consiste para Borges el no ser feliz: perdí el juego de la vida y «mi mente se aplicó en las simétricas porfías del arte que entreteje naderías». En el orden del *pensar que* parece que la mente no piensa nada –nada preciso, simétrico, perfilado, conceptualizado, nombrable– al punto que, como Machado dirá, parece que «está seca la noria del pensamiento, los cangilones vacíos, girando de sombra llenos» (categorías kantianas vacías de intuiciones sensibles); pero, en realidad, «mira, los claros ojos abiertos, señas lejanas, y escucha, a orillas del gran silencio», que nos anticipa aquel «las estrellas me delectan» de Octavio Paz. Si la tarea de pensar en puede consistir en entretejer naderías, la del pensar que nos obliga a mirar la realidad, por lejana y silenciosa –arriesgada– que se nos ofrezca»¹³⁰.

¹²⁷ C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, Fondo de Cultura Económica, México 2004, p. 230.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 221.

¹²⁹ De ello me ocuparé detenidamente en el capítulo III.

¹³⁰ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 267.

Buena parte del trabajo filosófico de Carlos Llano se centra en indagar las causas que explican la imposibilidad de que el ser humano viva exclusivamente bajo registros racionalistas rígidos, inflexibles y de índole universal, por su carácter inmanentista, en contraste con el *Lebenswelt* –usando el término de Husserl, que él adoptó para referirse también a ese «ámbito olvidado»¹³¹ que es la vida corriente–, una realidad siempre coyuntural, contingente, concreta y, por ello, subjetiva. ¿Acaso no encontró en la filosofía de James un punto de referencia y, aun, un apoyo? ¿Habría sido ese pragmatismo un detonante de su realismo metafísico y el gozne entre el neotomismo y la fenomenología llanista? ¿Está de manera germinal el pragmatismo moderado de James en su teoría de la idea práctica?¹³².

Por ejemplo, mientras que para Llano lo singular –concreto y particular– es *sine qua non* de la acción y la práctica¹³³, el norteamericano pregunta «¿por qué la ciencia tuvo que tildar de falsas a las cualidades secundarias [de lo singular], a las que nuestro mundo debe todo su vivo interés, e inventar en su lugar un mundo invisible de puntos, curvas y ecuaciones matemáticas?»¹³⁴. También, al abordar el racionalismo determinista como causa del error en la razón, Llano advierte casi en los mismos términos que James, las consecuencias de una «abstracción pura»:

«Este fenómeno reiterado de la acción humana, que se las tiene que haber de continuo con bienes calificables en rigor como prácticamente neutros, suele ser marginado por el intelectualista, que querría ver una transparencia racional en todas las acciones humanas, al punto que considera inexplicables –e irracionales por tanto– las acciones comunes y ordinarias de la vida, reservando sus explicaciones filosóficas sólo para los pulcros

¹³¹ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, FCE-IPADE, México 2007, p. 83.

¹³² En su momento, indicaré los puntos en los que considero que ambos se cruzan al respecto de la teoría de la idea práctica llanista.

¹³³ «En la práctica no cabe un demérito de lo individual como cabría en el conocimiento especulativo: o la acción termina en realidades singulares, o queda prácticamente truncada. [...] La esencia de la práctica se constituye sobre la noción de singularidad, en el sentido de que ella es, sobre todo, la realización de algo particular o singular. [...] No basta tener buenas ideas generales. El acertar a desentrañar las indirectas connotaciones particulares que se encuentran contenidas en una idea nuestra universal o, lo que es lo mismo, acertar a relacionar un singular con tal idea, es un imprescindible paso intelectual de la práctica, que no coincide, aunque sea su continuación, con el proceso generalizador abstractivo de las ideas universales». C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., pp. 73-74 y 79.

¹³⁴ W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 92.

actos directamente derivados de las verdades de la ciencia, universales y necesarias»¹³⁵.

Por otro lado, James aclara que «una mala comprensión del pragmatismo consiste en identificarlo con la mentalidad ruda positivista, dar por supuesto que menosprecia toda noción racionalista como una simple verborrea y artificio, o que gusta de la anarquía intelectual como tal y prefiere una especie de mundo de lobos desatados y fieros, sin un amo ni collar que los sujete a ningún producto filosófico académico ni formal»¹³⁶ y no admite que su método sea «la disposición de creer cualquier cosa que uno guste creer y llamarlo verdad»¹³⁷. Me parece que James no es un descreído sistemático de las verdades fundamentales. Aunque protestante, su cristianismo siempre lo mantuvo firme en creencias absolutas desde el punto de vista de la fe que, por lo demás, nunca consideró óbice para la puesta en marcha del método pragmatista¹³⁸. Incluso, en un lugar de *Pragmatismo*, llega a admitir de cierta manera la noción metafísica de sustancia a partir del ejemplo «del misterio de la Eucaristía. La sustancia parecería tener aquí un valor pragmático de capital importancia»¹³⁹.

Sin embargo, para Llano hay, al menos, dos riesgos al asumir, sin más, los planteamientos de James, cuya raíz, curiosamente, no es epistemológica ni metafísica, sino práctica. El primero se expresa en el siguiente cuestionamiento: «si la verdad práctica depende sólo de la verdad del conocimiento (como ésta sólo depende de aquella), y la verdad del conocimiento es subjetiva e individualista, se desencadenará una acción práctica también individualista»¹⁴⁰. Y, consecuencia de ello, se abre la puerta hacia el segundo: un efectismo radical, basado en la obtención de resultados materiales, limitados siempre.

¹³⁵ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., México 1998^{1a}, p. 14. Llano vuelve a este mismo tema en otros lugares, por ejemplo: C. LLANO, *Etiología del error*, EUNSA, Pamplona 2004, p. 32.

¹³⁶ W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 128.

¹³⁷ W. JAMES, *The meaning of truth*, cit., p. 46. Con su peculiar ironía, James pone un ejemplo de los equívocos a los que lleva la actitud racionalista, que cree en «rutas absolutas, bajo la forma de estándares prehumanos de verdad»: «Es una actitud que resopla y se congestiona cada vez que oye hablar de una tendencia social condenable y finalmente dice: “El Parlamento o el Congreso debería sacar una ley contra eso”, como si un decreto impotente pudiera darle algún alivio». *Ibid.*

¹³⁸ Al respecto, es especialmente interesante W. JAMES, *The varieties of religious experience*, Harvard University Press, Cambridge 1985. En una carta de 1909, por ejemplo, Bertrand Russell le reclama a James el sentido religioso del pragmatismo: «la diferencia pragmática que obtengo del pragmatismo es que fomenta las creencias religiosas, mientras que yo considero que las creencias religiosas son perniciosas». W. JAMES, SKRUPSKELIS – BERKELEY (eds.), *The correspondence of William James*, Vol. 12, University Press of Virginia, Charlottesville 1992, p. 294.

¹³⁹ W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 46 y ss.

¹⁴⁰ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 110.

Así como James dio una aproximación etimológica a *πρᾶγμα*, Llano también ofrece una para entender mejor su significado e implicaciones; más amplia que la del norteamericano, ésta destaca su acepción de «cosa»:

«*Pragma* en griego significa cosas. El pragmatismo es el deseo de que el trabajo tenga resultados visibles y mensurables en el mundo real externo. Prevalecen en el pragmático las cosas sobre las personas (incluyendo su propia persona interior). Representa el activismo volcado sobre lo que se puede ver y medir. No pocas veces hay en el pragmático una falta de seguridad en sus propias capacidades y en su propia valía personal, con la consecuente tendencia a que su capacidad y su valía queden mostradas con pruebas inequívocas»¹⁴¹.

Al percatarse de este posible individualismo activista –eficacista, usando la expresión de José María de Llanos– en la entraña del método pragmatista, el autor se desmarca de él, pues no concibe el más mínimo atentado en contra de la persona como eje de la misma vida humana y el pragmatismo sugiere cambiar ese centro por el producto hecho por el hombre y los resultados obtenidos. «El hombre de propensión pragmática –advierte– suele caer en la fiebre activista de la obra exterior y palpable, tentación tan frecuente en nuestra época que Benedicto XV señaló significativamente con el nombre de *americanismo*»¹⁴², *americanismo* que en aras de los resultados margina los verdaderos ideales humanos –paz, justicia, armonía– y opta por el poder y la competencia, en un ambiente de campeonato permanente que redundo en el aislamiento de talante liberal. «El liberalismo nos ha hecho creer que la libertad y autonomía del hombre, consiste en alcanzar los logros por sí solo, en vencer el *apathos* y el cansancio, sin ningún impulso ajeno, y en tomar mis propias decisiones en un laboratorio personal aséptico, purificado de cualquier influencia exterior»¹⁴³.

Para Llano, el pragmatismo de James contiene un materialismo larvado muy peligroso, pues implica una supeditación del hombre a los aspectos materiales de su existencia, como «resultado de suprimir en el hombre esa

¹⁴¹ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 24.

¹⁴² *Ibid.*

¹⁴³ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 117.

densidad interior suya, esa profundidad interna que se llama espíritu»¹⁴⁴; en este punto radica, «precisamente, la profunda equivocación pragmática: el juicio erróneo según el cual lo grande se encuentra en las obras vistosas, la consideración de que la grandeza reside en las dimensiones materiales»¹⁴⁵.

Tal materialismo ocurre en dos vertientes: de un lado, la ya apuntada, encarnada en el eficazismo –obtener a cualquier costa un resultado mensurable y externo al agente y que podrá ser considerado criterio de verdad– y, de otro, un activismo sintomático, manifestación «sutil, pero más profunda, del materialismo como consideración de la esencia humana»¹⁴⁶. La gravedad del pragmatismo de James radica en el riesgo que supone: colocar a la persona como mero instrumento en un plano que no corresponde a su esencia. Para decirlo con el filósofo mexicano, «no hay en el universo nada más grande que la persona humana, ápice y suma del ámbito intramundano»¹⁴⁷; el fondo metafísico se oye con claridad: la persona es un fin en sí mismo.

A pesar de ello, ambos eran conscientes de los errores derivados del racionalismo a ultranza y ninguno ponía en duda la gravedad de admitir la existencia real de ideas al modo platónico. Me parece que la filosofía de James no es un manual para promover el materialismo utilitarista: al contrario. Con sus planteamientos –si se quiere, arriesgados– «combatió la bifurcación de la naturaleza en dos mundos separados: el del científico, por una parte, y el del hombre corriente, por la otra»¹⁴⁸. La indisolubilidad de materia y forma señalada por James y que tanta atención mereció en los círculos psicológicos en torno a Harvard es de hondas raíces aristotélicas: un hilemorfismo clínico, si se me permite el término¹⁴⁹. Por su parte, Llano siempre defendió la unidad de lo real y la primacía de lo singular sobre la idea universal, tanto en el ámbito ontológico como en el epistemológico. No se trata de un paralelismo casual: Llano mantuvo un diálogo con James a partir de aquel primer contacto juvenil y supo problematizar sus planteamientos para responder a los desafíos derivados del utilitarismo industrial y el activismo.

¹⁴⁴ C. LLANO, *Un perfil filosófico del activismo*, publicado en *Istmo*, 125/11/1979, p. 46.

¹⁴⁵ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 24.

¹⁴⁶ C. LLANO, *Un perfil filosófico del activismo*, cit., p. 46.

¹⁴⁷ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 24.

¹⁴⁸ H. B. VAN WESEP, *Siete sabios y una filosofía: itinerario del pragmatismo*, cit., p. 156.

¹⁴⁹ Sobre este pragmatismo moderado de James puede consultarse el interesante artículo de J. NUBIOLA, W. James y L. Wittgenstein: ¿Por qué Wittgenstein no se consideró pragmatista?, «Anuario Filosófico»/2 (1995), pp. 411-423.

Y, así como James, el filósofo mexicano es consciente de que el racionalismo trae aparejada una confusión que consiste en tener «más en cuenta las ideas que elaboramos sobre las realidades, que las realidades sobre las que elaboramos las ideas»¹⁵⁰. Un esfuerzo filosófico que, en definitiva, trata de reconciliar lo universal y lo singular y mostrar que la importancia de la filosofía radica en atender –y entender– lo que ocurre en el *Lebenswelt*, ese mundo de la vida corriente formado por realidades concretas, específicas. Dicho con Llano:

«la filosofía, frente a las filosofías, es un saber radical que desarrolla en nosotros el sentido de profundidad de originalidad y de creatividad. La filosofía, frente a las filosofías, es un saber sintético que unifica de alguna manera nuestros otros saberes inconexos, y nos orienta en la babélica confusión de quehaceres humanos»¹⁵¹.

Me parece que el vínculo entre ambos se forma en la lectura temprana y posterior problematización que el autor hizo del norteamericano, que le permitieron identificar los riesgos del activismo, del utilitarismo y del materialismo, mismos temas que encaró al criticar al marxismo y que atajó con suficiencia. ¿Puede asegurarse que James influyó en el pensamiento llanista? Si así fuese, ¿en qué medida? Al menos, la evidencia de que Llano dialogó con él y los paralelismos entre ambos me permiten concluir que le sirvió de punto de arranque –intuyo que hasta como un aliado– en sus primeras objeciones en contra del racionalismo. Si para James, en el lado racionalista «la realidad ya está prefabricada y completa desde la eternidad, mientras que para el pragmatismo está en marcha y parte de su conformación está pendiente del futuro»¹⁵², para Llano dar primacía noética a este universal acabado, en lugar de al singular, es equivocado y supone implicaciones platónicas, pues sólo existe en la mente¹⁵³. De hecho, sólo el inacabamiento de la realidad y la contingencia de lo singular permiten la proyección hacia el futuro y el perfeccionamiento humanos; por eso afirma también que «las transformaciones sociales definitivas, las que modifican o generan las grandes tendencias históricas, tienen su verdadero origen en el singular, y no en alguna otra cosa [...] y en

¹⁵⁰ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 9.

¹⁵¹ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 11.

¹⁵² W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 124.

¹⁵³ Cfr. C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 116. Por lo demás, se trata de un planteamiento recurrente en el *corpus* llanista.

donde el singular adquiere su configuración más pletórica, esto es, como ya puede adivinarse, en la persona»¹⁵⁴.

Por otro lado, si James advierte que la palabra «es un instrumento definido abstraído de la experiencia, una realidad conceptual de la que debemos tomar nota y que nos reenvía totalmente a las realidades sensibles»¹⁵⁵, el autor sostiene que, si bien es cierto que es imposible concebir ninguna idea sin considerarla al menos implícitamente dotada de existencia, «esta existencia no tiene por qué ser necesariamente una existencia dada en las cosas»¹⁵⁶.

Como apunté, Llano nunca dudó de los perjuicios del utilitarismo, cuyo origen atribuye a los planteamientos de James¹⁵⁷. Sin embargo, su detenida y reiterada lectura del norteamericano le permitió advertir la claridad al respecto del realismo que late en la entraña del pragmatismo originario. Al respecto, llamo la atención sobre el siguiente texto:

«En un lenguaje casi idéntico al empleado por Bergson en su *La pensée et le mouvant* nos dice James, con su peligrosamente atractivo pragmatismo: “una idea que tenga existencia permanente y que permanezca en el estado de conciencia *es una realidad tan mitológica como la sota de espadas*”. James centra la atención en los estados concretos sintéticos e indivisos, tal como se dan en la experiencia. “Es absurdo disecar los cadáveres de los mismos para extraer sus elementos simples, necesariamente abstractos...”. ¿Hay alguna diferencia entre el estado mental de la esfera euclídea y la de la sota de espadas? Debe haberla, pero determinarla no resulta fácil»¹⁵⁸.

Si el pragmatismo de James resulta *peligrosamente atractivo* es por su origen realista. Al leerlo con detenimiento –como sabemos que hizo Llano–

¹⁵⁴ C. LLANO, *Algunas consideraciones sobre el conocimiento del singular*, «Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana»/8 (1995), p. 82. Antes, en este mismo lugar, Llano dice: «los singulares no son las cosas o los acontecimientos, sino nosotros». El autor se detiene específicamente al respecto del singular en los ya citados *El conocimiento del singular y Abstratio*.

¹⁵⁵ W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 127.

¹⁵⁶ C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 85.

¹⁵⁷ «El consecuencialismo juzga la bondad de las acciones por lo resultados que supuestamente se siguen de ellas; parece ser una versión del pensamiento utilitario o pragmático del norteamericano William James, quien sostenía que una idea se verifica por sus resultados en la práctica o, para decirlo en una fórmula más simple: sólo es bueno lo que es útil». C. LLANO, *El empresario y su acción*, McGraw-Hill, México 1991, p. 22.

¹⁵⁸ C. LLANO, *Abstratio*, cit., p. 171.

quedan patentes su crítica al racionalismo y su esfuerzo por desmontarlo. Quizá fuese precisamente ese empeño lo que el autor consideró un óbice para seguirlo a pie juntillas. En cualquier caso, del breve análisis de textos muy puntuales infero que William James dejó huella en el joven Carlos Llano que se iniciaba en la filosofía y que luego, en su madurez, constituyó un interlocutor que enfrentó sobre las bases del pensamiento aristotélico-tomista; pero con quien coincide implícitamente en cuanto a su crítica al inmanentismo.

Llano hizo una filosofía en torno al singular¹⁵⁹ y bien anclada en la vida corriente. Cuando el título de alguno de sus libros anticipaba un estudio sobre estrategia de negocios, al pasar de las páginas, el lector atento descubría una antropología filosófica de enorme riqueza cuya hondura no impedía su comprensión. *Mutatis mutandis*, de él podría decirse lo mismo que de James: «es difícil participar en una conversación sobre William James sin que alguien repita el viejo dicho de que su hermano Henry, el novelista, escribía novelas que sonaban como filosofía, mientras que William, el filósofo, escribía obras filosóficas que se leían como novelas»¹⁶⁰.

2.- Réginald Garrigou-Lagrange

Cuando Carlos Llano llegó al Angelicum de Roma contaba con 18 años, los primeros cursos de Filosofía de la Complutense de Madrid y un acervo de lecturas gracias a la biblioteca familiar y la insistencia de su padre. Con ese equipaje se disponía a entrar en contacto con la élite del neotomismo de la Europa de la posguerra. Por mérito y derecho propios, la Orden de Predicadores era albacea y promotora del legado intelectual de Tomás de Aquino. Era una época de bonanza para la filosofía y teología católicas, renovadas hacía poco más de cincuenta años gracias a los desafíos intelectuales impuestos por el fin de un siglo y el inicio de otro.

En buena medida, el espíritu que animaba a ese neotomismo ya latía en los documentos emanados del concilio Vaticano I convocado por Pío IX¹⁶¹ y se expresó de manera germinal en dos encíclicas papales posteriores: la «*Aeterni Patris*, sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de

¹⁵⁹ Como iré mostrando a lo largo de la tesis.

¹⁶⁰ H. B. VAN WESEP, *Siete sabios y una filosofía: itinerario del pragmatismo*, cit., p. 132.

¹⁶¹ Cfr. O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, Clarendon Press, Oxford 1998, pp. 181-214 y 346-359.

santo Tomás de Aquino», de León XIII, y la «*Pascendi Dominici gregis*, sobre las doctrinas de los modernistas», de Pío X. En cada una se manifestaban los afanes y preocupaciones en torno a las inquietudes intelectuales propagadas en Europa, que clamaban un análisis de la fe a la luz de las nuevas «técnicas científicas», la historia y la crítica filosófica de corte kantiano.

Por supuesto, el llamado modernismo no es el objetivo de esta tesis. Sin embargo, y a pesar de sus muchas aristas y complejidades, considero ineludible abordar algunos puntos para entender la atmósfera de la iniciación filosófica de Llano: sin la irrupción del modernismo no podría haber surgido el neotomismo que marcó el inicio de su quehacer filosófico ni podría explicarse la figura de Garrigou-Lagrange, cuya influencia en él es indudable. Por un lado, él mismo lo reconocía como su maestro y, por otro, su obra filosófica responde a las líneas metodológicas y temáticas del neotomismo aprendidas directamente del dominico¹⁶². Así, más que señalar las coincidencias entre ambos –que las hay, y muchas, tanto explícitas como implícitas–, aquí expondré, primero, el ambiente donde echó raíces el neotomismo en el que Llano recibió su primera formación filosófica y, luego, el perfil filosófico de Garrigou-Lagrange, el maestro que más influyó en él¹⁶³. Para ello, perfilaré el ambiente intelectual que suscitó la vuelta filosófica a santo Tomás de Aquino, a instancias de León XIII y en el que germinó el llamado «modernismo»; seguidamente, me detendré en el clima posterior, que terminó por consolidar la filosofía neotomista que se había iniciado su revitalización en el ocaso del siglo XIX.

a.– León XIII y el fin de un siglo

La mayor responsabilidad del cardenal Gioacchino Pecci como sucesor de Pío IX fue encabezar el tránsito de la Iglesia católica hacia el siglo XX. Un camino complejo por el momento intelectual y la situación político-social en Europa, más específicamente, en Italia, cuyo gobierno había disuelto los estados

¹⁶² Garrigou-Lagrange dominaba ampliamente el tema de la tesis de Llano (presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción): era materia de sus cursos y lo trabajó en sus obras más importantes. Sin duda, sus clases determinaron los intereses filosóficos del joven Llano y, además, su metodología.

¹⁶³ Al respecto de las similitudes entre ambos, la exhaustiva y ya referida investigación de Raúl Ruvalcaba ha mostrado suficientemente la ascendencia que el dominico tuvo sobre el autor. Cfr. R. RUVALCABA PEÑA, *Pensamiento de Carlos Llano. Antecedentes filosóficos y la antropología contenida en su teoría de la acción directiva.*, cit., pp. 62-89.

pontificios. La independencia de las colonias americanas, la guerra franco-prusiana, la «cuestión romana» y el paulatino fortalecimiento de las corrientes liberales europeas determinaron en muchos sentidos un papado a punto de entrar a un nuevo siglo. Y aún más.

«León XIII recibía en el año 1878 la difícil heredad de una Iglesia recién salida de una áspera contienda, una Iglesia que había chocado con la nueva realidad de los Estados nacionales burgueses, que no le reconocían el antiguo papel en el seno de la sociedad civil, es más, que manifestaban su extrañeza sobre la fe profesada por los ciudadanos y en muchos casos una aversión y hostilidad respecto al fenómeno religioso y sus valores»¹⁶⁴.

La vocación pastoral de León XIII marcó su pontificado. Como obispo de Perugia ya había enfrentado problemas como que la feligresía se alejase de los sacramentos. Supo entonces que necesitaba de un clero preparado que supiese encarar el momento de revoluciones –sociales e intelectuales– que atravesaba Europa y se dedicó a la preparación de los sacerdotes de la diócesis¹⁶⁵. El liberalismo político y cultural tocó en lo más hondo a una Italia esencialmente católica que encontró su punto de quiebre en la desaparición de los territorios sobre los que la sede petrina ejercía autoridad civil.

En el nuevo papa se equilibraban una fuerte personalidad y una mentalidad abierta, un firme celo intelectual y una altísima capacidad de escucha, cualidades que le valieron hacerse con una extraordinaria reputación como diplomático y hombre de ideas, incluso en ámbitos contrarios a la Iglesia católica, donde se ganó el respeto de los liberales más combativos¹⁶⁶. Por ejemplo, para Urbano Rattazzi, destacado liberal italiano (presidente del Consejo de ministros de Italia en dos periodos), el obispo Pecci era «un hombre de un valor indiscutible, de una gran fuerza de voluntad y de una rara severidad en el ejercicio de sus funciones, uno de aquellos sacerdotes que

¹⁶⁴ S. CASAS, *León XIII, un papado entre modernidad y tradición*, EUNSA, Pamplona 2014, p. 62.

¹⁶⁵ Cfr. *Ibid.*, p. 39 y ss. y V. CÁRCEL ORTÍ, *Las relaciones internacionales de la Santa Sede durante el pontificado de León XIII*, en *León XIII y su tiempo*, Publicaciones Pontificia Universidad de Salamanca, Salamanca 2004, p. 73 y ss.

¹⁶⁶ Cfr. O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., pp. 273-331. Al respecto de la personalidad del sucesor de Pío IX, recupero un breve apunte: «Leo XIII was always a conservative, and liked the Syllabus of Errors. No one not a conservative could have been elected by the cardinals left by Pius IX. But from the 1860s Pecci ranted a rather moderate attitude in the government of the Church; not a liberal attitude, but a presentation of the Church as a creative force in modern culture». *Ibid.*, p. 278.

merecen ser queridos y admirados, un hombre de gran visión política y de una ciencia aún mayor»¹⁶⁷. Para William Henry Waddington, ministro de Asuntos exteriores francés, León XIII fue la mejor representación de las ideas de moderación y prudencia, que aportó «a la cabeza de la Iglesia católica una gran reputación de ciencia, virtudes y experiencia política»¹⁶⁸. Inteligente, con una memoria prodigiosa y una firmeza irrestricta, León XIII se ganó el cariño, respeto y admiración de propios y extraños¹⁶⁹.

Pocos como él para hacerse cargo de una Iglesia que acababa de ser fuertemente golpeada en lo político: desposeída de sus territorios y enfrentada con la nueva Italia, había sido dejada a su suerte por el resto de las naciones europeas, más preocupadas por los levantamientos de sus colonias en el mundo que por socorrer al obispo de Roma¹⁷⁰. Sacudida en sus creencias y envuelta en el debate intelectual y político, la sociedad europea abandonaba poco a poco sus creencias cristianas y, en el mejor de los casos, empezaba a mostrar su indiferencia religiosa: nuevas corrientes de pensamiento volvían a desafiar a la tradición occidental y la Iglesia de Roma era sometida a cuestionamientos inéditos. El nuevo papa concentró sus esfuerzos en recomponer esa fe con la masilla de una exigente formación filosófica y teológica para dialogar de tú a tú con los protagonistas de la revolución cultural. Dispuesto a dar la batalla, su buque insignia fue el tomismo; en la *Æterni Patris*, marcó la ruta a seguir¹⁷¹.

«La restauración cristiana de la sociedad pasaba por la restauración de la inteligencia cristiana. León XIII, imponiendo la enseñanza del tomismo en todos los seminarios, quería dotar al catolicismo de una teología universal y atemporal. El papa veía una similitud entre la época que alumbró a santo Tomás y la actual»¹⁷².

Ya en su primera –y brevísima– encíclica, del 21 de abril de 1878, había mostrado su preocupación ante

¹⁶⁷ S. CASAS, *León XIII, un papado entre modernidad y tradición*, cit., p. 50.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 58.

¹⁶⁹ Durante su agonía, el gobierno liberal italiano bajo el reinado de Vittorio Emanuele III –quien canceló una visita a París y las celebraciones por el aniversario de la reina madre– ordenó el cierre de teatros y cualquier espectáculo público como «claro signo de distinción reconciliación inaudito hace tan sólo unos pocos años». Cfr. *Ibid.*, p. 155.

¹⁷⁰ Cfr. *Ibid.*, p. 10 y ss. y O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., pp. 278-281.

¹⁷¹ Cfr. O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., pp. 281-283.

¹⁷² S. CASAS, *León XIII, un papado entre modernidad y tradición*, cit., p. 64.

«el triste espectáculo de males que por todas partes afligen al género humano: esta tan generalmente difundida subversión de las supremas verdades, en las cuales, como en sus fundamentos, se sostiene el orden social; esta arrogancia de los ingenios, que rechaza toda potestad legítima; esta perpetua causa de discordias de donde nacen intestinos conflictos y guerras crueles y sangrientas»¹⁷³.

La gravedad del tono de sus palabras alude a todos los ámbitos humanos y, con dureza, se refiere al último tramo del siglo XIX como sumido en un «desprecio de las leyes que rigen las costumbres y defienden la justicia», empapado de una «insaciable codicia de bienes caducos, llevada hasta el loco furor con el que se ve a cada paso a tantos infelices que no temen quitarse la vida» y en el que la burocracia despilfarra el dinero a cargo del Estado con su «poca meditada administración, la prodigalidad, la malversación de los fondos públicos, así como la imprudencia de aquellos que, cuanto más se equivocan tanto más trabajan por aparecer defensores de la patria, de la libertad y de todo derecho»¹⁷⁴. La contundencia de los adjetivos para calificar la crisis social anticipaba un pontificado activo, rico en enseñanzas y doctrina para poner remedio a esa especie «de peste mortífera, que llega hasta lo íntimo de los miembros de la sociedad humana, y que no la deja descansar, anunciándole a su vez nuevos acontecimientos y calamitosos sucesos»¹⁷⁵.

Poco más de tres meses después, el 4 de agosto, publicó la *Æterni Patris*, que formaba parte de un amplio proyecto de difusión e implantación del tomismo, punta de lanza de la reforma de las facultades eclesiásticas que culminó con el nombramiento de santo Tomás de Aquino como patrón de todas las universidades y centros de estudios católicos e incluyó la obligatoriedad de la *Suma teológica* en los planes de estudio y la creación, en 1880, de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, además de una depuración docente que supuso la sustitución de profesores para asegurar un cuerpo académico tomista¹⁷⁶; en la encíclica, también se orientaba la legislación de la

¹⁷³ *Inscrutabili Dei Consilio. Sobre los problemas que atañen a la Iglesia y a la fe*, en *Colección completa de las encíclicas de Su Santidad León XIII*, Vol. I, Tipografía y Casa Editorial Cuesta, Valladolid 1903, p. 1.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 2.

¹⁷⁵ *Ibid.*

¹⁷⁶ Cfr. S. CASAS, *León XIII, un papado entre modernidad y tradición*, cit., pp. 64-65.

orden de los frailes dominicos¹⁷⁷, por lo que el Angelicum de Roma se convirtió muy pronto en el epicentro del nuevo tomismo impulsado por León XIII y continuado por su sucesor.

b.– Pío X toma el relevo

El patriarca de Venecia y obispo de Mantua fue elegido papa en medio de crecientes tensiones políticas europeas; las más graves ocurrían al interior del imperio austrohúngaro y llegaron al cónclave de 1903 a través de los cardenales de Viena, Cracovia y Praga, cuyas preocupaciones enrarecieron el ambiente de su elección. Finalmente, tras cuatro votaciones y un veto, los electores se decantaron en favor de Giuseppe Melchiorre Sarto¹⁷⁸.

Su labor pastoral en Venecia, su honda preocupación por la catequesis en su diócesis, su gran cercanía con los fieles católicos y el enorme cariño que le profesaban eran el principal obstáculo para aceptar. La ciudad se había volcado para despedirlo y, entre vítores y ya con un pie en el estribo del tren que lo llevaría a Roma, le obligaron a jurar que volvería a Venecia vivo o muerto¹⁷⁹. Él mismo no se veía como un sucesor digno de León XIII; además, en distintos entornos se dudaba de su capacidad diplomática, comparado con otros cardenales, como Mariano Rampolla –secretario de estado del papa recién fallecido– a quien se veía como un relevo natural¹⁸⁰.

Sin embargo, la fama del cardenal Sarto le precedía: su celo por los pobres y su cercanía con los fieles le habían granjeado un enorme cariño popular; además, era un promotor incansable de la recta observancia de la liturgia y el catecismo¹⁸¹. La *Rerum novarum* le sacudió profundamente y marcó

¹⁷⁷ Cfr. G. JUAN MORADO, *También nosotros creemos porque amamos.*, Pontificia Università Gregoriana, Roma 2000, p. 277.

¹⁷⁸ Cfr. O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., pp. 332-341.

¹⁷⁹ Cfr. G. DAL-GAL, *Pío X, el Papa santo*, Palabra, Madrid 1985, p. 115 y 116. Por ello, el cardenal Sarto se resistía a aceptar el resultado de la votación, a tal grado que Andrea Carlo Ferrari, arzobispo de Milán, le arengó vivamente para que aceptase: «La mañana del 3 de agosto algunos de los más destacados Purpurados mantuvieron con él largas conversaciones tratando de hacerlo ceder, suplicándole con insistencia que dejara de resistirse al deseo de los Cardenales. –Vuelva pues, a Venecia si ese es su deseo – le dijo el Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán–. ¡Pero lo hará con el alma lacerada por el remordimiento que le perseguirá hasta la muerte!». *Ibid.*, p. 117.

¹⁸⁰ «Venice was surprised that its patriarch was elected pope. “We did not think he had cultural breadth, nor the diplomatic experience, which we had imagined to be necessary in anyone who succeeded Leo XIII” (G. Romanato. Pío X: La vita di papa Sarto (Milan, 1902), 120, from the depositions for canonization)». O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., p. 339.

¹⁸¹ Cfr. G. DAL-GAL, *Pío X, el Papa santo*, cit., pp. 84-105.

su labor episcopal. Hijo de una costurera y un oficial municipal, en su niñez pasó las limitaciones propias de cualquier familia rural en el Véneto lombardo: el patriarca veneciano conocía de primera mano el dolor de la pobreza y estuvo empeñado en aliviarlo: «no había obstáculo que su inextinguible caridad no pudiese superar, no había miseria ni desolación en ningún sitio que él no supiese vencer»¹⁸².

Estudiante dedicado, a los 15 años fue becado para ingresar al exigente seminario de Padua, como presagio de un ministerio sacerdotal volcado a la enseñanza del catecismo y la doctrina, que concluiría con su ordenación episcopal en 1884¹⁸³. De ahí que el pontificado de León XIII hiciese eco en él, también en lo referente a combatir decididamente las nuevas corrientes de pensamiento que, dicho con Josep-Ignasi Saranyana, no intentaban comprender desde la fe católica el mundo moderno, sino al revés, mediante la radical tarea de refundar la Iglesia católica ¹⁸⁴. Su pontificado fue una oportunidad inmejorable para que Pío X mostrase su celo por la tradición y su vocación doctrinal. Con su impulso, se reformaron seminarios por toda Europa, tanto en lo material como en lo concerniente a los planes académicos y de estudio, para que fuesen verdaderos centros de formación –sólida y exigente– del clero, con el debido cuidado humano y espiritual de los seminaristas. Además, revisó a conciencia el ritual litúrgico para su posterior adecuación en el contexto y exigencias del nuevo siglo. Su principal preocupación fue siempre la correcta enseñanza doctrinal de la Iglesia, que se tradujo en la que quizá fue la aportación más célebre de su legado: la publicación del catecismo mayor¹⁸⁵.

¹⁸² *Ibid.*, p. 86.

¹⁸³ Cfr. *Ibid.*, pp. 17-86.

¹⁸⁴ Cfr. S. CASAS (ed.), *El modernismo a la vuelta de un siglo*, EUNSA, Pamplona 2008, p. 303. Llamo la atención sobre el motivo del cardenal Sarto para haber elegido su nombre como papa: «So he said that he would be know as Pius X, in remembrance of the popes who had "fought with courage against the sects and the errors dominant in their time"». O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., p. 338.

¹⁸⁵ Cfr. G. DAL-GAL, *Pío X, el Papa santo*, cit., pp. 190-215.

c.– El modernismo¹⁸⁶

El periodo entre centurias en el que se formó Réginald Garrigou-Lagrange supuso un desafío para la Iglesia católica y para el desarrollo del pensamiento en los centros filosóficos y teológicos dependientes de la sede romana. El denominado «modernismo», en alusión a la voz usada por el propio Pío X en la *Pascendi*, no era del todo identificable; incluso, suele preguntarse si el modernismo existía antes de su publicación, si fue un constructo de la encíclica. Aunque es verdad que el papa delineó ciertas líneas del contorno del movimiento y sistematizó rasgos comunes de varios autores afines, sería injusto atribuirle la creación de aquella corriente que, según la expresión de Casas, «venía incubándose a lo largo del siglo anterior y terminó por estallarle en las manos»¹⁸⁷.

Como señalé, anticipándose a ella, la *Æterni Patris* propuso el modo de enfrentarla: volver a la honestidad y rigor filosóficos con el pensamiento de Tomás de Aquino como base¹⁸⁸. Luego, Pío X indicó el qué: la *Pascendi* describió eso que ya existía y tanto revuelo causaba al interior y exterior de la Iglesia. A diferencia de la primera, ésta encíclica no apareció sino hasta mediados del pontificado de su autor; su contenido se gestó larga y mesuradamente en la mente del papa, quien en su momento –y consciente del impacto que tendría– incluso se resistía a publicarla¹⁸⁹. Dicho en poquísimas palabras, el modernismo al que me refiero podría definirse como

«un movimiento intelectual que se desarrolló a finales del siglo XIX y principios del XX en el ámbito eclesiástico, sobre todo en Francia [...] que incidía en diversos campos: filosofía, exégesis, historia, reforma interior de la Iglesia [y en los cuales] los modernistas querían dar una respuesta acorde con los nuevos

¹⁸⁶ Para este apartado sigo fundamentalmente a los ya referidos O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit. y S. CASAS (ed.), *El modernismo a la vuelta de un siglo*, cit. y en E. POULAT, *La crisis modernista (historia, dogma y crítica)*, Taurus, Madrid 1974

¹⁸⁷ Cfr. S. CASAS (ed.), *El modernismo a la vuelta de un siglo*, cit., p. 11.

¹⁸⁸ Aunque algunos, como Copleston, advierten que sería impreciso afirmar que el resurgimiento del tomismo en el siglo XIX se originó con la publicación de la *Æterni Patris*, es indudable que la encíclica dio «un poderoso impulso a un movimiento que ya existía. Aquella recomendación papal del tomismo produjo, como era lógico, muchos y diversos efectos. Por un lado animó a que se formará especialmente en los círculos clericales y en los seminarios e instituciones académicas de la Iglesia, algo así como el programa oficial de un partido estricto, una especie de ortodoxia filosófica». F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*, Vol. 9, Ariel, Barcelona 1980, p. 245.

¹⁸⁹ Cfr. C. IZQUIERDO, *Cómo se ha entendido el «modernismo teológico»*, en *El modernismo a la vuelta de un siglo*, EUNSA, Pamplona 2008, p. 38 y ss.

tiempos al conjunto de problemas intelectuales que afectaban la vida católica a raíz de la “revolución del pensamiento” operada en el curso del siglo XIX. Por esa razón, [Alfred] Loisy pudo escribir que “el modernismo es un intento de reforma del régimen católico romano, comenzando por su régimen intelectual”»¹⁹⁰.

Al teólogo Alfred Loisy (1857-1940), profesor de exégesis en el Instituto Católico de París, suele adjudicársele la paternidad del modernismo¹⁹¹. Y con bastante razón. En 1902 publicó *L’Evangile et L’Eglise* como réplica a *Das Wesen des Christentums*, el famoso libro del teólogo e historiador luterano Adolf von Harnack¹⁹² en el que, dicho resumidamente, se afirma –con base en la crítica histórica– que el catolicismo es totalmente ajeno al evangelio cristiano, del que la Iglesia de Roma es una manifestación perversa¹⁹³. Destacados exégetas y teólogos católicos franceses tomaron aquello como un desafío. La respuesta de Loisy –también a partir de una lectura histórico-criticista del evangelio– le valió, a su vez, diversos y muy graves reproches por parte de los mismos católicos, entre los más sonados, la condena pública por parte del cardenal François-Marie-Benjamin Richard, arzobispo de París. Loisy contrargumentó esos reclamos con otro libro –*Autour d’un petit livre*– que, «lejos de disipar las dudas y perplejidades despertadas por el primero, las agravó. Estos dos libros acabaron de desencadenar la crisis que alcanzó su momento álgido con *Lamentabili* y *Pascendi*»¹⁹⁴. Anterior a la encíclica *Pascendi*, el decreto *Lamentabili*, del 17 de julio de 1907, ya había condenado puntualmente 65 proposiciones sobre la autoridad doctrinal de la Iglesia católica obtenidas mayoritariamente de la obra de Loisy que, en cualquier caso, sirvió de detonante de la crisis modernista¹⁹⁵. Se le acusaba de haber concedido demasiado al protestantismo expuesto por Harnack –con la consecuente puesta en entredicho de la autoridad

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 29.

¹⁹¹ Cfr. E. POULAT, *La crisis modernista (historia, dogma y crítica)*, cit., pp. 7-10.

¹⁹² Harnack (1851-1930) fue la figura más sobresaliente del protestantismo cultural de su época. *Das Wesen des Christentums* –que recoge 16 conferencias dictadas en la Universidad de Berlín en el invierno de 1899-1900– determinó el rumbo del luteranismo alemán y, también, gozó de una popularidad insólita (llegó a alcanzar un tiraje de 100.000 ejemplares y se tradujo a 14 idiomas). Cfr. *Ibid.*, pp. 42-53 y E. DASSMANN, *El «Lehbruch der Dogmengeschichte» (1885-1889) y «Das Wesen des Christentums» (1899-1900) de Adolf von Harnack*, en *El modernismo a la vuelta de un siglo*, EUNSA, Pamplona 2008, pp. 85-109

¹⁹³ Cfr. E. DASSMANN, *El «Lehbruch der Dogmengeschichte» (1885-1889) y «Das Wesen des Christentums» (1899-1900) de Adolf von Harnack*, cit., pp. 100-107.

¹⁹⁴ Cfr. S. CASAS (ed.), *El modernismo a la vuelta de un siglo*, cit., p. 33.

¹⁹⁵ Cfr. *Ibid.*, p. 16. «El núcleo de las proposiciones condenadas en *Lamentabili* tiene que ver con cuestiones epistemológicas, mostrando así que era en ese terreno en el que se estaba jugando sobre todo la lucha con el modernismo». C. IZQUIERDO, *Cómo se ha entendido el «modernismo teológico»*, cit., p. 43.

de la Iglesia de Roma–, al admitir, en concreto: 1) una lectura crítica e histórica del evangelio, 2) que las fórmulas dogmáticas son insuficientes, 3) que el contenido de la revelación es meramente simbólico, 4) la imposibilidad esencial de que el catolicismo pueda convivir armónicamente con la ciencia verdadera y 5) que el individuo se basta a sí mismo para salvarse –individualismo religioso– y no necesita de la Iglesia.

Como parte del llamado *affaire Loisy* –que terminó con la excomunión del exégeta francés en 1908– debe señalarse la correspondencia entre él y Maurice Blondel (1861-1949)¹⁹⁶. Aunque breve, este intercambio epistolar suscitado por la publicación de *L'Évangile et L'Église* fue de mucha hondura y le permitió a Blondel escribir *Histoire et Dogme* (1904), un libro en el que examina a profundidad al llamado loisismo, cuyo objetivo era orientar a quienes, con razón, se habían desconcertado con la obra del exégeta de Ambrières¹⁹⁷.

Francia era, desde los últimos años del siglo XIX hasta poco antes de la Segunda guerra mundial, el foco de un intenso movimiento intelectual que dio nuevos bríos al pensamiento católico, que se debatía entre el rigor tomista y la crítica kantiana, en el seno de «una sociedad religiosa dividida, enfrentada a una situación inédita, buscando su propio camino en un mundo en el que la cultura, las técnicas intelectuales y los instrumentos mentales se modifican profundamente, rápidamente, definitivamente»¹⁹⁸.

Como apunta Copleston, «el movimiento de “retorno a Santo Tomás” pudo obviamente estimular las inteligencias más capaces para que intentaran hacerse de nuevo con el espíritu del Aquinate y crear una síntesis apropiada en vista de la situación cultural contemporánea [...]. A este desarrollo positivo del pensamiento tomista ha hecho Francia notables aportaciones»¹⁹⁹. En efecto, en ese ambiente intelectual francés –además de que ocurrieron las célebres conversiones al catolicismo de filósofos y escritores como Charles Péguy, Joseph Lotte, Ernest Psichari o Jacques Maritain²⁰⁰–, el neotomismo constituía una muy seria y respetable corriente de pensamiento, reconocida por propios y

¹⁹⁶ Más adelante me referiré a la famosa ruptura entre Blondel y Garrigou-Lagrange.

¹⁹⁷ Cfr. E. POULAT, *La crisis modernista (historia, dogma y crítica)*, cit., p. 488. Ya en 1897, Blondel le había enviado su *Lettre sur les exigences de la pensée contemporaine en matière d'apologétique*. En la nota de agradecimiento, Loisy le decía: «Somos innovadores. Vuestra filosofía puede compaginarse bien con mi exégesis. [...] Pero, temo que estamos predicando en desierto, entre los fanáticos de la ciencia y los racionalistas de la fe. Esto no prueba que andemos errados, sino al contrario. Sólo que es muy natural que se nos considere insoportables, molestos, temerarios y algo reñidos con el sentido común, es decir, el sentido guardián de la rutina». Citado en *Ibid.*, p. 455.

¹⁹⁸ E. POULAT, *La crisis modernista (historia, dogma y crítica)*, cit., p. 27.

¹⁹⁹ F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*, cit., p. 246.

²⁰⁰ Cfr. C. IZQUIERDO, *Cómo se ha entendido el «modernismo teológico»*, cit., pp. 66-67.

extraños; a su buen estado de salud contribuyó, además, la aparición de revistas que dieron cabida al intenso debate filosófico, teológico e histórico y fueron cantera de libros que iniciaron como artículos allí publicados²⁰¹. Entre los filósofos no cristianos que participaron de la discusión filosófica en aquella época, Henri Bergson²⁰² tuvo un lustre especial. Además de haber recibido el Nobel de Literatura y participar en la incipiente Sociedad de Naciones, su trabajo –en especial, *L'Évolution créatrice*–mereció la atención de los neotomistas franceses.

Si, como asegura Copleston, Francia pudo contribuir «de manera muy destacada al desarrollo del tomismo en el mundo moderno»²⁰³ fue gracias a esa intensa actividad filosófica. El modernismo había llamado la atención debida a un movimiento de pensamiento profundo que centraba su fuerza en la filosofía criticista de corte kantiano, «para la que el problema filosófico fundamental es las condiciones del conocer»²⁰⁴. A diferencia del realismo propugnado por el tomismo, la nueva mentalidad se fundaba, así, en el sujeto como protagonista del conocimiento y a partir del cual debía de girar toda actividad noética; sin embargo, la fe no cabía en ese supuesto, por lo que quedaba reducida a una simple experiencia religiosa. La distinción kantiana entre razón pura y razón práctica cobró relevancia y suscitó una discusión que rebasó los límites religiosos²⁰⁵. Ya no sólo se trataba de renovar la teología mediante el criticismo histórico. En efecto, el modernismo supuso un choque entre perspectivas filosóficas que provocó una intensa actividad intelectual en el catolicismo francés, tanto en el ámbito laico como en el de las órdenes religiosas. Como recordé, gracias al impulso y aval de la *Æterni Patris*, de entre esas órdenes destacó la de Predicadores, que tomó la vanguardia en la revigorización del tomismo y la consolidación de la llamada tercera escolástica²⁰⁶. La preparación

²⁰¹ En esos años aparecieron importantes revistas como *Revue des sciences philosophiques et théologiques*, *Recherches de science religieuse*, *Bulletin d'ancienne littérature et d'archéologie chrétiennes* y *Revue des sciences religieuses*. Cfr. *Ibid.*, p. 67. Ya desde mediados del siglo XIX, la prensa católica francesa fue preámbulo de esa buena salud, pues gozaba de muy buen prestigio por su apertura al debate y la discusión. Cfr. O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., pp. 322-330.

²⁰² Como mostraré más adelante, Garrigou-Lagrange encontrará en Edouard Le Roy –discípulo de Bergson– al destinatario de sus críticas más duras.

²⁰³ F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*, cit., p. 248.

²⁰⁴ C. IZQUIERDO, *Cómo se ha entendido el «modernismo teológico»*, cit., p. 37.

²⁰⁵ Poulat afirma, por ejemplo, que el modernismo fue «el encuentro y la confrontación actuales de un pasado religioso, inmóvil desde hacía mucho tiempo, con un presente que ha encontrado fuera de aquel las fuentes vivas de su inspiración» E. POULAT, *La crisis modernista (historia, dogma y crítica)*, cit., p. 14.

²⁰⁶ Entre otras manifestaciones de la relevancia que el trabajo de los dominicos cobró a partir del aval de León XIII, figura la publicación de una edición crítica de la obra de santo Tomás, que ordenó y enriqueció las ediciones disponibles hasta entonces. Cfr. O. CHADWICK, *A history of the Popes: 1830-1914*, cit., p. 282.

filosófica que recibieron varios frailes dominicos fue exigente²⁰⁷, a la medida del desafío epistemológico que se les ponía delante. Muchos de ellos estudiaron con la élite universitaria de París, concretamente, en la Sorbona; entre otros, Réginald Garrigou-Lagrange.

d.- De Auch a Roma

Nacido en Auch, un pequeño pueblo del alto Pirineo, en 1877, Gontran-Marie Garrigou-Lagrange creció en el seno de una típica familia católica francesa de finales del siglo XIX. A los 19 años, ingresa a la Universidad de Burdeos para estudiar Medicina, que abandonaría para entrar al noviciado de la Orden de Predicadores, en Amiens. Al recibir los hábitos dominicos, también toma el nombre de «Réginald». Luego de profesar sus votos, cursa el seminario en el estricto *studium* provincial de la orden en Flavigny, con especial énfasis en la *Suma* de Tomás de Aquino y la guía del «temible»²⁰⁸ teólogo y filósofo Ambroise Gardeil²⁰⁹, quien dejaría en él una impronta permanente, origen y motor de su realismo metafísico. Atento al reto que suponía el modernismo, Gardeil elaboró una epistemología para la que «era preciso probar que la inteligencia era capaz de llegar al ser, de fundar y justificar el realismo»²¹⁰. Además, sabía que la revitalización del tomismo exigía estudiar a profundidad la obra del Doctor Angélico; pero, también, la de sus grandes comentadores, de entre los cuales

²⁰⁷ La sólida formación filosófica, que interesaba a la Orden de Predicadores por su orientación, también respondía a la nueva y vigorosa legislación de la Iglesia, pues «se hacía cada día más firme la convicción de que en el fondo de todas las herejías y desvíos anida un error filosófico». Cfr. A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, «Angelicum», XLII (1965), p. 59.

²⁰⁸ «A significant amount of the preparation entailed the assiduous study of St. Thomas' *Summa theologiae* under guidance of the redoubtable Ambroise Gardeil O.P.» R. PEDDICORD, *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*, St. Augustine's Press, Indiana 2005, p. 11.

²⁰⁹ Fray Gardeil (1859-1931), maestro de Garrigou-Lagrange, fue regente de estudios en Flavigny. «Defendía con firmeza el realismo tradicional en contra del fenomenismo y del kantismo y con frecuencia repetía aquella doctrina de Santo Tomás: *La primera cosa conocida por nuestro entendimiento no es el fenómeno sensible, externo o interno, sino el ente inteligible de las cosas sensibles, to on noetón, que es aprendido por el entendimiento tan pronto como se enfrenta con la cosa sentida, y en el que se funda el conocimiento de los primeros principios*». Cfr. A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., pp. 62-63. Es imposible no pensar ahora en la obra de Llano; sólo por poner un ejemplo, refiero un momento de su análisis de la primera afirmación del ser: «*Los sentidos son ciegos a la existencia como tal. Es ésta un atributo de la realidad susceptible de ser captada sólo por la inteligencia. Incluso podría decirse que la inteligencia se puede definir como la facultad que el hombre posee para captar la existencia de las cosas, dado que los sentidos sólo captan la realidad como generadora de estímulos, sin referirse a la existencia de éstos*». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 34. Este talante tomista empapa a todo el pensamiento llanista: «*la metafísica, de cualquier manera, no pierde ese carácter tradicional que la define como ciencia del ente en cuanto ente (y no en cuanto realidad singular)*». C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 152.

²¹⁰ A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 62..

siempre mostró especial preferencia por el portugués João Poinset, en quien encontró un modo exhaustivo y sapiencial de tratar el contenido de Tomás de Aquino, y cuya «profundidad en la síntesis» lo coloca por encima de otros comentadores²¹¹.

Ordenado en 1902, Garrigou-Lagrange concluyó sus estudios de Filosofía en la Sorbona, donde asistió a las clases magistrales de Emile Durkheim y, en el Collège de France, a las de Henri Bergson, a la sazón, «el filósofo de moda de la Sorbona, la última palabra en filosofía actual»²¹². En la universidad parisina, asistió a la clases sobre la *Metafísica* de Aristóteles, impartidas por Bergson²¹³, donde coincidió con Maritain –discípulo de este último²¹⁴–, con quien trabaría una larga y fructífera relación académica y de amistad²¹⁵. Luego, sería asignado al seminario dominico de Le Saulchoir, en Bélgica, como profesor. En esa época, tendrá oportunidad de estudiar en la Universidad de Friburgo. Con el tiempo, su carrera académica se convirtió en el mejor aval para ser nombrado consultor de la Santa Sede desde el pontificado de Benedicto XV hasta el de Juan XXIII, tarea que compaginó con su actividad docente en el Angelicum. De hecho, fue el papa Roncalli quien le pidió que se incorporase a la comisión teológica en preparación de los trabajos del concilio Vaticano II²¹⁶.

Sin embargo, a pesar de la amplitud y profundidad de su trabajo filosófico y teológico, Garrigou-Lagrange no goza de la buena fama de otros neotomistas, incluso de algunos que fueron alumnos suyos. Al contrario, su nombre apenas se menciona entre los representantes de la tercera escolástica y, si aparece, es para señalarlo peyorativamente como limitado o como «un neotomismo de vía un tanto estrecha, preocupado exclusivamente por mantener y difundir una ortodoxia integrista»²¹⁷. La desproporción de dichas valoraciones impide juzgar debidamente el legado de uno de los protagonistas de la revitalización del tomismo en el siglo XX. Como señalé, el auge intelectual

²¹¹ «Ce qui met à part Jean de saint-Thomas c'est la *profondeur dans la synthèse*». A. GARDEIL, *La structure de l'ame et l'expérience mystique*, París 1927, citado en A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 66. Cabe mencionar ahora que Garrigou-Lagrange también mostró predilección por Juan de Santo Tomás, misma que transmitió a Carlos Llano, quien encontró en el comentador portugués a una de sus fuentes más importantes, en concreto, para el desarrollo de su teoría de la idea práctica.

²¹² A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 69.

²¹³ Cfr. *Ibid.*, p. 70.

²¹⁴ «Antes de hacerse tomista, Jacques Maritain fue discípulo de Bergson; y aunque criticó después la filosofía bergsoniana, conservó un profundo respeto a su antiguo maestro». F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*, cit., p. 212.

²¹⁵ Cfr. R. PEDDICORD, *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*, cit., pp. 5-23.

²¹⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 22.

²¹⁷ F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*, cit., p. 248.

en aquella Francia no excluía a nadie y; sólo se exigía la seriedad y profundidad debidas. En el seno de la Sorbona tirios y troyanos daban altura al debate de ideas, sin más distingo que su filiación filosófica. De ahí, precisamente, «de las lecciones de la Sorbona y del ambiente bergsonianos circundante provienen las grandes preocupaciones de Garrigou-Lagrange»²¹⁸. El influjo de Bergson sobre él es patente; empleando una analogía de la química, podría decirse que era su medio de contraste²¹⁹.

Recuérdese que el metafísico de Auch se educó en el duro fragor del método escolástico²²⁰ –para él, la única manera de acceder a la verdad– y en la exigente educación de la orden de predicadores²²¹. Fieles al precepto escolástico de «distinguir sin separar y unir sin confundir», los dominicos hacían una filosofía que no rehuía ningún tema; respondía, por el contrario, a la pluralidad y riqueza patentes en la misma realidad. Enfrentarse a la diversidad para comprenderla era, por lo demás, una nota propia del tomismo²²² que, como ha señalado Bochenski, distaba de la actitud modernista que, como consecuencia de la rigidez del mecanicismo, aspiraba a homologar el pensamiento²²³.

²¹⁸ A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 69.

²¹⁹ Ello no obsta para que Garrigou-Lagrange sea taxativo en su rechazo a las posturas de Bergson. Como ilustración de ello, refiero un comentario al margen que el fraile dominico hace a propósito de su defensa del principio de contradicción: «G. Dumesnil, en su estudio lleno de buen sentido sobre la *Sophistique contemporaine*, se burla del bergsonismo, como es natural, y muestra en particular que Bergson suprime el misterio de la creación y que su Dios es el Inconsciente de los filósofos postkantianos». R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dios. La naturaleza de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas.*, Vol. II (2 Vols.), Palabra, Madrid 1977, p. 249.

²²⁰ Lo explica Chenu, citado por Peddicord: «The “style” of Scholastics in its development as well as in its modes of expression can be reduced, as if to simple elements, to three procedures. These followed progressively one upon the other and typify, moreover, both their historical genesis and their progress in technique. First came the *lectio*; from the reading was developed the *quaestio*, the *disputatio*; and in *summas*, the “article,” somewhat as the residue of the disputed question, became the literary component». R. PEDDICORD, *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*, cit., p. 48.

Más adelante, el mismo Peddicord agrega: «Argumentation, disputation, and active discussion of controversial positions formed the backbone of scholastic life in Middle Ages. These fundamental activities of the intellectual life were preserved –with varying degrees of success– in the *studia* of the Dominican Order. Garrigou-Lagrange lived and breathed and loomed in this ethos». *Ibid.*, p. 49.

²²¹ Conjugar el estudio y la predicación con la contemplación es parte esencial de la espiritualidad dominica. Según Peddicord, Garrigou-Lagrange se sintió atraído por ese carisma que reconcilia la teoría y la práctica: «una llamada a ser contemplativos en la acción». «While certain Orders are dedicated exclusively to the contemplative life and others to the active life, Dominican spirituality desires to unite these two». Réginald Garrigou-Lagrange. «Le caractère et les principes de la spiritualité dominicaine». 1921, citado por R. PEDDICORD, *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*, cit., p. 37.

²²² Como el mismo Peddicord ha recordado, Tomás de Aquino eligió la filosofía de Aristóteles porque, además de ser una fuente de una metafísica sólida, se trataba de la más vanguardista de su época, «la más *actuelle*». *Ibid.*, p. 125.

²²³ Citado por Peddicord: cfr. *Ibid.*. Vale la pena recordar que uno de los aspectos de la crítica al modernismo que hace Garrigou-Lagrange se basa, precisamente, en el inmovilismo de la realidad que defienden Bergson y Maritain. Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El sentido común*, cit., pp. 171-203.

Como advertí, Garrigou-Lagrange encontró en Bergson su piedra de toque: «un constante recurso en el terreno filosófico, su frente de oposición»²²⁴. Se comprende así que las dos obras filosóficas más importantes del fraile dominico –*El sentido común: la filosofía del ser y las fórmulas dogmáticas* (1909) y *El realismo del principio de finalidad* (1932)– hayan sido fruto de sus intensos debates con él y Edouard Le Roy (1870-1954), discípulo dilecto de Bergson²²⁵, al grado de que sin ellos dos «como exponentes del pensamiento de aquel momento, no se explica la obra de Garrigou-Lagrange»²²⁶. Sobre la base del tomismo, puso la filosofía al servicio de la teología. Ello no fue en detrimento de la calidad de su trabajo filosófico, que influyó decididamente en Carlos Llano, tanto en el método²²⁷, como en el contenido²²⁸. Como apunté, Garrigou-Lagrange aprendió el tomismo de Ambroise Gardeil, cuyo realismo metafísico determinó su pensamiento. En concreto, el principio de contradicción –«la clave de toda la estructura del realismo tomista»²²⁹–, que también fue cimiento de la obra filosófica de el autor. ¿Cómo es ese realismo tomista? ¿Qué lo distingue del modernismo? Podría responderse diciendo que

«el realismo tradicional no se contenta con afirmar el ser y su oposición con la nada, también dice lo que es el ser: no un género, que sería diversificado mediante diferencias *extrínsecas* (pues nada puede ser extrínseco al ser), sino un análogo que se dice muy diferentemente del Ser necesario y del ser contingente, de la substancia de éste y de sus accidentes. El ser así concebido tiene

²²⁴ A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 71.

²²⁵ Aunque Copleston señala la dificultad de hablar de una escuela propiamente bergsoniana, no duda del peso ni influencia que Bergson ejerció sobre pensadores como William James, quien «saludó la aparición de *La evolución creadora*, diciendo que señalaba una nueva era del pensamiento; y él fue sin duda influido en alguna medida por el pensamiento de Bergson. Pero también es verdad que a Bergson se le ha acusado de basar su idea de la duración real en la teoría de James sobre la corriente de la conciencia (Bergson negó esto, a la vez que rendía tributo al norteamericano y reconocía similitudes entre ambos)». F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*, cit., p. 212.

²²⁶ A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 73.

²²⁷ Al revisar su obra, cualquiera puede percatarse de que el estilo de Llano responde al escolástico: plantear el problema, dar razones a favor y en contra, objetar y concluir. Tanto en sus clases como en sus libros, siempre siguió este método aprendido en el Angelicum.

²²⁸ La elocuencia del título bajo el cual agrupó su tetralogía –*Bases noéticas para una metafísica no racionalista*– es contundente al respecto del contenido temático de la obra de Llano, reflejado, también, en los nombres de los cuatro volúmenes que componen la misma: *Abstractio*, *Separatio*, *Reflexio* y *Demonstratio*.

²²⁹ R. PEDDICORD, *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*, cit., p. 128.

una superioridad sobre el pensamiento, que no puede ser más que relativo a aquél, como a su objeto»²³⁰.

Aquí, quedan expresados los principios de este realismo, en el que se basa la obra de Llano: 1) el ser existe, 2) el ser puede conocerse por la inteligencia y 3) el ser es real y, por ello, superior al pensamiento, cuya existencia sólo se explica por la relación que guarda con lo real. El autor siempre se mostró en contra de la actitud de desconfianza del racionalismo, que sospecha permanentemente de lo real y, por ello, tiende a darle supremacía a la idea universal por encima de la realidad concreta²³¹. Llano advierte que para el modernista, si los entes de razón –los universales escolásticos– pueden pensarse separados de la materia, es porque pueden existir sin ella, una suposición que constituye el punto de partida racionalista. El filósofo mexicano señaló en distintos lugares las consecuencias de identificar la metafísica con la lógica o con las matemáticas, un error común tanto en Pitágoras y Platón, como en Hegel y, por supuesto, en el criticismo kantiano²³², el mismo que sirvió de inspiración y apoyo a los modernistas a los que se enfrentó el metafísico de Auch y, por ende, los filósofos que se formaron bajo su tutela. Como recuerda Copleston:

«Es obvio que Garrigou-Lagrange miraba a la mayoría de los filósofos modernos como “adversarios”, como defensores de posiciones más o menos opuestas a la verdad representada por las doctrinas de Santo Tomás de Aquino. En Maritain y Gilson hallamos, sin duda, inteligentes discusiones del desarrollo y las corrientes de pensamiento filosófico moderno; pero era tal su realismo que por fuerza habían de considerar los procedimientos, digamos, de Descartes y Kant como aberraciones. De lo cual no se sigue en manera alguna, por ejemplo, que Gilson sea incapaz de apreciar los logros de Kant, dadas las premisas de éste. Pero está claro que, para Gilson, lo que debería haberse evitado ante todo eran tales premisas. Es innegable que todo pensador eminente manifiesta su talento en el modo de desarrollar las implicaciones

²³⁰ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El sentido común*, cit., p. 233.

²³¹ Al final, como su mismo nombre indica, sus *Bases noéticas para una metafísica no racionalista* están dedicadas a ello.

²³² Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 20 y ss.

de sus premisas y en cómo se libra de incurrir en cualquier eclecticismo de componendas que pretenda combinar a toda costa elementos de suyo incompatibles. Pero el tener este talento constitutivo no implica que sean válidas las premisas de las que se parte»²³³.

Llano dialogó largamente con Gilson y Maritain, sobre todo, en su *Etiología de la idea de la nada*, un libro en el que muestra ese rasgo de la neoescolástica al que me he referido antes: la capacidad de debatir con distintos interlocutores en aras de dar con la verdad. En ese libro, convergen el mismo Garrigou-Lagrange, Heidegger, Sartre, Machado, además de Aristóteles, Tomás de Aquino y Juan de Santo Tomás, por supuesto. También gracias a su maestro, Llano conoció muy bien a Bergson, con quien mantendrá un diálogo fecundo, iniciado en su tesis²³⁴ y continuado durante medio siglo hasta sus últimos libros²³⁵.

Otro de los modernistas con quien Garrigou-Lagrange se enfrascó en intensas discusiones fue Blondel, a quien criticaría duramente, sobre todo, por su planteamiento epistemológico. Los neoescolásticos se apegaban al criterio de santo Tomás según el cual la verdad es la *adæquatio rei et intellectus*. En cambio, bajo coordenadas modernistas, el filósofo de Aix planteó que la verdad era una experiencia vital subjetiva. Para el fraile dominico, el principio más pernicioso que se encuentra en la obra de Blondel es su noción de verdad. El filósofo de Aix termina por proponer un pragmatismo relativista. La verdad ya no es la adecuación de las cosas con el entendimiento, sino que depende de una libre opción del sujeto, que consiste en una adecuación con la vida y con sus exigencias. El concepto utilitarista y pragmático de la inteligencia –originado en Stuart Mill, Peirce y James– que era, además, un rasgo peculiar en el bergsonismo²³⁶. ¿Cuál era ese principio pernicioso?

Garrigou-Lagrange objetó el blondelismo en distintos lugares; sin embargo, en la última parte de su síntesis tomista –luego de explicar las veinticuatro tesis de santo Tomás– señala que es imposible referirse a ella sin atender debidamente a la noción realista de la verdad y a su versión opuesta,

²³³ F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*, cit., p. 258.

²³⁴ Cfr. C. LLANO, *Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción.*, cit., p. 151 y ss.

²³⁵ Por ejemplo, en la referida *Etiología de la idea de la nada*, Llano hace un muy interesante cruce histórico entre Parménides y el filósofo francés. Cfr. C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 73 y ss.

²³⁶ Cfr. A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 77.

defendida, entre otros, por Blondel, quien apenas unos meses antes de la aparición de la *Pascendi* publicó

«una proposición cuyas consecuencias completas en el orden de las ciencias, de la filosofía, de la fe y de la religión no se pueden medir: “La abstracta y quimérica *adæquatio rei et intellectus* es sustituida por la investigación metódica de derecho: la *adæquatio realis mentis et vitæ*” (*Point de départ de la recherche philosophique*, “*Annales de philosophie chrétienne*”, 15 de julio de 1906, a. 1, p. 235)»²³⁷.

Ya antes, Blondel había sido señalado por los neoescolásticos, quienes le reprochaban sus objeciones al tomismo y, en general, la raíz kantiana que percibían en el método de la inmanencia que proponía como eje de su filosofía. De ahí que el conjunto de su obra –principalmente *L’Action* (1893), *Lettre sur les exigences de la pensée contemporaine en matière d’apologétique et sur la méthode de la philosophie dans l’étude du problème religieux* (1896) y, como dije antes, *Histoire et Dogme* (1904)– fuese considerado un aval católico al modernismo²³⁸. La filosofía blondeliana buscaba rehabilitar el análisis reflexivo sobre la realidad más concreta e inmediata de la experiencia humana –la acción–, en medio de un ambiente demasiado idealista, como consecuencia del cientificismo positivista y del criticismo kantiano²³⁹. Por ello, tiene sentido que se hubiese apoyado en un método que consistía en «poner en ecuación, en la conciencia misma, lo que nosotros parecemos pensar, querer y hacer, con lo que realmente hacemos, queremos y pensamos; de tal manera que incluso en las negaciones fácticas o en los fines artificialmente queridos se encontrarán las afirmaciones profundas y las necesidades incoercibles que ellos mismos implican»²⁴⁰.

Sin embargo, la crisis modernista había colocado a Blondel en una posición arriesgada; en los círculos neoescolásticos más apegados a lo estipulado por el decreto *Lamentabili* y las encíclicas *Æterni Patris* y *Pascendi*, no era sólo un kantiano, sino, un inmanentista cuya filosofía contenía graves implicaciones para la teología y, por ende, impedía la posibilidad de un pensamiento verdaderamente cristiano. Garrigou-Lagrange contaba con

²³⁷ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La síntesis tomista*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1947, p. 464.

²³⁸ Blondel siempre defendió el carácter cristiano de su filosofía, fruto de su profundo catolicismo. Cfr. G. JUAN MORADO, *También nosotros creemos porque amamos.*, cit., p. 154.

²³⁹ Cfr. C. IZQUIERDO, *Blondel y la crisis modernista*, EUNSA, Pamplona 1990, p. 22.

²⁴⁰ Maurice Blondel, *Lettre sur les exigences de la pensée contemporaine...* citado en *Ibid.*, p. 90.

elementos suficientes para sospechar de la filosofía blondeliana –más aun que del pragmatismo de Peirce y James²⁴¹–, que ponía entre paréntesis a la verdad misma al desvincularla del ser hasta ponerla a merced de la subjetividad de la acción.

«Sin duda alguna las intenciones de M. Blondel son las de un realista, ¿pero le permiten acercarse al realismo tradicional el punto de partida de su filosofía y su método? El acuerdo logrado del pensamiento *con la vida* que evoluciona, ¿es el acuerdo *cierto* del pensamiento *con el ser extramental*? ¿Acaso en esta filosofía la acción y sus exigencias no han substituído al ser?»²⁴².

Como es obvio, Garrigou-Lagrange no iba a hacer la más mínima concesión a quien negase que la verdad sea la adecuación del intelecto con la realidad. Asegurar que la verdad es la adecuación entre pensamiento y vida, la experiencia psicológica de resonancia kantiana sugerida por Blondel como respuesta al idealismo modernista supone un riesgo para el realismo metafísico neotomista, cuya piedra basal es el principio de finalidad del conocimiento.

«¡Qué mayor absurdo, dice el realismo, que el pretender que la inteligencia no pueda conocer su propia finalidad, no pueda saber para qué está hecha, no pueda ver en sí misma si viva relación con el ente inteligible! He aquí lo que podemos llamar el realismo de principio de finalidad unido al de contradicción»²⁴³.

Si en su primer libro –*El sentido común: la filosofía del ser y las fórmulas dogmáticas*, 1909– el fraile dominico había discutido largamente con Bergson y Le Roy, en sus obras posteriores no quitaría el dedo del renglón. En última instancia, su preocupación era que el inmanentismo permease en el catolicismo en perjuicio de la doctrina y, lo más grave a sus ojos, de su misma esencia. En su obra, hacen eco las palabras de Pío X:

²⁴¹ Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La síntesis tomista*, cit., pp. 460-461. En este mismo lugar, llega incluso a admitir que hay «gradaciones de pragmatismo».

²⁴² *Ibid.*, p. 481.

²⁴³ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El realismo del principio de finalidad*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1949, p. 162.

«Nos parece que ya está claro cuál es el método de los modernistas en la cuestión histórica. Precede el filósofo; sigue el historiador; luego ya, de momento, vienen la crítica interna y la crítica textual. Y porque es propio de la primera causa comunicar su virtud a las que la siguen, es evidente que semejante crítica no es una crítica cualquiera, sino que con razón se la llama agnóstica, inmanentista, evolucionista; de donde se colige que el que la profesa y usa, profesa los errores implícitos de ella y contradice a la doctrina católica.

Siendo esto así, podría sorprender en gran manera que entre católicos prevaleciera este linaje de crítica. Pero esto se explica por una doble causa: la alianza, en primer lugar, que une estrechamente a los historiadores y críticos de este jaez, por encima de la variedad de patria o de la diferencia de religión; además, la grandísima audacia con que todos unánimemente elogian y atribuyen al progreso científico lo que cualquiera de ellos profiere y con que todos arremeten contra el que quiere examinar por sí el nuevo portento, y acusan de ignorancia al que lo niega mientras aplauden al que lo abraza y defiende. Y así se alucinan muchos que, si considerasen mejor el asunto, se horrorizarían»²⁴⁴.

A partir de la metafísica tomista –cuyo destino es la teología–, Garrigou-Lagnage respondió al modernismo. Al seguir al apriorismo kantiano, el modernismo se alejaba de la metafísica hasta terminar por invertir el orden natural del entendimiento humano, convirtiéndose en una especie de camisa de fuerza, según sus propias palabras, que estorba «con sus costuras los movimientos naturales del peripatetismo tomista»²⁴⁵. De ahí que afirme, también, que

«mucho tememos que esta neoescolástica, tan maltratada, sea muy simplemente la doctrina aristotélica y tomista según la cual todas nuestras ideas, y comprendida la idea de *ser*, *provienen* de los sentidos, gracias a la acción *sui generis* de esa luz intelectual llamada *entendimiento agente*, que actualiza lo inteligible en

²⁴⁴ Pío X, *Pascendi gregis*. § 32.

²⁴⁵ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El realismo del principio de finalidad*, cit., p. 187.

potencia en lo sensible, como la luz del sol vuelve los colores actualmente visibles»²⁴⁶.

Garrigou-Lagrange falleció en 1964. En torno a su funeral, el papa Pablo VI le alabó públicamente, definiéndole como un «siervo fiel de la Iglesia y la Santa Sede»²⁴⁷. A su muerte, dejaba una estela de controversias y polémicas, una vasta obra²⁴⁸ y una larga lista de ex alumnos que –en alguna u otra medida– continuaron con su legado filosófico. Su pensamiento trascendió a su época gracias a quienes se formaron bajo su celosa, exigente y afable tutela²⁴⁹, entre los que se cuentan influyentes teólogos como Marie-Dominique Chenu, Benoît Lavaud, Marie-Michel Labourdette o el mismo Juan Pablo II y, por supuesto, filósofos como Carlos Llano.

Para concluir este apartado haré un apunte final sobre la personalidad de Garrigou-Lagrange: su bonhomía y afable talante. Su personalidad era un verdadero imán y, su carácter, «encantador»²⁵⁰. Además, en cada clase ponía todo su empeño y dedicación para que sus estudiantes comprendieran: su entrega –en el aula y fuera de ella– era absoluta.

«Sus lecciones tuvieron siempre doctrina y vida. Los que le hemos oído en los últimos años de su magisterio quedábamos sorprendidos por la vitalidad y vigor doctrinal de sus lecciones. Tenía en el aula el genio de Sócrates. Sabía adaptarse a todas las inteligencias, captar la atención, detener el tiempo. Proponía con agudeza las cuestiones, hacía resaltar las dificultades, volvía constantemente al principio que creía clave par la solución. Tenía la voz clara y agradable de oír. Su latín era correcto, escolástico,

²⁴⁶ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El sentido común*, cit., p. 227.

²⁴⁷ R. PEDDICORD, *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*, cit., p. 23.

²⁴⁸ Más de 700 artículos y libros publicados en 60 años, desde 1904 hasta el año de su fallecimiento. Cfr. B. ZORCOLO, *Bibliografía del P. Garrigou-Lagrange*, «*Angelicum*», XLII (1965), pp. 200-271

²⁴⁹ «Durante los años que él [Garrigou-Lagrange] ha sido profesor se han matriculado en el Angelicum cerca de los 20,000 alumnos. [...] Teniendo en cuenta que son estudiantes universitarios destacados en su mayor parte destinados a ser profesores en los diversos centros de enseñanza, repartidos por todo el orbe, podemos hacernos una idea de la repercusión que han tenido las doctrinas del maestro». A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 81.

²⁵⁰ «By all accounts, Garrigou-Lagrange was an engaging professor. Lavaud says that that one could not help but be struck by his mastery of subject. Gagnebet writes that Garrigou's courses were know for their drama; his lectures wew never monologues. Garrigou knew wonderfully well how to pose problems, to present the state of the question, to show connections between ideas, to highlight the problems in reasoning –particularly the errors in an author's choice of first principles». R. PEDDICORD, *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*, cit., p. 18.

pronunciado siempre con acento francés, muy asequible, muy preciso. La claridad francesa resaltaba en la sobriedad latina»²⁵¹.

Como recuerda otro de sus alumnos:

«In class, Garrigou's gestures, modulations, facial expressions, use of the black-board, joviality and witty humor, etc., were truly masterful. The medium of instruction was Latin, the only language allowed in the classroom, but when he waxed eloquent with the lecture, he would stand up and switch to Italian, and when reaching the "seven cloud" he would burst into French!»²⁵².

Quienes conocimos a Carlos Llano y asistimos a sus clases o conferencias reconocemos en él ese rasgo de su maestro dominico. Como apunté, nuestro maestro se adueñaba del aula y cautivaba de inmediato a su auditorio gracias a la rotundidad de su voz y a la enérgica exactitud de sus ademanes. Además de su extraordinario humor y afabilidad hacia con todos, que convivían con un carácter y modos firmes, hasta estrictos. Sin exagerar, podría decirse de él, lo que Lobato afirma de Garrigou-Lagrange:

«Tenía el convencimiento de que el aula es para formar, no para informar, y de que solo hay formación con la asimilación profunda de los grandes principios. Su peculiaridad era hacer ver las consecuencias prácticas que brotan de las verdades fundamentales. Era agradable seguirle en este descenso de la aplicación por todos los campos de la filosofía de un principio tan fecundo como la distinción de acto y potencia. Todos salían del aula seguros de haberle entendido, y aún de haberle asimilado. En este sentido, Garrigou-Lagrange fue un excelente maestro. Amó la clase, amó a los discípulos, hizo amar la verdad»²⁵³.

²⁵¹ A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 81.

²⁵² J. DE TORRE, *My personal memories of Fr. Reginald Garrigou-Lagrange, O.P. (1877-1964)*, University of Asia and the Pacific, Pasig City 2001, p. 2.

²⁵³ A. LOBATO, *Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.*, cit., p. 82.

III.- Conclusión

La teoría de la idea práctica de Carlos Llano intenta resolver el dilema de la acción humana, que ocurre en «el difícil plexo»²⁵⁴ entre lo pensado y lo hecho, a su juicio, un problema de origen. Dicho con sus propias palabras, «nuestra acción humana adolece de un defecto radical ya desde su punto de partida: la carencia de un conocimiento *propio* de aquello que pretende»²⁵⁵.

La acción surge de la singularidad de cada hombre –manifiesta en sus deseos, entendimiento, creatividad– y, por ello, siempre expresada en resultados diversos. En el fondo de la cuestión más estudiada por Llano late la tensión milenaria entre el ser uno e indivisible, al modo de Parménides, y el cosmos plural y cambiante de Heráclito²⁵⁶.

Aprovecho para hacer una breve anotación: a lo largo de la obra escrita del autor, aparece repetidamente el sustantivo «grieta» –casi un centenar de veces: al menos, en 81 ocasiones²⁵⁷–; me parece que su presencia reiterada indica su constatación de que, a pesar de su unidad óptica, el hombre es una realidad en permanente tensión, al grado de que parece roto. De ahí las soluciones radicales que se desprenden de los reduccionismos que pretenden ver en lo humano una racionalidad absoluta o una pura materia. Lo humano no es una superficie lisa, sino un conglomerado de virtualidades. El copioso uso en el *corpus* de la voz «grieta» es significativo porque refleja una preocupación del autor más profunda.

Si, tal como apunta el filósofo mexicano, «la acción práctica consiste precisamente en singularizar en una materia la forma universal pensada»²⁵⁸, ¿cómo encaja esa acción humana singular en la universalidad ontológica? ¿Habría que negar, con Parménides, la multiplicidad o, por otro lado, negar el principio de identidad?

²⁵⁴ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 11.

²⁵⁵ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 76.

²⁵⁶ «La primera ruptura con el ser, monolíticamente concebido por Parménides, fue la concepción de *lo otro* del ser: la distinción de un ser respecto de otro ser, de donde surge la pluralidad, es la primera grieta óptica unívoca parmenídea». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 278.

²⁵⁷ Aunque «grieta» atraviesa todo el *corpus*, como ejemplo, refiero sólo las obras donde es más reiterada con sus correspondientes páginas: C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 51, 76, 103, 113, 116, 161, 193, 198. C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 94, 158, 162, 185, 215. C. LLANO, *Separatio*, Universidad Panamericana - Ruz, México 2007, pp. 114-115, 207, 225, 235-236, 254, 270. C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., pp. 55, 79, 103, 117, 167, 170, 246, 278.

²⁵⁸ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 77.

Hay elementos suficientes para asegurar que gracias a ese juvenil contacto con William James, el autor entendió la radicalidad de la realidad –dinámica, singular y práctica– y supo dimensionar la complejidad de los universales –cuyos conceptos, dicho con Llano, cristalizan en «un sistema perfectamente regular y fijo»²⁵⁹–. Él mismo repetía en sus clases una imagen tomada de santo Tomás al referirse a la preeminencia de lo singular sobre lo universal: no existe la carne ni los huesos, sino *esta* carne y *estos* huesos²⁶⁰.

Por otro lado, Garrigou-Lagrange sostuvo un diálogo intenso con el filósofo norteamericano, del que también se nutrió el autor. Si bien una primera lectura del *Pragmatismo* le permitió a un joven Carlos Llano adentrarse en la filosofía y atisbar las consecuencias de un idealismo más preocupado por la perfección teórica que por la realidad concreta, fue gracias a su periodo de formación bajo el neotomismo de Garrigou-Lagrange²⁶¹ que pudo dialogar más ampliamente con James. A instancias del fraile dominico, Llano dio con otras obras del filósofo de Harvard²⁶², con las que su maestro en el Angelicum había discutido largamente y que merecieron su atención²⁶³.

Fruto de ese diálogo, el metafísico de Auch advirtió el problema que entrañaba la filosofía del norteamericano. El motivo de dicha advertencia se aprecia con claridad en el siguiente texto:

«Con W. James, el pragmatismo se convirtió en una forma de *subjetivismo*. Desde este punto de vista es defendido en el Vocabulario críticos que acabamos de citar [el *Vocabulario técnico y crítico de la Filosofía*, de André Lalande]: “La doctrina según la cual la verdad es una relación enteramente inmanente a la

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 20.

²⁶⁰ Variantes de la expresión aparecen en varios lugares de la tetralogía; entre otros: C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 18, 35, 49, 70, 82 y 283 o C. LLANO, *Reflexio*, Universidad Panamericana - Ruz, México 2008, p. 167 y 306. Santo Tomás la menciona en *In Boet. de Trin.*, II, q. 5, a. 2, c. y *S.Th.*, I, q. 75, a. 4, c.

²⁶¹ El fraile dominico en nada admitía los planteamientos filosóficos de James de quien, como expuse antes, suele expresarse duramente: «Como buen materialista que no llega a salir de sus sentidos, W. James no ve más que *palabras* y jerga colegial en toda afirmación de orden puramente inteligible». R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El sentido común*, cit., p. 223.

²⁶² Las ediciones de las obras de James que cita Garrigou-Lagrange, son las mismas a las que se refiere Llano; casos concretos de ello son, por ejemplo, *Pragmatism, The will to believe* y su curso de Psicología, citadas en *Análisis de la acción directiva*.

²⁶³ Al explicar la noción de verdad según el realismo y el pragmatismo, Garrigou-Lagrange admite los distintos matices de este último y hace una pequeña concesión a James: «Un pragmatismo elevado entenderá por el contrario [del «pragmatismo más escéptico»] por *éxito* el acuerdo espontáneo de los espíritus que verifican los hechos comprobados en común. Al final de sus días, W. James se aproximaba a este último sentido que procura mantener la eterna noción de verdad». R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La síntesis tomista*, cit., p. 462.

experiencia humana: el conocimiento es un instrumento al servicio de la actividad... La verdad de una proposición consiste, pues, en el hecho de que 'es útil', de que 'tiene éxito', de que 'da satisfacción'." Es verdadero lo que tiene éxito»²⁶⁴.

Aunque más mesurado que su maestro dominico, Llano encuentra este mismo subjetivismo en James, que lo lleva a objetar el fondo de la filosofía basada en el pragmatismo:

«El consecuencialismo juzga la bondad de las acciones por los resultados que supuestamente se siguen de ellas; para ser una versión contemporánea del pensamiento utilitario o pragmático del norteamericano William James, quien sostenía que una idea se verifica por sus resultados en la práctica o, para decirlo en una fórmula más simple: sólo es bueno lo que es útil. La ética teleológica o consecuencialista califica así la bondad o el perjuicio de los actos cuando éstos han terminado, sin considerar el origen de la acción misma»²⁶⁵.

Sin embargo, a diferencia de su maestro, Llano sí pudo apelar con más libertad y en varias ocasiones a su contacto primigenio con el *Pragmatismo* para advertir matices, pequeños puntos de contacto con su realismo metafísico y, por supuesto, siempre mirando al tomismo. En su ponencia para el XIII congreso internacional de Filosofía, por ejemplo, el autor hace un breve apunte en el que señala que para William James, la teoría política derivada de la filosofía aristotélico tomista no es más que «el sentido común codificado». Antes, en el mismo lugar²⁶⁶, había afirmado que para Bergson la filosofía escolástica es «la metafísica natural del entendimiento humano».

No fue la única vez en que Llano estableció esos puentes entre su realismo neotomista y el pragmatismo de James –incluso, mirando también a Bergson o Blondel–. En un artículo de 1999, el autor analiza los errores

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 461 (en el texto de Garrigou-Lagrange, los libros de James aparecen en inglés).

²⁶⁵ C. LLANO, *El empresario y su acción*, cit., p. 21.

²⁶⁶ C. LLANO, *Individuo y sociedad: problema metafísico*, cit., p. 264. Llano está explicando la relación individuo-sociedad, a partir del concepto de naturaleza humana; bajo el título «La respuesta metafísica», el texto completo al que hago referencia dice: «Veamos la respuesta que la filosofía aristotélico-tomista – calificada por Bergson como la metafísica natural del entendimiento humano– y la teoría política que de ella se deriva –llamada por W. James el sentido común codificado– da a esta cuestión».

derivados del «abstractismo inmanentista», en expresión de Carlos Cardona, es decir, de la intencionalidad del concepto en estado de objeto y aclara que

«Hay dos maneras de considerar esas estructuras que son los todos: o bien de un modo *orgánico* según el cual las partes adquieren el sentido que se deriva de su todo y este todo mismo se considera como una síntesis enriquecedora de cada parte; o bien de un modo *aditivo*, según el que la genérica comprensión del todo se logra mediante el procedimiento –propriadamente analítico– de la adición de las partes.

James y Bergson fueron, según Juan Cruz Cruz, abanderados en las primeras batallas contra el atomismo y el evolucionismo aditivo. James –añadimos nosotros– por su sentido pragmático y, Bergson –añadimos nosotros igualmente– por su visión vitalista. El pragmatismo y el vitalismo son propriadamente holísticos, como lo es también la metafísica por razones no sólo propias sino definitivas»²⁶⁷.

En la disciplina del riguroso tomismo aristotélico aprendido en el Angelicum, Llano acrisoló los hallazgos que hizo –y fue haciendo a lo largo del desarrollo de su pensamiento– en las ricas vetas de pensamiento como las de Platón, Séneca, Cicerón, Descartes, Leibniz, Kant, Hegel, Stuart Mill, Marx, Blondel, Bergson, Husserl, Heidegger, Wittgenstein, Zubiri, Weber, Gaos. Tomando como centro a Aristóteles y santo Tomás, abarcó un amplio espectro radial que dio nuevas luces a su filosofía. Por ejemplo, al analizar la intencionalidad del concepto en estado de objeto –es decir, el concepto como objeto del propio conocimiento–, Llano responde desde la metafísica tomista, sin que ello obste para que vuelva a James y a Bergson:

«Mientras que el conceptualismo analítico de la lógica y la matemática, se interesa por la pregunta de qué es cada parte con la errónea pretensión de entender, así, mejor a cada una, y, con la consecuencia –falsa consecuencia– de obtener mejor la comprensión de la realidad entera, la física propriadamente tal –

²⁶⁷ C. LLANO, *La intencionalidad del concepto en estado de objeto*, «Revista de Filosofía. Universidad Iberoamericana.», 32/96 (1999), pp. 400-401. El tema está ampliamente desarrollado en C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 155-182.

especialmente la biología– se preocupa por la visión completa del todo, que daría a las partes un sentido integral.

En un lenguaje casi idéntico al empleado por Bergson en su *La Pensée et le mouvant*, nos dice James, con su peligrosamente atractivo pragmatismo: una idea que tenga existencia permanente y que permanezca en el estado de conciencia *es una realidad tan mitológica como la sota de espadas* (*The principles of Psychology*, 1890, p. 204). James centra su atención en los estados concretos, sintéticos e indivisos, tal como se dan en la experiencia: “es absurdo disecar... cadáveres... para extraer de ellos los elementos simples necesariamente abstraídos y artificiales” (*The principles of Psychology*, 1890, p. 25). ¿Hay alguna diferencia entre el estado mental de la esfera euclidiana y la de la “sota de espadas”? Debe haberla, pero no resulta fácil determinar cuál es»²⁶⁸.

Como apunté al inicio del presente capítulo, no ha sido mi intención hacer aquí una biografía exhaustiva de Llano ni, tampoco, una cartografía minuciosa de las influencias de su pensamiento. Más bien, mi objetivo fue señalar –e intentar explicar– los aspectos de su formación donde germinó su teoría de la idea práctica. Como mostré, gracias a su entorno familiar y la incidencia de su padre –comerciante y hombre de negocios– el filósofo mexicano palpó vívidamente el proceso y el rejuego plástico de un proyecto: desde tomar una decisión, hasta verlo concretado, pasando por los ajustes y eventualidades del caso. Su lectura temprana de James lo puso en contacto con una idea radical: el pragmatismo, lejos de fijar sólo sus miras en el terreno práctico inmediato, dirige sus miras hacia los hechos mismos, hasta cambiar el centro de gravedad de la filosofía, de la altura de las ideas etéreas a la tierra concreta de las cosas²⁶⁹.

²⁶⁸ C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 179. Salvo algunos matices, es un texto idéntico al recogido en C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 171-172.

En el caso de Bergson, lo siguió en otros momentos, como cuando afirma que: «Al ámbito de lo fugaz y particular corresponde un conocimiento indicativo y orientador, pero no seguro. Para llegar a un conocimiento cierto de lo fugaz hay que transponerlo –en esta transposición agudamente denunciada por Bergson a las coordenadas de los esquemas conceptuales, que es tanto como decir: para llegar a un conocimiento cierto de lo fugaz hay que dejar que deje de ser fugaz». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 163.

²⁶⁹ Cfr. W. JAMES, *Pragmatism*, cit., p. 62. El mismo James tira de las enseñanzas de la escolástica en varios momentos, por ejemplo, al empezar a explicar lo que significa el pragmatismo, dirime una discusión –el dilema de la ardilla– apoyado en el consejo escolástico según el cual cuando se encuentra una

A lo largo de los siguientes capítulos intentaré explicar por qué en la teoría de la idea práctica Llano sintetiza su crítica a cierto pragmatismo moderado y una metafísica aristotélico-tomista, dando lugar a un original realismo, cuya expresión más acabada ocurre en el ámbito de la filosofía de la acción. Por supuesto, sin la enseñanza neoescolástica de la filosofía del ser, ello no hubiese sido posible. Para el filósofo mexicano es claro que no hay manera de que la práctica se evada de la realidad singular –de los singulares, mejor dicho–; es decir:

«La unión epistemológica entre lo universal y lo particular, entre ciencia y prudencia, sólo se resuelve mediante la antropología de un sujeto activo único que, como veremos, piensa el universal con el entendimiento, conoce el singular con los sentidos, y hace la síntesis de ambos con el propio entendimiento *considerado de otra manera*»²⁷⁰.

Y, siguiendo a el autor, añado que ese sujeto activo se perfecciona –proyectándose hacia el futuro– mediante la voluntad. La teoría de la idea práctica pretende subsanar la grieta provocada por las dos virtualidades de la sustancia humana: el querer y el entender. La pregunta inicial es de ecos milenarios y podría formularse así: ¿cómo llevar a la voluntad –el ámbito de la prudencia– hacia un fin marcado por el entendimiento –el ámbito de la ciencia–? Y, por tratarse de ámbitos distintos, se trata también de operaciones distintas. Como explica el tomismo a partir de Aristóteles, la voluntad es causa de su propia determinación²⁷¹. La solución es de raigambre metafísico. Según indica Garrigou-Lagrange, quien sigue a Tomás de Aquino:

«hay indeterminación en el querer, porque hay indeterminación en la inteligencia (indiferencia de juicio); y hay indeterminación en la inteligencia, porque hay indeterminación o potencialidad en el ser,

contradicción se debe hacer una distinción: «Mindful of the scholastic adage that whenever you meet a contradiction you must make a distinction». *Ibid.*, p. 27.

²⁷⁰ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 21.

²⁷¹ Como recuerda Llano, la defectibilidad humana «deriva del hecho de que la voluntad es capaz de moverse por sí misma, con cierta independencia del entendimiento». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 13. Abordaré el tema en el siguiente capítulo.

porque el ser se divide en potencia y acto. El problema de la libertad se enraíza, así, en la primera división del ser»²⁷².

Llano aprendió esta diferencia de la mano del neotomismo del Angelicum y gracias a su maestro dominico descubrió que la única vía para resolver la cuestión era la metafísica²⁷³. Sin estos elementos constitutivos será imposible entender acabadamente la teoría de la idea práctica, una noción que, en principio, parece *contradictio in terminis*; pero que explica por qué la acción «no puede platónicamente retirarse a los *logoi*»²⁷⁴. Al final, éste, y no otro, es el motivo de la filosofía llanista: «El apremio, pues, por resolver problemas prácticos nos llevó a estudiar profunda y filosóficamente los que se refieren al acceso noético del singular»²⁷⁵.

²⁷² R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dios. La naturaleza de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas.*, cit., p. 266.

²⁷³ Para el autor es claro el despotismo de la voluntad, causa de sí misma, y se valió de la noción del *querer-querer* –cuya formulación, por cierto, tiene resonancias blondelianas y remite a la distinción entre *volonté voulante* y *volonté voulue*– para explicar cómo la voluntad puede moverse reflexivamente, a la manera del entendimiento y con repercusiones de índole habitual, un movimiento que consiste en enseñar a la voluntad «a mantener una reflexividad expresada por la que *queremos querer*». Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., pp. 76-84.

²⁷⁴ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 21.

²⁷⁵ *Ibid.*

Capítulo II

El sentido de prâxis en Llano

En cierto lugar de su *Análisis de la acción directiva*, Carlos Llano suscribe una afirmación de Blondel, quien asegura que

«un puro conocimiento jamás es suficiente para movernos, porque no nos comprende por entero: en todo acto hay un acto de fe... Toda regla de vida que estuviera (sólo) fundada sobre una teoría filosófica y de principios abstractos sería temeraria»²⁷⁶.

Como intenté mostrar en el capítulo anterior, la obra llanista está vertebrada por la acción. Sea por causas biográficas o bibliográficas, el pensamiento del filósofo mexicano se origina a partir de la constatación de que el hombre es, en buena medida, un ser que actúa. Dicho interés queda patente en el elocuente hecho de que dedicó su libro germinal a explicar un tipo de acción: la directiva²⁷⁷. Al respecto, la cita con la que concluí el capítulo anterior también es contundente. En un par de líneas, Llano expone el motivo de su itinerario filosófico; lo traigo de nuevo a colación: «el apremio, pues, por resolver problemas prácticos nos llevó a estudiar profunda y filosóficamente los que se refieren al acceso noético del singular»²⁷⁸.

Y, si bien es verdad que su reflexión se centra en explicar las causas, los límites y los alcances de la acción, aquí advierte de un matiz importante: Llano especifica su interés «por resolver *problemas prácticos*». La filosofía llanista es inseparable de la práctica; ello es palpable también en dos hechos un tanto obvios: el primero, éste, es decir, haberlo expresado como motivo de su pensamiento y, además, su obra misma; el segundo, la propia teoría de la idea práctica, cuya formulación es muestra de su relevancia.

El autor dedicó su obra a estudiar la práctica, desde sus dificultades polisémicas hasta su ontología, tanto en el plano de la filosofía especulativa

²⁷⁶ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 83.

²⁷⁷ Los textos de Llano sobre la acción –sea práctica, directiva, operativa o especulativa– aparecen a todo lo largo del corpus; de ellos echaré mano en el presente capítulo; acudiré más puntualmente a cuatro obras que señalo más adelante. Para algunas referencias concretas sobre la filosofía de la empresa de Llano me ha sido de gran utilidad el reciente libro de Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, EUNSA, Pamplona 2017.

²⁷⁸ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 21.

como en el de la antropología filosófica en torno a la empresa; lo hizo de manera implícita en el largo recorrido de su pensamiento y, explícitamente, en sus dos primeros libros –*Análisis de la acción directiva* (1979) y *Formas actuales de la libertad* (1983)–, en los que estudia detenidamente la cuestión. Pienso que su reflexión en torno a la acción y la práctica responde, también, a dos motivos particulares. El primero, en el plano temporal inmediato, es el contexto en el que se incubaron dichas obras: en el México de los años sesenta y setenta venía cobrando mucho interés cierta «filosofía de la praxis»²⁷⁹, definida y desarrollada principalmente por Adolfo Sánchez Vázquez, filósofo gaditano de formación marxista con quien entabló un fecundo y prolongado diálogo. El segundo es de índole más íntima: la pertenencia de Llano al Opus Dei²⁸⁰.

Ahora bien, en este capítulo me he propuesto mostrar qué entiende Llano por *acción, práctica y prâxis*; para ello, seguiré este orden. Primero, explicar su definición de *práctica* y por qué es relevante en su pensamiento a partir, fundamentalmente, de las siguientes fuentes: 1) *Análisis de la acción directiva*, 2) *Formas actuales de la libertad*, 3) *El conocimiento del singular* y 4) *Examen filosófico del acto de la decisión*. Segundo, exponer su diálogo con Sánchez Vázquez en torno a la noción de praxis para, con base en ello, señalar qué entiende por *prâxis* y acción. Usaré «praxis» para referirme a la noción marxista del gaditano y *prâxis*, al hablar del concepto llanista de acción, más apegado al original aristotélico. Tercero, apoyado en lo anterior, analizar el planteamiento que hace del trabajo como actividad humana singular. Y, finalmente, con los fundamentos anteriores, especificar el límite de la acción llanista, cómo se vincula con la práctica y las diferencias entre ambas y la praxis de Sánchez Vázquez.

²⁷⁹ Aunque más adelante explicaré en qué consiste esta noción, anoto ahora que no se trata de la famosa obra de Antonio Gramsci. Por lo demás, dicho motivo es reconocible en su obra: «[En los sesenta] las corrientes intelectuales de México, sinceras o no, buscaban en el hombre concebido por Marx *el cimiento de una sociedad que garantizase el derecho pleno y completo de todas las posibilidades humanas* [...]; lo que resultaba verdaderamente llamativo era que tales corrientes intelectuales prosperasen con fuerza en nuestro país, en donde la casi totalidad de sus habitantes se confiesan cristianos, siendo así que aquellas posibilidades de plenitud social se fundamentan precisamente en el nexo trazado por Marx entre el trabajo alienado por el capitalismo y el hombre alienado por sus creencias religiosas». C. LLANO, *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*, Trillas, México 1995, p. 103.

²⁸⁰ El sentido del trabajo en el Opus Dei según Llano no es el objetivo de esta investigación; para quien desee ahondar sobre el particular existen tres artículos al respecto: 1) C. LLANO, *Trabajo y sociedad en Mons. Escrivá de Balaguer*, en *El trabajo*, Minos, México 1988, pp. 81-121; C. LLANO, *Ética profesional y santificación del trabajo*, publicado en *Romana*, 112/1/2004, pp. 112-129 y 3) C. LLANO, *La santificación del trabajo y la ética profesional.*, en *Un mensaje siempre actual: Actas del Congreso Universitario del Cono Sur «Hacia el centenario del nacimiento del beato Josemaría Escrivá»*, Universidad Austral, Buenos Aires 2002, pp. 549-556. Sobre el trabajo en Josemaría Escrivá se puede consultar: J. BOROBIA – UNIVERSIDAD DE NAVARRA (eds.), *Trabajo y espíritu: sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo: IV Simposio Internacional «Fe cristiana y cultura contemporánea»*, EUNSA, Pamplona 2004^{1a} ed.

I.– Introducción

En la vida corriente usamos «práctica» para indicar lo opuesto a «teoría», lo contrario a lo estrictamente especulativo y, por extensión, aun lo que es útil porque produce o sirve para producir algo. Comúnmente, escuchamos voces como «prácticas profesionales», en alusión a la actividad laboral que los estudiantes universitarios hacen para adquirir experiencia en preparación a la llamada vida laboral-profesional, «poner en práctica», para significar que algo debe salir de lo teórico y realizarse, en el más pleno sentido del verbo «realizar» o, también, «ser práctico», que invita perentoriamente a evitar cualquier enredo o dilación en la ejecución de cierta actividad; se habla de «buenas prácticas» para señalar la actividad recomendable por sus beneficios o utilidad; incluso, se usa «en la práctica» para referirse a una cierta materialización de algo, como cuando decimos: «la ley establece esta pena, aunque no se aplica en la práctica». Existe, finalmente, el verbo «practicar» para indicar la acción de ensayar con miras a cierto perfeccionamiento y, de él, deriva el participio «practicante», aplicado a quien aún no está del todo preparado para desempeñarse como experto en determinado oficio o profesión, cuyo uso está muy propagado en la abogacía. En cualquier caso, hay una clara evocación a lo productivo: producir algo material o útil es ser práctico.

Antes de aclarar el sentido llanista de «práctica» conviene explicar brevemente el significado de $\pi\rho\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, del que proviene, y la relación que guarda con él. Para ello voy a basarme en lo estudiado por Eduardo Nicol²⁸¹, reconocido

²⁸¹ Eduardo Nicol (Barcelona, 1907-México, 1990) llegó a México en 1938 y en 1940 se incorporó como profesor a la UNAM, donde permaneció dedicado a la investigación y a la docencia. Ahí, fundó la revista de filosofía *Dianoia* y, con Eduardo García Máynez, el Centro de Estudios Filosóficos, germen del actual Instituto de Investigaciones Filosóficas; «creó el Seminario de Metafísica que continúa su andadura con sólida madurez; impartió cursos de Filosofía griega –de la cual muestra un profundo conocimiento–, de Historia de la psicología, Teoría del conocimiento y Metafísica. [...] Su influencia se encuentra en todos los filósofos mexicanos, bien sea como adhesión o como rechazo; sea de directa mano, sea a través de su grupo de seguidores cercanos. Definitivamente, para ninguno de los filósofos maduros, es Nicol un desconocido». C. MÁRQUEZ PEMARTÍN, *Ontología del hombre en Eduardo Nicol*, en *En torno a la obra de Eduardo Nicol*, Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, México 1999, p. 57-58.

En los cursos de doctorado de la UNAM, además de al seminario impartido por Gaos, Llano asistió al seminario de Metafísica de Nicol; a ambos los reconoció como maestros suyos: «el Dr. Llano Cifuentes se siente deudor de Aristóteles y de santo Tomás, pero también de tres profesores suyos: Fr. Réginald Garrigou-Lagrange, José Gaos y Eduardo Nicol». M. BEUCHOT – J. R. SANABRIA, *Historia de la filosofía cristiana en México*, Universidad Iberoamericana, México 1994, p. 292. También, cfr. H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., pp. 40-42.

maestro de Carlos Llano, quien ha aclarado la polisemia del término y la ontología de la *πρᾶξις* griega en un sugestivo opúsculo²⁸². Acudo a él por dos motivos: el primero, porque arroja luz sobre el significado original del término griego; además, de él se desprende un cuidadoso estudio sobre sus distintos matices, tanto en la Antigüedad como ahora; éste es –precisamente– el segundo motivo. En el pensamiento llanista se perciben esos matices destacados por Nicol y su relación con otros, también de talente griego –*ποίησις, δυνάμεις, ἐργων*–, que le permitirán a Llano ir perfilando su propia definición de *práctica*. Así, a partir de lo expresado por Nicol sobre la *πρᾶξις*, mostraré el alcance de *práctica* en Llano y, luego, su concepto de *acción*.

1.– La *πρᾶξις* y la práctica llanista

Si preguntamos qué es la *praxis*, se lee en Nicol, «las fuentes revelan que no existe un significado primario y unívoco, del cual los demás sólo serían variantes»²⁸³. Aristóteles aclara que

«entre las cosas que pueden ser de otra manera están lo que es objeto de producción y lo que es objeto de acción o actuación, y una cosa es la producción y otra la acción (podemos remitirnos a propósito de ellas incluso a los tratados esotéricos); de modo que también la disposición racional apropiada para la acción es cosa distinta de la disposición racional para la producción. Por tanto, tampoco se incluyen la una a la otra; en efecto, ni la acción es producción, ni la producción es acción»²⁸⁴.

Llano coincide con esta definición aristotélica:

«De un modo grueso, y marginando precisiones necesarias en otro contexto, entendemos con el término *póiesis* la acción que transforma objetos externos al sujeto transformante, mientras que

²⁸² E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, UNAM - Instituto de Investigaciones Filológicas, México 1978.

²⁸³ *Ibid.*, p. 35.

²⁸⁴ 1140a 1-6. Uso la siguiente edición: ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, J. MARÍAS (trad.), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 1999^{7a}.

el vocablo *praxis* se refiere a la transformación interna personal del mismo transformante, como son las transformaciones éticas y las configuraciones del propio carácter»²⁸⁵.

Así, *πρᾶξις* –acción– es la actividad cuyo fin es la actividad misma, por oposición a *ποίησις* –producción–, como la actividad con un fin distinto a ella misma y, por ello, distinta en rigor del significado con el que solemos usar «práctica»²⁸⁶. Sin embargo, existe cierto parentesco etimológico entre la *πρᾶξις* griega y nuestra actual «práctica» e, incluso, de esa misma proximidad se desprende una sinonimia en su empleo actual. Al final, echamos mano de «práctica» para significar cierta experiencia y pericia en hacer algo. Quien practica un deporte, se perfecciona en él; el perfeccionamiento del joven practicante de abogado, en el ejemplo anterior, es el fin mismo de la práctica que él realiza. Según recuerda Nicol, la voz griega

«designa originariamente lo que nosotros llamamos los asuntos, los negocios en general, las gestiones y toda suerte de ocupaciones. En la *Odisea*, Néstor pregunta a Telémaco y a los suyos de dónde vienen por la ruta de las olas y a qué se dedican: ¿son piratas, o viajan por comercio? (κατὰ πρῆξιν). Hay varias formas de *praxis*: casi todas ellas constituyen dedicaciones o actividades prácticas»²⁸⁷.

Y agrega:

«Más usualmente, la *praxis* aparece en los textos griegos como equivalente de transacción negociación, resultado de un negocio, cumplimiento de un propósito, incluso estado o condición de los asuntos personales: en el sentido de “cómo van las cosas”»²⁸⁸.

²⁸⁵ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 80.

²⁸⁶ «El fin de la producción es distinto de ella, pero el de la acción no puede serlo: la buena actuación [εὐπραξία] misma es un fin». *EN* 1140b 7.

²⁸⁷ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 32.

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 36. En la referencia homérica misma, el significado del palabra alude de manera inequívoca al ámbito concreto de una especie de actividad humana, un cierto hacer algo: *πρᾶξις* designa una ocupación comercial, un asunto de provecho o ganancia. V.gr.: «Lloraban a gritos, vertiendo muchísimas lágrimas; mas, lamentando, no había para ellos **ninguna ganancia** (ἀλλ' οὐ γὰρ τις πρῆξις ἐγίγνετο μυρομένοισιν)». *X*, 203. HOMERO, *Odisea*, P. C. TAPIA ZÚÑIGA (trad.), *Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana* (UNAM), México 2013.

En efecto, tanto la homérica *πραξις* como nuestra usual «práctica» orientan su significado hacia un saber hacer que ocurre en el ámbito de lo singular y concreto; por eso, el significado de la primera se orienta hacia la habilidad en el hacer algo y, también por eso, el adjetivo griego pragmático «califica al hombre que posee una específica pericia en toda clase de asuntos que requieren el trato directo con las cosas. Recordemos que las cosas mismas, en su realidad concreta, se llaman en griego τὰ πράγματα, igual que los negocios»²⁸⁹. Por eso oponemos «práctico» a «teórico», pues éste corresponde al ámbito del saber universal –lo que no puede ser de otra manera–. Dicho con Aristóteles:

«la acción tiene que ver con lo particular. Por esta razón también algunos, sin saber, son más prácticos que otros que saben, sobre todo los que tienen experiencia»²⁹⁰.

Ahora bien, Nicol hace un apunte relacionado con aquel sentido usual con el que también hoy empleamos «práctica» como actividad productiva, sobre el que quiero llamar la atención. El filósofo transterrado²⁹¹ admite que algunas de las acepciones de *prâxis* –aun como «el estado que guardan los asuntos personales»– podrían resultar inesperadas para quien tiene presente el sentido que la palabra «ha tomado hoy en día»²⁹². Nicol alude claramente a esa acepción de *prâxis* enarbolada por el marxismo propuesto por Adolfo Sánchez Vázquez y en la que me detendré en el siguiente apartado de este capítulo. Por ahora, lo que importa es considerar esa salvedad a la que se refiere Nicol porque permite comprender que «práctica» sí es una actividad sobre lo concreto singular y en ese sentido se opone a «teoría»; pero no porque sea una actividad productiva, como supone el marxismo, tan duramente criticado por Nicol²⁹³,

²⁸⁹ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 36. En más de una ocasión, Llano aludió a la misma expresión; por mencionar un ejemplo, cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 24.

²⁹⁰ EN 1141b 15.

²⁹¹ En México se emplea «transterrado» para aludir a los españoles republicanos llegados al país exiliados a causa de la guerra civil, a diferencia de «indiano», cuya salida de España obedeció a motivos económicos a fines del siglo XIX. El uso de la voz se especificó para referirse exclusivamente a los filósofos, escritores y artistas –con ascendencia comunista– que impulsaron la creación, en 1949, del Ateneo español como centro político. Su labor universitaria residió en el Colegio de México y en la UNAM. Llano conoció y fue alumno de varios de ellos. Además de sus maestros Gaos y Nicol, del mismo Sánchez Vázquez y de su maestro Wenceslao Roces, entre los transterrados más destacados figuran Ramón Xirau y Max Aub. Cfr. P. W. FAGEN, *Transterrados y ciudadanos*, cit..

²⁹² Cfr. E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 36.

²⁹³ Con su opúsculo, Nicol responde y critica duramente a la *Filosofía de la praxis* de Sánchez Vázquez. Así ocurre, por ejemplo, cuando el filósofo catalán afirma que «pensar el mundo es transformarlo. La “filosofía como ciencia rigurosa” no se da en el vacío. Ella es inútil, pero no ineficaz. Explicar de qué manera sus

quien lo acusa de agitar la palabra «praxis» «como banderín de colores políticos»²⁹⁴. Ese planteamiento en torno a la *prâxis* se da en términos de disyuntiva: «o *pensar* la realidad o *actuar* para transformarla»²⁹⁵. A partir de Aristóteles, Llano responde y critica el uso que el marxismo hace de la *prâxis* como «praxis», insistiendo en la distinción aristotélica entre ποιήσις y ποῶξις:

«En la creación productiva lo imprevisible o indeterminado es la creación misma: lo que se crea es siempre nuevo y por lo mismo que es nuevo lleva en sí las propiedades de indeterminación e impredecibilidad propias del acto creativo. Pero, como quiera que sea, la acción creadora productiva trabaja sobre una materia con leyes estables.

La dirección, en cambio, versa sobre hechos contingentes, fugaces, particulares y únicos, de tal modo que la indeterminación e imprevisibilidad no arrancan sólo de la novedad misma del resultado, sino del propio punto de partida: la oportunidad, de donde parte toda acción directiva, exige que ésta sea necesariamente creadora... Por ello, en la dirección no importa tanto el conocimiento de índole científico (que se refiere a las leyes universales y necesarias) como el conocimiento de índole prudencial, que trata sobre lo que hay que hacer ante situaciones coyunturales siempre cambiantes, y con frecuencia irrepetibles»²⁹⁶.

Llano sigue dos pasajes de la *Nicomaquea* –1140a11-22 y 1142a24-31– en los que Aristóteles: 1) expone que, dado que la producción (ποιήσις) y la acción (ποῶξις) son distintas, también habrá una disposición racional (ἢ μετὰ λόγου ἔξις) distinta para cada una: para la primera será la técnica o el arte (τέχνη) y, para la segunda, la prudencia (φρόνησις); y 2) aclara que la prudencia no es ciencia (ἐπιστήμη), ya que lo práctico –objeto de la prudencia– es de la naturaleza de lo singular, a diferencia de lo intelectual. Llano concibe la acción

efectos la trascienden y llegan al mundo común es todavía una manera de transformar este mundo. Quienes reconocen que la filosofía es praxis, no han de negar por esto el valor científico de la tradición, ni sostener que la filosofía sube al nivel de una verdadera ciencia sólo cuando se convierte en pragmáticamente partidaria». *Ibid.*, p. 19.

²⁹⁴ *Ibid.*, p. 7.

²⁹⁵ *Ibid.*, p. 21. Ése es el núcleo del diálogo que Llano entabló con Sánchez Vázquez.

²⁹⁶ C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, IPADE - LIMUSA - Noriega Editores, México 2002, p. 189.

directiva como *prâxis* eminentemente prudencial²⁹⁷. Según Jiménez Torres –con quien estoy de acuerdo–,

«Carlos Llano traslada, adapta o utiliza la doctrina aristotélica con respecto a la acción directiva. Prácticamente en esta afirmación de Aristóteles [«tampoco versa la prudencia exclusivamente sobre lo universal, sino que tiene que conocer también lo particular, porque es práctica y la acción tiene que ver con lo particular»²⁹⁸] tenemos enunciada la acción directiva como la entiende Llano»²⁹⁹.

De aquí la taxativa afirmación del filósofo mexicano, quien asegura que «la acción directiva es, sin duda, una acción creadora»³⁰⁰. Cabe adelantar que es, además, la única verdaderamente creativa. Esto es así porque, como él mismo explica,

²⁹⁷ Zagal ha explicitado dicha observación. Cfr. H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 63 y ss. Por su parte, Óscar Jiménez ofrece los siguientes matices: «La acción directiva (el hábito directivo, el hábito prudencial, llamémoslo así) se refiere directa y casi únicamente a situaciones contingentes y pasajeras; a singulares. Por ello es tan relevante el conocimiento del singular en la doctrina de Llano, porque prácticamente es el acceso especulativo a un tema de la filosofía práctica de primer orden para él». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afectaciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 225.

²⁹⁸ EN 1141b14-16.

²⁹⁹ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afectaciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 234.

³⁰⁰ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 128. Al respecto de la direccionalidad de la acción, Alejandro Vigo es esclarecedor y coincide con la apreciación de Llano sobre Aristóteles al poner el acento en la direccionalidad esencial de la *πραξις*. «En efecto, al menos en nuestro uso actual, los términos “acción” y “actuar” poseen un significado tal, que parece hacer recaer el énfasis, predominantemente, sobre el aspecto de *eficacia* vinculado con la producción efectiva de un cierto efecto o resultado, sea éste buscado o no como tal. Por su parte, y en alguna medida ya desde los usos más antiguos atestiguados, el verbo griego *prâttein* parece enfatizar, más bien, el aspecto de *acabamiento* o *cumplimiento* que se vincula con el hecho de que la “acción” consiste, como tal, en un cierto *llevar a término*, en un *llevar a cabo*, que resulta definido, como tal, por referencia a una cierta meta, a un objetivo, en el cual la “acción” misma tiene o alcanza su cumplimiento. Esta diferencia de acentuación permite comprender por qué, a partir de su propia significación nuclear en el empleo propio del lenguaje habitual, el verbo *prâttein* y, con ello, también el sustantivo verbal *prâxis* estaban, de alguna manera, cortados a la medida, por así decir, para poder ser aplicados, de modo especializado y restringido, en contextos vinculados específicamente con la acción intencional y el obrar propiamente humano: en dicha aplicación, ambos términos dejan aflorar de modo expreso la connotación de *direccionalidad* y *orientación teleológica*, que subyace, de modo más bien latente, ya en algunos de sus empleos más importantes en el lenguaje habitual, incluso en épocas muy tempranas. Con esto se conecta inmediatamente también una diferencia claramente observable con el uso del término “acción” en los lenguajes modernos: mientras que éste no prejuzga todavía acerca de si se está en presencia o no de genuina referencia a objetivos ni de intencionalidad, la noción griega de *prâxis* remite, en cambio, desde un comienzo, a contextos en los cuales la presuposición *prima facie* es, precisamente, la de que se está en presencia de un obrar que, como el específicamente humano, se caracteriza no sólo por su orientación teleológica, sino, además, por su carácter intrínsecamente intencional». A. G. VIGO, *Prâxis como modo de ser del hombre. La concepción aristotélica de la acción racional*, en *Filosofía de la acción. Un análisis histórico-sistemático de la acción y la racionalidad práctica en los clásicos de la filosofía*, Síntesis / Universidad Autónoma Metropolitana, Madrid 2008, p. 58.

«el hombre adquiere su mayor grado de desarrollo por la creación, no por la reiteración. Si el hombre sólo crea por necesidad, su superación está dependiendo de la presencia de necesidades. La acción directiva es un salto, a otro nivel, en este proceso de superación humana pues obliga al hombre a superarse no sólo frente a las necesidades, sino frente a las oportunidades de acción. De ahí nuestra insistencia en el sentido de que todo trabajo del hombre debe tener un cierto grado al menos de directividad, con la consecuencia práctica de que la eficiencia no depende tanto de la perfección de la acción operativa cuanto de la profusión de la acción directiva»³⁰¹.

En la dinámica humana, la acción directiva amplifica las posibilidades del agente, quien transforma la naturaleza mediante su operación y, al mismo tiempo, aparece como único proyecto de sí mismo en ese mismo mundo material; un mundo que, a diferencia suya, sí está sujeto a las reglas fijas de lo necesario. Lo mecánico, lo productivo y lo técnico se establecen mediante el componente de lo universal. Lo humano ocurre en el ámbito de lo contingente – de lo concreto y singular–, en permanente apertura. Llano lo explica así:

«El trabajo directivo, que no guarda reglas fijas impuestas previamente, sino que entraña un componente de novedad creativa, incertidumbre y riesgo; que se apoya, en fin, de manera principal en el sujeto que lo ejerce, se encuentra tan estrechamente vinculado con la persona, es tan enteramente suyo, su mutua relación entitativa es a tal grado fuerte, que muchas corrientes filosóficas –erróneamente, por razones que ahora no podemos considerar– han afirmado que *la persona no es más que* –nuevo reduccionismo– *las actividades que brotan de ella*; desgajada de tales actividades, la persona se diluye en ellas y no queda un remanente substancial que pudiera ser señalado como persona. La vinculación de trabajo directivo con la persona humana se acentuaría también por el hecho –no marginal– de que la dirección, emblemáticamente considerada, es *dirección de hombres*, de personas, con todo lo que éstas tienen de espontaneidad, originalidad y libertad, al punto que el mismo término *dirección de*

³⁰¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 135.

hombres conlleva cierta contradicción, ya que las personas humanas no son susceptibles de *ser dirigidas por otro* si ellas mismas no se autodirigen»³⁰².

La rotundidad de la autodirección radica en el absoluto imperio de la voluntad en la constitución del hombre, en la singularidad de cada uno, que el autor advirtió a partir de santo Tomás de Aquino: «la decisión es, pues, automovimiento por antonomasia»³⁰³. Sólo ese hombre específico puede actuar por sí: en la consecución de su destino particular –el que sea– es insustituible. La conclusión de Llano es elocuente: «lo único absoluto, en el sentido propio del término, es la voluntad misma»³⁰⁴.

2.– El singular y la práctica

Para Carlos Llano, lo particular concreto –el ámbito que, dicho con Aristóteles, le corresponde a la práctica– «adquiere su configuración más pletórica en la persona»³⁰⁵: el singular llanista es lo verdaderamente real y, la persona, su paradigma³⁰⁶. Por eso, cuando Llano sostiene que «el singular es irrecusable para cualquier práctica»³⁰⁷, está afirmando que no hay práctica sin persona³⁰⁸. En esa misma línea va Nicol al asegurar que la *πρᾶξις* «es una forma de actividad exclusivamente humana»³⁰⁹. Bajo tales presupuestos debe leerse el siguiente texto de Llano en el que, con base en santo Tomás –«la acción versa siempre sobre los actos humanos»³¹⁰–, afirma:

³⁰² C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 44.

³⁰³ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 150.

³⁰⁴ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 80.

³⁰⁵ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 27.

³⁰⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 29.

³⁰⁷ *Ibid.*, p. 28.

³⁰⁸ En Llano, la realidad con más entidad –*con más ser*, si se me permite la expresión– es la persona. Por eso, como él mismo asegura: «las diferencias entre las personas son insondables». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 99. De aquí se desprende la relevancia de la práctica humana: si la operación sigue al ser, lo que haga el hombre llevará su propia impronta humana. Sobre esto volveré más adelante al hablar del trabajo.

³⁰⁹ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 35.

³¹⁰ «Electio semper est humanorum actuum». *S.Th.* I-II, q. 3, a. 4, c.

«nuestras decisiones, en rigor, recaen no sobre las cosas o sobre los bienes, o sobre realidades meramente objetivas, sino sobre mis propios actos. De manera que, en cualquier decisión, me decido a mí mismo como sujeto de las acciones que, con ella, decido emprender»³¹¹.

Me parece que Llano no tendría objeción alguna para la afirmación de Nicol en el sentido de que «la única realidad susceptible de sufrir un cambio por la acción humana es justamente la realidad humana: eso que llamamos mundo, incluyendo el ser mismo del hombre»³¹². El autor vio la primera exigencia de la *prâxis* en ese mundo de lo concreto-humano: la realidad no está compuesta por ideas perfectamente delineadas y constantes –universales–, al modo racionalista, sino de seres singulares cuya naturaleza está esencialmente inconclusa. Ahí, como en un interinato, dice Llano, «la práctica –¡el hombre práctico!–, no puede quedar a la espera de la idea clara y distinta. Por esto, la acción implicará siempre un salto existencial, que Maurice Blondel se ha encargado de recordarnos»³¹³; es decir, el primer efecto derivado de la acción humana es poner en la realidad –en el ser– lo que antes no estaba allí.

Pareciera, entonces, que la *prâxis* sí es *póiesis* –tal y como asume Sánchez Vázquez y como explicaré más adelante con detalle–, pues pone en la existencia lo que no estaba ahí. Pero, *stricto sensu*, la verdadera creación sólo se da a través de la acción del singular-humano porque, según explica Llano, a diferencia de lo que acontece en la producción –*ποίησις*–, quien ejerce la acción –el hombre práctico– no cuenta

«ni siquiera con una materia a partir de la cual pueda hacer algo distinto: debe comenzar por procurársela. Con lo único que cuenta es con su propia capacidad creadora, por el carácter contingente y variable de los hechos de donde parte, y por la mínima entidad estable de esos hechos (aceleradamente fugaces). La producción, por el contrario, cuenta con una materia estable o estabilizada, que no obliga a la creación, sino que facilita la repetición o copia»³¹⁴.

³¹¹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 85.

³¹² E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 18.

³¹³ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 26.

³¹⁴ C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 190.

Por eso, «lo decisivo en el proceso de la acción es justamente la agencia que decide»³¹⁵; o sea: la *prâxis* –acción del agente– es esencialmente el acto de decidir, que Llano define como el «acto central de la práctica»³¹⁶. Además, «la praxis no se desenvuelve aparte, dejando inafectado al ser»³¹⁷, sino que es causada por el agente singular que es el hombre, principio de las acciones: «ἄνθρωπος εἶναι ἀρχὴ τῶν πράξεων»³¹⁸. Para él,

«la decisión no sólo es personal en su punto de partida, pues brota en cierta manera de la persona misma, sino que es a la par personalizante en su punto de llegada, puesto que la decisión, surgida de la persona, configura a su vez a la persona que decide: “por elegir lo bueno y lo malo –dice Aristóteles– nos hacemos con nuestro carácter, pero no por opinar”. Con razón podrá decir también en su *Metafísica* que “la libertad no es otra cosa que ser causa de sí mismo” (αὐτοῦ ἔνεκα)»³¹⁹.

Esta consideración es fundamental para comprender la dimensión de la práctica en la filosofía llanista. El hombre –protagonista de lo real: «paradigma de lo singular»– es causa y fin en el proceso práctico. De ahí el protagonismo que Llano da a la subjetividad en la práctica, como se podía intuir ya, líneas arriba, cuando referí «la naturaleza de interinato» que la envuelve y que exige del hombre práctico zafarse, en el ámbito de lo concreto, de la imperiosa necesidad especulativa de contar con ideas claras y distintas³²⁰. De manera que, como él mismo aclara,

«el sujeto que decide no queda en modo alguno al margen de lo decidido, como querría una versión asépticamente intelectualista de la práctica. El pulcro proceso impersonal intelectual no se constituye en el nervio único de la decisión, sino el sujeto todo

³¹⁵ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 39.

³¹⁶ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 82.

³¹⁷ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 25.

³¹⁸ EN 1112b 31.

³¹⁹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 86. Llano refiere EN 1112a 1-3 y *Met.* 982b 26. El griego entre paréntesis aparece así en el texto.

³²⁰ Por eso es válido suscribir que, «al modo llanista, diríamos que, sobre el objeto singular cabe juzgar prudentemente, o prudencialmente, pero no caben demostraciones científicas como tales». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 225.

entero, con sus propensiones y sentimientos, e incluso, por qué no mencionarlo, con su propio “impulso natural”»³²¹.

Arturo Picos ha descrito atinadamente la abundante veta antropológica en la filosofía de la *prâxis* llanista, desarrollada bajo la noción de «acción directiva»; aquí, Picos reconoce el «predominante papel»³²² que el autor otorga a la decisión como acto basilar de la práctica:

«En Llano, la multifacética riqueza de la acción directiva es manifestación de la complejidad y profundidad del ser humano en que tiene su origen (de ahí su reticencia a los intentos de sistematizar con rigidez el quehacer del director de empresa, tanto en la práctica como desde una plataforma más teórica). A partir de este punto, hay que adentrarse en la concepción de la persona humana en que se sustentan los análisis de Llano sobre la acción del director. Dos notas destacan en su noción de persona: la capacidad de autodomínio y el ansia de trascendencia; ambas denotan sobre todo el poder de la libertad humana, enraizada en la inteligencia y la voluntad. En su antropología, esta última facultad, la volitiva, ocupa su interés de modo particular, aunque nunca en detrimento de la racionalidad práctica que tiene en la inteligencia su protagonista propio, aunque sí con acentos que hacen de la voluntad el eje definitorio del carácter de la persona»³²³.

A la luz del énfasis hecho por Picos se entiende mejor que, en Llano,

«la clave del acierto práctico no está exclusivamente en el perfeccionamiento de aquellas cualidades que nos posibilitan *pensar bien*, sino igualmente de las cualidades que hacen posible *querer lo pensado*»³²⁴.

O, dicho con Eduardo Nicol:

³²¹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión* (1ª), cit., p. 62.

³²² Cfr. *Ibid.*, p. 82.

³²³ A. PICOS, *El legado intelectual de Carlos Llano: una guía para entender su pensamiento.*, publicado en *Istmo*, 311/6/2010, p. 47.

³²⁴ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión* (1ª), cit., p. 82.

«La sabiduría se practica, no sólo se piensa. Pensarla también es praxis, pero ésta se convierte en ciencia [filosofía] cuando el objeto práctico es el hombre. Para cada cual, la sapiencia práctica consiste simplemente en saber lo que hace: en proyectar las acciones, en arbitrar y utilizar los medios adecuados para un fin práctico. Toda praxis es un pro-pósito del hombre, una pro-yección de su ser hacia el exterior. La filosofía descubre que esa proyección se puede orientar hacia el interior: *el ser del hombre puede convertirse en un fin práctico de su propia existencia*»³²⁵.

De hecho, Nicol afirma que, al final, toda *prâxis* es *póiesis*, porque hay un «producto» de esa acción, aunque recaiga sobre quien la ejecuta³²⁶. Por eso, dirá también, que «la virtud está en el hacer-se»³²⁷. Llano lo expresa en términos casi idénticos:

«Lo que no se le puede dejar de pedir a ningún hombre de acción es que actúe en el sentido más pleno de la palabra: que obre en su obra más importante e indeclinable, que es **el hacerse a sí mismo**; posibilidad y exigencia de **hacerse a sí mismo** de la que el hombre está dotado gracias a la plasticidad peculiar que le otorga su espíritu»³²⁸.

Con base en estos presupuestos Llano podrá afirmar sin ambages que el hombre es «una tarea para sí mismo»³²⁹. La clave nicoleana empata de nuevo con la llanista: *el hombre es un producto de sí mismo*, afirman ambos textualmente³³⁰. El perfeccionamiento humano es una tarea auto-poiética. O sea, de cierta manera, «la naturaleza humana no es natural»; al ser inconcluso, podría decirse metafóricamente que el hombre tiene ante sí la tarea de «crear» su auténtica naturaleza. Así, en Llano se lee:

³²⁵ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 48.

³²⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 39.

³²⁷ *Ibid.*, p. 57.

³²⁸ C. LLANO, *El empresario y su mundo*, McGraw-Hill, México 1990, p. 25. Las negritas son mías.

³²⁹ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 63.

³³⁰ Cfr. E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 43 y C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 62.

«El hombre no es, rigurosamente, animal racional, sino que *debe llegar a serlo*. Mientras podemos referirnos a todos los seres del universo con afirmaciones simplemente indicativas, nuestras referencias al hombre tienen siempre una intención imperativa. Ello no es un descubrimiento de ahora: el “sé lo que eres” de Píndaro quiere decir exactamente lo mismo»³³¹.

Llano podría suscribir también aquí a su maestro Nicol cuando asegura que, para el hombre, «φύσις es ποιήσις»³³². De ahí que la educación –nuestro maestro optará mejor por «formación»³³³– pueda transformar al hombre y, al transformarlo, produzca su naturaleza (φυσιοποιεῖ). Dicho con Llano: «estoy donde estoy (no donde quisiera estar), pero no voy a donde voy (sino a donde quiero ir)»³³⁴. Y, si es verdad que «el hombre es definible como ser de acción»³³⁵, la fuente de donde surge ese hacer será crucial para el propio hombre. ¿Cuál es esa fuente? Sin separar la realidad óptica del hombre, Llano distingue que esa fuente no es el intelecto, sino la voluntad («No hay ninguna teoría de la que nazca, por sí misma, la acción»³³⁶). Esta unidad radical supone que nada puede definir al hombre más que el hombre mismo; por tanto, la filosofía llanista acomete el estudio de la voluntad, como «causa eficiente –efectiva, física, psíquica, real–»³³⁷ no sólo del hacer del hombre, sino, también, de sí misma. Es decir, en la *práctica*, a diferencia de la *producción*, «la regla de acción dependerá del lo que el sujeto quiere, y el querer depende más del sujeto que del objeto»³³⁸. Sobre el particular volveré más adelante, cuando toque explicar el papel de la voluntad en el proceso de definición de la idea práctica. Baste por ahora con esta mención para mostrar que la decisión es ya, por sí sola, la acción definitiva

³³¹ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 62.

³³² E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 43.

³³³ Tal y como adelanté en la introducción, la llamada *paideia* llanista se basa en la teoría de la idea práctica, cuestión que abordaré con detenimiento en el capítulo IV.

³³⁴ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 10.

³³⁵ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 16.

³³⁶ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 95. En este mismo lugar, el autor explica que la teoría especulativa y la teoría práctica se distinguen sólo en concreto: 1) por la finalidad subjetiva de quien elabora la teoría, es decir, la mente práctica difiere de la mente especulativa o teórica en el fin que persigue. Pero la finalidad de la teoría no proviene de la teoría misma, sino del hombre, que, por su voluntad, le señala un fin (el ejemplar); y 2) por sus resultados, hay teorías que han sido elaboradas con un fin práctico y que resultan impracticables, convirtiéndose, por ello mismo, en huecas especulaciones; y hay teorías, elaboradas con una finalidad meramente especulativa, que acarrearán serias repercusiones prácticas, y dejan por ello de ser simple especulación.

³³⁷ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 76.

³³⁸ C. LLANO, *El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa*, en *La vertiente humana del trabajo en la empresa*, Rialp, Madrid 1990, p. 21.

de la *πραξις*, también en la *práctica* llanista. Por esto mismo, puede concluirse, con Llano, que

«este hacerme a mí mismo en mi interior es, sin duda, una acción, un hacer, pero sustancialmente diversa de aquellas otras acciones por las que, lejos de hacerme en mi propio ser, mi hacer consiste en influir en el ser de otros. Es sabido que, desde antiguo, la diversidad de estas dos formas de acción se transparentaba en el lenguaje común por medio de términos diferentes: una era la *ποίησις* griega (el *factum* latino) por la que mi acción se reflejaba en las cosas exteriores, transformándolas (aunque luego me transformara también a mí secundaria y reflejamente), y otra era la *πρaxis* griega (el *actum* latino) por la que mi acción revertía toda entera sobre mi persona, afectándola (aunque luego refleja o secundariamente, esta afectación modificase mi manera de transformar las cosas exteriores)»³³⁹.

Antes de cerrar este apartado, vuelvo al repaso semántico que hice al inicio sobre la voz «práctica» y su sentido actual. Es un hecho que carecemos de vocablos precisos para distinguir entre el significado de *πραξις* y el de *ποίησις* y, también, que usamos «práctica» en varios sentidos, los cuales terminan por señalar una actividad con un fin externo al agente que la ejecuta, por encima de la actividad interior que ocurre en el agente. Ese hecho de que el hombre común carezca de lenguaje para distinguir *ποίησις* y *πραξις* fue identificado por Llano como

«una prueba sugerente de la atrofia en que mantiene la capacidad de la propia transformación libre. Pero la prueba lingüística ofrece más consistencia cuando toda una ideología de la acción humana –el marxismo– llama literalmente *praxis* a la acción que produce

³³⁹ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 63. Me aventuro a decir que bajo la influencia de Nicol, Llano asumió la obligación filosófica de explicar acabadamente la acción. Y acabadamente significa hacerlo con base en la metafísica. Porque, al final, como asegura el filósofo catalán, «la razón de la *praxis* es una razón de ser». Por ello, para responder la pregunta qué es la *praxis*, antes hay que dar cuenta y razón del ser de la *praxis* que es el hombre: «para un saber radical de la *praxis* es necesario replantear las cuestiones más fundamentales de la filosofía». E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 68. ¿Acaso no es éste un antecedente de la aquí tan repetida cita –por cuarta vez– de Llano: «el apremio, pues, por resolver problemas prácticos nos llevó a estudiar profunda y filosóficamente los que se refieren al acceso noético del singular»?

efectos³⁴⁰ exteriores, quedándose sin término para denominar aquella otra posibilidad de acción que era denominada justamente *praxis* por los griegos; y esto sucede no por un lamentable error de traducción, sino de concepción: porque el marxismo –como el conductismo psicológico posterior– no admite más modificación interna personal que aquella que deriva del influjo de las cosas exteriores, esto es, no admite lo que nosotros hemos llamado crecimiento de la libertad en el nivel óntico»³⁴¹.

Al provenir del propio agente –agente que es irreductible a su producción–, la *prâxis* llanista es tan versátil como el propio ser del que proviene. «La persona es el hecho intramundano o “sublunar” –como dirían los medievales– más trascendente de cuantos hay»³⁴² y, por eso, su acción es, en bellísima expresión de Llano, «una pluralidad sin fronteras»³⁴³: ni matematizable ni tecnificable. La práctica llanista es el hacer radical del hombre, cuyo quicio es la decisión, surgida del propio yo que decide, configurándolo: «en la decisión yo me vinculo a mí mismo»³⁴⁴. Por tanto, al elegir, afirma Llano con Aristóteles, «nos hacemos nuestro carácter»³⁴⁵.

A partir de esta aclaración, ahora explicaré brevemente la diferencia que para él existe entre el ámbito de la técnica y el de la práctica. Esto me dará pie para, luego, estudiar el diálogo entre el autor y Adolfo Sánchez Vázquez y, finalmente, cerrar este capítulo con el análisis de la noción llanista del trabajo.

³⁴⁰ La edición de *Las formas actuales de la libertad* (1983) que cito dice «afectos». Me parece que es una errata y, en su lugar, debe decir «efectos», como escribí en el texto.

³⁴¹ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 64.

³⁴² C. LLANO, *Ensayos sobre José Gaos: metafísica y fenomenología*, UNAM - Instituto de Investigaciones Filosóficas, México 2008, p. 8.

³⁴³ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 164.

³⁴⁴ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 65. El autor recupera aquel ὁ αὐτοῦ ἕνεκα apuntado por Aristóteles: «llamamos hombre libre al que es para sí mismo y no para otro». *Met.* 982b 26.

³⁴⁵ *Ibid.*, p. 86. El texto aristotélico es el siguiente: «Por elegir lo que es bueno o malo tenemos cierto carácter» *EN.* 1112a 2. El «tenemos cierto carácter» de la traducción de Marías es el «nos hacemos cierto carácter» de Llano. En el original es «ποιῶ τίνας ἔσμεν»; el verbo «εἶμι» –*ser, existir, haber*– está en primera de plural de presente indicativo activo enclítico. El texto tendría el sentido de «producimos cierto *haber nuestro*», o sea «cierto *carácter*». La decisión llanista, como es evidente, parte de la προαίρεσις aristotélica. «El vocablo moderno *decisión* expresa exactamente, a nuestro juicio, lo que Aristóteles y sus comentaristas entendieron por elección o *proairesis*». C. LLANO, *La reflexión de la «proairesis» aristotélica*, en *Ensayos aristotélicos*, Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., México 1996, p. 29. n. 1. Sobre este particular volveré en el siguiente capítulo.

3.- Técnica y práctica

¿Por qué puede hablarse de dos modos distintos de hacer? Es decir, ¿en qué consiste la distinción entre el saber hacer técnico y el saber hacer práctico? Aristóteles apunta que, aunque en ambos casos el hombre hace algo, la técnica tiene que ver con lo productivo y, la práctica, con lo deliberativo:

«Toda técnica versa sobre el llegar a ser, y sobre el idear y considerar cómo puede producirse o llegar a ser algo de lo que es susceptible tanto de ser como de no ser y cuyo principio está en el que lo produce y no en lo producido. En efecto, la técnica no tiene que ver ni con las cosas que son o se producen necesariamente, ni con las que son o se producen de una manera natural, porque estas cosas tienen su principio en sí mismas»³⁴⁶.

De la distinción aristotélica puede concluirse, al menos, que: 1) la técnica pertenece al ámbito de la producción, pues «versa sobre el llegar a ser», 2) que implica cierto proyecto, ya que también versa «sobre el idear y considerar cómo puede producirse o llegar a ser algo» y 3) que, en parte, la técnica pertenece al ámbito de la ciencia –del conocimiento universal– dado que, aunque es una disposición sobre lo que puede no es necesario ni tiene su principio en sí mismo, se ejerce sobre la materia, y ésta sí es regida por reglas universales y constantes. En este sentido, Llano puede afirmar que la técnica corresponde a lo objetivo práctico, a la acción del hombre sobre lo objetivo, como lo que no es el sujeto y, por lo tanto, productivo o *poiético*. Por tanto, de acuerdo con él, la técnica es la actividad que transforma al mundo, es decir, un hacer sobre lo externo al sujeto que hace³⁴⁷.

A partir de esa diferencia, es posible concluir que la técnica exige un entendimiento del hombre, como artífice que no puede quedar totalmente abstraído del proceso de la producción. La técnica –que siendo un producto del hombre, sólo puede entenderse acabadamente mediante el conocimiento acabado del propio hombre– ofrece únicamente una visión específica de un ámbito concreto de lo humano. Según el autor, «la acción técnica posee un carácter objetivo y universal para cuyo acceso el hombre debe, de alguna

³⁴⁶ EN 1140a 11-14.

³⁴⁷ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 63 y C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 77.

manera, prescindir de sí mismo»³⁴⁸. Esta desarmonización de la propia técnica con respecto de su entidad como actividad del hombre, el olvido de que la producción también es un hacer del hombre, ha derivado en un materialismo poético, es decir, a que lo técnico-productivo objetivo se reduzca a lo meramente material. Aristóteles define la técnica como una disposición racional para lo productivo («ἔξις τις μετὰ λόγου ποιητική»³⁴⁹): la técnica es un saber hacer del hombre, una actividad humana con fines productivos. Con esta consideración a la vista, Llano explica lo siguiente:

«La acción técnica está más condicionada al objeto que le es referente que al sujeto que constituye su causa. La desposesión de sí mismo que ha de practicar el hombre al diseñar y ejercer las operaciones técnicas constituye a la par una suerte de despersonalización, centralizándose en lo que Hegel llamara *espíritu objetivo*, rompiendo el lazo característico que une al operado con el sujeto operador»³⁵⁰.

Es importante recordar que, ya antes, el filósofo mexicano había definido técnica,

«de modo sucinto pero esencial, como *la actividad que el hombre realiza para modificar un objeto*. En ella, el hombre se enfrenta con un objeto –cosa, planta o animal–, y opera sobre él modificándolo. El objeto es inerte, dócil a la *presión* del hombre que lo trabaja. Es cierto que el objeto posee sus propias leyes intrínsecas, a las que debemos acoplarnos si queremos obtener de él algún resultado práctico. Pero estas leyes son siempre fijas, permanentes e inmutables; y, justo por ello, una vez conocidas, yo puedo operar sobre el objeto fácilmente, acoplándolo sin obstáculo a lo que quiero de él»³⁵¹.

³⁴⁸ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, McGraw-Hill, México 2000, p. 102.

³⁴⁹ EN 1140a 8.

³⁵⁰ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 102.

³⁵¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 227. En definitiva, hay una distinción entre la práctica y la técnica en razón de aquello que cada una tiene que modificar: «la técnica se enfrenta con un objeto *inerte* al tiempo que la dirección [la práctica] lo hace con un sujeto *libre*». *Ibid.*, p. 234.

Sin separar las operaciones del hacer del hombre –la síntesis humana–, nuestro filósofo distingue entre ποιήσις y ποιᾶξις y da con un matiz importante en función del cual se perciben los riesgos de reducir el hacer de la persona a lo productivo, desde una perspectiva primordialmente materialista, y, por ende, otorgándole primacía a la técnica, como disposición racional, y a la producción como acción en menoscabo de la práctica. Según Llano, dado que la técnica depende más del objeto que se produce a través suyo que del sujeto que es su causa, y a pesar de que ella es la vía de transformación del mundo, no ocurre lo mismo en aras del perfeccionamiento ni del conocimiento en de la persona: no sirve para entender ni transformar al singular-humano. Al final, la técnica sólo alcanza a dar «una visión *monoscópica* del ser humano»³⁵² que necesita de la práctica para ser completa, «*estereoscópica*», dicho con nuestro maestro³⁵³.

Es importante aclarar aquí que Llano nunca reniega de la técnica ni de lo material ni, mucho menos, los condena. Lo que sí hace es una síntesis, cuya pretensión consiste en subsanar la grieta existente en el hacer del hombre, una grieta que en este caso deja al ser humano partido en tres: por un lado el productor, por otro, el práctico y, por otro más, el teórico, sin ningún sustento metafísico. Esta es, precisamente, la causa de que hubiese discutido tan profundamente con el marxismo, el conductismo³⁵⁴ y el racionalismo. En el caso del materialismo suscitado por la polarización de la técnica –sea por la exacerbación del capitalismo o la del marxismo–, Llano enfatiza que el bienestar material al que el hombre contribuye justa y eficazmente a través de la técnica, no contribuye –a su vez– de manera definitiva a la humanización del hombre. Sin embargo, de la posibilidad de depauperación del hombre ante el bienestar material, no se sigue que éste pierda su valía ni, mucho menos, sea absolutamente perjudicial. El autor afirma que:

«El bienestar material que nosotros contribuimos a producir acarrea beneficios humanos que no pueden ponerse en duda. No incurramos, tampoco nosotros, factores decisivos de este

³⁵² C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 102.

³⁵³ En otro lugar echará mano también de una analogía visual para referirse a un *astigmatismo estratégico* «que deforma nuestra visión cuando prevalece la atención a los objetivos perdiendo relevancia los principios». C. LLANO, *El empresario y su acción*, cit., p. 22.

³⁵⁴ Para Llano, el corazón de lo humano –su dignidad– radica en su capacidad de autodeterminarse; por ello, una de las pretensiones más indignas era el conductismo, contra el que siempre se opuso. Por ejemplo, se lee: «Se encuentra ya en franca derrota el concepto conductista del ser humano. Si lográramos convencernos –se dijo entonces– de que el hombre no es más que un animal complejo, el hombre se comportaría como un buen animal domesticado...». C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 80.

bienestar, en la pirueta ideológica del marxismo, que si con Karl Marx criticaba al capitalismo por la pobreza que iba a producir, después, con Antonio Gramsci y Ernest Mandel lo critica por la abundancia que ha producido. La producción y servicio de bienes materiales no conduce de suyo, en modo alguno, al materialismo»³⁵⁵.

Siguiendo a Llano, puede decirse que el materialismo es consecuencia de: 1) pensar que sólo existe lo poético y 2) la desarmonización del hacer singular del hombre. Por un lado, como la *ποιήσις* ofrece un resultado externo al agente, se privilegia el hacer productivo por encima de la *πρᾶξις*, olvidando que ésta también es un hacer hasta anularla. Por otro lado, al reducir al hacer del hombre a lo productivo, su horizonte queda determinado por lo monótono de la técnica que, con todo y que es un hacer humano –y, por ello, encaja en el ámbito de lo que podría ser de otra manera–, tiende al ámbito de lo necesario y objetivo explicado por la ciencia³⁵⁶, eclipsando a toda la policromía humana. Es importante insistir en que el hacer humano conlleva la impronta del agente singular que es su causa y, en el caso de la práctica, su fin. Por ello, explica:

«Las tareas humanas, en cuanto tales, no se ejercen de manera unívoca y reglada, como se impone en las tareas técnicas, sino que contienen por naturaleza la ambigüedad e indeterminación inherente al hombre que las realiza. Cada acción *personal* se enfrenta ante muchas posibilidades, cuya valoración encierra un alto grado de dificultad, y esa misma valoración, también en algún grado, depende del protagonista que la desarrolla. Por ello mismo, las cuestiones sobre las que versan las humanidades no tienen respuestas plenamente coincidentes, pero tampoco plenamente dispares, ya que la persona es una realización concreta e irrepetible, sí, pero de una naturaleza, la humana, que es algo común a todas esas diversidades y aun a los antagonismos personales»³⁵⁷.

³⁵⁵ C. LLANO, *El empresario y su acción*, cit., p. 91.

³⁵⁶ La concreción de la acción está dada por el agente que actualiza la pluralidad de la materia. No debe confundirse «material» con «concreto». Como el mismo Llano explica: «toda acción es siempre concreta, y en toda acción concreta es necesario que la decisión perfeccione los esquemas –siempre generales– de la ciencia». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 79.

³⁵⁷ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 103.

De aquí se deriva el apunte de Óscar Jiménez cuando observa que «Llano tiene la convicción de que el universal y el particular se encuentran armónica e íntimamente unidos en la dinámica de la *práxis*»³⁵⁸. Ahora, para concluir el tema de la práctica llanista, toca ocuparse de la acción directiva.

4.- La *prâxis* de la acción directiva

Según dije al principio, la acción directiva llanista es $\pi\rho\acute{\alpha}\xi\iota\varsigma$. En la filosofía llanista hay dos modos de acción: el *poiéin*, que es el hacer cosas exteriores, no necesariamente materiales; pero, sí perfectamente objetivas y objetivables –una autopista o una ordenación jurídica; un puente o un sistema político–, y el *practéin*, esa otra acción que configura al agente como persona, que lo acuña individualmente a él solo³⁵⁹. Para el autor, esta configuración del *practéin* –la práctica– ocurre de tal manera que se da, incluso, «a despecho de toda relación despersonalizante que pueda ejercerse sobre» el agente, «a despecho de todos los ambientes, de todas las temperaturas de la intemperie»³⁶⁰. Llano explica que ésta es la acción interna que afirma al agente que la realiza como algo único e irrepetible y, además, como responsable de un destino propio, de una vocación personal, a la que ningún otro ser humano puede contestar más que él mismo, y que, por ello, es intransferible: a nadie más³⁶¹.

La acción directiva –o «directividad»– es *prâxis* precisamente porque mediante ella el agente se dirige a sí mismo, orienta su conducta propia en un determinado sentido³⁶²: la dirección no es una técnica ni un procedimiento, sino «una actividad que parte y florece del fondo del individuo, de su más radical perfil caracterológico»³⁶³. Como apunté antes, se trata de una acción

³⁵⁸ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 221. Aquí, el autor pone la tilde normal de la ortografía en español. Como se habrá podido notar, yo he optado por el circunflejo para apegarme más al sentido original griego y distinguirla de la acepción de «praxis» de Sánchez Vázquez, como se verá más adelante.

³⁵⁹ Cfr. C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 25.

³⁶⁰ *Ibid.*

³⁶¹ Cfr. *Ibid.*

³⁶² Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 166.

³⁶³ Prólogo C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. v. La base del argumento llanista es el *principium dirigen*s esbozado por santo Tomás y en el que me detendré en el siguiente capítulo.

«sustancialmente diversa»³⁶⁴ de otras, ya que es un hacerse a sí mismo –un hacerse uno en su propio ser–; justamente en esto radica el cuño directivo de la práctica.

Debemos ser muy cuidadosos al leer a Llano: cuando usa «práctica» quiere decir, primordialmente, el hacer del hombre cuya resonancia principal es la acción que suscita al interior del propio hombre como agente. O sea, la «práctica» llanista es la acción humana *par excellence*. Así, cuando se refiere a algo práctico, no alude a que se produzca algo a la manera del hacer técnico ni utilitario ni a un simple llevar algo a la realidad (ni siquiera –incluso– a la simple experiencia), sino a lo que ocurre en el *yo íntimo del agente*. Sirva el siguiente texto para aclarar lo anterior:

«La desaparición del *practéin* –del trabajo interior– fue descrita con agudas expresiones por Agustín de Hipona, hace mil seiscientos años, y con palabras que quizá no encuentren mejor contexto que nuestra presente sociedad impersonal, en donde todos hacemos cosas, y nos parecemos a las cosas que hacemos (en lugar de que las cosas se parezcan a nosotros), perdiendo así el cuño de la propia individualidad: tal parece, decía el de Hipona, *que el bien del hombre consistiría en hacer buenas cosas, con excepción de sí mismo*. Todo se perfecciona a mi alrededor: mi automóvil, mi máquina de escribir, mi calculadora, menos yo»³⁶⁵.

En Llano, eso que he llamado el *yo íntimo del agente* es la síntesis del entendimiento, la voluntad y el carácter, la dinámica donde propiamente ocurre la práctica; de ahí que, aun en la producción, haya *prâxis*³⁶⁶. En esa síntesis, afirma –con José Gaos–, «es el propio impulso vital del hombre quien determina, al menos en parte, el ejercicio y aun el contenido de toda teoría»³⁶⁷. La persona no puede desligarse de la actividad que realiza, no sólo porque es

³⁶⁴ «Este hacerme a mí mismo en mi interior es, sin duda, una acción, un hacer, pero sustancialmente diversa de aquellas otras acciones por las que, lejos de hacerme en mi propio ser, mi hacer consiste en influir en el ser de otros». C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 63.

³⁶⁵ C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 26.

³⁶⁶ Al hablar de la distinción entre trabajo directivo y trabajo operativo –de la que me ocuparé a continuación–, Llano advierte que cada hombre, por más operativo que sea su trabajo, «debe tener el máximo grado de directividad al que apunten sus capacidades», y agrega: «la eficacia y productividad están en razón directa del desarrollo de la capacidad directiva de los hombres que en ellas concurren». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 56.

³⁶⁷ C. LLANO, *Ensayos sobre José Gaos: metafísica y fenomenología*, cit., p. 50.

origen de ella, sino porque también es el fin. Y es fin de sí mismo por su propia naturaleza inacabada:

«El hombre no es algo ya acabado: su esencia no es más que una potencialidad de desarrollo. La esencia del hombre, es, por así decirlo, la línea que señala el sentido de ese desarrollo»³⁶⁸.

De nuevo resuenan en Llano ecos de lo apuntado por su maestro Nicol:

«El hombre es productor de ese ámbito común de las acciones por una nota de su ser que es la mundanidad. Ciertamente, el hombre es ser-en-el-mundo. Pero esta declaración requiere dos precisiones. Primero: el mundo no debe entenderse como el universo. Todo ente está *en* el universo, en el sentido de ser un componente *del* universo. Sin embargo, y éste es el segundo punto, el ser del hombre es distintivo porque su modo específico de estar en el universo consiste en crear su propio mundo. La mundanidad no es sino la capacidad de producir mundos. El hombre es autor del mundo en que se encuentra y de los cambios mundanos»³⁶⁹.

El autor supo ver que, en el quicio de lo humano, hay un problema teórico y práctico a la vez. Su diálogo con el marxismo es, de hecho, un intento por solucionar esa *grieta*, usando la expresión llanista. En ese itinerario, el rejuego de sístole-diástole entre el entendimiento y la voluntad es definitivo. El hombre es un constante ir y venir de una facultad a otra, un vaivén distinguible; pero inseparable en la propia unidad del ser humano.

«La grieta óptica existente entre ese extenso horizonte de posibilidades perfectivas –que sería su [del hombre] proyecto ético– y su actual realidad precaria es una marca más de contingencia o inacabamiento, una señal de perpetua necesidad de progreso. Quizá sea ésta la forma natural más viva de la finitud, aunque la cultura contemporánea la tengo desmerecida: la conciencia de lo mucho que aún me falta para *ser hombre completo*, dentro de la limitación misma ya entrañada en el hecho de ser

³⁶⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 69.

³⁶⁹ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 41.

hombre. La conciencia ética de esta entidad aún inacabada, se acompaña, casi de un modo necesario, de una resolución volitiva, sea en el sentido de completar lo que falta, hasta donde ello sea posible, sea en el sentido de despreciar estas posibilidades o incluso retraerlas: estamos hablando de la alternativa inevitable y crucial de la virtud o el vicio»³⁷⁰.

A lo que haría falta agregar que:

«Si deseamos perfeccionar nuestras decisiones ante bienes limitados y precarios, debemos sin duda perfeccionar nuestra inteligencia para comprender con profundidad lo que realmente de bueno hay en ellos; pero la perfección en esta línea intelectual no habrá de llevarnos a la inacción: hay una connatural debilidad de la inteligencia que no podrá jamás superarse del todo, y que nos dejará –si insistimos en movernos en el mero nivel intelectual– en permanentes puntos suspensivos. Se hará preciso el perfeccionamiento de la voluntad que complete, con su determinación, las deficiencias paralelas de los bienes que hemos de elegir»³⁷¹.

De acuerdo con nuestro maestro, pensar el mundo ya implica el inicio de su transformación; aunque no basta: al entender, sigue el hacer. En ese entramado, la elección es el engarce entre el entendimiento del mundo y su transformación. Pero no hay una dicotomía irresoluble, como propone el marxismo, sino una unidad real a partir del armónico dinamismo humano entre teoría, acción y producción. Entendido así, el problema de la práctica es un problema de elección³⁷², del que la voluntad no puede quedar al margen³⁷³. Como aclara Llano:

³⁷⁰ C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 246.

³⁷¹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 71.

³⁷² Llano apela a la noción aristotélica del entendimiento que desea o el deseo que entiende –«ἡ ὀρεκτικὸς νοῦς ἢ προαίρεσις ἢ ὄρεξις διανοητική». EN. 1139b 4-5-. Cfr. *Ibid.*, p. 65 y ss. En es mismo sentido va la afirmación de Nicol cuando dice: «Lo sabio no es tan sólo *hacer* lo que a uno le incumbe, sino *conocer* esta incumbencia (πράττειν καὶ γινῶναι); pues el propio conocer es ya un hacer. Éste no es, pues, un conocimiento cualquiera, sino el conocimiento que versa sobre el ser cognoscente, como la praxis virtuosa re-vierte sobre el ser actuante. En suma: *el hombre es la incumbencia del hombre, en el saber y en la acción conjuntamente*». E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 51.

³⁷³ Según indica Aristóteles, «el principio de la acción –aquello de donde parte el movimiento, no el fin que persigue– es la elección, y el de la elección el deseo y la elección orientada hacia un fin». EN. 1139a30-33.

«El decidir pertenece al orden del *practéin*, no del *poiéin*: porque un verdadero decidir es siempre un *decidir-se*: por mis decisiones me hago bueno o no me hago bueno³⁷⁴, al margen de las telas que teja o los edificios que edifique»³⁷⁵.

Por efecto de la acción directiva, el agente determina su propia elección. A esto se refiere Llano cuando recuerda la noción escolástica de «hábito»³⁷⁶, como:

«esas adquisiciones que se subsumen dentro de mi ser, potenciando sus posibilidades primarias. En cuanto son adquisiciones que se incorporan a mi naturaleza, la filosofía asigna la denominación de *habitus*, algo habido o tenido, en donde la connotación de pretérito quiere significar su carácter definitivo, como adquisición que tuvo lugar una vez y difícilmente puede ya perderse; y en cuanto estos *habitus* potencian mis capacidades innatas, han recibido en aquella filosofía el término de *virtus* o fuerza. Mi ser crece, en suma, cuando crecen las virtudes o los hábitos que me capacitan para ser más de lo que soy, y en el mismo sentido de lo que era y podía ser por naturaleza»³⁷⁷.

Llano vio con claridad que la difícil profesión de la virtud no puede incluirse en un manual de procedimientos ni en una fórmula matemática: su propia acción rebasa la frontera de cualquier intento por institucionalizarla, porque, dicho con su maestro Nicol, «su ejercicio y su resultado son siempre individuales e interiores»³⁷⁸. Todo lo que hace el hombre, en fin, revierte sobre sí mismo³⁷⁹.

³⁷⁴ Cfr. EN. 1113b 12-14. Por esto mismo, líneas más adelante afirmará el Estagirita que «desconocer que el practicar unas cosas u otras es lo que produce los hábitos [*ἔξεις*] es, pues, propio de un perfecto insensato». EN. 1114a 9-11.

³⁷⁵ C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 28.

³⁷⁶ Que es el *ἔξεις* aristotélico traducido así por Marías.

³⁷⁷ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., pp. 64-65.

³⁷⁸ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 52.

³⁷⁹ En el capítulo IV volveré sobre esto con unas precisiones importantes en torno a la prudencia.

III.– La discusión Llano-Sánchez Vázquez en torno a la *prâxis*

Luego de explicar brevemente la noción llanista de práctica y exponer cómo sus contornos coinciden con los de la *πρᾶξις* griega, correspondería ahora que me ocupase del trabajo en Llano, como acción humana que implica su teoría de la idea práctica. En efecto, como estudiaré más adelante, el trabajo es la realización natural de la teoría llanista de la idea práctica porque el trabajo humano implica las tres notas constitutivas de la idea práctica: 1) la capacidad humana de proyectarse hacia el futuro mediante su entendimiento, 2) la dinámica creativa y directiva definida por su voluntad y 3) la misma *πρᾶξις*, como única actividad constitutiva del hombre, a partir de sí como causa y finalidad .

Sin embargo, antes será necesario desmenuzar la discusión entre Carlos Llano y Adolfo Sánchez Vázquez en torno a la *prâxis*³⁸⁰. Mi intención es mostrar cómo el marxismo le permite al autor elaborar su definición de trabajo y, en consecuencia, explicar las diferencias entre una actividad meramente materialista y masificada alrededor de procesos productivos –como pretende el marxismo– y acciones concretas de personas singulares que proyectan su propia creatividad. Me parece que este paso permitirá entender mejor la amplitud de la práctica llanista como momento privilegiado de la dinámica humana; para después, explicar por qué es fundamento de su concepción del trabajo.

³⁸⁰ Adolfo Sánchez Vázquez vierte directamente al español la voz *πρᾶξις*; pero, como se irá viendo, marca distancia del significado original griego y no translitera *prâxis*. Al quitar el circunflejo, también desprovee a la noción de su contenido no productivo. Desde el principio, la pretensión de Sánchez Vázquez es apartarse lo más posible de la noción clásica de *πρᾶξις*. Tal y como él mismo admite, «el empleo del término “praxis” con el que el se transcribe al español la palabra griega *πρᾶξις* no debe llevarnos a identificar el significado del término en una y otra lengua». A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, Grijalbo, México 1967, p. 14.

Vale la pena detenerse en sus motivos: «Decimos “praxis” transcribiendo el término *πρᾶξις* empleado por los griegos en la Antigüedad para designar la acción propiamente dicha. Como es sabido, en español disponemos también del sustantivo “práctica”. Uno y otro término (“praxis” y “práctica”) pueden emplearse indistintamente en nuestra lengua, aunque el segundo es el que suele usarse en el lenguaje común y en el literario; el primero, en cambio, sólo tiene carta de ciudadanía –y no siempre– en el vocabulario filosófico. Sin descartar por completo el vocablo dominante en el lenguaje ordinario, hemos preferido utilizar en nuestra investigación –y pese a su uso restringido– el término “praxis”. La razón que nos ha movido a ello ha sido justamente la de tratar de librar al concepto de “práctica” del significado predominante en su uso cotidiano que es el que le corresponde, como veremos en el curso de esta introducción, al de actividad práctica humana en el sentido estrechamente utilitario y peyorativo que tiene en expresiones como éstas: “hombre práctico”, “resultados prácticos”, “profesión muy práctica”, etc. La elaboración de un concepto filosófico de la actividad práctica exige liberarse de ese significado que casi siempre va asociado en el lenguaje ordinario a los vocablos “práctica” o “práctico”. Por ello, hemos decidido acogernos al término “praxis” que, si bien se halla emparentado etimológicamente con el vocablo “práctica”, no carga forzosamente con sus adherencias semánticas que antes hemos señalado». *Ibid.*, pp. 13-14.

Para una mejor comprensión del diálogo entre ambos, haré un somero apunte biográfico de éste último, como uno de sus interlocutores más importantes.

1.– Adolfo Sánchez Vázquez y el marxismo en México³⁸¹

Nacido en Algeciras, en 1915, Sánchez Vázquez se formó en el socialismo de la segunda república española. Al ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, ya pertenecía a distintos movimientos comunistas, como la Juventud Socialista Unificada (JSU); compaginó la militancia política con sus estudios, que interrumpió por el estallido de la guerra civil. En aquella época conoció y se vinculó con poetas e intelectuales como Louis Aragon, Miguel Hernández, Tristan Tzara, André Malraux, Pablo Neruda, Rafael Alberti y Octavio Paz, gracias, por un lado, a su participación en varios círculos editoriales y tertulias literarias³⁸², así como a su intensa militancia política en la JSU³⁸³.

El 13 de junio de 1939 el *Sinaia* llegó al puerto de Veracruz y Sánchez Vázquez desembarcó en tierras mexicanas³⁸⁴. Casi de inmediato, se involucró en distintas publicaciones culturales, como la revista *Taller*, de Paz. En esa época, luego de vivir una temporada en Morelia, Mich., ingresó a la UNAM, para cursar la maestría en Letras, que abandonó –a pesar de haber cursado todas las asignaturas– impulsado por su interés para profundizar en la filosofía

³⁸¹ Para los datos biográficos de Sánchez Vázquez he recurrido a A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *A tiempo y destiempo*, Fondo de Cultura Económica, México 2003 y a S. GANDLER, *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, FCE-UNAM-UAQ, México 2015^{1a} edición digital, pp. 34-50. He consultado también C. ILLADES, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, Taurus, México 2018 para entender el alcance de Sánchez Vázquez en la composición del marxismo mexicano.

³⁸² «Al trasladarme a Madrid, en octubre de 1935, para iniciar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, me incorporé a algunas de las abundantes tertulias literarias de la capital y establecí relaciones amistosas con jóvenes escritores de la época, como Miguel Hernández, Arturo Serrano Plaja y José Herrera Petere. Pude establecerlas también con otros ya consagrados como el propio Rafael Alberti, Ramón J. Sender y Pablo Neruda». A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *A tiempo y destiempo*, cit., p. 19.

³⁸³ «Como director del órgano de la JSU fui invitado a asistir a las sesiones del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas que tuvieron lugar en Madrid en los primeros días del mes de julio de 1937. Para un joven intelectual como yo, era una oportunidad inolvidable de poder conocer personalmente a los más altos exponentes de la literatura europea: Malraux, Tristan Tzara, Louis Aragon, Stephen Spender, Ehrenburg, Ana Seghers, así como a los hispanoamericanos: César Vallejo, Carpentier, Octavio Paz, Pita Rodríguez, entre otros, sin contar a los españoles –Alberti, Bergamín, Sender, Corpus Barga, Serrano Plaja– que ya conocía». *Ibid.*, p. 26.

³⁸⁴ *Ibid.*, p. 30.

marxista³⁸⁵. Así, ya en Filosofía, fue alumno de Wenceslao Roces³⁸⁶ y de Eli de Gortari³⁸⁷, de quien fue discípulo directo, asistente académico y con quien mantuvo una relación estrechísima.

Fue entonces que se integró también al posteriormente célebre grupo Hiperión, que pretendía hacer una filosofía mexicana y de lo mexicano; el grupo estaba formado por profesores y estudiantes de Filosofía discípulos de Gaos³⁸⁸ –o, al menos, afines a su pensamiento–, como Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Alejandro Rossi, Fernando Salmerón, Ricardo Guerra o Leopoldo Zea, éste último, su principal impulsor y promotor. En 1966 defendió su tesis doctoral en la UNAM –de la que ya era profesor de tiempo completo desde 1959–, misma que se publicó en 1967 bajo el título *Filosofía de la praxis*. Hasta su muerte, en 2011, Sánchez Vázquez fue un comunista activo, dentro y fuera de la universidad.

En 1964, Carlos Llano fue admitido en la UNAM³⁸⁹; ahí conoció e inició su trato con Sánchez Vázquez, quien, por entonces, preparaba la edición de *Las ideas estéticas de Marx*, publicado al año siguiente³⁹⁰. Aunque Llano nunca perteneció al Hiperión, el hecho de tener a Gaos como profesor común y reconocerse también como discípulo suyo³⁹¹ le permitió crear vínculos

³⁸⁵ «Comencé incluso a preparar mi tesis de grado sobre “El sentido del tiempo en la poesía de Antonio Machado”, que no llegué a terminar». *Ibid.*, p. 34.

³⁸⁶ Wenceslao Roces (1897-1992) fue el gran traductor de Marx al español. Hasta muy entrada la década de los setenta, las únicas ediciones de la obra de Marx disponibles en castellano eran suyas, tanto en su natal España como en México, donde se refugió también por motivos de la guerra civil. En su juventud en Algeciras, Sánchez Vázquez se acercó al marxismo de manera autodidacta y conocía ya esas traducciones de Roces: «Mi marxismo seguía siendo, por tanto, el de un autodidacta, y se desarrollaba casi exclusivamente fuera de la universidad, en un plano político militante. Apenas si manejaba algunos textos clásicos en las primeras y excelentes versiones de Wenceslao Roces». *Ibid.*, p. 24.

³⁸⁷ Eli de Gortari (1918-1991), marxista mexicano, de los primeros filósofos dedicados a la lógica y a la filosofía de la ciencia; impulsor del materialismo dialéctico en la UNAM. Según refiere el mismo Sánchez Vázquez, de quien fue maestro, estuvo preso por apoyar al movimiento estudiantil de 1968. Cfr. A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía y circunstancias*, Anthropos-UNAM, Barcelona 1997, p. 389. «De Gortari fue para mí el primer filósofo marxista de carne y hueso que tanto había echado de menos durante mi paso, ya lejano, por la Universidad Central de Madrid». A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *A tiempo y destiempo*, cit., p. 35.

³⁸⁸ Así lo confiesa, por ejemplo, en la nota preliminar de su *Filosofía de la praxis*: «José Gaos, nuestro maestro de hace ya largos años amigo y compañero, quien entre convergencias y divergencias filosóficas – más de éstas que de aquéllas– supo estimular desde el primer momento la presente investigación». A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 11.

³⁸⁹ El mismo Llano cuenta que ingresó a la UNAM en ese año, y que fue entrevistado por el propio Gaos, quien aprobó personalmente su admisión. Cfr. C. LLANO, *Ensayos sobre José Gaos: metafísica y fenomenología*, cit., p. 9.

³⁹⁰ Cfr. S. GANDLER, *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, cit., p. 47.

³⁹¹ «Yo también me considero públicamente discípulo predilecto de José Gaos». C. LLANO, *Ensayos sobre José Gaos: metafísica y fenomenología*, cit., p. 5.

fructíferos y duraderos con varios miembros del grupo³⁹², incluido Sánchez Vázquez, con quien, además, tenía una afinidad mucho más personal e íntima: su profundo conocimiento y admiración por Antonio Machado³⁹³. Además, uno y otro compartían un afán filosófico: la práctica humana.

A lo largo de su obra, el autor sostiene un largo e incesante diálogo con Marx y, en recurrentes momentos, con Sánchez Vázquez. El marxismo fue crucial en el desarrollo del pensamiento de Carlos Llano, a tal grado, que se encuentra condicionado por él, como ha llegado a afirmar Zagal³⁹⁴. Al estudiar el *corpus*, salta a la vista que su discusión con el marxismo sólo es comparable con la que sostuvo con el idealismo kantiano; en ambos casos encontró una piedra de toque. Pasaré ahora a exponer en qué consiste la filosofía de la praxis desarrollada por Sánchez Vázquez, para, seguidamente, plantear la discusión entre ambos.

a.- El hombre común y la conciencia ordinaria

El empeño llanista consiste en recomponer lo humano, roto por la modernidad, que polarizó el problema clásico en torno a la pregunta metafísica sobre la realidad y el ser³⁹⁵. Pues bien –siempre siguiendo a Marx–, Sánchez Vázquez también pretende recomponer esa unidad³⁹⁶, quebrada a lo largo de la historia

³⁹² Por ejemplo –como apunté en el primer capítulo– sus ensayos sobre Gaos fueron presentados el 18 de febrero de 2010 –a pocas semanas de su fallecimiento– por Luis Villoro, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

³⁹³ Como se sabe, el poeta andaluz fue una referencia constante de Llano, tanto en su trabajo filosófico, como en otras expresiones de su pensamiento. Muy buen ejemplo de ello es su artículo de *Tópicos*: C. LLANO, *El anhelo metafísico de Antonio Machado*, cit. No es difícil imaginar las conversaciones que ambos habrían sostenido en la UNAM en torno al poeta andaluz.

³⁹⁴ Cfr. H. ZAGAL, *Acción y pensamiento*, publicado en *Istmo*, 288/8/2007, p. 18.

³⁹⁵ Para Llano, tras la matematización de la ciencia propuesta en la modernidad, el criterio de verdad quedó aislado de la realidad y se trasladó a métodos racionalistas con la promesa de disipar toda duda –a partir de una duda fundamental, curiosamente– y el aseguramiento de la verdad. El reto era poseer un conocimiento claro y distinto, incuestionable. Así, «el criterio se polariza sobre el yo: el yo que piensa debe estar seguro de lo que piensa, y ha de poseer un criterio para tener esa seguridad. No busca realmente un criterio de verdad (¿esto es verdad?) sino más bien un criterio de certeza (¿puedo estar seguro de lo que pienso?)». Según Llano, la modernidad puso en entredicho a la propia realidad y a toda evidencia que el sujeto pudiese contemplar ante sí, con la sola fuerza de la realidad; la certeza la sustituye como criterio de verdad: el «estoy seguro de que esto es así, al margen de lo que en realidad sea» queda por encima del «el objeto es así, independientemente de mí, aunque sea yo quien conozca esa evidencia». Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 19 y ss.

³⁹⁶ Me llama la atención que el marxismo de Sánchez Vázquez no termina por apegarse al materialismo dialéctico y parece, por momentos, que mira a la metafísica –aunque tampoco acaba por decantarse por esa vertiente– en una especie de marxismo humanista o, incluso, personalista.

por las estructuras sociales imperantes en torno a la actividad humana generadora de riqueza: el trabajo. Para el marxismo de Sánchez Vázquez, dicha ruptura consiste, fundamentalmente, en que el trabajo humano se mide por su utilidad exterior y no por su entronque con el hombre; se provoca, así, una dislocación en el hombre que trabaja y el hombre concreto que es él mismo: hay una separación entre la transformación de la naturaleza mediante el trabajo y la transformación del hombre que opera esa transformación con su hacer³⁹⁷.

Con Marx, el filósofo gaditano afirma que a lo largo de la historia la actividad propiamente humana se enmarcaba de manera exclusiva en el ámbito teórico «o en ciertas actividades privilegiadas del hombre, como el arte o la política»³⁹⁸. Por ello, envuelto en una «conciencia ordinaria», el hombre agota su actividad creadora en el plano práctico-utilitario –la utilidad material obtenida gracias al trabajo–, que se constituye, así, en su verdadero ser, al margen de toda actividad teórica, vista ésta como absolutamente impráctica e inútil³⁹⁹. Sánchez Vázquez identifica en esa conciencia ordinaria un lastre para el hombre común y corriente, que, en su actividad, lo lleva a despreciar lo teórico y, al mismo tiempo, a refugiarse en un utilitarismo material como único criterio de verdad: al sólo existir ese plano, su mundo queda reducido a lo utilitario, a actos u objetos que le reportan una utilidad material, una ventaja o un beneficio obtenido a través de su trabajo o «praxis material».

Sánchez Vázquez plantea lo siguiente: si el hombre es esencialmente un ser activo ⁴⁰⁰, ¿cómo puede el trabajo –actividad humana creadora por excelencia– reducirse a lo práctico-utilitario?; ello, sin dislocar la transformación de la naturaleza y la transformación del propio hombre. Además, si el hombre se define por lo práctico-utilitario, el Estado o el mercado podrían aniquilarlo mediante la simple satisfacción de sus necesidades en ese orden, tal y como vio Marx que ocurría en el entorno postilustrado e industrial de mediados del siglo XIX alemán. Entonces, el hacer del hombre seguía dependiendo de criterios burgueses, por más que la revolución francesa hubiese pretendido lo contrario. Los trabajadores –verdaderos generadores de riqueza– se mantenían sometidos a estructuras económicas, estatales y religiosas que impedían su emancipación, sólo posible mediante la transformación de su conciencia ordinaria; en ello consistió el esfuerzo dialéctico de Hegel: la capacidad de «la filosofía crítica de

³⁹⁷ Cfr. A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 37.

³⁹⁸ *Ibid.*

³⁹⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 19 y ss.

⁴⁰⁰ «El hombre es, ante todo, un ser práctico». *Ibid.*, p. 23.

transformar por sí misma, por el poder de las ideas, el mundo mismo»⁴⁰¹. A los ojos de Sánchez Vázquez se trata de un fracaso ante la realidad política concreta: el idealismo en torno al Espíritu absoluto como transformador de la realidad es impotente:

«Justamente esta limitación e impotencia de la actividad teórica –tanto más evidente cuanto más se confía en su omnipotencia–, plantea como un problema a resolver la necesidad de pasar de una actividad teórica, que en verdad nunca deja de ser teoría y jamás es praxis verdadera, a una actividad práctica»⁴⁰².

El problema es que, sin la teoría, no puede transformarse la conciencia ordinaria; pero, ¿cómo transformar la realidad concreta desde la especulación pura? El mundo práctico sólo puede transformarse prácticamente, no especulativamente. Las teorías de los economistas ingleses y las doctrinas socialistas utópicas fracasan en su esfuerzo transformador porque ambas permanecen inmutables en el plano teórico. Sánchez Vázquez admite que «la filosofía por sí misma, como crítica de lo real, no cambia la realidad»⁴⁰³; para que la transformación del mundo sea posible, la filosofía tiene que realizarse y esta realización consiste en su supresión. ¿Cómo tendría que ocurrir la realización de la filosofía y, lo más importante, en qué sentido esa filosofía realizada representaría la unidad de la teoría y la práctica? ¿Cómo resolver esa ruptura que deja al hombre común y corriente en una seguridad sinsentido, convencido de que la sola la práctica basta y de que no requiere más apoyo y fundamento que ella misma? En este contexto de la conciencia ordinaria, la práctica se presenta al hombre común

«como algo que se sobreentiende de suyo y que no presenta, por tanto, un carácter problemático. Sabe o cree saber a qué atenerse con respecto a sus exigencias, pues la práctica misma proporciona un repertorio de soluciones. Los problemas sólo pueden surgir con la especulación y el olvido de esas exigencias y soluciones. La práctica habla por sí misma»⁴⁰⁴.

⁴⁰¹ *Ibid.*, p. 102.

⁴⁰² *Ibid.*

⁴⁰³ *Ibid.*, p. 105.

⁴⁰⁴ *Ibid.*, p. 21.

Según los dictados de su conciencia ordinaria, para el hombre común lo que es fuera de él existe en la medida de su significación utilitaria; el problema aquí es que la realidad queda reducida a una pura instrumentalización objetivada sin significado humano, dejando al hombre a merced del Estado o del mercado. La pregunta sigue siendo cómo humanizar la conciencia ordinaria. Sánchez Vázquez admite que la solución social ha de ser una solución radical, es decir, que ha de provenir de la raíz, y la raíz del hombre es el hombre mismo⁴⁰⁵. Por eso no le queda más remedio que volver a la filosofía, porque en ella ve la vía para que la conciencia sea capaz de entender

«el contenido de la praxis en su totalidad como praxis histórica y social, en la que se integren y se perfilen sus formas específicas (el trabajo, el arte, la política, la medicina, la educación, etc.), así como sus manifestaciones particulares en las actividades de los individuos y grupos humanos, a la vez que en sus diferentes productos»⁴⁰⁶.

Sin embargo, no se trata de una filosofía de las ideas, sino, de la praxis. Por un lado, la praxis consiste en superar, a través de la teoría, esa llamada conciencia ordinaria; sólo mediante ese salto el hombre podrá transformar la realidad sin que ello suponga una alienación del propio hombre. Por otro lado, el resorte que dará ese impulso creador es, precisamente, la filosofía⁴⁰⁷; mediante ella, el hombre común y corriente es capaz de crear y dejar de contemplar la realidad únicamente en función de su utilidad. La actividad, por tanto, alcanza su dimensión propiamente humana en la revolución, que es el núcleo de su capacidad transformadora: creadora.

«Hemos tratado, a la vez, de analizar diferentes niveles de la praxis a fin de poder destacar el tipo de praxis en que se cumple más plenamente su dimensión propiamente humana. Y es aquí donde se nos aparece vinculada íntimamente al concepto de

⁴⁰⁵ Cfr. *Ibid.*, p. 107.

⁴⁰⁶ *Ibid.*, p. 22. En resumen, podría decirse que Sánchez Vázquez critica a la conciencia ordinaria por 1) su inherente realismo ingenuo, 2) su objetivismo y 3) su utilitarismo. Cfr. S. GANDLER, *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, cit., pp. 110-113.

⁴⁰⁷ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 19.

creación, y, en el terreno social, a esa forma peculiar de actividad transformadora y creadora que es la revolución»⁴⁰⁸.

La creación como elemento individual y la revolución, como instrumento social, perfilan al hombre hacia su plenitud mediante la praxis, o sea, que es «la revolución o crítica radical que, respondiendo a necesidades radicales, humanas, pasa del plano teórico al práctico»⁴⁰⁹.

b.– La filosofía de la praxis: el materialismo como solución al idealismo

Ahora, cabe preguntarse por qué, si la filosofía es necesaria para que la conciencia alcance su plenitud humana, Sánchez Vázquez considera que el idealismo de Hegel es incompatible con una verdadera «filosofía de la praxis», una filosofía de la transformación revolucionaria de lo real. Fundamentalmente, responde, porque se trata de una filosofía de la actividad del Espíritu absoluto, determinada por un momento histórico y circunstancias concretas. Para él, Hegel es un realista ingenuo que, al percatarse de la desproporción entre lo teórico y lo práctico, se ha refugiado en el idealismo –«activismo teórico»–, consciente de que es imposible transformar la realidad objetiva.

«El activismo teórico, determinado por la pobreza de una praxis real, efectiva, encuentra, a la vez, su justificación teórica en el movimiento idealista que reivindica la actividad de la conciencia, del espíritu, hasta elevarla al plano incondicionado y absoluto en que la sitúa Hegel»⁴¹⁰.

El filósofo gaditano considera que Hegel se ahogó en su propio sistema⁴¹¹. Advierte que, a diferencia del autor de la *Fenomenología del espíritu*, la filosofía no debe tratarse ya

⁴⁰⁸ *Ibid.*, p. 45.

⁴⁰⁹ *Ibid.*, p. 107.

⁴¹⁰ *Ibid.*, p. 57.

⁴¹¹ Cfr. *Ibid.*, p. 53 y ss.

«de la teoría que se ve a sí misma como praxis en cuanto crítica de lo real que por sí sola transforma lo real ni tampoco como filosofía del acción, entendida como una teoría que traza los fines que la práctica debe aplicar»⁴¹².

Así, explica que

«la concepción marxista de la praxis, de la cual partimos, no es, en suma, una vuelta sino un avance; es una superación –en el sentido dialéctico de negar y absorber– tanto del materialismo tradicional como del idealismo, lo cual entraña, a su vez la tesis de que no sólo el primer sino también el segundo han contribuido esencialmente a la aparición del marxismo»⁴¹³.

Hasta aquí, parece que la filosofía de la praxis de Sánchez Vázquez no dista mucho del reclamo llanista al racionalismo –y, aun, al pragmatismo–. Recuérdese que, en Llano, sobre las acciones concretas no cabe la pureza especulativa de lo universal «ni un demérito de lo individual como cabría en el conocimiento especulativo»⁴¹⁴. Para el autor, la acción existe en realidades singulares o queda prácticamente truncada⁴¹⁵:

«Todos sabemos que no operamos con universales, sino con singulares: la operabilidad con universales es un reducto limitado de la lógica y la matemática. Todavía más, *la esencia de la práctica se constituye sobre la noción de singularidad*, en el sentido de que ella es, sobre todo, la realización de algo particular o singular. A tal punto parece esto cierto que, para la filosofía marxista, el conocimiento se hace práctico cuando logra pasar de lo general a lo concreto (cfr. Sánchez Vázquez, Adolfo: *La filosofía de la praxis*. Grijalbo. México, 1977⁴¹⁶)»⁴¹⁷.

⁴¹² *Ibid.*, p. 102.

⁴¹³ *Ibid.*, p. 15.

⁴¹⁴ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 73.

⁴¹⁵ Por ejemplo, al inicio de sus *Bases nóéticas para una metafísica no racionalista*, como introducción a su crítica a los grados de abstracción kantianos, Llano menciona que Hegel «suponía que el modo de ser era igual al modo de entender; afirmando al pensamiento como fuente del ser y quedando la metafísica abstraída por la lógica: *las cosas son tal y como las concibo*». C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 21.

⁴¹⁶ Aunque la cita aparece así en *El conocimiento del singular*, claramente hay una errata en el año de edición de la *Filosofía de la praxis*, que es 1967 y no, 1977.

Llano le concede al marxismo de Sánchez Vázquez que el enorme peligro del idealismo consiste en que no le interesa lo que los entes son, sino lo que las ideas concebidas a partir de ellos⁴¹⁸. Así, al explicar cómo, «cuando la teoría elaborada con pretensiones prácticas es impracticable, cae en el difuso terreno de la utopía»⁴¹⁹, acude a él para mostrar que «un fin se deslizará hacia la utopía cuando no responda a exigencias reales»⁴²⁰. Es precisamente en su *Análisis de la acción directiva* que, de la mano del filósofo gaditano, nuestro maestro empieza a abordar el estudio de la naturaleza del entendimiento y las diferencias entre el entendimiento práctico y el especulativo. Ambos coinciden en que «el entendimiento no tiene más capacidad que la de penetrar cognoscitivamente en la realidad y de juzgar sobre ella, no de transformarla»⁴²¹. Ahora bien, la cuestión crucial en torno a la acción es dar con la causa de que el entendimiento, de naturaleza especulativa, pueda considerarse también práctico. En este punto, Llano echa en falta radicalidad en la propuesta de Sánchez Vázquez.

«La respuesta dada por el marxismo no se encuentra en el mismo nivel de radicalidad en la cuestión planteada: el entendimiento no se convierte en facultad práctica por el mero paso “de lo abstracto a lo concreto” (*Filosofía de la praxis*. p. 176). Hay una consideración abstracta y una consideración concreta de la realidad: pero ambas son, por sí mismas, igualmente contemplativas. La consideración abstracta de lo real no es adecuada para la práctica; pero esta razón de negatividad para la práctica en el conocimiento de lo abstracto no otorga una razón de positividad absoluta para la práctica en el conocimiento de lo concreto. Los dos son, de igual

⁴¹⁷ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 74.

⁴¹⁸ Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 106.

⁴¹⁹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 96.

⁴²⁰ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Contribución a una dialéctica de la finalidad y la causalidad*, publicado en *Anuario de Filosofía*. UNAM, 1961, p. 59, citado en C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 96.

⁴²¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 96. El autor admite que «esta concepción del entendimiento como mera y estricta re-producción de lo real se encuentra en la raíz de todo estudio sobre la acción práctica», como lo es el de A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit. Precisamente, acude a él y cita que: 1) «el conocimiento es una reproducción en la conciencia cognoscente de una realidad» (p. 175), 2) «el pensamiento reproduce adecuadamente una realidad» (p. 129) y 3) «lo verdadero entraña una reproducción espiritual de la realidad» (p. 176). Por otro lado, también aquí es la primera vez que plantea la cuestión, que será una contante en su obra; en específico, es el tema fundamental de sus *Bases noéticas para una metafísica no racionalista*.

manera, conocimiento, y, por ende, mera re-producción, y no producción de realidades»⁴²².

Llano perfila la respuesta desde el tomismo e incoa –por primera vez–su teoría de la idea práctica. Veamos la explicación recogida en *Análisis de la acción directiva*. Primero, el autor deja claro que «ningún conocimiento humano es efectivo por sí mismo»⁴²³. Como él mismo aclara, «del imperio del entendimiento humano nada surge en términos de acción práctica; menos aún en términos de creación»⁴²⁴, es decir, lo puramente especulativo –«concepto no efectivo»⁴²⁵, como le llama– es insuficiente para que haya acción práctica y producción; basado en Marx, también así piensa Sánchez Vázquez:

«Mientras la actividad práctica supone una acción efectiva sobre el mundo, que tiene por resultado una transformación real de éste, la actividad teórica sólo transforma nuestra conciencia de los hechos, nuestras ideas sobre las cosas, pero no las cosas mismas»⁴²⁶.

En cambio Llano, basado en santo Tomás, afirma que del entendimiento humano «no procede nada más que la idea en cuanto reproducción, o el juicio en cuanto adecuación “de la idea a la cosa”»⁴²⁷. Y marca distancia del planteamiento marxista de Sánchez Vázquez:

«Marx, en cambio, no cuenta con este antecedente, utilísimo para la recta comprensión de la acción práctica: parte del entendimiento creador y factor (efectivo) concebido al modo de Hegel, lo relativiza a través de Feuerbach, “practicándolo” por sí mismo, ya que su sistema es una limpia practificación de absoluto hegeliano»⁴²⁸.

⁴²² C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 97.

⁴²³ Para ello, Llano se basa en lo que santo Tomás responde a la pregunta sobre si en Dios hay potencia, en siete textos específicos: 1) *S.Th.* I, q. 25, ad. 4 y art. 4, 2) *SCG* I, 43, 3) *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, I, d. 42, q. 1 y d. 43, q. 1, 4) *De potentia*, q. 1, art. 1, ad. 3 y 5) *Quodlibetales*, q. 3, a. 1 y q. 12, art. 2. Cfr. *Ibid.*, p. 97, n. 7.

⁴²⁴ *Ibid.*

⁴²⁵ *Ibid.*

⁴²⁶ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 173. Cfr. capítulo II: «Unidad de la teoría y la práctica».

⁴²⁷ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 97, n. 7.

⁴²⁸ *Ibid.*

Aunque «nadie da el salto a la acción desde lo intelectual abstracto»⁴²⁹, la pureza del ente de razón –especulativo– conlleva una gran tentación para el ser racional, es decir, el hombre, artífice de la acción práctica. La infalibilidad del ente de razón, aunque sólo sea en el plano meramente teórico, se le ofrece como perfecta también en el plano de lo concreto; ante la idea universal, paradójicamente, el hombre se extravía y pierde toda objetividad: la realidad no es como es, sino como la pienso⁴³⁰. Sin embargo,

«el hombre sólo puede actuar habiéndose con los singulares; con universales puede pensar, pero la acción práctica requiere de singulares, como punto de partida, como instrumento de acción, y como punto de llegada final»⁴³¹.

Los singulares protagonizan la actividad humana. Específicamente, para Llano, «la acción práctica consiste precisamente en singularizar en una materia la forma universal pensada»⁴³², esa forma que el idealismo hegeliano se empeña en preservar lejos de cualquier contaminación de lo concreto, en aras del conocimiento del Absoluto que termina por decantarse hacia la matematización de la realidad con el riesgo latente de la inmanencia; dicho con el autor:

«La suposición hegeliana es el fruto maduro de aquel incipiente antropocentrismo, pues Hegel, en cambio, suponía que el modo de ser era igual al modo de entender, afirmando al pensamiento como la fuente del ser y quedando la metafísica absorbida por la lógica: *las cosas son tal como las concibo*»⁴³³.

Pero el mundo de la vida corriente –según la traducción gaosiana del *Lebenswelt* de Husserl, tan socorrida por nuestro filósofo⁴³⁴– es un mundo de singulares concretos. He aquí la verdadera dificultad de la práctica: «concretar en una materia –ignota para mi conocimiento y extraña para mi acción– la

⁴²⁹ *Ibid.*, p. 83.

⁴³⁰ Dicho con Llano, el hombre «prefiere en ocasiones –en muchas ocasiones– el ente de razón a la realidad». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 209.

⁴³¹ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 14.

⁴³² *Ibid.*, p. 77.

⁴³³ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 21.

⁴³⁴ «Este conjunto de realidades vitales recibió de Edmund Husserl el nombre de *Lebenswelt*, que José Gaos tradujo con todo acierto como el mundo de la vida corriente». C. LLANO, *Viaje al centro del hombre*, Rialp, Madrid 2010, p. 79.

forma general pensada»⁴³⁵. Aparece de nuevo la grieta de lo humano tantas veces señalada por Llano; si, por un lado, «la realidad pierde en la matemática peso y color, para reducirse a la mera proporción numérica y dimensional»⁴³⁶, por otro, esa misma realidad compuesta de singulares es, precisamente, el origen del defecto radical de la acción humana: «la carencia de un conocimiento *propio* de aquello que pretende»⁴³⁷.

Sánchez Vázquez también se opuso a la seducción universalista del Espíritu absoluto hegeliano. Para él, «es en la acción práctica sobre las cosas donde se demuestra si nuestras conclusiones teóricas sobre ellas son verdaderas o no»⁴³⁸. Ahí, en la verificación de lo práctico, es donde el idealismo no sobrevive; el verdadero sentido de la praxis se ha perdido en deformaciones idealistas, «hegelianizantes»⁴³⁹. La filosofía idealista de Hegel es, en sustancia, «incompatible con una verdadera filosofía de la praxis, de la acción, de la transformación revolucionaria de lo real»⁴⁴⁰. Y, también, la praxis ha sucumbido a las derivaciones materialistas del marxismo, en detrimento de sí misma, como actividad que posibilita el ser social del hombre, «*en y por*» ella misma. Esto lleva a la falsa concepción de que, por vivir en el mundo de lo político-utilitario –en el ámbito de las necesidades inmediatas y de los actos para satisfacerlas–, el hombre común y corriente está más cerca de la verdadera praxis que el filósofo, quien vive en el terreno de la abstracción pura y, por lo tanto, nunca podrá realizar lo que sólo contempla de manera ideal⁴⁴¹.

«La teoría que por sí sola no transforma al mundo real se vuelve práctica cuando prende en la conciencia de los hombres. De este modo quedan señalados sus límites y la condición necesaria para que se vuelva práctica: por sí sola es inoperante y no puede reemplazar a la acción, pero se vuelve una fuerza efectiva –un “poder material”– cuando es aceptada por los hombres»⁴⁴².

⁴³⁵ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 75.

⁴³⁶ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 24.

⁴³⁷ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 76.

⁴³⁸ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 129.

⁴³⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 16.

⁴⁴⁰ *Ibid.*, p. 101.

⁴⁴¹ Cfr. *Ibid.*, p. 16.

⁴⁴² *Ibid.*, p. 106.

Sin embargo, todo marxismo es hegeliano –incluso el de Sánchez Vázquez– y, por ello, resulta imposible sacudirse el idealismo que entraña. A menos, claro, que se apele al materialismo lo que supondría ceder terreno al utilitarismo pragmático que pretende negarle. Por eso da la impresión de que, en su solución, Sánchez Vázquez toma vías metafísicas. El siguiente texto muestra el intento por dar ese difícil paso:

«La praxis productiva es así la praxis fundamental porque en ella el hombre no sólo produce un mundo humano o humanizado, en el sentido de un mundo de objetos que satisfacen necesidades humanas y que sólo pueden ser producidos en la medida en que se plasman en ellos fines o proyectos humanos, sino también en el sentido de que en la praxis productiva el hombre se produce, forma o transforma a sí mismo»⁴⁴³.

Por un lado, Sánchez Vázquez no deja dudas sobre la naturaleza material de la producción humana, a la que queda reducida toda actividad del hombre. Pero, por otro, parece admitir que el hombre se transforma a sí mismo mediante esa «praxis productiva», lo que supondría, a su vez, admitir cierto carácter metafísico de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ clásica. Veamos cómo Carlos Llano plantea este punto:

«¿Se hace el hombre bueno al producir cosas buenas? Marx dice que sí. Dice textualmente en la *Ideología Alemana*: “Lo que son los individuos coincide con su producción, tanto con los objetos que producen como con la manera de producirse. *Lo que son los individuos depende de las condiciones materiales de la producción*”. Tomás de Aquino responde a este asunto de un modo sustancialmente diverso: la producción sirve para hacer cosas perfectas, pero no para hacer perfecto al que las produce. Y aquí traduzco textualmente: pues “el objetivo de la producción no es la bondad propia del agente humano sino la de su obra”⁴⁴⁴.

Como Sánchez Vázquez ha reducido al hombre a lo material, identifica lo producido con el productor. No se trata de un paso metafísico ni de la aceptación de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ –como verdadera transformación del agente–, sino de

⁴⁴³ *Ibid.*, p. 162.

⁴⁴⁴ C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 27.

la materialización radical del hombre, en el ámbito histórico y, aun, en el ámbito social:

«El papel de la producción –como “condición fundamental de toda historia”– entraña no sólo la producción de bienes materiales y medios indispensables para la satisfacción de necesidades humanas, sino que produce también al hombre mismo, su vida social»⁴⁴⁵.

La historia y la sociedad son materiales porque el hombre es aquello que produce. La esencia humana es la fuerza que le permite a cada hombre transformar la naturaleza; la sociedad es, por tanto, la suma de las relaciones en torno a la producción. Estas formas de intercambio influyen, a su vez, en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Se aprecia ya, en el discurso de Sánchez Vázquez, la dialéctica marxista que da origen a la lucha de clases, que es causa de la revolución:

«En cuanto que las relaciones de producción se convierten en traba para el incremento de las fuerzas productivas, se produce una contradicción que reviste la forma de un antagonismo de clases. La agudización de esta contradicción hace necesaria la revolución, que surge así como una actividad práctica de los hombres –más exactamente, del proletariado– condicionada por cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de la contradicción correspondiente con las relaciones de producción»⁴⁴⁶.

La filosofía de la praxis de Sánchez Vázquez es la revolución comunista de Marx, en la que el comunismo aparece como solución «científica» –y no como mera utopía política– a los problemas sociales provocados por las relaciones de producción entre la clase trabajadora y la clase dominante. Gracias a la filosofía –a la teoría– el hombre común sale de su conciencia ordinaria para convertirse en proletario-revolucionario; sólo así la filosofía es verdadero fundamento de la acción.

⁴⁴⁵ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 137.

⁴⁴⁶ *Ibid.*, p. 138.

«Por medio de la praxis, la filosofía se realiza, se vuelve práctica, y se niega, por tanto, como filosofía pura, a la vez que la realidad se vuelve teórica en el sentido de que se deja impregnar por la filosofía. (...) La praxis es, pues, la revolución, o crítica radical que, respondiendo a necesidades radicales, humanas, pasa del plano teórico al práctico»⁴⁴⁷.

Sin embargo, la teoría sigue siendo teoría; aun formulada como detonante de la revolución, es infecunda. Sánchez Vázquez ve la necesidad de salvar cualquier idealismo dado que no responden efectivamente a los desafíos de su tiempo. ¿Cuál es, entonces, el puente que permite el paso definitivo de la teoría a la acción? ¿Cómo se da la praxis real?

«Por medio de la organización de los esfuerzos, de los actos de individuos determinados, que son, en este caso, los obreros revolucionarios. La organización requiere también un organismo que aglutine y dirija esos esfuerzos conforme a los fines de la teoría revolucionaria. Ese organismo, mediador a la vez entre la teoría y la práctica, es el Partido, que agrupa al núcleo de representantes más conscientes y más consecuentes de la clase obrera»⁴⁴⁸.

Para Carlos Llano, la solución marxista es inadmisibile, por dos motivos. El primero, porque la masificación del trabajador supone la anulación de su propia singularidad –y uso singularidad en el más pleno sentido llanista, como realidad paradigmática: como persona–. Y, segundo, como consecuencia de lo anterior, hay un determinismo que atrofia la creatividad –nacida de la propia singularidad personal– y la capacidad de autodeterminación personales. Se trata de la verdadera enajenación:

«La enajenación radical en el trabajo no se perpetra, como lo supone Marx, cuando el hombre se proyecta en su producto y se le sustrae al convertirlo en mercancía.

La enajenación radical tiene lugar cuando se despoja al trabajo, por sistema, por *organización* [por el Partido], de su dimensión de

⁴⁴⁷ *Ibid.*, p. 106.

⁴⁴⁸ *Ibid.*, p. 143.

directividad. Porque la directividad es la expresión de la autonomía personal en el trabajo, es el reflejo de su racionalidad, de que el hombre en modo alguno –y menos en pro de una presunta eficacia– habría de ser despojado»⁴⁴⁹.

Veamos ahora en qué consiste esta enajenación y sus diferencias con la doctrina llanista en torno al trabajo.

2.– Enajenación y trabajo

Una vez trazados de manera general los rasgos fundamentales del marxismo de Sánchez Vázquez, me ocuparé de esbozar su noción de trabajo, también de manera general, sólo para poder compararla con la de Llano y apreciar las cruciales diferencias entre ambas. Mi interés es estudiar la noción llanista de trabajo y mostrar su naturaleza práxica; ello sólo me será posible atendiendo a esta parte de la discusión entre ambos filósofos.

Sánchez Vázquez le reclama al capitalismo la perversión del trabajo. Si, originalmente, «el trabajo humano es la fuente de todo valor, de toda riqueza»⁴⁵⁰; ¿por qué «el sujeto de esa actividad –el obrero– se encuentra en una situación tan desigual y desventajosa con respecto al capitalista»⁴⁵¹? En vez de ser la actividad del hombre para transformar la naturaleza en su beneficio, trabajar es producir mercancías que terminan por volverse en contra del propio productor: es una actividad enajenada y enajenante.

Esta enajenación responde a tres causas peculiares, esgrimidas por Marx a partir de Feuerbach: 1) la creación de un objeto en el que el sujeto creador no se reconoce, 2) ese objeto creado se le enfrenta al sujeto creador como algo ajeno e independiente y 3) el objeto creado está dotado de un poder que se vuelve contra el sujeto creador⁴⁵². La consecuencia salta a la vista:

«La actividad productiva es una praxis que, por un lado, crea un mundo de objetos humanos o humanizados, pero, a la vez,

⁴⁴⁹ C. LLANO, *El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa*, cit., p. 28.

⁴⁵⁰ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 111.

⁴⁵¹ *Ibid.*

⁴⁵² Cfr. K. MARX, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, W. ROCES (trad.), Grijalbo, México 1958; citado en A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 112.

produce un mundo de objetos en los que el hombre no se reconoce y que incluso se vuelven contra él»⁴⁵³.

El trabajo es, así, la negación de lo humano. Dicho con Marx:

«Mediante el trabajo enajenado el hombre no sólo engendra su relación con respecto al objeto y al acto de producción como potencias ajenas y hostiles a él, sino que engendra, además, la relación en que otros hombres se mantienen con respecto de su producción y a su producto y la que él mismo mantiene con respecto a otros hombres»⁴⁵⁴.

En la enajenación del trabajo el hombre se niega a sí mismo. Por ello es necesario, según apunté, que el obrero se congregue en torno al partido: la organización revolucionaria impide que el trabajador se desposea a sí mismo en su actividad productiva. El partido es el sector consciente del proletariado «al que le corresponde inculcar al resto de la clase obrera la conciencia de su propia misión, y dirigir y organizar su lucha, elevándose sobre sus intereses inmediatos para buscar el interés general de su emancipación»⁴⁵⁵. De hecho, es gracias al partido que la teoría llega a la clase obrera y se funde con la práctica⁴⁵⁶, hasta provocar la liberación del proletariado mediante la praxis revolucionaria que es, sobre todo, una toma de conciencia del obrero. Bajo esta lógica, la libertad humana sólo puede empezar –como defiende Sánchez Vázquez– donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de fines externos al hombre:

«La liberación del hombre –la verdadera libertad humana como desarrollo ilimitado de sus virtualidades prácticas, creadoras– se halla vinculada a la posibilidad de elevar y organizar racionalmente la producción material de tal manera que se reduzca cada vez más el tiempo del trabajo impuesto por necesidad»⁴⁵⁷.

⁴⁵³ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 113.

⁴⁵⁴ K. MARX, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, cit., p. 70; citado en A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 113.

⁴⁵⁵ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 252.

⁴⁵⁶ *Ibid.*, p. 253.

⁴⁵⁷ *Ibid.*, p. 326.

La toma de conciencia que permitirá la emancipación del trabajador se manifiesta cuando el obrero pasa de una praxis reiterativa a una praxis creadora, que es, ésta última, expresión de la revolución. De hecho, según Sánchez Vázquez, la praxis es esencialmente creadora, pues crear es para el hombre

«la primera y más vital necesidad humana, porque sólo creando, transformando el mundo, el hombre –como han puesto de relieve Hegel y Marx desde diferentes ópticas filosóficas– hace un mundo humano y se hace a sí mismo»⁴⁵⁸.

Sánchez Vázquez señala tres rasgos distintivos de esta praxis creadora⁴⁵⁹:

- 1) unidad indisoluble, en el proceso práctico, de lo interior y lo exterior, de lo subjetivo y lo objetivo,
- 2) indeterminación e imprevisibilidad del proceso y del resultado y
- 3) unicidad e irrepetibilidad del producto.

En cambio, la praxis reiterativa o mecánica se diferencia por hallarse a un nivel inferior con respecto de la creadora porque su ámbito es inmutable y previsible, con resultados ciertos. En ella, el hacer es repetir o imitar otro hacer. Por ello, «no hace emerger una nueva realidad humana, y en ello estriba su limitación, y su inferioridad con respecto a la praxis creadora»⁴⁶⁰. La praxis productiva que es el trabajo implica el riesgo de convertirse en una praxis reiterativa, ante las condiciones propias de la producción mecanizada. Para Sánchez Vázquez, el verdadero carácter creador del trabajo –en el que se manifiesta la unidad de conciencia y cuerpo como actividad manual dirigida por la primera– se halla históricamente en el trabajo artesanal, en el cual el sujeto práctico se halla en contacto directo e inmediato con la materia para transformarla. Sin embargo,

⁴⁵⁸ *Ibid.*, p. 203.

⁴⁵⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 205. Dichas peculiaridades se ponen de manifiesto de manera especialmente clara en el arte. Como apunté antes, hay momentos en los que Sánchez Vázquez manifiesta cierto sentido metafísico en su interpretación del marxismo; éste es uno de ellos, con el que Llano coincide: cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 129-137.

⁴⁶⁰ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 211.

«el trabajo es una actividad social cuya función primordial es producir valores de uso para la sociedad, y, en este sentido, el trabajo artesanal se caracteriza por su bajo rendimiento»⁴⁶¹.

La mecanización del trabajo lo ha reducido a mera praxis reiterativa, en la que el hombre es una parte del engranaje, condenado a desempeñar una sola actividad que engendra, en expresión de Marx, el «idiotismo profesional»⁴⁶². El trabajo ha quedado despersonalizado por el capitalismo mercantilista que se ha vaciado en el progreso de los procesos en serie –tecnológicos– en aras de la mayor producción posible para obtener el máximo rendimiento de la inversión. En palabras de Sánchez Vázquez:

«Esta praxis reiterativa absoluta, exigida por el progreso tecnológico en las condiciones sociales en que rige el principio del máximo rendimiento de la fuerza de trabajo en la producción en cadena, se asienta en una mutilación del ser unitario del hombre, mucho más grave que una mutilación física»⁴⁶³.

Sólo a través de la conciencia de clase es posible asegurar que la praxis creadora sea una verdadera actividad revolucionaria del proletariado e impedir que se convierta en praxis reiterativa, a merced de las fuerzas enajenantes del capital. La conciencia de clase supone la capacidad de situar las manifestaciones particulares de la opresión y la explotación capitalistas, englobadas en una visión total que le permite al proletariado orientar sus acciones hacia un objetivo superior al de la simple producción; así, éstas se integran en una praxis reflexiva: buscada y querida⁴⁶⁴. En este esfuerzo, como señalé, es imprescindible la acción del partido como materialización del proletariado.

Ahora bien, ¿cómo responde Llano a estos planteamientos? Por un lado, admite que, usando los términos marxistas, hay una praxis creadora y otra reiterativa, siendo la primera la actividad verdaderamente humana. Por otro lado, también identifica los riesgos que la «filosofía de la praxis» de Sánchez Vázquez implicaba en el contexto de la sociedad mexicana. En buena medida, el desarrollo de su filosofía de la acción encontró su detonante en esos desafíos

⁴⁶¹ *Ibid.*, p. 216.

⁴⁶² Cfr. *Ibid.*, p. 218.

⁴⁶³ *Ibid.*, p. 219.

⁴⁶⁴ Cfr. *Ibid.*, p. 237.

incipientes⁴⁶⁵. Por supuesto, su pensamiento no quedó constreñido en ese momento coyuntural, que le sirvió sólo de impulsor. Como expuse, el trabajo para Sánchez Vázquez queda forzosamente reducido a una relación en la que el obrero está permanentemente sometido, enajenado. Tal es la razón de que el obrero no se proponga ni quiera «producir un valor que exceda al valor de su fuerza de trabajo», por un lado y, por otro, de que el capitalista crea «que al pagar determinado salario está pagando, a su verdadero precio, no la fuerza del trabajo del obrero sino su trabajo mismo»⁴⁶⁶. Por eso es necesaria la intervención de una organización como el partido, que propicie la revolución como consecuencia de la toma de conciencia de clase: el capitalista oprime al obrero y éste debe emanciparse. Sin embargo, para este marxismo la actividad generadora de riqueza está «rota en dos grandes porciones, cada una de las cuales quiere minimizar la importancia de la otra: el trabajo y el capital»⁴⁶⁷.

Esto se aprecia con especial rotundidad cuando Sánchez Vázquez afirma que, con su trabajo, el obrero

«no trata de desplegar su esencia humana en un objeto ni de incrementar el desarrollo de las fuerzas productivas; trabaja para subsistir. Sin embargo, el resultado de su actividad se integra en un resultado global que escapa a su conciencia. Estamos, pues, ante una praxis del individuo concreto, del obrero que bajo el capitalismo vende su fuerza de trabajo –como una mercancía–, que se ve obligado a ponerla en acción durante la jornada de trabajo, que es explotado y que además vive esta relación con su trabajo negativamente, de un modo sordo y confuso primero, y, más tarde, con la conciencia de que se trata de una relación social económica de explotación»⁴⁶⁸.

⁴⁶⁵ Por ejemplo, en sus artículos de la primera década de *Istmo*, en particular, y, en general, la línea editorial que la revista fundada por el autor siguió en sus primeros años, acomete la tarea de responder y dialogar con el comunismo de aquella época. V.gr. «Problemas de la enseñanza en Cuba» (1959), «El socialismo en Occidente» (1961), «Iglesia, familia y Estado en la educación» (1965), «Libertad y compromiso» (1969), «Libertad y autenticidad (1969), «Libertad y fe» (1969) o «Libertad y diálogo» (1969). A esto aludiré más adelante, en el capítulo IV.

⁴⁶⁶ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 285.

⁴⁶⁷ C. LLANO, *El empresario y su acción*, cit., p. 73.

⁴⁶⁸ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 269.

El filósofo gaditano se ve orillado a concluir, con Marx, que el trabajo no es una actividad natural al hombre, sino un efecto perverso de la sociedad capitalista:

«El reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la verdadera producción material... La libertad, en ese terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana. Pero, con ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras, comienza el despliegue de fuerzas humanas que se considera como un fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo, sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo»⁴⁶⁹.

Sánchez Vázquez ha asumido la desarticulación entre tiempo libre y tiempo de trabajo propuesta por el marxismo y, por tanto, admite que la verdadera riqueza del trabajador consiste en tener tiempo libre, momento verdaderamente humano⁴⁷⁰. La emancipación, entonces, le permitirá al obrero desarrollar ilimitadamente sus virtualidades creadoras para

«elevar y organizar racionalmente la producción material de tal manera que se reduzca cada vez más el tiempo del trabajo impuesto por la necesidad»⁴⁷¹.

⁴⁶⁹ K. MARX, *El capital. Crítica de la economía política.*, W. ROCES (trad.), Fondo de Cultura Económica, México 1964 Tomo III. p. 759; citado en A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 327.

⁴⁷⁰ Cfr. A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 327.

⁴⁷¹ *Ibid.*, p. 326.

Sin embargo, Llano detectó las deficiencias de esta ruptura, vista como la pérdida del propio ser cuando éste se rinde ante otro, distinto de sí. Los factores enajenantes serían

«Dios en el caso de la religión, producto en el caso del trabajo, capitalista en el caso del obrero, etc. La plenitud como *llenarse-de*, que es el concepto materialista de propia plenificación, conduce a que todas las posibilidades del espíritu en el orden del *despliegue-hacia* se traduzcan irremediabilmente en peligros de enajenación, cuando pueden constituir, según el caso, óptimos horizontes de enriquecimiento»⁴⁷².

Pero la cuestión permanece: si, según Sánchez Vázquez, la praxis es la «actividad material del hombre que transforma el mundo natural y social para hacer de él un mundo humano»⁴⁷³, entonces el trabajo necesariamente deberá ser praxis creadora y no, reiterativa –como también ha concedido Llano–. Mediante la tecnificación, el capitalismo ha deshumanizado el trabajo: ya no se trata de una actividad del hombre para transformar la naturaleza, sino de proceso mecánicos de producción para obtener el máximo rendimiento mercantil. Sánchez Vázquez evoca a su maestro Gaos para expresar este sacrificio de lo humano en el trabajo como praxis repetitiva, que entraña:

«la destrucción radical de la unidad de la conciencia que proyecta y de la mano que realiza, y, una vez desespiritualizada esta última, se reduce al máximo su capacidad de formar o de adaptarse a un uso infinitamente variado. La mano es privada de su espiritualidad para poder convertirse en un apéndice de la máquina»⁴⁷⁴.

Ahora es indispensable detenerse en la noción llanista de empresa, para, luego, poder explicar cómo se resuelve la disyuntiva que Sánchez Vázquez ha solucionado apegándose al marxismo.

⁴⁷² C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 74.

⁴⁷³ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 13.

⁴⁷⁴ *Ibid.*, p. 219.

a.– La empresa según Llano

Llano entiende a la empresa como *comunidad de personas que trabajan en orden a un fin*. En seguida, detallaré los componentes de esta definición para, luego, delimitar la noción llanista de trabajo, así como la respuesta al reclamo que Sánchez Vázquez hace a esta actividad humana como elemento enajenante. Al final del capítulo, explicaré los dos tipos de trabajo que distingue: el operativo (o productivo) y el directivo. Veamos, pues, paso a paso, los elementos de la noción de empresa tal y como la concibe.

i.– Comunidad de personas

La empresa es una comunidad de personas⁴⁷⁵; su esencia es, como la del hombre mismo, su carácter social. Por eso cabe afirmar que la amistad es la que la posibilita⁴⁷⁶. La empresa es, ante todo, una asociación ordenada hacia un fin compartido. Sin embargo, esto no supone que la empresa sea reductible a lo social, por lo que de compartida tiene; al hacerlo, de alguna manera se caería en el error corporativista en el que incurren tanto la burocracia, el absolutismo mercantil o el marxismo. El acento debe ponerse en la naturaleza de la empresa como comunidad de personas: la empresa es la asociación de las personas que la integran⁴⁷⁷. Llano no admitiría ningún tipo de corporativismo o masificación, ni en el entorno comunitario de la empresa y, ni siquiera, en el ámbito de lo social. La razón es la «superioridad óptica» –permítaseme la expresión, que, por lo demás, es del todo llanista– de la persona:

«Que el hombre sea social no significa que su acción sea directamente sociológica, en el sentido magnificado del adjetivo.

⁴⁷⁵ Cfr. C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 41 y ss.

⁴⁷⁶ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 20 y 58-85. Llano afirma páginas más adelante que «la mejor sociedad es la amistad y que los mejores socios son los amigos». p. 143.

⁴⁷⁷ En el capítulo IV abundaré a lo dicho hasta ahora en torno a la concepción llanista de la empresa. El referido libro de Jiménez –Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit.– analiza a profundidad la noción de empresa según Llano. Por lo demás, la lectura de la exhaustiva tesis de Carlos Ruiz al respecto puede servir a los estudiosos del tema en particular: C. RUIZ GONZÁLEZ, *Elementos para una filosofía de la empresa en perspectiva antropológica. El valor humano agregado a la luz de diversas teorías sobre la empresa* Universidad de Navarra, Pamplona 2012.

Significa que, por lo común, el hombre no actúa directamente sobre las realidades inertes de su entorno, sino sobre otros hombres o con otros hombres. Esto es el sentido real de lo social. Las acciones de las personas, aun las acciones llamadas a los efectos de mayor radio y alcance, se ejercen primero, y a veces únicamente, sobre un estrecho ruedo de otras personas singulares»⁴⁷⁸.

Seré reiterativo: la actividad realizada en la empresa surge de la persona misma, por más que la empresa sea en sí misma una comunidad de individuos. Es decir, cuando Llano afirma que la empresa es una comunidad de personas, lo sustantivo de la definición recae en la persona, no en la comunidad. Dicho con el autor:

«Las empresas mercantiles son comunidades de trabajo, es decir, comunidades de personas (ya que el trabajo es lo más noble de éstas), de manera que no estamos ante una simple propiedad con personas, sino ante una comunidad de personas que tienen una propiedad»⁴⁷⁹.

Me interesa insistir en ello porque la empresa llanista sólo es explicable desde la propia persona: ella es el paradigma del singular y, por lo tanto, algo absoluto. Como afirma: «La realidad verdadera es el hombre. O, por mejor decir, la *realidad* adquiere sentido *real* sólo en referencia con el hombre»⁴⁸⁰.

Ahora bien, la peculiaridad de lo humano radica, de acuerdo con Llano, en su capacidad reflexiva⁴⁸¹:

«La reflexión que el conocimiento hace sobre sí mismo y –a fortiori– sobre sus actividades, es la que origina en nosotros esa realidad humana, quizá la más propiamente humana, que llamamos *intimidad*; el hombre se hace consciente de su propia

⁴⁷⁸ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 27.

⁴⁷⁹ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 65.

⁴⁸⁰ *Ibid.*, p. 17.

⁴⁸¹ «Yo no solamente conozco, sino que sé que conozco. Cuando conozco estoy al mismo tiempo conociendo que conozco; en la capacidad de reflexión es donde más reconocemos nuestra capacidad humana». C. LLANO, *Viaje al centro del hombre*, cit., p. 31. En otro lugar, expresa bellamente qué es la reflexión: «el acto más personal en donde el individuo se *engancha vis à vis* consigo mismo». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 314.

vida interior; adquiere noticia de lo que ocurre dentro de sí; y, finalmente, puede arrancar un proceso de mejoría y perfeccionamiento desde ese interior suyo, y no sólo desde sus resultados externos que son objetivamente observables, pero que provienen por lo general de aquello que acontece en la profunda subjetividad del individuo, lo que la reflexión o examen interior permite conocer»⁴⁸².

Sin embargo, este movimiento del entendimiento sobre sí mismo no ocurre –en el razonamiento de Llano– en virtud del entendimiento mismo, sino, de la voluntad. Y, si la voluntad es la causa de la reflexión, en ella recaerá lo más decisivo de la persona, aun por encima del entendimiento⁴⁸³. Sólo la voluntad es capaz de moverse a sí misma, por más que sea la inteligencia la que le ofrece el bien que ha de elegir⁴⁸⁴. Según afirma el autor –a partir de santo Tomás–, «en el orden natural, la voluntad es omnipotente»⁴⁸⁵. Por eso cabe agregar que,

«si deseamos perfeccionar nuestras decisiones ante bienes limitados y precarios, debemos sin duda perfeccionar nuestra inteligencia para comprender con profundidad lo que realmente de bueno hay en ellos; pero la perfección en esta línea intelectual no habrá de llevarnos a la inacción: hay una connatural debilidad de la inteligencia que no podrá jamás superarse del todo, y que

⁴⁸² C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 66.

⁴⁸³ «La que, curiosamente, moldea y configura a la inteligencia es precisamente la voluntad». C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 11.

En el siguiente capítulo, intentaré mostrar que la idea práctica compete más al ámbito de la voluntad como engarce entre ella y la inteligencia. Por ahora, quisiera mencionar que la atención que Llano puso al acto cognitivo de la reflexión responde a que es, de alguna manera, expresión de la voluntad humana que lleva a la inteligencia volver críticamente sobre sí. La voluntad «puede también volverse (*reflexio*) al entendimiento y ordenarle que piense otra opción o que la piense de otra manera. Ello no siempre es negativo –como suponen los racionalistas– para el hombre y para el entendimiento, ya que éste a instancias de la voluntad posee la alternativa de pensar mejor –con panorama más amplio y plazo de mayor alcance– que lo que antes pensaba. Hemos de tener, pues, presente, que a la reflexión intelectual por la que el pensamiento se perca cómo y con qué fuerza el objeto a conocer domina y dirige al propio entendimiento, ha de añadirse la de la voluntad, gracias a la cual, ésta influye en la tarea cognoscitiva con una fuerza distinta, pero que puede llegar a ser equiparable en poder a la que naturalmente produce el objeto. Lo que decimos a continuación no ha sido, que sepamos, suficientemente destacado en la escolástica: *la reflexión crítica no puede llevarse a cabo con plenitud si no se atiende, en igualdad de rango, a la reflexión volitiva*». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 365.

⁴⁸⁴ Cfr. «La reflexión volitiva», en C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 107 y ss.

⁴⁸⁵ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 108.

nos dejará –si insistimos en movernos en el mero nivel intelectual– en permanentes puntos suspensivos. Se hará preciso el perfeccionamiento de la voluntad que complete, con su determinación, las deficiencias paralelas de los bienes que hemos de elegir»⁴⁸⁶.

Óscar Jiménez ha visto con claridad la radicalidad de nuestro maestro con respecto a la voluntad y apunta que:

«La acción concreta, la teoría práctica concreta, por más concreta que sea, no será real, no llegará al *esse* si no hay una voluntad que mueva al entendimiento a hacer aquello que ha deliberado o pensado»⁴⁸⁷.

Para Llano, «la realidad más íntima e inviolable de la persona es su voluntad»⁴⁸⁸, en la que reside la posibilidad de autodeterminación y la dinámica propia del perfeccionamiento: «el hombre es así señor de su acto volitivo, y gracias a este hecho se hace dueño de sí mismo, pues por la voluntad somos dueños de nuestros actos»⁴⁸⁹. Cabe recordar que en otro lugar, al exponer cómo se forma el entendimiento, Llano manifiesta la importancia de la voluntad como motor de la reflexión:

«Insistimos de nuevo en que, si nos obligaran a condensar los trazos fundamentales de la formación de la inteligencia en poquísimas palabras, nos atreveríamos a decir que la formación de la inteligencia reside principalmente en la formación y uso del conocimiento reflejo [reflexión], con el que nos percatamos acerca de cómo nuestra inteligencia es empujada por la voluntad sea para emitir un juicio erróneo, al margen de realidades consideradas, sea

⁴⁸⁶ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 71.

⁴⁸⁷ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 58. Jiménez parte del siguiente texto: «La idea realmente no produce nada: es causa, sí, de la especificación (*determinación*) de lo producido, pero la producción misma se encuentra allende su virtualidad. La fuerza de la producción es atributo único del artífice –de la causa eficiente– que piensa la idea y produce el artefacto conforme a ella: *nada pensado puede producir nada real, excepto en contextos no aristotélicos, y precisamente hegelianos*. A mayor abundamiento, el propio agente no ejerce su causalidad sólo *mirando* al ejemplar –esto es, por medio de una acción intelectual– sino *ejerciendo su eficiencia*, lo que ya no es sólo intelectual». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 96.

⁴⁸⁸ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 190.

⁴⁸⁹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 101.

para emitir una opinión, con conciencia –conocimiento reflejo– de que las realidades consideradas no son suficientes para el dictamen de un juicio cierto»⁴⁹⁰.

Para nuestro filósofo, el peso de la voluntad es definitivo en la constitución de lo humano y, por ende, del trabajo. Al decidir, a diferencia de lo que propondría el racionalismo –socrático o hegeliano–, el sujeto «no queda en modo alguno al margen de lo decidido, como querría una versión asépticamente intelectualista de la práctica»⁴⁹¹; al contrario: la decisión es el acto que más compromete al hombre consigo mismo o, mejor dicho, el que lo define⁴⁹². Si esto es así, el hombre no es sólo el ζῷον πολιτικόν aristotélico, sino un individuo llamado, por su naturaleza social, a la amistad, como legítima expresión de la voluntad: soy amigo del otro porque quiero⁴⁹³. Encuentro una explicación clarificadora en el siguiente texto:

«Más aún: lo característico del hombre es su *ansia de infinitud*, para cuyo apaciguamiento su propia singularidad es siempre precaria. La falta de compañerismo es no pocas veces signo inequívoco de carencia de la idea de infinito –cualidad para José Gaos definitoria del hombre– y del ansia de infinitud que le correspondiera. [...] La necesidad de amigos –al menos en esa forma incipiente de proceso amistoso que es el compañerismo– se identifica así en el ser humano con la necesidad de apertura»⁴⁹⁴.

En ello radica la dignidad de la persona: ese ansia de infinitud –y la capacidad reflexiva del entendimiento gracias a la voluntad– es, según Llano, la causa de la singularidad del hombre en el universo. En otro lugar, él lo enuncia de la siguiente manera:

⁴⁹⁰ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 48.

⁴⁹¹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 62.

⁴⁹² El autor lo dirá con la feliz traducción que Fernando Inciarte hace de Aristóteles: «para saber lo que tenemos que hacer, hemos de hacer lo que queremos saber». F. INCIARTE, *El reto del positivismo lógico*, Rialp, Madrid 1974, p. 173; citado en C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 76. Llano cita de memoria; *ad litteram*, el texto dice: «para saber lo que tenemos que hacer hay que hacer lo que queremos saber». Inciarte, a su vez, se refiere al siguiente texto: «lo que hay que hacer después de haber aprendido, lo aprendemos haciéndolo» («ἀ γὰρ δεῖ μαθόντας ποιεῖν, ταῦτα ποιούντες μανθάνομεν»). EN 1103a 32-33.

⁴⁹³ «Este querer implica una adición fundamental. No se trata sólo de *querer al amigo*, con todo lo que podría incluir de afectividad, sino especialmente *querer el bien para el amigo*». C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 111.

⁴⁹⁴ *Ibid.*, p. 119.

«El hombre, cada hombre, no es una mera parte del universo. El hombre es, en sí mismo, el universo entero. Es para designarlo rigurosamente, *un todo de sentido*: el hombre no es un caso particular. Cada individuo es ya –él solo– la totalidad, al punto que todo el universo –hablando en un ámbito intramundano– tiene sentido gracias al hombre, a un solo hombre. Y si no existiese el hombre, el universo no tendría sentido. El universo es, así, antropocéntrico, no porque *yo* sea hombre (que es el antropocentrismo erróneo, ególatra, megalománico), sino porque el hombre posee una dignidad de la que carece todo el universo. El antropocentrismo verdadero no se deriva de que *yo* sea hombre, sino de que tengo dignidad; lo cual no engendra sólo derechos, sino sobre todo deberes: el deber de estar a la altura de ese hombre que *soy*»⁴⁹⁵.

Entonces, será inválido pretender atribuir cualquier función a la persona, no porque lo impida un imperativo categórico al modo kantiano⁴⁹⁶, sino por la constitución óptica de la persona misma: es imposible usar a la persona bajo ninguna circunstancia porque no corresponde a su dignidad, vista con claridad por la metafísica⁴⁹⁷. Por el contrario, la primacía de sistemas, métodos y procesos racionalistas supone la erosión de la persona. Dicho con Llano, en el marco de dichos sistemas –en mi opinión, de raíz inmanentista–

«se sustituye el sujeto individual de carne, corazón, cabeza y hueso, siempre misterioso e inseguro, “por el absoluto impersonal

⁴⁹⁵ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 50.

⁴⁹⁶ El autor se percató de los riesgos antropológicos de asumir el imperativo kantiano, cuya raíz modernista supone cierto menoscabo para la prudencia y la autonomía individuales; además, *stricto sensu*, resulta inmoral. Para él, el imperativo categórico «se puede considerar como el más formal, el más vacío de contenido o genérico de extensión de los principios formales. Cualquier acción puede sujetarse a él, tiene la impresión de estarse legislando a sí mismo y al resto de la humanidad. Se trata de un principio que parece dado por la autonomía misma del sujeto. No en el sentido de que él se erija en norma de conducta, sino en el de que ha de conducirse de modo tal que su acción se erija en norma genérica de conducta para mí en el futuro y para los demás en el presente. [...] Si yo tuviera que obrar como lo hicieran los demás, o los demás tuvieran que obrar como yo ahora lo hago, ni mis acciones ni las de los otros podrían sobresalir del conjunto: todos estaríamos condenados a la uniformidad moral. Con esto se evitaría –si se evitase– que hubiese hombres malos, pero a costa de suprimir la posibilidad de que surjan hombres excepcionales, cuya norma de conducta eventualmente no se podría pedir a todos los demás, y no porque fuera indebida, sino por ser excepcional». C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 96.

⁴⁹⁷ Al respecto, el autor ofrece una explicación puntual en: C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, Patria, México 2001, capítulos: «Paradojas de la exaltación vital» «El problema de la muerte y el inicio del siglo» y «La acción subsidiaria macrosocial». p. 127 y ss.

e inhumano de la supuesta objetividad del hombre racional y objetivo, matemático y experimentable, erigido como proyecto científico del mundo". El hombre personal queda convertido, como asentó José Vasconcelos, en "una pueril abstracción de la realidad"»⁴⁹⁸.

Se trata de la raíz del utilitarismo, que reduce al hombre a la función que le es asignada: deja de *ser* para asumir un *hacer-de*. Así, desdibujada su propia dignidad en aras de la función que desempeña, la persona pasa a convertirse en una pieza de recambio, despojada de su carácter absoluto. La consecuencia de dicha pérdida es una indudable ventaja para la estabilidad y funcionamiento del sistema: nadie es indispensable, todos son reemplazables.

«Pero si la pérdida del carácter de persona para adquirir el de pieza de recambio, de *refacción*, como se dice en la jerga automotriz, facilita la estabilidad del sistema, de la organización, de la empresa, incrementa en cambio la inseguridad personal, porque se produce una suerte de *ubicuidad inversa*; no que el individuo, como pieza, pueda estar en muchos lugares, sino que muchos puedan estar en mi lugar. Esto se ha detectado, con acierto, como una de las fuentes de la neurosis de nuestro tiempo. Al quedar cesante, al no tener una función en el todo, la persona deja de ser, y le invade la angustia de su propia nada»⁴⁹⁹.

El equilibrio humano consiste en una armonía que no aniquila lo individual para que perviva la función en el entramado colectivo ni viceversa:

«El hombre no puede desarrollar sus posibilidades, decididas en libertad íntima, ni ceñido a su estricta individualidad ni diluido en anónimas sociedades sin rostro. El hombre no se desarrolla cuando es reemplazado por su función. El desarrollo de las posibilidades humanas no se da ni en el "yo" singularizado, ni en el "alguien" difuso o estatizado, sino en el "nosotros" decidido, que es el vínculo entre dos "yos" libres y autónomos»⁵⁰⁰.

⁴⁹⁸ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 14.

⁴⁹⁹ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 51.

⁵⁰⁰ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 117.

Puede decirse, sin duda, que la asociación de voluntades en aras de un fin común es la concreción de este equilibrio humano, mediante el que es posible el pleno desarrollo de la potencialidad de la persona: por una decisión libre armonizo mi voluntad a otras voluntades. En el fondo, Llano habla del acto más íntimo del ser humano:

«La solución a la masificación actual no se encuentra en la soledad absoluta, sino sólo en aquéllo que es primigeniamente solitario: decidir por sí mismo la propia vida interior, sin importar la igualación externa. En otras palabras, la masificación se trasciende por medio del ejercicio de la libertad en el orden óntico, el único que personifica al individuo»⁵⁰¹.

Tal es la razón de que sólo en las asociaciones humanas suceda lo verdaderamente creativo –motor de la producción– en el fondo originario de la relación de las personas como tales; ahí, en ese *ethos* vital básico, surge la colaboración⁵⁰². Por lo anterior, es válido afirmar que la empresa llanista es una comunidad de voluntades «*que aportan conjuntamente su trabajo directivo, su trabajo operativo y su inversión*»⁵⁰³ para intentar conseguir un mismo objetivo. ¿Cómo se da esa comunión? ¿En qué se distingue el trabajo directivo del operativo? Veamos primero esta división del trabajo.

ii.– Trabajo directivo y trabajo operativo

Llano entiende al trabajo como «una actividad dinámica del ser humano, que brota de él y es expresión natural y primigenia suya, de manera que no podemos transponerlo impunemente a parámetros materiales»⁵⁰⁴. Primero, es una «actividad dinámica» en el sentido de que el trabajo supone la

⁵⁰¹ *Ibid.*, p. 116.

⁵⁰² Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 66.

⁵⁰³ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afectaciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 162. Nótese el hincapié que Jiménez hace en la «aportación conjunta» al subrayar la expresión.

⁵⁰⁴ C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 43.

actualización de cierta potencialidad del agente⁵⁰⁵; dicho con radicalidad, «es una actividad viviente que se da sólo en el trabajo mismo: es un flujo vital»⁵⁰⁶. Segundo, «brota del hombre y es expresión natural y primigenia suya» por esa misma razón: la actividad que es el trabajo es causada por el propio hombre que trabaja, quien pone en acto –por eso es agente– sus potencialidades, convirtiendo al trabajo mismo en una expresión de su ser específico, de su singularidad concreta. Finalmente, dadas estas peculiaridades esenciales, se deduce necesariamente que el trabajo no pueda trasponerse «impunemente a parámetros materiales», pues lleva implicada la esencia del propio agente, irreductible a la mensura material⁵⁰⁷. Lo anterior resulta indispensable para comprender las nociones de trabajo directivo y trabajo operativo en Llano.

Como apunté, en la comunidad de personas que es la empresa, quienes la integran aportan conjuntamente su trabajo directivo y operativo. Llano llama trabajo directivo «al que no está sujeto a reglas fijas conocidas (él es creador de las reglas) y de resultados inciertos; en tanto que el trabajo operativo está sujeto a reglas fijas conocidas y de resultados también conocidos»⁵⁰⁸.

Luego, siguiendo a Aristóteles, explica que:

«el trabajo directivo (aquel que se distingue por no seguir reglas fijas y porque sus resultados son inciertos, aunque implique el deber de acertar), cae de alguna manera dentro del área de la *praxis*, entendida como acción humana cuyas consecuencias repercuten en el propio sujeto que la realiza, más que un objetivo exterior a él»⁵⁰⁹.

El trabajo directivo es una acción típicamente práctica por tres razones: 1) implica una decisión de lo que va hacerse, 2) por ello, afecta intrínsecamente a

⁵⁰⁵ Cuando Llano habla de «dinámica» lo hace en el sentido aristotélico de «δύναμις», como potencia: principio de movimiento o del cambio que está en otro o en el mismo en cuanto otro. Cfr. *Met.* 1019b 15 y ss.

⁵⁰⁶ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 55.

⁵⁰⁷ Por eso, la definición llanista de empresa es práctica, no, poiética: pone el énfasis en el hombre, y no en la actividad del productor ni en las cosas producto de esa actividad. «Reiteramos que la empresa no puede describirse sin error refiriéndonos a ella como el conjunto –más bien diríase aglomeración– de capital, organización y trabajo, como si fueran *cosas* que se conjuntan; ni como trabajo directivo, trabajo operativo y trabajo ahorrado, en donde la empresa se define en términos ya no de cosas sino de *actividades*: porque la empresa es ante todo, básica y genéricamente, dijimos, una *comunidad de personas*, aunque evidentemente no sea ni la única ni la primera». C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 43.

⁵⁰⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 55.

⁵⁰⁹ C. LLANO, *El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa*, cit., p. 20.

quien decide y 3) esa decisión recae, por lo general, en otras personas, es decir, supone transmitirla a otros para que la hagan suya. Y, dado que las consecuencias de toda acción directiva recaen en el agente –o en otros sujetos–, es difícil discernir tanto sus reglas como sus resultados. El trabajo directivo se rige, al final, por lo que establezca el agente a través de su voluntad: por su querer⁵¹⁰. Por otro lado, el trabajo operativo (o productivo) tiene reglas conocidas y resultados estadísticamente seguros, por lo que se mueve en la órbita de la *póiesis*, vertiéndose en el objeto sobre el que opera; así, la actividad productiva –o poiética– proyecta más sus efectos sobre el objeto de la acción que sobre el agente⁵¹¹.

Ahora bien, hay un error latente en esta distinción del trabajo: suponer que esta distinción conceptual se da en la realidad en una tajante división entre directores y operarios. Sin embargo, no hay nadie que detente uno ni otro trabajo en estado puro, lo que sí es real es el conjunto de hombres que trabajan en distintos niveles de directividad y productividad⁵¹²: no se trata de «que unos dirijan y otros operen, sino de que *todos dirijan y operen a su nivel*»⁵¹³. La enajenación que plantea el marxismo es consecuencia de dar por válida esta indebida separación. Por eso puede afirmarse que

«la enajenación radical en el trabajo no se perpetra, como lo supone Marx, cuando el hombre se proyecta en su producto y se le sustrae al convertirlo en mercancía [sino cuando] se despoja al trabajo, por sistema, por *organización*, de su dimensión de directividad. Porque la directividad es la expresión de la autonomía personal en el trabajo, es el reflejo de su racionalidad, de la que el hombre es en modo alguno –y menos en pro de una presunta eficacia–habría de ser despojado»⁵¹⁴.

En la empresa, como comunidad de personas, cada una debe tener el máximo grado de directividad al que apunten sus capacidades y que permita su coordinación con los demás, por más operativo que sea su trabajo:

⁵¹⁰ Cfr. *Ibid.*, p. 21.

⁵¹¹ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 55, C. LLANO, *El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa*, cit., p. 20 y C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 45.

⁵¹² Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 55.

⁵¹³ C. LLANO, *El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa*, cit., p. 27.

⁵¹⁴ *Ibid.*, p. 28.

«La eficacia y la productividad están en razón directa del desarrollo de la capacidad directiva de los hombres que en ellas concurren, y no sólo en razón directa de la planeación u organización del trabajo, impuesta desde niveles superiores, como querría una concepción rigurosamente *taylorista*»⁵¹⁵.

En oposición al marxismo, Llano se asoma al trabajo por la ventana de la metafísica y elimina todo sentido de antagonismo entre la dirección y la operación, entre la organización y los individuos que la componen. Aquí es crucial insistir en que no es una entidad en abstracto –la empresa– la que genera el trabajo, sino personas concretas. Llano expresa lo anterior mediante su ley del efecto: *todo efecto debe ser atribuido a causas individualizadas*. O sea, la empresa nunca actúa por sí misma, son personas individuales la causa de la operación de la entidad llamada empresa.

«Los filósofos medievales, en contraposición a los actuales marxistas, vieron claro, en el análisis de las acciones humanas, que todas las actividades son efecto de personas individuales; que las entidades morales –la sociedad, el Estado, la empresa, etc.– están constitutivamente incapacitadas para actuar por sí mismas, y deben hacerlo a través de los individuos que las componen. Pues bien: es a estos individuos a quienes hay que atribuir el peso del resultado. Tal es lo que nosotros denominamos ley del efecto.

La organización moderna ha perpetrado una penosa perversión de esta ley: los éxitos son atribuibles a la organización, pues sin ellos no podrían haberse logrado, en tanto que los fracasos son sólo atribuibles a los individuos, pues la organización, en abstracto, es infalible. La injusticia de esta interpretación de la ley del efecto invalida cualquier pretensión de dirigir por objetivos.

Hablando de un modo estricto, todo fruto logrado debe atribuirse a los individuos que lo lograron, ya que la organización misma es también un fruto de los individuos: la organización no se genera por sí sola espontáneamente. Es, por tanto, a los individuos a

⁵¹⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 56. Sánchez Vázquez también se opuso contra el taylorismo, casi en idénticos términos: «el taylorismo representa el intento más radical de organizar el trabajo industrial sacrificando toda consideración humana a la eficacia, es decir, a la rentabilidad de la producción». A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 219.

quienes deben atribuirse las acciones que supuestamente lleva a cabo la organización y los resultados que se obtienen con ellas»⁵¹⁶.

De ahí que el trabajo no sea un factor enajenante en ningún sentido, pues, como bien aclara Jiménez Torres, al referirse a la acumulación y ahorro del trabajo:

«Llano afirma que en donde se ahorra el trabajo, donde se acumula, no es en la organización como tal sino en las personas. Llano hace una acotación metafísica sobre la cultura humana que precisamente muestra que sus anotaciones no se refieren sólo a un reducido margen de tiempo sino que se referían a toda la empresa, previo incluso a la llegada de los modernos *software*, internet, redes sociales, etc. El trabajo se ahorra, se conserva y se acumula en las personas, no en objetos materiales o incluso culturales»⁵¹⁷.

Se trata de una visión que exige, para realizarse, la revitalización de los principios filosóficos estudiados por el autor, al que se suma el de la sociabilidad humana como necesidad de complemento mutuo y que permite entender el trabajo también como ocasión de encuentro en una comunidad de personas –la empresa– y, además, como momento propicio para servir a otros, en respuesta al carácter social de la esencia humana. La empresa, afirma,

«no debe separar y aislar a los hombres (los que piensan y mandan; los que ejecutan y obedecen), sino, por el contrario, ser la cristalización misma de la sociabilidad del ser humano como principio de ayuda y complemento en la pluralidad»⁵¹⁸.

⁵¹⁶ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 79 y ss.

⁵¹⁷ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afectaciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 159.

⁵¹⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 56.

iii.- Trabajo de personas en orden a un mismo fin

La comunidad de personas que constituye la empresa está ordenada a unos mismos objetivos que, de manera genérica, pueden enunciarse de la siguiente manera⁵¹⁹:

- 1) proporcionar un servicio a la comunidad social,
- 2) generar un valor económico añadido suficiente,
- 3) generar una compensación humana suficiente y
- 4) lograr una capacidad de auto-continuidad.

Para concluir este breve repaso sobre la empresa según la doctrina llanista, sólo voy a detenerme en el primer objetivo apuntado por Llano, dado que me interesa explicar la naturaleza del trabajo como actividad de la persona individual en un doble ámbito colectivo: 1) el de la comunidad que es la propia empresa –que ya quedó estudiado– y 2) el de la sociedad a la que sirve, que es su punto de partida. Veamos ahora este segundo punto. Según el autor, «la empresa toma como punto de partida la sociedad, depende de ella en todo momento, influye y es influida, determina y es determinada en su presente y en su futuro por la sociedad»⁵²⁰. La empresa sólo lo será si responde en su modo de hacer a esta vocación, digamos, ontológica. Cuando los intereses de una organización se centran en generar riqueza a costa de la sociedad se ha pervertido la naturaleza de la empresa. El reto empresarial, podría afirmarse con Llano, es generar riqueza como fruto del servicio, ante la opción de hacerlo a costa de mermar el servicio que la empresa debe dar a la sociedad⁵²¹. La distinción entre brindar un servicio y generar riqueza no debe llevar a pensar en una contradicción de fines:

«El antagonismo entre el proporcionar un servicio a la sociedad y el generar un valor económico añadido no es más que superficial. El hecho mismo de generar riqueza es un servicio del que no puede dispensarse a la sociedad actual, y será progresivo en la futura, si observamos las tendencias de hoy. Pero tal tendencia se

⁵¹⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 46.

⁵²⁰ *Ibid.*, p. 47.

⁵²¹ Cfr. *Ibid.*

perturba en una empresa cuando ésta genera el valor económico a costa de y no en servicio a la sociedad»⁵²².

En esto radica la sociabilidad natural de la empresa, en su volcarse a la sociedad mediante el servicio:

«El hombre –animal social por naturaleza– sólo se encuentra radicalmente satisfecho cuando se orienta en la línea del servicio a la sociedad. Quien trabaja en la empresa debe saber que –además del beneficio económico que ello le representa– está ejerciendo una función social, y por ella, y sólo por ella, recibe tal beneficio. Pero para que el trabajador sepa que ejerce una función social, la empresa debe, en efecto, ejercerla. Y esto, no sólo por razones éticas, sino también por una elemental razón de subsistencia y, sobre todo, de progreso de la empresa misma»⁵²³.

A la luz de este argumento se entiende que Llano concluya que el trabajo sea un deber de justicia social: «ya Platón dijo en su *República*⁵²⁴ que el mejor modo de cumplir la justicia es el buen desempeño del propio oficio»⁵²⁵. Es decir, uno de los objetivos primordiales del trabajo será el de servir a la sociedad. Mediante esta noción de servicio, Llano resuelve el antagonismo entre individuo y sociedad, entre masificación y egoísmo, remarcado por el marxismo de Sánchez Vázquez como causa de la lucha de clases:

«Pero el trabajo no sirve a la comunidad, digámoslo así, con su mera ejecución, sino que debe mantener la intención de servicio, de manera que el trabajo se encuentre expresamente orientado a la persona a la que se destina: el destinatario del trabajo no puede ser

⁵²² *Ibid.*

⁵²³ *Ibid.*

⁵²⁴ Aunque no los cita, pienso que Llano se refiere a los siguientes pasajes de la *República*: 1) «Cuando más, mejor y más fácilmente se produce es cuando cada persona realiza un solo trabajo de acuerdo con sus aptitudes, en el momento oportuno y sin ocuparse de nada más que de él». 370c, 2) «Cada uno de nosotros sólo será justo y hará él también lo propio suyo en cuanto cada una de las cosas que en él hay haga lo que le es propio». 441d y 3) «Y en realidad la justicia parece ser algo así, pero no en lo que se refiere a la acción interior del hombre, sino en la interior sobre sí mismo y las cosas que en él hay; cuando éste no deja que ninguna de ellas haga lo que es propio de las demás, ni se interfiera en las actividades de los otros linajes que en alma existen, sino que, disponiendo rectamente sus asuntos domésticos, se rige y ordena». 443d. Uso la siguiente edición: PLATÓN, *República*, J. M. PABÓN — M. FERNÁNDEZ GALIANO (trads.), III Vols., Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1949.

⁵²⁵ C. LLANO, *La creación de empleo*, Panorama, México 1995, pp. 154-155.

sólo el propio y mismo trabajador. La *intención de servicio* es perfectamente compatible con la *intención de ser remunerado* por él (los servicios mercantiles son verdaderos y propios servicios, y a veces los únicos servicios), pero son dos intenciones distintas. Prueba es que se puede trabajar –lo que está a la vista de todos– con intención de ser remunerado, pero sin intención de servir. Pues bien, de igual manera se puede trabajar con intención de servicio, sin intención de ser remunerado, o a sabiendas de que la remuneración intentada será frustrada por cualquier circunstancia. Para estos efectos, los mismos resultados se obtienen con una intención inexistente que con una intención existente, pero con conciencia de que puede ser indefectiblemente frustrada»⁵²⁶.

Sólo si se asume que la empresa es una comunidad de personas, donde la persona es la causa y fin de su actividad, se entiende que el servicio a la sociedad sea la finalidad de la empresa; bajo estos registros, el servicio es donación personal:

«La dignidad de la persona nos lleva también de modo necesario al *servicio* –es decir, servicio a la persona– en lugar de la *utilización* –es decir, *uso de ella*»⁵²⁷.

Una vez expuestos los elementos de la empresa llanista, es posible comprender la naturaleza del trabajo y la solución de Llano al problema de la enajenación planteado por el marxismo.

b.– El trabajo y la *πρᾶξις*

Por lo hasta aquí expuesto ya puede anticiparse que la respuesta llanista al reclamo de Sánchez Vázquez se basa en la noción de *πρᾶξις* que Llano encuentra implícita en el trabajo, incluso en el operativo o productivo, por lo

⁵²⁶ *Ibid.*

⁵²⁷ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 174.

que de directividad supone⁵²⁸. El blanco del marxismo es, en última instancia, la empresa como causa de la enajenación del trabajador. Sin embargo, según ha definido Llano, la empresa es una comunidad de personas que responde al servicio a la sociedad; el factor enajenante aparece, en realidad, cuando se priva a la persona de su capacidad de decisión al respecto de su propio hacer, olvidando que el trabajo –dado su valor intrínseco por lo que de *πρᾶξις* tiene– es lo más noble de las personas⁵²⁹. Así, en el orden de la acción, para que el trabajo mantenga su humanidad –su racionalidad– dependerá de que el sujeto conozca y libremente determine el fin por el que trabaja⁵³⁰. Este es el quicio de la doctrina llanista en torno a la enajenación que revisaré a continuación: pretender anular la voluntad del agente en su actividad.

Primero, Llano aclara que, a pesar de que la propaganda condena a la empresa como instrumento principal de la enajenación, hay cierta ligereza y poco detenimiento en esa afirmación:

«Fuera del significado que pueda tener en la terminología jurídica, que ahora no nos interesa, el enajenar (o alienar, como dicen otros, remontándose directamente al verbo latino idéntico), tanto en su modulación transitiva como reflexiva, tiene dos significados: perturbar la razón de alguien –estar enajenado se dice de una persona que está o ha sido puesta fuera de sí por la pérdida de la razón–, o desposeerse de algo. A partir de Marx, que toma el término de Hegel, la enajenación subraya su significado de totalidad: la enajenación es la desposesión de sí mismo, la pérdida del dominio de sí. Las relaciones de producción que regían en la sociedad industrial capitalista de su tiempo perpetraban en el trabajador, según Marx, esta

⁵²⁸ Nicol entendió muy bien que no podía tergiversarse el sentido clásico de *πρᾶξις*; así, exige: «Hay que disolver la moda de la praxis. No porque, como tal moda, sea trivial, y convenga meramente corregir el prejuicio de que el pensamiento moderno ha sido el primero en concentrar su atención sobre este tema. Hay que volver a los griegos para estar al día, indagando *cuál es nuestro quehacer* en el mundo, lo cual significa: *qué es nuestro ser*». E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 26.

⁵²⁹ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 65.

⁵³⁰ «Todo trabajo humano, pues, que cercene de algún modo la presencia permanente de la finalidad, y la libre determinación de ella, cercena lo más propiamente humano del hombre, y hace que ese trabajo sea de algún modo inhumano, deje de ser trabajo para convertirse en acción literalmente ciega. El trabajo consiste en el logro de un fin que el hombre decide por sí mismo y no en el logro de un fin señalado por otro, como sucede en las acciones de los seres no inteligentes. El trabajo no se define, pues, como la consecución de un fin ya fijado, sino que lo medular de él es justamente fijar el fin que quiere lograr. De este modo, el trabajo no es un paréntesis entre la finalidad pretendida y el resultado logrado, sino que incluye a ambos como ingredientes constitutivos intrínsecos e inseparables. Desligar el trabajo de lo que él pretende es dejarlo absolutamente trunco». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 210.

enajenación total, por la que el operario dejaba de ser suyo, para pertenecer a otro»⁵³¹.

Para el filósofo mexicano, el gran error del marxismo –su gran debilidad antropológica– consiste en identificar al productor con su producto⁵³². Si se considera la *póiesis* aristotélico-tomista, resulta un tanto obvio concluir que el producto siempre será externo al agente que lo produce y, por lo tanto, siempre habrá un nivel de enajenación en todo proceso productivo, *poiético*. Pero, el hombre no se define sólo por la función que desempeña como productor al proyectar su *poiéin*; el hombre es, como recuerda el autor,

«un ser con infinita posibilidad que decide lo que va a hacer, y se distingue del animal por su capacidad de decisión. Y el decidir pertenece al orden del *practéin*, no del *poiéin*: porque un verdadero decidir es siempre un *decidir-se*: por mis decisiones me hago bueno o no me hago bueno, al margen de las telas que teja o de los edificios que edifique»⁵³³.

Sin embargo,

«el marxismo desarrolla un sistema (preferimos llamarlo ideológico y no filosófico) que pretende la *liberación absoluta* del trabajador enajenado, es decir, la plena autosuficiencia del hombre, que sólo se logra en la sociedad comunista»⁵³⁴.

Llano analiza el dogma marxista según el cual la empresa es «enajenante», en el sentido de anular absolutamente al trabajador. Si la empresa es enajenante, aclara, no es por las causas apuntadas por el marxismo, sino por «aquéllas en las que, por el contrario, la empresa capitalista y la empresa comunista coinciden dándose la mano»⁵³⁵. Para ello, advierte en la enajenación tres momentos⁵³⁶, que se dan cuando el trabajador:

⁵³¹ *Ibid.*, p. 59.

⁵³² Cfr. *Ibid.*, p. 61 y 142.

⁵³³ C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 28.

⁵³⁴ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 59.

⁵³⁵ *Ibid.*, p. 50.

⁵³⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 61.

- a) se objetiva en el producto y se le sustrae una parte de su precio (enajenación periférica en el orden del resultado económico),
- b) no interviene de ningún modo en la dirección del proceso global productivo, de tal manera que su trabajo –que debería de ser expresión propia de su personalidad– es la realización de un fin señalado por otro (enajenación radical en el orden del fin) y
- c) trabaja por otro motivo distinto al trabajo mismo (enajenación radical en el orden de su finalidad intrínseca).

El filósofo mexicano advierte que la verdadera enajenación sólo ocurre en el momento (c), aunque el marxismo –tal y como se vio en Sánchez Vázquez– haga hincapié en los momentos (a) y (b) y en la sustracción que el capitalismo hace del beneficio del trabajo obrero. La enajenación así considerada excluye, primero, a los demás elementos involucrados en el trabajo; es decir, hay un proceso global productivo del que el obrero también forma parte y, por ello, *stricto sensu*, no habría enajenación tanto como dependencia, que inhiere en el hombre desde su misma constitución como ser social:

«El marxismo interpretó que estas relaciones de poder subsistían gracias a la pervivencia del capitalismo. Pero en realidad, no es el capitalismo el generador de este tipo de relaciones cualquiera que sea la calificación de ellas. El hombre es un ser constitutivamente dependiente, tanto del entorno físico natural como del entorno social. Podría lograr, ante uno y otro, ciertos espacios de autonomía, pero en los límites de ella subsistirán siempre vinculaciones de dependencia, que no sólo no son antihumanas, sino que son útiles para el propio crecimiento de su ser. El hombre puede llegar a ser más de lo que es, y aún mucho más, gracias a esas relaciones de supeditación, que aislado y exento de ellas. Tener un jefe no es una capitidismución *per se* –este supuesto es claramente anarquista–: hay jefes que hacen crecer a sus subordinados, y hay subordinados que pueden alcanzar metas que les serían inaccesibles si no contaran con determinados jefes»⁵³⁷.

⁵³⁷ C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., p. 167.

Por lo tanto, no puede afirmarse que la enajenación esté relacionada con las relaciones de dependencia que se crean en torno al trabajo. Como apunta Llano: «*Dependencia* no es lo mismo que *enajenación*. Si así fuera, el hombre, constitutivamente dependiente, como ser social, estaría destinado a la enajenación sin remedio»⁵³⁸. Por otro lado, al polarizar su aspecto económico, el marxismo ofusca la claridad del hecho de la autoafirmación (antítesis de la enajenación), que no se logra sólo cuando el obrero recibe el precio real de su trabajo, sino cuando se reconoce a sí mismo en su finalidad, lo que elimina a la enajenación radical en el orden del fin⁵³⁹. Jiménez ha resumido pertinentemente la enajenación según la doctrina llanista:

«La enajenación para Llano consiste entonces en la exclusión del trabajador del conocimiento de los fines de su trabajo, que han sido señalados por otro. En el trabajo operativo esto parece ser evidente: un trabajador de limpieza que entra a una empresa no necesariamente tiene que participar en la planeación de los objetivos de ésta, ya que esos estaban predeterminados antes de que llegara el susodicho trabajador. Sin embargo, lo que parece afirmar Llano es que las personas deben estar conscientes de las finalidades específicas y generales de sus labores porque de otro modo su trabajo se haría mecánicamente, lo cual enajena precisamente al trabajador.

Por otro lado, la enajenación que nos parece más relevante es justamente que el trabajador considere que *sólo* trabaja por dinero, y que su trabajo no le perfecciona en nada ni es relevante salvo por la consecución del dinero que obtiene de ello. Esta es la enajenación más importante desde el punto de vista metafísico del ser humano porque, justamente, el trabajo en sí mismo es de suyo una actividad que puede perfeccionar al individuo»⁵⁴⁰.

⁵³⁸ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 62 y ss. Como se vio, el mismo «Partido comunista», por ejemplo, supone una diferencia entre los obreros más aptos para crear la conciencia revolucionaria y una relación de supeditación de los trabajadores hacia los dirigentes del partido.

⁵³⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 63.

⁵⁴⁰ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afectaciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 126. Esto se ve con claridad cuando Llano muestra que aun en el marxismo se admite que la verdadera enajenación ocurre en el ámbito de la persona y no en el de los productos como mercancía ni en el de las relaciones: «Es interesante señalar –porque usualmente se ignora– que para Marx el objeto de la enajenación no podía ser sino el hombre –sólo puede ser enajenada la persona–; e igualmente el hombre es causa única de la enajenación –sólo una persona puede enajenar a otra–. Las relaciones enajenantes entre el *capital* y el *trabajo* se entienden en Marx sólo si se personifican: se trata, en último término, de la

Precisamente, Llano considera que el error en la interpretación de la actividad del hombre consiste en reducir «la finalidad del trabajo humano al lucro económico. El trabajo tiene para el hombre un valor por sí mismo, y no sólo como instrumentalización utilitaria, sea personal (liberalismo) sea social (socialismo)»⁵⁴¹. Para el autor, en el trabajo mismo radica la satisfacción primaria y definitiva del trabajador. Esta afirmación sólo se entiende a la luz de la doctrina clásica de la $\pi\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ ⁵⁴²: sólo en la acción dinámica del hombre hay una verdadera autoafirmación. Fuera de esa esfera de potencialidades no existe subjetividad alguna: todo lo demás es objetivo y, por ello, ajeno al sujeto. Su resultado, por tanto, será la legítima expresión del agente⁵⁴³. Así, Llano podrá sostener con mayor precisión que

«el valor o el precio económico en que el producto será transmutado –aunque revirtiera en su totalidad al operario, lo cual es imposible– no proporcionaría al trabajador más que una liberación periférica y una satisfacción secundaria, por ser ajenas al mismo trabajo. En efecto, en presencia o ausencia del capital privado, el trabajador puede neutralmente padecer la enajenación o no padecerla: esto es un hecho comprobado y admitido. Lo cual nos indica que el problema de la enajenación radical es independiente de la cuestión de la propiedad del capital; el primero es un asunto filosófico en tanto que el segundo es meramente económico, político o ideológico»⁵⁴⁴.

Se vislumbra ya una definición metafísica –óntica, diría Llano– del trabajo mismo como verdadera acción, es decir, como actividad en la que el agente ha superado todo elemento enajenante porque su operación nace de él

desposesión de sí mismo que sufre el *trabajador* por causa del *capitalista*». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 59.

⁵⁴¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 141. Para esta consideración, también he tenido a la vista F. MÚGICA, *El habitar y la técnica: Polo en diálogo con Marx*, publicado en *Anuario Filosófico*, 2/1996, pp. 815-849 y C. TAYLOR, *Hegel y la sociedad moderna*, FCE, México 1983, pp. 97-108. Como se ha visto, Llano advierte la dificultad de Marx para conciliar creatividad y actividad productiva.

⁵⁴² Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 62 y ss.

⁵⁴³ Por eso, junto con la *reflexio*, la decisión es el acto humano fundamental según la doctrina llanista: «Toda decisión expresa una vida interior del sujeto que se vuelve sobre sí para que de él surja lo que haya de decidir, pues el bien considerado no se encuentra con capacidad para decirselo resueltamente». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 71. En ello me detendré a continuación.

⁵⁴⁴ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 63.

mismo. El obrero no puede desligarse de la actividad que realiza, no sólo porque es origen de ella, sino porque también es el fin. Escindido de su actividad, el hombre no sólo se enajena en la esfera del trabajo, sino en cualquier ámbito: está desposeído de sí porque ha perdido su capacidad de directividad: de decisión sobre él mismo. La pérdida de conciencia denunciada por Sánchez Vázquez –que sólo es recuperable gracias al Partido– no es provocada por elementos externos, inevitables en cualquier caso, sino por la incapacidad en el propio agente de definirse a sí mismo a través de su propia actividad, cuyo valor le viene dado por la dignidad del agente que la realiza. Por ello, de acuerdo con nuestro filósofo, «el trabajo es una realidad vinculada antes con la antropología –cómo ser hombre– que con la economía –cómo ganarse la vida–»⁵⁴⁵. Por lo tanto, en objeción al marxismo, sostiene que la enajenación no se perpetra cuando el agente se proyecta en lo producido y se le sustrae de él al convertirse, éste, en mercancía:

«La enajenación radical tiene lugar cuando se despoja al trabajo, por sistema, por *organización*, de su dimensión de directividad. Porque la directividad es la expresión de la autonomía personal en el trabajo, es el reflejo de su racionalidad, de la que el hombre en modo alguno –y menos en pro de una presunta eficacia– habría de ser despojado»⁵⁴⁶.

i.– La acción directiva en el trabajo: reflexión y voluntad

Al superar el verdadero elemento enajenante –abstraerse de la decisión y, con ello, anular su propia voluntad–, el hombre se perfecciona en el trabajo, como actualización de la dinámica humana mediante la directividad –o acción directiva– que ejerza en él. Llano lo explica con el argumento de la causalidad. El error de raíz en el planteamiento marxista es darle todo el peso a la causalidad final en el trabajo, olvidando el resto de las causas⁵⁴⁷. En la doctrina

⁵⁴⁵ C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., p. 149. Jiménez lo expresa atinadamente: «la enajenación es justamente el hastío y la sola esperanza de una remuneración económica al hacer un trabajo». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 127.

⁵⁴⁶ C. LLANO, *El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa*, cit., p. 28.

⁵⁴⁷ Cfr. F. MÚGICA, *El habitar y la técnica: Polo en diálogo con Marx*, cit., pp. 826-828

llanista, al ser una dinámica humana, en el trabajo el hombre es causa final y eficiente. Así, el trabajo es una actividad exclusivamente humana.

«El trabajo se efectúa gracias a la causalidad eficiente humana. Ningún otro ser puede realizar una actividad que reciba la denominación genuina y verdadera de trabajo; las máquinas no hacen trabajo, aunque transformen la naturaleza; por el contrario, son ellas un producto del trabajo humano. Por esto denominamos al hombre como factor práctico. “Factor” no significa aquí “elemento”, que pueda contarse entre los otros recursos utilizados en el trabajo: quiere, por el contrario, tener el vigoroso significado de la causalidad eficiente: al decir que el hombre es factor del trabajo, queremos decir que es el hacedor de él. Pues bien: el hombre no es un elemento o recurso, sino el único factor de la actividad práctica humana»⁵⁴⁸.

Este hecho –que el hombre sea el único factor del trabajo y no sólo un mero elemento o recurso– es posible por la directividad que, en Llano, es aquella acción causada por el entendimiento especulativo y el práctico y por lo decidido, a su vez, por la voluntad, en un doble movimiento del agente: la acción directiva. Como señalé antes, se trata tanto de la *πρᾶξις* aristotélica como de la prudencia tomista; por ello, en la directividad llanista se sintetizan los dos momentos del pensar humano para ejecutar la acción. Llano lo explica en el siguiente texto:

«El entendimiento especulativo tiene siempre un momento, siquiera mínimo, del práctico. Si se me preguntara por ese momento, habría de contestar sin duda que el entendimiento especulativo tiene un importante punto limítrofe con el entendimiento práctico precisamente en el momento de su inicio. Si el entendimiento práctico (en el que incide de manera más expresa la voluntad y con ella se interpenetra) ha empujado al hombre al ejercicio de la acción, empujó con más motivo al entendimiento especulativo, que es la acción paradigmática del ser humano.

Pero de análoga manera el entendimiento práctico (sea ciencia,

⁵⁴⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 65.

sea prudencia), tiene también un momento, siquiera mínimo, de especulación. El diagnóstico de las situaciones reales singulares de las que debe partir el entendimiento práctico ha de ser un diagnóstico contemplativo –que no es lo mismo que generalizante– ya que debe haber en él una dimensión teórica, con vistas a conocer *cómo están objetivamente*, especulativamente, al margen de cualquier fuerza orética, *las cosas*, independientemente de que después, en una segunda fase, claramente diversa, el entendimiento práctico piense *esas mismas cosas* bajo la perspectiva de *cómo deberían estar*, y de qué habría de hacerse para que estén como deben o como quiero que estén, y no sólo cómo están»⁵⁴⁹.

Por lo tanto, de nuevo hay que estar de acuerdo con Jiménez⁵⁵⁰ cuando explica que, para Llano, la prudencia es el conocimiento del singular; según he expuesto, el autor se refiere a ella como directividad o acción directiva. Ahora bien, en la cuestión que nos ocupa sobre el trabajo, el elemento humano de éste no consiste sólo en que la persona es causa de lo producido ni de lo obtenido a cambio de lo producido. El componente humano del trabajo es la directividad del agente, su acción directiva; de ahí que no haya trabajo puramente operativo, pues su ejercicio exige un grado mínimo de directividad a quien lo realiza. Tal es la razón de que aun en el trabajo productivo no exista la sola reiteración, como pretendía Sánchez Vázquez. Según explica Llano:

«La acción directiva no admite reiteración alguna: no trabaja sobre una materia inmutable en sus leyes de constitución. Esto es, en último término, lo que hace que en el director no importe tanto el conocimiento de tipo científico como el conocimiento de índole prudencial, que versa sobre lo que hay que hacer ante situaciones coyunturales siempre cambiantes, con los “hábitos” o capacidades prácticas que lo acompañan y respaldan; en otras palabras, es esto lo que exige que la acción directiva tenga una marcada relación con una acción interna personal por la que el hombre se modifica a sí mismo, pues tiene que suplir, con la agilidad y penetración de sus capacidades, la inestabilidad de lo exterior u objetivo sobre lo

⁵⁴⁹ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 22.

⁵⁵⁰ Cfr. Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 217 y ss.

que trabaja, que le obliga a ser creativo desde sí mismo»⁵⁵¹.

Así, ahora puede afirmar contundentemente que «la acción directiva es, sin duda, una acción creadora»⁵⁵². La razón se encuentra en el siguiente texto, que me sirve ya de conclusión anticipada:

«El hombre adquiere su mayor grado de desarrollo por la creación, no por la reiteración. Si el hombre sólo crea por necesidad, su superación está dependiendo de la presencia de necesidades. La acción directiva es un salto, a otro nivel, en este proceso de superación humana pues obliga al hombre a superarse no sólo frente a las necesidades, sino frente a las oportunidades de acción. De ahí nuestra insistencia en el sentido de que todo trabajo del hombre debe tener un cierto grado al menos de directividad, con la consecuencia práctica de que la eficiencia no depende tanto de la perfección de la acción operativa cuanto de la profusión de la acción directiva en todos los niveles de la empresa»⁵⁵³.

Cuando el hombre trabaja debe involucrarse –*interpenetrarse*, diría con expresión de Llano– en su actividad mediante la acción directiva⁵⁵⁴; de ello depende que no quede reducido –a sí mismo, por renunciar a decidir en su trabajo– a una mera máquina o un simple ejecutor de lo decidido por otro. Trabajar supone para el hombre la opción de perfeccionarse, por lo que de práctico conlleva. Lo anterior no es irrecusable: el hombre puede optar por renunciar a comprometerse con su trabajo. La clave del trabajo es la doble hélice que conforman entendimiento y voluntad. Se trata de un movimiento –que Llano ejemplificaba con el de la sístole y la diástole cardiacas– que permite reflexionar sobre la propia actividad del trabajo y que depende de conocer lo

⁵⁵¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 131.

⁵⁵² *Ibid.*, p. 128. En otro lugar, Llano explicará que: «La originalidad es, quizá, la cualidad más propia de la acción directiva, supuesto que de ella parte toda otra acción, que ya no sería directiva sino subsecuente... La filosofía nos pone en contacto con la forma más válida de la originalidad. No consiste ésta en pensar o actuar de un modo que se distingue del de los demás, como suele entenderse, ni aun para buscar la sorpresa o la ventaja sobre las actuaciones usuales.

Es original, en cambio, quien conoce o rastrea el origen, el punto de arranque de aquello que tiene entre sus pensamientos o entre sus manos; quien se remonta a los principios de cualquier cuestión, y la repiensa personalmente desde ellos; el que no se contenta con las respuestas dadas, sino que quiere formular las más iniciales preguntas». C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 4.

⁵⁵³ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 135.

⁵⁵⁴ Se trata de la inclusión, explicada por Llano en C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., pp. 167-202.

que se hace y, por supuesto, por qué y para qué se hace. Repito: la verdadera enajenación del trabajo sucede cuando el hombre deja de decidir en torno a su propia actividad, tanto en el nivel del conocimiento, como –sobre todo– en el de la voluntad. La enajenación total es «la desposesión de sí mismo, la pérdida del dominio de sí»⁵⁵⁵. Por lo tanto,

«el hombre, en su actividad efectora humana, tiene que estar condicionado por el objetivo, para lograrlo, de modo que el objetivo, desde su preeminencia final, preside y gobierna a la práctica y por tanto al hombre. Pero el objetivo debe ser señalado por el hombre, y es imposible fijarlo si él no se incluye en el objetivo mismo»⁵⁵⁶.

Sólo así es comprensible el siguiente texto de Llano:

«El trabajo va más allá de su mera dimensión económica (ganarse la vida) y de su mera dimensión psicológica (autodesarrollarse). Si no fuera así, no pasaría de ser una manifestación más del egoísmo humano, como tantas veces lo es. Todo trabajo, cualquier trabajo (incluyendo el no remunerado) debe entenderse como un menester social, como la mejor contribución del hombre a la comunidad. Según lo dijimos en el desarrollo de la persona, el hombre contará con muchas formas de servir a la sociedad, pero difícilmente alguna de ellas podrá erigirse en sustituto de ese servicio prototípico que se logra mediante un trabajo bien hecho»⁵⁵⁷.

Para él, la primera finalidad del trabajo es el perfeccionamiento del agente que lo realiza; por eso ha dicho que 1) el trabajo es la actividad más noble de la persona y 2) es la mejor contribución del hombre a su comunidad. Esto es así porque el trabajo es, primordialmente, trabajo interior – $\pi\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ –. Llano criticó repetidamente la pérdida de este sentido del trabajo en aras de un exacerbado pragmatismo eficientista, cuyo objetivo no es ya el hombre, sino la producción de mercancías:

⁵⁵⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 59.

⁵⁵⁶ *Ibid.*, p. 65.

⁵⁵⁷ C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., pp. 154-155.

«La desaparición del *practéin* –del trabajo interior– fue descrita con agudas expresiones por Agustín de Hipona, hace mil seiscientos años, y con palabras que quizá no encuentren mejor contexto que nuestra presente sociedad impersonal, en donde todos hacemos cosas, y nos parecemos a las cosas que hacemos (en lugar de que las cosas se parezcan a nosotros), perdiendo así el cuño de la propia individualidad: tal parece, decía el de Hipona, *que el bien del hombre consistiría en hacer buenas cosas, con excepción de sí mismo*. Todo se perfecciona a mi alrededor: mi automóvil, mi máquina de escribir, mi calculadora, menos yo»⁵⁵⁸.

III.– Conclusión

Derivado de lo expuesto hasta aquí puede decirse que el trabajo es la actividad práctica *par excellence*. Según quedó mostrado, para Llano, el protagonista de dicha actividad es el hombre mismo que la realiza –el agente–; no el entorno de estructuras donde sucede, sino, el ámbito más íntimo de la persona, el que corresponde a su capacidad de decisión⁵⁵⁹. Además, en la persona repercuten los primeros y últimos efectos del trabajo: ella es origen, doble vía –de proyección y retorno– y destino de su actividad.

Recuérdese que Carlos Llano no concibe ningún momento en el que pueda haber una actividad que sea exclusivamente poiética ni exclusivamente práxica: por más productiva que sea, cualquier *ποίησις* supone una oportunidad para que el agente reflexione y decida, creativamente, sobre aquello que hace, convirtiendo esa operación en una *πρᾶξις*. Lo humano de la acción radica tanto en la creatividad –fruto de la reflexión–, como en la

⁵⁵⁸ C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 26.

⁵⁵⁹ Siguiendo a Aristóteles (*EN* 1094a 1), Llano explica la relevancia que en orden al trabajo tiene el principio teleológico de la acción: «Por fortuna no se ha perdido aún el valor, el sentido del antiguo adagio filosófico según el cual todo ser que actúa, actúa por causa de un fin. Si las acciones, en efecto, no persiguieran ninguna finalidad, el conjunto de todas ellas sería un caos sin vestigios racionales. Lo que sí se ha desdibujado modernamente es el sentido prioritario y absoluto que el fin tiene. Afectados como estamos por una orientación básicamente técnica de la vida, damos más importancia, insensiblemente, a la ejecución externa de las acciones, que a su finalidad, olvidando, sin quererlo, que es de la finalidad de donde la acción arranca, y de donde la acción toma su inteligibilidad: aunque sea lo último en la ejecución (la ejecución termina cuando el fin se alcanza y se logra), el fin es lo primero en la intención del que actúa». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 210

perfección del agente mediante su actuar; pero, ello no ocurre al margen de la operación, sino en armonía con ella⁵⁶⁰. El autor lo explica así:

«Las tareas humanas, en cuanto tales, no se ejercen de manera unívoca y reglada, como se impone en las tareas técnicas, sino que contienen por naturaleza la ambigüedad e indeterminación inherente al hombre que las realiza. Cada acción *personal* se enfrenta ante muchas posibilidades, cuya valoración encierra un alto grado de dificultad, y esa misma valoración, también en algún grado, depende del protagonista que las desarrolla. Por ello mismo, las cuestiones sobre las que versan las humanidades no tienen respuestas plenamente coincidentes, pero tampoco plenamente dispares, ya que la persona es una realización concreta e irreplicable, sí, pero de una naturaleza, la humana, que es algo común a todas esas diversidades y aun a los antagonismos personales»⁵⁶¹

La *reflexio* llanista se halla en el centro de la actividad praxica, tanto conocimiento como causa de un hacer, incluso productivo. Con Eduardo Nicol podría afirmarse que ésta no es

«conocimiento cualquiera, sino el conocimiento que versa sobre el ser cognoscente, como la praxis virtuosa re-vierte sobre el ser actuante. En suma: *el hombre es la incumbencia del hombre, en el saber y en la acción conjuntamente*»⁵⁶².

⁵⁶⁰ Llano explica específicamente esta armonía entre ποιησις y προαξις al referirse al proceso creativo: «La creatividad admite grados: y parece que en la acción directiva el grado de creatividad es superior al que se requiere para la acción productiva (aun cuando se trate de la creación de una técnica). La creatividad directiva, por ejemplo, para aprovechar el uso de un ordenador electrónico se encuentra en un grado superior al de la creatividad que supone sólo el producirlo. Precisamente por falta de creatividad directiva, la humanidad aprovecha ahora técnicas y productos creados –descubiertos, inventados– hace cincuenta años, y tardará en utilizar dentro de cincuenta o cien años los que hoy se producen en “laboratorio”. El mencionado caso de las computadoras electrónicas es típico: la empresa tardará quizá un siglo en aprovechar y en lograr que la sociedad aproveche con plenitud lo que ya se ha hecho técnicamente en esta materia.

Hemos hecho intencionalmente la afirmación de que en general, por la característica que estamos analizando (imprevisibilidad del proceso y del resultado), la creatividad de la acción directiva es de un grado sensiblemente superior a la que requiere la producción. En general, porque, en particular, hay acciones directivas verdaderamente mediocres (cerca de la reiteración), en tanto que se dan acciones productivas (no sólo en los genios artísticos sino en los técnicos) con un elevadísimo grado creador». *Ibid.*, p. 132.

⁵⁶¹ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 103.

⁵⁶² E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 51.

Por eso, mientras que para nuestro maestro «el hombre no es un elemento o recurso, sino el único *factor* de la actividad práctica humana»⁵⁶³, para Sánchez Vázquez, «lo distintivo de la actividad práctica radica en el carácter real, objetivo, de la materia prima sobre la cual se actúa, de los medios o instrumentos con los que se ejerce la acción, y de su resultado o producto»⁵⁶⁴. De ahí la necesidad, para él, de que teoría y práctica mantengan una unidad en una «praxis total» basada en la transformación, cuyo producto definitivo es el «hombre social». Así,

«independientemente del grado en que cada individuo, grupo social o sociedad participe en esa praxis total, ella es la actividad por la que el hombre se produce o se crea a sí mismo. Aunque el objeto de la acción humana no sea directamente el hombre –como acontece en la praxis productiva o artística–, toda forma específica de praxis se integra en un proceso práctico universal de producción del hombre. Concebida así, esta praxis total, a través de sus avances y repliegues, zigzags o estancamientos, tiene un carácter creador. Gracias a ella, históricamente, el hombre se ha elevado frente a la naturaleza, y ha surgido ese mundo específicamente humano de la cultura material y espiritual»⁵⁶⁵.

En esta dialéctica, la conciencia filosófica de la actividad práctica constituye una superación de aquella otra concepción «espiritualista», según la cual el hombre es un ser que se explicaría sólo por su espiritualidad y que es, en sí misma, contraria al «desarrollo impetuoso de la praxis productiva material»; para Sánchez Vázquez, «lo humano no está unilateralmente en lo teórico, sino en el hombre como un ser teórico-práctico que se afirma como tal en y por la praxis»⁵⁶⁶. Con este materialismo, el filósofo gaditano pretende recomponer lo humano, cuya realidad ocurre en esa tensión permanente entre teoría y acción. Al mismo tiempo, sostiene que la transformación de la naturaleza por el hombre no puede ser aislada de la transformación del hombre mismo⁵⁶⁷, lo cual

⁵⁶³ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 65.

⁵⁶⁴ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 159.

⁵⁶⁵ *Ibid.*, p. 324.

⁵⁶⁶ *Ibid.*, p. 326.

⁵⁶⁷ *Ibid.*, p. 324.

necesariamente supondría admitir la noción clásica de *πρᾶξις*, con la que ha roto. Se trataría de asumir un efecto «espiritual», dicho con Sánchez Vázquez, próximo a lo que recuerda la filosofía aristotélico-tomista a través de Llano: el hombre es una tarea para sí mismo. La persona se transforma como fruto de su acción y en ello coincide con Llano, gracias a la actividad práctica material el hombre se produce a sí mismo: «el aspecto positivo del trabajo es evidente, porque al formar cosas, forma y forja al hombre mismo»⁵⁶⁸. Como asegura:

«Frente a la realidad, la acción práctica (esto es, el hombre que desea cambiarla) no puede ser sólo teórica, contemplativa, especulativa u objetiva: pues ha de considerar no sólo lo que la realidad es, sino lo que quiere que sea, lo que quiere hacer con ella. Y el querer arranca individualmente del hombre como respuesta personal a aquello que conoce. Ciertamente será sin duda que mis intenciones prácticas sobre el futuro de la realidad, lo que quiero hacer con ella –acción–, han de estar encuadradas en la condición actual y fundamental de la realidad misma, tal como es: ello constituye la primera condición de la eficacia de la práctica; pero así como debo ser objetivo al considerar la realidad, no *puedo* serlo al pretender cambiarla»⁵⁶⁹.

La diferencia, según se explicó, consiste en que para Sánchez Vázquez, el capitalismo ha cooptado al trabajo y ha convertido al producto de la acción del obrero en mercancía, privando al trabajador: 1) de la riqueza debida por la ganancia obtenida y 2) de la oportunidad de plenificarse mediante el trabajo como praxis creativa; la tecnología en manos del capitalista para aumentar la producción y disminuir los costos anula la creatividad, esencia de la verdadera actividad humana. Ante el desafío de la enajenación del trabajo planteado por Sánchez Vázquez, Llano responde con la tesis de la directividad. El siguiente pasaje es un buen resumen de lo anterior:

⁵⁶⁸ *Ibid.*, p. 68.

⁵⁶⁹ C. LLANO, *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*, cit., p. 94. Ya se perciben aquí los efectos de su teoría de la idea práctica, sobre todo, al incoar las nociones de futuro y proyecto: «mis intenciones prácticas sobre el futuro de la realidad, lo que quiero hacer con ella –acción–, han de estar encuadradas en la condición actual y fundamental de la realidad misma, tal como es: ello constituye la primera condición de la eficacia de la práctica; pero así como debo ser objetivo al considerar la realidad, no *puedo* serlo al pretender cambiarla».

«La acción técnica posee un carácter objetivo y universal para cuyo acceso el hombre debe, de alguna manera, prescindir de sí mismo. La acción técnica está más condicionada al objeto que le es referente que al sujeto que constituye su causa. La desposesión de sí mismo que ha de practicar el hombre al diseñar y ejercer las operaciones técnicas constituye a la par una suerte de despersonalización, centralizándose en lo que Hegel llamara *espíritu objetivo*, rompiendo el lazo característico que une al operado con el sujeto operador.

Por esta causa, la técnica, que es útil para la transformación del mundo, resulta inútil para la transformación de la persona individual e insuficiente para su conocimiento. Nos puede proporcionar una visión *monoscópica* del ser humano, pero no *estereoscópica*, como nos la ofrecen las humanidades, y que es la exigida por una sociedad abierta, pluralista y policéntrica, como la única que será idónea para superar la modernidad.

La acción directiva, en cambio, hace una referencia estrechísima al sujeto que la ejerce y –esto es lo más importante– no se ejerce sobre objetos o cosas, sino sobre otros sujetos que, en todo caso, se referirán a los objetos. En su virtud, no podemos acceder a la esencia de la dirección, como actividad humana, más que por el hilo conductor de las humanidades, que tratan sobre los temas centrales del ser humano»⁵⁷⁰

Nuestro maestro se asomó a la literatura para mostrar la riqueza óptica del trabajo como actividad eminentemente práxica y, por ello, radicalmente humana. Recuérdese que él identifica tres niveles de enajenación: 1) cuando el trabajador se objetiva en el producto y no recibe la parte correspondiente de la ganancia, 2) cuando el trabajador no decide sobre el proceso de producción y 3) cuando el trabajador trabaja sólo por el salario que percibe y no por el trabajo mismo. Al explicar cómo se da la liberación de los elementos enajenantes del trabajo, señala:

«La liberación de estos elementos enajenantes del trabajo, sólo se da liberando la enajenación señalada en el tercer nivel. Sólo entonces el hombre trabaja para el hombre. Para llegar a ello, es

⁵⁷⁰ C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 102.

necesario, generalmente, que se logren las liberaciones de los niveles a) y b); pero sólo con ellos el trabajador sigue enajenado, porque trabaja –para– otro: sea para lograr lo que otro quiere; sea para lograr lo que otro gana, en términos económicos, sea para ganar algo diverso del trabajo mismo. Más aún: se da el caso patente de quien, continuando enajenado en los niveles a) y b), logra su liberación en el tercer nivel, cuando encuentra sentido en el trabajo mismo que realiza, sea cual fuere su fin externo, tal vez impuesto, y sea cual fuere el beneficio económico que el fruto del trabajo le reporte. La crítica literaria no ha prestado atención, creemos, al hecho antropológicamente más profundo de “Un día de Iván Denisovitch” de Soljenitsin; en el día de Iván Denisovitch sólo hay un momento en que él es él mismo: cuando trabaja en su oficio de albañil poniendo un ladrillo sobre otro; y el momento más triste de su día no es el de abandonar el clima vegetativo del lecho, con toda la dureza con que se describe, sino la hora en que Iván pasa a ser un recluso precisamente cuando, al toque de sirena, llega el momento del descanso, y deja de hacer un trabajo paradójicamente forzoso»⁵⁷¹.

Como escribió el Nobel ruso en su relato, para el protagonista

«salir a trabajar significaba todavía media reclusión, uno obtiene algo caliente y no queda tiempo para reflexionar. Pero reclusión total significa: sin trabajo»⁵⁷².

Sin embargo, según recuerda Nicol, el marxismo plantea la cuestión «en los términos de una disyuntiva: o *pensar* la realidad o *actuar* para transformarla»⁵⁷³ y, por ende, la dicotomía llega a la acción: o se actúa para sí o se actúa para otro. Sin embargo, *stricto sensu*, «la única realidad susceptible de sufrir un cambio por la acción humana es justamente la realidad humana: eso que llamamos mundo, incluyendo el ser mismo del hombre»⁵⁷⁴. Llano tiene claro que la actividad humana sucede a caballo, permítaseme la expresión, entre

⁵⁷¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 61.

⁵⁷² A. SOLZHENITSYN, *Un día en la vida de Iván Denisovich*, Círculo de Lectores, Barcelona 1970, p. 12.

⁵⁷³ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 21.

⁵⁷⁴ *Ibid.*, p. 18.

lo universal necesario y lo particular contingente. Por esta razón, no es admisible la ruptura que termina por plantear el marxismo de Sánchez Vázquez, al contrario: el escenario de la acción humana es analogable al movimiento de sístole-diástole del corazón. Así, con el autor debe afirmarse que

«la convicción práctica de que el universal y el particular se encuentran armónica e íntimamente unidos en la dinámica de la praxis, nos hizo considerar con cuidado la relatividad de lo que llamamos entendimiento especulativo y lo que llamamos entendimiento práctico»⁵⁷⁵.

El acierto de Llano consiste, precisamente, en considerar la acción humana sin fragmentarla; pero sí distinguiendo sus momentos y componentes específicos. El problema del marxismo, en cambio, es que «intenta inútilmente conseguir la practicidad del entendimiento mediante la línea puramente intelectual de hacerlo cada vez más concreto⁵⁷⁶; con lo que resulta infinito, igual que la flecha de Zenón o la tortuga de Aquiles: no hay nada verdaderamente fuera de la realidad; todo lo demás no es sino un proceso idealista hegeliano»⁵⁷⁷.

En este punto, Sánchez Vázquez ha visto también que la acción humana no puede ser mera reiteración –de hecho, el autor se apoya en él para analizar el proceso creador⁵⁷⁸–. Para el gaditano, la praxis no sólo es la «actividad material humana, transformadora del mundo y del hombre mismo»⁵⁷⁹, sino que termina por ser verdadera acción moral y, por tanto, «a diferencia en esto de la acción productiva, nunca se mide por el éxito y no tiene tampoco, en consecuencia, por qué arredrarse ante el fracaso, aunque obviamente esté obligada a tomar nota de los fracasos y a evitar que los errores que los originaron se repitan»⁵⁸⁰.

Sánchez Vázquez admite cierta metafísica en su filosofía materialista de la praxis; incluso, ha afirmado taxativamente que toda actividad humana es expresión de «una praxis total cuyo resultado o producto es, en definitiva, el hombre social mismo»⁵⁸¹ (quizá sea la fuerza del significado original de $\pi\rho\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$

⁵⁷⁵ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 22.

⁵⁷⁶ Cfr. A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 176.

⁵⁷⁷ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 114.

⁵⁷⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 129 y ss.

⁵⁷⁹ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 324.

⁵⁸⁰ J. MUGUERZA, *Adolfo Sánchez Vázquez: filósofo español en México, filósofo mexicano en España*, en *Filosofía y circunstancias*, Anthropos-UNAM, Barcelona 1997, p. 20.

⁵⁸¹ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 324.

que late en la misma palabra que Sánchez Vázquez ha cargado de materialismo y a la que le ha arrebatado hasta la tilde). Como bien advirtió Ramón Xirau, la praxis de Sánchez Vázquez puede llamarse creación espiritual⁵⁸².

Sin embargo, las diferencias entre ambos a este respecto son claras. Llano expresa contundentemente la razón que hay tras la fuerza creativa de la acción:

«El hombre adquiere su mayor grado de desarrollo por la creación, no por la reiteración. Si el hombre sólo crea por necesidad, su superación está dependiendo de la presencia de necesidades. La acción directiva es un salto, a otro nivel, en este proceso de superación humana pues obliga al hombre a superarse no sólo frente a las necesidades, sino frente a las oportunidades de acción. De ahí nuestra insistencia en el sentido de que todo trabajo del hombre debe tener un cierto grado al menos de directividad»⁵⁸³.

Esta razón es de índole metafísica: a diferencia del modo de ser del objeto –medible, constante y calculable– el modo de ser del sujeto es abierto y, por lo tanto, su acción es verdaderamente creativa. Llano explica la diferencia entre la acción productiva y la acción directiva en estos términos:

«La acción productiva cuenta con una materia y en su primer acto creador elabora una idea sobre ella, para transformarla. La acción directiva no cuenta –podríamos decir– con nada: el director no cuenta, como el artista, con una materia: debe comenzar por procurársela, tal vez por encontrarla, por conseguir los recursos para adquirirla y modificarla, por crear los sistemas de distribución para su uso; quizá, hasta crear la costumbre del uso mismo. De nuevo llegamos, así, al mismo punto: en la acción directiva lo que cuenta, fundamentalmente, es la capacidad creadora, que no sólo se exige por el carácter contingente y variable de los hechos de donde parte, sino también por la mínima entidad estable de esos hechos, que son su *subiectum*»⁵⁸⁴.

⁵⁸² Cfr. R. XIRAU, *Prólogo*, en *A tiempo y destiempo*, México 2003, p. 10.

⁵⁸³ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 131.

⁵⁸⁴ *Ibid.*, p. 132.

La noción de proyecto, que analizaré más adelante, es comprensible bajo estas consideraciones.

«El proyecto se refiere a la acción de los sujetos como tales. La acción que desencadenan, y el proyecto mismo, es *práxico*: no puede por tanto considerarse como algo objetivo, en algún modo ajeno a quienes lo realizan (que es lo distintivo de la acción *poiética*). Debemos precavernos contra el peligro de reificar, cosificar el proyecto, porque los sujetos que lo instauran se cosificarían a su vez. El proyecto es, sin duda, en cuanto idea, la representación de una realidad todavía ajena, que colocamos frente a nosotros, más allá de nosotros, detrás de nosotros (porque el proyecto, al referirse a personas, tiene un fuerte coeficiente de historia)»⁵⁸⁵.

De nuevo, es imposible no acudir a Eduardo Nicol, quien vio con claridad esta relación entre proyección, creatividad y $\pi\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$:

«La sabiduría se practica, no sólo se piensa. Pensarla también es praxis, pero ésta se convierte en ciencia [filosofía] cuando el objeto práctico es el hombre. Para cada cual, la sapiencia práctica consiste simplemente en saber lo que hace: en proyectar las acciones, en arbitrar y utilizar los medios adecuados para un fin práctico. Toda praxis es un pro-pósito del hombre, una pro-yección de su ser hacia el exterior. La filosofía descubre que esa proyección se puede orientar hacia el interior: *el ser del hombre puede convertirse en un fin práctico de su propia existencia*»⁵⁸⁶.

Para terminar, me parece necesaria una última consideración sobre el trabajo en Llano como actividad que actualiza la dinámica humana. Como he expuesto en esta recapitulación, para Llano la acción directiva es $\pi\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ en el sentido de autotransformación. De acuerdo con lo anterior, la *prâxis* conlleva al mayor logro de la vida humana; podría decirse entonces –con expresión de Nicol– que la acción directiva llanista no es una opción del actuar humano, sino

⁵⁸⁵ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 161.

⁵⁸⁶ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 48.

un «impuesto ontológico»⁵⁸⁷. Por eso, el trabajo, como actividad privilegiada del hombre, no puede realizarse al margen del propio hombre; es decir, el trabajo no es una actividad ajena a la propia vida humana: no se vive para trabajar ni se trabaja para vivir. Como escribe nuestro maestro:

«El trabajo ha de ser en sí mismo compensador: ha de revertir sin intermediarios al hombre que trabaja, por lo que implica de desarrollo de capacidades, de auto-realización y de logro. La ausencia de estas implicaciones no podrá ser suplida nunca –y menos aún en el futuro– por la compensación económica. Se atisba en el horizonte una aproximación al trabajo por el trabajo mismo, como instrumento de propio desarrollo, y un abandono del concepto de trabajo como mero instrumento para la obtención de compensaciones ajenas a él. Esto es, se atisba ya un trabajo cuya finalidad es la afirmación de uno mismo y el cumplimiento de una misión en el mundo, con lo que se arranca de cuajo la enajenación radical, más radical aún que la enajenación económica descrita por Marx»⁵⁸⁸.

Llano examina dicha dinámica –verdadera tensión entre lo concreto y lo universal– mediante su teoría de la idea práctica, que explicaré a continuación.

⁵⁸⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 62.

⁵⁸⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 50.

Capítulo III

La idea práctica: el realismo llanista y la causa ejemplar

Luego de explicar el sentido, límites y alcances de «acción directiva» y «práctica» en el pensamiento llanista, paso ahora a exponer la teoría de la idea práctica de Carlos Llano, quien descubrió muy pronto la enorme dificultad que supone para el hombre llevar a la realidad lo que en su pensamiento aparece con claridad. Llano se percató de la preponderancia que –en orden a la acción– solía otorgársele a la perfección de la idea concebida por encima de la realidad lograda a partir de ella. Su crítica al racionalismo apuntaba, sobre todo, a mostrar los riesgos de anteponer lo pensado en detrimento de lo realizado al momento de actuar o hacer. A partir del realismo aristotélico-tomista, dialogó con Platón, Descartes, Kant, Hegel y Marx. La preocupación sobre las posibles implicaciones para la acción derivadas del idealismo le llevaron a ahondar en los postulados racionalistas. Además, con la mira puesta en el *De malo* de santo Tomás, Llano vio en su experiencia directiva que la claridad del entendimiento no bastaba para acertar en la realidad. El hombre podía quedarse petrificado al instalarse en las certezas universales y necesarias provenientes de un racionalismo matemático.

El realismo de Llano sostiene que matematizar las decisiones humanas –suponiendo que sólo así adquieren racionalidad y, por ende, están avaladas para su óptima realización– va en detrimento de la acción en una especie de inmovilidad científica: la posibilidad de actuar del artífice mengua ante la constatación de que la idea –tal y como la pensó– es perfecta y es imposible que corresponda a esa perfección en su realización. La transposición de las reglas del pensamiento matemático al plano de la acción conlleva graves consecuencias porque «hay algo que no es ni estrictamente racionalizable, ni latamente matematizable: *lo que quiero lograr*»⁵⁸⁹. Nuestro filósofo comprendió muy bien la distancia que separa a lo pensado de la existencia; dicho con la imagen de la que tantas veces se sirvió: «siempre se dará una **grieta** insalvable entre la idea humana y la realidad»⁵⁹⁰.

⁵⁸⁹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 78.

⁵⁹⁰ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 75. Veinte años antes lo había escrito casi de manera idéntica: «entre el proyecto y la realización, entre la estrategia y el logro, existirá siempre una **grieta**». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit. p. 51 (las negritas son mías en ambas menciones).

En este capítulo me propongo hacer lo siguiente: 1) describir los rasgos fundamentales de lo que llamo *realismo llanista* –a partir de su teoría del conocimiento⁵⁹¹–, para 2) sobre esa base, explicar la definición de «idea práctica» y, luego, 3) aclarar que la ejemplaridad de la idea práctica no se agota en el ámbito de la producción. Al final, haré algunas precisiones en torno a la causalidad y la ejemplaridad en Llano. Para ello me apoyaré fundamentalmente en cinco fuentes principales: 1) el libro germinal *Análisis de la acción directiva*, 2) la tetralogía *Bases noéticas para una metafísica no racionalista* 3) *Etiología de la idea de la nada* y, por supuesto, 4) el artículo de la revista *Tópicos*⁵⁹² en el que el autor perfiló su teoría expuesta en 5) *Sobre la idea práctica*⁵⁹³.

I.– El realismo llanista

Como indiqué en el primer capítulo, desde el inicio de su andadura filosófica y hasta la publicación de su último libro, Carlos Llano adoptó el realismo como posición crítica; un realismo que no sólo dependía de los sólidos cimientos neotomistas de su formación en Roma, sino que también encontraba un punto de apoyo en su lectura y prolongado estudio de los clásicos griegos y, hay que recordarlo, de William James. Luego, a partir de esa base fue incorporando a su pensamiento elementos de la filosofía vitalista y la fenomenología, fruto de sus estudios en la UNAM y gracias, sobre todo, a José Gaos, su otro maestro⁵⁹⁴.

⁵⁹¹ Aclaro que la teoría del conocimiento de Carlos Llano no es objeto de esta tesis. Sin embargo, es indispensable referirme a ella para enmarcar debidamente su teoría de la idea práctica. Este es el motivo de que no quepa aquí un estudio exhaustivo de las *Bases noéticas para una metafísica no racionalista* ni de las fuentes a las que Llano acude para sustentarlas. Mis referencias a la tetralogía y al *Conocimiento del singular* son sólo de apoyo.

⁵⁹² C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit.

⁵⁹³ Aprovecho para recordar que estoy usando la segunda edición (Pamplona: EUNSA, 2007) y no la primera (México: Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., 1998). El motivo, como ya mencioné, es el prólogo que preparó Llano para aquella edición y que da amplitud al contenido del libro que, por lo demás, se mantiene idéntico al de la edición mexicana.

⁵⁹⁴ Llano siempre reconoció en Garrigou-Lagrange y en Gaos a sus dos grandes maestros; al respecto de este último, como mencioné, ya otros han escrito sobre ello, por lo que no me detendré en ahondar al respecto más allá de las referencias ya consignadas o aun ésta misma, y las citas pertinentes hechas por el mismo Llano. A quien desee conocer más sobre la influencia de Gaos, recomiendo el libro de Óscar Jiménez *Diálogos llaneanos* (EUNSA, 2017), al que he aludido antes. Sin embargo, quisiera agregar un matiz de Héctor Zagal sobre el particular: «Gaos también puso a Llano frente a Heidegger. [...] Lógicamente, el acercamiento de Llano a Heidegger está filtrado por el prisma gaosiano. El énfasis está puesto, por ende, en el carácter existencial de *Ser y tiempo* más que en su aspecto fenomenológico. Años más tarde, sin embargo, Llano se interesó por el pensamiento de Edith Stein. [...] La lectura de Stein, discípula directa de Edmund Husserl, abrió a Llano algunos aspectos de la fenomenología que no había conocido a través de Gaos». H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., p. 41-42.

El de Llano, en suma, es un realismo original. Y, al usar el adjetivo «original», me apego a la definición del término dentro de su doctrina, es decir, como la apelación al origen, a las causas de la realidad estudiada⁵⁹⁵. La novedad en el planteamiento de los problemas y el modo de aproximarse a ellos para intentar resolverlos no viene dada por lo estridente de la respuesta, sino por su radicalidad –*radix*–, es decir, por su capacidad de mantenerse en la raíz, que es la persona misma. Para nuestro maestro, originalidad y creatividad se trenzan como dos cuerdas inseparables con la profundidad necesaria para descubrir y entender los motivos de cada acción, y que no teme incorporar lo que otros han hecho antes, porque la verdadera novedad proviene del agente mismo; porque el entendimiento del hombre,

«abierto a todas las cosas –como ya advirtió Aristóteles–, y sus manos, capaces de todas las operaciones –como señaló Anaximandro–, hacen que cada operación humana pueda, ella sola, inaugurar la operación de toda la especie. Para expresarlo a nuestro modo, **el hombre está siempre inaugurando su acción**, incluso en las operaciones más tradicionales y hasta rutinarias»⁵⁹⁶.

Pues bien, Llano descubrió muy pronto las coordenadas dentro de las cuales se movería su pensamiento⁵⁹⁷. Al realismo aprendido en el neotomismo⁵⁹⁸

⁵⁹⁵ El pensamiento original será aquél hecho «por cuenta propia, sin dar lo escuchado como supuesto, sino acudir a la fuente de los hechos de donde brota el conocimiento. La *originalidad* consiste en remontarse al origen de los conocimientos, sin recibirlos ya *cocinados*». C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 13. Así, es original –o se conduce o piensa con originalidad– «quien conoce o rastrea el origen, el punto de arranque de aquello que tiene entre sus pensamiento o entre sus manos; quien se remonta a los principios de cualquier cuestión, y la repiensa personalmente desde ellos; el que no se contenta con las respuestas dadas, sino que quiere formular las más iniciales preguntas». C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 4.

⁵⁹⁶ C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 10 (las negritas son mías). Al explicar el pensamiento creativo, Llano ponía un ejemplo para ilustrar que una buena parte de los errores en la acción se deriva de no haberse planteado las cuestiones con la debida originalidad: «Filósofo y director era aquella persona que sorprendió a los consejeros de una empresa textil fabricante de toallas, que estudiaban en prolongada sesión las causas del descenso de ventas de sus productos, a pesar de tener objetivamente más calidad en lo suyo –su capacidad de secado– que los de la competencia que los estaban desplazando del mercado. –“Es que estas toallas no son para secar.” El filósofo se había colocado en un punto de vista distinto al acostumbrado; había pensado con originalidad. Y, en efecto, después de remontarse al origen, los consejeros coincidieron en que los usuarios de aquellas toallas, a pesar de serlo, no tenían como finalidad secar, sino ¡decorar el baño de huéspedes! La acción cambió de rumbo: habían pasado del ramo de textiles al ramo de decoración sanitaria». C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 5.

⁵⁹⁷ Ya en su tesis había establecido su postura filosófica: «No debemos sumergirnos negligentemente en un mundo de pensamientos conceptuales: viviríamos en un mundo idealístico. El conocimiento de la existencia del ser se nos impone no ya de derecho, sino de hecho». C. LLANO, *Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción.*, cit., p. 107.

Llano imprimió su experiencia –fuera del terreno propiamente filosófico– fruto de su trabajo en los negocios familiares y de su actividad en el ámbito de la educación universitaria⁵⁹⁹. En ambas esferas plasmó lo que luego expondría en su teoría de la idea práctica⁶⁰⁰. Su pensamiento fue ensanchando su alcance, no sólo debido a su paso por la UNAM ni a sus permanentes discusiones con Platón, Ockham, Descartes, Kant, Hegel y Marx, sino, además, a su estudio y posterior diálogo con autores contemporáneos de muy diversos ámbitos, como Peter Drucker, Russell Ackoff, Rensis Likert, Niklas Luhmann, Pierpaolo Donati o Francis Fukuyama.

Con todas sus implicaciones debe decirse que la filosofía de Llano encuentra en la realidad –en el ser–, no sólo su objeto de estudio, sino su punto de arranque, método y destino. Así, su pensamiento es también un esfuerzo por mostrar los límites de un inmanentismo⁶⁰¹ que amenaza con socavar el mundo vital del hombre, «el mundo de la vida corriente»⁶⁰², y, en su órbita especulativa, a la filosofía misma. A partir de ese realismo –que con todo derecho puede calificarse de *llanista*– enfrentó al idealismo de la modernidad y al pragmatismo funcionalista de inicios del siglo XX, ambos tan sugestivos. El primero, porque para el hombre tiende a instalarse intelectualmente en conceptos ajustados a sus prefiguraciones internas, que pensar realidades ajenas a él⁶⁰³. Y, el segundo, casi por el mismo motivo, dado que nos exime de la ardua decisión interior:

⁵⁹⁸ Aunque fue materia del capítulo I, llamo de nuevo la atención en la impronta que Garrigou-Lagrange dejó en Llano; en la obra del francés se leen repetidamente voces aplicadas al campo de la gnoseología, que él incorporó a su discurso filosófico –«armonía», «misterio», «asombro»– e hizo suyo el *realismo moderado* de Aristóteles y santo Tomás enseñado por su maestro dominico. Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El realismo del principio de finalidad*, cit..

⁵⁹⁹ Bajo su impulso nacieron distintas instituciones educativas y de formación; además, encabezó la creación de empresas editoriales, de producción y distribución de alimentos y de asistencia social; además, fue miembro de los consejos de administración de varias empresas y miembro fundador de la Comisión de Derechos humanos del Distrito Federal, en México. Cfr. R. RUVALCABA PEÑA, *Pensamiento de Carlos Llano. Antecedentes filosóficos y la antropología contenida en su teoría de la acción directiva.*, cit., pp. 35-44, H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., pp. 35-56, y los artículos publicados en la revista *Istmo*: C. RUIZ GONZÁLEZ, *Empresario profesor de empresarios*, publicado en *Istmo*, 288/8/2007, pp. 38-42, G. STEIN, *Para una dirección eficaz del cambio*, publicado en *Istmo*, 288/8/2007, pp. 24-30 y *Montepío Luz Saviñón*, publicado en *Istmo*, 311/6/2010, pp. 72-75.

⁶⁰⁰ Recuérdese que para Llano «la filosofía no es estrictamente un conocimiento o una ciencia ya hecha, sino más bien una tendencia, una disposición innata del hombre. Lejos de ser un acopio seguro de conocimientos enciclopédicamente armados, se presenta como un deseo o una tensión, que tiene más de intento que de logro, más de búsqueda que de encuentro, o –como dice su origen etimológico–, posee, en último término, más de amor que de sabiduría, más de *philía* que de *sophía*» C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 1.

⁶⁰¹ Llano es fiel a la voz neotomista para llamar así al enclaustramiento del sujeto en su propio conocimiento, derivado de negar que lo primero que conoce el entendimiento es la realidad.

⁶⁰² «El mundo de la vida corriente, de la familia, de la amistad, de las relaciones gratuitas y voluntarias constituye el ojo de agua, origen de una corriente impetuosa e incontenible de valores que constituyen la verdadera medida del hombre». C. LLANO, *Viaje al centro del hombre*, cit., p. 90.

⁶⁰³ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 269.

«si sólo hay proyectos que deben compulsivamente hacerse, mis infinitas posibilidades, que lo fueron inicialmente en el orden del espíritu, se trasladan indebidamente al orden de la materia, y el activismo se configura entonces como un afán sin freno de hacer cosas para satisfacer no ya necesidades, sino demandas innecesarias en una cadena tristemente infinita en la que quedamos todos esclavizados»⁶⁰⁴.

Sobre los fundamentos de su realismo estableció una dilatada interlocución con la modernidad y el marxismo; posturas que –a su juicio– a pesar de sus pretensiones, acabaron por anular a la persona: tanto el comunista como el liberal no consideran al individuo, sino a abstracciones –sea el proletariado, sea la clientela⁶⁰⁵–; sin embargo, un tumor cancerígeno no se instala en la humanidad, sino en el cuello de un hombre concreto⁶⁰⁶.

Llano señaló que el punto de encuentro de ambos extremos era, precisamente, el olvido del ser⁶⁰⁷. Para él, la realidad no sólo es cimiento, sino revestimiento de toda su filosofía; por ello su insistencia en que la actitud mental básica para acercarse al mundo debe ser la del asombro, como la de

⁶⁰⁴ C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 28.

⁶⁰⁵ «Ni Marx ni Adam Smith saben decirnos cuándo se encuentra el final concreto (en términos reales) de sus teorías: en qué momento sobrevienen su anunciados mundos edénicos. Incurren en la más evidente falla de un mal gobierno: *proponen un plan sin plazo*. El socialismo y el liberalismo, en el fondo de sus impacencias temporales, no son tanto *utópicos* cuanto *anacrónicos*. Nos vemos forzados a admitir sus teorías como quien admite a los geómetras que las paralelas se juntan en algún lejano punto del infinito». C. LLANO, *El empresario y su acción*, cit., p. 117.

⁶⁰⁶ Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 96.

⁶⁰⁷ «Los grandes errores modernos provienen de polarizarse en una antropología que deja a la metafísica en la cuneta, para recogerla después, ciertamente, pero ya destripada –y perdónese me la desagradable metáfora– requiriendo trabajosas cosidas y suturas...; o, más propiamente, parches». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 12.

quien tiene ante sí algo distinto de sí⁶⁰⁸, y no, como sugiere el inmanentismo de raíz cartesiana, la de la duda⁶⁰⁹.

Según este inmanentismo la realidad siempre aparece desdibujada, como una mala copia de –digámoslo así por el momento– entes de razón perfectos⁶¹⁰. Ante tal obnubilación, el único asidero posible para la mente es el que ofrecen las matemáticas, con la seguridad y certeza de un conocimiento universal y necesario, al margen de cualquier variable, y a partir del cual el pensamiento obtendrá el rigor necesario para construir el mundo fuera de él y entenderlo. A ese idealismo –desde Platón hasta Hegel– no le interesa saber qué son los entes, «sino lo que las ideas de ellos les dicen»⁶¹¹. Llano criticó los riesgos derivados de este inmanentismo, para el que las ideas existen separadamente de la realidad, en el pensamiento del sujeto pensante. Al inicio de sus *Bases noéticas para una metafísica no racionalista* explica el origen de este error, que estriba en confundir dos modos de separación –inmaterialidad–: el de la metafísica y el de la matemática. Para Platón, la idea era $\chi\omega\rho\iota\sigma\tau\acute{o}\nu$ de manera real y universal; y eso era así, precisamente, por ser idea, «constituida como ente aparte en un mundo inmaterial»⁶¹²: la idea de lo existente existe. Por lo tanto,

⁶⁰⁸ Para quien desee ahondar en este matiz del pensamiento llanista, recomiendo el profundo estudio: C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit.. Ahí, Llano amplía y profundiza su análisis del principio de contradicción, abordado en su tesis de 1952. Al respecto, un apunte de Jiménez Torres ejemplifica lo que acabo de anotar: «Para Llano, el estudio del origen de la idea del no-ser es clave a fin de formular el principio de contradicción (llamado así congruentemente por él, porque indica la *contradicción* entre la afirmación del ser y del no-ser), punto de partida de nuestro conocimiento intelectual. El estudio es lo que su nombre dice: una *etiología*, es decir, un análisis de las *causas* de tal idea del no-ser. Llano desarrolla pacientemente varias posibilidades etiológicas de la idea de la nada: la privación, la contingencia, la ausencia y la otredad. Aristotélicamente dicho, primero pone el *qué es*, para después preguntarse por el *por qué es*. Todos esos fenómenos mencionados son un indicio o signo del cauce de la investigación. Sin embargo, dentro de estas posibilidades, el autor se pregunta cuál es el *motivo*, la *ocasión* o incluso la *causa* principal de que el hombre conciba inexplicablemente este concepto de la nada, que en la obra él llega a calificar de “sinistro”». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 112.

⁶⁰⁹ El pensamiento para Llano debe partir de la admiración, en eso consiste el realismo: en una posición de humildad ante lo real «La admiración nos saca de nosotros, pues nos arrastra hacia la búsqueda de las causas que expliquen el suceso –que haya ser– que nos admira». En cambio, el modo de pensamiento que nace de la duda encierra al sujeto dentro de su propia atmósfera mental. Este modo de pensar es el que corresponde al inmanentismo. Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 44.

Sus estudiantes recordamos sus gestos al explicar en clase que al ser –a la sustancia– había que aproximarse con mucho cuidado, para que no se nos escapase; una expresión muy suya recogida, además, en varios lugares: «Hemos acorralado a la sustancia rodeándola de predicados, y cuando conocíamos su lugar exacto, cuando la teníamos entre las manos, desaparece». C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 44.

⁶¹⁰ Entiendo por ente de razón al que se concibe al modo del ente no siendo en sí ente, como en la definición de Juan de Santo Tomás que el autor suscribe y a la que agrega: «La definición imprecisa de los entes de razón podría resumirse diciendo que se trata de objetos ideales que carecen de aptitud para existir». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 97 y ss. Llano cita la *Lógica* de Juan de Santo Tomás: II, q. 2, a. 1. A esto volveré más adelante al explicar la definición de idea práctica.

⁶¹¹ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 105.

⁶¹² *Ibid.*, p. 20.

«no hay distinción existencial entre el *λόγος χωρίς*, concepto-sin (materia), y el *ὄν χωριστόν*, ente separado (de la materia): el universo conceptual coincide, en el mundo de las ideas, con el mundo real»⁶¹³.

La metafísica realista considera los entes separados de la materia; no considera sin materia a los entes materiales⁶¹⁴. Al identificar el concepto sin materia con el ser separado de la materia, Platón –y, con él, el inmanentismo posterior– identifica también la metafísica con la matemática: si hay algo que puede pensarse sin materia, es porque existe sin ella⁶¹⁵.

1.– El *atolladero* intelectualista

El *εἶδος* platónico –observa Llano– entraña un «atolladero»⁶¹⁶ para el conocimiento. La sensibilidad se interpone entre lo conocido y la mente que supuestamente debe conocer aquello; parece que, de origen, el hombre está impedido para conocer la realidad y ante él sólo hay un desfile de tenues

⁶¹³ C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 61.

⁶¹⁴ Cfr. *Ibid.*

⁶¹⁵ «Platón suponía que el modo de entender era igual al modo de ser: *concibo las cosas tal como son*, y por ello declaraba *xoristón* a cualquier objeto que pudiese abstraerse de la materia, pero mantenía la subordinación de la inteligencia al ente. La suposición hegeliana es el fruto maduro de aquel incipiente antropocentrismo, pues Hegel, en cambio, suponía que el modo de ser era igual al modo de entender, afirmando al pensamiento como fuente del ser y quedando la metafísica absorbida por la lógica: *las cosas son tal como las concibo*» C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 21. Antes, Llano explicó el error de principio que consiste en confundir ambos modos de separación, esto es, de inmaterialidad: «Absoluta divergencia, decimos, o al menos tanta como la que existe en Platón y Aristóteles. Pues para el primero, la idea era *xoristón* por ser idea, constituida como ente aparte en un mundo inmaterial; en tanto que para el segundo el verdadero y propio *xoristón* es el ente que no depende en su ser de la materia, el cual, *como idea*, no existe más que en la cabeza. A este error alude precisamente Aquino, en un pasaje de la Lección que comentamos: “por causa de que algunos no entendieron la diferencia... cayeron en el error, considerando que los objetos matemáticos y los universales están separados –*separata*– de lo sensible, como el caso de los pitagóricos y los platónicos”. *Ibid.*, p. 20. El entrecomillado es de santo Tomás: *In Boet. II*, q. 1, a. 3, c. Uso la edición referida por Llano: TOMÁS DE AQUINO, *Exposición del «De Trinitate» de Boecio*, J. A. FERNÁNDEZ – A. GARCÍA MARQUÉS (trads.), EUNSA, Pamplona 1986.

⁶¹⁶ Llano acude a la expresión usada por Cornelio Fabro en su estudio sobre la cogitativa tomista («Quedan, como vías prácticas para salir del atolladero, la asociación de las ideas –digamos imágenes– y las funciones del lenguaje». C. FABRO, *Percepción y pensamiento*, EUNSA, Pamplona 1978, p. 237): «Ya atisbamos antes que este problema, este *atolladero*, diría Fabro, comenzó con la escisión racionalista llevada a cabo por Descartes entre experiencia sensible y pensamiento, enfermedad que se convirtió en grave cuando sobrevino su falsa curación con la tentativa kantiana de unificar ambos extremos en una síntesis trascendental». C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 92.

sombras de las «ideas», cuya apariencia en la materia se las evoca, aunque en su plenitud «la realidad» permanezca inalcanzable para su inteligencia:

«De un lado está el Ideal, “lo divino [θείω], imperecedero [ἀθανάτω], inteligible [νοητῶ], cuya Forma es una [μονοειδεῖ], indisoluble [ἀδιαλύτω] e idéntico siempre y de la misma manera consigo mismo [καὶ ἀεὶ ὡσαύτως κατὰ ταῦτὰ ἔχοντι ἑαυτῶ ὁμοίωτατον]”; frente a ello, el mundo de los fenómenos, “humano, mortal, de formas múltiples, ininteligible, sometido a disolución y nunca idéntico a sí mismo”»⁶¹⁷.

Entonces, al hombre no le queda más que ponerse al amparo de la ciencia para desentrañar al universal, que es lo único real, el ámbito del εἶδος, que existe al margen de lo singular sensible. Si lo universal «es por definición algo *xoristón*, separado de lo individual, esto es, ontológicamente: ¿cómo puede quedar inmiscuido entre lo particular y contingente?»⁶¹⁸. Llano recupera, entonces, el planteamiento propuesto en el *Fedón* sobre cómo se da el vínculo entre dos mundos de suyo irreconciliables para, a partir de ahí, indagar sobre el modo intelectualista de Platón –adoptado luego por Descartes– de aproximarse al problema. En el diálogo se lee el cuestionamiento de Sócrates a Simias:

«¿Cómo logra, por tanto, la mente (el alma) alcanzar la verdad? Pues cada vez que quiera examinar algo con la ayuda de los sentidos, resulta claramente engañada. [...] ¿No es el razonamiento matemático (λογίζεσθαι) más que ningún otro donde el alma llega a alcanzar claridad acerca de algo real? [...] Y el razonamiento matemático resulta más perfecto cuando la mente no es turbada por el oído, la vista, el placer, el dolor o cualquier otra afección de otro tipo; cuando se encuentra tan sola como le es posible y despreocupada del cuerpo; cuando teniendo el mínimo contacto o relación con el cuerpo busca la realidad»⁶¹⁹.

⁶¹⁷ G. M. A. GRUBE, *El pensamiento de Platón*, Gredos, Madrid 1973, p. 44. El entrecorillado dentro de la cita corresponde a *Fedón*, 80b 1-5.

⁶¹⁸ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 91.

⁶¹⁹ El diálogo entre Sócrates y Simias aparece en 65a 9-67e 2. El pasaje que cito es 65b 8-65c 9. Uso la traducción recogida en G. M. A. GRUBE, *El pensamiento de Platón*, cit., p. 41; para la versión en griego acudo a PLATÓN, *Apología de Sócrates / Fedón*, E. RAMOS JURADO (trad.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2002.

Nuestro filósofo admite que la oferta racionalista de matematizar el conocimiento de la realidad –y, con él, la práctica humana– es tentadora. ¿Qué pasaría –se pregunta– si renunciamos al conocimiento de la existencia, singular y contingente, a cambio de lo ideal, universal y necesario? A ello responde advirtiendo el error profundo que se cometería al considerar la metafísica como una filosofía de las meras esencias, haciendo a un lado su privilegio como filosofía primera: «el afrontamiento» –escribe textualmente– «al acto de existir por una inteligencia que no está dispuesta, de ningún modo, a renunciar a él»⁶²⁰. El hombre conoce directamente la realidad; para Llano, es inútil el empeño racionalista en encontrar la unión que recomponga el conocimiento, sea gracias a una glándula pineal, a una síntesis trascendental, a un ocasionalismo o a una armonía preestablecida de ideas y sentidos⁶²¹.

¿Es imposible retirarse platónicamente a los *lógoi* –usando la expresión usada por Llano– e hipotecar la realidad singular a cambio de la tranquilidad y seguridad de las certezas matemáticas? ¿Esa huida no traería graves repercusiones para la acción? Para que el hombre pueda actuar, advierte Llano, debe considerar la realidad como es, no como idealmente debería ser. Es decir, la acción depende de que la consideración de lo real se haga «en su más radical singularidad»⁶²². Sin embargo, dicha consideración es anulada por la matematización del ser porque –y en esto consiste el inmanentismo–, al hacerlo así se le otorga «prevalencia a la razón y a sus procesos inmanentes sobre la realidad»⁶²³. La realidad es posterior al pensamiento y a la ideas. A pesar de la adictiva comodidad que supone para el hombre pensar únicamente ideas hechas a la medida de su intelecto, sin atender a la realidad que le es ajena⁶²⁴, la posición del realismo llanista es inflexible: aun el entendimiento y la ciencia que surge a partir de él sobre lo universal dependen radicalmente del ser, no al revés. Llano no escatima fuerza para decirlo:

«La razón se encuentra a tal punto dependiente de la realidad que debería negarse a sí misma si ello fuera requerido para alcanzar la realidad»⁶²⁵.

⁶²⁰ C. LLANO, *Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción.*, cit., p. 106.

⁶²¹ Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 95.

⁶²² C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 25.

⁶²³ C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 297.

⁶²⁴ Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 269.

⁶²⁵ C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 297.

El riesgo radica, entonces, en que, una vez «aceptada la inmanencia, aunque sea metódicamente, el realismo resulta a la postre irrecuperable»⁶²⁶. El inmanentismo, «revestido de un atractivo halo intelectualista»⁶²⁷, sigue ofreciéndose a la razón, titubeante ante lo real, como única opción de conocimiento: ¿cómo tomar el riesgo de una realidad que no es puramente lógica ni matemática? Sin embargo, la transparencia y universalidad del ámbito de los entes de razón le vienen dadas porque es un ámbito mental lógico, y no una realidad existente fuera de la mente del sujeto que las piensa. Ahí se verifican –si cabe el término– las leyes que constituyen y son configuradas por las ideas de ese mismo ámbito mental. Precisamente por ello, *stricto sensu*, no hay lugar para la verdad ni para la falsedad: porque la verdad es la adecuación del intelecto a la realidad y en el supuesto inmanentista no hay realidad, sino sólo un intelecto creando ideas que, en el peor de los casos, podrán ser consistentes entre sí o no; pero, sin referencia alguna a lo existente. En el inmanentismo, el perno del conocimiento es la idea, no la realidad: lo primero que conoce el entendimiento son sus propias producciones intelectuales; por ello, quien admite ese supuesto «queda indefectiblemente encerrado en el recinto del pensamiento personal»⁶²⁸. En el realismo llanista el primer conocimiento de la realidad es directo, a través de los sentidos, sí; pero sin las aduanas –*sit venia verbo*– pretendidas por el intelectualismo. El sujeto no posee primero la idea del ser que conoce y luego la realidad de ese ser como representación de aquélla⁶²⁹. Lo que primero conocemos es el ser, no la idea abstraída de él. Incluso debe decirse que, ontológicamente, la idea universal es inferior a la realidad singular: la existencia sobrepasa al inteligible que el

⁶²⁶ C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 49.

⁶²⁷ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 15.

⁶²⁸ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología.*, cit., p. 167. De aquí que quepa afirmar con Llano que «en lugar de *verdad* o *falsedad* debería hablarse de *coherencia* o *incoherencia*. Si no se hace así, jugamos con lo único que no debe jugarse: la fuerza del realismo». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 154.

⁶²⁹ Cfr. C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 20. Ahí, Llano cita a santo Tomás: «La idea –*species intellecta*– sólo es secundariamente aquello que se entiende. Pues lo primero que se entiende es la cosa, de la cual la idea –*species intelligibilis*– es una semejanza». *S. Th.* I, q. 85, a. 2. La traducción es de él.

cognoscente obtiene de lo real⁶³⁰. Para ilustrar lo anterior, me permito citar el conocido cuento de Borges *Del rigor de la ciencia*:⁶³¹

«...En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguietes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

Suárez Miranda, *Viajes de varones prudentes*,
IV, cap. XLV, Lérica, 1658»⁶³².

Así como el mapa escala 1:1 del cuento no representa al imperio, sino que acaba por ser un inútil émulo dimensional del imperio supuestamente representado, el inmanentismo desprovee a la idea de su capacidad representativa de lo real y se la dota de existencia, para convertirla en objeto del entendimiento. La idea no representa a lo existente: ¡es lo existente! El inmanentismo –piensa Llano– convierte a la idea de la cosa en objeto del conocimiento, cuando es sólo su representación⁶³³. Dicho de otra manera, para el

⁶³⁰ «Al decir, en efecto, que la simple aprehensión tiene por objeto las esencias, incluimos necesariamente la afirmación de que hace abstracción de la existencia actual. Debe, es verdad, connotar la existencia, pero esta connotación requiere que la existencia, primitivamente, se nos haya sido dada; y de esta posibilidad precisamente tratamos. Si las cosas, gracias a la primera aprehensión, las conocemos en sus naturalezas, si miramos solamente a la simple aprehensión, la existencia, por la que estas naturalezas son, nos es desconocida». C. LLANO, *Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción*, cit., p. 102.

⁶³¹ Me llama la atención el título, que refleja la inflexibilidad que Llano advirtió en el inmanentismo y, por supuesto, también en los racionalismos y estatismos posmodernos surgidos de aquél. Contra la rigidez cientificista, nuestro maestro siempre apeló a la flexibilidad necesaria para ir concretando en la realidad lo que en el humano es virtualidad dinámica.

⁶³² *Del rigor en la ciencia*, en: J. L. BORGES, *El hacedor*, en *Obras completas*, Vol. II (3 Vols.), Círculo de lectores, Barcelona 1992, p. 443.

⁶³³ «El inmanentismo es una manera radical de desarrollar el conocimiento y su estudio, antes de resolver lo que se ha llamado con exactitud *el enigma de la representación*, o, por mejor decir, elaborar una noética sin tener en cuenta que la representación intelectual de los objetos constituye un enigma que debe ser previamente despejado: ¿cuál es el papel que ejerce la representación intelectual en nuestro conocimiento?». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 27.

pensamiento de sesgo matemático –propio del inmanentismo– el objeto del conocimiento no es lo definido, sino la definición. Pero, no sólo ha prescindido en sus razonamientos de la materia sensible, también ha dejado de lado al ser mismo para quedarse sólo con conceptos y definiciones ajustados a la propia inteligencia del sujeto⁶³⁴. El hombre posee un apetito gnoseológico que lo envuelve en una especie de voracidad de universales que, en acertada alegoría propuesta por Llano, lo convierte en un rey Midas idealizante en permanente tragedia.

Como en el mito, el sujeto cognoscente es víctima de su propia ambición: al convertir en oro todo lo que toca, Midas no puede abrazar a su hija so pena de transformarla en estatua aurea; el codicioso rey es incapaz, siquiera, de alimentarse. De manera análoga, a ojos del filósofo mexicano, el hombre es

«un ser condenado a universalizar cuanto de singular quiere poseer con su inteligencia. Tan fuerte es su convencimiento – Platón al margen– de que sólo lo singular existe, como su imposibilidad para acercarse a lo singular existente más que por medio de ideas universales que, en cuanto universales, precisamente no existen»⁶³⁵.

Llano insiste en que la propia naturaleza de nuestro conocimiento –tan «irrefrenablemente orientado hacia las ideas universales»⁶³⁶–, parece más proclive a pertenecer al racionalismo platónico que al realismo aristotélico-tomista: en principio, las dimensiones universales de lo real son las únicas reales; los singulares son meras sombras terrestres de aquél⁶³⁷. El atolladero parece insalvable; el hombre encuentra en el inmanentismo el consuelo de la zorra hambrienta de la fábula de Esopo, recordada por el autor⁶³⁸: ante un racimo de uvas que colgaba de una alta parra, luego de reiterados intentos por alcanzar las uvas, la zorra renuncia a su aspiración diciéndose, rendida y frustrada: «la verdad es que ni me apetecen: es obvio que todavía no están maduras». Parece que no queda más remedio que resignarnos a conocer sólo nuestros conceptos, e inferir, a partir de ellos, una vaga representación de la

⁶³⁴ Cfr. C. LLANO, *Demonstratio*, Universidad Panamericana - Ruz, México 2007, p. 23-31.

⁶³⁵ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 13.

⁶³⁶ *Ibid.*, p. 14

⁶³⁷ Cfr. *Ibid.*

⁶³⁸ Cfr. *Ibid.*

«realidad». ¿Eso nos queda? ¿Refugiarnos en el λογίζεσθαι y quedarnos encerrados en el pensamiento, habiendo renunciado a conocer el singular?

2.– El realismo llanista ante el inmanentismo

«Cuando no está clara la naturaleza de la cosa –escribe nuestro maestro con base en la tradición escolástica– no podemos recurrir a otro principio de demostración que la experiencia misma»⁶³⁹. A los 20 años, Carlos Llano escribió en su tesis del Angelicum que le resultaba inadmisibile conceder que el conocimiento de la realidad se redujese a contemplar las ideas puras abstraídas a partir de ella, según la exigencia científica del inmanentismo; su realismo, decía entonces, le impide esencializar la existencia y convertirla en un mero concepto, una idea, un simple elemento de la representación:

«La existencia, la verdadera existencia, hay que dejarla donde está, pero no renunciar a ella. Porque desde el primer instante de nuestro pensamiento, –ya lo veremos– estamos en contacto íntimo con la existencia, no como significada, sino con el mismo acto de existir ejercido en y por las cosas exteriores. Este es un buen modo de evitar ya desde el principio todo conceptualismo subjetivista»⁶⁴⁰.

Esa luz de experiencia que permite salir del atolladero intelectualista proviene del acto de existir que, ejercido en y por lo real, encuentra su expresión mejor acabada en la acción. La práctica misma impide la posibilidad de la huida epistemológica a los universales: el hombre piensa con universales, sí; pero su acción práctica requiere, inevitablemente, de singulares, «como punto de partida, como instrumento de acción, y como punto de llegada final»⁶⁴¹. La noche se impone a mi convicción de que está amaneciendo. El centro de la crítica de Llano al inmanentismo no es la actividad especulativa del hombre a partir de la realidad ni, mucho menos, el pensamiento matemático. Lo que el autor sí advierte son dos errores fundamentales: 1) que lo primero que se

⁶³⁹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 69.

⁶⁴⁰ C. LLANO, *Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción.*, cit., p. 104.

⁶⁴¹ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 15.

conoce sean la ideas, no la realidad y 2) derivado de ello, la reducción de lo real a esas ideas, patrones y categorías conceptuales creadas por la inteligencia. Por lo tanto lo existente –*quod est*– sólo es lo que permanece dentro –*in manere*– del sujeto que lo piensa y, por consiguiente, no hay realidad exterior –*extra mentem*– al sujeto cognoscente. En esta crítica llanista no hay el más mínimo desprecio a lo especulativo. El problema, insisto, no es el objeto mental, sino si ese objeto es lo primero que conocemos o, en el extremo, si no nos resultará incognoscible⁶⁴².

Llano no desprecia lo especulativo; lo que establece es que no basta; de acuerdo con él, el conocimiento directo, por ser anterior al conocimiento reflejo, es la condición imprescindible para que ese mismo conocimiento sea trascendente. En este punto sigue a santo Tomás:

«Lo primero en nuestro entendimiento son las cosas exteriores, a las que primeramente se dirige para entenderlas. En segundo lugar, se dice que entendemos los conceptos congruentes con el modo de entender: esto es lo que el entendimiento entiende en segundo lugar, cuando reflexiona sobre sí mismo, entendiendo que entiende y el modo como entiende»⁶⁴³.

Es decir, en el conocimiento intelectual el sujeto se olvida de sí mismo para volcarse sobre la realidad y, sólo después de poseído el objeto es consciente del modo como logró poseerlo. Así, el primer problema del conocimiento no es si la realidad es cognoscible ni si el mundo –o el sujeto cognoscente– existe o no, sino el de la objetividad del propio conocimiento: «¿conoce o no mi conocimiento algo objetivo respecto del conocimiento mismo, o sólo conoce las representaciones subjetivas que el propio conocimiento elabora para conocer un supuesto mundo exterior?»⁶⁴⁴; si el punto de donde surgen una serie de verdades estuviese, plantea Llano, en una pura verdad de

⁶⁴² Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 55-82 y C. LLANO, *Reflexio*, cit., pp. 25-52.

⁶⁴³ *De Potentia*, q. 7, a. 9, c., citado en Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología.*, cit., p. 162. Cabe decir, con Jiménez, que al basarse en el neotomismo renovado del Angelicum, el realismo llanista se aparta del enfrentamiento que ciertas derivaciones escolásticas –de raíz ockhamista o escotista, por ejemplo– buscaron con el pensamiento de santo Tomás de Aquino a partir de la concepción de la idea aristotélica como *specie*; así, la filosofía de Llano no hace eco del esencialismo escolástico que abusó «de las etéreas causas “formales” aristotélicas (confundidas en la Escolástica con “esencias”, por lo demás incognoscibles), aun cuando las estudia a su modo, sino concentrándose en la *existencia* de los objetos sobre los cuales habla, refiriéndose la mayoría de las veces a la abstracción del todo (o abstracción física), que *conoce* sus objetos con materia, pues *existen* con materia». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 200.

⁶⁴⁴ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología.*, cit., p. 163.

razón, la metafísica sería un sistema coherente, cerrado, sin realidad alguna: una tautología desprovista, al final, de verdad⁶⁴⁵.

Nuestro filósofo matiza los efectos de una invasión de este tipo de pensamiento de índole matemática en el orden de la acción que, de suyo, supone un trasplante inadecuado al terreno de la práctica, tanto de sus reglas como de una determinada área de la realidad –la cuantitativa–⁶⁴⁶.

Es el caso, por ejemplo, de la aplicación de las matemáticas a disciplinas técnicas como la construcción o la contabilidad. La matemática –y la lógica– es una ciencia instrumental, no una ciencia propiamente especulativa, que se subordina a la práctica para conseguir algo real⁶⁴⁷: un puente o las ganancias de una tienda. Ese fin propuesto no responde a un planteamiento intelectualmente puro, porque los objetos de la matemática no pueden ser objetos de la voluntad: al no existir «no resultan susceptibles de ser queridos»⁶⁴⁸. El fin, en cambio, depende de lo decidido por el sujeto a partir de la realidad dada⁶⁴⁹.

Echando mano del socorrido ejemplo de nuestro maestro, puede decirse que el inmanentista vive como un Quijote, encerrado permanentemente en sus propios pensamientos, incapaz de mirar fuera de sí y de conocer lo real *extra*

⁶⁴⁵ Cfr. C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 52.

⁶⁴⁶ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 77.

⁶⁴⁷ Es necesario insistir aquí en que el autor no desprecia a las llamadas ciencias medias; su intención es enmarcarlas en el ámbito que les corresponde y explicar que sus objetos no existen: la matemática no piensa que la línea existe, sino que piensa en la línea. «No se puede, en la consideración epistemológica, renunciar a una metodología que ha hecho posible la ciencia moderna con una infinidad de aplicaciones técnicas con las que todos convivimos. Se trata por el contrario, de *entender bien* esta ciencia. [Santo Tomás] distingue lo que podríamos denominar ciencias instrumentales –especialmente la lógica– de las ciencias propiamente especulativas: “los temas de los que trata la lógica no se buscan para ser conocidos por sí mismos, sino como un cierto auxiliar para las otras ciencias, y por eso, la lógica no se considera bajo la filosofía especulativa...”. Las matemáticas empleadas en la ciencia físico-matemáticas podrían asimilarse, de alguna manera, a esta lógica como ciencia instrumental». Además, la matemática se relaciona con las llamadas ciencias constructivas, que no incluyen sólo conocimiento, sino también una «cierta obra» racional al modo poiético; es el caso de la gramática, la geometría o la música, distintas «de la física y la metafísica: “en tanto que las otras ciencias... no llevan a cabo ninguna obra, sino que *consisten en el sólo conocimiento, como la física y la metafísica*». Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 190-192. Llano cita *In Boet. de Trin.*, II, q. 5. a. 1.

⁶⁴⁸ C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 300.

⁶⁴⁹ Ello se percibe cuando nuestro filósofo explica en qué consiste la oportunidad dentro del vaivén inteligencia-voluntad: «Cierto es que si acudimos a la realidad para buscar oportunidades, sin estar previstos de propósitos firmes, caemos en un estéril oportunismo, insoportable para nuestra naturaleza racional. Pero también lo es que si nos proponemos un objetivo vital sin atender a las oportunidades, **nos encerramos en un inmanentismo no menos insoportable**. El proyecto existencial de vida –o los objetivos que se constituyen como principios pretendidamente inamovibles– ni me son impuestos desde fuera, ni surgen de mi propio yo en una decisión solitaria y autárquica: se comunican con el exterior mediante la ventana de la oportunidad de acción que nos abren los hechos. Hay un voluntarismo radical en la acción lo mismo que hay un racionalismo radical en el pensamiento. El segundo ha recibido ya el calificativo de *idealista*; el primero merece el de *utópico*. Porque todo propósito elaborado sin atender a las oportunidades de acción –que no dependen de mí, sino de hechos independientes– es una utopía». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 148. A este planteamiento volveré en el siguiente capítulo, al hablar del reciclaje cibernético en la idea práctica.

mentem: donde hay molinos, ve gigantes. Llano coincide con Adolfo Sánchez Vázquez, cuando el gaditano muestra que, por sí mismos, ni la actividad teórica ni los «productos de la conciencia» son capaces de realizar nada y señala que lo especulativo –*teoría*, dicho en sus propios términos– no se plasma fuera de lo pensado ni produce ningún cambio real⁶⁵⁰. Llano insistirá en que la acción debe encontrar su fundamento en la fidelidad a la realidad de los hechos –en la fidelidad al ser– externos, fuera de la mente del sujeto cognoscente, no en la idealización que lo lleva a contemplar conceptos universales y perfectos⁶⁵¹. La metafísica es búsqueda. En el fondo, todo inmanentismo es la elemental consecuencia de confundir dos niveles o modos: el ontológico y el gnoseológico/especulativo. Expresado en términos llanistas, la universalidad del hecho óntico de la realidad, no es lo mismo que la universalidad del hecho noético de nuestro conocimiento de la realidad. Es decir,

«no se puede pasar impunemente del conocer al ser, tanto por carta de más como por carta de menos: puedo conocer la ley euclidiana de la esfera, cuyos puntos de su superficie equidistan de un centro, sin que por ello pueda postular la existencia real de la esfera euclidiana, ya que no se da en la naturaleza ninguna superficie esférica con perfecta equidistancia»⁶⁵².

Aunque más adelante hablaré de ello, ya se ve aquí la distinción que el autor hace entre el pensamiento especulativo y el pensamiento práctico. La propia etimología de «especular» aclara en qué consiste la operación de la inteligencia en el primer caso: ella se mira a sí misma como en un espejo. El entendimiento reflejo tiende a la absolutización, dada la naturaleza de su objeto; en contrapartida, el segundo va más allá de una explicación mental y exige, por la naturaleza de su objeto, una respuesta por vía del fenómeno reiterado de la acción humana, que se enfrenta irremediabilmente, no sólo con bienes calificables neutros, sino con una contingencia permanente.

⁶⁵⁰ «Mientras la actividad práctica supone una acción efectiva sobre el mundo, que tiene por resultado la transformación real de éste, la actividad teórica sólo transforma nuestra conciencia de los hechos, nuestras ideas sobre las cosas, pero no las cosas mismas». A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., p. 173.

⁶⁵¹ «La realidad debe buscarse *fuera* de nosotros, en las cosas y sucesos de la vida cotidiana –las piedras, los árboles, los hombres y sus acciones– no *dentro* de nuestros conceptos, que sería buscar en el estrecho espacio de nosotros mismos hasta la asfixia enrarecida idealista (la paloma que quiere emprender su vuelo en una campana de vacío). Esta inmanencia de lo universal en lo singular no es sólo una cuestión epistemológica, sino cosmológica o, más aún, ontológica: la forma corpórea es en cierta medida inmanente a la materia, porque de ella se educa y en ella se imprime». C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 100.

⁶⁵² C. LLANO, *Demonstratio*, cit., p. 52 (las negritas son mías).

Para Llano, el intelectualista no se percata de esta fatalidad humana –*sit venia verbo*–; su mirada sólo admite para sus acciones la misma transparencia racional que hay en su mente, al punto de considerar irracionales las acciones de la vida corriente, que no merecen explicación filosófica alguna⁶⁵³. El inmanentismo menosprecia la realidad singular –y con ella, al *Lebenswelt*– por sus rasgos de imprevisibilidad, pluralidad y *coyunturalidad*⁶⁵⁴, y opta por el λογίζεσθαι platónico, con la consecuente conversión de los universales como realidad, en seres existentes. Bajo esta consideración, entre dicha ciencia como teoría del conocimiento –de la que de cierta manera se ocupa la razón pura kantiana– y la ética media un abismo y, como consecuencia, la vida corriente queda al margen. La filosofía se abocaría exclusivamente a la especulación, sin atender a los actos más simples del mundo de la vida corriente por considerar que la esfera a la que pertenecen es «acientífico» es decir, irracional y, por lo tanto, inhumano o, al menos, indigno del hombre como ser dotado de λόγος⁶⁵⁵.

Justamente, el error del inmanentismo consiste, para Llano, en reducir toda la racionalidad humana a las matemáticas por considerar que el λόγος se limita únicamente a ellas. De ahí que, para tener un sustento racional, el inmanentismo exija a la vida corriente –y con ella, a la ética y, luego, a la metafísica– que se matematice, pues, de lo contrario, toda operación de la mente no sería más que un cúmulo de alegres opiniones sin fundamento racional alguno, dado que lo racional sólo es lo estrictamente matemático. Así lo explica Llano:

«El *estado puro* del [triángulo⁶⁵⁶] rectángulo pitagórico (sin color, ni peso, sin lugar y tiempo) no es más que *un estado producido por la mente*, que se objetiva en paridad de rango con aquello –la

⁶⁵³ Cfr. C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 32.

⁶⁵⁴ La voz figura en el siguiente texto en el que, además, Llano expresa su constatación de la insuficiencia de la ciencia ante la acción: «Toda solución y todo objetivo de carácter práctico tiene un inconveniente y, por cuanto lo tiene, puede ser libremente rechazado: en la decisión misma, y no en la razón, se encuentra la última palabra de la práctica directiva. Debemos pues, desechar “la esperanza de conducirme... y gobernarme por mis solas ideas”, especialmente cuando ellas deben mantenerse –como es el caso de la dirección– en el terreno de la **coyunturalidad** que les es propio. Si la decisión lo es siempre de una voluntad libre, esta característica de la libertad se hace patente, por su importancia, en las decisiones de carácter directivo, en donde la respuesta que la razón puede dar a la oportunidad es una racionalmente pobre y precaria de suyo». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 73 (las negritas son mías). El entrecorrido corresponde a Blondel: «¿Me quedará la esperanza de encarrilarme, si quiero, a plena luz y de gobernarme sólo por mis ideas? No. La práctica, que no admite retrasos, jamás va acompañada de una total claridad». M. BLONDEL, *La acción. Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996, p. 4.

⁶⁵⁵ Cfr. Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 147.

⁶⁵⁶ En el texto sólo aparece «rectángulo»; claramente, es una errata.

triangularidad real– que no ha sido en modo alguno producido por ella. Se ha logrado, así, *el pensar una realidad* no sólo de modo distinto a como se presenta en las sensaciones del yo empírico, sino de *modo distinto a como la realidad se da en sí misma* (todo triángulo rectángulo posee un color; el número dos, absuelto de toda materia, no está en condiciones de ser real, etc.)⁶⁵⁷.

Por su naturaleza y constitución propias, la matemática considera a sus objetos tal y como se dan en su definición, y no tal y como existen. Por ejemplo, el triángulo rectángulo es estudiado por la matemática como un polígono de tres lados, siendo recto uno de sus ángulos internos; pero no estudia al triángulo rectángulo que se forma, por ejemplo, en una ménsula de madera⁶⁵⁸. El inmanentismo traslada el modo de la operación especulativa –basado en la autoafirmación, en forma de objeto propio, del yo pensante– al plano óptico y, por lo tanto, a los ámbitos de la metafísica y la ética, por lo que el sujeto cognoscente queda convertido en principio del conocimiento.

Para decirlo con Llano, la posición del inmanentismo es una «*egolatría absoluta*»⁶⁵⁹: mediante «la sutil vanidad de la inteligencia»⁶⁶⁰, la realidad deja de ser principio del conocimiento; el intelecto entonces se concentra en sus propios objetos –los entes de razón– e, incluso, en sí mismo como fin. En su búsqueda de un punto de partida absoluto, el inmanentismo moderno identifica principio y causa, para que de ese axioma –un ente de razón inexistente– se deriven todas las categorías del ser, clara y distintamente.

El filósofo mexicano aclara que *principio* y *causa* no son lo mismo y que el error consiste en reducir la metafísica a un saber lindante con la matemática; de ello se deriva la primacía en el racionalismo de la esencia sobre la existencia, que acarrea el gravísimo problema de la validez real del principio de causalidad, un principio, dentro del llanismo, insoslayable⁶⁶¹. La consecuencia inevitable de este intelectualismo radical es un determinismo en el que no cabe

⁶⁵⁷ C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 293.

⁶⁵⁸ Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 28.

⁶⁵⁹ *Ibid.* Capítulo II : «Egolatría del inmanentismo», pp. 23-52.

⁶⁶⁰ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 223.

⁶⁶¹ «Hemos de deshacer primero un malentendido que origina muchas confusiones: hemos de distinguir entre causa y principio. Para ello, debe tenerse en cuenta el apotegma clásico según el cual *principium plus dicit quam causam*, el principio dice más que la causa. Se da una distinción cognoscitiva humana natural entre *preceder* y *proceder*. Así, la mente natural distingue entre la precedencia del día sobre la noche y la procedencia del hijo respecto del padre. El lunes es principio de la semana, pero no la causa de ella. El punto es el principio de la línea, pero no su causa». C. LLANO, *Demonstratio*, cit., p. 41.

ningún acto humano al margen de los estrictos dictados del entendimiento. La voluntad –y, con ella, la libertad– se somete a la claridad del entendimiento para impedir que cualquier acto humano sea «un acto sin razón de ser»⁶⁶². Llano encuentra aquí el principio cartesiano absoluto que identifica pensamiento y ser, incluso, en la acción⁶⁶³:

«El realismo pide partir de la verdad de que *las cosas son* antes de que *yo pienso las cosas*, que es el principio del inmanentismo. El realismo considera como criterio de conocimiento *la evidencia* (la patentización de esas cosas de las que partí), mientras que el criterio cognoscitivo del *inmamentismo* es la certeza (la seguridad del yo que fue punto de partida). Consecuentemente, *el realismo* exige variedad de métodos. Y el acierto en la aplicación de estos variados caminos para llegar a **las multifacéticas versiones de realidad** constituye uno de los más profundos aspectos de la madurez intelectual. La mente remeda un foco cuyos rayos se dispersan para alumbrar las diversas caras de lo real»⁶⁶⁴.

Es decir, al renunciar a que la realidad se puede conocer y es lo primero que el entendimiento conoce, la posición inmanentista termina por convertir a las ideas en entes *extra mentem* y en objetos propios, directos, del entendimiento. Las ideas existen con entidad propia, son reales e, incluso –como ocurrió, en parte, con el marxismo–, adquieren *cierta* materialidad. Se trata, en última instancia, del *ὑπερουράνιον τόπον* platónico aun con toda la realidad descrita por el ateniense; el inmanentismo criticado por el autor aceptaría sin más la descripción de Platón de ese mundo «real» –universal y necesariamente verdadero– donde reside la única realidad –libre de las impurezas de lo

⁶⁶² C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión* (1ª), cit., p. 15.

⁶⁶³ Óscar Jiménez ha sabido mostrar la diferencia entre una y otra posturas en el planteamiento de nuestro maestro: «*Cogito, ergo sum* es la clásica enunciación de la intuición cartesiana. Del *cogito* se deriva, para Descartes, toda la sistematización filosófica y científica. Llaneanamente, debe suscribirse dicho principio con un matiz: si bien el *cogito* puede considerarse un punto de partida de la especulación, no por ello se considerará causa de la misma o causa del ser. También Husserl se inclinaría por considerarlo principio, pues ¿qué otro ser sino el nuestro es dado inmediatamente? No obstante, el matiz de Llano es importante y marca su distancia de la filosofía cartesiana y moderna en general: no dice *cogito, ergo sum*, sino, dándole primacía a la *existencia* –tanto del objeto como del sujeto– afirma que el principio de la filosofía debe ser *res sunt, ergo eas cogito* (las cosas son, luego las pienso)». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 60. Posteriormente, Jiménez corrigió la expresión «*res sunt, eas cogito*», y la formuló como «*res sunt, eas cognosco*», ello, a partir de la observación de Luz Imelda Acedo. Cfr. Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología.*, cit., p. 169, n. 30.

⁶⁶⁴ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 26 (las negritas son mías).

singular– incolora, informe, impalpable y al alcance sólo para el intelecto; una *realidad* que *es* verdaderamente y se constituye como verdadero objeto del conocimiento⁶⁶⁵. Un mundo por encima del firmamento, usando la formulación platónica, de mente y ciencias puras: «*νῶ τε καὶ ἐπιστήμη ἀκηράτω*»⁶⁶⁶.

Según apunté, Llano advierte que los *lógoi* son un espacio tentador para el entendimiento, empeñado en mantenerse en la estricta asepsia de la matemática debido a la correspondencia con su objeto; sin embargo, el anhelo científico de pulcritud no sólo obstruye el conocimiento, sino también, y esto es más peligroso, a la práctica⁶⁶⁷. La doctrina llanista apela a la dinámica de la acción humana para evidenciar que las victorias epistémicas conquistadas por el inmanentismo son pírricas. Es decir, al pretender alcanzar un objeto perfecto –epistemológicamente puro–, mediante un método único, como corresponde a la pureza de su objeto, la filosofía matematizada ha perdido de vista a la realidad misma: ¿se le ha extraviado lo único que existe! Al adquirir estado de objeto del entendimiento, el concepto pierde la realidad que significa⁶⁶⁸. Para decirlo con un ejemplo llanista, el mundo de la vida corriente –el *Lebenswelt*– donde concurren el agente y su acción no se corresponde idénticamente con las ideas surgidas de una profilaxis intelectual⁶⁶⁹.

Llegado a su extremo, el inmanentismo se ha visto forzado a poner la mirada sólo en el método, sin pensar siquiera en las ideas. Y, lo que es más sorprendente aún, ha dejado también de considerar al sujeto cognoscente,

⁶⁶⁵ Cfr. *Fedro*, 247c 8-10. Uso la siguiente edición: PLATÓN, *Fedro*, L. GIL FERNÁNDEZ (trad.), Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1957.

⁶⁶⁶ *Fedro*, 247d 1. Como explica Garrigou-Lagrange, es tal el ansia de transparencia del inmanentismo que termina por anular «el misterio de las cosas montándose una concepción *materialista* de la idea o de la *representación*; la concibe como un cuadro pintado sobre una pared, como un término más allá del cual no existe nada; así que la representación es esencialmente relativa (*intentionalis*) al representado, y la idea del ente relativa al ente extramental, completamente diferente del *ente de razón*, que no puede sino ser *concebido* y no *realizado*». R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El realismo del principio de finalidad*, cit., p. 159, n. 13.

⁶⁶⁷ «Este fenómeno reiterado de la acción humana, que se las tiene que haber de continuo con bienes calificables en rigor como prácticamente neutros, suele ser marginado por el intelectualista, que querría ver una transparencia racional en todas las acciones humanas, al punto que considera como inexplicables – e irracionales por tanto– las acciones usuales de la vida, **reservando sus explicaciones filosóficas sólo para los pulcros actos directamente derivados de las verdades de la ciencia, universales y necesarias**». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 14 (las negritas son mías).

⁶⁶⁸ Cfr. C. LLANO, *La intencionalidad del concepto en estado de objeto*, cit., p. 398.

⁶⁶⁹ Esto acarrea serias implicaciones en orden a la acción. Como ha explicado Llano: «El pulcro proceso impersonal intelectual no se constituye en el nervio único de la decisión [acción], sino el sujeto todo entero, con sus propensiones y sentimientos, e incluso, por qué no mencionarlo, con su propio “impulso natural”. El ocultar este hecho, en procuración de una racionalidad aséptica del acto de decidir, encerrándose en una consideración socrática de la *praxis*, es atentar en contra de la realidad del fenómeno humano de la decisión, y poner los medios para que la decisión no resulte, a la postre, acertada, vale decir, concorde con la realidad. Esta sería, pues, la paradoja: quienes quieren sujetarse, según dicen, a la realidad de las cosas, para decidir con acierto, le *dan la espalda a la realidad de la cosa más importante que interviene en la decisión misma, vale decir, la voluntad que decide* y el propio y peculiar proceso de la decisión, así como del sujeto que la realiza». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 63.

desdibujado ya en el marasmo analítico de las ideas y el método, sin asidero alguno a la realidad. Garrigou-Lagrange lo ha expresado muy bien al explicar que, cuando se prefiere el método por encima de la verdad, se está prefiriendo al ente de razón sobre la realidad misma, que

«es más rica que nuestro pensamiento, siempre limitado por cualquier lado que se le mire; y precisamente esta riqueza de lo real en sus diversos grados, es la que exige al filósofo, y más que a nadie al filósofo cristiano, el sentido del misterio; sentido que aquí abajo aumenta con la certeza, en lugar de destruirla»⁶⁷⁰.

En mi opinión, el filósofo mexicano ha dejado claro 1) que el inmanentismo no tiene por objeto de conocimiento a la realidad, sino a las ideas que la representan y 2) que su reflexión no es sobre ideas creadas a partir de lo existente, sino sobre las ideas como realidades puras y sobre el método que rige esa reflexión. Ocurre aquí lo que le pasa al analista de laboratorio en el ejemplo propuesto por Llano: en vez de estudiar a las bacterias, objeto de su análisis, el laboratorista tuerce su intención para dedicarse a analizar el microscopio con el que escruta «a las tales bacterias». El sujeto que conoce queda encerrado en el conocimiento⁶⁷¹: no puede salir de sí mismo e, inmóvilmente, no tiene más alternativa que permanecer en él, sin poder conocer la realidad externa⁶⁷².

Sin embargo, desde el primer instante de nuestro pensamiento –como escribió Llano en 1952– «estamos en contacto íntimo con la existencia, no como significada, sino con el mismo acto de existir ejercido en y por las cosas exteriores»⁶⁷³. La seguridad que los universales ofrecen es un canto de sirenas que lleva al hombre a creer que lo real singular debe ajustarse sin más a la claridad de sus ideas matemáticas y lógicas, anteriores a él. Un canto de sirenas, advierte nuestro filósofo, en parte avivado en el realismo por la nomenclatura

⁶⁷⁰ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *El sentido del misterio y el claroscuro intelectual*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1945, p. 113. En esto mismo piensa Llano cuando observa que, en su esfuerzo por ajustar la realidad a la mente y no la mente a la realidad, el inmanentismo «exige la más absoluta unicidad de método, como si el proceso cognitivo remedase la figura de un embudo o una lupa que concentra los dispersos rayos del sol en un solo punto». C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 27.

⁶⁷¹ «El inmanentismo (al comenzar sus análisis por el conocimiento de la realidad en lugar de hacerlo por la realidad conocida) no logra trascender el mismo conocimiento, esto es, no logra llegar a la realidad, aun en el caso de que quisiera hacerlo, sino que voluntaria o irresistiblemente (diríamos mejor, *metodológicamente*) queda asentado en los productos o procesos cognoscitivos que instrumenta para conocer la realidad, en lugar de conocerla a ella». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 25. De hecho, la univocidad metodológica que exige el racionalismo es la base del funcionalismo y procedimentalismo tan criticados por Llano.

⁶⁷² Cfr. *Ibid.*, p. 30.

⁶⁷³ C. LLANO, *Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción.*, cit., p. 104.

aristotélica: a través de la expresión *sustancia segunda* que Aristóteles asigna al universal, se filtra el platonismo⁶⁷⁴.

En la realidad no existe, sin embargo, la idea clara y distinta anhelada por Platón y Descartes, cuya rotundidad y perfección harían que la voluntad se rindiese ante ella y actuase en consecuencia, sin margen de error ni opciones a elegir. A pesar de ello, el racionalismo –«apurado a su último extremo»⁶⁷⁵–, se empeña en exigirle a la acción que se base en una idea matemáticamente pura concebida por la inteligencia, y no en bienes singulares deseados por la voluntad. A diferencia de las ideas, la vida humana se desenvuelve en oportunidades contingentes⁶⁷⁶; por ello, si el hombre quiere permanecer en la realidad, su acción debe mantenerse en la confusión y oscuridad de la contingencia misma, a pesar de lo atractivo que resulte escapar por un falso camino que lo conecte con algo necesario en qué apoyarse⁶⁷⁷. Si el hombre fuese un mero ser especulativo al modo de la matemática «la decisión no sólo no sería posible, sino también inútil»⁶⁷⁸, porque todo estaría ya determinado por el diáfano veredicto de la inteligencia. La realidad supera a la matemática, por más que ella se empeñe en reducir la existencia a la combinación algorítmica de unos y ceros. El inmanentismo padece los efectos del asalto matemático al *Lebenswelt*, cuya es la actitud dogmática posterior, como si se tratase del único modo de pensar. La vida del hombre no se agota ni se explica sólo por vía

⁶⁷⁴ «Nuestras intuiciones humanas, por ser débiles, están necesariamente fragmentadas. Pero no resultaba en algún modo necesario calificar de *sustancia* al universal: ¿no hubiera sido suficiente mantenerlo como predicado? Aun cuando fuese preciso, por esa misma debilidad de nuestro pensamiento y nuestro lenguaje, hacerlo sujeto gramatical o lógico, para poderle predicar otros predicados (el *hombre* es mortal, para que no sea sólo mortal *Pedro*), parece un abuso precisamente del lenguaje que el sujeto gramatical adquiriera el estatuto físico, y aun metafísico, de sustancia. No siendo sustancia en realidad, la sustancia segunda, desvanece paradójicamente a la primera, pues sólo ésta es sustancia verdaderamente, así como la materia inteligible devalúa a la materia sensible real y al individuo que de ella deriva, en lugar de sublimarlos». C. LLANO, *La intencionalidad del concepto en estado de objeto*, cit., p. 394.

Por su cuenta, en el origen de esta filtración platónica, Jiménez ha advertido «un abuso de la metafísica Escolástica (con mayúscula)», que derivó en el esencialismo «exagerado», pues, el sólo hecho de poder llegar a conocer la propia esencia «sería, un logro de magnitudes inimaginables. Tratados y cuestiones sobre la “esencia” durante siglos sólo indican la necesidad de seguridad por parte del espíritu humano. Seguiremos preguntando, cuando nuestros escolásticos hablan de esencias, a qué exactamente se refieren: ¿a la “jirafeidad”, a la “rojeidad”, a la “meseidad”?... no vale la pena ni siquiera entrar en dichas disquisiciones». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 194.

⁶⁷⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 75.

⁶⁷⁶ «Nicol lo dice de un modo exacto y preciso: “las verdades de hecho no son contingentes, aunque sean contingentes los hechos mismos”». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 52. Llano cita: E. NICOL, *Los principios de la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México 1965, p. 446.

⁶⁷⁷ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 75. A esto regresaré en el siguiente capítulo.

⁶⁷⁸ *Ibid.*, p. 76.

matemática; mucho menos, la realidad fuera de él⁶⁷⁹. De tal manera, puede concluirse con Llano que:

«El singular, como referente obligado de toda esencia universal en una metafísica realista, no representa gnoseológicamente una *concreción* sino una rigurosa *trascendencia*. Con el acceso, aproximación, continuación o conexión con el singular de donde procede y al que se refiere, la esencia universal se trasciende de sí misma para llegar a la existencia, esto es, para alcanzar lo que verdaderamente la esencia es: una modalidad del existir»⁶⁸⁰.

Se advierte con claridad que la confusión deriva del modo de plantear el problema, que no es ontológico, sino epistemológico. Es decir, podría parecer que en su crítica al inmanentismo Llano desprecia la ciencia matemática y hace a un lado el entendimiento especulativo; pero no es así. Lo que sí hace son tres aclaraciones de índole noética: 1) la matemática no es el único modo de pensamiento racional ni el razonamiento por antonomasia, 2) los objetos del pensamiento matemático no existen y 3) lo primero que conoce la inteligencia es la realidad fuera de sí y, luego, la representación de esa realidad: la idea, que es el objeto de la inteligencia⁶⁸¹.

El grave error del inmanentismo es creer que la inteligencia es suficiente y se basta a sí misma. Al estar encerrado en sí mismo –la mejor imagen nos la ofrece Llano: el Quijote–, el inmanentista «vive» en un permanente estado idealizante, al que pretende reducir la policromía y riqueza del *Lebenswelt*. Su

⁶⁷⁹ Lo aclara Llano tirando de la literatura: «La crítica kantiana puede hacerse respecto de una matemática y una lógica desvinculadas de la realidad, en donde lo pensado cuenta especialmente (y a veces únicamente) en calidad de concepto, que es precisamente el modo de proceder de la metafísica racionalista. Ahí, en ese modo de hacer ciencia, la inteligencia se aplica “a las simétricas porfías del arte que entreteje naderías”, al decir de Jorge Luis Borges, o seca la noria del pensamiento con “los cangilones vacíos girando de sombra llenos” para decirlo como Antonio Machado». C. LLANO, *La argumentación metafísica en la filosofía aristotélica*, «Metafísica y persona»/2 (12/2009), pp. 27-42, p. 41. Los entrecomillados corresponden a dos citas, transcritas tal cual aparecen en el artículo. La primera corresponde a J. L. BORGES, *La moneda de hierro: Remordimiento*, en *Obra poética*, Vol. 3, Emecé, Buenos Aires 1977 y, la segunda, a A. MACHADO, *Obras completas*, Vol. LX, Espasa Calpe, México 1981.

Al respecto, me parece pertinente citar a Jiménez: «Gracias al carácter inmaterial del conocimiento, el inmanentismo, por reflexión, puede tener noticia de que ese conocimiento se ejerce a causa, por virtud, en, las sensaciones e ideas. Pero en vez de pensar que, si en un principio fueron ignoradas (o trascendidas o sobrepasadas) es precisamente porque poseen una constitución tan inmaterial como la de la reflexión cuya advertencia hace posible. No es necesario un *trans-cendere* porque no ha tenido lugar el *in-manere*». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología.*, cit., p. 166.

⁶⁸⁰ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 103.

⁶⁸¹ Sobre la cuestión del conocimiento del singular haré unas precisiones más adelante, en las que intentaré aclarar la solución llanista en torno al conocimiento directo del universal y el conocimiento indirecto del singular.

mundo se asemeja al del jardín de niños, un ámbito en el que siempre se idealizan escenarios sin que lo que ocurre en ellos se dé en la realidad⁶⁸².

* * *

Recapitulando, la filosofía llanista está empeñada en advertir sobre la poderosa atracción que los *λόγοι* ejercen sobre el hombre, dada la naturaleza de su inteligencia. Sin embargo, en la deriva intelectual del *ὑπερουράνιον τόπον* no hay realidad ni lo otro. Mediante la matematización absoluta de su inteligencia, el hombre queda encerrado en sí mismo; porque, recuérdese, «la matemática (y la lógica) no pueden acudir a *otra cosa* que no se encuentre ya contenida en la esencia de su objeto de estudio»⁶⁸³ y, así, el hombre se desarrolla exclusivamente en ese ámbito tautológico, sin correspondencia con lo real porque «*lo real es otra cosa* diferente del objeto pensado, y no puede ser contenido en él (en cuanto pensado)»⁶⁸⁴. O sea:

«El *aterrizaje* –*sit venia verbo*– de la esencia en los singulares que representa y son por ella representados es un acto metafísico, *porque* –esto es lo principal– *al llegar al singular llegamos a la existencia*. En el mismo llegar a un *singular* existente –que es lo que de un modo inocuo como a simple vista parecería– se llega –y es la única manera de llegar– a un singular *existente*, aunque no por ello confundamos existencia y singularidad. Hay singulares pensados –el Quijote– que no existen, y hay existencias captadas que no logramos singularizar, como cuando decimos, palpando un envoltorio “aquí hay *algo*”»⁶⁸⁵.

⁶⁸² «En la dinámica de la vida real, las cosas suceden justamente al revés de lo que deseamos que suceda en los exámenes escolares: un saber aislado e independiente resulta no sólo ineficaz sino superfluo. De nada socialmente sirve mi sabiduría respecto de la resistencia de materiales, si mis conocimientos me aíslan de quienes tienen que trabajar conmigo en la construcción de un puente: yo no construyo el puente con materiales, sino con hombres, con hombres a quienes debo explicarles lo que sé y a quienes debo escuchar para adaptar mis conocimientos a los que ellos saben». C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, Universidad Panamericana (IPADE), México 1996, p. 75.

⁶⁸³ C. LLANO, *Demonstratio*, cit., p. 14

⁶⁸⁴ *Ibid.*

⁶⁸⁵ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 104.

El hombre «para habérselas con el mundo y consigo mismo, requiere no sólo de la racionalidad fundamentada, sino de la intuición creadora»⁶⁸⁶, de la voluntad y del consorcio de todas sus potencialidades, que concurren en un sujeto individual «de carne, corazón, cabeza y hueso, siempre misterioso»⁶⁸⁷ –en expresión de santo Tomás que a nuestro maestro tanto le gustaba repetir⁶⁸⁸–, y no en ese absoluto impersonal e inhumano surgido de la pureza inmanentista del hombre racional y objetivo, matemático y experimentado, que pretende erigirse como proyecto científico del mundo; pero que sólo consiste en una pueril abstracción de la realidad⁶⁸⁹.

3.– El *suppositum*

Contra una visión científicista que ha entronizado a la pureza intelectual como determinante de lo humano –«una monstruosa cabeza que mueve como a marioneta al hombre entero»⁶⁹⁰–, la doctrina llanista sostiene que la inteligencia no se da aisladamente en el hombre, sino en «consorcio» con otras virtualidades que permiten al sujeto actuar en la contingencia a pesar de que los actos propios de su intelecto están determinados en orden a lo universal y necesario⁶⁹¹. Pero no sólo eso, sino que ese consorcio se da en la dinámica del *suppositum*, del sujeto individual. Aunque no hay manera de decirlo con la precisión que el mismo racionalismo esperaría, valga esta fórmula: las virtualidades humanas se dan en el hombre con todo y su materia; al margen de esa unidad –que implica a la materia– nada humano puede darse. El empeño de disgregación absoluta,

⁶⁸⁶ C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, cit., p. 65.

⁶⁸⁷ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 14.

⁶⁸⁸ A esa imagen recurría en sus clases al hablar de la dignidad de la persona o el singular. La expresión también se lee en el *corpus*; por ejemplo, cuando explica las diferencias entre la abstracción de la forma y la abstracción del todo, escribe: «Santo Tomás es al parecer expresamente consciente con Aristóteles de la principalidad nuclear en este punto, en oposición a quienes consideran que la sola forma es de la razón de la especie, mientras que la materia corresponde al individuo, y no a la especie. “Lo cual no puede ser verdadero –dice taxativamente–. Pues a la naturaleza de la especie pertenece lo que se significa en su definición. Pero la definición en las cosas materiales no significa sólo la forma, sino la forma y la materia. Por lo cual, la materia es la parte de la especie en las cosas físicas: no ciertamente la materia señalada, que es el principio de individuación, sino la materia común. En efecto, es del concepto de *este hombre* el que esté compuesto de esta alma y esta carne y huesos. De igual manera, es el concepto del *hombre* que esté compuesto de carne y huesos”». C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 82. Llano cita *S. Th.*, I, q. 75, a. 4, c. La traducción es de él.

⁶⁸⁹ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 14.

⁶⁹⁰ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 65.

⁶⁹¹ Cfr. C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, cit., p. 50.

que insiste en definir lo humano únicamente con base en su facultad intelectual y reducirlo a algoritmos, fracasa de inmediato al constatar la dinámica pluralidad en la unidad ontológica de cada hombre. El hallazgo de las diferencias específicas entre las capacidades de la sustancia humana hecho por el pensamiento clásico sufre aún las consecuencias de una dislocación –casi real– promovida por la mentalidad moderna, incapaz de comprender que inteligencia y voluntad son distinguibles por sus operaciones, sin que esa distinción implique una separación.

«El hombre es una amalgama inseparable de razón –es decir, de orden– y de voluntad –es decir, de libertad–. No obstante, hemos de admitirlo, resulta difícil acertar con la fórmula técnica que llegue a conjugar ambas realidades humanas dentro de una sociedad; y el acierto, de darse, nunca será ni definitivo ni pleno.

Cuando nos enfrentamos con elementos aparentemente antitéticos, como en este caso el orden y la libertad, hay que proceder según aconseja un sabio aforismo escolástico: *distinguir sin separar* –tengo que distinguir la libertad del orden pero no extrapolarlos– y *unir sin confundir* –se ha de tomar en cuenta que los dos están implicados en cada acto humano pero que son distintos–»⁶⁹².

Para Llano, cada hombre es un solo ser, todo él es todo un ser, «privilegiado y único»⁶⁹³, que entiende, que quiere y que siente, que no está fragmentado, aunque la comprensión del concepto de «hombre» suponga, para que ocurra, una fragmentación a cargo de la inteligencia. Por eso, ciñéndose a santo Tomás, afirma que no es la inteligencia la que entiende ni la voluntad la que quiere, «*sed homo per utrumque*, sino el hombre por medio de ambos»⁶⁹⁴. Esta consideración es la base de la respuesta del realismo llanista al inmanentismo. Al desafío gnoseológico propuesto por el intelectualismo que supone 1) la ruptura con lo real y 2) el solipsismo de la egolatría inmanentista, el autor responde con la «profunda» consideración antropológica de santo Tomás,

⁶⁹² C. LLANO, *El empresario y su acción*, cit., p. 118.

⁶⁹³ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 12.

⁶⁹⁴ *Ibid.*

«cuyas consecuencias no podrían agotarse totalmente: “el hombre conoce las realidades singulares por medio de la imaginación y de los sentidos, y por eso puede aplicar el conocimiento universal, que está en el entendimiento, a lo particular: *pues, hablando propiamente, no son los sentidos quienes conocen, sino el hombre por medio de ambos*” (*non enim, proprie loquendo, sensus aut intellectus cognoscunt, sed homo per utrumque*)»⁶⁹⁵.

De este principio pueden desprenderse al menos tres conclusiones importantes para entender el realismo llanista: 1) al margen de cada hombre no hay nada humano, 2) del hecho de que sólo de lo necesario –universal y sin materia– se pueda hacer ciencia no se sigue que esa ciencia agote la racionalidad humana y 3) lo que primero conoce el hombre es la realidad –que el ser existe–, luego, conoce que conoce. Falta aclarar ahora algo que ya adelantaba en el capítulo II, al hablar de la empresa como comunidad de personas. Ahí expliqué que la peculiaridad de lo humano para Llano radica en la capacidad reflexiva del hombre: es gracias a la *reflexio* que el hombre se hace consciente de su propia vida interior, a tal grado que afirma que es la reflexión la que «origina en nosotros esa realidad humana, quizá la más propiamente humana, que llamamos *intimidad*»⁶⁹⁶.

Como apunté antes, este movimiento del entendimiento sobre sí mismo no es causado por el entendimiento mismo, sino en virtud de la voluntad como causa eficiente; por ello, en la voluntad recaerá lo más decisivo de la persona, aun por encima del entendimiento, que se mantiene en el orden de la causa formal. Veámoslo en el siguiente texto:

«El entendimiento y la voluntad se influyen mutuamente, sí, pero en el orden de causas diversas, siguiendo con fidelidad el adagio aristotélico clásico: *causæ ad invicem sunt causæ, sed diversimode* (las causas son causas entre sí, pero de diverso modo). Cada causa mueve a la otra causa al modo suyo, no al modo de la otra. Así, ha de decirse que “el entendimiento mueve a la voluntad...

⁶⁹⁵ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 69. En otro lugar lo dirá taxativamente, refiriéndose a su posición realista, alejada de la transparencia del inmanentismo: «Huiremos también de la consideración intelectual pura, pues todo concepto contiene, como hemos visto, profundas incidencias existenciales, basándonos, especialmente, en el principio tomista según el cual no es el entendimiento el que entiende ni la voluntad la que quiere, sino el hombre mismo –*hic homo*–, por medio de ambas facultades». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 192.

⁶⁹⁶ C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, México 1997, p. 66.

preconciendo el concepto del fin y proponiéndolo a la voluntad”. El entendimiento mueve a la voluntad como una causa propositiva. En cambio “a la voluntad le corresponde mover al entendimiento al modo de la causa eficiente”⁶⁹⁷.

Por eso debe admitirse que, desde el punto de vista del ejercicio de su acto, la que moldea y configura a la inteligencia es la voluntad⁶⁹⁸. Llano no niega, insisto, que el entendimiento sea necesario; lo que advierte es su insuficiencia. La voluntad se vuelve sobre el entendimiento –reflexiona– y le ordena que piense de nuevo o que piense sobre otro objeto o a partir de otras consideraciones⁶⁹⁹, además, de manera despótica porque «en el orden natural, la voluntad es omnipotente»⁷⁰⁰ y, a diferencia de la inteligencia, es capaz de moverse a sí misma, por más que sea aquella la que le ofrece el bien que ha de elegir⁷⁰¹. Al motivar la reflexión, la voluntad obliga a la inteligencia a pensar, si no mejor, sí con un panorama más amplio y plazo de mayor alcance. La reflexión intelectual que permite al pensamiento percatarse en qué medida la realidad conocida domina y dirige al propio entendimiento necesita de la reflexión volitiva; es ésta la que influye en el conocer para que el sujeto cognoscente se adueñe, por decirlo así, del proceso de conocimiento. Es decir, sin la reflexión volitiva, el ejercicio intelectual iría a la deriva ante la realidad o, simplemente, sería inmanentista: no hay reflexión crítica sin la comparecencia, en igualdad de rango, de la reflexión volitiva⁷⁰². Ahora bien, el texto definitivo dentro del *corpus* para entender la unidad ontológica en la que se dan las operaciones intelectuales y volitivas es éste:

«Esta inserción de ambas facultades en una misma y única sustancia, que es –no se olvide– la que actúa por ellas (“*actiones sunt suppositorum*”: las acciones son realizadas por el individuo, no por las facultades), es la razón última por la cual el entendimiento afecta al ser de la voluntad (no quiero si no conozco lo que quiero), al tiempo que la voluntad afecta al ser del conocimiento

⁶⁹⁷ C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 364.

⁶⁹⁸ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 11.

⁶⁹⁹ Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 365.

⁷⁰⁰ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 108.

⁷⁰¹ Cfr. «La reflexión volitiva», en C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 107 y ss.

⁷⁰² Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 365.

(no conozco en general si no quiero conocer). No hace falta ser voluntarista para entenderlo, no hace falta pensar que la finalidad del conocimiento sea la volición (*conozco para querer*), a fin de postular en los análisis del conocimiento su indisoluble relación con la voluntad; basta tener en cuenta un dato imprescindible en ese análisis: que, a fuer de hombre, y hombre único, *conozco y quiero* (quiero sólo lo que conozco y conozco sólo porque quiero)»⁷⁰³.

En el realismo llanista el hombre no es un ser exclusivamente pensante, sino, además, volente. De hecho, esta indisolubilidad entre las facultades intelectual y orética permite la proclividad de los conceptos universales hacia lo singular empírico, sin la que no sería posible entender la formalidad del universal –quedaría «flotando», sin concreción–; es lo volitivo lo que permite al entendimiento llegar al singular, que es la única realidad susceptible de ser querida⁷⁰⁴. Por ello, como intenté hacer ver antes, la voluntad es para Llano motor de la reflexión, no sólo porque la inteligencia debe flexionarse sobre sí misma, sino porque debe mantenerse en esa actitud que requiere del esfuerzo de la voluntad, dado que el objeto primero y propio del conocimiento no es su mismo entender ni lo que entiende de sí ni, tampoco, el conocer de su propia esencia, sino, como afirma santo Tomás, «algo extrínseco, a saber, la naturaleza de la realidad material»⁷⁰⁵.

De hecho, en el llanismo, el verdadero hombre reflexivo es más un hombre de voluntad que de entendimiento⁷⁰⁶. Por ello afirmó antes nuestro maestro que a la verdad abstracta basta conocerla; en cambio, la verdad concreta, ésa en que se debe basar la vida del sujeto singular en el *Lebenswelt*, establece con él una relación de tal interioridad que la actividad especulativa en

⁷⁰³ C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 299.

⁷⁰⁴ Cfr. *Ibid.* Como ya quedó dicho, en ese vaivén –o «rejuego», como era denominado por Llano– la voluntad es determinante en términos de la causa eficiente. Como dice santo Tomás: «“El entendimiento mueve a la voluntad en cuanto que concibe previamente la razón de fin y lo *propone* a la voluntad”. En cambio, “a la voluntad le corresponde mover al modo de la causa agente o eficiente, lo cual no le compete al entendimiento”». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 363. El entrecorillado corresponde a *De Veritate* q. 22, a. 12, c. La traducción es de Llano.

⁷⁰⁵ S. *Th.* I, q. 87, a. 3, c., citado en C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 356. La traducción es de Llano.

⁷⁰⁶ «Los intelectualistas a ultranza consideran que los errores intelectuales se originan y resuelven en el estricto ámbito intelectual. Pero esta consideración los encierra en un círculo vicioso, pues resulta al menos ingenuo desear poner el remedio del error en su misma causa, lo cual sucedería si las causas del error fueran, como ellos piensan, puramente intelectuales». C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 32. Como se verá en el capítulo siguiente, la *paideia* llanista consiste principalmente en la formación de la voluntad.

el orden del conocimiento no es suficiente. El hombre es impelido por la realidad para quererla lo suficiente como para decidirse y comprometerse con ella⁷⁰⁷.

A diferencia de lo que ocurre en el entendimiento –que conoce mediante abstracción (intelectualmente ignoramos qué es ser Pedro; pero no qué es ser hombre)–, en el caso de la voluntad, ésta no puede querer, según su acto propio concreto de querencia, un bien abstracto (no puede querer al hombre en general, sino a Pedro)⁷⁰⁸. La voluntad permite al hombre apostar por la verdad en la práctica, en la vida corriente. De acuerdo con los postulados llanistas, la inteligencia siempre será insuficiente para la acción. Por más claridad con la que el entendimiento vea la verdad, sin el *volo* del sujeto, aquella visión de la verdad no pasará del plano especulativo; en el mejor de los casos, acabaría recluido en sí mismo, como ocurre en el inmanentismo. En la realidad, todo hombre conoce y quiere⁷⁰⁹. Sin embargo, hay una preeminencia de la voluntad en el orden de la acción, por la flexión que aquélla hace sobre el intelecto en una especie de círculo volitivo-intelectivo, según el cual el bien informa al entendimiento, éste lo propone a la voluntad y la voluntad lo quiere:

«Por ello puede afirmarse con seguridad que, “aunque el entendimiento, hablando absolutamente, sea anterior a la voluntad, sin embargo, por reflexión, se hace posterior a la voluntad; y así la voluntad puede mover al entendimiento”, o bien, “considerando las cosas absolutamente, la razón es anterior, aunque *por reflexión*, la voluntad se hace *anterior y superior*, en cuanto que mueve a la razón”»⁷¹⁰.

La intervención de la voluntad que he ido delineando puede ir en tres direcciones⁷¹¹. Primero, para que la inteligencia no se apresure en un juicio

⁷⁰⁷ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 124.

⁷⁰⁸ Cfr. *Ibid.*, p. 103.

⁷⁰⁹ «Una facultad cognoscitiva que no fuera seguida de la posibilidad de querer lo que se conoce resultaría tan monstruosa como un buen paladar sin apetito. Esta continuidad entre el conocimiento y el amor es a tal punto precisa para la plenificación del ser inteligente que la teología cristiana la coloca, como se sabe, en la base misma de la vida íntima trinitaria de Dios. Pero no se ha reparado bastante en que esta requerida continuación y complemento de nuestras dos actividades específicas (querer y conocer), afecta al conocimiento en su dinámica secuencial interna de una manera insoslayable». C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 298.

⁷¹⁰ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 99. Llano cita *De Veritate*, q. 22, a. 12, ad 1 y a. 13, c. La traducción es de él.

⁷¹¹ Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 371.

superficial o insuficiente, sin fundamentos necesarios. Segundo, para evitar la influencia de la voluntad misma al poner o suprimir del objeto los aspectos determinantes para desentrañar su verdad: en el primer caso, la voluntad puede hacer que la inteligencia complique de manera innecesaria su objeto de estudio y, en el segundo, que lo simplifique de modo arbitrario. Y, en un tercer sentido, para que la propia inteligencia no decaiga en su ejercicio y evitar que se rinda al conformismo –como ocurre en el caso del inmanentismo– de «permanecer cómodamente en ella», dice Llano, o prolongarse indefinidamente en la especulación. Pero, sobre todo, es la instancia volitiva la que permite al entendimiento asirse al singular y, en definitiva, darle forma a la realidad para que la voluntad pueda quererla⁷¹². Es obvio que no puede quererse lo que no se conoce; pero, aunque no sea del todo evidente, también es verdad que no se puede dar el conocimiento si no hay una injerencia de la voluntad: conozco porque quiero. El querer ha quedado en las sombras del conocer. Por ello, el llanismo se propone restituir la acción volitiva indispensable para que la inteligencia no decaiga en sus actos y, también, para que el sujeto adquiriera un «auténtico coraje humano» en aras del bien plenario que por naturaleza le corresponde:

«No es –se insiste– un asunto asépticamente intelectual. El relativismo incluye un ingrediente de resonancias existenciales: un decaimiento o conformidad ante la perpetua incertidumbre, o ante esa auténtica *pasión por la búsqueda* que desde hace dos mil quinientos años se llama filosofía. No es –tampoco– un asunto de *inteligencia emocional*, al modo de Goleman; en todo caso lo sería de *corazón inteligente*. ¿Seremos capaces de mantenerlo en el presente milenio?»⁷¹³.

⁷¹² «Esto resulta hasta cierto punto fácil de entender, para el caso del singular material, a la vista de nuestro concepto universal en estado de suspenso: si el entendimiento pudiera, quizá, epistemológicamente –esto es, en un nivel estrictamente científico–, conformarse con el concepto en su condición universal, en un nivel integralmente humano requeriría a su regreso al singular, para posibilitar que la voluntad se ejercite de algún modo. El *hombre* en universal sólo es querido, en el mejor caso, por el socialista utópico del siglo XVIII. El hombre concreto tiene amistad con el hombre concreto: esto es, no con el *hombre*, sino con *Pedro*». C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 301. En su explicación, Óscar Jiménez resalta el carácter unitivo del *suppositum* y la intención de nuestro maestro al restaurar el papel de la voluntad –y, consecuentemente, arrebatárle el monopolio a la inteligencia– en un acontecimiento que protagoniza el hombre con todas sus potencialidades. Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 45.

⁷¹³ C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 94.

Dicho de otra manera, si la voluntad, como apetito racional que es, resulta absurda sin su relación con el entendimiento, la vinculación del entendimiento con la voluntad tampoco es menor, adventicia ni casual; por ello, la adecuada intelección del entendimiento conlleva el estudio de sus internas relaciones con la volición, no sólo en cuanto la voluntad deriva de él (lo cual es más una cuestión de la voluntad que del entendimiento), sino en cuanto fenómeno básico humano que pertenece al mismo hombre que conoce.

Cabría ahora preguntarse con Llano si no se está acentuando el papel de la voluntad, «precisamente dentro de unos parámetros tomistas que se precian justo de su intelectualismo»⁷¹⁴. Como él mismo reconoce, hay al menos la posibilidad de cierta extrañeza en concederle a la voluntad cierta primacía por encima de la inteligencia en orden a la decisión, sobre todo, si se parte del tomismo⁷¹⁵. Es cierto que el realismo no se agota ni se explica sólo por la práctica ni por la acción; mucho menos se sigue que los fundamentos del realismo de Llano provengan únicamente de una «filosofía de la voluntad»: eso supondría convertir su pensamiento en voluntarismo o, incluso, abrir la puerta al utilitarismo pragmático. No es así. Su punto de inicio es la realidad misma y, luego, la constatación de que el hombre puede conocer lo real desde su propia unidad como un todo *-suppositum-*. El realismo llanista es, con palabras de su autor,

«la convicción de que existen juicios que concuerdan con la realidad, la cual es accesible para el hombre; unos impuestos por la misma realidad; otros investigados por la inteligencia; por último, otros discurridos por la razón en que tenemos una confianza inicial»⁷¹⁶.

* * *

⁷¹⁴ C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 38.

⁷¹⁵ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 64.

⁷¹⁶ C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 83.

Para Eduardo Nicol, la sabiduría (*sapere*, saber) es primariamente la capacidad de saborear las cosas sabrosas. La *sapientia* –dice– es el buen gusto⁷¹⁷. Por eso, agrega,

«Lo sabio no es tan sólo *hacer* lo que a uno le incumbe, sino *conocer* esta incumbencia (*πράττειν καὶ γνῶναι*); pues el propio conocer es ya un hacer. Éste no es, pues, un conocimiento cualquiera, sino el conocimiento que versa sobre el ser cognoscente, como la praxis virtuosa re-vierte sobre el ser actuante. En suma: *el hombre es la incumbencia del hombre, en el saber y en la acción conjuntamente*»⁷¹⁸.

La insistencia de Llano en que el objeto de la filosofía no es la filosofía sino el hombre mismo –su preocupación por explicar y desentrañar la riqueza del *Lebenswelt*– responde a una metafísica no racionalista, a un estudio de lo real que originó en él una verdadera pasión por la búsqueda de la verdad, que quedó desplazada, precisamente, por el estudio de las ideas de lo real; la filosofía está volcada sobre las cosas en tanto que pueden ser pensadas y no en cuando que son⁷¹⁹. Este realismo, pues, se funda en el ser mismo. Expresado al modo de Blondel, en la realidad nadie escapa a la realidad⁷²⁰. Su especulación filosófica supera el solipsismo que se desprende del pensamiento inmanentista porque, ante la evidencia de la práctica, le resulta imposible clausurarse en sí misma; así, puede sostener que

«La verdad es más ontológica que gnoseológica, pues pertenece más al terreno de la metafísica que al de la ciencia. Gracias a esta observación nos hemos podido enfrentar con el problema clave de la epistemología o de la gnoseología, o de la crítica metafísica, sin el temor de que tal vez quedemos encerrados en el laberinto inmanentista, es decir, sin caer en el dilema máximo: justificar la verdad del conocimiento sirviéndonos capciosamente del conocimiento que tenemos que justificar»⁷²¹.

⁷¹⁷ Cfr. E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 50.

⁷¹⁸ *Ibid.*, p. 51.

⁷¹⁹ Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 199. Aquí, Llano encuentra a un responsable histórico: «El estudio de los conceptos, de las cosas en cuanto pensadas, es el menester de la Lógica. La filosofía se ha convertido en lógica como quedó al descubierto en su pináculo, que lleva el nombre de Hegel».

⁷²⁰ El francés dice: «En la práctica, nadie escapa al problema de la práctica». M. BLONDEL, *La acción*, cit., p. 5.

⁷²¹ C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 331.

La teoría de la idea práctica, como se verá, depende del realismo llanista y sostiene tanto a su filosofía especulativa como a sus aplicaciones en la práctica, porque alcanza al sujeto mismo que hace, piensa y quiere⁷²². En buena medida, si este realismo es un esfuerzo por entender y explicar mejor la acción volitiva del sujeto, ello se debe a que la solución al idealismo inmanentista proviene de la voluntad, que debe obligar –permítaseme el verbo⁷²³– al entendimiento a renunciar a la comodidad que le ofrece la pureza racional, para que no decaiga en su ejercicio e impedir que se conforme con no sólo renunciar a salir de la duda sin fundamento, sino que opte por permanecer cómodamente en ella o por prolongarla en indefinidos puntos suspensivos⁷²⁴. Y «el preponderante oficio de la voluntad», en expresión del autor, tiene su lugar en la acción cotidiana que «contamina»⁷²⁵ a la razón y cuyas opciones presentan en concreto tantas circunstancias a favor como en contra que se convierten, ante la decisión del hombre, en prácticamente iguales.

Es importante considerar de nuevo que en la filosofía de Llano: 1) el sujeto confía totalmente en que puede conocer la realidad externa a él y 2) su pensamiento y deseo no se dan separadamente, sino que concurren en él como sujeto que entiende y quiere⁷²⁶. Pasar de la decisión a su ejecución supone un

⁷²² Ejemplo de esto último es el siguiente texto, en el que se aprecia vivamente el alcance del objeto de esta investigación: «En la elaboración de los propósitos, aún los más definitivos, se ha de adoptar la actitud de la objetividad frente a los hechos: la respuesta al “¿qué quiero ser?” está supeditada al *si tal es mi condición, ¿qué puedo ser?* La fidelidad al propósito existencial de vida ha de estar fundamentada en la fidelidad a la realidad de los hechos, en la fidelidad del ser, ya que no puede guardarse fidelidad al propósito si éste se ha elaborado de espaldas, infielmente, del ser: aquí se distinguen el hombre realizador de sus proyectos y el “quijote”. Porque no basta elaborar un proyecto existencial de vida, por alto que sea: hay que realizarlo». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 148. Aquí se aprecian con toda claridad los rasgos fundamentales de la idea práctica, que es proceso regulador abierto inclusivamente práxico.

⁷²³ Dado que el movimiento de la voluntad es eficiente, también puede ocurrir lo contrario: que la voluntad fuerce a la inteligencia al error, dado que ésta no puede resistirse a aquélla, de dos modos: «natural si se refiere al ejercicio del acto de entender (pienso o no en el color de esta pared), y de un modo a veces desnaturalizado si se refiere a la especificación misma del acto de entender (la voluntad *obliga* al entendimiento a pensar o no en el color de la pared –ejercicio– y lo inclina o anima a que piense que es de un color distinto del que objetivamente aparece –especificación–). Esta eficacia de la voluntad sobre el entendimiento (absoluta en el caso del ejercicio de la acción intelectual, y relativa –pero eficiente– en el caso de la especificación de la acción intelectual), es *lo que hace posible el hecho del error intelectual*, cuando la presión de la voluntad sobre el entendimiento tiene un peso mayor que la que, al mismo tiempo, la inteligencia recibe del objeto». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 363.

⁷²⁴ Cfr. *Ibid.*, p. 371.

⁷²⁵ «Hemos visto con Carlos Llano que la razón nunca es “pura”, sino todo lo contrario: la razón del hombre que hace ciencia siempre está “contaminada” de las emociones, de la voluntad, de la soberbia, de la ira, etc.». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*, cit., p. 167.

⁷²⁶ Dice Jiménez: «La doctrina de Llano del hombre pone el énfasis en la inteligencia, sí, pero principalmente en el *ejercicio de la voluntad* para llevar a cabo lo pensado: la idea práctica no es tal hasta que la voluntad la realiza y la pone en el *esse*. El “énfasis” no es otro que el papel del ejercicio de la voluntad, no de las representaciones gramaticales que expresa el sujeto voluntario». *Ibid.*, p. 182.

desafío doble. Primero, la realidad externa –particular y limitada– impone al sujeto determinadas condiciones y, luego, a partir de la deliberación de esas circunstancias dadas, el sujeto debe renunciar a decidir «pulcramente», con base únicamente en su especulación, y pasar a la ejecución de lo decidido.

El punto radical en la acción propiamente humana consiste en la adhesión del sujeto a lo que decidió en el ámbito de su inteligencia en la realidad contingente que se le impone desde fuera⁷²⁷. El ser humano como un ser capaz de «razón, amor, memoria y reconocimiento dialógico»⁷²⁸ no está fragmentado. La posibilidad aglutinadora del conocimiento de lo real se da en el *suppositum*, en el hombre mismo, donde se dan inteligencia y voluntad:

«Al problema del conocimiento intelectual de lo singular se responde, en última instancia, con la unidad sustancial del hombre, que no está *radicalmente* dividido en entendimiento y sensibilidad, sino sólo *potencialmente*; es decir, el entendimiento y los sentidos son potencias operativas suyas, y no sus constitutivos radicales»⁷²⁹.

II.– Definición de *idea práctica*⁷³⁰

No creo exagerar cuando me refiero a *Análisis de la acción directiva* como el libro germinal del pensamiento de Carlos Llano. Sin la recurrente vuelta a sus páginas careceríamos de una adecuada comprensión de la filosofía llanista;

⁷²⁷ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 94. Llano se refiere al siguiente texto de Blondel: «¿Me quedaría la esperanza de encarrilarme, si quiero, a plena luz y de gobernarme sólo por mis ideas? No. La práctica, que no admite retrasos, jamás va acompañada de una total claridad. Su análisis completo no está al alcance de un pensamiento finito. Toda regla de vida que se hallara fundada únicamente sobre una teoría filosófica y unos principios abstractos sería temeraria. No puedo esperar a actuar hasta que la evidencia haya aparecido, y además, cualquier evidencia que brilla en el espíritu es parcial. Un punto de reconocimiento nunca basta para ponernos en movimiento, porque no nos afecta por entero: en todo acto hay un acto de fe.

¿Podré, al menos, cumplir lo que he resuelto, sea o que fuere, y tal como lo he resuelto? No. Entre lo que sé, lo que quiero y lo que hago hay siempre una desproporción inexplicable y desconcertante. Mis decisiones van a menudo más allá que mis pensamientos, y mis actos más allá que mis intenciones». M. BLONDEL, *La acción*, cit., pp. 4-5.

⁷²⁸ C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 11.

⁷²⁹ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 69.

⁷³⁰ Adelanto una definición provisional de idea práctica: ente de razón que el artífice usa para acceder noéticamente a lo no existente aún –proyecto– con la doble finalidad de 1) poner en la existencia aquello pensado y, fundamentalmente, 2) le sirve como vía ejemplar para su propia transformación.

sobre todo, en el caso concreto que nos ocupa, pues precisamente ahí se encuentran los prolegómenos de la teoría de la idea práctica. En efecto, Llano nos remite a su *opera prima*, donde se afirma

«que en la acción directiva se ha acentuado el *pensar lo que se quiere*; pero un minucioso recuento de errores prácticos en la dirección, nos arroja la creencia de que tan importante como *pensar lo que se quiere es querer lo que se piensa*»⁷³¹.

Pues bien, volvamos a una línea crucial para explicar la definición de la idea práctica: «No hay ninguna teoría de la que nazca, por sí misma, la acción»⁷³². Esto es reiterado sólo un par de páginas más adelante: «Ningún conocimiento humano es *efectivo* por sí mismo»⁷³³. ¿Cómo es posible, entonces, que proponga algo como una *idea práctica*? Parece un planteamiento contradictorio o, como él mismo admite, algo frustrado desde su origen dado que «las ideas no son prácticas a primera vista»⁷³⁴. En un primer momento parece que, de haber algo como una idea práctica, ésta se ubicaría en el ámbito del entendimiento práctico. Es precisamente por esta razón que es necesario explicar el rasgo fundamental del pensamiento llanista –que es el planteamiento de esta tesis–, escrito así por el filósofo mexicano:

«[La teoría de la idea práctica] quiere ser la formulación, en ropa de filósofo, del agudo apotegma de Gilbert Chesterton. Al hablar de las ideas –dice– debemos optar entre dos tipos de idealistas: los que *idealizan la realidad*, y los que *realizan el ideal*: la idea práctica habita en la vertiente de la realización, no de la idealización»⁷³⁵.

⁷³¹ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 12.

⁷³² C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 95.

⁷³³ *Ibid.*, p. 97.

⁷³⁴ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 17. Héctor Zagal ha puesto especial atención a ello y ha señalado que la teoría de la idea práctica surge de una concesión al intelectualismo, tan criticado por Llano, cuyo origen es una indebida lectura que nuestro maestro hace de Aristóteles. Cfr. H. ZAGAL, *Verdad práctica y causa ejemplar*, en *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*, Universidad Panamericana, México 2005, p. 344. Más adelante expondré la respuesta de Llano a esta objeción.

⁷³⁵ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 15. Llano acude en varias ocasiones a esta referencia sin mencionar la cita. La expresión aparece en G. K. CHESTERTON, *The Flying Inn*, Methuen, London 1946, p. 163: «There are two kinds of idealists, as everybody knows—or must have thought of. There are those who idealize the real and those who (precious seldom) realize the ideal. Artistic and poetical people like the English generally idealize the real».

Y aquí debo recordar la médula del pensamiento llanista, que intenté describir en el capítulo I: la imbricación radical entre el intelecto especulativo y el intelecto práctico, que se hace evidente en la dinámica humana de la acción mediante la capacidad de interrelacionar elementos heterogéneos y factores disímbolos de legítima autonomía, realidades concretas con códigos técnicos y operativos dotados de tal coherencia interna que los hacen irreductibles a códigos de otra índole con los que necesariamente deben relacionarse íntimamente⁷³⁶. Nuestro maestro, según vimos, se refería a esta capacidad como una suerte de bicefalia⁷³⁷, deseable en todo director y de la que él era el mejor ejemplo: en Llano confluyeron armónicamente la eficaz productividad del emprendedor y la alta capacidad especulativa –también eficaz– del filósofo. En su estudio sobre el nuevo empresario mexicano, ofrece una imagen que me sirve para ilustrar esta bicefalia. Al estudiar el involucramiento y compromiso de todos sus miembros en el trabajo y objetivos de una organización⁷³⁸, muestra la insostenibilidad de aquel decreto inamovible de «los *supremos magistrados* Fayol y Taylor»⁷³⁹, según el cual las corbatas piensan y las camisetas hacen. En apego a su doctrina, Llano reitera que todos deben llevar corbata y camiseta: pensar y hacer.

Por lo tanto, toda especialización será inhumana⁷⁴⁰, pues la vida del hombre no ocurre en estancos separados herméticamente. Se comete un grave yerro al separar lo que es uno y al confundir en la realidad lo que sólo es distinguible en el pensamiento: «sería un error polarizarnos en un dualismo sin reconciliación»⁷⁴¹, pues, no debe olvidarse que «el culto de las antinomias no es

⁷³⁶ Cfr. C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 30.

⁷³⁷ Aunque usaba el término con frecuencia cuando explicaba la armónica capacidad de pensar y hacer que se espera de todo directivo, en el corpus sólo aparece en dos lugares: 1) C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit. y 2) C. LLANO, *Caracterología del directivo al inicio del siglo XXI*, «Revista Empresa y Humanismo», V/2 (2002), pp. 321-344.

⁷³⁸ Llano reflexiona sobre el célebre el caso preparado por Peter C. Reid a partir de la experiencia en la emblemática Harley-Davidson: *Well made in America: Lessons from Harley-Davidson on being the best*. Llano cita la edición en español (*Bien hecho en América*, McGraw-Hill, México 1991), en C. LLANO, *El nuevo empresario en México*, Fondo de Cultura Económica, México 1994, pp. 102-151.

⁷³⁹ *Ibid.*, p. 107. Al llamarlos así, hace un guiño sobre su animadversión al cientificismo administrativo propuesto por Frederick Taylor y Henri Fayol. «La idea ejemplar del trabajo que habría de ser realizado, al descomponerse en y reducirse a sus elementos átomos, hacía prevalecer en ella la causa material. El trabajo organizado e inspiraba así en los simples funcionamientos de una máquina. Este concepto mecanicista del trabajo organizado, en el que todo gira sobre las *tareas elementales* que lo fundamentan, fue desarrollado y popularizado desde 1911 por Frederick Taylor con *The Principles of Scientific Management*, y por Henri Fayol con *Administration générale et industrielle* (1916)». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 125.

⁷⁴⁰ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 6.

⁷⁴¹ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 185. Ya ha ido quedando claro que una de las consecuencias éticas de esta especialización polarizada impulsada por el cientificismo de raíz ilustrada es la llamada por el autor «esquizofrenia moderna», que consiste en la división entre lo que compete a la vida

la misión de la filosofía»⁷⁴². La bicefalia llanista antes aludida consiste, entonces, en la síntesis necesaria entre el entendimiento de la complejidad del mundo y de la propia singularidad, y la acción derivada de esa comprensión. Al final, su proyecto trata de lograr «un pensar claro y un querer firme»⁷⁴³.

Si el meollo de la filosofía de Llano es su estudio sobre los entendimientos especulativo y práctico, y, por ende, su teoría de la idea práctica, antes de definir la idea práctica llanista, son necesarias algunas consideraciones generales sobre la distinción entre entendimiento práctico y especulativo, que ya fueron incoadas en el capítulo anterior.

1.– «El entendimiento es especulativo por naturaleza»⁷⁴⁴

Siguiendo a santo Tomás –quien a su vez parte de Aristóteles– nuestro filósofo sostiene que el proceso que sigue el entendimiento es eminentemente especulativo, «encerrado en el ámbito de lo mental, en la esfera de lo puramente pensado»⁷⁴⁵ y, por lo tanto, incapaz de alcanzar la realidad para transformarla, porque «no tiene más capacidad que la de penetrar cognoscitivamente en la realidad y de juzgar sobre ella»⁷⁴⁶. Y si tiene acceso a ella –que lo tiene–, es sólo en función de sus operaciones propias, determinadas, a su vez, por su objeto: lo inteligible, la idea, que abstrae de la forma en la realidad. Así, la inteligencia sólo puede moverse en el ámbito de lo mental; lo cual, como se dijo, no implica infravalorarla⁷⁴⁷, sino explicarla con una adecuada interpretación. Pero, lo que sí

íntima de la persona y su vida fuera de esa esfera privada: «El ser humano del manoseado siglo XXI vive en dos reinos. De lunes a viernes, el mundo formal de los negocios, la ciencia y la política. El fin de semana el mundo suave, dulzón y almibarado. La tecnoestructura racionalista vs. el mundo vital sentimentaloides. [...] El ser humano cae en una suerte de desdoblamiento ético que puede denominarse sin exageración *esquizofrenia moral*. El axioma tautológico del *business is business* tiene precisamente este significado: en el mundo de los negocios podemos conducirnos de manera diferente a como nos hemos de comportar en otros mundos vividos por nosotros. [...] La doble moral es una esquizofrenia antropológica: Dr. Jekyll y Mr. Hyde. El dogma liberal de la autonomía absoluta de lo privado (*privacy*) es falso. En el mundo real, lo privado y lo público se entremezclan pues el actor de la vida social es uno. El sujeto porta a donde va –ya sea al despacho, ya sea al hogar– sus cualidades personales [...]. El liberalismo doctrinario es miope. No capta las continuas intersecciones entre la esfera pública y la esfera privada». C. LLANO – H. ZAGAL, *El rescate ético de la empresa y el mercado*, Trillas, México 2001, p. 21, 23 y 118.

⁷⁴² C. LLANO, *Individuo y sociedad: problema metafísico*, cit., p. 263.

⁷⁴³ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 6. Sobre esto ahondaré en el siguiente capítulo al ocuparme del carácter.

⁷⁴⁴ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit. Pág. 96.

⁷⁴⁵ *Ibid.*, p. 97.

⁷⁴⁶ *Ibid.*, p. 96.

⁷⁴⁷ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 64.

ocurre a causa de este constreñimiento es que, como se puede deducir, el entendimiento especulativo no puede penetrar directamente a las realidades singulares⁷⁴⁸.

Por eso puede afirmarse que el entendimiento no es suficiente en el ámbito de la acción humana, pues la inteligencia padece las consecuencias de su propia debilidad –su «adicción» a los universales–; sin embargo, también es la facultad que nos permite interpretar el mundo mediante las reproducciones de lo real que el sujeto que conoce hace *intra mentem*⁷⁴⁹. La idea, como reproducción de lo real, carece de toda repercusión *extra mentem* y su efecto se limita al estricto ámbito del propio entendimiento: «se trata de producciones mentales, que no afectan, por sí solas, a los demás aspectos de mi personalidad ni a la realidad transubjetiva»⁷⁵⁰. Las ideas son instrumentos indispensables para que el sujeto capte la realidad, que es su referencia remota (aunque su referencia próxima se halle en la inteligencia⁷⁵¹). El filósofo mexicano constata que el proceso intelectual de la inteligencia está y pertenece estrictamente al ámbito mental. Como él mismo enfatiza:

«El entendimiento no puede salir de sí mismo más que por la línea cognoscitiva de la realidad: su contacto con la realidad es meramente contemplativo. Por ello es conveniente recoger aquí dos conocidas aseveraciones de Aristóteles, que no siempre se tienen en cuenta cuando se aborda el tema de la acción: “el pensamiento, por sí mismo, nada mueve...”; “la práctica no se da sin pensamiento y sin voluntad”»⁷⁵².

⁷⁴⁸ «En el caso del conocimiento especulativo, el acceso noético directo a la singularidad está vedado al hombre por razón de que la materia, en la debilidad de su ser potencial, no se halla habilitada para actuar sobre nosotros directamente, sino sólo a través de la forma». C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 75.

⁷⁴⁹ «En la vida cotidiana no tenemos duda de que la inteligencia nos pone en contacto con lo real, y toda nuestra conducta vital se conduce bajo el imperio de esta convicción. No obstante, somos conscientes de que incurrimos en errores, los cuales son, según la conocida afirmación aristotélica, el pensamiento de que es lo que no es, o de que no es lo que es». C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 84. «El conocimiento es una “reproducción en la conciencia cognoscente de una realidad”; “el pensamiento reproduce adecuadamente una realidad”; “lo verdadero entraña una reproducción espiritual de la realidad”». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 96. Llano cita: A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, *Filosofía de la praxis*, cit., pp. 175, 129 y 176.

⁷⁵⁰ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 96.

⁷⁵¹ «De ahí que el error sea explicable: asumimos que estamos pensando en las cosas con la inteligencia, cuando en realidad estamos pensando en la inteligencia de las cosas». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 178.

⁷⁵² C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 98. Llano tiene a la vista el siguiente pasaje de la Nicomaquea: «La reflexión [διάνοια] de por sí no pone nada en movimiento, sino la reflexión orientada a un fin y práctica [ἢ ἔνεκά του καὶ πρακτικῆ]; ésta, en efecto, gobierna incluso al entendimiento creador [διάνοια ποιητικῆς], porque todo el que hace una cosa, la hace con vistas a algo, y la cosa hecha no es fin absolutamente hablando (si bien es un fin relativo y de algo), sino la acción misma, porque es el hacer bien

A partir de aquí ya es posible establecer la distinción fundamental que hace Llano entre entendimiento práctico y especulativo. Esa inteligencia deseosa o deseo inteligente aristotélico, como se verá a continuación, es el entendimiento práctico llanista. Al examinar filosóficamente el acto de la decisión, volverá sobre el mismo pasaje aristotélico para mostrar que la posición de la inteligencia en el ámbito de la acción no es de monopolio, como pretende el inmanentismo, que considera que el entendimiento –a ojos de Llano– es la «potencia soberana de un monigote»⁷⁵³. Porque, según la paradoja apuntada por Llano y Zagal, la inteligencia puede hacer disfuncional al hombre, como en el caso del Quijote; por eso vale decir que quien es verdaderamente inteligente «es consciente de los límites y alcances de su propia inteligencia»⁷⁵⁴. Llano señala dos diferencias básicas entre el pensamiento para la acción (estrictamente: el pensamiento prudencial) y el pensamiento especulativo (estrictamente: el pensamiento científico de cualquier naturaleza).

La primera diferencia es que el pensamiento estrictamente científico versa sobre lo universal y necesario, sobre lo que no puede ser de otra manera; así, no tiene que considerar oportunidades sobre las que hay que actuar, sino entes de razón que se verifican en leyes, causas, o fenómenos sistemáticos o sistematizados –según el ejemplo de Llano– y que son el objeto del pensamiento propiamente dicho. Esta es la razón por la cual la realidad queda idealizada o tipificada de alguna manera, para que pueda ser contenido del entendimiento y, por lo tanto, todo juicio o respuesta también será ideal, «al menos como tendencia, en el sentido de absolutizada»⁷⁵⁵. Ahora bien, ante una idea absolutizada –expresada a manera de ley, por ejemplo– no existe libertad de decisión: sobre el teorema de Pitágoras no se puede ejercer un acto de decisión propiamente dicho, sino sólo juicios que establece el pensamiento, ya sean deductivos o inductivos⁷⁵⁶. En cambio, al objetivo racionalizado sobre una oportunidad real de acción –en la práctica– se le puede decir sí o no con la

las cosas lo que es fin, y eso es el objeto de deseo. Por eso la elección [προαίρεσις] es inteligencia deseosa [ἡ ὀρεκτικὸς νοῦς] o deseo inteligente [ἡ ὀρεξις διανοητική], y esta clase de principio es el hombre». 1139a 35-1139b 6.

⁷⁵³ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 65.

⁷⁵⁴ C. LLANO – H. ZAGAL, *El rescate ético de la empresa y el mercado*, cit., p. 71

⁷⁵⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 72

⁷⁵⁶ Cfr. *Ibid.*

razón deliberativa (no deductiva ni inductiva) o con la voluntad, sin desvirtuar por ello a la razón misma, que no se reduce al entendimiento⁷⁵⁷.

La segunda diferencia radica en que los problemas de índole especulativa que corresponden al pensamiento científico –en los que se busca una explicación ideal, que no idónea– difieren, por su naturaleza, de los problemas prácticos, pues en este caso quien se los plantea no pretende una explicación ideal al modo de la ciencia, sino una resolución por vía de acción en una realidad concreta y contingente. En el primer caso, el problema sólo existe, *sit venia verbo*, más que en la mente; pues la realidad no es, en el orden especulativo, problemática de suyo, sino que se problematiza siempre usando conceptos: «el problema está en que nuestro pensamiento no encuentra una explicación teórica –causal, legal, etc.– a algo que de hecho se da en la realidad, sin que ella requiera, de sí misma, explicación alguna»⁷⁵⁸.

En cambio, el problema de orden práctico sí existe, pues, para resolverlo, se necesita que la realidad sea transformada mediante la acción del agente sobre ella en los términos que la solución indique, no de modo meramente ideal, sino real. Por ejemplo, una fuga de agua en la cocina exige que se repare en función de la realidad concreta –si es una tubería, que se arregle *esta* tubería–, no basta la posesión de los conocimientos de fontanería universales –«o se resuelve el problema en la realidad o no se resuelve nada»⁷⁵⁹–. Además, para reparar la fuga es necesario que el entendimiento entienda –valga la redundancia– que se trata de una realidad singular, no universal: es *esta* tubería la que está dañada. Esto es así porque los problemas y oportunidades son contingentes y exigen del entendimiento soluciones y objetivos de la misma índole⁷⁶⁰. Sin embargo, si como se ha admitido, la intelección de la oportunidad también es meramente especulativa, en el mismo nivel que la de una verdad meramente teórica de cualquier otra índole, con Llano debe hacerse ahora la pregunta radical para la

⁷⁵⁷ Cfr. *Ibid.*

⁷⁵⁸ *Ibid.*

⁷⁵⁹ *Ibid.*

⁷⁶⁰ «Bien sea porque su materia es una realidad ya idealizada o tipificada, bien porque lo sea un problema intrínsecamente ideal, el pensamiento especulativo tiene aptitud para dar a su materia respuestas idealizadas, tipificadas o ideales. En el pensamiento práctico, a la contingencia de la oportunidad debe responder la contingencia del objetivo; a la realidad contingente del problema debe responder la realidad contingente de la solución, sin pretensión de necesidad ni universalización. Esto no quiere decir que las respuestas especulativas no sean reales; simplemente indica algo obvio: que no son prácticas. Pero no por obvio deja esto de tener valor: a las oportunidades y problemas prácticos ha de responderse con objetivos y soluciones prácticas, es decir, de la misma naturaleza, del mismo orden –contingencia–, que la cuestión planteada» *Ibid.*, p. 73.

acción: «¿en virtud de qué el entendimiento, especulativo por naturaleza, llega a merecer la calificación de práctico?»⁷⁶¹.

2.– El desdoblamiento del entendimiento

Para responder la pregunta anterior, Llano acude a santo Tomás, a quien le atribuye dar una pista al afirmar que se «suele hablar del conocimiento práctico siempre que se refiere al conocimiento de lo singular»⁷⁶². He explicado ya que para el autor el entendimiento en sí mismo es sólo especulativo; para él, incluso, «los términos “conocimiento” y “especulación” son estrictamente idénticos»⁷⁶³. Sin embargo, cuando el entendimiento versa sobre una oportunidad de acción en el plano de lo singular está en potencia de lo práctico. Dicha relación es manifiesta al atender la propia acción personal: en la práctica no cabe menoscabo de lo singular concreto, como sí sucede en la especulación. Para ser, la acción debe terminar en realidades singulares, queridas por la voluntad⁷⁶⁴. De manera que en el llanismo hay un único entendimiento, que es práctico cuando en él incide el deseo volitivo para ponerse al servicio de la acción práctica. Es decir, la acción se efectúa en la medida en que la voluntad rige en él para supeditarse a los fines prácticos queridos por aquélla. Dicho de otra manera, de acuerdo con el filósofo mexicano, esta incidencia es la causa de que el entendimiento se haga práctico en acto y, por lo tanto, esa practicidad del intelecto no es un efecto causado por el entendimiento mismo, sino por el acto voluntario⁷⁶⁵.

Ahora bien, el primer acto del entendimiento en aras de convertirse en práctico es juzgar, estrictamente de manera especulativa –porque no puede hacerlo de otra manera–, sobre la oportunidad de acción; luego, delibera para

⁷⁶¹ *Ibid.*, p. 96.

⁷⁶² C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 73.

⁷⁶³ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 98.

⁷⁶⁴ «Todos sabemos que no operamos con universales, sino con singulares: la operabilidad con universales es un reducto limitado de la lógica y la matemática. Todavía más, *la esencia de la práctica se constituye sobre la noción de singularidad*, en el sentido de que ella es, sobre todo, la realización de algo particular o singular. A tal punto parece esto cierto que, para la filosofía marxista, el conocimiento se hace práctico cuando logra pasar de lo general a lo concreto. Como se sabe, para Aristóteles la practicidad del entendimiento no deriva sólo de su concreción, sino de la incidencia de la voluntad sobre él: pero, como quiera que sea, la voluntad persigue siempre en último término algo real singular». C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 73.

⁷⁶⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 98.

fijar un objetivo. Esta deliberación –«esto puede hacerse»– es el último juicio del entendimiento en su ámbito estrictamente especulativo. A partir de ese momento, la voluntad decide y, una vez hecha la decisión y mientras subsiste dinámicamente en el sujeto, el entendimiento *dirige* la ejecución de la acción.

Se puede apreciar con relativa claridad que para Llano el ser de la acción depende de la voluntad como de su causa eficiente; pero la determinación específica de la acción, proviene del entendimiento que dirige la voluntad al modo de su causa formal especificante o causa ejemplar o, usando la denominación de Juan de Santo Tomás, causa formativa⁷⁶⁶. Precisamente es en cuanto que el entendimiento que dirige la ejecución práctica puede llamarse práctico absolutamente. Y es práctico no por sí mismo, sino debido a la acción volitiva⁷⁶⁷. Como precisa nuestro filósofo:

«La voluntad, imperando al entendimiento, es causa superior respecto de él, en cambio, el entendimiento, si puede llamarse causa de la volición, es una causa que se sobre añade a la de la voluntad. Así se explica por qué habiéndosele propuesto dos cosas a la voluntad, aunque se encuentran igualmente dispuestas, la voluntad no siempre quiere lo mismo. El entendimiento no es libre de suyo, porque puede ser coaccionado; mientras que la voluntad es libre pues nada puede coaccionarla. Lo que sería bastante para concluir con Aristóteles, que “el entendimiento no es el señor de la acción sino la voluntad”»⁷⁶⁸.

Debe recordarse que, dada la naturaleza de su objeto, al entendimiento especulativo le basta acceder a la realidad de manera, digamos kantianamente,

⁷⁶⁶ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 103. Ya se aprecia aquí la vertiente de la idea práctica como causa ejemplar en el agente que decide –causa eficiente–, que explicaré al final de este capítulo. Por lo demás, para Llano la acción «debe de ir acompañada de un proceso noético que atienda de manera preponderante al conocimiento del singular, cuya importancia para la práctica nunca se subrayará bastante». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 62.

⁷⁶⁷ En el siguiente capítulo volveré a esto, cuando desarrolle las conclusiones en torno a la prudencia llanista. Debo agregar que, siguiendo a santo Tomás, Llano denomina imperio a esta dirección, o al acto del entendimiento práctico absolutamente considerado, misma que deriva del hábito intelectual de la prudencia: «**El entendimiento se hace, pues, práctico, no por sí mismo, sino gracias a la voluntad.** Y esto, de un modo pasivo y de un modo activo. Pasivo, en cuanto presenta a la voluntad la oportunidad de acción y el objetivo a conseguir, a fin de que ésta decida; y activo, en cuanto que, una vez desencadenada la decisión, dirige (*impera*) a la voluntad para que ejecute de una manera determinada (es decir, inteligente, orientada al objetivo) la acción decidida». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 98 (las negritas son mías).

⁷⁶⁸ C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 39. Llano cita la referencia al *De Anima* que hace Juan de Santo Tomás en su *Cursus Philosophicus Thologicus*, q. XVII, disp. VII, a. II, n. XXIV.

pura, atendiendo a sus causas últimas y considerando su universalidad; en cambio, el entendimiento práctico exige, además, conocer las causas próximas o inmediatas y la particularidad que le corresponde. Según explica Llano, hay al menos una causa que es ignorada por el hombre que se ha propuesto hacer algo: la materia de aquello que quiere hacer⁷⁶⁹. Por eso, aunque la forma sea el elemento prevalente sobre la materia desde la perspectiva de la inteligibilidad, no lo es si se considera con vistas a la acción. Así, prevalece la materia porque el pensamiento de la forma como tal no puede incorporar en sí el conocimiento de la materia, en cambio, lo que debe ser hecho debe necesariamente incorporar a la materia, como una *intelección práctica*, a riesgo de truncar lo ideado, dado que la acción supone, precisamente, la singularización de esa forma universal pensada en la materia⁷⁷⁰. Esto es así porque el entendimiento práctico considera el contenido del concepto en sus estrictas condiciones de realidad y no en sus condiciones de universalidad. Sólo de tal manera es posible que aquello conocido por el entendimiento práctico se constituya en objeto válido para suscitar la acción de la voluntad.

Del mismo modo, la voluntad no puede desear nada –ningún singular– que no esté inscrito dentro de los límites orientadores universales del entendimiento, de lo contrario sería una simple y ciega reacción de los apetitos sensibles⁷⁷¹. Es decir, aunque el intelecto hace dos tipos de consideraciones a partir de la realidad –una abstracta y otra concreta–, ambas son intelectuales, es decir, contemplativas. La diferencia radica en que la consideración abstracta de lo real no sirve para la práctica. Ahora bien, debe tenerse presente que el conocimiento de lo concreto también versa sobre meras reproducciones: ningún concepto es efectivo por sí mismo⁷⁷². Sin embargo, el conocimiento del singular es exigido no sólo desde la vertiente epistemológica, sino también desde la propiamente ontológica,

«pues *singularia verius habent esse quam universalia*, “los singulares tienen un ser más verdadero que los universales, ya que los universales sólo existen subsistentemente en los singulares, y por

⁷⁶⁹ «Siendo la materia, como es, el principio de singularización de las cosas, y siendo todo efecto algo de carácter singular, el entendimiento práctico humano –si limita su conocimiento a la mera forma– ignora al menos, diríase, la mitad de su efecto, y precisamente aquella mitad por la que se distingue entre la acción práctica realizadora de algo y el mero pensamiento de ello». C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 77.

⁷⁷⁰ Cfr. *Ibid.*

⁷⁷¹ Cfr. C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 300.

⁷⁷² Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 97.

tanto, más derecho tienen los singulares de contar con una idea que los propios universales” »⁷⁷³.

Enfatizo de nuevo que Llano advirtió oportunamente el menosprecio al singular en el orden del conocimiento⁷⁷⁴; esta indebida devaluación del singular impide comprender que la acción no es causada de manera exclusivamente original por la inteligencia especulativa, sino, primordialmente, por la voluntad. Así se comprende que el autor encuentre razonables las aspiraciones de Bergson, en el sentido de

«*querer llegar* [...] a una explicación del objeto que no le convenga más que a él, sin que exista ningún vacío, “ningún intersticio”, a pesar de la tendencia usual del entendimiento humano, que “extrae y retiene del mundo material lo que es susceptible de repetirse”, vale decir, lo que es universal y no singular: “vayamos rectamente a él –dice– y mirémosle sin concepto impuesto” »⁷⁷⁵.

Sin pretender hacerlo de manera exhaustiva, es importante explicar la distinción que nuestro maestro hace, basado en santo Tomás, entre dos modos que el entendimiento tiene de pensar sus objetos⁷⁷⁶: *per modum partis*, o por ablación de la materia, y *per modum totius*, o por indeterminación de la materia. El primer caso es al modo de las matemáticas –que quedó ya prefigurado–, en el que, al hacer la abstracción, el entendimiento no considera las condiciones en las que se da la realidad de la que obtiene el concepto. En el segundo, al modo de la física, la abstracción considera el concepto sin las condiciones en las que se da la realidad de la que lo abstrajo. Por ello, Llano no admite que los conceptos obtenidos *per modum partis* sean la mejor manera para entender el concepto como totalidad universal, pues al «*extirpar*» la forma que corresponde a la materia del todo, «engendra la proclividad en el científico a despreciar lo

⁷⁷³ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 52. La cita es de *De Veritate*, q. 2, a. 8, *sed contra*, n. 2.

⁷⁷⁴ «Lo singular material no sólo no es despreciable, como querían los esencialistas, sino al revés: en lo singular material se incluye a la persona individual». C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 103.

⁷⁷⁵ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 52. La cita la refiere Llano: H. BERGSON, *Pensamiento y movimiento*, Aguilar, Madrid 1959, pp. 933-940. Un adelanto: éste es el nervio de la idea práctica llanista, el «quiero querer». Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 80.

⁷⁷⁶ Acudo, por supuesto al primer volumen de la tetralogía: Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit. pp. 38-82 y 115-154. Para quien desee ahondar en el particular, puede acudir al estudio llanista: J. M. NÚÑEZ, *Abstracción y separación. Estudio sobre la metafísica de Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Pamplona 2008.

individual»⁷⁷⁷, con el consecuente desprecio al singular, visto como una posibilidad impropia de lo real. Tan impropia, recuerda Llano, «que santo Tomás ha preferido decir que tal tipo de concepto no contiene al singular de ningún modo»⁷⁷⁸. Sin embargo, cuando el concepto es abstraído todo él *–per modum totius–* se obtiene una cabal idea de su totalidad. También en este concepto físico, el singular, como parte subjetiva suya, se encuentra contenido potencialmente, no como mera posibilidad, sino como una potencia «exigitiva»⁷⁷⁹, dice Llano *–echando mano del participio pasivo–*, aludiendo a la capacidad que tiene el concepto físico de reclamar su presencia en la abstracción del entendimiento⁷⁸⁰. Esto se aprecia especialmente en el caso de la persona, singular por antonomasia en el llanismo.

A diferencia de otras realidades, las particularidades del hombre *–ya se trate de Sócrates, de Pablo o cualquiera otro–* se presentan como exigencias irrenunciables para su conocimiento. Conocer *este* triángulo rectángulo o *aquél*, por ejemplo, no añade nada a mi conocimiento de la «triangularidad»; sin embargo, mi conocimiento de la naturaleza humana se enriquece cuando, luego de conocer a Sócrates y a Pablo, conozco a Pedro. Así, para el universal físico, el singular individual resulta decisivo noéticamente. Por ello, continúa Llano, el concepto físico obtenido por abstracción total *–per modum totius–* se halla en estado de suspenso hasta que no dé cumplimiento a aquella exigencia noética que lo refiere a los particulares potencialmente contenidos en él⁷⁸¹.

Por lo tanto, el modo de abstracción que sirve al entendimiento práctico es éste *–por indeterminación–* y no aquél *–por ablación–*, que no considera al concepto de la cosa con su realidad completa. En cambio, de este otro modo, la voluntad sí puede considerar como un bien posible el contenido de la idea práctica, con todas sus consecuencias en el ámbito de la acción. Con este antecedente a la vista se comprende el sentido del apotegma llanista según el cual «la idea, como modelo, paradigma o diseño es de suyo estéril e infecunda»⁷⁸². Como expondré luego, si la idea resulta efectivamente proyecto del producto *–causa del efecto–* es por la acción eficiente del agente que la

⁷⁷⁷ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 126.

⁷⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁷⁹ *Ibid.*

⁷⁸⁰ «El concepto físico no es más perfecto, no nos entrega la realidad que representa con una mayor perfección inteligible, cuando inhibe o suprime esa exigencia, sino cuando le da su cumplimiento». *Ibid.*, p. 127.

⁷⁸¹ Cfr. *Ibid.*

⁷⁸² C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 110.

piensa, es decir, la eficiencia de la idea como causa formal extrínseca de la cosa le viene dada por la voluntad que decide la acción, no por el entendimiento que piensa la idea. Lo diré tosca y anticipadamente: para Llano lo que el intelecto práctico mira antes de la incidencia de la voluntad es la idea práctica⁷⁸³.

Gracias esta mirada del entendimiento sobre la forma de una realidad posible –la idea práctica– el agente está capacitado para querer y, así, para actuar y hacer algo. La idea práctica, puedo adelantar ahora, es fruto de un modo de pensar concreto, del que surge una idea sobre una realidad que aún no existe; pero, de alguna manera, ya está completa en la mente del agente. La acción, insisto con Llano, no se produce sólo por concretar especulativamente lo general y abstracto, sino –precisamente– por este particular modo de pensar mediante el cual el hombre se coloca «en potencia máxima para la acción»⁷⁸⁴.

Esto ocurre así, dicho con el autor, gracias a lo intelectual concreto – abstraído por el modo del todo– y no por lo intelectual abstracto –valga la redundancia– obtenido *per modum partis*. Es gracias a aquél que el hombre salta al terreno de la práctica, y ese «parto de otra realidad distinta de la puramente intelectual es, precisamente, el acto voluntario de la decisión»⁷⁸⁵. El filósofo mexicano es reiterativo en este sentido. En su estudio sobre el conocimiento del singular confirma que las ideas generales no bastan para actuar:

«El acertar a desentrañar las indirectas connotaciones particulares que se encuentran contenidas en una idea nuestra universal o, lo que es lo mismo, acertar a relacionar un singular con tal idea, es un imprescindible paso intelectual de la práctica, que no coincide, aunque sea su continuación, con el proceso generalizador abstractivo de las ideas universales. Con razón decía Balmes que “el talento consiste muchas veces en ver una relación que está patente y en la cual nadie atina”»⁷⁸⁶.

Lo anterior no supone en ningún sentido que Llano atribuya lo especulativo del intelecto a la ausencia de la incidencia volitiva en él. No es ésa

⁷⁸³ «Sólo pueden enfocarse con acierto los problemas presentados por la idea *ejemplar*, sobre la que gira el pensamiento práctico, si se acierta a su vez a enfocar los problemas del *concepto*, sobre el que gira el pensamiento teórico, que es el verdadero pensar originario definible, en el terreno moral, como el compromiso, *l'engagement*, por la verdad del ser, y, en el terreno meramente epistemológico, como el *dejar ser al ser*». C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), cit., p. 101.

⁷⁸⁴ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 83.

⁷⁸⁵ *Ibid.*

⁷⁸⁶ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 79. Llano refiere: J. BALMES, *El criterio*, cit., p. 114.

la razón, sino el plano en el que se ubica el bien deseado por la voluntad⁷⁸⁷. Lo que sí hace la voluntad en el ámbito del entendimiento especulativo es determinar el objeto ante la posibilidad del hacer⁷⁸⁸. Esto, debido a que la forma pensada siempre tiene para el hombre un perfil general y difuso porque no puede ser pensada en todas las condiciones de materialidad con las que se encuentra en la cosa real: mediante el acto volitivo se determina lo que ante la inteligencia aparece aún indeterminado. Dicho con Llano:

«De ahí que “la forma, en cuanto que está sólo en el entendimiento, no se encuentra determinada con precisión para que exista o no exista el efecto, si no la determina la voluntad. De ahí también que *el entendimiento especulativo nada dice en orden a la acción (intellectus speculativus nihil dicit in operando)*”. Ello es así porque lo que quiere la voluntad es el ser completo, con su *esse proprium*, y no tiende a generalidades. El *universalia non movent* de los escolásticos tiene una gran significación para la práctica: los universales necesitan ser concretados»⁷⁸⁹.

Dicha concreción sólo se logra –evidentemente– a través del acto volitivo ordenado a lo concreto, que le permite al agente actuar. No hay otra manera de saltar de un plano a otro. En este salto, el entendimiento se desdobra y ya no es especulativo; por eso es capaz de idear «algo» como miras a su realización, empujado por la voluntad. Mientras no ocurra esta acción del intelecto práctico, prevalecerá el supuesto inmanentista⁷⁹⁰. No hay dos entendimientos, «sino la

⁷⁸⁷ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 42. Al respecto, Óscar Jiménez opina que la voluntad no queda al margen de la actividad especulativa del entendimiento: «Es evidente que el ser humano se mueve a especular *porque quiere especular*». Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afectaciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 55. A esto me referiré luego, cuando toque explicar la nota crucial del proceso de la idea práctica.

⁷⁸⁸ «El entendimiento práctico es el entendimiento especulativo en el que incide la acción de la voluntad. El entendimiento, considerado en sí mismo, es sólo especulativo, pues los términos “conocimiento” y “especulación” son estrictamente idénticos. Ahora bien, cuando versa sobre una oportunidad de acción, se encuentra en potencia para ser práctico, es decir, puede servir a la acción práctica. En rigor, diríamos que es un conocimiento especulativo con una relación trascendental –ontológica– a la práctica. Pero la efectuación misma de la práctica no se da sino en la medida en que incide en él la voluntad. Gracias a esta incidencia, y sólo por ella, el entendimiento se hace práctico en acto. De donde se deduce que la practicidad no es una consecuencia del entendimiento, sino del acto voluntario». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 98-99.

⁷⁸⁹ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 113.

⁷⁹⁰ «Cuando el conocimiento adquiere el estado de objeto, pierde la realidad, aunque ahora bajo un título nuevo: no ya porque pierde al singular (el concepto considerado como objeto es siempre universal), no solamente porque pierde el *esse* (pues sólo existen los singulares), sino porque atomiza –deshace– la realidad». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 179.

doble expresión de una misma facultad que se ordena a distintas cosas: especular y hacer»⁷⁹¹; un único entendimiento se mueve en dos vertientes: la especulativa –cuyo objeto son los universales– y la práctica –que alcanza a los singulares–. Esta vertiente es la que concibe lo realizable en la idea. La acción deriva de la trenza entre entendimiento práctico y voluntad; se encuentra en el filo de dos extremos: la rigidez utópica (racionalismo, inmanentista) y el oportunismo pseudorrealista (inauténtico, falsamente pragmático)⁷⁹².

Para salvar la diferencia entre la idea pensada –universal– y la realidad hecha –singular–, no basta el desarrollo del entendimiento especulativo por la vía del conocimiento abstractivo directo del universal –por ablación o *per modum formæ*–. Además es necesario el desarrollo de esta otra dirección del entendimiento, de naturaleza completamente diversa, que está señalada por el entendimiento reflejo de lo singular; lo anterior, debido a que el entendimiento no es el que mueve, sino la confluencia de todas las virtualidades del *suppositum* que se perfeccionan –se actualizan– mediante su acción:

«Este perfeccionamiento, en vistas a la práctica, del proceso intelectual por el que la mente regresa a la imagen sensible, buscando lo singular, resulta tanto más exigido cuanto que, como muy bien lo dice Juan de Santo Tomás, “no basta cualquier conversión a las imágenes sensibles para que el concepto sea singular, sino aquella conversión a las imágenes sensibles que exprese lo que por connotación y en oblicuo representaban en el concepto universal” »⁷⁹³.

⁷⁹¹ Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 51.

⁷⁹² A ello se refiere cuando dice: «El filo se encuentra, justamente, en la *ponderación deliberativa*: después de ponderadas las oportunidades seriamente, elegir un objetivo, con el que pacto fidelidad y firmeza. Sin embargo, la permanencia de la optabilidad me permite ser libremente fiel y libremente oportunista. Y esta situación, derivada de la libertad, no es fácil. Por eso, como veremos, en toda decisión directiva hay mucho más que un mero razonamiento calculador de *pros y contras*». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 150. Volveré a este punto en el siguiente capítulo.

⁷⁹³ C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 78. Llano cita antes a santo Tomás, en quien se apoya para aclarar que no mueve el entendimiento, sino las demás virtualidades que se dan en el hombre: «el entendimiento no es el único que nos mueve, sino también la imaginación, mediante la cual el entendimiento se aplica a aquello particular que tiene que hacer, de ahí que el entendimiento sea como un motor remoto, en tanto que la cogitativa y la imaginación son el motor próximo». *De Veritate*, q. 2, a. 6, ad. 2um. En el texto, la cita de Juan de Santo Tomás corresponde al *Cursus Philosophicus Thomisticus*, Marietti. Ambas traducciones son de Llano.

Así, el filósofo mexicano puede responder a quienes defienden modelos de acción basados en el inmanentismo racionalista⁷⁹⁴. Llano se vale de la acertada imagen de la arquitectura⁷⁹⁵ usada por santo Tomás para establecer la naturaleza de la idea práctica. La idea práctica, para serlo, debe implicar a la materia. De ahí la sinonimia en los textos llanistas con la idea ejemplar. Dicha exigencia le viene dada, precisamente, porque su finalidad es que sea imitable: la idea en estado de imitabilidad, imita no sólo la forma de lo que va a producir, sino, también su materia. El arquitecto, señala el Doctor Angélico, preconice mentalmente la forma de la casa, es decir, el diseño de la casa que, para serlo, debe construirse en la realidad material⁷⁹⁶.

La tomista expresión «*idea domus in materia fiendæ*» –que el autor traduce como «*idea-de-la-casa-que-debe-hacerse-en-la-materia*»⁷⁹⁷ – debe considerarse en estado constructo y no en estado disyuntivo, o sea, la nota «que debe hacerse en la materia» le corresponde a la idea de la casa, al proyecto de lo que ha de construirse, no a la casa real, que aún no existe más que en la mente del arquitecto. Es evidente que si el arquitecto proyecta la casa que planea construir sin incluir en su proyecto a los materiales necesarios para ello, «la casa no pasaría de ser un simple dibujo elemental»⁷⁹⁸. La materia tiene tanta preponderancia en la concepción de la idea práctica como la forma, de lo contrario, se transgredirían impunemente las rigurosas leyes implicadas en el comportamiento del entendimiento práctico y de la idea misma⁷⁹⁹, que perdería

⁷⁹⁴ «El falso modelo determinista *estímulo-reacción* es sustituido por lo que podría llamarse de una manera gruesa *modelo leibniziano* –en vigor aún, aunque no lo parezca– *razón suficiente-respuesta*. La iniciativa humana, que haría posible obrar de distinta manera en dos ocasiones absolutamente idénticas, sería, como se sabe, para Leibniz, una violación del principio de razón suficiente, un inadmisibles –precisamente por irracional– comienzo absoluto». C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 32.

En cambio, como se verá en el siguiente capítulo, dentro de los contornos de la *paideia* llanista, el intelecto especulativo no alcanza para que la acción –la *πρᾶξις*, para decirlo con toda su fuerza– sea: la razón sólo es intelectualmente suficiente. Cabe adelantar, sin embargo, el siguiente apunte: «Lo que importa no es sólo que la razón sea verdadera, ni siquiera basta que sea preponderante sobre otra razón: para que sea suficiente se requiere que –y sólo se requiere que– sea querida». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 119.

⁷⁹⁵ Llamo la atención sobre una curiosidad nominal: Aristóteles emplea el término *ἀρχιτεκτονική* – literalmente, «arquitectura»–, al inicio de la *Nicomaoquea*, cuando se pregunta a qué ciencia o facultad pertenece el estudio del fin de nuestros actos –«lo bueno y lo mejor»–. Al menos parecería, dice, que pertenecería a «la más principal y eminentemente directiva» («τῆς κυριωτάτης καὶ μάλιστα ἀρχιτεκτονικῆς»). Cfr. *EN* 1094a 27.

⁷⁹⁶ Cfr. *Quodlibetum*, IV, q. 1, a. 1, c. La cita aparece en C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 109.

⁷⁹⁷ Cfr. *Ibid.*

⁷⁹⁸ *Ibid.*

⁷⁹⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 111.

su estado de imitabilidad y pasaría al «difuso terreno de la utopía»⁸⁰⁰, para decirlo con la debida expresión llanista. Para seguir, debe afirmarse que el contenido de la idea práctica es la cosa factible, que, según explicita el filósofo mexicano, sería imposible si todas sus exigencias para ser realizada no se consideraran simultáneamente⁸⁰¹.

Lo anterior es así porque el artífice no concibe la idea práctica para su mera contemplación, sino porque se ha propuesto introducirla en la materia. En este punto se actualiza el entendimiento práctico como punto de arranque de la acción; y, si la acción pone en el ser a la idea práctica, es porque el artífice la concibió de manera completa, es decir, con su sujeto y todos sus accidentes⁸⁰². Del lado contrario, al dislocar forma y materia, el entendimiento práctico queda contaminado por el intelecto especulativo, que pervierte de alguna manera su propia regla de comportamiento –deja de tender a la contemplación de la verdad–, de manera análoga el conocimiento práctico se degenera cuando adopta el modo contemplativo del conocimiento teórico y piensa sus objetos, según ya se dijo, de forma impracticable⁸⁰³.

Llano insiste en advertir de los riesgos que conlleva la mera causalidad intelectual, digámoslo así, del inmanentismo, ubicado en las antípodas de su realismo. Su discurso, por supuesto, no es contra el ejercicio especulativo, sino en favor de enmarcar debidamente la especulación y evitar que obstaculice la acción del agente en detrimento de la voluntad y, aun, en detrimento del propio entendimiento práctico. Véase como ejemplo de lo anterior el siguiente texto:

«Es preciso, así, tener presente el papel de tornasol que distingue al realismo del racionalismo. El signo distintivo del racionalismo es considerar que todo lo que se piensa es o puede ser real. En contra, *ante litteram*, de Hegel, el realismo ha afirmado resueltamente –cuando el Aquinate está aludiendo precisamente a la idea ejemplar– que “hay algunos principios del ser que lo son también del conocer, pero no al revés”: no todo lo que corresponde al conocer corresponde, pues, al ser. Hay conocimientos verdaderos que pueden –y a veces deben– limitarse

⁸⁰⁰ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 96. «Una forma material aislada de la materia y pensada sin ella, resulta literalmente *utópica*, ya que el *tópos* propio de la forma material es justo la materia». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 111.

⁸⁰¹ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 109.

⁸⁰² Cfr. *Ibid.*, p. 111.

⁸⁰³ Cfr. *Ibid.*, p. 110.

a las puras formas en cuanto éstas son objeto del conocimiento; tales son algunas de las que pertenecen al entendimiento especulativo: “nada prohíbe a las formas del entendimiento especulativo ser sólo principios del conocer”. Pero en el entendimiento práctico rigen otras exigencias»⁸⁰⁴.

3.– La idea práctica: plexo entre entendimiento y acción⁸⁰⁵

¿Cómo se da esa concreción en términos de la acción del agente? Y, más aún, ¿cómo ocurre el hecho de que el agente pueda pensar algo que todavía no existe? ¿Cómo es esa idea práctica sobre algo absolutamente irreal? Estas preguntas serán respondidas a partir de la definición de idea práctica elaborada por Carlos Llano.

Los elementos de dicha definición aparecían ya perfilados en *Análisis de la acción directiva*: 1) el uso indebido de la analogía a partir de las ideas divinas, por la que la idea queda constreñida en el ámbito de la producción, 2) la exigencia de que no sólo conciba lo que se va a hacer sino cómo se va hacer, por lo que es proceso creador, regulador y abierto, 3) su eminente carácter práctico en el agente y 4) el preponderante papel de la voluntad en el entendimiento práctico⁸⁰⁶. Brevemente, expondré cada uno de los cuatro elementos.

⁸⁰⁴ *Ibid.*, p. 112. Llano cita *De Veritate*, q. 3, a. 3, ad. 7. La traducción es de él.

⁸⁰⁵ Tanto en los artículos de *Tópicos* «La idea práctica en la acción práctica y «Función, plan y proyecto» como en *Sobre la idea práctica*, Llano habla indistintamente de «*idea práctica*» y de «*idea ejemplar*», e incluso, de «*idea*», solamente. Para evitar posibles confusiones y en aras de una mejor comprensión de mi exposición, sólo usaré «*idea práctica*», como he venido haciendo hasta ahora. «*Idea*» o «*idea ejemplar*» sólo aparecerán en las citas del *corpus*. Por otro lado, como apunté en la introducción, he tomado de Llano la voz «plexo» para referirme a la idea práctica. v.gr.: «*Sobre la idea práctica* pretende discernir, hasta donde se puede, el difícil plexo entre las dos facultades más altas del ser humano». *Ibid.*, p. 11.

⁸⁰⁶ Considero que el texto en cuestión es crucial para los fines de mi exposición; por ello, aunque extenso, me atrevo a citarlo aquí íntegramente. Vaya de antemano una disculpa al lector: «En la terminología de la Escuela de la alta Edad Media se da a las cosas mismas el calificativo de verdaderas, en cuanto éstas se conforman al ejemplar de la creación divina. Este tipo de verdad, que, inversamente, adecúa el ser al entendimiento creador, recibe el nombre de verdad ontológica o trascendental [*De Veritate*, q. 1, a. 2: «Si no hubiera entendimiento humano, de cualquier modo las cosas se llamarían verdaderas en orden al entendimiento divino». La traducción es de Llano], distinguiéndose de la verdad lógica, que reside en el entendimiento adecuado a la cosa. Este concepto se trasladó a (o quizá en él tuvo su origen) la relación entre el efecto producido por el artífice y el modelo mental prefigurado por él. Habrá una verdad en el artefacto, en tanto en cuanto éste se ajuste o no a la ejemplaridad mentalmente modelada por el artífice. En este sentido, cuando el resultado de la producción, es decir, el producto, se asemeja al modelo, podemos decir que es verdadero; pero lo que resulta *ontológicamente* verdadero es el producto, no el modelo.

Sin embargo, el producto no ejerce tampoco la función de criterio de verdad. La separación o grieta entre el producto y su modelo ideal no nos lleva a modificar el modelo, sino, por el contrario, a modificar el producto modificando la acción sobre él: pues, inversamente al caso de la verdad lógica del

a.– Ejemplaridad: formalismo e idea práctica

Para Llano, el que la idea práctica no haya sido aprovechada en el campo de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, obedece a un inadecuado uso de la analogía entre la idea ejemplar en Dios y la idea ejemplar en el hombre. Según su interpretación⁸⁰⁷, de los usuales razonamientos escolásticos se sigue que la producción divina procede análogamente a como procede el hombre. Es decir, el artífice concibe en su pensamiento una idea ejemplar y la produce fuera de sí. Llano objeta que aquí la analogía –por su propia naturaleza– implica determinados elementos comunes entre el artífice productor y Dios creador, sin considerar que «las **diferencias son infinitamente mayores que los acuerdos**»⁸⁰⁸; es decir, se atiende lo que el hombre podría tener en común con Dios, sin advertir las diferencias, con una consecuente divinización –inintencionada– de la idea práctica humana.

Esto acarrea dos consecuencias que inhiben el adecuado uso –y la debida comprensión de su ejemplaridad– de la idea práctica: 1) su sublimación y 2) su poetización. La primera consiste en la preponderancia que adquiere la idea de lo que debe hacerse sobre lo hecho o por hacer, con la consecuente superioridad del ejemplar sobre lo ejemplado. Se trata de un predominio de la naturaleza teórica de la idea. Según el autor, la idea práctica «se deja contaminar por el racionalismo platónico omnipresente»⁸⁰⁹, que olvida que la concreción en la realidad de lo pensado es paulatina, que va haciéndose, y cuyos parámetros de

entendimiento, que es medido por la realidad, aquí la realidad –el producto– se relaciona con el entendimiento como lo reglado a la regla, como lo medido a la medición.

Sobre este esquema conceptual de las relaciones del producto con el modelo ideal del productor, basamos nuestro concepto de *reapreciación*. La reapreciación sirve, en primer lugar, para apreciar la diferencia entre el propósito y los resultados; y, en segundo, para modificar la acción a fin de que el resultado se adecúe al propósito. La verdad *ontológica* del producto puede trasladarse, pues, analógicamente, al resultado de la acción directiva, para dar sentido conceptual a la reapreciación. Pero –ni en la acción directiva ni en la productiva– la reapreciación actúa como criterio de verdad, sino como criterio para la modificación de la acción. En efecto, si el resultado no coincide con el propósito, no por ello debe el propósito modificarse; tal vez lo único que debo modificar es mi acción: no se desencadena una corrección en la *idea*, sino en la dinámica de la *práctica*. La confusión en este terreno lleva al directivo a cambiar de propósitos por el mero hecho de que, en una etapa de su acción, aprecia que no los está logrando en la realidad. La consistencia del propósito sigue a la consistencia de la voluntad para lograrlo, esto es, a la firmeza de decisión, y no sólo a la verdad del diagnóstico». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 113-114.

⁸⁰⁷ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 72.

⁸⁰⁸ *Ibid.* Las negritas son de Llano.

⁸⁰⁹ *Ibid.*, p. 73.

rectificación o corrección no responden únicamente a la idea, sino que deben contemplar también lo que ya se ha ido haciendo. Además, a diferencia de las ideas divinas, las que el hombre concibe son, por su propia naturaleza, deficientes; por lo que sería indebido otorgarles el estatuto de criterio absoluto de verdad o retroalimentación⁸¹⁰.

Tal formalización de la idea práctica anula la posibilidad de corregir objetivamente lo puesto en la realidad mediante la acción, pues el criterio de reparación será la idea y no la realidad ya perfilada fuera de la mente del artífice; esta *correctibilidad* sólo es posible gracias a la adecuada retroalimentación que él obtiene sobre lo que va haciendo: «la revisión del resultado de la práctica con vistas a corregirla o perfeccionarla»⁸¹¹. Cabe enfatizar aquí en algo que ya he ido esbozando: la idea práctica no es solamente la forma pensada, sino una idea en el artífice que la piensa completa –de manera análoga a la abstracción *per modum totius*–, contemplando tanto su materia como su ejecución, con todas sus implicaciones.

Sin embargo, es pertinente hacerse una pregunta: ¿acaso no hay en este planteamiento señas del racionalismo platónico –inmanentista, por otro lado– que Llano no admite? Héctor Zagal advirtió ese sesgo en la teoría llanista de la idea práctica⁸¹². Al basarse en el neotomismo renovado del Angelicum, el realismo llanista se aparta del enfrentamiento que ciertas derivaciones escolásticas –de raíz ockhamista o escotista, por ejemplo– buscaron con el pensamiento de santo Tomás de Aquino a partir de la concepción de la idea aristotélica como *specie*⁸¹³.

Ahora bien, la tendencia en el conocimiento a considerar como preponderantes los aspectos formales por encima de los totales incomoda a Llano por las consecuencias racionalistas –inmanentistas– que se desprenden de dicha proclividad, pues ponen en la sombra, o incluso, desechan «otros aspectos que concurren junto con la forma en la constitución de la realidad»⁸¹⁴. Su realismo –de raíz aristotélica y tronco neotomista– le previene de aceptar que lo primero que se conozca sea la forma –de lo que se sigue su existencia–, y no, la cosa. Se ha olvidado, dice, que la ejemplaridad de las formas no ocurre

⁸¹⁰ Cfr. *Ibid.*, p. 74.

⁸¹¹ *Ibid.*, p. 73.

⁸¹² Como se verá a continuación, tal es la base de la crítica a Llano que hace en: H. ZAGAL, *Verdad práctica y causa ejemplar*, cit.

⁸¹³ Insisto en que Llano percibe cierto esencialismo escolástico, del que no hace eco su idea práctica. Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 256 y ss.

⁸¹⁴ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 62.

fuera, sino dentro del artífice, a partir –como iré mostrando– de la idea práctica. La segunda consecuencia derivada del uso indebido de la analogía es la poetización de la idea práctica.

A partir de su original lectura de Aristóteles, Llano asegura que en la *Metafísica* no se enuncian sólo cuatro causas, según la división de la neoescolástica, sino cinco: formal, material, final, eficiente y ejemplar. Su argumento se apoya en el propio texto aristotélico y, además, en Séneca. Nuestro filósofo afirma que el Estagirita habla «textualmente de cinco causas»:

«En el texto aristotélico [*Met.* 1013a 24-104b 25], y su más genuina tradición posterior, como, por ejemplo, la que conserva Séneca, la división de las causas es la siguiente:

Causas intrínsecas	Formal	(<i>quo</i>)	Contorno del Moisés por lo cual – <i>quo</i> – este trozo de mármol es un Moisés y no un David.
	Material	(<i>ex quo</i>)	El mármol del cual – <i>ex quo</i> – se educe u obtiene la figura Moisés.
		(<i>in quo</i>)	El mármol en el cual – <i>in quo</i> – inhiere la figura del Moisés de Miguel Ángel.
Causas extrínsecas	Eficiente	(<i>a quo</i>)	El escultor, Miguel Ángel, por el cual – <i>a quo</i> – el mármol es la figura de Moisés.
	Ejemplar	(<i>ad quod</i>)	Contenido de la idea figurada de Moisés, en la mente de Miguel Ángel, a cuya imitación o según lo cual – <i>ad quod</i> – hace que el mármol se configure.
	Final	(<i>propter quod</i>)	Motivo en virtud del cual – <i>propter quod</i> – Miguel Ángel hace su obra.

En esta división, se ve claramente la frontera entre lo intrínseco, que pertenece al ser de lo operado, y lo extrínseco, que pertenece al ser del operante frontera o distinción que es definitiva para la

recta orientación de la acción práctica: las mutuas relaciones y pertenencias entre el sujeto que actúa y el objeto actuado»⁸¹⁵.

Ahora bien, Zagal formula dos objeciones. La primera: en la *Metafísica* se distinguen cuatro y no cinco causas; en cualquier caso, dice, Llano es quien se separa de la lectura tradicional del texto y considera a la causa formal distinta de la ejemplar, siendo que para Aristóteles son la misma. La segunda objeción parte de aquélla: Llano lee indebidamente este pasaje «por no recurrir al concepto de verdad práctica, [que lo] acerca peligrosamente al intelectualismo, escollo del cual quería alejarse»⁸¹⁶. A lo primero, debe darse la razón a Zagal: el mérito del hallazgo de la quinta causa no es de Aristóteles⁸¹⁷. A lo segundo

⁸¹⁵ *Ibid.*, pp. 62-64. Llano se refiere al siguiente texto de Séneca, en el que el latino alude la enunciación de las causas que hace Aristóteles en *Física* 194b 24-195b 30, mismo texto replicado luego en *Metafísica* 1013a 24-1014a 25: «Toda arte es imitación de la naturaleza; por lo tanto, lo que yo afirmaba del universo refiérela a las obras que el hombre se propone realizar. Una estatua ha precisado tanto de la materia que se somete a la operación del escultor, como del escultor que imprime la forma en la materia. Luego en la estatua la materia fue el bronce, la causa el escultor. Esa misma es la condición de todas las cosas: constan de un elemento que se elabora y del artífice que lo elabora.

Los estoicos opinan que la causa es única: la acción del artífice. A juicio de Aristóteles, la causa se define de tres maneras: “la primera causa”, dice, “es la propia materia, sin la cual nada puede hacerse; la segunda el artífice; la tercera es la forma que se imprime a cada obra, como la estatua”; es esa a la que Aristóteles llama *idos*. “Una cuarta”, prosigue, “se añade a éstas: el fin de toda la obra”. [...] A éstas Platón añade una quinta, el ejemplar, que él denomina “idea”; ésta es el modelo que el escultor tiene ante la vista para realizar lo que se proponía. Pero nada importa que él tenga fuera de sí este ejemplar, al que dirigir la mirada, o bien dentro de sí, imaginado y constituido por él mismo. Estos ejemplares de todas las cosas un dios los tiene dentro de sí: con su mente abarcó las proporciones numéricas y las medidas de todo cuanto había de crear; está lleno de estas figuras que Platón llama ideas, inmortales, inmutables, infatigables. Así que los hombres perecen, pero la idea de humanidad, conforme a la cual es modelado el hombre, subsiste y, mientras los hombres se afanan y fenecen, ella no sufre detrimento.

Cinco son, pues, las causas, al decir de Platón: aquello de lo cual (materia), aquello por lo cual (artífice), aquello en lo cual (forma), aquello según lo cual (ejemplar), aquello en vistas a lo cual (fin); por último, la obra que resulta de la conjunción de todas ellas. Por ejemplo, en la estatua —ya que de ella comenzamos a hablar—, aquello de lo cual es el bronce; aquello por lo cual es el artífice; aquello en lo cual es la forma que se le imprime; aquello según lo cual es el ejemplar que imita quien la esculpe; aquello en vistas a lo cual es el fin del artífice; lo que resulta de todas estas causas es la propia estatua». SENECA, *Epístolas morales a Lucilio*, I. ROCA MELIÁ (trad.), Vol. I (2 Vols.), Gredos, Madrid 1994, pp. 359-361. Para la versión original consulté: SENECA, *Ad Lucilium Epistulae Morales*, R. M. GUMMERE (trad.), Vol. I (3 Vols.), The Loeb Classical Library, Cambridge, Mass. / Londres 1979.

El texto es de la carta 65, no de la 66, como siempre lo citó Llano a partir de la cita de Marie-Charles Perret (cfr. M.-C. PERRET, *La notion d'exemplarité*, «Revue Thomiste», IV/96-97 (1941), pp. 446-469, p. 452, n. 4 y p. 460, n. 6). La errata sobrevivió en cada referencia al texto de Séneca en el *corpus*. Aprovecho aquí para hacer una anotación mínima: nada he encontrado sobre el dominico Perret, cuyo artículo toma Llano de punto de arranque para su teoría de la idea práctica («[el estudio de Perret] constituye, a nuestro juicio, después del mencionado de Juan de Santo Tomás, el tratamiento tomista más completo y lúcido de ejemplaridad». C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), cit., p. 218). Era profesor —quizá de Griego— en la Escuela de Teología de Saint-Maximin, editora de la *Revue Thomiste*. Salvo este artículo y dos reseñas, no publicó nada más. Infiero que Garrigou-Lagrange, quien lo conocía, facilitó este artículo a Llano.

⁸¹⁶ H. ZAGAL, *Verdad práctica y causa ejemplar*, cit., p. 344.

⁸¹⁷ Se basa en *De Veritate*, q. 3, donde santo Tomás «evita el término “causa formal extrínseca”, y emplea, en cambio, el de forma *ad quod*, distinguiéndola de la forma *secundum quam*, que sería la casua formal o forma sustancial». C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), cit., p. 13. n. 6.

responderé a partir de la réplica que el propio Llano hace a las observaciones de uno de sus discípulos más críticos.

Zagal señala⁸¹⁸ que el autor se olvida de la verdad práctica aristotélica en su estudio sobre la *prâxis*, tanto en *Análisis de la acción directiva* como en *Sobre la idea práctica*; incluso afirma que, en este último, su planteamiento de la acción no se hace en el sentido aristotélico de *πρᾶξις*, sino en el de *ποίησις* –que sería, agrego yo, al modo del marxismo–. Acaso, sugiere, «el libro *La idea práctica* debe entenderse como una teoría de la técnica y no como una teoría de la acción en el sentido amplio»⁸¹⁹. Considero que dicha objeción dista mucho de la pretensión de nuestro filósofo. A lo dicho en el capítulo anterior sobre la noción de *prâxis* en Llano y su discusión con Marx, habrá que agregar que en el caso concreto que nos ocupa, nuestro maestro se coloca por encima, incluso, de cierto platonismo que hizo eco en el tomismo, que la reservó al mero ámbito poiético⁸²⁰. Para nuestro filósofo, puedo adelantar aquí, la idea ejemplar es esencialmente práctica –bajo su consideración de *πρᾶξις*– y no sólo productiva; este hallazgo le permite plantear su teoría en torno a la idea práctica, cuyo planteamiento más acabado consiste en lo que he llamado *paideia* dentro de los contornos del llanismo, materia del siguiente capítulo⁸²¹. Justamente, lo que propone con su teoría de la idea práctica es restituirla a ésta su carácter de *πρᾶξις* y de ejemplaridad, pues sólo mediante ella el propio artífice puede poseer su proyecto de vida para transformarse a sí mismo⁸²².

⁸¹⁸ Cfr. V. «El olvido de la verdad práctica» H. ZAGAL, *Verdad práctica y causa ejemplar*, cit., pp. 350-356.

⁸¹⁹ *Ibid.*, p. 351.

⁸²⁰ Se trata del formalismo antes aludido: «Por su parte Santiago Ramírez, en uno de los más recientes y serios estudios aristotélicos sobre la idea, queda aún más atrapado por esa falacia platónica: “si la casa exterior concuerda con la casa preconcebida, es una obra realizada como es debido, si no, no”. Lo llamativo es que Ramírez se apoya en un importante texto de Aquino, quien parece ser susceptible también de aquella contaminación: “la obra del artífice se dice verdadera cuando realiza la idea artística, y falsa en la medida en que no la alcance”. Texto importante, pero molesto para nuestra tesis». C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 74. Por lo demás, Llano no está de acuerdo con esta posición de santo Tomás (*Quodlibetum VII*, q. 1, a. 1, c.) porque, como diré a continuación, supone admitir la noción de verdad práctica.

⁸²¹ «La idea ejemplar es inclusivamente *práxica* y no sólo *poiética*. Los grandes avances aristotélicos y tomistas en torno a este concepto clave para la acción, que es la idea ejemplar, han de aprovecharse para el estudio de las transformaciones internas personales que son el núcleo más importante de las tareas pedagógicas y directivas». *Ibid.*, p. 82. Llano realza la fuerza *práxica* de la acción humana y sigue a Aristóteles al afirmar taxativamente que «el hombre es, gracias a su libertad, *causa sui*, causa de sí mismo, αὐτοῦ ἕνεκα». C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 207. Llano se refiere a *Metafísica* 982b 25: «ἐλεύθερος ὁ αὐτοῦ ἕνεκα».

⁸²² Llano tiene en mente a la *paideia* griega, «tendiente a un *panaristós* ideal humano, es un barrunto, no explicitado después por la historia, de esa **idea ejemplar** que el hombre habría de tener de sí para hacerse a sí mismo». C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 81 (las negritas son de él). A esto volveré en el siguiente capítulo cuando explique en qué consiste la *paideia* llanista.

Ahora bien, en las mismas páginas de donde Zagal concluye que nuestro maestro «no se aboca a la práctica en sentido aristotélico (*praxis*), sino en la producción (*poiesis*)»⁸²³, Llano afirma enfáticamente lo contrario:

«La idea ejemplar que inspira nuestra conducta, y a cuya semejanza configuramos voluntariamente nuestro propio modo de ser, presenta otras características diferentes, además de una obvia exigencia de su dimensión personal, si se compara con la idea ejemplar vigente en la acción *poiética*»⁸²⁴.

Esta idea concebida por el artífice no le sirve sólo como modelo con vistas a producir algo, sino para transformarse a sí mismo a partir de un ejemplar –ideal, diríase con Kant⁸²⁵– que regularía su propia acción. El sujeto pensante del modelo y la materia a modelarse resultan en este planteamiento idénticos, aunque –según aclara Llano– considerados bajo *rationes* diversas⁸²⁶. Lo que nuestro filósofo propone aquí es que la materia de la transformación práctica, prevista a partir de la idea, es el agente mismo –causa eficiente– de esa transformación, «es una actividad casi paradójica: se trata de que un sujeto se transforme partiendo de ese mismo sujeto que requiere transformarse»⁸²⁷. Por si fuera poco, de acuerdo con Llano, la acción de la *πρᾶξις* –valga la redundancia– no se limita a propiciar la realización de la idea práctica, sino que,

⁸²³ H. ZAGAL, *Verdad práctica y causa ejemplar*, cit., p. 351.

⁸²⁴ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (1ª)*, Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., México 1998^{1a}, pp. 82-83 Cito la primera edición del libro, anterior al señalamiento de Zagal. El subrayado es de Llano. Por otro lado, se ha visto la prevalencia de la *praxis* en la *paideia* llanista. Por ejemplo: «Estamos convencidos de que ninguna sociedad puede caminar como máquina autómatas, por atrofiada o desplazada que esté la capacidad de historia o de proyecto de hombre individual; estamos convencidos, en una palabra, de que *el funcionalismo no funciona* [...]. Estas intervenciones personales y decisiones en el sistema es la prueba más palmaria de que aun erigiendo, con Hegel, el sistema en absoluto, el sistema no tiene en absoluto sentido alguno, si no se lo confiere o se lo permite el hombre (*actiones sunt suppositorum*: también en la sociedad contemporánea y no sólo en la medieval las acciones lo son de los individuos)». C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, «Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana»/10 (1996), p. 32.

⁸²⁵ Agradezco a Alejandro Vigo haberme puesto en la pista de Kant: «Idea significa propiamente un concepto de la razón, e ideal, la representación de un ser individual como adecuado a una idea. De aquí que aquel prototipo del gusto que descansa, desde luego, sobre la idea indeterminada de la razón de un máximun, pero que no puede ser representada por concepto, sino en una exposición individual, pueda mejor llamarse el ideal de lo bello, que tratamos, aun no estando en posesión de él, sin embargo, de producir en nosotros; será, sin embargo, sólo un ideal de la imaginación, justamente porque descansa, no en conceptos, sino en la exposición; la facultad de exponer, empero, es la imaginación». *Crítica del juicio*, § 17 (uso la siguiente edición: I. KANT, *Crítica del juicio*, M. GARCÍA MORENTE (trad.), Espasa-Calpe, Madrid 2007). Efectivamente, cuando Llano habla de «idea práctica», parece que tiene en mente el ideal kantiano. Su planteamiento, sin embargo, no se basa en el filósofo de Königsberg.

⁸²⁶ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 68.

⁸²⁷ *Ibid.*, p. 69.

además, se inserta en el proceso mismo de la concepción de la idea, dado que en esa elaboración interviene ya la subjetividad del sujeto que la concibe⁸²⁸.

Me parece que la aproximación llanista a la idea práctica no es desde la consideración poiética, sino desde su carácter de ejemplar prático. Sin embargo, Zagal atribuye esta poetización a un «escrúpulo racionalista» del llanismo, surgido de la distinción que nuestro maestro hace entre *verdad práctica* y *verdad en la práctica*. En aras de cierta precisión, Llano no admite que pueda hablarse de una verdad de la acción, sino de una verdad del conocimiento, porque «sólo podemos calificar de verdadero a aquel aspecto de la acción que sea estrictamente cognoscitivo»⁸²⁹. La acción no es verdadera; puede ser buena o mala, acertada o desacertada; pero, su alcance veritativo siempre viene dado por un juicio cognoscitivo. Pongamos por ejemplo la acción de esculpir una estatua. Si los juicios al respecto coinciden con la realidad, habrá verdad en esa acción: si el escultor fue Fidias o Praxíteles, si está esculpida en mármol o en otra piedra. Podemos hablar de verdad en la acción, afirma Llano, siempre y cuando nos refiramos al diagnóstico, es decir, al juicio⁸³⁰.

«Si Aristóteles le llama “verdad” a la acción concorde con el recto apetito, pensamos que no puede ser sino una acción ejecutada y puesta en el *esse*, es decir, un fin conseguido en acto. Zagal mismo concuerda con esto. Y precisamente por ello, es decir, por realzar el valor de la acción existente sobre una verdad práctica proposicional, decimos que la verdad se da en la práctica en el momento de la acción buena, mala, indiferente, acertada o desacertada. Quizá estemos mencionando el mismo fenómeno con diversos nombres, pero hay que aclarar el sentido de nuestra afirmación, pues, de otro modo, parecería que el platonismo se cruza en nuestra senda al negar la “verdad” en el ámbito práctico. No es que sea negada, sino que es enfatizado el *esse* de las acciones, precisamente para no darle más importancia a las ideas sobre el ser que al ser del que se abstraen las ideas»⁸³¹.

⁸²⁸ C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 45.

⁸²⁹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 100.

⁸³⁰ Cfr. *Ibid.*, pp. 101-103.

⁸³¹ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 14.

Me parece importante recordar aquí que la reticencia de nuestro maestro a la noción de «*verdad práctica*» responde, sí, a un afán de precisión; pero, a su vez, parte de una precaución suya para evitar el utilitarismo o el pragmatismo polarizado. En el primer capítulo, al exponer la influencia de William James, mostré los riesgos de asumir, sin más, los planteamientos del norteamericano. Dado que «la verdad no se define más que por su adecuación a la realidad de las cosas, y no por su concordancia con el resultado de la acción práctica»⁸³², en el llanismo no cabe hablar propiamente de una *verdad práctica*, porque la práctica no es criterio de verdad.

Vuelvo ahora al texto de santo Tomás al que me referí antes y que Llano califica de importante y, al mismo tiempo, molesto para su tesis de que la idea es práxica:

«[es molesto] porque allí no se habla sólo de un predominio de la idea ejemplar sobre su realización, es decir, la idea no sólo se convierte en criterio de la corrección práctica, sino que se constituye en el criterio de la verdad ontológica de la realidad: la realidad será verdadera cuando se ajuste la idea previa según la cual fue hecha»⁸³³.

b.– La idea práctica es idea

Ahora bien, si la idea práctica sólo existe como ente de razón en la mente del artífice, la clave de su realización dependerá, entonces, de que el artífice la conciba al modo de la abstracción por indeterminación⁸³⁴.

⁸³² C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 107.

⁸³³ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 74. Llano mismo se remite aquí al capítulo 6 de su *opera prima*: Capítulo VI: «La verdad en la práctica» C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 95-118, «en donde se distingue la *verdad lógica* del juicio, la *verdad ontológica* del producto, la *corrección* de la operación y el *acierto* del propósito».

Para él la verdad como tal es una operación mental que consiste en vincular lo aprendido con lo real mediante el juicio⁸³³. Lo que él precisa es que la verdad propiamente dicha –como fruto de una operación mental concreta– ocurre estrictamente en ese ámbito judicativo y no en la realidad: «La verdad o falsedad de un conocimiento tiene su sede en el juicio, operación mental por cuya virtud se unen en el entendimiento dos ideas que fueron aprehendidas separadamente». *Ibid.*, p. 114.

⁸³⁴ «Para que la idea resulte practicable, debe haberse obtenido desde el principio mediante una abstracción *per modum totius*, según la cual la forma es considerada con su materia sensible –bien que no considere *directamente* la materia individualizada–. En tal caso, la idea hace referencia al todo; a la sustancia real (es decir, a la forma, a la materia y al *esse*); al compuesto, al que puede corresponder, entonces, sí, una idea ejemplar cabal». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 113. Esto, a pesar de que

Según explica, la misma falta de virtualidad creadora del hombre es la que causa que deba servirse de la materia proporcionada de antemano por la naturaleza. Ciertamente es que el artífice debe partir, para su acción, de una idea general universalizada; sin embargo, ello origina, a su vez, la gran paradoja de la práctica: concretar en una materia, ignota para la inteligencia y extraña para la acción, la forma general pensada. El autor ahonda en esta dificultad para aclarar que, si la acción no adoleciese de dicha debilidad –o sea, si fuese capaz de producir el efecto completo con materia y forma–, partiría de un conocimiento también completo de aquello que debe ser hecho. Esta inmediatez traería una de dos consecuencias: 1) acabaría con toda dificultad práctica o 2) reduciría la acción al simple hecho de pensar lo que debo hacer⁸³⁵.

Ahora bien, dado que «nuestra propia defectividad deriva del hecho de que la voluntad es capaz de moverse por sí misma, con cierta independencia del entendimiento»⁸³⁶, la acción no depende sólo de perfeccionar una idea en el plano especulativo, sino de perfilar esa idea como representación del compuesto; no sólo formalmente, sino con la materialidad que el artífice logra prefigurar al concebirla por indeterminación; ello aunque el compuesto aún no exista más que en la medida de nuestra propia representación. Es decir, el acierto práctico depende no sólo de la habilidad intelectual de «pensar correctamente», sino de la fuerza volitiva para adherirse a lo pensado⁸³⁷. O, según referí líneas arriba, «cuando la teoría elaborada con pretensiones prácticas es impracticable, cae en el difuso terreno de la utopía»⁸³⁸. Para Llano resulta desconcertante –y absurdo– que las ideas se consagren como meros objetos de contemplación.

nuestro entendimiento, como advierte Garrigou-Lagrange (Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dios. La existencia de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas.*, Vol. I (2 Vols.), Palabra, Madrid 1976, p. 204), está necesariamente fragmentado –como los ojos compuestos con facetas de los insectos, donde la imagen de los objetos se hallan representados por una suerte de mosaico, refiere Llano–, débil a causa de su tendencia a los universales. «Pero la inteligencia, pese a su natural disgregación, cuenta con la posibilidad –que no tienen los insectos– de aglutinar el mosaico en esa unidad que llamamos *todo*, refiriéndose a lo singular de una manera *indirecta*». C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 89.

⁸³⁵ Citado por Llano, el Aquinate dice: «Si la forma del arte fuese productiva de la materia, como lo es de la forma, conocería lo artificio mediante ella no sólo en la línea de la forma, sino también en la línea de la materia. Y por ello, siendo la materia el principio de la individuación, no sólo la conocería inviscerada dentro de la naturaleza universal, sino también en cuanto que es un singular» (*De Veritate* q. 2, a. 5, c.). A partir de aquí, el autor explica que «el pasar por alto esta deficiencia creadora del hombre es la razón por la cual los estudios marxistas sobre la *praxis* hablan desorientadamente de la posibilidad de una *praxis* intencional global (*praxis total social*), esto es, la planeación absoluta de la producción en forma estrictamente intencional o pretendida, de manera que el resultado puede llegar a ser igual a sus planteamientos». C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 75. La traducción es de él.

⁸³⁶ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 13.

⁸³⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 82.

⁸³⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 96. Esa impracticabilidad nace de la ausencia, al momento de concebir la idea práctica, de las cualidades –el cómo– necesarias para la realización de lo pensado.

Admítase, por lo pronto, una primera conclusión derivada directamente de lo anterior: la idea llanista siempre es medio para entender la realidad o para transformarla. Dentro de las coordenadas del llanismo *la idea es práctica o no es idea*⁸³⁹; más radicalmente, para ser idea, su relación con la práctica se encuentra en su núcleo original y esencial⁸⁴⁰. Aquí, nuestro filósofo entiende por práctica la «acción que cambia la realidad extramental»⁸⁴¹. De tal manera que la idea práctica es «algo pensado por el artífice con la intención de hacerlo en la práctica»⁸⁴².

Esta definición arroja claridad sobre el hecho de que la idea práctica no es una realidad al modo platónico, como un algo existente separado que es imitable por el artífice. En la idea llanista –en contra de la objeción de Zagal– son inadmisibles «las reglas platónicas»⁸⁴³ porque son un concepto mental concebido por el sujeto cognoscente, no una forma natural al modo del εἶδος; una idea–según anoté– no existe, sino sólo en la medida en que es concebida mentalmente por el sujeto. El realismo llanista bastaría para impedir llegar a la conclusión de que la idea práctica responde a esos motivos de índole platónica e identificarla con una forma exterior real⁸⁴⁴. Ahora bien, el entendimiento necesariamente concibe cualquier idea considerándola, al menos de manera implícita, dotada de existencia⁸⁴⁵.

Por eso vale tomar como primer elemento en la definición de idea práctica esto: que es un ente de razón –una *fictio mentis*, de acuerdo con el «calificativo que la escolástica aplica a los entes de razón»⁸⁴⁶–. De aquí se desprende otra consecuencia importante para enmarcar la noción de idea práctica: no se trata de lo que técnicamente se llama *species intelligibilis impressa*. –aquello por lo que primeramente el entendimiento conoce, y es, en consecuencia, principio de conocer, y no del obrar (que es lo característico de la

⁸³⁹ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 17.

⁸⁴⁰ Cfr. *Ibid.*

⁸⁴¹ *Ibid.*

⁸⁴² *Ibid.*, p. 19.

⁸⁴³ H. ZAGAL, *Verdad práctica y causa ejemplar*, cit., p. 357.

⁸⁴⁴ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 25.

⁸⁴⁵ Es verdad, afirma Llano «que yo no puedo pensar un objeto sin pensarlo como existente. Pero esta existencia no tiene por qué ser necesariamente una existencia dada en las cosas; puede ser una existencia dada en y por la razón». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 85.

⁸⁴⁶ *Ibid.*, p. 75. Llano no está del todo satisfecho con esta terminología, con la que la *Escuela* englobó, «sin mucho acierto» a un amplio género de conceptos. «Sin mucho acierto porque lo que con el término *ens rationis* quiere indicarse es precisamente que se trata de conceptos que carecen de entidad alguna. Sería preferible denominarlos *objetos de pura razón*, pero no podemos esquivar ya un término clásicamente consagrado y admitido». *Ibid.*, p. 96.

idea ejemplar)–. Lo que el entendimiento práctico mira para actuar no es esta idea –que es objeto de la especulación–, sino, precisamente, la idea práctica, al modo de *species intelligibilis expressa*, «aquello que se conoce, y que recibe también el nombre de *verbum interius*, palabra interior: de manera que aquello que se conoce se constituye en principio por lo que se opera⁸⁴⁷.

Aquí es necesario referir un texto especialmente clarificador al respecto; Llano destaca esa peculiaridad de realizable que hay en la propia naturaleza de la idea práctica, como el elemento que provoca la prefiguración en la mente del artífice de aquello que va a hacer:

«Es propio del hombre querer realidades futuras que aún no son: “Debe decirse que aquello que no es ente en la naturaleza extramental se toma como ente en la razón: de ahí que las negaciones [defectos] y privaciones se llamen entes de razón”. Por ello, aun las cosas futuras, en cuanto que son concebidas, son entes. Por lo que, en cuanto que son entes de esa clase, se aprehenden bajo la razón de bien, y así la voluntad tiende hacia ellos. De ahí que Aristóteles pueda decir en el libro V de la *Ética* que “*carere malo habet rationem boni*” (“carecer de mal comporta razón de bien”))⁸⁴⁸.

Conviene insistir en que la idea práctica no es el concepto objetivo⁸⁴⁹, lo cual implicaría también lindar con cierto platonismo, dado que la idea adquiriría la nota de *χωριστόν*⁸⁵⁰. Debe volverse a las páginas de la tetralogía para ver otra manera de expresar el estatuto noético de la idea práctica, que es lo que intento establecer aquí. Al reiterar que el entendimiento conoce el singular mediante la vuelta a lo sensible –la *conversio ad phantasmata* tomista–, contenido en la idea completa del compuesto⁸⁵¹, Llano introduce el *universal en*

⁸⁴⁷ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 25.

⁸⁴⁸ C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 210. Llano refiere la Nicomaquea: 1129b 8: «parece que el mal menor es también, en cierto modo, un bien».

⁸⁴⁹ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 25 y ss. y C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 155-182.

⁸⁵⁰ «Si la forma exterior no puede convertirse en *idea ejemplar*, no es sólo porque requiere ser conceptuada, es decir, conocida, sino también, y sobre todo, porque la forma exterior –en su existencia extramental o en su existencia intramental– *no se encuentra en condiciones de ser imitada*. La *idea ejemplar* no es una *calcomanía intencional de la forma natural*. [...] [Así considerada] no puede tomarse, vale decir, como modelo o ejemplar imitativo: no se encuentra en condiciones, insistimos, de ser ejemplo; de ser imitada. [...] Sería un *ideal*, pero no un verdadero y estricto plan imitable, aunque se añada a ello la intención misma de la imitación. Se convertiría, todo lo más, en un *buen propósito*». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., pp. 26-27.

⁸⁵¹ Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., pp. 70-110.

suspensio, aquello de lo que se vale el sujeto para no perder de vista al singular, aun cuando lo esté conociendo de manera universal, es decir, una vez abstraído, lo retiene en sí como un todo⁸⁵².

El contenido de la abstracción *per modum totius* es el universal en estado de suspenso. Por eso aunque al concepto de Pablo le corresponda estar compuesto de *esta* alma y *esta* carne y *estos* huesos –usando la expresión tomista–, ello no obsta para comprender que el universal *hombre* –e, incluso, el más escurridizo *humanidad*– es atribuible al singular Pablo, de quien predico eso y a quien conozco como tal Pablo⁸⁵³. Para esclarecer este punto es de gran ayuda comprender la naturaleza del juicio al modo de la matemática, que no es una *separatio* al modo de significar, sino justo lo contrario:

«una separación de los elementos empíricos subjetivos, sí, para poder construir un objeto en mejores condiciones de ser pensado⁸⁵⁴, esto es, precisamente, para constituirlo en un estado que guarde *mejores condiciones de intersubjetividad* o maniobrabilidad noética, pero no en *mejores condiciones de realidad*. Se ha practicado la negación de una dimensión del yo –el yo, no en cuanto yo, sino en cuanto sentiente– para afirmar otra de sus dimensiones, aunque indudablemente más valiosa: el yo, no en cuanto yo sino en cuanto pensante. Sin embargo, al fin y al cabo, ambas son dimensiones del yo»⁸⁵⁵.

⁸⁵² «Esta decisión de permanecer en contacto con el *synolon*, con ese todo concreto que es la substancia, es lo que le obliga a retener la materia –aunque común– inviscerada en la noción intelectual abstracta. Pero entiéndase bien que no es la retención de la materia sensible dentro del concepto abstraído lo que caracteriza a la abstracción del todo, sino que lo fundamental en la física y en la metafísica es *no perder de vista al sujeto*, aunque universalizado, para poder regresar a él después como individuo». *Ibid.*, p. 71.

⁸⁵³ No puede dejarse de admitir, con Llano, que: «el sólo hecho de que la esencia universal deba salir del cielo empíreo de su universalidad para llegar –trascender sería la palabra– al singular, tiene ya de suyo un valor ontológico indudable por encima del que epistemológicamente le es propio. Lo singular material no sólo no es despreciable, como querrían los esencialistas, sino al revés: en lo singular material se incluye a la persona individual». *Ibid.*, p. 103.

⁸⁵⁴ Se trata del universal en estado de suspenso, materia de estudio de *Separatio* y cuyo esbozo fue adelantado en el primer tomo de la tetralogía: «Es importante retener ahora que la conceptualización matemática consiste precisamente en dar estatuto mental de substancia, de sujeto, a algo que en la realidad es forma accidental de una substancia primera real y física. Ese *sujeto* en donde las formas matemáticas se reciben se le denominará *materia inteligible*, término paralelo a los otros anteriores, pues la materia no es inteligible por sí, sino por la forma y, por ende, el término de materia inteligible, o *hylè noëtè* [ἡ ὕλη νοητή, *Met.* 1036a 10], como contrapuesto a la materia sensible, o *hylè aisthètè* [ἡ ὕλη αἰσθητή, *Met.* 1036a 9], no tiene mejor fortuna que el de la substancia segunda o ente de razón, y corresponde a la misma tendencia racionalista». *Ibid.*, p. 69.

⁸⁵⁵ C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 294.

A diferencia del conocimiento metafísico, el matemático se realiza en una purificación del sujeto que conoce –yo empírico–, no para conocer la realidad, sino para lograr una autoafirmación de lo conocido –yo pensante– y alcanzar la idea como objeto –yo trascendental–⁸⁵⁶. Se trata de una *kátharsis* matemática⁸⁵⁷, una indebida abstracción pura en el orden de la primera operación del espíritu, y no un juicio metafísico, una *separatio*. Lo cual, como hace ver el filósofo mexicano, supone que la idea cobra estatuto de objeto, como pensado, no como real existente⁸⁵⁸.

Dado que la idea práctica no es concepto objetivo, sino formal, el conocimiento reflexivo permite saber que hay un concepto y que ese concepto es signo formal de lo real, que opera sobre el conocimiento directo. De nuevo, surge la pregunta sobre si acaso no se da paso al idealismo o al inmanentismo. Recuérdense que para el inmanentismo criticado por Llano lo conocido en el conocimiento directo no es la realidad, sino el concepto –la idea–, por lo que la tarea epistemológica, según responde ahora, «consistiría en hacer evidente, a partir del concepto, la existencia y naturaleza del objeto»⁸⁵⁹. En cambio, como expuse, en el realismo llanista lo conocido con el conocimiento directo es la realidad misma; pero, la información del entendimiento se da, precisamente, en función de su aspecto formal, que, en un segundo momento, también permite dilucidar el conocimiento directo del objeto, la existencia y naturaleza del objeto conocido real mediante la reflexión.

El concepto es formal no por alusión al formalismo platónico, sino porque es la forma –la idea– de la cosa que informa al entendimiento, no a la cosa –lo cual sería inmanentismo, pues sería causa formal desde el sujeto–, gracias a cuya información el entendimiento conoce la cosa y reflexiona sobre ella. En el ejercicio de su función, el concepto formal es, por un lado, aquello por lo que –*ut quo*– se conoce lo que se conoce. Es una forma mental al servicio del pensamiento para conocer la realidad y, por esa razón, el agente no puede reproducir nada a partir de él porque es una unidad con el mismo entendimiento. Si la forma fuese imitable estaríamos, precisamente, en el supuesto del inmanentismo. Su función es puramente noética, y no puede

⁸⁵⁶ Cfr. *Ibid.*

⁸⁵⁷ *Ibid.*, p. 295.

⁸⁵⁸ Cfr. C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 67. Ahora puede entenderse que concluya algo que ya se había insinuado páginas arriba: «De manera que tanto el *universal en suspenso* como la consecuente *continuación a lo sensible*, se justifican lo mismo dentro de unas coordenadas puramente epistemológicas –búsqueda afanosa de la ciencia y a la par de las condiciones de realidad– que dentro de unas coordenadas volitivas –afanosa búsqueda de las condiciones de apetibilidad–». C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 300.

⁸⁵⁹ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 28.

trasladarse fuera del ámbito del entendimiento porque «la entidad misma del concepto, en cuanto que es una forma cualitativa que informa al entendimiento, no es imitable en la cosa exterior»⁸⁶⁰. Pero, además de ésta, el concepto formal también ejerce otra función, la de permitir el conocimiento de la idea como objeto, en tanto que cognoscible⁸⁶¹.

Esta precisión me permite ya establecer la esencia de la idea práctica, indispensable para su definición. Para enunciarla, acudo al ejemplo que Llano toma de Juan de Santo Tomás. Imagínese la figura del César en una moneda de plata en la que se distinguen tres elementos: a) la figura del César en cuanto que es forma que informa a la plata (la materia), b) la figura del César mismo, no como forma de la moneda, sino como imagen del mismo César en la moneda, no en César Augusto y c) la figura del César tal y como se encuentra encarnada, ahora sí, en César Augusto, aunque ahora se vea reproducida en la moneda. Según explica Llano, la figura del César en (a) es analogable al concepto formal *stricto sensu*, como constitutivo de una unidad entitativa con la materia a la que informa. La figura en (c), por otro lado, sería la realidad misma conocida, el concepto objetivo, por lo cual, se dijo, sería irrepetible –no se puede clonar a César Augusto–. Finalmente, la figura en (b) es analogable al concepto formal *ut quod* en cuanto forma objetivada por el entendimiento en la moneda, no en el César, y lo único imitable en la acuñación⁸⁶².

Considero que lo anterior permite esclarecer lo expuesto hasta aquí: ningún pensamiento, en tanto que pensamiento, es realizable fuera del pensamiento mismo. Si la idea práctica fuese un concepto formal *ut quo*, caería en el caso (c) y todo esfuerzo sería irrealizable. En el supuesto (a), dado que es un concepto objetivo, todo empeño por realizarlo sería igualmente vano porque bastaría con pensar la idea práctica para que se realizara, pues idea y realidad serían lo mismo, lo cual no sucede⁸⁶³. En cambio, en el caso (b) se muestra que el concepto formal *ut quod* se ubica en una *zona intermedia* –de manera análoga a

⁸⁶⁰ J. DE SANTO TOMÁS, *Cursus Theologicus*, In I, q. XV, d. 1, a. 1, § X. Citado en *Ibid.*, p. 29. La traducción es de Llano.

⁸⁶¹ «El entendimiento, haciendo una reflexión sobre sí mismo, puede hacer que esa imagen mental, que es el concepto formal, se constituya como objeto del propio entendimiento. En tal caso, el concepto formal no sólo es forma que informa a un sujeto como aquello *por lo que* [*ut quo*] el sujeto conoce, sino como *aquello que* [*ut quod*] es el objeto conocido y, en tal caso, lo que se conoce no es el contenido mismo del objeto (el concepto objetivo o la cosa misma en cuanto conocida), sino la forma mental misma objetivada». *Ibid.*

⁸⁶² Cfr. *Ibid.*, p. 31.

⁸⁶³ «El concepto formal *ut quo* es excesivamente subjetivo e intramental, y la práctica que parta de ahí tendrá por delante insalvables dificultades de ejecución. Pero el concepto objetivo es, a su vez, excesivamente objetivo y extramental –diríamos que es la cosa misma– y la práctica que parta de él tendría un tinte optimista y utópico, según el cual nada o poco restaría por hacer ya: después de haberlo pensado se daría *por hecho* lo que sólo se encuentra en condiciones de *pensado para hacerse*». *Ibid.*, p. 32.

como funciona el universal en suspenso— entre el conocimiento especulativo y el práctico, incluso entre el entendimiento y la voluntad. Ya antes Llano había prefigurado el ámbito y naturaleza de la idea práctica al delinear «el hecho paradójico»⁸⁶⁴ del conocimiento del singular y la plasticidad del entendimiento para moverse entre lo subjetivo y objetivo, con todo y su debilidad⁸⁶⁵. Esa zona intermedia es, pues,

«apta para ser ingrediente plástico de una *praxis* que consiste justo en el arduo paso de lo intramental o subjetivo a lo extramental u objetivo: de un lado afirma su carácter subjetivo, pues es un concepto, pero enfatiza a la par, de otro, su indudable dimensión de objetividad, pues no se trata de la forma en cuanto informante, sino de una forma que se hace objeto del entendimiento [práctico] como paso previo para hacerse objeto en la realidad»⁸⁶⁶.

Aunque dicho concepto formal *ut quod* es lo que el entendimiento práctico concibe primero y luego piensa como su objeto —«como la materia sobre la que le corresponde entonces pensar»⁸⁶⁷—, no basta entenderlo para definir la idea práctica. Como explica Llano, quien piensa en el concepto formal

⁸⁶⁴ «Lo hemos llamado hecho paradójico porque la misma materia, incapaz de proporcionar una representación del singular al entendimiento humano, sí puede proporcionarla a los sentidos». C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., p. 62.

⁸⁶⁵ Vale la pena recordar aquí lo que Llano estableció en su análisis sobre el conocimiento del singular: «Es necesario retener, en el actual momento de la exposición, este contra punto (singular-accidental; universal-esencial) de ambos tipos de conocimiento, porque tendrá un ulterior provecho: el sentido alcanza la singularidad a costa de la pérdida de lo esencial —a lo que no tiene acceso—, en tanto que el entendimiento alcanza lo esencial a costa de la singularidad, cuyo acceso directo le está impedido. Sólo un racionalismo conformista dejaría aquí las cosas. ¿No existirá, acaso, la posibilidad de una unión entre ambos conocimientos?». *Ibid.*, p. 63.

Incluso, Zagal coincide con Llano cuando afirma que «esta dicotomía universal/singular no se restaña, piensa Llano, a través de la causa ejemplar aristotélica, sino a través de una idea práctica que sea capaz de ser filtrada por la singularidad o, mejor aún, sólo la ejecución de la persona de acción es capaz de superar la separación entre el mundo de los ejemplares y el mundo de los artefactos y acciones». H. ZAGAL, *Verdad práctica y causa ejemplar*, cit., p. 349.

Zagal se refiere a siguiente texto: «Algo semejante le sucede a las propuestas intelectuales por razón de su carácter universal. Tal vez sea ese carácter universal lo que le da a las ideas intelectuales, en cuanto meras propuestas de acción, su relativa ineficacia (relativa precisamente respecto de la eficacia de la voluntad). Lo que propone el entendimiento en cuanto tal está afectado por el carácter de universalidad. La forma pensada, al no poder ser pensada en todas las condiciones de materialidad con que, a su vez, se encuentra en el efecto, tiene siempre un perfil general y difuso para el hombre; de ahí que la forma en cuanto está sólo en el entendimiento, no se encuentra determinada con precisión para que exista o no exista en el efecto, si no la determina la voluntad. De ahí también que *el entendimiento especulativo nada dice en orden a la acción (intellectus speculativus nihil dicit in operando [S.Th. I, q. 19, a. 4, ad. 4])*. Ello es así porque lo que quiere la voluntad es el ser completo, con su *esse proprium*, y no tiende a generalidades». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 113.

⁸⁶⁶ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 32.

⁸⁶⁷ *Ibid.*, p. 33.

ut quod debe hacerlo sin dejar de ver que aún es concepto y que, por lo tanto, todavía está en el ámbito noético subjetivo que corresponde exclusivamente al pensamiento; falta la parte más relevante de la práctica: «realizar una idea realizable»⁸⁶⁸. Esto, claramente, tiene que ver de manera directa con el acto de la voluntad. Lo primero que debe decirse es que para el autor los entes de razón pueden ser objeto de la voluntad en forma de proyecto:

«Salvo en el caso de la voluntad de aquiescencia, por la que quiero libremente lo que ya ocurre o lo que ya soy, todos los demás actos volitivos del ser humano tienen como objeto proyectos que aún no son: objetos ideales tanto para el entendimiento –porque los piensa como ideas– como para la voluntad, porque los quiere como metas a las que aspira. Los ideales *ut sic* son irrealizables ya que, al ser realizados, dejan de ser ideales para convertirse en realidades»⁸⁶⁹.

Es decir, la idea es concepto formal –por su dimensión subjetiva– y, al mismo tiempo, es concepto formal *ut quod* –por su dimensión de imitabilidad–; el producto de la acción del hombre existe a partir de la idea y, por ello, es superior –ontológicamente– a la idea, cuya «existencia» sería meramente mental⁸⁷⁰. Sin embargo, «no sólo es la estática intuición interna de lo que debe ser hecho, sino que incluye el proceso que se requiere para hacerlo»⁸⁷¹, como se verá a continuación.

c.– La idea práctica como proceso regulador abierto

En el llanismo, hablar de «idea», «idea ejemplar» o «idea práctica» implica entender esas nociones como proceso que, a su vez, supone dos notas

⁸⁶⁸ *Ibid.*

⁸⁶⁹ C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 208.

⁸⁷⁰ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 55. Percibo en la idea práctica llanista tiene algo del κοινὸν εἶδος del que Aristóteles habla en su tercer libro sobre el alma, donde se lee: «Y es que si los principios que mueven [a la acción] son dos, intelecto [en tanto que práctico] y deseo, será que mueven en virtud de una *forma común* (εἰ γὰρ δύο, νοῦς καὶ ὄρεξις, ἐκίνουσι, κατὰ κοινὸν ἅν τι ἐκίνουσι εἶδος)». 433a 21 (el subrayado es mío). Uso las siguientes ediciones: ARISTÓTELES, *Sobre el alma*, T. CALVO MARTÍNEZ (trad.), Gredos, Madrid 1994 y ARISTOTLE, *On the soul, Parva naturalia, On breath*, W. S. HETT (trad.), Harvard University Press, Cambridge, Mass. / Londres 1964.

⁸⁷¹ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 37.

esenciales: 1) regulador abierto y 2) inclusivamente práxico. Entender esto permitirá comprender que la *paideia* llanista encuentra uno de sus pilares, precisamente, en la teoría de la idea práctica, como contraparte a la poetización de la acción humana, sea de talante marxista, sea de índole liberal, para usar la terminología de nuestro filósofo. En el primer caso, recuérdese, no se da la posibilidad de una transformación directa personal si no es mediante las transformaciones *poiéticas*: «el hombre no puede cambiarse a sí mismo si no se cambian las relaciones de producción»⁸⁷². En el segundo supuesto, lo único que debe prevalecer es el resultado utilitario en estrictos términos de sistema o función, porque el único fin de la actividad es lo producido o el beneficio externo obtenido con ello: el artífice se supedita a sus productos⁸⁷³.

Primero, no debe perderse de vista que la idea práctica, por más práctica que sea, es idea, y las ideas humanas son ellas mismas deficientes. Por tanto –tal y como pretendí mostrar antes– no pueden ser erigidas como criterio absoluto de verdad, ni como criterio absoluto de verificación: no pueden ser tomadas como ejemplares perfectos⁸⁷⁴. Consciente de que «siempre se dará una grieta insalvable entre la idea humana y la realidad»⁸⁷⁵, Llano encuentra una solución para librar esa distancia, que se encuadra perfectamente dentro del marco de su doctrina en torno a la *prâxis*⁸⁷⁶. El hallazgo es, precisamente, que en la idea práctica hay un proceso continuo de vinculación establecido por el propio pensamiento entre el concepto formal *ut quod* y su realización –hecha o intentada–. De hecho, según explica, la definición de idea práctica depende justamente de que sea proceso; un proceso que es vinculatorio, de ida y vuelta, de sístole-diástole, recurriendo a la imagen que a Llano le gustaba usar en sus clases. En mi opinión, el siguiente texto es definitivo para entender la idea práctica:

«Para que la idea sea –en la medida en que lo sea– punto de partida concreto y verdadero de la práctica, requerirá no sólo el deseo de imitar algo, sino la concepción de *cómo imitar aquello que desea imitarse*. Precisamente porque *la idea*, para serlo, se refiere

⁸⁷² C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 82.

⁸⁷³ Cfr. C. LLANO, *Un perfil filosófico del activismo*, cit.

⁸⁷⁴ «De no ser así, los molinos de viento tendrían el defecto o incluso la falsedad de no ser los gigantes pensados por el Quijote. Nos encontramos otra vez ante la grave alternativa de idealizar la realidad en lugar de realizar el ideal». C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 75.

⁸⁷⁵ *Ibid.*

⁸⁷⁶ Explicada en el capítulo anterior y a la que me acabo de referir a propósito de la crítica de Zagal.

más al artificio de la imitación que al contenido real –aunque pensado– *de lo que debe imitarse*, es por lo que otros estudiosos de la acción práctica humana consideran que el estatuto de la idea no es algo ontológico –cosa real– ni siquiera en cuanto pensamiento –concepto objetivo–, sino noético en su sentido más propio. La idea no es la cosa pensada, sino el pensamiento mismo de o sobre la cosa; *no es la cosa concebida, sino el concepto* de la cosa concebida: no es, técnicamente, el concepto objetivo, sino el concepto formal. Se trata, pues, de una elaboración mental mediante la que pensamos la cosa –o las cosas– que pensamos, y que queremos reproducir»⁸⁷⁷.

Lo que nuestro filósofo describe aquí es el carácter plástico de la idea práctica, que depende de que se logre concebir el *cómo-imitar-aquello-que-desea-imitarse*. Es decir, para ser práctica, la idea debe referir más al artificio de la imitación –el proceso– que al contenido de lo que va a hacerse a partir de ella. Hay un vaivén en la práctica así entendida: lo pensado se rectifica a partir de lo realizado en un proceso de comparación continua entre la idea práctica y lo que se va realizando⁸⁷⁸.

A partir de santo Tomás⁸⁷⁹, Llano explica que esto puede suceder de tres maneras, en el orden de la reflexión del artífice: 1) en cuanto la idea es una semejanza de lo que se va a realizar, y entonces se vuelve de un modo absoluto hacia la cosa que debe hacerse, sin consideración alguna de lo que se realiza; 2) como la idea misma de lo que se realiza, y así se da una consideración absoluta de la idea misma, como cierta realidad, lo que supondría que no habría una comparación con la cosa que va a realizarse; o 3) comparando la idea concebida con lo realizado, mientras considera que la idea que existe en el artífice es la causa de aquello que él mismo hace. Aunque él no lo dice, es evidente que la manera de la idea práctica es ésta última.

Mediante la idea práctica el sujeto concibe lo que va a hacer y, además, cómo lo hará. No basta que el artífice vea el qué: para llevarlo a la realidad es indispensable que también vea cómo lo hará. En este punto, la voluntad tiene

⁸⁷⁷ C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), cit., p. 27.

⁸⁷⁸ Cfr. C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 77. Llano llama a este proceso de retroalimentación «reciclaje cibernético»; al respecto hablaré también en el siguiente capítulo.

⁸⁷⁹ Cfr. *In I Sententiarum*, d. 27, q. 2. a. 3, ad. 4. Citado en C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), cit., p. 34. La traducción y las cursivas son de Llano.

que decidir el modo de hacerse⁸⁸⁰. Y en ello justamente radica lo constitutivo de la idea práctica –en su ser proceso–; que permite que el concepto formal *ut quod* adquiera su *realizabilidad*. El filósofo mexicano lo explica en estos términos:

«La idea ejemplar, tal como es de este modo concebida, se parece tanto a la idea de la estatua estáticamente pensada por Praxíteles como al *know how* de un proceso artificial químico. Esto es: la virtualidad de la idea, su carácter de ejemplaridad, reside no en la configuración de la cosa tal como existe –antes de la práctica– o existirá –después de la práctica– sino en la configuración interna del proceso que ha de seguirse para que exista una reduplicación suya»⁸⁸¹.

Es decir, la idea práctica es el conjunto del contenido del concepto formal *ut quod* –la cosa pensada para ser hecha, el κοινὸν εἶδος aristotélico– y del proceso de su realización –el pensamiento sobre cómo hacerla–. No sólo expresa el qué se va a hacer, sino el modo en que aquello se hará, de tal manera que este modo de hacer y de formar aparecen en el concepto formal *ut quod* para convertirlo en práctico⁸⁸². El pensamiento de la idea práctica no sólo contiene lo operado, el término final de lo que debe hacerse, sino, además, las operaciones necesarias para llegar a ese término; pero, como proceso, no como una receta rígida o un mecanismo invariable.

Aunque en el contexto del llanismo es obvio, debo puntualizar que nuestro filósofo no entiende por proceso lo que actualmente significa en el ámbito industrial o productivo, como reiteración regulada de una actividad, como mecanismo de fabricación en serie ni como secuencia preestablecida y programada de actividades en aras a obtener siempre lo mismo. (Se sabe que en muchas organizaciones hay «manuales de procesos» o gerencias encargadas de «los procesos», cuyo fin es estandarizar el trabajo para asegurar resultados y productos homogéneos). Este proceso tiene un doble modo: regulador y creador –o abierto, como lo llama el autor–, ambos, inseparables. Es regulador porque lo ideado mira a la idea como lo que lo perfecciona y regula. Aquí

⁸⁸⁰ Si la decisión involucra determinadamente al artífice consigo mismo –«la decisión es, pues, automovimiento por antonomasia». C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 150– en la persecución de la cosa con vistas a hacerse, la idea práctica es esencialmente práxica, no poiética. A esto volveré más adelante.

⁸⁸¹ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 35.

⁸⁸² Cfr. *Ibid.*

podría objetarse de nuevo la filtración del formalismo platónico. Sin embargo, ello ocurriría si no se considerase que es una regulación creadora. La índole reguladora de la idea práctica no se da al margen de su rasgo de apertura. Lo explicaré a partir de la capacidad creadora del artífice.

La idea práctica es un proceso creador, es decir, un proceso que se desarrolla antagónicamente al mecanismo que determina a la acción reiterativa⁸⁸³. Se trata del nervio de la acción práctica, regida por la idea. Según dije antes, la rigidez de la reiteración no es admisible en la doctrina de Llano por un solo motivo: el ámbito de la persona, como realidad singular irrepetible, no admite la estandarización en ningún plano⁸⁸⁴.

¿Qué significa que la idea práctica sea un proceso regulador abierto? Hay dos momentos clave que permiten entender en su justa medida el alcance de esta definición. En el primero, Llano explica que la acción directiva se mueve en el plano de la indeterminación e imprevisibilidad y que la misma determinación de un objetivo a concretar «desencadena un proceso de continuo ajuste y desajuste»⁸⁸⁵, que obliga a reapreciar el resultado que se vaya logrando, una actividad de la conciencia que no es diagnóstico que se realiza estáticamente al final del proceso práctico, sino que permanece vigente a todo lo largo del mismo. Ello aclara cómo el entendimiento no sólo se percata del decurso de la acción, sino que él mismo la dirige específicamente hacia el fin deseado por la voluntad⁸⁸⁶.

El segundo momento⁸⁸⁷ pone de relieve el sustento filosófico del anterior. A nuestro filósofo le llama la atención el hecho de una preferencia lingüística de

⁸⁸³ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 129-146. A ello me referí en el capítulo II al explicar la discusión con Adolfo Sánchez Vázquez, de quien el autor reconoce que vio «certeramente esta apertura del proceso en el caso de la acción creativa y artística, pero deja a un lado paradójicamente el hecho de que la praxis política marxista, a la que ideológicamente se adhiere, presume un proceso cerrado, por ser científico, y por tanto, necesario». C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 79.

⁸⁸⁴ «La razón última de la flexibilidad es el carácter irrepetible de la persona. Sólo la técnica puede considerar al objeto como abstracto, homogéneo y repetible. La persona, cada persona, es única, y por esto no cabe establecer entre ellas [las personas] relaciones técnicas, substitutivas de las humanas. La otra apoteosis de la modernidad fue la pretensión de tecnificar las relaciones humanas. Estas han de ser flexibles si quieren ser *próximas* a las personas. El criterio axiológico de proximidad e incidencia acarrea como efecto la flexibilidad en las relaciones personales. El criterio axiológico de generalidad, por el contrario, que tiene como horizonte la homogeneidad repetible, incluye necesariamente una dosis de abundante inflexibilidad, pues para llegar a muchos no se puede tratar a cada uno como único (aun en el supuesto de admitir que lo sea)». C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 169.

⁸⁸⁵ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 133.

⁸⁸⁶ «Por ello es posible no acertar en varias acciones y, sin embargo, llegar al resultado pretendido, porque se ha podido aplicar oportunamente el correctivo necesario. [...] El secreto no está en no equivocarse, sino en reapreciar y rectificar a tiempo: en esto consiste la apertura de la conciencia en la acción directiva, consecuencia de su dimensión creadora». *Ibid.*, pp. 133-134.

⁸⁸⁷ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., pp. 40-41.

santo Tomás para referirse al pensamiento de la idea práctica. Se trata del verbo *excogitare*, que, según refiere Llano, «se entiende como elucubrar, inventar, imaginar, con todo lo que ello implica de trabajo artificioso y de elaboración subjetiva»⁸⁸⁸. La elección deja en un segundo plano al verbo *cogitare*, cuyo uso hace una referencia más directa al pensamiento matemático de formas extramentales, por lo demás, preferido por Descartes. Este énfasis en las peculiaridades de elucubración e invención del verbo *excogitare* permiten confirmar –etimológicamente, digamos– el rasgo de concepto formal *ut quod* de la idea práctica, que es la razón por la cual el proceso es regulador. La acción es prefigurada por el artífice cuando éste «mira» a la idea práctica como reguladora del proceso, aun antes de hacerlo (aun más: es eminentemente necesario que sea antes)⁸⁸⁹.

Pero, claramente, esto no ocurre al modo platónico: para poder «adquirir su verdadera tonalidad práctica, la idea se concibe como un concepto subjetivo objetivado»⁸⁹⁰ –según referí antes, análogamente al modo del universal en suspenso– para adquirir la ambivalencia subjetivo-objetiva en que se mueve toda práctica. Lo crucial de este carácter neutro queda muy bien explicado por Llano cuando afirma, con santo Tomás⁸⁹¹, que la idea se encuentra como si estuviese en medio del saber que se refiere al que sabe –el artífice– y del saber que se refiere a la cosa sabida –lo que hará el artífice–. Puedo afirmar ahora que para nuestro filósofo la reflexión está en la médula de la idea práctica: el entender –dicho con él– se está viviendo, de manera que el artífice vive su entender⁸⁹². No sólo se trata de una reflexión especulativa, sino, del *suppositum* completo, que se da en una especie de tautología personal, en la que el yo que reflexiona es inseparable de la captación intelectual de su propio ser⁸⁹³. Es decir,

⁸⁸⁸ *Ibid.*, p. 40.

⁸⁸⁹ «La idea, como *concepto formal ut quod*, como proceso interno mental al que atendemos explícitamente, adquiere una plasticidad y flexibilidad que le permite ser elucubrada y manejada por el hombre en el ámbito de su pensamiento. Para modificar el concepto objetivo, al revés, se exigiría la transformación previa de la realidad subjetivada por él, entorpeciendo esa fase importantísima de la práctica, consistente en elaborar en el pensamiento una idea que ha de realizarse después en la realidad». *Ibid.*

⁸⁹⁰ *Ibid.*

⁸⁹¹ «Scientia [...] tenet se magis ex parte rei [...] idea autem quasi medio modo se habet: quia essentiam et rationem imitationis, quae est secundum respectum, importat». *In I Sententiarum*, d. 35, 1. 2, a. 2, ad. 4. Citado por Llano en *Ibid.*, p. 41.

⁸⁹² Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. xxi.

⁸⁹³ La producción propiamente dicha, la dinámica *poiética* y *práctica* «no comienza cuando se ha pensado lo que va a hacerse o producirse, sino que un elemento imprescindible de dicho proceso es precisamente la configuración de la idea, esto es, la tarea de *producir mentalmente* aquello que voy a *producir realmente*. Y ambas cosas se dan de cierta manera simultánea». C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), cit., p. 41. Lo anterior halla uno de sus referentes en la defensa del carácter práxico del trabajo, que expuse cuando expliqué la discusión de Llano con el marxismo en torno a la enajenación.

el artífice no puede abstraerse de su propia acción, aunque ésta sea meramente productiva⁸⁹⁴. Por eso, para Llano la acción práctica es una cierta *acción gerundiva*: pensar haciendo y hacer pensando⁸⁹⁵. O sea:

«si deseamos perfeccionar nuestras decisiones ante bienes limitados y precarios, debemos sin duda perfeccionar nuestra inteligencia para comprender con profundidad lo que realmente de bueno hay en ellos; pero la perfección en esta línea intelectual no habrá de llevarnos a la inacción: hay una connatural debilidad de la inteligencia que no podrá jamás superarse del todo, y que nos dejará –si insistimos en movernos en el mero nivel intelectual– en permanentes puntos suspensivos. Se hará preciso el perfeccionamiento de la voluntad que complete, con su determinación, las deficiencias paralelas de los bienes que hemos de elegir»⁸⁹⁶.

La piedra de toque –«la prueba del ácido»⁸⁹⁷, según escribe Llano– que permite distinguir el intelecto especulativo del práctico es, precisamente, el modo en como incide la voluntad en este último. No es que la volición no se relacione con la especulación, sino que incida en el entendimiento para que éste piense con vistas a poner aquello en la realidad desde el origen de la concepción de la idea⁸⁹⁸. Como advertí, la idea práctica es el contenido del

⁸⁹⁴ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 69. A este punto volveré en el siguiente capítulo.

⁸⁹⁵ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 41. Por eso es «forma viva».

⁸⁹⁶ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 71.

⁸⁹⁷ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 41.

⁸⁹⁸ El texto de Llano no deja lugar a dudas: «El ejercicio del entendimiento no suele ponerse en marcha ni se continúa sin una permanente intervención de la voluntad. La especulación es también un ejercicio que requiere de la presencia –del impulso y empuje– de la voluntad: pensamos porque queremos hacerlo. Y el pensamiento se interrumpe cuando la voluntad quiere interrumpirlo; al punto que el conocimiento especulativo, sus avances y retrocesos, se deben más a la intervención de la voluntad del sujeto que piensa, y no sólo al acierto de la facultad de pensar, en sí misma considerada.

Los problemas de constancia, disciplina, orden y ánimo positivo ante las dificultades, no son problemas que se reducen, como pudiera opinarse, al ámbito de la práctica; tienen mucho que ver con los resultados mismos del conocimiento de índole especulativa.

No pudiendo, pues, la intervención de la voluntad ofrecernos un distintivo que nos posibilite discernir *prima facie* el conocimiento especulativo del práctico, hemos de encontrarlo en el entendimiento mismo, esto es, en la propia operación intelectual.

El entendimiento no es especulativo porque en él se encuentre ausente la voluntad. Es especulativo porque la voluntad, presente en él, no es una voluntad del hacer práctico, es decir, no incide en el entendimiento en el sentido de querer hacer cambiar la realidad. Y la diferencia, decimos, se encuentra en el ámbito del entendimiento mismo, esto es, de su objeto, de lo que se piensa con él». *Ibid.*, p. 42. Las negritas son mías.

intelecto práctico; sólo mediante su concepción el artífice puede llevar lo pensado al ser.

Si se inscribe el problema de las relaciones entre intelecto y voluntad en orden a la decisión y, a su vez, en orden al efecto se considera la subordinación de las causas, se entiende que una decisión pueda ser producida al mismo tiempo por el intelecto y la voluntad –como causas suyas de diverso género– y nos permitirá conciliar, en esa decisión, la libertad con que se produce y la racionalidad que requiere⁸⁹⁹. Esto es posible, explica Llano, mediante la causalidad mutua en género diverso; santo Tomás expresa tal diversidad de género causal de la inteligencia y la volición en la decisión de la siguiente manera:

«El objeto del entendimiento es el primer principio en el género de la causa formal...; pero el objeto de la voluntad es el primer principio en el género de la causa final»⁹⁰⁰.

Es decir, en el orden de la causa formal, el entendimiento especifica el acto, lo dirige; pero, en el orden de la causa final, la voluntad le otorga al acto «su mismísimo y propio ejercerse»⁹⁰¹. El salto de lo especulativo a lo práctico no ocurre gracias a una incidencia de la voluntad, sin más, sobre la inteligencia. Esta incidencia –por lo demás, indispensable– es la reflexión original que obliga a concebir la idea en términos prácticos, en el pensamiento, sí; pero, con vistas a la acción. Desde su nacimiento, la idea debe ser pensada por el artífice en términos de su realizabilidad: la practicidad de lo pensado no es posterior a algo pensado especulativamente, sino que debe pensarse –reflexionarse– en esas mismas coordenadas prácticas.

«Éste es el nervio de los obstáculos que aparecen al transferir la teoría a la realidad. Si se ha dicho que nada hay más práctico que una buena teoría, habrá que añadir que la teoría será aquí *buena* cuando es *práctica*, con lo que tal afirmación no pasa de ser tautológica. Lo que acontece en el saber matemático es incuestionable: en términos de geometría euclidiana es claro y necesario que la recta tangente a una esfera toque a ésta en un solo

⁸⁹⁹ Cfr. C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 41.

⁹⁰⁰ *De Malo*, q. 6. Citado en *Ibid.* La traducción es de Llano.

⁹⁰¹ *Ibid.*

punto. Pero nadie podrá hacer en la práctica lo que resulta forzoso en la teoría»⁹⁰².

d.– La idea práctica y la *prâxis*

Carlos Llano hace una especie de declaración de principios que resulta fundamental para comprender su teoría de la idea práctica y que ahora cobra relevancia: «o la idea es práctica o no es idea»⁹⁰³. ¿Qué significa esto? Lo primero que salta a la vista es la toma de distancia con respecto al planteamiento racionalista. La idea en el llanismo, no es; por ello no podría ser considerada como un arquetipo estático ni perfecto, al modo de la idea concebida por Platón. Cuando se afirma que la idea es práctica o no es idea, lo que se pretende hacer ver es que la peculiaridad primordial de la idea radica en que implica a la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, es decir, que mediante ella, el sujeto que la piensa se involucra consigo mismo, con todas sus virtualidades y, lo que es más radical en la doctrina llanista, no sólo en orden a la producción, sino en cuanto a la transformación del propio agente

Es decir, mediante la idea el sujeto establece qué va a realizar –en tanto que pensante– y cómo lo va a realizar –en tanto que artífice–; sin embargo, en tanto que agente –es decir, como sujeto de la *prâxis*– también es objeto –materia, dice Llano– de transformación a partir de la idea misma⁹⁰⁴, que le permite al agente concebir el modelo según el cual se perfecciona a sí mismo. A pesar de que la idea está cargada de subjetividad y está vinculada íntimamente al sujeto pensante –dado que fue perfilada por él–, al mismo tiempo le es ajena, en tanto que no sólo es práctica, sino también ejemplar. Por ello, debe serle ajena –como *objeto formal quod* que también es–; de otra manera no podría ser reguladora del proceso de transformación⁹⁰⁵.

La novedad de la teoría de la idea práctica llanista radica, precisamente, en superar la restricción poiética de la ejemplaridad y colocar su epicentro en su

⁹⁰² C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 42.

⁹⁰³ Cfr. *Ibid.*, p. 17. Me parece, incluso, que el llanismo completo está contenido en esta sentencia.

⁹⁰⁴ Aunque no son idénticos a los de Llano, Eduardo Nicol expresa lo mismo con estos términos: «La praxis nueva es formativa de un hombre nuevo: la filosofía es el quehacer propio del hombre. La praxis invierte su derrotero, revierte sobre sí misma: la filosofía es praxis de la praxis». E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 49.

⁹⁰⁵ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 69.

antípoda: la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$. Llano no ve obstáculo alguno para que el artífice sea poseedor de ideas ejemplares a cuya semejanza se transforme a sí mismo. De hecho, según intenté mostrar, ese es el eje alrededor del cual gira la *paideia* griega: proponer un *panaristós* ideal –y que se expresa en el verso de Píndaro, llegar a ser lo que se es aprendiéndolo–, un ideal que el hombre habría de tener de sí para hacerse a sí.

A nuestro filósofo le extraña que incluso en santo Tomás exista un «prolongado silencio»⁹⁰⁶ al respecto de este matiz. ¿Por qué la idea ejemplar atiende sólo a la producción de algo exterior al artífice, dejándole a él fuera de ese vaivén interior que suscita su propio acto de producir? El ejemplo, como influjo moral inteligente, no como *mímesis* o domesticación, carecería de eficacia alguna si no fuera transpuesto mentalmente en forma de idea ejemplar por el agente. Ello lo encuentra en el discreto fraile dominico del que, según apunté arriba, poco –o más bien, nada– se sabe:

«Marie-Charles Perret es el primero –tal vez el único– que advierte este hueco: “*es imposible concebir una determinación del querer que no se inspire en un modelo. La acción moral se organiza siempre en función de un ideal*”⁹⁰⁷. Aunque no lo diga Perret de esta manera, si la acción moral se llama buena o mala por la relación que guarda con las normas morales, éstas no tendrían sentido intramundano, y deberían tenerlo, si no derivaran de un **concepto del hombre**, en donde habría de fundarse la moralidad de sus acciones; un concepto del hombre, es decir, una **idea ejemplar**»⁹⁰⁸.

Una vez aclarado que para el filósofo mexicano no es comprensible que el hombre posea y elabore ideas para producir algo y, en cambio, carezca de ellas para emprender acciones en el orden de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, veamos cómo se da esa inclusión praxica en la idea práctica. El autor reconoce el hallazgo hecho por Perret, quien, «de manera realmente afortunada» ha destacado la versatilidad de la idea práctica según sea tomada como modelo en el acto que le es más propio –el del conocimiento–, en el más usual –el de la producción–, en el de la naturaleza o, el que destaca Llano, el del acto moral⁹⁰⁹.

⁹⁰⁶ Cfr. C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit.

⁹⁰⁷ M.-C. PERRET, *La notion d'exemplarité*, cit., p. 456.

⁹⁰⁸ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., pp. 80-81.

⁹⁰⁹ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 61. Se entiende mejor ahora lo que de manera general ya anticipaba en el capítulo II y, concretamente, sobre la afirmación del marxismo, que ve en la producción la

Llano interpela de nuevo –sin mencionarlo– a Sánchez Vázquez cuando afirma que a partir de la idea práctica no sólo se está transformando la realidad, «sino que la propia idea originaria es objeto de una transformación, hecha por el entendimiento y la voluntad, incorporando las nuevas noticias que se reciben de las relaciones prácticas con la realidad que ha de transformarse»⁹¹⁰. Ello, a causa de que la idea práctica es simultáneamente ejemplar y ejemplado⁹¹¹ ¡en el artífice! Como aclaré entonces, nuestro maestro reconoce que el marxismo ha descubierto no sólo la *πρᾶξις* con casi todas sus hechuras aristotélico-tomistas, sino, además, la idea práctica como solución a la reiteración de la actividad y vía de acceso a la creatividad. Sin embargo, al final, se termina poetizando la acción al grado de identificar al artífice con el artefacto. Nuestro filósofo observa que

«para Marx, en efecto, la idea ejemplar, concebida previamente como proyecto de la acción, es la característica que diferencia al actuar humano de las operaciones meramente animales. El producto de las acciones del animal –la tela de las arañas, el panal de la abejas– puede incluso llegar a alcanzar en sí una perfección de la que carecen las acciones humanas. Pero, para Marx, el hombre adquiere su superioridad sobre los animales no por la perfección de sus productos, sino por el hecho de su previa elaboración intelectual»⁹¹².

Me parece que la conclusión natural derivada de la propuesta del filósofo mexicano es que ninguna estructura –modelo ni sistema, incluidos el mercado y la llamada «economía social»– puede constituirse como rector fundamental de la sociedad. En primer lugar, porque en el llanismo, el único sujeto de acción es

actividad eminentemente humana. En contra de ello, para nuestro filósofo es posible «una *praxis* no traducible en términos de *poiesis*, pero no existe la posibilidad de una *poiesis* que no venga precedida de una *praxis*, de una acción subjetiva personal, que decida, al menos, las obras exteriores en las que el hombre haya de ocuparse». *Ibid.*, p. 63.

⁹¹⁰ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 46.

⁹¹¹ Cfr. C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 75.

⁹¹² C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 63. «Una araña ejecuta operaciones que asemejan las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas avergonzaría, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro». Esto es Marx: el hombre es un productor que proyecta su producto, y se distingue del animal por la posibilidad de proyecto». C. LLANO, *El empresario y su mundo*, cit., p. 27. Incluso, recuérdese, Llano recoge la misma pregunta del marxismo cómo superar la especulación para pasar a la acción –sea práctica, sea poética–. Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 96-97.

la persona y, por otro, éstas estructuras no alcanzan a sostener la riqueza, heterogeneidad ni profundidad de la vida humana⁹¹³. Lo vio bien tanto para criticar al mercantilismo como al marxismo: la idea se realiza sólo en virtud de la organización⁹¹⁴. A pesar de ello, se ha preferido una acción, si se puede llamar así, conceptualizada por las ciencias racionalistas con la mirada puesta sólo en fines productivos. Como es lógico, optar por la tecnoestructura como respuesta social –tanto de un lado como de otro– brota del concepto del hombre como individuo condicionado por las relaciones de producción. En este sentido, todo marxismo y todo mercantilismo adolecen de cierto conductismo, porque lo reducen a un simple vehículo de las transformaciones poiéticas, incapaz de su propio perfeccionamiento al margen de las estructuras políticas o de mercado⁹¹⁵.

En contrapartida, el verdadero y real acto humano para Llano es la decisión –*decidirse-a* dicho en términos propiamente llanistas– mediante la cual el hombre puede plenamente otorgar una dimensión práctica y personal a su pensamiento⁹¹⁶. Por ello no sobra recalcar que la decisión es el acto humano rector, por encima de ningún otro acto, en orden a la acción misma, tanto en su origen como en su consecución⁹¹⁷. Y, también, habrá que hacer hincapié con el autor en que «sólo existe un progreso en el interior del hombre cuando se va logrando una armonía entre las distintas virtualidades que concurren en el ser humano»⁹¹⁸.

Se trata, como es evidente, del personalísimo ámbito de la libertad, donde tiene lugar el vaivén de la coyuntura –un rejuego, usando el término llanista– que escapa de lo universal necesario, aquella zona intermedia entre lo pensado por el artífice y lo que va haciendo⁹¹⁹. Es decir, el contenido de la idea

⁹¹³ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 79.

⁹¹⁴ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 98 Según expuse, la solución que propone Marx para salvar la grieta entre teoría y práctica es la organización, a través del proletariado. Sin embargo, le objeta Llano, «la organización no actúa nunca por sí misma. Los filósofos medievales, en contraposición a los actuales marxistas, vieron claro, en el análisis de las acciones humanas, que todas las actividades son efecto de personas individuales; que las entidades morales –la sociedad, el Estado, la empresa, etc.– están constitutivamente incapacitadas para actuar por sí mismas, y deben hacerlo a través de los individuos que las componen». *Ibid.*, p. 179.

⁹¹⁵ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 71.

⁹¹⁶ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 39.

⁹¹⁷ «La decisión es un acto directivo por excelencia. Hemos querido evitar el pleonismo diciendo que el director debe señalar el *sentido* hacia donde han de orientarse las acciones futuras. Pero sería más propio expresarse pleonásticamente así: corresponde al director señalar la dirección a la que deben dirigirse sus acciones futuras. Este señalamiento o indicación de las acciones (propias o ajenas) a emprenderse es la dirección. **La decisión es, pues, un acto antonomásicamente directivo**». Prólogo C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. xi. (Las negritas son mías).

⁹¹⁸ C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 8.

⁹¹⁹ Precisamente es por el hecho indiscutible de la libertad humana que Llano puede asegurar con absoluta radicalidad que la materia más propia de la acción –alcanzada mediante la idea práctica– es el hombre

práctica, su ejecutor y la materia para realizarla coinciden en la *prâxis*⁹²⁰. Esto es, precisamente, lo específico de la idea práctica: que el agente –con todas las consecuencias del verbo latino en participio presente activo– es materia de sí mismo. Para el autor, el sujeto como causa eficiente es la materia de su propio perfeccionamiento, según lo que idealmente quiere de sí, en un proceso de este autohacerse que le dota de la mejores capacidades para transformarse⁹²¹; a diferencia de la acción productiva, en la que «el mármol sigue siendo en el *Moisés* la misma piedra bruta que era antes de configurarse como tal»⁹²².

Con su teoría de la idea práctica, Carlos Llano planta cara a los racionalismos de diverso cuño que, como se ha tratado de hacer ver, traen como derivación natural las utopías marxistas o mercantilistas –socialista y liberal, en palabras del filósofo mexicano–, en las que paradójicamente la persona queda anulada en aras de lo material o las tecnoestructuras. La poetización de la idea práctica es inevitable en ambos escenarios porque no hay manera de que el hombre se autotransforme: el privilegiado singular llanista está aquí a merced de la determinación de las estructuras externas a él. En el primer caso es especialmente claro cómo el hombre es incapaz por sí mismo de su propia y directa transformación⁹²³.

Lo que el marxismo pierde de vista es que el obrar humano «no es la conclusión de un razonamiento de geometría, según querrían los espíritus

mismo. Al respecto ahondaré en el siguiente capítulo. Por ahora, vale la pena referir el siguiente texto: «El obrar del hombre, en tanto que tal, se refiere a realidades concretas y contingentes (incluso el bien supremo es conocido a partir de bienes particulares). Por eso sus acciones son libres, lo cual quiere decir que toda acción práctica humana requiere en su inicio una decisión que termine perfectamente el juicio imperativo de la razón, siempre inconcluso en el orden de la práctica. De ahí que el campo natural de la libertad –y el terreno, por ende, en el que la decisión es necesaria– no es el de la idea clara y distinta, sino el campo del hacer concreto, en donde lo que se debe, se quiere o se puede hacer es inevidencial». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 75.

⁹²⁰ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 79.

⁹²¹ Esto ocurre en lo que Llano denomina «reciclaje cibernético». La noción de «reciclaje cibernético» es crucial para el entendimiento de la teoría de la idea práctica. Aunque Llano sólo la menciona expresamente en dos lugares muy bien delimitados, está implícita en toda su *paideia*, como se verá en el siguiente capítulo. La expresión «reciclaje cibernético» alude a la capacidad de retroalimentación –reciclaje– del agente como conductor –κυβερνήτης, piloto– de sí mismo: «el ejecutor, que lleva a cabo la transformación de sí mismo, adquiere mientras se transforma un mejor modo de amoldarse a la ejecución. Con ello, la perfección del proceso progresa exponencialmente –*sit venia verbo*– no sólo porque el ejecutor perfecciona el proceso que está ejecutando, sino también porque él mismo *se hace* –por definición– mejor ejecutor y materia más apta para esa ejecución». *Ibid.*, p. 78.

⁹²² C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 83.

⁹²³ Para el marxismo, asegura Llano, «no hay acciones realmente éticas, porque el hombre se encuentra supeditado a la *póiesis*, a la producción, y a las formas o relaciones de producción. Cualquier cambio que pudiera realizarse en el interior de la realidad humana tendría que venirle de fuera, como fruto o consecuencia de las transformaciones sociales, que serían, a su vez, resultados de los cambios en las formas de producción, es decir, reflejo y eco de la acción *poiética*». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 64.

matemáticos partidarios del intelectualismo absoluto»⁹²⁴. Al no contar con este antecedente –*idea est infecunda omnino*–, Marx se ve forzado a recurrir al entendimiento como creador y como factor efectivo de la acción, en un intento de limpia practificación del absoluto hegeliano⁹²⁵, que terminará por concretarse realmente en una tecnoestructura, como organización necesaria ante la incapacidad de la acción individual. En el llanismo se ve claramente lo contrario: el planteamiento teórico no es suficiente para la acción. Hace falta que entre en juego la propia voluntad del sujeto que decide⁹²⁶. La idea sólo es causa de la especificación de lo que va a producirse –ella determina qué va a realizar el sujeto–; pero el acto de producir está más allá de esa virtualidad: en el agente⁹²⁷.

Lo que en última instancia obstruye a la acción práctica no proviene de las deficiencias del pensamiento especulativo sobre su objeto –la idea–, sino de la voluntad. Poder hacer algo atañe más a lo volitivo que a lo intelectual. Dentro del marco de la teoría de la idea práctica llanista, «la densidad volitiva en las acciones referidas a la *praxis*, a la transformación existencial de la persona, es mucho mayor que su densidad intelectual»⁹²⁸. Por ello, el eje de la acción, antes en la idea práctica, se traslada, como propósito, al ámbito de la voluntad; ello, sin desmerecer un ápice la importancia de la idea: aquello que se piensa, es querido por la voluntad. La idea práctica se centra en el orden racional de la acción, y la práctica de la idea, en su aspecto volitivo:

«A la idea práctica pertenecen tanto la teoría sobre el saber práctico en general, cuanto la labor intelectual que debe ejercerse para la configuración de una idea ejemplar apropiada –la causa ejemplar– que es, justo, la idea de la práctica. A la práctica de la

⁹²⁴ C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 33.

⁹²⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 97. n. 7.

⁹²⁶ Nuestro maestro se basa en Aristóteles, cuando éste afirma: «La reflexión de por sí no pone nada en movimiento, sino la reflexión orientada a un fin y práctica; ésta, en efecto, gobierna incluso al entendimiento creador, porque todo el que hace una cosa, la hace con vistas a algo, y la cosa hecha no es fin absolutamente hablando (si bien es un fin relativo y de algo), sino la acción misma, porque es el hacer bien las cosas lo que es fin, y eso es el objeto de deseo. Por eso la elección es inteligencia deseosa o deseo inteligente, y esta clase de principio es el hombre». *EN*. 1139a 35-1139b 6.

⁹²⁷ «La fuerza de la producción es atributo único del artífice –de la causa eficiente– que piensa la idea y produce el artefacto conforme a ella: *nada pensado puede producir nada real, excepto en contextos no aristotélicos, y precisamente hegelianos*. A mayor abundamiento, el propio agente no ejerce su causalidad sólo mirando al ejemplar –esto es, por medio de una acción intelectual– sino *ejerciendo su eficiencia*, lo que ya no es sólo intelectual». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 96.

⁹²⁸ *Ibid.*, p. 80.

idea misma; su puesta en el ser real con autonomía entitativa respecto del sujeto que la causa»⁹²⁹.

Para Llano, recuérdese, el hecho mismo de la acción humana ofrece la contundencia suficiente para desarticular el intento racionalista; no concibe una ética absolutamente racionalista al margen de lo concreto real: pensamiento y acción son ámbitos distintos. Dicho con él mismo, «la capacidad de pensar bien no coincide con la capacidad de decidir bien»⁹³⁰.

III.- Consideraciones finales en torno a la ejemplaridad en Llano⁹³¹

Para terminar, haré unas breves puntualizaciones sobre dos aspectos ya expuestos en este capítulo y abordados de alguna manera en el anterior: 1) la relación de la causa ejemplar con la idea práctica y 2) qué supone esa relación en el contexto de la causalidad y la *prâxis*. Se trata de un último apunte sobre el que posiblemente sea uno de los temas más difíciles de arbitrar en el llanismo: el de la causa ejemplar y la idea práctica⁹³². Esta dificultad se aprecia en el siguiente pasaje:

«La causa ejemplar o idea práctica no es un resultado intelectual, sino un proceso de pensamiento, un proceso regulador de mis actos, pero *regulador y abierto*, porque puede y debe cambiar en la dinámica de su discurso, y un proceso regulador abierto “inclusivamente prático”, porque no sólo es útil para cambiar las cosas externas, sino para lo más fundamental: cambiarme a mí mismo conforme un modelo de vida, a un estilo de existencia, a una pauta de ser que yo debo descubrir, aceptar y conservar. Este

⁹²⁹ *Ibid.*, p. 158.

⁹³⁰ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 71.

⁹³¹ Soy consciente de las complejidades que el tema de la ejemplaridad trae a la discusión filosófica en torno a las ideas, tanto en el ámbito de la creación como en el de la producción. Sin embargo, como anoté en la introducción, Llano lo discute para elaborar una concepción propia en torno a la idea práctica a partir del estudio de Perret y con base en la cuestión 3 del *De Veritate* de santo Tomás. Al ceñirse a la teoría de la idea práctica como base de una *paideia* en la filosofía, la tesis no exige una disquisición específica al respecto de la ejemplaridad, que ameritaría una investigación aparte. Por supuesto, no pretendo agotar el tema ni hacer una problematización.

⁹³² Así lo ha hecho ver Óscar Jiménez, con quien coincido. Cfr. Ó. JIMÉNEZ TORRES, *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*, cit., p. 64.

proceso regulador abierto inclusivamente práxico es, además, polivalentemente causal, porque convergen en él, no tangencial sino interseccionalmente, las otras cuatro causas con las que tiene –ésta, la ejemplar– una relación estrechísima»⁹³³.

La dificultad radica, precisamente, en que el autor plantea que la idea no es sólo un ente de razón representativo –fruto de una abstracción para un uso en el plano judicial o especulativo–; además, la idea es, esencialmente, un proceso regulador de la acción humana que, por lo tanto, cuenta con todas las atribuciones de la causalidad ejemplar. Al menos, eso parece.

1.– La causa ejemplar y la idea práctica

¿Cabe identificar idea práctica y causa ejemplar? Parece que sí. Como señalé, él usa indistintamente *idea ejemplar*, *causa ejemplar*, *idea práctica* o, simplemente, *idea* para referirse a lo mismo. Es más, cuando por primera vez formula su teoría de la idea práctica, lo dice expresamente:

«La consideración de **la idea práctica o causa ejemplar**, tal como fue tratada por Aristóteles y desarrollada por Tomás de Aquino, sería de gran provecho para la acción práctica humana si no fuera por un persistente idealismo platónico sedimentado en aquélla»⁹³⁴.

Luego, en el desarrollo posterior de la teoría, tendrá ocasión de matizar esta sinonimia inaugural. La principal precisión, como intenté hacer ver, es para impedir cualquier filtración del idealismo platónico que, a sus ojos, formalizaría a la idea ejemplar. Es decir, si la idea es sólo forma de la cosa, ¿cómo es alcanzada por el artífice para que le sirva de ejemplar? Por esa vía tendría que admitirse que el artífice ve algo fuera de él y, al mismo tiempo, fuera de la cosa –porque ésta aún no existe, todavía no hay un compuesto de materia y forma–, por lo tanto, habría que aceptar la opción platónica de la idea separada que tanto incomoda a Llano. De aquí que, a partir de Séneca, proponga la ejemplar como quinta causa:

⁹³³ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 14.

⁹³⁴ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 61. Las negritas son mías.

«La idea es causa si *idea* se toma en el sentido fuerte del vocablo, es decir, como idea ejemplar. La hemos visto enumerada en el elenco de las cinco causas, hecho por Aristóteles. Si resulta en este momento necesario subrayarlo, es precisamente por la tendencia secular a reducir las cinco causas a sólo cuatro, subsumiendo la causalidad ejemplar dentro de la formal, que revestirá, entonces, un doble carácter: el carácter propio de causa formal intrínseca y el carácter impropio de causa formal extrínseca, término, como veremos, en cierto modo contradictorio»⁹³⁵

Con ello pretende dos cosas: 1) desformalizar a la idea como causa ejemplar y 2) restaurar su carácter ejemplar como algo concebido por el artífice. La idea práctica es causa en tanto que es tomada por el sujeto como imitable o, como también le denomina el autor « semejanza intentada »⁹³⁶. Este rasgo es doble y debe entenderse así para que la idea no pierda su causalidad: como imitable y, además, como intentada. Por esta característica, la idea también adquiere un carácter expansivo: puede realizarse *extra mentem*⁹³⁷.

La capacidad de imitación que Llano atribuye a la idea práctica sólo es posible en la medida en que la idea es pensada por el artífice. O sea, la idea es causa sólo en la medida en que es concebida por el artífice como imitable. Precisamente, su carácter propio es su imitabilidad en el proceso de realización. Es decir, el ejemplar –la idea– «implica la causalidad respecto de lo ejemplado, dado que es aquello a cuya imitación se hace algo»⁹³⁸. El filósofo mexicano encuentra en la formulación de Perret la definición acertada –a su juicio– de causa ejemplar:

«aquello a cuya semejanza –imitación, similitud– el efecto es aquello que es, y esto consueña con su previa afirmación de que ejemplar es sinónimo de causa ejemplar, de ejemplaridad, y con la afirmación general de santo Tomás según la cual podría tomarse latamente el término idea por semejanza»⁹³⁹.

⁹³⁵ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 81.

⁹³⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 90.

⁹³⁷ Cfr. *Ibid.*

⁹³⁸ *Ibid.*, p. 88.

⁹³⁹ *Ibid.*, p. 89. Llano sigue a Perret, quien afirma: «La "ejemplaridad" figura en buena parte del repertorio de la metafísica, goza, incluso, de una real prerrogativa, puesto que se inscribe en el capítulo de las causas.

Puede responderse ahora que la idea práctica es causa ejemplar si y sólo si: 1) es considerada por el artífice como imitable –el qué– y 2) en cuanto que intentada como proceso –el cómo–⁹⁴⁰. Sin embargo, es precisamente esto –el que la idea práctica pueda ser considerada causa ejemplar– lo que constituye uno de los tópicos que más cuesta dirimir dentro del pensamiento de Llano. La dificultad viene dada por la naturaleza ambigua de la idea práctica: por un lado, no es idea como tal –como resultado de un juicio o como simple *ens rationis* para representar algo– y, por otro, es proceso regulador de la acción. Está a medio camino entre la especulación y la práctica. Pero, basta con considerar lo anterior para resolver esta dificultad: la idea siempre es pensada por el artífice para hacerse; de lo contrario, no sería idea práctica. Llano lo explica de la siguiente manera, de la mano de Perret:

«"La causa ejemplar connota a la causa eficiente", pero "a fin de cuentas, la ejemplaridad no es reductible a la eficiencia". En efecto, hablando de ella sola [...], *l'idée n'es pas productrice*, "la idea no es productora". "Lo anterior no significa destruir la causalidad de la idea, sino señalar su dependencia respecto al agente, su dependencia frente a la intervención voluntaria". "La causa eficiente juega un papel activo, mientras que la causa ejemplar juega un papel real pero, de cualquier manera, un papel pasivo (*rôle-passif*), en tal sentido que la influencia de la causa ejemplar reside en primer lugar en su imitabilidad"»⁹⁴¹.

En adelante, el "ejemplar" deviene sinónimo de "causa ejemplar" y, "ejemplaridad" quiere decir "causalidad ejemplar". [...] La causalidad más fácilmente captable es la causalidad eficiente, aquella incluso de la que se habla comúnmente cuando se habla de la causa sin otra determinación. Esto es tan verdadero que en el lenguaje habitual, el correlativo más importante de la causa es el efecto». Cfr. M.-C. PERRET, *La notion d'exemplarité*, cit., p. 258 y 259. Agradezco a Fernando Múgica la traducción del artículo.

El propio Llano es consciente de esta cercanía entre la causa ejemplar –la idea– y la causa eficiente –el artífice–: «Podría pensarse que hay una elección arbitraria al optar, entre estos dos conceptos (imitación e intención), por el primero de ellos como nota distintiva de la idea y no por el segundo. Tocamos aquí ya la proximidad entre la causa ejemplar (que es imitada) y la causa eficiente (que intenta la imitación), la cual constituye una de las más sugerentes polivalencias causales de la idea». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 90.

También refiere a santo Tomás: «Si tomamos el término idea en su sentido lato como semejanza». *De Veritate*, q. 3, a. 7, c. La traducción es de Llano.

⁹⁴⁰ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 90.

⁹⁴¹ *Ibid.*, p. 135. Llano sigue al pie de la letra lo expuesto en M.-C. PERRET, *La notion d'exemplarité*, cit., p. 461. La traducción es de él.

Si en el llanismo, como se ha visto hasta ahora, la idea carece de ser⁹⁴², con mucha mayor razón carecerá de eficiencia. Por eso, al plantear que la idea práctica es causa ejemplar, nuestro filósofo vuelve a echar mano del *suppositum*, como protagonista de la acción; pero, más importante aún, de la concepción de la idea como causa. Si esto no fuese así se presentarían «gravísimas dificultades [pues de nuevo se le daría a la idea] aquella dignidad hipostática que tenía en Platón y que reaparece sin remedio en cada nueva aproximación al asunto»⁹⁴³, dificultadas advertidas por Zagal y ya apuntadas. Pues bien, nuestro filósofo libra esta salvedad recordando⁹⁴⁴ lo establecido por dos axiomas escolásticos: 1) *actiones sunt suppositorum* –las acciones son de los individuos– y 2) *idea est infecundo omnino* –la idea es completamente estéril–. Si la idea es causa es porque es concebida, como proceso para su realización, por el artífice⁹⁴⁵. Y esto es así, a su vez, por una derivación causal: la causa está ordenada al acto; por eso no puede definirse en sus mismos términos de potencia. Ahora bien, si la idea práctica, dado su carácter de imitabilidad intentada, está en potencia de ser puesta en el *esse*, es el agente quien debe realizarla: sólo en esa medida tendría, por decirlo así, fuerza causal ejemplar⁹⁴⁶.

La idea práctica goza de esa imitabilidad cuando el entendimiento práctico al que pertenece se encuentra en estado de hábito o virtualidad de acción; pero ello no basta para que sea causa ejemplar, pues eso imitable necesita ser imitado por el artífice para ser. Entonces, concluye Llano, el carácter de causalidad ejemplar le viene dado a la idea no sólo por el *qué* (1) establecido en ella, sino, además, por la confluencia de otros tres elementos que constituyen el *cómo*: un artífice que quiera intentarla (2), que pueda (3) y la materia en la que se dará aquello (4). Veamos el siguiente pasaje:

⁹⁴² Como apunta Aristóteles, «los universales de los que hablamos no existen». *Met.* 1071a 20.

⁹⁴³ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 134.

⁹⁴⁴ Cfr. *Ibid.*

⁹⁴⁵ «La causa ejemplar está emparentada muy cercanamente con la causa eficiente, a tal punto incluso que algunos quisieran reducirla a ella. Si recordamos lo que hemos dicho a propósito del verdadero ejemplar del artista, a saber, el ideal concebido en el espíritu del propio artista, es fácil ver este vínculo. La causa eficiente es el artista, la causa ejemplar no es el artista, sino algo del artista, puesto que es su idea. Separar la causa eficiente de la causa ejemplar, es practicar una fragmentación tan penosa como cuando el artista produce una obra de arte sin ideal, de un ideal que se materializa en la obra de arte sin artista. [...] Por sí sola, en efecto, la idea no es productora, según el axioma escolástico: “idea est infecunda omnino”. Esto no va en detrimento de la causalidad de la idea, sólo marca su dependencia respecto del agente, respecto de la intervención de su voluntad. La causa ejemplar ejerce una influencia determinada; pero ésta depende de la determinación de la causa eficiente». M.-C. PERRET, *La notion d'exemplarité*, cit., p. 461.

⁹⁴⁶ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 141.

«No toda idea ejemplar [(1)] cuenta con una causa eficiente [artífice] que la quiera realizar [(2)] y que pueda hacerlo [(3)]. Pero, de igual manera, no toda idea ejemplar cuenta con una materia [(4)] (primera o segunda) adecuada para ser educada en ella. La *posibilidad real* de realización, o incluso la *necesidad* de realizarse, no depende sólo de la idea ejemplar, sino que han de darse conjuntamente los cuatro factores mencionados: idea [(1)], potencia activa [artífice] en su querer [(2)] y en su poder [(3)], y potencia pasiva o materia [(4)]. Cuando ello ocurre, puede concluirse con Aristóteles: “de suerte que toda potencia intelectual, cuando desea aquello para lo que tiene potencia, y en la medida en que la tiene, necesariamente lo hará; y la tiene cuando el paciente está presente y dispuesto de un modo determinado; y si no, no podrá obrar”⁹⁴⁷».

Las causas formal y material se articulan aquí con la ejemplar mediante la acción del artífice. Para Llano, si el contenido de la idea práctica es la cosa factible, sólo será realizable en la medida en que se consideren simultáneamente el *esse* de aquello y todo lo que requiere para ser hecho: en la idea práctica no se puede pensar la forma separada de la materia⁹⁴⁸. De lo anterior puede concluirse que hay cuatro condiciones⁹⁴⁹ para que la idea práctica pueda considerarse causa ejemplar:

- 1) que sea concebida en condiciones de poder ser imitada,
- 2) que haya quien quiera imitarla,
- 3) que haya quien pueda imitarla y
- 4) que exista la materia dispuesta para que en ella se dé la idea del artífice y se transforme en algo creado, como compuesto de materia y forma.

Llano advierte que este necesario concurso de condiciones para que se dé la idea práctica le imprime una nueva debilidad. Ahora, no sólo obsta que la idea sea de suyo estéril –*idea est infecunda omnino*–, sino que, aun para poder ser

⁹⁴⁷ *Ibid.*, p. 144. Entrecorchetado Llano cita: *Met.* 1048a 15. El entrecorchetado es mío.

⁹⁴⁸ Sin la materia, dice Llano: «resulta literalmente *utópica*, ya que el *topós* propio de la forma material es justo la materia». *Ibid.*, p. 111.

⁹⁴⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 146.

práctica, requiere necesariamente de una convergencia causal. Nuestro filósofo encuentra la salida a esta deficiencia en el desdoblamiento mismo del entendimiento, como práctico y como especulativo⁹⁵⁰: el artífice supera la debilidad propia del intelecto ordenado a la especulación gracias al concurso de su voluntad, que responde al bien que le presenta el intelecto práctico y decide ejecutar lo proyectado por el ejemplar. La importancia del artífice en la ejecución de la causa ejemplar –idea– es determinante y es el quicio de la *prâxis* llanista.

2.– Causalidad y *prâxis*

Hasta aquí, el desafío de Llano sigue estando en la pregunta por cómo mueve la idea. Insistentemente se ha empeñado en hacer ver que la idea es estéril del todo. El autor responde desde la práctica misma. Si el entendimiento y la voluntad no operan simultáneamente no puede darse la acción humana propiamente dicha. Esta concurrencia se da en la idea práctica. El artífice obra mediante la idea concebida y mediante la voluntad que se decide sobre esa idea. Por esta razón se puede decir que la idea práctica es causa ejemplar: es el ejemplar que el artífice toma de modelo para actuar⁹⁵¹.

Es innegable el papel decisivo de la reflexión en el vaivén intelecto-voluntad cuyo quicio es, precisamente, la idea práctica. Si el sujeto es capaz de actuar, es porque hay algo asequible a ambas facultades que le permite dar el salto de la potencia al acto. Por sus elementos constitutivos, la idea práctica satisface tanto a la inteligencia como a la voluntad con miras a la acción. En ella

⁹⁵⁰ «Hay, pues, en toda acción humana, un diálogo, una relación dinámica, entre el entendimiento que aconseja [al modo *consilians* de la causa] y la voluntad que ejercita [el modo *perficiens* de la causa] el consejo aceptándolo, lo cual aproxima a la idea ejemplar a la causa eficiente, al tiempo que la diferencia de ella. No basta que la idea presentada sea presentada en sus óptimas condiciones de imitabilidad: la idea ejemplar no mueve –es infecunda– a menos que la voluntad *intente* su realización». *Ibid.*, p. 149.

⁹⁵¹ Cfr. *Ibid.*, p. 150. En otro lugar, sin referirse explícitamente a la idea práctica, enfatiza sobre esta imbricación entre la volición y la inteligencia: «La mutua interacción entre el entendimiento (que propone a la voluntad un motivo para elegir) y la voluntad (que mueve al entendimiento para que le proponga ese motivo), plantea indiscutiblemente un problema de prioridad entre estas facultades. Se da entre ellas una flexión mutua, y no solamente una versión absoluta sobre el objeto. Hay sí, un pulcro círculo de la acción humana descrito por santo Tomás, según el cual el bien mueve al entendimiento para que lo proponga a la voluntad y la voluntad quiera, círculo que tiene su punto de partida en el bien conocido y su punto de llegada en el mismo bien pero ya querido. Pero este círculo implica una fase en que la corriente circular se cierra anticipadamente: es cierto que el entendimiento le propone a la voluntad un bien para ser querido; pero la voluntad puede volverse no ya sobre el bien propuesto, sino sobre el entendimiento que lo propone, para que proponga otro bien por otro motivo, y a su vez el entendimiento se vuelve sobre la voluntad para proponérselo de nuevo». C. LLANO, *La reflexión de la «proairesis» aristotélica*, cit., p. 34.

están contenidos los elementos indispensables para que el artífice actualice aquello que sólo aparece como virtualidad: el qué, por lo que propiamente la idea es idea y, por otro, el cómo. La peculiar concepción de esta idea está determinada por la intención de ponerla en la realidad⁹⁵²; y esta intención surge de la voluntad, que interviene cuando lo que se quiere es la realidad de la idea y no la idea de la realidad. Dicha intención es una exigencia en orden al ser. Por eso, el eje de la acción no puede reducirse al influjo intelectual, porque si bien éste no ha de abandonarse imprudentemente –a riesgo de no saber qué ni cómo ha de hacerse–, tampoco debe despreciarse la naturaleza del sujeto como *suppositum*, como unidad indisoluble en la que recae el peso entero de acción⁹⁵³.

Esta relación intelecto-voluntad sólo se entiende del todo con la debida consideración realista de raíz metafísica entre las causas –«como sabiamente reza el antiguo adagio aristotélico»⁹⁵⁴, las causas son causas entre sí–. En cambio, una visión formalista tiende a exagerar la relación entre la causa ejemplar y la causa formal con las consecuencias ya señaladas⁹⁵⁵.

Aunque «entendimiento y voluntad se compactan como una unidad cuyo perno es el sujeto»⁹⁵⁶, es importante no confundir dos aspectos de la acción y distinguir con claridad entre la idea de la práctica –que ocurre siempre en el plano intelectual– y la práctica de la idea –perteneciente al plano volitivo–. Para Llano, el detonador de la acción es la idea práctica, que no debe entenderse como mera forma, sino con su determinante estímulo para la voluntad: el carácter de intentada en la realidad. Por esto, puede decirse que el punto de arranque de la teoría de la idea práctica de Llano es el propio realismo. Recurro

⁹⁵² «En términos ontológicos realistas, tendría que afirmarse que el querer contenido dentro de la idea es querer que la idea *sea*, o querer el *esse* de la idea. Lo que la voluntad quiere respecto de las ideas ejemplares, es producirlas en el ser: *vult res in esse producere*». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 155

⁹⁵³ Cfr. C. LLANO, *La reflexión de la «proairesis» aristotélica*, cit., p. 37.

⁹⁵⁴ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 158.

⁹⁵⁵ Al respecto, es interesante el siguiente texto, en el que el autor reconoce cierto entendimiento en la voluntad: «A quienes tienen una visión formalista de la acción humana, les resulta ininteligible esta compenetración entre ambas facultades y consigo mismas, porque suelen considerarlas en su estudio –aunque sólo fuera metódicamente– como separadas, obsesionado por el criterio cartesiano de la eficacia intelectual –¡y práctica!– de la *idea clara y distinta*. Esto es precisamente, por lo que nos relata Juan de Santo Tomás, lo que “no pueden entender” Suárez y Vázquez: que la voluntad entienda lo que el entendimiento le propone (y, consecuentemente, que el entendimiento pueda querer lo que la voluntad desea), dificultad que Juan de Santo Tomás no se recata en calificar de pueril, extrañado de que tales hombres puedan tropezarse con ella, pues la potencia humana no opera por sí misma, sino que “*aquello que el hombre entiende por medio del entendimiento, es seguido por la voluntad*”, que también es del hombre. Es ridículo, afirma, decir que la voluntad no conoce, pues precisamente en virtud de que “*el hombre es inteligente por el entendimiento, puede querer por la voluntad, sin necesidad de que la voluntad entienda*” (y sin necesidad de que el entendimiento quiera)». C. LLANO, *La reflexión de la «proairesis» aristotélica*, cit., p. 39.

⁹⁵⁶ *Ibid.*, p. 38.

ahora a un texto para postular lo expuesto hasta aquí, que, además, resume con especial precisión su planteamiento:

«Algo muy serio le ocurre a la idea cuando se realiza, lo más serio que puede acaecerle: ser actualizada por el *esse*, que implica el cambio, radical en extremo, del **no-ser** al **ser**. (Hasta el **no ser** es idea —aunque no ejemplar— y como ella, **objeto puro**: posee objetividad pero no realidad)»⁹⁵⁷.

La idea práctica llanista permite que aquello que sólo es objeto de pura razón en el artífice, sea puesto en el *esse* mediante la acción de quien también es agente de sí mismo. Darle ser a una idea es el rotundo acontecimiento de la $\pi\rho\alpha\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$. Por esta razón, a Llano le parece insólito que el artífice no pase del plano meramente productivo y le esté vedada su incursión en el terreno práxico mediante una verdadera agencia:

«¿Por qué el artífice no podría ser poseedor de ideas ejemplares a cuya semejanza se transforme él a sí mismo? [...] Que sepamos, no hay en Aquino una exclusión expresa de la idea ejemplar para la *praxis* humana, pero sí un prolongado silencio elocuente. Como acabamos de verlo, cuando se habla de la idea ejemplar se atiende sólo a la producción de algo exterior. [...] El ejemplo, como influjo moral inteligente, no como *mímesis* o domesticación, carecería de eficacia alguna si no fuera transpuesto mentalmente en forma de idea ejemplar»⁹⁵⁸.

¿Por qué negarle a la acción moral un arquetipo ejemplar? ¿Por qué la ejemplaridad tendría que quedar constreñida necesariamente al ámbito productivo? Llano no encuentra ninguna razón para que ello sea así. De ahí la radicalidad de su teoría de la idea práctica, al grado de que ésta es causa ejemplar en la medida en que el agente actúa como causa eficiente.

⁹⁵⁷ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 67.

⁹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 80-81.

Considero oportuno formular la teoría de la idea práctica de Llano en cuatro postulados:

- 1) el hombre siempre actúa en vistas a un ejemplar, concebido y determinado por él al modo de una idea imitable que es un proceso regulador abierto⁹⁵⁹;
- 2) esta idea imitable es causa ejemplar de la producción; pero, sobre todo, de la acción práxica: el hombre no sólo es artífice, sino, agente⁹⁶⁰;
- 3) en la medida en que ejecuta lo propuesto por la idea práctica, el agente es causa eficiente y causa material de su propia transformación conforme a ese ideal, en una suerte de reciclaje cibernético autoperfectivo⁹⁶¹ y
- 4) dado que la idea práctica es una «forma viva», el peso volitivo es determinante en el proceso: no se trata sólo de pensar el proyecto que uno quiere para sí mismo, sino de quererlo en cada momento del proceso; la parte reguladora está también en la voluntad⁹⁶².

Antes de dar paso al siguiente capítulo, quisiera recalcar que la idea práctica de Llano está animada por el verbo *agere* –agente, agencia–, cuya vitalidad le permite superar tanto las restricciones de necesidad y universalidad propias del *cognoscere*, como la mera aridez utilitaria del *facere*: el proyecto de transformación que ella establece no se constriñe a lo meramente productivo. La novedosa lectura del aristotelismo que ofrece Llano desvela a la persona como proyecto de sí misma y se encuentra en la base de lo que he llamado *paideia* llanista.

⁹⁵⁹ Al explicar el trabajo no estructurado, Llano aplica su teoría de la idea práctica al campo del autoempleo: «La capacidad y crecimiento de habilidades en el ejercicio del propio trabajo, *on the job*, es imprescindible: debe buscarse de manera intencional y expresa, al punto de que el trabajador ha de perseguir siempre, de modo continuo y trenzado, tanto el fin natural del trabajo (la venta, la realización del producto, la prestación del servicio o lo que fuese) como ese resultado interno que se retiene dentro del propio trabajador, por el que éste se hace más capaz de hacer lo que hacía, precisamente haciéndolo, gracias a una suerte de reciclaje cibernético autoperfectivo. Este desarrollo por retroalimentación, llamémoslo así, ha de ser, insistimos, expresamente perseguido, de modo que el trabajador debe examinarse frecuentemente si lo procura y lo consigue, o tiene proclividad, en determinados aspectos de sus tareas, a encarrilarse en un inaceptable y mediocre camino de rutina». C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., p. 180.

⁹⁶⁰ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., pp. 84-90 y C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., pp. 75-84.

⁹⁶¹ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 78 y C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., p. 180.

⁹⁶² Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., pp. 133-160.

Aunque será materia del siguiente capítulo, me parece que puedo recuperar aquí un texto en del que se desprende con suficiente claridad la aplicación formativa de la teoría de la idea práctica:

«La fidelidad al propósito existencial de vida ha de estar fundamentada en la fidelidad a la realidad de los hechos, en la fidelidad al ser, ya que no puede guardarse fidelidad al propósito si éste se ha elaborado de espaldas, infielmente, del ser: aquí se distinguen el hombre realizador de sus proyectos y el “quijote”. Porque no basta elaborar un proyecto existencial de vida, por alto que sea: es necesario realizarlo»⁹⁶³.

A diferencia de Llano, Marx canceló la posibilidad de autodefinición humana –*πρωξις* en el sentido estricto– y redujo su acción a lo poiético: sólo ahí la idea práctica es ejemplar. El marxismo utópico condiciona al hombre a sus necesidades materiales, restringiendo su actividad a lo productivo, a pesar de su liberación del trabajo como mercancía y a salvo de la enajenación del capitalismo, pensando que «su actividad productiva lo haría autosuficiente en lo material, como presupuesto previo para la autosuficiencia del espíritu, entendido como epifenómeno de la materia»⁹⁶⁴. Ocurre lo mismo que en el caso de la llamada falacia platónica, en el que la idea ha quedado sublimada. En cambio, si volvemos a Nicol, se apreciará este matiz que el marxismo vio –pero, sorprendentemente, reservó sólo a lo productivo– y que el llanismo recupera e incluye de manera indispensable en la idea práctica:

«La ejemplaridad, que es virtud propia de un pensamiento desinteresado, no se perdía del todo en la teoría, porque también el puro pensar es praxis. Hablar de la praxis, con rigor de verdad, es hablar del hombre y cualquier hombre está involucrado en esta índole de la reflexión teórica»⁹⁶⁵.

La *reflexio* propuesta por nuestro filósofo se inserta en este patrón, aunque se expresa con un distinto matiz. Es una reflexión crítica, como radical

⁹⁶³ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 148.

⁹⁶⁴ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 108.

⁹⁶⁵ E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 53.

expresión de lo humano, que engloba lo intelectual y lo volitivo⁹⁶⁶. Como intenté mostrar al inicio de este capítulo, la voluntad impide que la inteligencia se instale en sus objetos propios –inmanentismo– y, al mismo tiempo, la mueve a reflexionar de manera crítica –realista, digamos–, no ya sobre esos objetos –ni sobre sí misma y sus mecanismos de conocimiento–, sino sobre algo extrínseco, sin perder de vista su objeto: la idea obtenida de lo real⁹⁶⁷.

Aun en su reflexión, el hombre no debe perder de vista el singular. De lo contrario, su especulación perdería de vista su objeto –que es la realidad y no las ideas abstraídas a partir de ella–. Así, puede dirigir su voluntad hacia el proyecto, puesto ante ella como objeto de su acción práxica⁹⁶⁸. A propósito, quisiera recordar la postura de Llano ante lo práxico. Con esto en mente, pienso que se comprenderá mejor la radical importancia que el filósofo mexicano otorga a la idea práctica como fundamento de la capacidad autopercetiva del hombre, materia del siguiente capítulo:

«En la *praxis* propiamente tal, soy yo mismo el sujeto o materia de transformación: cualquier idea ejemplar que quiera para mí deberá indefectiblemente tener en cuenta esa materia que soy yo mismo, con la que estoy encadenado de manera irremediable. Aunque sólo fuera por esto, la idea ejemplar no puede concebirse como una forma pura, válida para una posible materia indiscernida. En la *praxis*, esa materia está ya individualizada y predeterminada como el *yo mismo* que soy»⁹⁶⁹.

⁹⁶⁶ C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 356.

⁹⁶⁷ A ello se refiere Llano cuando afirma: «Lo primero que la ciencia crítica debe procurar es tener presente el limitado alcance de sus propias fuerzas, y reconocer que el entendimiento, siendo la más excelsa de las facultades humanas, sobre todo tratándose del entendimiento de sí, resulta potencialmente movido, susceptible de ser receptáculo del acto de la voluntad. El sujeto cognoscente ha de estar convencido, en último término, de que “la voluntad no sólo mueve las cosas exteriores al modo de la causa eficiente, sino también las propias potencias humanas”, entre las que se incluye de manera inexcusable esa potencia característica del alma humana que es la inteligencia». *Ibid.*, pp. 356-357.

⁹⁶⁸ «La tendencia hacia lo singular, que el entendimiento mantiene de forma naturalmente indeclinable, deriva, pues, también de una instancia volitiva: facultad como es de una sustancia, la humana, dotada de la capacidad de querer, el entendimiento se ve obligado a presentar realidades susceptibles de ser queridas, so pena de dejar a tal sustancia en una situación vital trunca». C. LLANO, *Separatio*, cit., p. 301.

⁹⁶⁹ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 116.

Capítulo IV

Hacia una paideia llanista

A partir de un detenido análisis del pensamiento de Carlos Llano es posible inferir una propuesta formativa, cultural y de civilización completa, identificable en varios lugares del *corpus* y susceptible de ser conceptualizada. Ciertamente, ésta no figura de manera expresa en su obra⁹⁷⁰; al menos no es presentada como tal, con las pormenorizaciones o formalizaciones metodológicas específicas. Sin embargo, luego de mi investigación, me parece que no sólo es procedente su articulación, sino que dicha propuesta se sigue de su filosofía de la acción. Además, como materialización perdurable de ella, nos quedan las instituciones en cuya creación se involucró activamente: del colegio Cedros a la Universidad Panamericana y el IPADE, formó parte del grupo de impulsores y fundadores de proyectos educativos hoy consolidados⁹⁷¹.

Pero, ¿cómo explicar lo que confiere unidad de sentido a esa filosofía de la acción y a las acciones derivadas de esa filosofía? Considero que hay elementos suficientes para que tal propuesta de formación pueda cobijarse bajo una noción; a falta de una más pertinente he propuesto la de *paideia llanista*⁹⁷². Además, conceptualizar y dar nombre a este proyecto formativo permite entender los aspectos filosóficos que le sirvieron de fundamento teórico. Este presupuesto es la teoría de la idea práctica⁹⁷³. Ahora bien, como advierte nuestro maestro:

⁹⁷⁰ El tema de la formación del carácter aparece explícitamente sólo en dos de sus obras: 1) *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, en la que ya el propio título es una suerte de carta de intención al respecto y, casi, colofón a su filosofía antropológica, y 2) el prólogo a *Análisis de la acción directiva*, su estudio sobre la caracterología del director. Sin embargo, como he ido tratando de mostrar, es latente en su filosofía de la acción.

⁹⁷¹ Cfr. C. RUIZ GONZÁLEZ, *Carlos Llano Cifuentes (1932-2010)*, en *200 emprendedores mexicanos. La construcción de una nación*, Vol. II (2 Vols.), LID, México 2010, pp. 475-482, C. RUIZ GONZÁLEZ, *Empresario profesor de empresarios*, cit., VV.AA., *50 años Colegio Cedros. Una visión en décadas*, Fomento Educativo del Centro, AC, Ciudad de México 2017, pp. 6-8 y P. MONTELONGO, *Pasión, constancia y optimismo*, publicado en *Istmo*, 288/8/2007, pp. 10-14.

⁹⁷² Si bien podría también denominarse una teoría de la formación, como *Bildung*. Cfr. H.-G. GADAMER, *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Sígueme, Salamanca 1984, pp. 38-40.

⁹⁷³ Así lo expresa Llano en el siguiente texto: «*Sobre la idea práctica* y ahora puedo añadir una obra citada ya antes, *Examen filosófico del acto de la decisión*, tienen su tronco común — como ya dijimos — en el *Análisis de la acción directiva*. Añadiremos que poseen también una común desembocadura en el libro que lleva por título: *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter* (del cual la idea práctica es su piedra angular), en donde la reflexividad intelectual, volitiva y caracterológica constituye la piedra de toque de toda formación». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 16.

«No podemos introducirnos en las aguas profundas del desarrollo de la persona humana sin hablar de los valores a los que ella debe aspirar, esto es, de las virtudes que debe incorporar a su vida; nadie puede asomarse, si quiera cautelosamente, a la formación personal, sin acudir, como referencia a un concepto de hombre»⁹⁷⁴.

Por ello, antes de exponer en qué consiste la *paideia* llanista, deberé formular esa idea de hombre. Luego, intentaré mostrar en qué medida la idea práctica interviene en la configuración del carácter, entendido éste como perfil moral –que no psicológico– de identidad del singular.

En este capítulo he recurrido fundamentalmente a tres fuentes: 1) *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, 2) *Falacias y ámbitos de la creatividad* y 3) *Las formas actuales de la libertad*. Atenderé, además, a los relevantes –y, curiosamente, poco estudiados– artículos de *Tópicos*: 1) *La idea práctica en la acción práctica* y 2) *Función, plan y proyecto*.

I.– Prolegómenos a una idea de hombre en torno a la formación del carácter⁹⁷⁵

Una de las formulaciones que Carlos Llano hace de su idea de hombre aparece en *Análisis de la acción directiva*, donde se lee:

«El hombre es un ser de proyectos, en tensión permanente hacia lo que todavía no es. Sólo el animal se encuentra satisfecho con el presente, porque carece de planes por delante, de objetivos a futuro»⁹⁷⁶.

⁹⁷⁴ C. LLANO, *La doctrina de la Iglesia en materia educativa y el Programa nacional de educación 1984-88*, (11/11/1986), p. 12.

⁹⁷⁵ Sobre los postulados tomistas, Llano concibe al hombre como dotado de inteligencia y voluntad. Como se aprecia a lo largo de la tesis, asumo dicha base; aquí no abundaré en ella, pues no es propiamente mi objetivo. Baste dejar claro que estas notas en la concepción del hombre llanista son esenciales, como se advierte en el siguiente texto: «Gracias a estas dos potencialidades en el conocer y en el querer (conocer profundo y querer libre), la persona goza de dominio sobre otras potencias a las que el animal, genéricamente considerado, se encuentra sometido. El hombre posee, como el animal, sentidos, instintos y tendencias sensibles, pero, por causa de su inteligencia, puede encauzarlos, dominarlos de algún modo o al menos pasar por encima de ellos. En tales condiciones puede decirse del hombre lo que no puede ser afirmado de los demás animales con los que comparte el género: el hombre es dueño de sí». C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 20.

⁹⁷⁶ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 184.

En el autor, el hombre se define desde la apertura: la persona es en sí misma proyecto. Es más: *stricto sensu*, sólo él es susceptible de serlo⁹⁷⁷. Llano entiende proyecto desde su original sentido latino de *proicio*, como arrojar la propia vida hacia delante, un trazado anticipado de la línea vital que ha de seguirse hacia un fin⁹⁷⁸. El elemento teleológico es inseparable: se es hacia y para algo. Y, como apunté al inicio, dicha finalidad sólo se explica desde el cristianismo; luego de las crisis de la primera mitad del siglo XX –totalitarismo, conductismo y determinismo psicológico– Llano no escatima claridad al asegurar que el concepto del hombre sociológicamente válido es el proveniente de la tradición grecolatina y judeocristiana, al margen del cual no es posible ningún tipo de ética⁹⁷⁹. Aún más: esta idea de hombre descansa –metafísica, antropológica y éticamente– sobre el cristianismo. Si el hombre es un ser de proyectos, es porque es un ser libre; pero esto no se da al margen de un destino trascendente a él. Esta finalidad es Dios, el bien plenario, del que proviene el ser del hombre y su dignidad. Por lo tanto, el ser del hombre está sujeto a una orientación modélica y a un desarrollo con sentido teleológico, por lo que su ser responde a la idea de una naturaleza determinada y dada a él como un don⁹⁸⁰. Así, podrá afirmar que

«el hombre no es un camino que se deja atrás ni una escalera que se desecha: es la imagen que de alguna manera nos acerca a Dios. Debemos afirmar la dignidad del hombre sin miedo, es decir, debemos subrayar su condición de fin. El hombre está hecho para esto: llegar y llevar a Dios, no como el camino de la escalera, sino como la imagen que conduce al modelo»⁹⁸¹.

⁹⁷⁷ Llano recordó una anécdota que ilustra muy bien esta noción de proyecto: «El director de nuestra escuela de negocios, Sergio Raimond-Kedilhac, al ser interrogado sobre los nuevos proyectos de su escuela, pudo contestar tan seguro como espontáneo: aquí tenemos muchos nuevos proyectos, porque cada nuevo alumno que se inscribe en esta escuela es un nuevo proyecto». C. LLANO, *Lección magistral en la apertura del simposio: «Las publicaciones de Søren Kierkegaard de 1843»*, «Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana», Monográfico/5 (1993), p. 316.

⁹⁷⁸ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 26.

⁹⁷⁹ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 81; donde afirma: «Ni Marx, ni Freud, ni Skinner, ni Stalin, ni Hitler acertaron con sus hipótesis: hemos tardado casi un siglo en saberlo».

⁹⁸⁰ Cfr. C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 17.

⁹⁸¹ C. LLANO, *Viaje al centro del hombre*, cit., p. 25. En otro lugar, afirma: «Está a la vista de todos que una de las causas originales del desconcierto moral de nuestro tiempo es precisamente la ausencia de una idea ejemplar del ser del hombre. Ha de observarse que dentro del *panaristós* griego, dentro de la noción del ser humano subyacente en el decálogo bíblico o dentro del concepto cristiano del hombre (un ideal históricamente e individualmente encarnado) cabe la configuración de la idea ejemplar que cada uno ha de fijarse para sí, conforme a su propio destino, capacidad y decisión, lo que corresponde a ese pluralismo libre, que es punto clave de la cultura occidental greco-judeo-cristiana a la que la noción de idea ejemplar pertenece». C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., pp. 81-82.

Al estar abierto, el proyecto es susceptible de interpretarse como aventura. Esta nota es prototípica de la definición del hombre y conlleva cuatro características precisas: 1) trascendencia, 2) exploración del infinito, 3) búsqueda de una meta y 4) compromiso de la persona y sólo de ella⁹⁸². El hombre debe trascender las relaciones dadas, puramente sistémicas y objetuales, irrenunciables en la realidad material –universal y necesaria– en la que se halla inmerso. Al hombre se le impone el desafío de definir su propia vida como un despliegue de potencialidades, un dinamismo eminentemente práxico. Mediante la *πρᾶξις* el hombre puede poseerse para transformarse a sí mismo, no ya como simple artífice, sino como agente, superando desde su subjetividad las condiciones materiales ineludibles. Éste es para el filósofo mexicano el rasgo distintivo del hombre, su capacidad de proyectarse y asumir el riesgo de apostar a ser en el futuro lo que aún no se es en el ahora⁹⁸³.

La relevancia del proyecto estriba, precisamente, en que sólo es alcanzable mediante la acción de la persona en cuanto tal. A diferencia de la función, es exclusivo del ámbito personal porque es práxico y porque supone la acción libre, encaminada a una finalidad que perfecciona su naturaleza y se realiza más plenamente en tanto que responde a ese fin. De tal manera, ningún proyecto podría considerarse como algo objetivo ni ajeno a quien lo emprende. El proyecto impele al agente en su ser porque surge de él como «personal identidad»⁹⁸⁴. Entonces, todo proyecto es anticipativo, como manifestación de una libertad genuina; es decir: «la conquista de la libertad consiste en proyectar la propia vida»⁹⁸⁵.

El papel de la decisión aquí es crucial. Ella supone el compromiso con la elección que da forma al proyecto: por efecto de su acción, el agente no sólo decide el fin, sino que decide mantenerse en esa elección. Por eso el autor asegura que la decisión transparenta al ser del hombre, al grado que permite captar su intimidad⁹⁸⁶. El logro de la libertad no consistirá, por lo tanto, en una mera liberación de, sino en el ejercicio de mantenerse en lo decidido, no en atención a un querer hacer poiético –funcionalismo– ni a un querer tener –materialismo–, sino con miras a lo que se quiere ser. Se trata de la libertad en

⁹⁸² Cfr. C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 56.

⁹⁸³ Cfr. C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, IPADE - Ediciones Ruz, México 2004, p. 388.

⁹⁸⁴ C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 58.

⁹⁸⁵ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 28.

⁹⁸⁶ Cfr. C. LLANO, *Ser del hombre y hacer de la organización*, Ediciones Ruz, México 2010, p. 17.

el sentido radical, óntico, de querer ser y ser para un fin. Para Llano, éste es el ámbito de lo que llama *decisiones decisivas*: aquéllas en las que entra en juego todo lo que es el hombre, definiéndose de una vez y para siempre el cariz y dirección de sus actos, que mueven a la persona a presentar una disposición fundamental ante la propia realidad y permiten la formulación de un proyecto desde el singular⁹⁸⁷. Dentro de estos contornos, para que haya proyecto es necesario el presupuesto cristiano de la finalidad trascendente.

Al ser idea práctica, el proyecto se encarna en la persona. De aquí se desprenden dos conclusiones relevantes. La primera, que el proyecto no es ni idea abstracta ni idea materializada, sino virtualidad humana. La segunda, que por su sentido práxico el proyecto sólo cabe en la δύναμις de la idea práctica concebida por el agente: que es –en tanto ente de razón– y que al mismo tiempo aún no es –en tanto realidad concretada–. Por esta razón tampoco puede cosificarse ni sistematizarse; surge de la intimidad misma de la persona, desde su dinamismo y en su libertad. De aquí se sigue que proyecto y sistema sean contradictorios. Mientras que el primero corresponde al ámbito de la virtualidad singular, el segundo es mero funcionalismo. Por lo tanto:

«Al proyecto, como anticipativo que es, debe otorgársele una primacía absoluta. No es suficiente decir –como se dice– que el mundo está lleno de proyectos sin realizar. No estamos hablando de concebir un proyecto, ni siquiera de elegirlo conceptualmente; sino de algo que, aunque presuponga el proyecto y su elección, va mucho más allá: llega hasta la decisión de realizar el proyecto concebido»⁹⁸⁸.

¿Cómo hacerse a uno mismo? ¿Qué guía o bajo qué referencias se puede constituir la propia vida? O, preguntado radicalmente, ¿cuál debe ser mi ejemplar vital? Tal es el proyecto, anterior a cualquier decisión. Como dije antes, el pensamiento de Carlos Llano es un esfuerzo filosófico de vocación formativa, fundado en Aristóteles y santo Tomás de Aquino, de quienes parte

⁹⁸⁷ Cfr. C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 59 y C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., pp. 109-133. Por eso, la objetivación del proyecto es inviable: «Debemos precavernos contra el peligro de reificar, cosificar el proyecto, porque los sujetos que lo instauran se cosificarían a su vez. El proyecto es, sin duda, en cuanto idea, la representación de una realidad todavía ajena, que colocamos frente a nosotros, mas allá de nosotros, detrás de nosotros (porque el proyecto, al referirse a personas, tiene un fuerte coeficiente de historia). Pero no es ni una idea abstracta ni una idea materializada». C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 53.

⁹⁸⁸ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 28.

su teoría de la acción directiva –«eminentemente directiva»⁹⁸⁹–. Para nuestro filósofo, la excelencia humana consiste en acercarse lo más posible a una finalidad dada que, a su vez, se desprende de la naturaleza espiritual del hombre. Todo hombre, por el hecho de serlo, capta en sí mismo su posibilidad de 1) concebir ideas abstractas, 2) pensar realidades no materiales, 3) reflexionar sobre sí mismo, 4) actuar en libertad y 5) ser sujeto de un progresivo desarrollo infinito⁹⁹⁰. Estas cinco notas pueden englobarse en las dos acciones que para Llano determinan al hombre como tal: su ser proyecto –apertura al futuro y creatividad– y su capacidad de reflexión –síntesis de entendimiento y voluntad–. Si el hombre no constituye una continuidad con la naturaleza, es porque cuando conoce, al mismo tiempo está conociendo que conoce:

«En la capacidad de reflexión es donde más reconocemos nuestra capacidad humana. En la medida en que estemos sólo motivados por instancias sociales, por instancias publicitarias, por instancias familiares, por complejos del modo externo, en esa misma medida adquiriremos formas verdaderamente *garrapatoides*»⁹⁹¹.

En este texto destaca una de las notas distintivas del pensamiento de Llano: la insistencia en que el hombre se pauperiza al encajonarse en patrones estímulo-respuesta de tipo determinista, pues tienden a masificar a la persona y, paradójicamente, a dejarla en soledad. Para él, la reflexión es la única posibilidad la libertad: ser consciente del propio ser es ser libre⁹⁹². Dicho de otra manera, la libertad radica en la capacidad del hombre en extender los conceptos

⁹⁸⁹ Según se lee en la Nicomaquea: «μάλιστα ἀρχιτεκτονικῆς». 1094a 27.

⁹⁹⁰ Cfr. C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 61. Como en otros momentos, Llano sigue aquí a santo Tomás (SCG. II, 6), según él mismo afirma: cfr. C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., pp. 167-170. Expresado de otra manera por nuestro mismo filósofo: «¿Qué es, pues, el espíritu? El espíritu es aquello que permite al hombre pensar de modo universal lo individual y concreto; es aquello que capacita al hombre para poseer pensamientos acerca de realidades carentes de materia; es aquello que faculta al hombre para comportarse de un modo libre, a pesar de las presiones del entorno; es aquello que le permite reflexionar sobre sí mismo; finalmente, el espíritu es aquello que dota al hombre de potencialidad para crecer cada vez más». C. LLANO, *Viaje al centro del hombre*, cit., pp. 32-33.

⁹⁹¹ C. LLANO, *Viaje al centro del hombre*, cit., p. 31. La garrapata o la lagartija eran imágenes que Llano usaba recurrentemente para ilustrar la falta de carácter, la imprudencia y la intemperancia. A esto volveré más adelante.

⁹⁹² «[Gracias a la reflexión] conozco mi conocimiento y me conozco a mí mismo: poseo la potestad de reflexionar sobre mí. Esto es básico porque para muchos filósofos modernos constituye la causa o el signo formal de la singularidad particular de la persona; para nosotros –y para muchos otros, como el propio Sartre–, prueba de la espiritualidad del alma; y para no pocos, el acto noético que posibilita la conciencia moral. Por otra parte, **la reflexión personal sobre nosotros mismos es la única posibilidad de la existencia de la libertad**: sin ella no habría autodomínio; y, finalmente, como hemos visto, es la única posibilidad de la existencia de la verdad». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 328. Las negritas son mías.

a su límite mediante la reflexión, que extiende sus posibilidades racionales discursivas: «es la capacidad humana para concebir el bien infinito el punto de inflexión de la acción racional en el que se halla la raíz de la libertad»⁹⁹³.

De ahí que el hombre no se haga más humano en la seguridad ni en la homologación –deseos compartidos con otros seres vivos–, pues capta el bien plenario y «es capaz de plantearse metas y alcanzarlas, corriendo el riesgo de quedarse en el camino»⁹⁹⁴. Al disolverse su singularidad en marcos sistémicos meramente funcionalistas, al fundirse con la masa, el hombre se pierde a sí mismo. El costo aparejado a esta pérdida es la intrascendencia:

«Desligado de lo trascendente, perdido el vínculo de coherencia consigo mismo, desamorado con respecto a los demás –que son masa igual que él–, y sin contar con otro soporte que la *materialidad de lo que tiene*, las situaciones críticas, aquéllas en las que lo que tiene no vale nada, aquéllas en las que debe decidir por sí mismo o las que debe soportar en su más interna individualidad, lo enfrentan de bruces con su propio ser, adormecido en las inocuas libertades de posesión y en las superficiales libertades operativas. Entonces, más que libre respecto de su ser, el hombre se ve *forzado a ser* él mismo; y esta obligación no buscada lo enfrenta de bruces, a su vez, con la soledad en que realmente se encuentra, y de la que en el rutinario ritmo de su vida parece no tener conciencia; es más: intenta adormecerla»⁹⁹⁵.

Un hombre sin morada, obligado por las circunstancias a vivir privado de la reflexión, es un hombre despojado de su propio proyecto. Dicha desposesión supone vivir sin lo que Llano denomina carácter, aquello que el hombre forja sobre sí mismo a partir de un temperamento innato⁹⁹⁶. Si, como afirma Sennett, el carácter se expresa en el grado de lealtad y compromiso para realizar un objetivo futuro a partir de un concepto de hombre⁹⁹⁷, el carácter para Llano será además poso vital de la persona, su elemento configurador. Así se

⁹⁹³ C. LLANO, *Los problemas actuales de la libertad*, cit., p. 30.

⁹⁹⁴ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 18.

⁹⁹⁵ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 110.

⁹⁹⁶ Cfr. C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, cit., p. 125.

⁹⁹⁷ Cfr. R. SENNETT, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona 2000, p. 10.

entiende haya centrado su antropología en explicar cómo debía ser la delineación del carácter del hombre, una respuesta a ese ideal de excelencia –el *panaristós*–. El carácter es –de acuerdo con el filósofo mexicano– la armónica interrelación «de una inteligencia clara y de una voluntad firme ante la escurridiza y asistemática sensibilidad»⁹⁹⁸; mediante esta conjugación, el hombre con carácter encauza sus sentimientos hacia el ideal de mejora del hombre que entiende, quiere y siente. Es importante hacer aquí hincapié en que en el llanismo el hombre es una unidad, no una superposición de capas en la que el alma está encarcelada en el cuerpo: «Lo singular material no sólo no es despreciable, como querrían los esencialistas, sino al revés: en lo singular material se incluye a la persona individual»⁹⁹⁹.

El carácter, pues, aglutina tres peculiaridades en torno a esa inteligencia, volición y sentimientos: 1) la reflexión, 2) la creatividad y 3) la posesión de virtudes. Esta noción de carácter queda despojada de sus notas psicológicas que lo vinculan con la de temperamento y se acerca más a la conceptualización anglosajona como núcleo y amalgama de hábitos, como se irá viendo a continuación.

1.— Reflexión volitiva y libertad

Percatarse de la propia trascendencia y asumirla como pauta para el ejercicio de la libertad depende de una reflexión profunda sobre el propio destino. Recuérdese que para nuestro maestro la voluntad es la que moldea y configura a la inteligencia¹⁰⁰⁰. Existe una reflexión volitiva que, precisamente, empuja a la inteligencia a volver sobre sí en un acto que, de alguna manera, también supone su propia reflexión, en el sentido más físico del término; para volverse al entendimiento y ordenarle que piense de nuevo o que se aproxime a la realidad desde otra perspectiva. Dicho en palabras del propio Llano:

«A la reflexión intelectual por la que el pensamiento se percata cómo y con qué fuerza el objeto a conocer domina y dirige al propio entendimiento, ha de añadirse la de la voluntad, gracias a

⁹⁹⁸ C. LLANO, *Ser del hombre y hacer de la organización*, cit., p. 23.

⁹⁹⁹ C. LLANO, *Abstractio*, cit., p. 103.

¹⁰⁰⁰ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 11.

la cual, ésta influye en la tarea cognoscitiva con una fuerza distinta, pero que puede llegar a ser equiparable en poder a la que naturalmente produce el objeto. Lo que decimos a continuación no ha sido, que sepamos, suficientemente destacado en la escolástica: *la reflexión crítica no puede llevarse a cabo con plenitud si no se atiende, en igualdad de rango, a la reflexión volitiva*»¹⁰⁰¹.

Ahora bien, si es verdad que la reflexión es «el acto más personal en donde el individuo se *engancha vis à vis* consigo mismo»¹⁰⁰² y es gracias a ella que se «origina en nosotros esa realidad humana, quizá la más propiamente humana, que llamamos *intimidad*»¹⁰⁰³, no es menos verdad que la decisión es la posibilidad de que el hombre se aventure hacia el futuro:

«Aunque la razón sea, pues, intelectualmente suficiente no resulta de ahí que tenga suficiencia práctica. Lo que importa no es sólo que la razón sea verdadera, ni siquiera basta que sea preponderante sobre otra razón: para que sea suficiente se requiere que –y sólo se requiere que– sea querida»¹⁰⁰⁴.

Gracias a su capacidad de reflexión la persona puede encararse con su propio ser persona en una tensión permanente: al reflexionar no sólo se percata de sus conocimientos, sino que descubre que está abierto hacia el futuro como proyecto de sí mismo. De acuerdo con Llano, el hombre no sólo está llamado a conocer la verdad universal y el bien plenario, sino que está obligado a aplicar esa verdad desde su singularidad, de manera única y concreta, en su existencia particular¹⁰⁰⁵. El hombre es un ser espiritual e inacabado. Es pertinente repetir

¹⁰⁰¹ C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 365. Para decirlo con expresión de Josemaría Escrivá, se trata de un «querer-querer», que no es más que el juicio reduplicativamente práctico estudiado ya aquí.

¹⁰⁰² C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 314.

¹⁰⁰³ C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 66.

¹⁰⁰⁴ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 119.

¹⁰⁰⁵ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 124. Como lo expresa en otro lugar: «El hombre bien constituido se percata de las omnímodas posibilidades que como ser humano se le ofrecen, no ya en el orden de sus acciones, sino en el orden de su propia persona y su propio ser. El ser humano se sabe a sí mismo inacabado e incompleto. La grieta óptica existente entre ese extenso horizonte de posibilidades perfectivas –que sería su proyecto ético– y su actual realidad precaria es una marca más de contingencia o inacabamiento, una señal de perpetua necesidad de progreso. Quizá sea ésta la forma natural más viva de la finitud, aunque la cultura contemporánea la tenga desmerecida: la conciencia de lo mucho que aún falta para *ser hombre completo*, dentro de la limitación misma ya entrañada en el hecho de ser hombre. La conciencia ética de esta entidad aún inacabada, se acompaña, casi de un modo necesario, de una resolución volitiva, sea en el sentido de completar lo que falta, hasta donde ello sea posible, sea en el

aquí que el acto de la decisión es quicio de su propuesta antropológica: el hombre es un ser abierto que no sólo opta por bienes coyunturales, sino que, por esa misma apertura, está irremediabilmente destinado –condenado, diría Sartre– a elegir el trazado de su vida hacia el futuro y a elegir sobre sí mismo. Incluso quien elige no elegir, ha decidido ya.

Si, como advierte Llano, en la decisión convergen la acción del entendimiento y la volición, al hombre se le presenta la inmensa opción de los bienes limitados que le impelen a perfeccionar su inteligencia para comprender qué de verdaderamente bueno hay en ellos; al tiempo que –mediante la voluntad– debe sobreponerse al anhelo propio del intelecto que le deja patente la insuficiencia de esos bienes precarios. Dada esta circunstancia, para el agente es indispensable perfeccionar su entendimiento –para que conozca y reflexione mejor– y su voluntad, hasta completar con su determinación las deficiencias propias de los bienes a elegir y de la propia inteligencia¹⁰⁰⁶.

Ahora bien, esta evidencia –los bienes precarios asequibles no sacian el deseo del bien plenario– pone de manifiesto la importancia del proyecto tal y como lo entiende Llano. La decisión decisiva sólo supone que se ha elegido el fin hacia el cual encaminar el proyecto –querer poseer el bien plenario–. Sin embargo, las maneras de ejecutar las acciones encaminadas a obtener de cierta manera ese bien en la realidad contingente son tan diversas como esa realidad. Decidir no implica acertar *a priori* en la ejecución de lo decidido, sino quererlo firmemente y mantenerse en esto (que es ya una acción –de la voluntad–, en su sentido originario de *prâxis*). Creer –con un sesgo racionalista– que el acierto en la ejecución depende de lo visto por la inteligencia y lo elegido por la voluntad –el fin– provoca la parálisis en la acción. Si bien es verdad que hay un componente de incertidumbre en la ejecución de lo decidido, también es verdad que el estado natural del hombre es de permanente superación de todos los

sentido de despreciar estas posibilidades o incluso de retraerlas: estamos hablando de la alternativa inevitable y crucial de la virtud o el vicio». C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 246.

¹⁰⁰⁶ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 71. Considérese, además, lo siguiente: «Nuestro conocimiento se flexiona no sólo sobre sí y sobre las causas del conocimiento (el objeto y el sujeto) en cuanto tales causas, sino también sobre la persona, en su multívoco quehacer. Nuestros conocimientos (sea en forma de creencias, convicciones, supuestos, ideales, axiomas y juicios) se vuelcan sobre los más diversos aspectos de la vida del yo. El pensamiento toma cuerpo, se *encarna* en nuestra conducta, en algo que podríamos llamar *reflexión conductual* o *ética*. En este caso la reflexión sobre el sujeto no la realiza el entendimiento para *entender el yo*, sino para conducirlo intelectualmente en sus actos. La idea, por fuerza de esta reflexión, se convierte en un proyecto del hombre sobre sí. Lo anterior, vale, por desgracia, tanto para el conocimiento verdadero sobre sí mismo y sobre las cosas, como para el conocimiento erróneo. A veces la conducta humana es disforme por errores intelectuales, aunque no siempre». C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 230.

órdenes –aun ése, el de la incertidumbre– y no de absoluta seguridad en la esfera de lo real contingente.

Es decir, mientras que la inteligencia exige perfección en términos conceptuales, la voluntad debe seguir queriendo, aunque lo realizable no se corresponda absolutamente con lo pensado. De aquí que la idea práctica llanista implique necesariamente su realización en términos de intento. Es imposible que la acción ocurra en la transparencia especulativa. El pensar claro permite, sin duda, conocer el fin al que debe tenderse y hacer un diagnóstico adecuado de las circunstancias para hacer los juicios debidos; pero no es el pensar claro, sino el querer firme, la causa de que el agente decida y actúe. Y, a pesar de esto, el acierto en la acción no depende del entendimiento claro ni de la voluntad firme. Las ideas pueden gozar de toda la claridad posible en la inteligencia sin que de ello se desprenda su realización ni, mucho menos, quede asegurada la acción que pretendidamente se requiere para alcanzar el acierto¹⁰⁰⁷.

La seguridad en la acción no es equiparable a la certeza cognoscitiva; en el actuar concreto, las variables dependen de la ejecución de la decisión tomada y de las circunstancias externas al agente. Por esto, Llano entiende que la flexibilidad es indispensable al ejecutar el proyecto: la perfección intelectual es imposible en el actuar concreto. Así se comprende también que la nota de aventura también vaya aparejada a la acción. Los anhelos humanos de perfección y seguridad llevan consigo la nota de la tragedia: están destinados al fracaso. Hay en ellos una frustración permanente nacida de esperar que lo pensado pueda realizarse idénticamente a como fue concebido por la inteligencia: ninguna casa queda construida como la diseñó el arquitecto; pero, aun con eso, en el hombre anida el anhelo de que su actuar sea como su pensar¹⁰⁰⁸.

Para nuestro filósofo, toda acción necesariamente conlleva un riesgo: el hombre debe superar la incertidumbre en la ejecución, so pena de quedar petrificado en su deseo de perfección. La excelencia humana se consigue, precisamente, gracias a la permanencia en lo decidido en aras de la concreción del proyecto –establecido por la inteligencia y querido por la voluntad– mediante la ejecución. La ejecución será acertada mientras se corresponda con

¹⁰⁰⁷ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (2ª)*, EUNSA, Pamplona 2010^{2a}, p. 14.

¹⁰⁰⁸ «Ser consciente de las deficiencias de nuestro conocimiento, sin dejar por ello de actuar, es tal vez la postura más difícil que una persona pueda mantener. Y, como es imposible dejar de actuar, el hombre prefiere, para esquivar la dificultad, imaginarse una acción absolutamente racionalizada. Es el engaño en el que han caído no pocas teorías antropológicas sobre el actuar humano». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 166.

la decisión decisiva; dicha ejecución tiene un componente de plasticidad importante, porque en el estar realizándose la contingencia misma impondrá condiciones y obligará al agente a replantear la acción, sin que se pierda de vista el fin ya decidido. El proyecto es inseparable de la aceptación de un riesgo; es intrínsecamente apertura.

Llano enfatiza la decisión en tanto que perfila a la acción como algo que surge en medio de la incertidumbre, a partir de la idea práctica como intento. Para él lo humano tiene lugar en el escenario de la *prâxis*, donde todo está por hacerse; ahí, en esa apertura, comparece el verdadero ser del hombre, en tanto que proyecto. Se lo escuchamos sus alumnos en repetidas ocasiones: lo importante no es lo que hace el hombre, sino lo que le pasa al hombre mientras hace aquello ¹⁰⁰⁹. Por eso, la radical importancia de la acción en el perfeccionamiento de la persona depende de lo que la persona decida y ejecute en función del fin consecuencia de su naturaleza. En esto consiste la libertad para Llano:

«El ejercicio de la libertad, en este sentido fuerte, se denominaría, así, *decidirse-a*. Hemos de reconocer que, en el momento actual, quien alude a los proyectos que han de preceder a todo cambio, suele relacionare con ellos en el simple nivel de *decidir-sobre*, como un mero ejercicio de teoría académica, con la objetividad y desapego de quien nada tiene que ver, en su persona, con el asunto, pues es suficiente pensar sobre él. Este trato conceptual y aséptico del proyecto, es lo que inclina –a quien realmente desea cambiar las cosas, a quien realmente está dispuesto a *decidirse-a*– hacia una postura de *rebeldía sin proyecto*, de la que tantas muestras ofrece nuestra sociedad, mostrando también, al fin, que es tan inoperante como la postura del *decidir sobre* tales proyectos revolucionarios. Y hemos hablado bien, parece, de rebeldía sin proyecto, ya que hoy puede afirmarse que no ha habido históricamente revolución en donde no se haya dado la previa tarea de proyectar, no ya *cómo* hacer la revolución, de lo que carece

¹⁰⁰⁹ O, expresado de manera más precisa: «El hombre no se autorrealiza cuando logra el objetivo, sino lográndolo, donde **el gerundio tiene una connotación dinámica**; lo que quiere decir que no nos desarrollamos en el goce del objetivo logrado por el trabajo, sino trabajando para lograr el objetivo». *Ibid.*, p. 69. Las negritas son mías. Se trata de la acción gerundiva a la que alude en C. LLANO, *Sobre la idea práctica* (2ª), cit., p. 41.

ciertamente el fenómeno de la rebeldía; no ya sobre *qué* debe revolucionarse, sino *para qué* se hace la revolución»¹⁰¹⁰.

La libertad no sólo consiste en estar *libre-de*, sino en ser *libre-para*; el hombre sólo es verdaderamente libre en la medida en que sea libre *para* algo, para un proyecto. Por eso, según Llano, libertad y proyecto son nociones inseparables: la primera se alcanza sólo gracias al ensanchamiento de la capacidad de proyección del agente. Sistema y persona se oponen, precisamente, porque el primero anula toda opción creativa en aras de la reiteración¹⁰¹¹. En cambio, el proyecto es siempre abierto y creativo. Tal es la razón que le permite a Llano afirmar que la libertad es una conquista, mediante la que el hombre es capaz de proyectar su vida hacia un fin. Es una libertad del ser: óptica¹⁰¹².

La idea práctica es susceptible de entenderse como el proyecto decidido dentro del dinamismo del agente –que tiende a lo infinito–, en una realidad contingente y encarnada en él. Esto es posible aun cuando su aspiración a lo plenario no se corresponda con los bienes inestables e inseguros mediante los que pretende conseguirlo. Cualquier realidad dista inconmensurablemente del bien plenario que el hombre ansía¹⁰¹³. Aquí radica el problema de la felicidad del hombre; no se trata sólo de indagar qué realidad genera la felicidad plenaria, sino de preguntarse por aquellos bienes particulares que tienen una necesaria conexión con la felicidad total dado que, en su ausencia, no se puede ser realmente feliz. Aun en la contingencia, existe el anhelo de ese bien plenario, de la felicidad. Podría redondearse lo hasta aquí dicho con el siguiente texto de nuestro maestro, recogido en las memorias del XIII congreso internacional de Filosofía:

¹⁰¹⁰ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 25.

¹⁰¹¹ En ello radican las diferencias entre función y proyecto que Llano explica en C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit. La sociedad funcionalizada, sistematizada, dice el autor, ha renunciado a la creatividad: «El sistema de la sociedad actual busca aparentemente la novedad (nuevos instrumentos, productos antes desconocidos, sucesión cambiante, indefinida y acelerada de satisfacciones), pero realmente resulta una sociedad repetitiva, estandarizada, profusa en estereotipos, en un grado que jamás ha conocido la historia: parece al mismo tiempo carecer de vértice, de centro, parece que gira sin gozne, o se mueve sin fulcro. Si ello es así, lo es porque **los hombres que la componen carecen de proyecto práctico, de idea ejemplar respecto de sí mismos**». *Ibid.*, p. 57. Las negritas son mías.

¹⁰¹² Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., pp. 27-29 y, principalmente, 62-77. Lo dice expresamente: «Y la conquista de la libertad es, entonces, hacer al hombre capaz de proyectar su vida. El logro de la libertad no se obtiene con la ruptura, sino con el ensanche de la capacidad de proyecto y de realización del hombre». *Ibid.*, p. 28.

¹⁰¹³ Cfr. C. LLANO, *Análisis filosófico del concepto de motivación*, EUNSA, Pamplona 2009, p. 55.

«La espiritualidad del alma, que es base de la dignidad humana, y que le da un valor personal incalculable, es, al propio tiempo, la base de su disposición social. Esa espiritualidad, a la que está ideológicamente subordinada la vida somática, tiene como fin último el “bien universal”. El alma, por ser espiritual, y no estar lo espiritual coartado por la materia, es ilimitada, está ordenada y dirigida al ser absoluto, infinito, que trasciende la propia individualidad del hombre, y por ello el hombre requiere la cooperación de muchos, no sólo para recibir de ellos la ayuda que necesita para conocer y querer el “bonum universale”, al que no llegará si se afirma en su personal individualidad, sino también para proporcionar a los demás la ayuda que a ellos les falta, porque también ellos son insuficientes, cada uno, para llegar al objeto al que, por naturaleza, están destinados»¹⁰¹⁴.

2.- La creatividad y el proyecto

El hombre vive en la incertidumbre más que en la certeza; existe en la contingencia y él mismo es contingente. Por eso cabe afirmar, con Llano, que es un ser de proyectos: en lo humano todo está haciéndose¹⁰¹⁵. Si, como he tratado de mostrar, la idea práctica es para él una forma viva o una acción gerundiva, puede afirmarse –por extensión– que la persona también lo es. Por eso, al hablar de creatividad humana, el filósofo mexicano no lo hace en sentido metafórico, sino ontológico.

La novedad es una peculiaridad intrínseca de la persona: el hombre es el artífice de la innovación porque es proyecto. En estricto sentido, la vida humana carece de algo seguro a lo cual asirse. La acción implica un riesgo –la ha calificado de «aventura»¹⁰¹⁶– y enfrentar siempre la inevitable eventua-

¹⁰¹⁴ C. LLANO, *Individuo y sociedad: problema metafísico*, cit., p. 267.

¹⁰¹⁵ «En todo proceso creativo, la creación arranca precisamente del proyecto: hay una creación previa, en la conciencia, que llega a su plenitud en la actividad práctica; es una pre-creación de la que depende todo el acento creador de la acción ejercida para actualizar en la realidad lo potencialmente contenido en la conciencia, en forma de proyecto». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 134. Llano asume a Aristóteles, para quien la *prâxis* constituye «el modo específicamente humano de acceder al ámbito de la variabilidad y la contingencia». A. G. VIGO, *Prâxis como modo de ser del hombre. La concepción aristotélica de la acción racional*, cit., p. 75.

¹⁰¹⁶ Cfr. C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 56.

lidad¹⁰¹⁷. ¿Cómo vivir en una permanente apertura? ¿Cómo enfrentar el vértigo de la libertad de Sartre? Según Llano, la acción directiva debe ejercerse primordialmente sobre uno mismo; y, dado que uno de los actos componentes esenciales de la dirección es crear, el hacerse propio del hombre es autocreación¹⁰¹⁸. Es así que el hombre es proyecto de sí mismo: «el hombre es, gracias a su libertad, *causa sui*, causa de sí mismo, αὐτοῦ ἔνεκα»¹⁰¹⁹. Dicho con Llano:

«El fenómeno emblemático de la contingencia es el de la libertad humana. Gracias a ella, por su culpa, hay sucesos que pueden acaecer o no, dependiendo de múltiples circunstancias: además de esto, la realización de algunos de tales eventos se encuentra en mis propias y únicas manos, como parece que ocurre con la próxima palabra que estaré escribiendo: se encuentra en mis manos la posibilidad de que sea escrita o no»¹⁰²⁰.

La contingencia humana, en su fragilidad existencial, cobra relevancia en el hecho de la libertad. Para Llano, el hombre sólo puede ocuparse de esa realidad mediante su decisión; a través de ella, se impone a lo incierto, lo delimita y configura para concretar su acción. Es ahí, en una «dinámica gerundiva»¹⁰²¹, que el hombre se enfrenta a la verdadera creatividad. Al estar decidiendo y *decidiéndose* –para expresarlo con el reflexivo heideggeriano al que recurría el autor– el hombre crea y se recrea. Por lo que

«la principal capacidad de inauguración humana no se refiere a productos o servicios mercantiles, como ahora reductivamente se entiende la creatividad; *la creatividad del hombre se refiere al hombre mismo, a su proyecto de ser*»¹⁰²².

¹⁰¹⁷ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 168.

¹⁰¹⁸ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 207.

¹⁰¹⁹ Cfr. *Ibid.*

¹⁰²⁰ C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 233.

¹⁰²¹ Cfr. *Ibid.*

¹⁰²² C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 10.

Debe admitirse ahora que para Llano la creatividad sea la clave del hacer humano¹⁰²³. La idea práctica es, precisamente, un acto creador mediante el que el hombre decide un proyecto y un fin, y establece un proceso regulador abierto para alcanzarlo. Me parece que si el autor insiste en que la nota distintiva de la idea práctica es que es imitable e intentada, es debido a la radicalidad que ella misma entraña como inclusivamente práxica. Es decir, la idea práctica permite al hombre intentar la concreción de su propio proyecto de vida, porque ella es el modelo –el ideal– al que el hombre aspira de acuerdo con su finalidad última: por su naturaleza, el crecimiento espiritual del hombre es infinito. Esto no quiere decir que en su humanidad alcanzará la infinitud –es un ser con materia–, sino que siempre podrá ser más de lo que es¹⁰²⁴. Por eso, «el hombre creador vive en la perenne sorpresa que le producen sus creaciones»¹⁰²⁵.

Justamente porque la persona es materia de naturaleza espiritual, la idea práctica constituye la cúspide del hilemorfismo¹⁰²⁶: a pesar de la limitación propia de su singularidad, el hombre es capaz de proponerse un ideal a la medida de su finalidad. La idea práctica le permite ver un modelo práxico y proponérselo como un ideal al que debe acercarse –el πανάριστος–, asumiendo que la identificación concreta con él jamás será absoluta ni plena. Sin embargo:

«Este *no llegar* no se traduce en frustración sino en su posibilidad contraria: aspiración. Hay, pues, un acto componente de la creación humana: *aspirar a*. La misma aspiración a lo que ya es constituye el modelo mismo»¹⁰²⁷.

Llano identifica aquí una «nueva dimensión de la creatividad humana»¹⁰²⁸: la capacidad de establecer una idea práctica, no ya para el ámbito productivo, sino en lo que concierne al proyecto vital del hombre, en aras de acercarse a su fin plenario. Así, para él, la verdadera innovación de la creación humana no reside en la pretendida producción tecnológica ni en las estructuras

¹⁰²³ «Las tareas humanas, en cuanto tales, no se ejercen de manera unívoca y reglada, como se impone en las tareas técnicas, sino que contienen por naturaleza la ambigüedad e indeterminación inherente al hombre que las realiza. Cada acción *personal* se enfrenta ante muchas posibilidades, cuya valoración encierra un alto grado de dificultad, y esa misma valoración, también en algún grado, depende del protagonismo que la desarrolla». C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 103.

¹⁰²⁴ Cfr. C. LLANO, *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*, cit., pp. 56-60.

¹⁰²⁵ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 37.

¹⁰²⁶ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., pp. 118-119 y ss.

¹⁰²⁷ C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 71.

¹⁰²⁸ Cfr. *Ibid.*

sistémicas, sino en lo que el hombre hace de sí mismo, como causa eficiente y como destinatario de esa creación¹⁰²⁹.

Ahora bien, todo acto creador supone la libertad dentro del proyecto y depende en sí mismo del acto de la volición. Sin su «sí quiero», el hombre no puede desplegar sus virtualidades ordenadas al fin plenario. De este aporte subjetivo del acto creador se sigue que las realidades de creatividad y libertad se vinculen solidariamente y, por lo tanto, el progreso humano –aun el material– no es causado para nuestro filósofo por la estructura ni el sistema, sino por la libertad creadora del propio agente, al que debe estar siempre supeditado¹⁰³⁰.

A propósito, me llama la atención la capacidad retórica de Llano al dejar en suspenso un texto de enorme profundidad –quizá de los más bellos del *corpus*–. Encuentro en él una síntesis de su filosofía antropológica. Al explicar la amplitud creadora del hombre, afirma que ésta se origina en su capacidad de reflexión y escribe que

«Gracias a ella, el hombre es *quodammodo omnia*¹⁰³¹: puede hacerse, en el sentido más reflexivo del término, todas las cosas. De esta pluralidad cognoscitiva –puede *en cierto modo* conocerlo todo– arranca la pluralidad y versatilidad de su acción: puede hacer, *en cierto modo*, todas las acciones posibles. La elasticidad misma de la mano, la posibilidad de la oposición del pulgar ante los demás dedos, el enfrentamiento complementario de ambas manos, la habilidad de aprehensión con ellas, es un indicativo automático de esa plástica variabilidad de su conducta, como lo es la volubilidad de la lengua y la polifonía de su garganta...»¹⁰³².

La unidad óptica del hombre es toda ella plástica: moldeable. Su plasticidad reflexiva y espiritual se corresponde con la elasticidad corporal de

¹⁰²⁹ Se aprecia de nuevo el fundamento en el dinamismo humano: «La amplitud creadora del hombre, cuando tiene al hombre mismo como destinatario de ella, no se refiere a una posibilidad unívoca de conocimiento –cada vez más inteligente, por ejemplo, o más eficaz–, sino a todas las cualidades que el hombre puede adquirir, muchas de las cuales aún se encuentran inexplotadas». Cfr. *Ibid.*, p. 204.

¹⁰³⁰ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 142. Ahí, expresamente, dice: «El sistema –más o menos científicamente diseñado, más o menos políticamente impuesto– es factor de progreso en la medida y sólo en la medida, en que sirva para coordinar el esfuerzo creador del hombre, y es factor retardatorio en la medida en que lo anule».

¹⁰³¹ Sin citarlo expresamente, el autor emplea aquí la expresión usada por santo Tomás (SCG III, c. 112, n. 5, q.) de la afirmación que Aristóteles hace en *De anima* 431b 21: «ἡ ψυχὴ τὰ ὄντα πῶς ἐστὶ πάντα».

¹⁰³² C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 205.

sus manos. La irrepitibilidad humana responde creativamente a pesar de la circunstancia material en la que se halla imbuida. El acto propiamente creativo será, entonces, aquél que defina al hombre en cuanto hombre mismo, según su finalidad. Y, así, la creación humana sólo podrá ser comprensible debidamente dentro del marco de la teoría de la idea práctica. El hombre es proyecto de sí mismo. Ese proyecto sólo será plenario en la medida en que responda a la naturaleza espiritual del hombre. Por eso, la acción creadora sólo tiene lugar en la dinámica de la *prâxis*, no en el terreno de la producción. A los mismos estímulos, cada hombre reacciona de distinto modo. Se trata de una versatilidad nacida de la amplitud del intelecto y de la volición inédita, cuya riqueza particular en cada persona es insuperable; a tal grado, que es imposible –dice el filósofo mexicano– que ningún psicólogo catalogue los tornos emocionales de la mente humana, sin correr el riesgo de empobrecerlos. No existe escala para medir lo humano¹⁰³³.

De nuevo, nuestro filósofo apela a las dos facultades superiores del hombre para hacer ver que su finalidad es espiritual y, por ello, está llamada a abrirse a lo infinito. Dicha apertura, como he anticipado, supone para la persona singular el desafío de decidir en una realidad particular un modo específico de concretar lo que, en principio, se ofrece ante ella como inasible, como plenario y perfecto.

Pienso que ahora es posible comprender mejor aquella afirmación con la que el autor respondió a Marx en sus mismos términos, cuando éste acusaba al trabajo de enajenante. Si el hombre adquiere su mayor grado de desarrollo es por su capacidad creadora, no por su operatividad en la reiteración¹⁰³⁴. Por eso, el hombre se hace sólo en la medida en que ejerza la acción directiva sobre sí mismo. Sin embargo, si la creación sólo ocurre por necesidad, el desafío consistirá en encontrar esas necesidades en el orden prático dentro del marco de la contingencia como oportunidades de acción. Por ello, la creatividad debe entenderse como un acto que nace de la interioridad humana ante las circunstancias, cualesquiera que sean: si el hombre está «condenado» a ser libre e irremediabilmente inmerso en la contingencia, sólo será capaz de proyectarse mediante la ardua tarea creativa. En la *πρωξις* se sintetizan la creatividad y la capacidad de proyectarse mediante la concepción de la idea práctica:

¹⁰³³ Cfr. *Ibid.*

¹⁰³⁴ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 135.

«En la acción humana, al poner en la realidad la idea ejemplar pensada, hay un trasunto de creación, no en lo que tiene de producción del ser, para lo que el hombre no está capacitado, sino en el sentido, no menos real, de comunicar hacia fuera algo que era puramente interior y pensado: la idea ejemplar»¹⁰³⁵.

De esto se deriva que Llano sostenga que el hombre sea constitucionalmente creador: «el crear es el acto que le corresponde por naturaleza»¹⁰³⁶. Sin embargo, al estar dentro de la realidad contingente, la creación encaminada a alcanzar su fin plenario supone para el hombre un esfuerzo. Por ello el autor señalará seguidamente que mantenerse en su condición propiamente humana – que consiste en pertenecer a un rango elevado– es una tarea ardua; de hecho, esta excelencia lleva implícita, bajo descuido, la posibilidad de decaer: «ser hombre cuesta»¹⁰³⁷.

Según los términos que plantea Llano es imposible dislocar libertad y creatividad: aquélla se presupone al asumir el proyecto surgido de ésta. Para él, la creatividad es una peculiaridad que deriva necesariamente del aspecto espiritual del hombre. Es decir, el hombre es creativo porque es espiritual, poseedor de entendimiento y volición. Mediante su capacidad reflexiva, la creatividad le permite dar con los modos concretos de realizar el fin al cual su existencia está ordenada. Dicho con nuestro maestro:

«En la acción específicamente humana esta preeminencia del fin adquiere un relieve también específico. La diferencia más honda, en la línea de la acción, que existe entre el ser irracional y el hombre, dotado de razón, radica en que éste no sólo actúa por un fin, sino que conoce y libremente determina el fin por el que actúa»¹⁰³⁸.

¹⁰³⁵ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 173.

¹⁰³⁶ C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 191.

¹⁰³⁷ *Ibid.*

¹⁰³⁸ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 210.

3.– El carácter como posesión de virtudes

Con base en el legado judeocristiano y aristotélico-tomista, y a partir de su prolongado diálogo con la modernidad y el marxismo, Carlos Llano concibe el carácter como el elemento configurador de la persona; un *ethos* que estructura al hombre en tanto que tal. De acuerdo con nuestro filósofo, toda conquista ética será una conquista del carácter; es decir, no hay ética al margen de la formación caracterológica. Así, según escribió en el prólogo a la edición por los 20 años de *Análisis de la acción directiva*, atender a la ética será siempre atender al hombre, es decir, «volver la mirada a su modo de ser, a esa estructura de sus cualidades o virtudes que llamamos carácter»¹⁰³⁹.

Para el autor, el desafío vital irrenunciable del hombre se ubica en la ética: compete al ámbito de su intimidad, de aquello que no depende sólo de su entendimiento sino, de manera esencial, de su personalidad. Cuando Llano dice «carácter» se refiere al elemento definitorio del hombre¹⁰⁴⁰ que le permite ensamblar adecuadamente inteligencia, voluntad y sentimientos¹⁰⁴¹; por ello, dicho carácter se forja en la adquisición de las virtudes que le permitan proyectarse en su acción hacia el modelo. La virtud es, así, el hábito consonante con el ser ideal del hombre y principio interno de la acción¹⁰⁴². El carácter no sólo es poseso vital del hombre —fruto de aquello que soy: la imbricación del intelecto, la voluntad y una sensibilidad siempre escurridiza y asistemática¹⁰⁴³—, sino aglutinador de virtudes que, a su vez, surgen en el hombre de manera vinculada, formando el andamiaje del carácter¹⁰⁴⁴. De ahí su hincapié en la importancia de la voluntad en la confección de lo humano y su preocupación formativa, con un claro anhelo de aquella *paideia* griega, entendida como el proceso que le permite a cada hombre construirse con la mirada puesta en un ideal virtuoso: el *panaristós*¹⁰⁴⁵:

¹⁰³⁹ *Ibid.*, p. v. Lo dirá años más tarde al hablar de la formación universitaria: «La expresión “formación del carácter con un sentido ético” es tal vez innecesaria, pues fácilmente caería en el pleonismo; pero “carácter sin sentido ético” es prácticamente una contradicción». C. LLANO, *El nuevo empresario en México*, cit., p. 278.

¹⁰⁴⁰ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 181.

¹⁰⁴¹ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 240.

¹⁰⁴² Cfr. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 129.

¹⁰⁴³ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 7.

¹⁰⁴⁴ Prólogo C. LLANO, *Algunas consideraciones sobre el conocimiento del singular*, cit., p. vi

¹⁰⁴⁵ La voz «*panaristós*» aparece por primera vez en el corpus en C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 81. Sin embargo, en *Las formas actuales de la libertad* ya aparece prefigurada —que no expresada— cuando explica su concepto de libertad óptica y el de proyecto (cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., pp. 62-77 y 97-102). Aunque no lo menciona, Llano alude a Hesiodo (*Trabajos y días*, 293-295):

«La formación de la inteligencia y de la voluntad han de enfrentarse con la actual conducta de los individuos, para aprovechar lo que ésta contiene de positivo y lo que, al revés, desvía al hombre del ideal del *panaristós* humano. Este ideal, consciente o ignorado, pervive aún en el hombre contemporáneo, como en el de todos los tiempos»¹⁰⁴⁶.

Las virtudes –como disposiciones habituales– son el eje de la excelencia como realidad dinámica –*sit venia verbo*–, derivada de una continua superación de lo que se es en aras de alcanzar el ideal del *πανάρριστος*¹⁰⁴⁷: la excelencia humana no se lleva a cabo sólo con el logro de un objetivo perseguido, sino mediante las acciones que conducen –o no– a ese fin¹⁰⁴⁸: porque el proyecto se irá realizando en el propio proceso de poner aquel ideal en el ser¹⁰⁴⁹. De acuerdo con el autor, la virtud es la cualidad que desarrolla la potencialidad humana primigenia y nativa que se desprende de la propia naturaleza del hombre que atiende a una finalidad espiritual¹⁰⁵⁰, aquella capacidad que impulsa a realizar actos según el bien plenario y, más importante, lo que imprime bondad a esos actos: el hombre no es virtuoso porque actúe bien, sino que hace actos buenos porque es virtuoso¹⁰⁵¹. Dicho de otra manera, la virtud es

«οὗτος μὲν πανάρριστος, ὃς αὐτὸς πάντα νοήσῃ
φρασσάμενος, τὰ κ' ἔπειτα καὶ ἐς τέλος ἦσιν ἀμείνω:
ἔσθλος δ' αὖ κακείνος, ὃς εὖ εἰπόντι πίθηται:
ὃς δέ κε μήτ' αὐτὸς νοήῃ μήτ' ἄλλου ἀκούων
ἐν θυμῷ βάλληται, ὃ δ' αὐτ' ἀχρήσιος ἀνήρ.»

(«The man who thinks of everything by himself, considering what will be better, later and in the end—this man is the best of all. That man is fine too, the one who is persuaded by someone who speaks well. But whoever neither thinks by himself nor pays heed to what someone else says and lays it to his heart—that man is good for nothing»). HESIOD, *Theogony; Works and days; Testimonia*, G. W. MOST (trad.), Harvard University Press, Cambridge, Mass. / Londres 2006.

¹⁰⁴⁶ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 7.

¹⁰⁴⁷ Llano sigue a Perret: «Es imposible concebir una determinación del querer que no se inspire en un modelo. La acción moral se organiza siempre en función de un ideal». M.-C. PERRET, *La notion d'exemplarité*, cit., p. 446.

¹⁰⁴⁸ «El hombre no se autorrealiza cuando logra el objetivo, sino lográndolo, en donde el gerundio tiene una connotación dinámica; lo que quiere decir que no nos desarrollamos en el goce del objetivo logrado por el trabajo, sino *trabajando* para lograr el objetivo». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 69. A esta idea volveré más adelante, cuando explique la noción de reciclaje cibernético.

¹⁰⁴⁹ «Habremos de conceder, sin embargo, que el entendimiento humano, por su debilidad congénita, carece de la aptitud para aprehender de modo íntegro el ser real singular. Y al grado de esa ineptitud corresponde, justamente, el grado de las dificultades que se hallarán en la realización de la idea. La idea se irá singularizando en el propio proceso de su realización» C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 118. Cfr. C. LLANO, *El conocimiento del singular*, cit., pp. 73-79.

¹⁰⁵⁰ Cfr. C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 37.

¹⁰⁵¹ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 65.

«una actitud firme, disposición estable o perfección habitual que orienta nuestra conducta y regula nuestros sentimientos, mociones, emociones, pasiones y afectos de manera que ayuden al ser humano en la tarea de su perfeccionamiento o plenitud como hombre»¹⁰⁵².

Sin virtudes, sólo queda el dominio de la contingencia o la indefinición en la deriva de lo imprevisible¹⁰⁵³. Ser hombre, en definitiva, es construirse a sí mismo un ἦθος que prevenga de la inestabilidad o de la rigidez del devenir de la realidad. Mantenerse en la decisión durante la ejecución supone la permanente intervención de la voluntad, al margen de los juicios provenientes de la inteligencia y de las sensaciones o emociones (que se alimentan, también en un plano sensible, desde la imaginación):

«No será posible esculpirnos un carácter si no prevalece el esfuerzo de la voluntad en su desarrollo, bajo la ley del apotegma platónico: “las cosas bellas son difíciles”, que leemos en *La República*, así como en la *Política* de Aristóteles: “el estudio es siempre penoso”»¹⁰⁵⁴.

Se comprende así el énfasis de el autor en la relevancia del acto de la decisión en orden a la realización del proyecto: porque formar el carácter es, en buena medida, aprender a mantenerse en lo decidido. Quien se mueve por sus pulsiones sensibles o emotivas, tanto como quien abandona la acción por la especulación, carece de carácter y vive –en una imagen dolorosamente gráfica–

¹⁰⁵² C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 149.

¹⁰⁵³ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 212. Llano sigue a Ortega y Gasset, quien afirma: «No somos disparados sobre la existencia como la bala de un fusil, cuya trayectoria ya está absolutamente determinada. La fatalidad en que caemos al caer en este mundo –el mundo es siempre *éste*, *éste* de ahora– consiste en todo lo contrario. En vez de imponernos una trayectoria, nos impone varias, y, consecuentemente, nos fuerza... a elegir. ¡Sorprendente condición la de nuestra vida! Vivir es sentirse *fatalmente* forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo. Ni un solo instante se deja descansar a nuestra actividad de decisión. Inclusive cuando desesperados nos abandonamos a lo que quiera venir, hemos decidido no decidir. Es, pues, falso decir que en la vida “deciden las circunstancias”. Al contrario: las circunstancias son el dilema, siempre nuevo, ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter». J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Austral, Barcelona 2009, pp. 105-106.

¹⁰⁵⁴ C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, cit., p. 85. El dicho platónico en realidad aparece por boca de Sócrates en la última línea de *Hippias mayor*: 304e. La referencia a la *Política* está en 1339a 29.

en la voz pasiva de los verbos¹⁰⁵⁵. El hombre sin carácter descrito por el autor es antipático porque manifiesta esa debilidad volitiva, externalizada en una actitud mental intolerable, inflexible, arrogante o dura ¹⁰⁵⁶, sujeta a su pensamiento, a la contingencia o a su sensibilidad, variable por definición. En cambio, el hombre con carácter ha sabido dominar el componente inestable de su propio ser –a pesar de la volatilidad de las circunstancias o de los entes de razón perfectos concebidos por su inteligencia– y va configurándose mediante su acción.

La vida ética o virtuosa consiste en configurar en uno mismo un buen carácter mediante la continua mejora de las propias acciones en el tiempo vital¹⁰⁵⁷; ello supone 1) sobreponerse a la propia irracionalidad, ubicada en el plano sensible y cuya expresión psíquica se halla en el plano emocional de los sentimientos y 2) salir de la inacción surgida en la perfección de los planteamientos utópicos concebidos por el entendimiento especulativo.

«La ética no está concebida por el hombre para resolver con acierto un presente discontinuado del pretérito y del futuro; su finalidad se refiere a la vida plena y lograda, esto es, la vida completa, y no un pasaje anecdótico de ella. Cada instante vital debe de realizarse en concordancia con los principios de vida, pero estos principios no se han pensado para resolver ese instante, sino la vida entera.

Por ello se explica que el *ácrata*, el incontinente, actúe contra sus principios, aun en el mismo momento en que los reconoce como normas existenciales que le conducen a la felicidad. Su acción mira al placer del momento presente, apartando entonces de su vista el horizonte vital completo al que tales principios están dirigidos»¹⁰⁵⁸.

¹⁰⁵⁵ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 212, De hecho, la prudencia no es no decidir, como suele pensarse; ni decidir tímidamente ni de manera «conservadora». El imperio prudencial sería un acto absurdo sin la decisión voluntaria.

¹⁰⁵⁶ Llano siempre habló con dureza de esta falta de carácter en el hombre. Sus alumnos le escuchamos muchas veces decir que hay quien en lugar de corazón, tiene en el pecho un bote de mermelada, imagen con la que ilustraba el sentimentalismo que obsta la acción de la voluntad (la imagen está recogida en *Ibid.*, p. 214). Para él, no hay «nada más lamentable que un hombre hecho de nata, con el cerebro flojo de una criatura sin contornos, como una amiba, siempre dependiente del medio en que vive». *Ibid.*, p. 212.

¹⁰⁵⁷ Llano lo dice taxativamente: «la ética, en concreto, es la formación del carácter». C. LLANO, *El nuevo empresario en México*, cit., p. 278.

¹⁰⁵⁸ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 96.

Debo aclarar que para el filósofo mexicano la sensibilidad no es perjudicial, sino fuente de volatilidad en el marco del proceso de ejecución de lo decidido. Por eso sostiene que «el carácter es la permanente procuración de estabilidad dentro de lo que es de suyo inestable»¹⁰⁵⁹, o sea, la persona misma. Llano no pretende la anulación de los sentimientos sino el dominio de sí, que consiste en su adecuada ponderación como componente inestable, íntimo y vigoroso de lo humano. «Las pasiones son importantísimas –admite nuestro maestro–, pero si siguen su propio rumbo destruyen al individuo. Sin pasión no habría aventura, empresa, poesía»¹⁰⁶⁰. Recuérdese que el hombre padece un influjo de estímulos y, paralelamente, es sujeto activo de un número muy superior de reacciones¹⁰⁶¹.

Lo mismo ocurre en el plano especulativo, cuando la voluntad queda petrificada a merced de una permanente basculación de la inteligencia. Por ello, el trazo más importante en la conformación del carácter es el dominio de: 1) los sentimientos –elemento constitutivo del hombre: lo más íntimamente nuestro después de la voluntad¹⁰⁶²–, como reacción pura en el orden de la sensibilidad a los estímulos físicos provenientes de la realidad externa y 2) del entendimiento especulativo, que por sus peculiaridades puede inmovilizar al hombre evitando su acción. Gracias al carácter, el hombre ciñe su voluntad a la recta razón y estabiliza lo que de suyo es volátil para alcanzar la mayor claridad posible en el plano especulativo de la deliberación, y la firmeza necesaria para la ejecución en orden a la decisión¹⁰⁶³.

Llano ilustra lo anterior a partir de la etimología del vocablo latino *intemperies*, que servía tanto para indicar el estado por el que el hombre está desguarecido como aquel del hombre a merced de la intemperancia, es decir, de la incontinencia. El intemperante –el *ácrata*– es el hombre desmesurado, sin dominio, impulsivo y sentimental, a la deriva, sin el cobijo ni la protección de los juicios prácticos, en una tempestad de componentes incontrolables. Para el autor, quien tiene carácter es quien sabe dominar las fuerzas impulsivas de su

¹⁰⁵⁹ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 121.

¹⁰⁶⁰ *Ibid.*, p. 140.

¹⁰⁶¹ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 21.

¹⁰⁶² Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 121.

¹⁰⁶³ A propósito, vale la pena mencionar que hay una tendencia a suponer que los motivos y las acciones a partir de ellos son más humanos en la medida en que se identifican con los sentimientos o cierta espontaneidad. Parece que lo humano –aun lo sincero– se opone a lo racional en ámbitos como la afectividad o la querencia. El autor aclara pertinentemente que «los motivos siguen siendo motores de la voluntad, pero no por ello dejan de ser materia de racionalidad ni de razonamientos, razones y razonamientos que pueden llegar a un estado tan equivalente que requiera una nueva opción». C. LLANO, *Ensayos sobre José Gaos: metafísica y fenomenología*, cit., p. 177.

sensibilidad y su imaginación para evitar que sean ellas la conductoras de su voluntad mediante la virtud, cuya adquisición hace al hombre más hombre¹⁰⁶⁴, en el sentido de acercarse al ideal de excelencia: «cabe siempre ser *más hombre* del que se es»¹⁰⁶⁵.

De lo anterior se sigue que, si la decisión es inseparable de la deliberación y, ésta, de la reflexión crítica, el hombre verdaderamente reflexivo será un hombre de voluntad firme antes que un hombre de entendimiento claro¹⁰⁶⁶. A este respecto Llano es taxativo y afirma que en la acción reflexiva, mediante la cual la voluntad se mueve a sí misma, «se halla el centro de la personalidad del hombre, la cifra más densa de su carácter»¹⁰⁶⁷. Precisamente por ello, en la configuración del carácter, la formación de la voluntad es condición de posibilidad:

«Insistimos de nuevo en que, si nos obligaran a condensar los trazos fundamentales de la formación de la inteligencia en poquísimas palabras, nos atreveríamos a decir que la formación de la inteligencia reside principalmente en la formación y uso del conocimiento reflejo, con el que nos percatamos acerca de cómo nuestra inteligencia es empujada por la voluntad sea para emitir un juicio erróneo, al margen de realidades consideradas, sea para emitir una opinión, con conciencia –conocimiento reflejo– de que las realidades consideradas no son suficientes para el dictamen de un juicio cierto»¹⁰⁶⁸.

Dicho proceso es un aprendizaje continuo –en cuya raíz está la idea práctica– ante la contingencia, tanto la de la realidad externa al sujeto como la proveniente de su sensibilidad. En ese aprendizaje, la modulación del carácter

¹⁰⁶⁴ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., pp. 121-122.

¹⁰⁶⁵ Cfr. C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 37.

¹⁰⁶⁶ Cfr. C. LLANO, *Reflexio*, cit., p. 356 y C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 32

¹⁰⁶⁷ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., pp. 15-16.

¹⁰⁶⁸ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 48. En el mismo lugar, líneas antes, lo explica de esta manera, con una clara crítica al inmanentismo en el plano antropológico: «Los intelectualistas a ultranza consideran que los errores intelectuales se originan y resuelven en el estricto ámbito intelectual. Pero esta consideración los encierra en un círculo vicioso, pues resulta al menos ingenuo desear poner el remedio del error en su misma causa, lo cual sucedería si las causas del error fueran, como ellos piensan, puramente intelectuales». *Ibid.*, p. 32.

por efecto de la acción directiva está implícita: carácter es autodirección¹⁰⁶⁹. La excelencia del *πανάρριστος* propuesto por el autor radica en una continua superación del componente volátil del hombre, mediante una continuada exigencia reflexiva, autodomínio y orden¹⁰⁷⁰, hasta lograr la posesión de virtudes: la excelencia es inseparable de la exigencia. Así, la *paideia* llanista no consistirá en una simple educación como acopio de conocimientos, sino que implicará

«la adquisición de una fortaleza de la voluntad, para decidir al margen de esas tendencias y para mantenerse en lo decidido, también al margen de ellas. La educación adquiere aquí el carácter de ejercicio, más que el de una acumulación de conocimientos. Ejercicios que, en este contexto, implican un acento especial: porque si bien toda decisión supone una afirmación de sí mismo supone a la par una *negación de sí mismo*»¹⁰⁷¹.

La excelencia no radica en un concepto del hombre centrado en la materia al modo marxista y liberal¹⁰⁷² ni en la pura especulación, como pretende el racionalismo inmanentista. De ambos casos se deriva un modelo de hombre individual, posesivo, egoísta y excluyente. Por el contrario, un concepto del hombre centrado en su finalidad espiritual «genera un proyecto de existencia comunitario, compartible, inclusivo y relacional»¹⁰⁷³.

Según Llano, la realización del proyecto vital así planteado depende del carácter por el arrojo que éste imprime en el sujeto para vencer la tendencia a la

¹⁰⁶⁹ «La dirección, en efecto, se concibe aquí no como una técnica o como un procedimiento sino como una actividad que parte y florece del fondo del individuo, de su más radical perfil caracterológico. Mejorar a la empresa se identifica, así, con la mejora del carácter de quienes la dirigen». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. v.

¹⁰⁷⁰ Cfr. C. LLANO, *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*, cit., pp. 151-163 capítulo XII, «La excelencia fuera de contexto».

¹⁰⁷¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 123.

¹⁰⁷² En ambos casos, la acción humana se conduce por motivos de la funcionalidad hacia la posesión de bienes materiales, no a la excelencia. Escribe Llano: «Esta antinatural reversión es, sin embargo, patente; y no ya como una marginal degradación humana, socialmente despreciable. Hemos visto que hay sistemas sociales que hacen de tal supeditación el nervio del sistema; pero no es sólo en los países socialistas en donde se ha perpetrado masivamente esta retracción del ser de la persona a su hacer exterior o a sus posesiones materiales (supeditado a su función). Lo que podría llamarse “educación para el éxito” – calificativo que merecería buena parte de los procesos educativos occidentales contemporáneos– en nada difiere de aquellos sistemas sociales en lo que a la supeditación del hacer y el tener se refiere, pues en ellos las adquisiciones de esas nobles virtudes que expanden al ser humano, en su más genuino surgimiento, no se buscan propiamente para el logre de tal expansión entitativa, sino para *la mejoría de las acciones en relación con su eficacia*». C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 67.

¹⁰⁷³ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 216.

posesión, que puede encerrarlo en cierta seguridad proveniente de los bienes materiales o de la asepsia intelectual¹⁰⁷⁴. La antropología clásica, recuerda el autor, descubrió dos tendencias humanas radicales: *desiderium* y *effusio*. Por la primera el hombre adquiere aquello de lo que carece y, por la segunda, difunde aquello que posee¹⁰⁷⁵.

Nuestro maestro advirtió que la primacía de la tecnoestructura –Estado, mercado y medios de comunicación– sobre el *Lebenswelt* –el mundo de la vida corriente– hace que el *desiderium* prime por encima de la *effusio*, en detrimento no sólo de la capacidad de donación de la persona, sino en menoscabo de la potencialidad humana para abrirse al futuro y asumir la propia vida como proyecto¹⁰⁷⁶. Es precisamente debido al carácter que el hombre llanista despliega tres virtualidades: 1) de compromiso, 2) de renuncia y 3) de don de sí¹⁰⁷⁷. La capacidad de compromiso surge de la decisión libre de vincularse con otra persona; la de renuncia supone comprender que hay realidades incompatibles con lo decidido mediante el compromiso –es indispensable para definir el propio proyecto manteniéndose firmemente en la decisión tomada–; y la de don de sí es la radical entrega, la donación del propio ser en el orden espiritual y

¹⁰⁷⁴ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., pp. 56-61.

¹⁰⁷⁵ Cfr. C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 133.

¹⁰⁷⁶ «En el mundo de la vida pública rige el criterio operativo de la eficacia; se trata de alcanzar aquello de lo que se carece, por ese movimiento fuerte del ser humano llamado *desiderium*. En el mundo ordinario de la vida –no en el mundo de la vida pública donde rigen la eficacia y el *desiderium*– brota, en cambio, el criterio operativo de la fecundidad por ese movimiento, no menos compulsivo y apremiante, llamado *effusio*, que nos impele a compartir aquello que tenemos: es decir, no ya a poseer lo que no es de nuestra propiedad, sino a compartir lo que sí es nuestro. La eficacia o *desiderium* busca cubrir deficiencias o lograr objetivos; la fecundidad, expandirse en frutos. Hoy, por la naturaleza del mercantilismo imperante, se ha propagado la idea de que el impulso natural del hombre es el deseo de remediar nuestras carencias y no la efusión de nuestra plenitud. Los muchos que así piensan han marginado la vida del espíritu». C. LLANO, *Viaje al centro del hombre*, cit., p. 95.

¹⁰⁷⁷ Podría hacerse un resumen de cada una con palabras del propio Llano (cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., pp. 214-215):

- 1) Compromiso: «la persona humana es una gozosa fuente de compromisos, de compromisos profundos, serios e inamovibles, que el hombre bien nacido asume con valentía y decisión. El hombre libre no es el que carece de vínculos, sino, al revés, el que se encuentra comprometido en profundidad».
- 2) Renuncia: «el compromiso implica la renuncia de todo aquello que es incompatible con el objeto con el que me he comprometido. La renuncia es la gran ausente de nuestra civilización. No somos capaces de compromiso por nuestra constitutiva incapacidad de renuncia a nada. Y somos incapaces de renunciar porque hemos atrofiado nuestras posibilidades de compromiso, que son -digámoslo de una vez- posibilidades de amor».
- 3) Don de sí: «la entrega desinteresada de sí corre pareja con el sentido de responsabilidad, con el control de los instintos, con el temple de las capacidades, con el dominio del yo, con la afirmación del carácter».

A su vez, esta triada es una aplicación en torno a la amistad de los postulados llanistas, que surgen del *effusio* y se concretan en libertad: «La libertad no se logra liberándose *de* algo, sino teniendo la capacidad de ser libre *para* algo; no se logra con la mera liberación, sino con el proyecto». C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 27.

material. Así, todo proyecto es comunicativo; en esa efusividad radica su fuerza e intimidad:

«Un proyecto fuerte no es el que pretende dominar el mundo (la sociedad no puede por lo general ser transformada en el termino fugaz de una vida individual, salvo excepciones): “*la proyectualidad es fuerte porque tiene motivos fuertes, esto es, motivos que se afincan en la esencia más profunda de nosotros y de los demás*”. Lo que tiene más fuerza, mas virtualidad revolucionaria, mayor índice de cambio, mas incisivo poder de transformación, es la relación personal con otro, gracias a la cual ambos somos mas de lo que éramos antes de ella»¹⁰⁷⁸.

En cambio, cuando la idea de hombre depende de una mentalidad sistémica –basada en la tecnoestructura–, el poder, los bienes materiales y la fama se convierten en la finalidad del hombre, que hipoteca su capacidad de acción –*πρᾶξις, agere*– a cambio de sus meras posibilidades operativas y productivas –*ποιήσις, facere*– (aun especulativas); así, al quedar constreñido a lo precario, se pauperiza. Si el proyecto del hombre deja su naturaleza espiritual en la cuneta, ajusta su horizonte vital a coordenadas difusas que, por repetirse mecánicamente, terminan por desaparecer. Sin embargo, cuando la existencia se finca en sus virtualidades espirituales, el hombre se expande¹⁰⁷⁹. La cultura contemporánea, afincada en materialismos de variado sello o en racionalismos cientificistas, «reserva el gozo de la persona al acto de *obtener* aquello que se desea, poniendo en la sombra el gozo más profundo y duradero de *comunicar* aquello que se posee»¹⁰⁸⁰, pues pone el relieve en la posesión en detrimento de la esencia efusiva de la comunicación.

Por eso Llano dirá que la real eficacia de la acción no reside sólo en pensar con claridad y acierto, sino en la capacidad de mantenerse en decisiones decisivas en cada ejecución como el hecho mismo de la *prâxis*¹⁰⁸¹. La decisión es dar un «salto a la acción a partir de un pensamiento no conclusivo ni determinante»¹⁰⁸²; un pensamiento que, aunque pensado, no es asimilable a los

¹⁰⁷⁸ C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 52.

¹⁰⁷⁹ Cfr. C. LLANO, *La familia en el desarrollo de las organizaciones contemporáneas*, en *Familia: naturaleza, derechos y responsabilidades*, Porrúa, México 2006, p. 187.

¹⁰⁸⁰ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 173.

¹⁰⁸¹ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 84.

¹⁰⁸² *Ibid.*

pensamientos matemáticos perfectos y transparentes cuyos resultados son siempre seguros e infalibles. Se trata de un pensamiento cuya peculiaridad es, precisamente, asumir la contingencia y que lleva implícitas la nota gerundiva del intento: ese pensamiento es la idea práctica. Ser proyecto supone que el hombre es reflexivo en su sentido más fuerte: el hombre es producto de sí mismo, porque puede *hacer-se*. Este *hacer-se* no consiste en un mero ser, petrificado o imperecedero, sino en un *estar siendo-se* que es dinámicamente reflexivo¹⁰⁸³.

De lo expuesto hasta aquí se desprende que la decisión es tendencia a la ejecución; ésta depende de la voluntad y no del entendimiento, cuya injerencia en la consecución del acierto es mínima. No se trata de despreciar la inteligencia ni de anularla para abandonarse en un voluntarismo, sino de asumir que la acción humana no ocurre dentro del aséptico entorno de la ciencia, sino en los avatares de la realidad concreta. Al ocurrir en el ámbito de lo contingente, sobre lo incierto, la decisión debe prolongarse en el curso de la ejecución para lograr el fin¹⁰⁸⁴. A ello alude el filósofo mexicano cuando señala como debilidad el hecho de la perfección del intelecto sobre su objeto y, en contrapartida, su incapacidad para conocer con todos sus matices la contingencia del singular:

«Habremos de conceder, sin embargo, que el entendimiento humano, por su debilidad congénita, carece de la aptitud para aprehender de un modo íntegro el ser real singular. Y al grado de esa ineptitud corresponde, justamente, el grado de las dificultades que se hallarán en la realización de la idea. La idea se irá singularizando en el proceso de su realización.

Este proceso de realización y singularización paralelas se va recogiendo enriquecedoramente en el contenido de la idea misma –recuérdese: la idea ejemplar debe verse como proceso–, la cual se prepara así para ser dirigida hacia adelante, hacia la realidad, en etapas de realización progresiva, esto es, de progresiva singularización»¹⁰⁸⁵.

El hombre según Llano desarrolla y expande su espíritu porque mantiene su voluntad orientada al bien virtuoso propuesto por la recta razón,

¹⁰⁸³ Cfr. C. LLANO, *Ser del hombre y hacer de la organización*, cit., p. 35.

¹⁰⁸⁴ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 93.

¹⁰⁸⁵ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 118.

por encima de otras apetencias o circunstancias que estorban e impiden su ejercicio¹⁰⁸⁶. Me parece que en esta concepción se entretajan los presupuestos de idea práctica, proyecto, decisión y *effusio*, que el autor no pierde de vista a lo largo de toda su antropología y –agrego– en la propuesta de su *paideia*.

La vida virtuosa –la vida con carácter– está anclada a la sabiduría como virtud suprema, pues ella permite discernir entre los bienes contingentes y actuar con miras a alcanzar aquél plenario¹⁰⁸⁷. Es claro que en esta propuesta el filósofo mexicano se ciñe a los postulados aristotélicos¹⁰⁸⁸; en efecto, tiene a la vista el libro VI de la Nicomaquea cuando afirma que:

«La prudencia es la capacidad que tengo para emitir un juicio acertado sobre lo que he de hacer aquí y ahora. Como lo diría Isidoro de Sevilla, prudente significa el que ve lejos, el que es perspicaz y prevé con certeza a través de la incertidumbre y variabilidad de los sucesos. Prudencia es la razón directiva de nuestras acciones particulares presentes; la razón en cuanto que dirige el obrar individual. La prudencia implica, pues, la más severa constrictión a las circunstancias de la situación presente, y, a fuerza de tal, variable y distinta de la futura»¹⁰⁸⁹.

Ese modo prudencial de actuar –sabiduría práctica– permite ver aquello encaminado al bien plenario¹⁰⁹⁰; se trata del hábito intelectual que dirige nuestras acciones. El prudente es quien logra poner en el ser lo visto como mejor por el entendimiento práctico¹⁰⁹¹. Precisamente por dicho rasgo de prefiguradora de la acción que la prudencia guarda en Llano, puedo afirmar que la idea práctica es un objeto prudencial. O sea, si ésta es el modo de prefigurar lo que va a hacerse¹⁰⁹², será también la manera en la que el agente puede proyectar su hacer –sobre todo, su hacer vital, práctico– según la

¹⁰⁸⁶ Cfr. C. LLANO, *Análisis filosófico del concepto de motivación*, cit., p. 59.

¹⁰⁸⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 56.

¹⁰⁸⁸ Porque «la sabiduría es ciencia e intelecto de lo que es más excelente por naturaleza». EN. 1141b 2.

¹⁰⁸⁹ C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, cit., p. 96.

¹⁰⁹⁰ Cfr. EN. 1144b 2-1145a 11.

¹⁰⁹¹ C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, cit., p. 112. Llano sigue a santo Tomás: «El mérito de la prudencia no consiste solamente en la consideración, sino en la aplicación a la obra, fin del entendimiento práctico». *S. Th.* II-II, q. 47, a. 1, 3 c.

¹⁰⁹² «El principio clave para entender la naturaleza de la idea –de donde procede su practicidad e importancia– es éste: *idea est forma imitanda*, “la idea es la forma que debe ser imitada”». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 44.

sabiduría, sin irse por los derroteros que ofrecen la sensibilidad ni la inteligencia ¹⁰⁹³. La idea práctica está en manos de la prudencia como herramienta para alcanzar el fin del proyecto. Ella da forma al propósito existencial de vida en términos de imitabilidad, como proceso regulador abierto de la acción. Así, el proyecto vital consistirá en la respuesta efectiva del agente a lo visto prudencialmente como realizable. El vínculo entre prudencia y creatividad es estrecho. Una y otra se corresponden a instancias de la propia realidad contingente. Es en dicha precariedad donde el hombre debe labrar su proyecto de vida. Es más, el proyecto es en sí mismo precario. Pero tal es, precisamente, la circunstancia propicia de la acción prudente –y creativa–:

«Porque hay “bienes particulares que no guardan *conexión necesaria* con la felicidad, es decir, que sin ellos también se puede ser feliz. A esos bienes la voluntad *no puede* adherirse necesariamente”, aunque *tenga que* adherirse, en su actuación, a alguno de ellos contingentemente. Este abismo entre el *no poder* adherirse necesariamente a algo, y *tener que* adherirse contingentemente a algo es lo que exige la presencia de una decisión que va más allá de lo racional necesario; tal exigencia no es, ciertamente, racional; pero es práctica»¹⁰⁹⁴.

En esto radica la distinción llanista entre el hombre realizador de sus proyectos y el «quijote»: no basta elaborar un proyecto existencial de vida, por encumbrado que sea, sino que es indispensable ponerlo en el *esse*¹⁰⁹⁵; y esa puesta en la realidad inicia en la concepción de la idea práctica. Llano encuentra en Josef Pieper una pista de esta capacidad prefiguradora de la idea práctica como creación mental prudencial. Según el filósofo de Westfalia:

«El conocimiento humano, aprehensivo de la realidad, constituye una re-producción pasiva del mundo objetivo del ser, y del mismo modo, finalmente, que el artefacto construido imita al ejemplar o modelo, vivo en el conocimiento creador del artista, así, y no de

¹⁰⁹³ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 99.

¹⁰⁹⁴ *Ibid.*, p. 75. Llano cita *S. Th.* I, q. 82, a. 2. concl. La traducción es de él.

¹⁰⁹⁵ Cfr. *Ibid.*, p. 148.

otra manera, constituye el imperio del prudente la pre-figura que preforma la buena acción moral»¹⁰⁹⁶.

Esta consideración es importante porque el autor perfiló la idea práctica como un principio prudencial que inspira y conduce la acción del agente que mira hacia el bien. Es decir, sin la prefiguración del proyecto mediante la idea práctica, no podría actuarse prudentemente. De alguna manera –las causas son causas entre sí¹⁰⁹⁷– la idea práctica parte del fin que ella propone como ejemplar¹⁰⁹⁸. O sea: el agente no sólo se propone ser algo –define su proyecto de vida–, sino que establece el proceso como ha de conseguirlo.

El vértice del hombre queda así constituido por la prudencia en la decisión. Se trata de un actuar encaminado hacia un fin, que es la propia excelencia humana según el bien plenario¹⁰⁹⁹. La prudencia hace una referencia estrechísima al sujeto que la ejerce para su propia conducción y la de otros¹¹⁰⁰, dentro del amplísimo marco de la contingencia, en torno a realidades concretas, sobre las cuales el hombre debe ejercer su acción. Toda acción humana depende, en su inicio, de una decisión que termine perfectivamente el juicio imperativo; este juicio del intelecto –por sus deficiencias propias– siempre será inconcluso en la práctica, a donde llega sólo mediante la acción de la voluntad¹¹⁰¹. Por lo tanto, no es posible una «prudencia especulativa»: el saber prudencial no es un saber teórico, sino práctico, porque su origen es el hacer del hombre: el hombre no es prudente porque sepa sobre la prudencia, sino porque acierta en los juicios que dirigen su acción¹¹⁰².

En su ejecución, la decisión versa sobre lo particular y contingente en tanto que tal y no en tanto que encarna alguna ley natural o racionalmente

¹⁰⁹⁶ J. PIEPER, *La prudencia*, Rialp, Madrid 1957, p. 65 (esta visión de Pieper es explicada en: C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 147-151). Llano es enfático cuando afirma que «la perfección de la idea pensada se mide por su capacidad de realizarse en la práctica». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 46.

¹⁰⁹⁷ Cfr. *Met.* 1013 b 10.

¹⁰⁹⁸ «La causa ejemplar, como el fin o la intención desde su estado puramente mental, inspiran y dirigen la acción de la causa eficiente, que realiza lo ideado o consigue lo que se intenta. El ejemplar y el fin hacen, así, que la causa eficiente sea causa, pero la causa eficiente hace que el ejemplar y el fin sean». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 161.

¹⁰⁹⁹ Llano tiene a la vista el siguiente pasaje de Aristóteles: «El que piensa que hay que poseer la virtud por causa de los bienes exteriores, ejecuta acciones bellas apenas por accidente. Belleza-y-bondad [καλοκἀγαθία], en suma, es la virtud perfecta». *EE.* 1249a 15-17. Esta καλοκἀγαθία aristotélica es la excelencia en Llano.

¹¹⁰⁰ Cfr. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 102.

¹¹⁰¹ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (2ª)*, cit., p. 23.

¹¹⁰² Cfr. C. LLANO, *Aprendizaje de la ciencia y de la prudencia*, «Pensamiento y cultura», 8/1 (2005), p. 22.

evidente, inducida o deducida. La prudencia, como conocimiento directivo¹¹⁰³, indica cómo actuar a partir de una oportunidad no necesaria, precisamente, en tanto que no necesaria. Es ahí donde radica el reto de la voluntad, sin la que el imperio prudencial carece de sentido real¹¹⁰⁴: en decidir si se quiere o no permanecer fiel al proyecto, en medio de la contingencia, contando con los componentes de confusión y oscuridad de la realidad. Mientras que la inteligencia no se equivoca sobre sus objetos, la voluntad no se adhiere necesariamente a los bienes particulares que se le presentan; hay un abismo, explica Llano, entre el no poder adherirse necesariamente a algo, y tener que adherirse contingentemente a algo. En ello radica la irrenunciable comparecencia práctica de la decisión, que va más allá de lo racional necesario. Se trata, en definitiva, del desafío de la libertad en la permanente tensión humana entre la claridad intelectual del bien y la opción de que la voluntad opte por otro.

«La tragedia para el hombre es que, poseyendo la libertad de abstenerse frente a lo que no es del todo cierto, *se ve obligado* a actuar frente a ello, so pena de caer en la inanición. Más aún: si bien, en el plano racional, cabe *la libertad de abstención*, lo que cabe en el terreno práctico es justamente lo contrario: *la necesidad de actuación*. De ahí que en la práctica directiva —en donde lo contingente deber permanecer en el estado de tal— es “necesario” el decidir “libremente”: el racionalismo es ineficaz para la práctica, porque no tiene en cuenta que en la práctica ni puede el hombre esperar a fundamentarse en lo cierto y averiguado, ni puede tampoco gozar permanentemente del recurso racionalista de la *abstención*, sino que tiene, de alguna manera, que seguir caminando»¹¹⁰⁵.

El hombre puede querer lo que quiera y responder o no a la atracción de los bienes precarios de la realidad que le rodea. Dicho con Llano, la voluntad es

¹¹⁰³ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 96-99.

¹¹⁰⁴ Cfr. *Ibid.*, p. 99. Lo dirá más adelante, al hablar del fin, la oportunidad y la ejecución: « Si hay algo que no puede reiterarse en la práctica de la dirección, es justamente la configuración del objetivo. Los objetivos que a la dirección conciernen son siempre reiterativamente nuevos. Y esto, por dos razones: la primera, porque todo objetivo corresponde a una oportunidad de acción y, como hemos afirmado, las oportunidades no se repiten; la segunda, porque la causa eficiente de la deliberación —con figuradora del objetivo— no es sólo el entendimiento sino también la voluntad, y el querer de ella es siempre personal e intransferible. Por estas dos razones, no puede eludirse el carácter pre-creativo del fin práctico perseguido en la dirección». *Ibid.*, p. 134

¹¹⁰⁵ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (2ª)*, cit., p. 25.

«omnímoda y pleonástica»¹¹⁰⁶. A partir de este hallazgo, nuestro filósofo establece el objetivo al que se dirige su pensamiento, concebido como una *paideia* encaminada a fortalecer al hombre, no tanto en su inteligencia, sino en su voluntad. Para él, los errores éticos no responden a una equivocación intelectual, sino a deficiencias de la voluntad: la fuerza volitiva sobre el entendimiento es más efectiva que la fuerza que la verdad ejerce sobre el intelecto¹¹⁰⁷. Por eso, lo crucial en la formación del hombre ocurre en el ámbito volitivo y no tanto en el intelectual. O, mejor dicho, en el carácter del *suppositum* singular con inteligencia, voluntad y sensibilidad. Así debe entenderse el siguiente texto:

«El enseñar no consiste en convertir a un hombre en una enciclopedia ambulante –en lo que llamamos un teórico puro–. No nos interesa el hombre que sabe mucho, pero que es inútil en el momento de la acción. [...] **No se necesita saber mucho, sino saberlo hacer realidad**»¹¹⁰⁸.

Por eso mismo se entiende que lo crucial en el ámbito humano no sea tanto lo que sabe el hombre sino lo que sea capaz de hacer gracias a su voluntad. Así, el objetivo de la *paideia* llanista será, además de formar un hombre capaz de elaborar un proyecto de vida acertado, que responda con fidelidad a él. Aquí empieza la conquista ética¹¹⁰⁹. La libertad como capacidad de autodeterminación con la que se conquista el propio yo: «esta es la prístina libertad creadora, de la que emana la dignidad del hombre¹¹¹⁰. De esta manera se puede entender que para el autor, el carácter y la creatividad sean

¹¹⁰⁶ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 43. «Esta posibilidad que el hombre tiene de *querer lo que quiera*, este acto reduplicativo suyo, que se asienta sobre sí mismo en forma absoluta, deriva sin duda de su posibilidad de concebir el ser plenario; pues si puede –como puede– conocer y querer la plenitud del ser, puede también, por ello, querer cualquier cosa, que estará necesariamente contenida en la totalidad del ser querido. Es por aquí que el hombre atisba que algo distinto ocurre en él. Su cuerpo, y su vida corporal entera, se encuentra ceñido por limitaciones patentes, y del seno de esta limitación, aparece una actividad –la de su querer– completamente suya, más suya que su propio cuerpo, que no está sujeta a límite alguno, allende las fronteras de su materia, y que llama, por ello, *espíritu*. Espíritu, además, que se sabe superior a la materia, puesto que, de hecho, es libre, autónomo, frente a ella». *Ibid.*, pp. 43-44.

¹¹⁰⁷ Cfr. C. LLANO, *Etiología del error*, cit., pp. 46-54. Llano advierte un matiz en la equivocación intelectual como origen de un error ético, que consiste en no pensar cuando se debe hacerlo, un acto que le compete a la voluntad. «El error especialmente en el ámbito ético o de la conducta humana, no tiene lugar sólo por *pensar* equivocadamente: también lo tiene por *no pensar* cuando debiera hacerlo». El autor refiere el caso del rapto de Lucrecia: «el error del hijo de Tarquino el Soberbio, quien rapta a Lucrecia, consiste, precisamente, en no querer pensar en las mortales consecuencias del rapto». *Ibid.*, p. 52, nota 128.

¹¹⁰⁸ C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, cit., p. 17.

¹¹⁰⁹ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 123.

¹¹¹⁰ *Ibid.*

fundamentales¹¹¹¹ como objeto de una *paideia* cuya finalidad es que el propio hombre consiga la excelencia:

«El momento presente exige un desarrollo del *saber prudencial*, vale decir, de la acción directiva, correspondiente y proporcional al *saber científico*, esto es, al progreso tecnológico. La dificultad para lograr esta proporción y correspondencia consiste, precisamente, en que el desarrollo tecnológico depende del avance de la ciencia positiva, cuyo objeto –la materia– se comporta siguiendo leyes estables y universales; en tanto que el desarrollo de la acción directiva depende del avance y profundización en la ciencia del hombre, esto es, no de la tecnología, sino de la *antropología*, cuyo objeto es el individuo espontáneo y libre, que se resiste a ser tratado con los métodos de las ciencias positivas. Esta desproporción entre los avances prácticos tecnológicos y los avances prácticos directivos constituye el más grave reto de la sociedad contemporánea: y ello hace otorgar especial importancia al desarrollo de la *creatividad en la acción directiva*»¹¹¹².

Llano resuelve la tragedia del hombre –su estar abierto a todo envuelto en la contingencia– con base en su teoría de la idea práctica, que le permite explicar cómo el hombre puede fijarse un proyecto acorde a su tendencia a lo plenario y superar su precariedad propia y la de sus circunstancias. Se trata de un presupuesto teórico que planta cara a tres escenarios: 1) a la solución estructural de Marx, antepone la creatividad humana, 2) frente a determinismos de diversa cepa –conductista, mercantilista o freudiana–, insiste en la libertad efusiva del hombre y 3) cuando el racionalismo insiste en que el mundo debe ajustarse a las propias ideas y a algoritmos infalibles, propone un realismo metafísico que permita aproximarse cautelosamente al ser. Se trata, en definitiva, de las constantes filosóficas que delinean los contornos de su *paideia*. Como él mismo sostuvo:

«Lo que acontece en el fondo de las crisis educativas actuales es la contraposición de diversas imágenes parciales e inconexas del

¹¹¹¹ Cfr. *Creatividad y esfuerzo* Carlos Llano Cátedra, (23/10/2015) [<https://www.youtube.com/watch?v=c3vFbmnH3eA>], consultado el 10 de octubre de 2017.

¹¹¹² C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 146.

hombre, de la que se deriva un enfrentamiento en torno a lo que es y debe ser la educación, la libertad y el hombre mismo»¹¹¹³.

II.– Plasticidad y dirección: la idea práctica en el proceso formativo

Cuando Llano afirma que la idea práctica es proceso regulador abierto está conceptualizando el momento más importante de la acción humana, en orden a que el agente alcance la excelencia¹¹¹⁴. La idea práctica cumple dos objetivos: 1) determina el proyecto a emprender y 2) al mismo tiempo le permite al agente comprender el estado de inacabamiento propio del proyecto, su estado de acción gerundiva. Es decir, al ser proceso regulador abierto, la idea práctica 1) define el proyecto –es definible en sí misma como *ens rationis*– y 2) regula la acción. Esto sucede gracias a lo que nuestro maestro denomina reciclaje cibernético, a partir de un juicio por el que el agente se involucra a sí mismo en orden a la acción.

Por su propia naturaleza, la idea práctica establece una relación mutua y bidireccional entre lo pensado por el agente –lo imitable– y lo que está realizándose –lo imitable en tanto que intentado–. Por eso, la idea es en sí misma un perfeccionamiento dinámico sujeto al contraste con la realidad que se va haciendo. A partir de ella, no sólo se transforma la realidad, sino que la propia idea es objeto de una transformación en un «reciclaje cibernético», que podría expresarse de la siguiente manera: el agente se perfecciona a sí mismo en la medida en que él sea más conforme a su ideal a partir de la idea práctica, que, a su vez, será más perfecta e influyente cuanto mejor sea imitada¹¹¹⁵.

¹¹¹³ C. LLANO, *La doctrina de la Iglesia en materia educativa y el Programa nacional de educación 1984-88*, cit., p. 6.

¹¹¹⁴ El futuro de la realidad, lo que el agente quiere hacer con ella, es fruto de una decisión subjetiva, por ello, el proyecto sobre el futuro es una redundancia: no hay proyecto que no sea hacia el futuro. Sin embargo, como he intentado hacer ver, para Llano, el hombre prudente sabe que en su acción el proyecto no basta para su concreción. Cfr. C. LLANO, *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*, cit., p. 94.

¹¹¹⁵ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 47.

1.— El reciclaje cibernético

A pesar de que, tal y como está formulada, Llano sólo menciona «reciclaje cibernético» específicamente en tres lugares¹¹¹⁶, el sentido de la expresión como «retroalimentación» o «*feedback*» goza de un sitio privilegiado en el *corpus*¹¹¹⁷. Se trata de una actividad reflexiva mediante la que el agente corrige la idea misma que es reguladora gracias a una reflexión de la voluntad¹¹¹⁸; dicho de otra manera, en dicho proceso el ideal a alcanzar es objeto de un perfeccionamiento dinámico al contrastarse con lo que se va concretando en la realidad; por eso cabe agregar con nuestro maestro que en el reciclaje cibernético

«no se transforma únicamente la realidad a partir de la idea, sino que la propia idea originaria es objeto de una transformación, hecha por el entendimiento y la voluntad, incorporando las nuevas noticias que se reciben en las relaciones prácticas con la realidad que ha de transformarse»¹¹¹⁹.

Esta capacidad de retroalimentación –reciclaje– del agente como conductor –*κυβερνήτης*, piloto– de sí mismo es la esencia de la propia acción, que no existe en la producción. A diferencia del hacer productivo, la *prâxis* atiende a lo que el hombre ha proyectado sobre sí mismo hacia el futuro, por supuesto, mediante la idea práctica, de modo que queda involucrado en su propia transformación. La idea práctica es, así, el ideal como ejemplar, como

¹¹¹⁶ Cfr. C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 84, C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., p. 180 y C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 77.

¹¹¹⁷ En sus clases, Llano acudía constantemente a las voces *feedback* y retroalimentación para referirse a ese momento de plasticidad reflexiva que lleva al perfeccionamiento del agente. En el *corpus* aparecen en varios lugares: cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 91, C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 161, C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 73, C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 153, C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 239 y ss., C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, IPADE - Ediciones Ruz, México 2004, pp. 236 y ss., C. LLANO, *Caracterología del directivo al inicio del siglo XXI*, cit. o C. LLANO, *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*, cit., p. 33.

¹¹¹⁸ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., pp. 107-112. La voluntad –dice Llano, «puede ordenar al entendimiento que considere las realidades sobre las que ha de decidir, bajo una visión global de totalidad, que facilite una óptica panorámica de horizonte; o puede ordenarle que considere los bienes sobre los que está deliberando no ya en su instantáneo momento presente, sino en el horizonte del tiempo. Si tales órdenes se reiteran, el sujeto correspondiente adquirirá la capacidad de síntesis y la visión a largo plazo, hábitos necesarios para no autosugestionarse momentáneamente o ser momentáneamente persuadido por quienes le presentan el bien. *Ibid.*, p. 112.

¹¹¹⁹ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 46.

«futurición»¹¹²⁰ del propio yo, que se identifica con la materia que debe cambiarse que es la persona en su contingencia presente¹¹²¹. Es decir, el reciclaje cibernético es *prâxis*: el contenido de la idea es el propio agente que lleva la transformación de sí; al mismo tiempo que realiza el proyecto va encontrando mejores modos de amoldarse a la ejecución.

Según Llano, todo objetivo de la acción humana debe perseguir la excelencia. Este planteamiento, a todas luces ambicioso, podría parecer arriesgado e, incluso, arrogante. Como puede deducirse según lo expuesto, el autor entiende la excelencia como la perfección del hombre en tanto que se acerca al bien plenario, según sus potencias fundamentales, en el orden espiritual. Por eso habla de plenificación. Si el hombre es proyecto, «la esencia del hombre, es, por así decirlo, la línea que señala el sentido de ese desarrollo»¹¹²².

Ahora bien, una de las principales objeciones que Llano hace al inmanentismo es, precisamente, oponerse a la posibilidad del reciclaje cibernético y, en consecuencia, su extremada rigidez en el ámbito de la acción, en menoscabo de la creatividad y libertad. El hombre es, en sí mismo, un ser sometido a lo contingente. Según he mencionado la libertad es, radicalmente, «el fenómeno emblemático de la contingencia»¹¹²³. Gracias a ella, ante eventos que podrían ocurrir o no, el hombre decide absolutamente. Es decir, a pesar de la circunstancia dada, «se encuentra en mis propias y únicas manos, como parece que ocurre con la próxima palabra que estaré escribiendo: se encuentra en mis manos la posibilidad de que sea escrita o no»¹¹²⁴.

Dado que la idea práctica es el proceso que regula la acción, esa regulación necesariamente debe ser abierta, pues se inscribe en la contingencia;

¹¹²⁰ «La idea ejemplar –que es la futurición de mi yo– resulta conmensurable con la materia que debe cambiarse –que es mi yo presente como materia de transformación– y coincidente con mi yo como sujeto transformador». *Ibid.*, p. 77.

¹¹²¹ «El artífice, al ser al mismo tiempo materia del artificio, va transformándose durante el proceso mismo de su *arte*. Se da entonces una retroalimentación, un reciclaje cibernético, desconocido en la acción productiva». *Ibid.*, p. 78.

¹¹²² C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 69.

¹¹²³ C. LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, cit., p. 233.

¹¹²⁴ *Ibid.*. Llano propone el ejemplo de la burocracia, encadenada de alguna manera a manuales o procedimientos inflexibles, que no miran a lo que las personas son, sino a lo que se supone que deberían hacer: «La mentalidad racionalista, encarnada en los *staffs* de muchas organizaciones contemporáneas, parece que sigue un razonamiento puesto de cabeza: son más valiosas, según ella, las proyecciones que las realizaciones. Se diría que las ambiciosas proyecciones se *limitan* a realizarse, cuando lo verdadero es que toda proyección se encuentra limitada *a radice*, mientras no exista realmente, mientras no quede realizada. No hay mayor limitación que la falta de existencia». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 55.

de la libertad, por un lado, y de los estímulos provenientes del mundo en el que se actúa, por otro. El autor lo explica de esta manera:

«La grieta que hemos percibido en la acción del hombre entre el estímulo de cualquier bien y la respuesta que me suscite se encuentra a su vez fundamentada en la grieta, en la insondable separación, entre ese bien cualquiera que me estimula desde su precariedad, y la apetencia irrefrenable que tengo del bien en plenitud. Como dice admirablemente Reginald Garrigou-Lagrange, “el acto libre es una respuesta gratuita a la solicitud impotente de un bien finito”¹¹²⁵. De esta manera, nos ponemos en contacto con la causa y con la realidad de la libertad humana. Su origen o principio se encuentra en mi inteligencia. La causa de mi libertad reside en mi posibilidad de concepción inteligente. Soy libre porque soy racional, conforme al lapidario apotegma escolástico: *radix totius libertatis est in ratione constituta*»¹¹²⁶.

Y, si bien es cierto que toda libertad radica en la razón, no es menos cierto que esa razón también es una virtualidad humana. Para Llano, el hombre no es un ser racional acabado, sino que está haciéndose en el transcurrir de la contingencia de la realidad y de la suya propia. Por eso, al hablar de lo humano no caben los indicativos absolutos que sí admite el resto de la realidad. Al referirse al hombre, dice el autor, se impone el imperativo: el «sé lo que eres», de Píndaro, apela a esa idea de hombre como proyecto¹¹²⁷.

¹¹²⁵ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dios. La naturaleza de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas.*, cit., p. 262. (Llano cita la página 226).

¹¹²⁶ C. LLANO, *Los problemas actuales de la libertad*, cit., p. 30. Vale la pena detenerse en el texto del dominico: «La libertad debe aparecer como una propiedad del ser racional. “Totius libertatis radix est in ratione constituta” (De Verit., xxiv, 2), o según una fórmula más precisa: “radix libertatis sicut subiectum est voluntas, sed sicut causa est ratio”. (Ia IIae, quaest. 17, art. 1 ad 2um). Distinguiendo el principio radical y el principio próximo, sea de la libertad, sea del acto libre, vamos a ver: 1º, que la libertad como potencia de elección (potentia ad utrumlibet) tiene su principio radical en la razón, en cuanto ésta conoce lo que hace que el bien sea bien, y su principio próximo en la *amplitud infinita* de la voluntad especificada por el bien universal; 2º, que la elección o el acto libre tiene su principio radical en la *indiferencia del juicio práctico* respecto de tal bien particular, y su principio próximo en la *indiferencia dominadora de la voluntad* respecto de este mismo bien». R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dios. La naturaleza de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas.*, cit., p. 232.

¹¹²⁷ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 62. Sin mencionarlo expresamente, Llano también asume la parte final del verso: sé tú mismo, aprendiendo a ser lo que eres (γένοι' οἷος ἔσοι μαθών, en el original. Cfr. PINDAR, *The odes of Pindar (including the principal fragments)*, J. SANDYS (trad.), Harvard University Press, Cambridge, Mass. / Londres 1978). Al respecto Franco Volpi es especialmente clarificador: F. VOLPI, *¡Llega a ser lo que eres! La tarea de la filosofía práctica más allá de Kant*, en *Practical rationality: scope and structures of human agency*, Olms, Hildesheim 2010, pp. 225-238.

La idea práctica ocurre, pues, en la propia vida del artífice, por lo que también está sujeta a un dinamismo de perfeccionamiento: la acción se modifica en el curso de su ejecución y al contrastarse con la realidad¹¹²⁸. Por ejemplo, Miguel Ángel no tuvo una idea definitiva ni acabada de su *Moisés* hasta que terminó de esculpirlo. De hecho, su idea original ya había sufrido una primera alteración antes de iniciar a cincelar la piedra al momento de elegir la pieza de mármol. Pero, durante el trayecto hasta la terminación de la escultura, vendrían ajustes sobre la idea misma más significativos: un golpe impreciso que pudo llevarse más granito del esperado, una veta que impidió trazar el brazo de la manera prevista. Miguel Ángel fue ajustando la idea en función de cada martillazo. La obra terminada es fruto de un vaivén entre su realización misma y la idea práctica –en la mente del artista– que a su vez se fue redefiniendo durante el esculpimiento del mármol¹¹²⁹.

La idea práctica es, así, una «forma viva» y no una *perfecta exemplaria* inmóvil, como quisiera el racionalismo platónico¹¹³⁰. Una forma, sí; pero que va modificándose *intra mentem* en la medida en que su realización *extra mentem* lo amerita, en aras de aproximarse al fin plenario propuesto como proyecto¹¹³¹. Al ejecutar el proyecto, el agente no puede responder a las hieráticas notas con las que el entendimiento ha concebido el modelo¹¹³².

Lo señaló Llano al analizar la decisión, que es el acto vinculatorio por excelencia, mediante la cual el hombre se coliga consigo mismo¹¹³³. Definir qué se va a hacer requiere una nueva eficacia e impulso, una renovada constancia que no sería posible sin la reiteración del peso de la voluntad. Esa reversibilidad propia de la dinámica de la ejecución misma es la que dota a la idea práctica de su apertura como proceso regulador, de manera que se ajusta –en su

¹¹²⁸ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 46.

¹¹²⁹ «La fuerza de la producción es atributo único del artífice –de la causa eficiente– que piensa la idea y produce el artefacto conforme a ella: *nada pensado puede producir nada real, excepto en contextos no aristotélicos, y precisamente hegelianos*. A mayor abundamiento, el propio agente no ejerce su causalidad sólo mirando al ejemplar –esto es, por medio de una acción intelectual– sino *ejerciendo su eficiencia*, lo que ya no es sólo intelectual». *Ibid.*, p. 96.

¹¹³⁰ Es la antes mencionada falacia platónica, originada por la sublimación de la idea práctica.

¹¹³¹ «Esta vitalidad de la idea ejemplar posee perfiles específicos. Por un lado, da a la idea su carácter de imitabilidad, que es lo propio y constitutivo del ejemplar: si la idea no incluyera la clave de su realización *ad extra*, no sería imitable. Por otra parte, el proceso de imitabilidad incluido constitutivamente dentro de la idea, hace que ésta lleve implicado el germen de la propagación de sí misma: se encuentra ya incubado en ella el proceso de su repetición fuera de sí y de la mente que la piensa; de modo que, si la idea ejemplar es forma, no es forma para informar al entendimiento (*concepto formal ut quo*), sino para ser imitada, propagada y reduplicada fuera de sí misma. *Es forma viva y generativa*». C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 36.

¹¹³² Cfr. *Ibid.*, p. 47.

¹¹³³ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 85 y ss.

desarrollo– a la realidad que va concretándose a través de ella. Se trata, como dice nuestro maestro, de un nuevo modo de juzgar. Suponer que, por ser idea, la idea práctica es inalterable, es «ir en contra de la evidente historicidad del ser humano»¹¹³⁴. Todo intelectualismo trae aparejada la utopía. La idea práctica mueve la posibilidad de la acción del plano de lo objetivo impersonal –¿es esto posible?– al terreno subjetivo de la persona –¿soy capaz?– y permite actuar al artífice, siendo consciente aun de que no está considerando todas las variables en las que se dará aquello realmente¹¹³⁵.

Precisamente por lo anterior puedo afirmar, con Perret, que la idea práctica es plástica ¹¹³⁶; de lo contrario no podría ir adecuándose a las determinaciones reales que aparecen mediante la acción del agente, con las imposibles de una deliberación deficiente, que formaliza al ideal y trunca el proceso, dotándolo de rigidez (es decir, sólo hay dos posibilidades: 1) o no se hace algo porque es imposible alcanzar la perfección ideal o 2) bastará con pensar algo para que se realice). Sin embargo, el hombre no es nunca sólo productor de la forma, sino que es a la vez noéticamente receptor de ella. Es más, él la concibió, y, por lo tanto, «en su entendimiento repercute esta fatal ambivalencia»¹¹³⁷. No ocurre que el hombre sea en ocasiones productor y, en otras, receptor. Al contrario, explica el filósofo mexicano, el hombre es a la par productor –es decir, regulador de la cosa– y receptor –es decir, regulado por ella–¹¹³⁸. Es decir:

¹¹³⁴ *Ibid.*, p. 91.

¹¹³⁵ Ello se percibe cuando nuestro filósofo explica en qué consiste la oportunidad dentro del vaivén inteligencia-voluntad: «Cierto es que si acudimos a la realidad para buscar oportunidades, sin estar previstos de propósitos firmes, caemos en un estéril oportunismo, insoportable para nuestra naturaleza racional. Pero también lo es que si nos proponemos un objetivo vital sin atender a las oportunidades, **nos encerramos en un immanentismo no menos insoportable**. El proyecto existencial de vida –o los objetivos que se constituyen como principios pretendidamente inamovibles– ni me son impuestos desde fuera, ni surgen de mi propio yo en una decisión solitaria y autárquica: se comunican con el exterior mediante la ventana de la oportunidad de acción que nos abren los hechos. Hay un voluntarismo radical en la acción lo mismo que hay un racionalismo radical en el pensamiento. El segundo ha recibido ya el calificativo de *idealista*; el primero merece el de *utópico*. Porque todo propósito elaborado sin atender a las oportunidades de acción –que no dependen de mí, sino de hechos independientes– es una utopía». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 148. Las negritas son mías.

¹¹³⁶ En su exploración etimológica de «ejemplaridad» Perret da con el verbo ἐμπλάσσω –o ἐμπλάττω– «que, primitivamente, quiere decir “modelar en”, de donde viene nuestra palabra “plástico”, de ahí el derivado griego ἐμπλαστον, que ha dado origen a nuestra palabra “emplâtre”, que proviene de “plâtre”. Desde ese momento, ¿no podría concebir, por correlación, el verbo: ἐξεμπλάσσω, para expresar la acción que consiste en extraer del molde la cosa previamente arrojada en él? A decir verdad, si una etimología de ejemplaridad como ésta puede proponerse, es porque se encuentra en ella un sentido que concuerda con el sentido semántico, sentido que merece atenderse y profundizar». M.-C. PERRET, *La notion d'exemplarité*, cit., p. 447.

¹¹³⁷ C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 51.

¹¹³⁸ Cfr. *Ibid.*, p. 52.

«*Produce*, en cuanto que, mediante la idea ejemplar educa una nueva forma de la materia, regulando esta materia hasta entonces amorfa respecto de aquella forma. *Recibe* en cuanto que, en el proceso mismo de educación, queda noéticamente impresionado por la forma educada o en proceso de educación, y es regulado por ella»¹¹³⁹.

El reciclaje cibernético ocurre en una especie de vaivén productivo y reflexivo: el entendimiento, como producto, regula la acción del agente y, al mismo tiempo, la idea se regula por el agente que ha sido transformado, porque el entendimiento, como receptor de formas, es regulado por el agente mismo. Hay aquí, según Llano, una doble retroalimentación: el agente analiza –contrasta con la realidad– si él mismo se perfeccionó según la idea pensada y, a su vez, si la idea práctica logró plasmarse en él en realidad:

«Ésta es la retroalimentación integral que responde a la específica naturaleza del entendimiento humano, el cual no sólo educa las formas de la materia, sino que recibe las formas de esa misma materia»¹¹⁴⁰.

Recuérdese que el agente es la materia a perfeccionar mediante su acción. Es decir, el agente que hace en la realidad la transformación de sí mismo, adquiere en esa acción perfeccionadora de sus virtualidades un mejor modo de amoldarse a la ejecución. Con ello, el proceso mismo –la idea práctica– progresa exponencialmente, no sólo porque el agente perfecciona a la idea según la cual actúa, sino porque él mismo se hace mejor agente, por decirlo de alguna manera, y materia más apta para esa ejecución¹¹⁴¹. Es evidente la insustituible intervención de este sujeto singular, pues con su decisión inicia este vaivén entre intelecto y volición, una interinfluencia circular como la llama el autor, por la que el entendimiento le propone a la voluntad los motivos para decidir, y ésta mueve a aquél para que se los proponga¹¹⁴². El reciclaje cibernético permite el perfeccionamiento del agente, como se aprecia en el caso concreto del trabajo:

¹¹³⁹ *Ibid.*

¹¹⁴⁰ *Ibid.*

¹¹⁴¹ Cfr. *Ibid.*, p. 71.

¹¹⁴² Cfr. C. LLANO, *La reflexión de la «proairesis» aristotélica*, cit., p. 35.

«La capacidad y crecimiento de habilidades en el ejercicio del propio trabajo, *on the job*, es imprescindible: debe buscarse de manera intencional y expresa, al punto de que el trabajador ha de perseguir siempre, de modo continuo y trenzado, tanto el fin natural del trabajo (la venta, la realización del producto, la prestación del servicio o lo que fuese) como ese resultado interno que se retiene dentro del propio trabajador, por el que éste se hace más capaz de hacer lo que hacía, precisamente haciéndolo, gracias a una suerte de reciclaje cibernético autoperfectivo. Este desarrollo por retroalimentación, llamémoslo así, ha de ser, insistimos, expresamente perseguido, de modo que el trabajador debe examinarse frecuentemente si lo procura y lo consigue, o tiene proclividad, en determinados aspectos de sus tareas, a encarrilarse en un inaceptable y mediocre camino de rutina»¹¹⁴³.

2.- El juicio reduplicativamente práctico

Hay que explicar ahora –brevemente– lo que Llano ha denominado juicio reduplicativamente práctico, que es la operación del intelecto que involucra al agente consigo mismo en orden a la acción.

Además del juicio surgido de la reflexión mediante el que el sujeto ve qué es lo que debe hacerse¹¹⁴⁴ –y que, en definitiva, es el que determina el contenido de la idea práctica– el entendimiento hace otro juicio que no mira hacia el contenido, sino al modo de realizar aquello. En este sentido, Llano distingue entre la idea de la práctica –el contenido del juicio especulativo-práctico– y la práctica de la idea –cuyo eje reside en el aspecto volitivo de la idea–. Esta precisión es importante porque a la idea de la práctica pertenecen tanto la teoría sobre el saber práctico en general, como la labor intelectual necesaria para determinar una idea práctica apropiada, es decir, la acción del juicio prudencial para establecerla como causa ejemplar. En cambio, a la práctica de la idea corresponde la causalidad eficiente, es decir, la realización de

¹¹⁴³ C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., p. 180.

¹¹⁴⁴ «La ciencia, la moral, o un buen consejo, puede indicarnos lo que sería conveniente en *un caso dado*: es lo que los escolásticos denominaron *juicio especulativo-práctico*: “esto es lo que debería hacerse”». C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 34.

la idea misma por el agente¹¹⁴⁵. Esta práctica es posible gracias al juicio reduplicativamente práctico.

Este juicio es el detonante de la acción. A esto me referí cuando expliqué las limitaciones surgidas del intelectualismo criticado por Llano, según el cual basta que el entendimiento muestre el bien a la voluntad para que ésta lo siga. Se trata del principio de razón insuficiente según el cual la inteligencia es necesaria; pero no basta en orden a la acción. El entendimiento es causa proponiendo el ejemplar; sin embargo, ni los actos ni el objeto del intelecto, aunque necesarios, bastan para la acción. Es necesario un juicio cuyo objeto sea querido por la voluntad en tanto que singular para ejecutar la acción¹¹⁴⁶.

Según intenté mostrar, el entendimiento no puede causar la operación del agente en el ámbito de lo singular concreto, y ello por razón de su propia naturaleza¹¹⁴⁷. Lo que la voluntad quiere es el singular completo, no el universal abstracto. El agente sólo puede dar con ese ser concreto mediante el juicio reduplicativamente práctico, concebido por el pensamiento de manera abstracta; pero dotado de las particularidades sensibles indispensables para su concepción. No basta, pues, el juicio especulativo-práctico para que la voluntad decida¹¹⁴⁸.

Cuando Llano insiste en que ninguna ciencia es capaz de establecer lo que el agente debe hacer en el aquí y ahora¹¹⁴⁹, lo que quiere decir es, precisamente, que la voluntad sólo puede ejecutar lo que el intelecto le presenta como fruto del juicio reduplicativamente práctico. De hecho, puede decirse que el hombre es dueño de su decisión en la medida en que es dueño de su juicio reduplicativamente práctico: el hombre no sólo es causa eficiente porque actúa en una operación concreta, sino, porque también ha elegido en el plano de la decisión qué va hacer¹¹⁵⁰. La fuerza de dicho juicio radica, precisamente, en su singularidad, no sólo porque el objeto de la voluntad lo es, sino porque le compete al agente mismo en su intimidad. Esta propuesta del entendimiento –la

¹¹⁴⁵ Cfr. C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 158.

¹¹⁴⁶ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 115.

¹¹⁴⁷ Cfr. Capítulo III. «Lo que propone el entendimiento, en cuanto tal, está afectado por el carácter de universalidad. La forma pensada, al no poder ser pensada en todas las condiciones de materialidad con que, a su vez, se encuentra en el efecto, tiene siempre un perfil general y difuso para el hombre» *Ibid.*, p. 113.

¹¹⁴⁸ Resulta especialmente clarificador lo expuesto por Garrigou-Lagrange, quien explica la «indiferencia de la inteligencia» ante los bienes particulares. Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dios. La naturaleza de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas.*, cit., pp. 228-271.

¹¹⁴⁹ Cfr. C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, cit., p. 94.

¹¹⁵⁰ Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Dios. La naturaleza de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas.*, cit., pp. 239-241. Garrigou-Lagrange se basa en *S.Th. I-II* q. 13, a. 6, ad 3 y *De Veritate* q. 24, a. 2.

idea–, que ofrece un bien a la elección de la voluntad, es una propuesta *causal* toda vez que lo que se propone, se propone como aliciente por encima de otra propuesta, como atrayente, en relación al menos con el ejercicio del acto de decidir¹¹⁵¹. Así, el juicio reduplicativamente práctico es

«exclusivamente personal, absolutamente incomunicable, por el que yo, con mi entendimiento, de una manera estrictamente intransferible, pronuncio el dictamen decisorio de mi actuación: “he de hacer esto”, “es conveniente para mí el hacerlo”»¹¹⁵².

Es decir, «el pensar de un modo concreto coloca al hombre en potencia máxima para la acción»¹¹⁵³. Pensar de un modo concreto es hacer un juicio reduplicativamente práctico –reflexionar críticamente¹¹⁵⁴– que coloca al agente en disposición de dar el salto a la acción, no desde lo intelectual abstracto, por supuesto, sino desde lo intelectual concreto mediante el acto voluntario de su decisión. Recuérdese que el primer movimiento en las fuerzas del espíritu para el ejercicio del acto es la voluntad¹¹⁵⁵. Dicho por el filósofo mexicano:

«Todo universal, por lo que implica de realidad concreta, arrastra consigo un cierto aliciente, una cierta capacidad de tracción, a partir de la cual empieza el deseo volitivo: por eso la voluntad comienza a querer el bien propuesto aunque éste se encuentre aún en estado de larvada singularidad»¹¹⁵⁶.

Ante la insuficiencia de la pluralidad de bienes precarios que la inteligencia pone delante de la voluntad y dada la radical importancia de ésta en la decisión, el carácter del sujeto individual comparece aquí como protagonista de la acción, al menos por dos razones: 1) porque la voluntad tiene que encontrar un motivo conveniente para ese sujeto singular que *hic et nunc*

¹¹⁵¹ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 115.

¹¹⁵² C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 34.

¹¹⁵³ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 83.

¹¹⁵⁴ De acuerdo con Llano, la reflexión crítica depende de la voluntad, que «ha de cuidar que la influencia sola que reciba el entendimiento sea la del objeto, sólo la del objeto, y únicamente la que concurra a la influencia causal del objeto sobre el entendimiento. En efecto, enfatizamos el predominio que la voluntad cuenta sobre el ejercicio del entendimiento, y de alguna manera, aunque indirecta o débil, sobre su especificación». C. LLANO, *Reflexio*, cit., pp. 361-362.

¹¹⁵⁵ Cfr. *S. Th.* I-II, q. 6.

¹¹⁵⁶ C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*, cit., p. 115.

decide –que es él mismo, el agente– y 2) porque el comienzo mismo del querer de la voluntad arranca de la naturaleza individual de la persona que quiere. Dado que no bastan las meras influencias intelectuales, apunta Llano, y, por supuesto, «éstas no han de dejarse imprudentemente en la sombra»¹¹⁵⁷, debe insistirse en que el fiel en la balanza de la acción es la propia naturaleza del *suppositum*, sobre quien recae el peso entero de las propias decisiones¹¹⁵⁸. Tal naturaleza es el carácter del individuo. Lo anterior permite comprender en su justa dimensión el siguiente texto de nuestro maestro:

«Las deficiencias de la acción tienen su origen más en la inconstancia de la voluntad que en la carencia de objetividad en la perversión del raciocinio deliberatorio. De donde se deduce que sería más útil el fortalecimiento de la voluntad que el desarrollo de las capacidades intelectuales racionales requeridas en la acción. La inconstancia puede, en ocasiones, ser más grave que la negligencia y la omisión. La omisión representa un *claro no* a la oportunidad; pero la inconstancia significaría más bien un *falso sí* al objetivo. En la omisión no hay pérdida directa de recursos activos; en la inconsistencia, por el contrario, existe una apariencia de acción: la ineficacia está velada por un simulacro de actividad.¹¹⁵⁹

Considero que ahora puede verse con claridad que en la formación del carácter hay un especial énfasis en la determinación de la voluntad como facultad decisiva en orden a la acción, de la que deriva la insustituible importancia del sujeto que decide y en la que radica la, así calificada por Llano, «dramática condición de las acciones humanas»¹¹⁶⁰. En efecto, dado que los bienes particulares no son definitivos para el agente –ninguno de ellos es el bien

¹¹⁵⁷ C. LLANO, *La reflexión de la «proairesis» aristotélica*, cit., p. 37.

¹¹⁵⁸ Cfr. *Ibid.* Lo anterior se verifica especialmente en la acción directiva, que sólo es posible ejercer en sujetos y por otros sujetos. Su ámbito es el *suppositum*. Por ello Llano afirma que en virtud de ello «no podemos acceder a la esencia de la dirección, como actividad humana, más que por el hilo conductor de las humanidades, que tratan sobre los temas centrales del ser humano». C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 102.

¹¹⁵⁹ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 94. Llano lo expresa con un ejemplo obtenido de la literatura: «Hay transgresiones éticas que tienen su origen no ya en pensar erróneamente, sino en no pensar algo del objeto que debería estar presente a la razón, y que la voluntad impide que sea pensado para no verse entorpecida en su conducta indebidamente deseable. Esto lo puede expresar con gran viveza William Shakespeare en la inicial actitud dudosa del hijo de Tarquino el soberbio, quien, finalmente, después de haber rechazado el pensamiento de las mortales consecuencias que le advendrán por ello, decide raptar a Lucrecia». C. LLANO, *Etiología del error*, cit., pp. 51-52.

¹¹⁶⁰ C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 35.

plenario—, se abre el debate de la elección: ¿por cuál de todos me decido? Además, la voluntad es soberana y, sobre todo, el agente está dotado de libertad para elegir cualquier bien precario, por encima de los dictados del entendimiento. Es el agente quien decide y actúa, quien conoce, quiere y realiza lo decidido, no tanto por el mutuo reflejo entre intelecto y volición¹¹⁶¹, sino porque él es quien ha conocido lo que ha decidido¹¹⁶².

El desafío al que responde la *paideia* llanista consiste en el énfasis puesto en la educación del intelecto, sin atender al *suppositum*, al hombre singular concreto, en toda su policromía caracterológica, en su ser particular específico. Así lo advirtió Llano:

«La gran grieta de la educación contemporánea es la separación del acopio de conocimientos y la formación del carácter, de manera que se llega a poner el portentoso poder actual de la técnica en manos de personas caracterológicamente depauperadas»¹¹⁶³.

III.— La *paideia* llanista

Como mencioné al inicio, la filosofía de Carlos Llano mantiene una unidad de sentido en torno a la formación del hombre a partir de un ideal de excelencia. Lo que pretendo mediante el uso de la noción de *paideia* llanista es establecer esa coherencia conceptual de los postulados de Llano en torno al carácter como perfil moral de identidad del singular, postulados que son apreciables a lo largo de su obra y vida.

¹¹⁶¹ «La mutua interacción entre el entendimiento (que propone a la voluntad un motivo para elegir) y la voluntad (que mueve al entendimiento para que le proponga ese motivo), plantea indiscutiblemente un problema de prioridad entre estas facultades. Se da entre ellas una flexión mutua, y no solamente una versión absoluta sobre el objeto. Hay, sí, un pulcro círculo de la acción humana descrito por santo Tomás, según el cual el bien mueve al entendimiento para que lo proponga a la voluntad y la voluntad lo quiera, círculo que tiene su punto de partida en el bien conocido y su punto de llegada en el mismo bien pero y aquerido. Pero este círculo implica una fase en que la corriente circular se cierra anticipadamente: es cierto que el entendimiento le propone a la voluntad un bien para ser querido; pero la voluntad puede volverse no ya sobre el bien propuesto, sino sobre el entendimiento que lo propone, para que proponga otro bien por otro motivo, y a su vez el entendimiento se vuelve sobre la voluntad par proponérselo de nuevo». C. LLANO, *La reflexión de la «proairesis» aristotélica*, cit., p. 34

¹¹⁶² Cfr. C. LLANO, *Etiología del error*, cit., p. 37

¹¹⁶³ C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 1

Ahora bien, si la educación no se limita estrictamente a provocar la adquisición de ciertos conocimientos y habilidades en el curso de la niñez, su acción es susceptible de entenderse también como proyecto de civilización que alcanza al ámbito de la configuración del carácter. La educación, originalmente ejercida sobre el niño, se amplía en la acción del adulto, que debe asumir la construcción de sí mismo en el mundo vital como formación.

A partir de la instrucción *Libertatis conscientia*, promulgada por Joseph Ratzinger el 22 de marzo de 1986, Llano estableció tres objetivos elementales de la educación¹¹⁶⁴ que ahora pueden ser atribuidos a su *paideia*: 1) la construcción ética del carácter, 2) la profundización de la vida espiritual y 3) la formación en la prudencia política requerida para el autogobierno y para la gestión de las relaciones humanas. Este proceso formativo depende de un concepto modélico o idea práctica –el *panaristós*–, como causa ejemplar o principio que dirige la acción¹¹⁶⁵.

Me parece que dicha *paideia* fue gestándose como respuesta a tendencias educativas que, en su momento¹¹⁶⁶, el autor objetó por dos motivos principales: 1) al carecer de justificación antropológica alguna, dependían de las modas vigentes y 2) consistían en un mero adiestramiento técnico con fines poiéticos y no práxicos. El talante de esos sistemas educativos sesgados favorece el mero funcionamiento tecnoestructural; en consecuencia, inhiben la posibilidad de que el hombre se forme verdaderamente, pues obstruyen su creatividad y el despliegue de sus virtualidades. Llano destacó la importancia de la construcción de la propia personalidad y anticipó la pérdida de riqueza de matices en los hábitos de vida y las costumbres¹¹⁶⁷ como efecto de la mentalidad funcionalista imperante basada en determinismos de diverso cuño¹¹⁶⁸. A su

¹¹⁶⁴ Cfr. C. LLANO, *La doctrina de la Iglesia en materia educativa y el Programa nacional de educación 1984-88*, cit., p. 5.

¹¹⁶⁵ Por eso cabe afirmar que el presupuesto de la *paideia* llanista es la teoría de la idea práctica, como intentaré mostrar en este apartado.

¹¹⁶⁶ Me refiero, sobre todo, a la década de los sesenta. No puede obviarse el momento histórico dentro del que se insertan las primeras publicaciones de el autor. Vale la pena recordar aquí que Llano fundó la revista *Istmo* en 1959; ahí se larvaron a modo de artículos *Análisis de la acción directiva* y *Las formas actuales de la libertad*. Pero, además, el propio objetivo de la revista era formativo. *Istmo* dio voz a autores cristianos –Llano mismo, según adelanté en el capítulo II– en un contexto ideológico muy polarizado, tanto por el Concilio Vaticano II como por la buena acogida –y altísima difusión– que en muchos círculos intelectuales de México tuvo el marxismo de esa época. (Cfr. H. ZAGAL, *Carlos Llano*, cit., pp. 38-57).

¹¹⁶⁷ Cfr. C. LLANO, *La doctrina de la Iglesia en materia educativa y el Programa nacional de educación 1984-88*, cit., p. 6.

¹¹⁶⁸ «Se encuentra ya en franca derrota el concepto conductista del ser humano. Si lográramos convencernos –se dijo entonces– de que el hombre no es más que un animal complejo, el hombre se comportaría como un buen animal domesticado... Las técnicas pedagógicas del conductismo han procurado seguir estos principios, aunque hoy, después de casi un siglo, podemos comprobar que el

juicio, la tendencia a la uniformidad trae aparejada la desaparición de la personalidad en beneficio de un funcionalismo en que diluye el carácter en procesos mecánicos con fines de poder, rentabilidad o fama. Centrada en programas, la instrucción reduce al maestro y al discípulo a una relación genérica despersonalizada. El fin de este sistema educativo no es ya la construcción de un carácter, sino la obtención de un título que garantice que los conocimientos ofrecidos están ahora en posesión del alumno¹¹⁶⁹.

Llano fue capaz de advertir en esa tendencia educativa tan propagada por entonces –exclusivamente centrada en la emancipación del educando– un abandono de la verdad radical sobre el hombre y una aspiración al advenimiento de una sociedad libre de dominio. No se trata de liberarse de sino de ser libre para. El objetivo de la *paideia* así concebida no es la emancipación del educando, sino que éste llegue a descubrirse como proyecto¹¹⁷⁰, esto es, como hombre en vías de hacerse a partir de un ejemplar, que responde a una finalidad dada.

Admitir que para Carlos Llano la educación no sólo compete a la instrucción, sino que abarca la construcción consciente de la propia personalidad¹¹⁷¹ y de un ámbito cultural es lo que permite denominarla *paideia*¹¹⁷². En el siguiente texto queda de manifiesto dicho presupuesto:

«Llamamos educación, de manera especial, al desarrollo de la inteligencia (conocimientos, racionalidad). Reservamos el término formación al desarrollo del carácter. En alemán *Bildung*, significa formación y construcción. De alguna manera es más elocuente: se construye y forma una personalidad. La línea entre ambas esferas no es nítida, como tampoco existe una frontera intransitable entre

hombre no es un animal, pero termina siéndolo si nos empeñamos en ello». C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 81.

¹¹⁶⁹ Cfr. C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 70.

¹¹⁷⁰ «El fin de la educación es la persona. La precedencia educativa está en la persona. La precedencia educativa recae sobre la persona misma, que es la destinataria de todo quehacer pedagógico, y, al propio tiempo, el factor decisivo de toda educación verdadera. Por eso se equivocan en este terreno aquellos movimientos sociales que pretenden suprimir al hombre que hace el mal, en lugar de suprimir el mal que hace el hombre, porque el hombre –la persona– es primero. Es primero, insisto, como objeto de la educación –la educación es el desarrollo de la persona– y como factor educativo –toda educación es una tarea personal–». C. LLANO, *La doctrina de la Iglesia en materia educativa y el Programa nacional de educación 1984-88*, cit., p. 4.

¹¹⁷¹ Cfr. W. W. JAEGER, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, FCE, México 1982, p. 11.

¹¹⁷² Cfr. H.-G. GADAMER, *Verdad y método*, cit., pp. 38-48.

inteligencia y voluntad. [...] Por ende, educación y formación se reclaman mutuamente»¹¹⁷³.

Es precisamente por su peculiaridad formativa –como *Bildung*– que la *paideia* depende de lo modélico¹¹⁷⁴. Piénsese en el caso de la edificación de una casa: sin planos, el trayecto hasta su concreción sería, al menos, difícil. La arquitectura establece las pautas modélicas necesarias para construir aquello. La operación de los obreros se dirige hacia el ejemplar propuesto por el arquitecto.

1.— Lo modélico práctico

El hombre se crea a sí mismo –llega a ser lo que es– a partir de la definición de un proyecto modélico. De acuerdo con Llano, si la antigüedad clásica poseía «una **idea del hombre** y a partir de ella ensayaba, sí, con desigual fortuna, modelos para la sociedad»¹¹⁷⁵, hoy debe revitalizarse esta enseñanza sobre la imperiosa formación de la personalidad, del ἦθος. El objetivo de esta *paideia* será darle estructura a la persona mediante un proyecto, cuya realización depende de un ejemplar modélico, de una idea de hombre¹¹⁷⁶.

«La *paideia* griega, tendiente a un *panaristós* ideal humano, es un barrunto, no explicitado después por la historia, de esa **idea**

¹¹⁷³ C. LLANO – H. ZAGAL, *El rescate ético de la empresa y el mercado*, cit., pp. 70-71.

¹¹⁷⁴ Al explicar la preferencia del pensamiento alemán por *Bildung* sobre *Formierung*, Gadamer hace ver que no fue una opción casual, porque en *Bildung* está contenida «imagen». «El concepto “forma” retrocede frente a la misteriosa duplicidad con la que *Bild* acoge simultáneamente “imagen imitada” y “modelo por imitar” (*Nachbild* y *Vorbild*)». H.-G. GADAMER, *Verdad y método*, cit., p. 40.

¹¹⁷⁵ C. LLANO, *Empresa y universidad en el futuro*, Facultad de Filosofía - Universidad Panamericana, México 1994, p. 6.

¹¹⁷⁶ Dicho con Eduardo Nicol: «El hombre convierte las potencias en posibilidades; es decir, obtiene de ellas las posibilidades diversas, y además es productor (ποιητής) de otras que son imprevisibles, que no son inmediata y literalmente potenciales. La posibilidad sería la *poesía de la existencia*. Esto realza el factor carácter: lo decisivo en el proceso de la acción es justamente la agencia que decide. El *ethos*, dice Heráclito, es para el hombre su destino». E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 39.

Por otro lado, Alejandro Vigo es especialmente esclarecedor cuando explica la estructura teleológica de la acción en Aristóteles. Afirma que «los agentes de la *prâxis* se caracterizan por obrar, de uno u otro modo, sobre la base de una cierta representación de la vida buena o lograda». A. G. VIGO, *Prâxis como modo de ser del hombre. La concepción aristotélica de la acción racional*, cit., p. 63.

ejemplar que el hombre habría de tener de sí para hacerse a sí mismo»¹¹⁷⁷.

La posibilidad de la excelencia reside en la propia realidad inacabada del hombre, que mira a un modelo de excelencia. El *πανάρριστος* sigue siendo un ideal realizable a pesar de que nunca se concretará plenamente¹¹⁷⁸. Se trata de lo modélico práctico. En expresión de el autor, este «no llegar» supone en sí mismo la aspiración de alcanzar el ideal, una aspiración que es detonante de la creación humana¹¹⁷⁹, aunque no se logre del todo; porque a idea práctica no se degrada en su realización, sino que la realidad que va consiguiéndose se enriquece con su puesta en el ser¹¹⁸⁰. Lo modélico práctico es principio del proyecto, en tanto cuanto detonador de la acción.

«En todo proceso creativo, la creación arranca precisamente del proyecto: hay una creación previa, en la conciencia, que llega a su plenitud en la actividad práctica; es una pre-creación de la que depende todo el acento creador de la acción ejercida para actualizar en la realidad lo potencialmente contenido en la conciencia, en forma de proyecto»¹¹⁸¹.

Se aprecia ahora cómo la idea práctica marca la pauta para que el agente logre configurar la realidad prefigurada en ella. Si la plasticidad dinámica del agente responde a las circunstancias imponderables de la realidad, la condición de elasticidad exigida a la idea práctica –como un *estarse-intentando* que, a la vez, regula la acción del hombre– se corresponde a la propia materia de perfeccionamiento que es el agente, libre e inmerso en la contingencia. Me

¹¹⁷⁷ C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 81. Como explica Nicol, la *paideia* griega, como «proeza insigne de la filosofía [...] es nada menos que el proyecto, digamos el ideal, de un a forma de vida para el hombre y su comunidad política. De lo que se trataba, en efecto, era de presentar y promover una clase (τύπος) de hombre, cuya conducta ya no estuviese moldeada por la pasión (πάθος), como en la poesía épica, sino por la razón (λόγος), como en la filosofía; no por la ficción (μύμησις), sino por la verdad (ἀλήθεια)». E. NICOL, *Formas de hablar sublimes: poesía y filosofía*, UNAM - Instituto de Investigaciones Filológicas, México 1990, p. 148.

¹¹⁷⁸ «Gadamer se plantea hoy está misma cuestión en los siguientes términos: “¿Hay una semejanza entre el hombre que...es un proyecto a partir de sus posibilidades –digamos ahora a partir de su *eidos*– y el artesano que prepara un plan intencional, un *eidos*, y que sabe cómo ejecutarlo en la materia”» C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 82. Llano cita H. G. GADAMER, *Le problème de la conscience historique*, Publications Universitaires de Louvain, Louvain 1963, p. 54. (La traducción es de él).

¹¹⁷⁹ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 71.

¹¹⁸⁰ Cfr. C. LLANO, *La idea práctica en la acción práctica*, cit., p. 76.

¹¹⁸¹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 134.

parece que cabe admitir que, por lo anterior, la idea práctica es el sustrato teórico del proceso de formación del carácter.

2.- Ámbitos formativos del carácter

La *paideia* llanista exige ámbitos formativos personales. Nuestro maestro concibe la educación como una relación personal, en contra de la propuesta funcionalista. Tal como afirma:

«En la educación erigida como función del Estado, se hace imposible aquella originalidad propia que Søren Kierkegaard exigía a todo maestro, el cual, para serlo, no habría de resultar extraño a aquello que constituye el contenido de su enseñanza, como si “no lo tuviera siempre conmigo” –decía–, pues maestro sólo será quien es, *él mismo*, expresión de lo que enseña, de modo que el logro de la enseñanza no depende tanto de las palabras que se utilicen –los temas, los programas– cuanto del hecho existencial de que el maestro sea o no él mismo lo que enseña»¹¹⁸²

Esos ámbitos deben ser de ejemplaridad; ahí, según el criterio de proximidad, la virtud se expande: «el carácter se desarrolla primordialmente por ejemplaridad, transmisión existencial o contagio»¹¹⁸³. Para Llano, el ejemplo, su imitabilidad y el contagio son en realidad expresiones de la acción creativa: «crear, en sentido ontológico estricto, es descubrir y desarrollar en las personas cualidades que hasta ahora eran ignoradas o inexploradas»¹¹⁸⁴.

Se trata de las así llamadas por el autor «sociedades idiosincráticas» –de carácter personal– donde brotan los verdaderos hábitos del ser y se incuban las relaciones humanas originarias¹¹⁸⁵. Ahí, en el mundo de la vida corriente,

¹¹⁸² C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 71.

¹¹⁸³ Prólogo C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. viii. Véase también: C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 159. Como apunta: «Admítase, pues, el término *contagio* para hacer una semejanza entre el contraer una enfermedad corporal y la transmisión de una virtud caracterológica». C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, cit., p. 108.

¹¹⁸⁴ C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, cit., p. 109.

¹¹⁸⁵ Cfr. C. LLANO, *La familia en el desarrollo de las organizaciones contemporáneas*, cit., p. 190. De ahí la importancia de las sociedades idiosincráticas o comunidades locales, como clave de la configuración de la sociedad. «El ejemplo y el contagio de la virtud es indispensable para su consecución: la vida institucional de la familia, la fábrica, la escuela, la parroquia o la universidad en la que brotan los verdaderos hábitos de

comparece el hombre de la calle como único protagonista de la política y de la economía¹¹⁸⁶. En esas «comunidades vitales»¹¹⁸⁷ nacen las ligaduras esenciales que dotan a la persona de las posibilidades que le acercarán al bien plenario¹¹⁸⁸. Se trata de la familia, la universidad y la empresa. De ésta última expuse algunos aspectos fundamentales en el capítulo II¹¹⁸⁹, por lo que aquí explicaré más ampliamente las dos primeras. Sin embargo, al final de este apartado me detendré brevemente en la empresa, para redondear su perfil como ámbito de la *paideia* llanista.

a. — Familia y universidad

Aunque el filósofo mexicano no ofrece ninguna definición expresa de familia, es posible inferirla a partir de un estudio del *corpus*: se trata de la comunidad natural y original del hombre, que lo determina biológicamente y donde recibe su primera formación ética, inspirada en una concepción cristiana de la existencia¹¹⁹⁰. La familia es, por lo tanto, el *topos* específico de la persona¹¹⁹¹ y, por ende, «el lugar privilegiado del mundo de la vida corriente»¹¹⁹².

Llano admite que el hombre es un ser social. Sin embargo, no se trata de un mero ζῶον πολιτικόν, sino de un ser espiritual llamado a la trascendencia.

ser, y en donde el protagonismo de la política y de la economía nos remite a la virtud moral de la gente de la calle, a la reciprocidad civil de la que surgen incontinentemente iniciativas sociales: la valoración de grupos familiares, la ascensión del voluntariado, la eficacia de las organizaciones no gubernamentales, los movimientos de espiritualidad religiosa... Junto a la ejemplaridad caractereológica que, invariablemente se da en las sociedades vitales de orden personal, contribuyen a la configuración del carácter los interlocutores relevantes: mis familiares, mis amigos, mis alumnos, mis directores, mis compañeros de trabajo». C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 243.

¹¹⁸⁶ Cfr. C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, cit., pp. 108-112. De ahí que la influencia y la motivación sean cualidades de la amistad (cfr. C. LLANO, *Análisis filosófico del concepto de motivación*, cit., pp. 32-44).

¹¹⁸⁷ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 221.

¹¹⁸⁸ Cfr. C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 33.

¹¹⁸⁹ Cfr. supra. pp. 33-33.

¹¹⁹⁰ Al decir biológicamente, Llano habla del estatuto fisiológico, de la génesis material del individuo. Para el autor, la familia es la comunidad natural surgida de la unión entre un hombre y una mujer, donde «encuentra indefectiblemente su germen» y el fundamento de su espiritualidad: «una génesis biológica común arranca un amor irrefutablemente espiritual». Cfr. C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., pp. 108-110, C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 94 y C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., pp. 128-130.

¹¹⁹¹ «Afirmamos que la dignidad de la persona no tiene hoy más protección que la familia; que el *topos* genuino de la dignidad humana se encuentra en el hogar». C. LLANO, *La familia en el desarrollo de las organizaciones contemporáneas*, cit., p. 200.

¹¹⁹² *Ibid.*, p. 201.

El hombre es social hilemórficamente: no sólo en términos de la satisfacción de sus necesidades materiales, sino, sobre todo, de su perfeccionamiento espiritual. La formación del carácter, por lo tanto, se consigue en buena medida mediante la convivencia con personas ejemplares¹¹⁹³. Las relaciones de amor que establece en comunidad son clave en la configuración de la sociedad¹¹⁹⁴; dichas relaciones nacen en el seno de la vida institucional de la familia, que «es el lugar donde se hace el carácter»¹¹⁹⁵, como emanación del amor conyugal: constante, fiel y responsable¹¹⁹⁶. De ahí brotan los verdaderos y definitivos hábitos del ser singular¹¹⁹⁷. Por eso Llano afirmará que la educación social del ciudadano encuentra su cimiento en el amor familiar y, por lo tanto, de la familia dependerá todo el armazón social¹¹⁹⁸, porque ahí «se aprende –cuando se aprende– el más alto y fundamental de los menesteres: ser hombre»¹¹⁹⁹. No es otro el sentido de la afirmación del filósofo mexicano cuando dice que la familia es el lugar privilegiado del *Lebenswelt*¹²⁰⁰. La sociedad sólo será habitable en la medida en que las personas que la componen sean virtuosas. «No hay *ethos* sin *ethos*: no tendremos un modo habitual de ser si carecemos de hogar»¹²⁰¹.

Para el autor, lo que podría considerarse cierta decadencia moral, cuyos signos recientes son la crisis ecológica y la corrupción política, no es consecuencia sino de la falta de carácter en los individuos que componen la sociedad. La ausencia de responsabilidad en gobernantes, informadores y empresarios es síntoma de la despersonalización de la sociedad a manos del poder, el dinero y la fama¹²⁰² que, no sólo homologan al conjunto de individuos –contra su naturaleza heterogénea–, sino que también se alían en contra de la

¹¹⁹³ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 241. Lo había expresado ya Aristóteles, para quien en el aprendizaje de la virtud es indispensable la convivencia con otros: cfr. EN. 1170a 10-13 y 1172a 10-15.

¹¹⁹⁴ Con Homero habría que afirmar que «en nada es inferior a un hermano aquel que es compañero y sabe juiciosos consejos». *Odisea*, 585-586. (Uso la siguiente edición: HOMERO, *Odisea*, cit.).

¹¹⁹⁵ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 109.

¹¹⁹⁶ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 127.

¹¹⁹⁷ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 242.

¹¹⁹⁸ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 109.

¹¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 215.

¹²⁰⁰ Cfr. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 52.

¹²⁰¹ *Ibid.*, p. 53.

¹²⁰² Cfr. *Ibid.*, pp. 1-35 y C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., pp. 58-85. Llano explica aquí la diferencia entre el mundo de la tecnoestructura, formado por el mercado, el Estado y los medios de comunicación, y el mundo de la vida corriente. El autor advierte del peligro de inadvertir la fuerza de homogeneización que entrañan estos tres compuestos de la tecnoestructura, sobre todo, de los medios de comunicación masiva y el mercado, dada su inevidencia. Cfr. C. LLANO, *La familia en el desarrollo de las organizaciones contemporáneas*, cit., p. 189.

persona misma, en una especie de conspiración¹²⁰³ en menoscabo de la naturaleza espiritual del hombre, de su dignidad y, por lo tanto, de la consecución del proyecto vital personal.

Los problemas sociales, entonces, no se resolverán mediante la racionalidad moderna y su obcecada promulgación de regulaciones y normativas, cuyas manifestaciones son el funcionalismo del Estado, la comunicación masiva y la competencia mercantil, sino gracias a la acción singular de quienes integran las solidaridades primarias, cuyo paradigma es la familia. Así, escribe Llano:

«En la breve crónica de los grandes días no cuentan las hipótesis académicas sino que aparecen con la energía y fuerza de individuos que son quienes escriben la historia real y singularizada. Empiezan a valer los esquemas de acción basados en la persona misma. Esos que explican la historia bajo el modelo social de los círculos concéntricos, que diríamos nosotros, o las esferas de circunstancialidad, que dirían Ortega y Gaos, en donde la generalidad de los círculos más amplios depende del coraje, el empuje y la explosión de círculos encerrados en los círculos más pequeños, que no son sino un *puñado de personas*. También en esto lo universal depende de lo singular. Lo decisivo es pertenecer nosotros a ese *puñado de hombres*»¹²⁰⁴.

Se trata de una «revolución silenciosa»¹²⁰⁵ gestada en el seno mismo de la familia, donde el hombre puede descubrir que la amistad es crucial para el funcionamiento de esas solidaridades primarias que constituyen la red primordial del *ethos* de la vida, donde el hombre se hace más hombre y reside la sustancia de eso que puede ser verdaderamente denominado cultura¹²⁰⁶. En esta asociación primaria que es la familia, lo originario es, precisamente, la relación directa de las personas como seres singulares. Ahí, en esa primera convivencia familiar, «la formación del carácter se consigue de manera prístina e

¹²⁰³ Cfr. C. LLANO, *La familia en el desarrollo de las organizaciones contemporáneas*, cit., p. 189.

¹²⁰⁴ Cfr. C. LLANO, *Algunas consideraciones sobre el conocimiento del singular*, cit., p. 82.

¹²⁰⁵ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 62.

¹²⁰⁶ Cfr. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 17.

insustituible»¹²⁰⁷, pues los padres son los primeros que transfunden en nosotros el carácter en el que debemos ser formados.

Dentro del contorno del llanismo, ese ambiente fecundo para la creatividad y el despliegue de las virtualidades humanas viene dado por la persona misma en la medida en que establece relaciones de amistad con el otro para construir verdaderas comunidades, que encuentran su expresión original –y más acabada– en la familia:

«En la vida pública rige el criterio operativo de la eficacia; alcanzamos aquello de lo que carecemos, por ese movimiento fuerte del ser humano que llamamos *desiderium*. En el mundo ordinario familiar rige el criterio operativo de la fecundidad, por ese movimiento no menos compulsivo y apremiante, llamado *effusio*, que impele a compartir aquello que tenemos. La eficacia persigue lograr objetivos; la fecundidad, expandirse en frutos.

Hoy, por fuerza del mercantilismo imperante, se ha propalado la errónea idea de que el impulso natural del hombre es el del deseo de remediar nuestras carencias y no la efusión de nuestra plenitud. Los muchos que así piensan marginan la vida familiar y su profundo mordiente educativo; han arrinconado la vida del espíritu, la cual se acrecienta al compartirse, y se limitan sólo a lo material, que se pierde cuando se comparte»¹²⁰⁸.

Por ello, la familia es dentro del llanismo el ámbito por excelencia de la formación del carácter¹²⁰⁹ y no puede ser marginada en la construcción de la personalidad del hombre. Su relevancia es insustituible porque los hilos conyugales, paternos, filiales y fraternos en el entramado de amistad y convivencia que se dan en la familia unen a las personas en su condición de puro ser: ahí, en la familia, cada miembro es considerado en atención a su cualidad absoluta que le corresponde como persona: sólo la familia es capaz de comenzar la formación del oficio de hombre¹²¹⁰.

¹²⁰⁷ C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 241.

¹²⁰⁸ C. LLANO, *El oficio de ser hombre*, publicado en *Istmo*, 214/9/1994, p. 23.

¹²⁰⁹ Cfr. C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., pp. 1-17. Estas páginas corresponden al capítulo llamado así: «La familia como ámbito por excelencia de formación del carácter».

¹²¹⁰ Cfr. *Ibid.*, p. 5.

Ahora bien, aunque la esfera familiar es insustituible, es claro que no puede restringirse a ella la formación del carácter. Como explica Llano¹²¹¹, la formación del carácter –la *paideia*– es una tarea de toda la vida, no sólo en su mantenimiento, sino, también, en su desarrollo y plenificación. En esta labor, la universidad tiene un deber impostergable. Llano critica duramente la sistematización funcionalista que se ha infiltrado en tantas esferas de la sociedad, pues la considera contraria a la permanente dinámica humana. En tal caso la idea práctica sería un arquetipo absoluto, lo que impediría corregir lo ideado, pues lo producido sería tanto más perfecto en la medida en que coincidiese con la idea. Sin embargo, «la idea ejemplar humana es de suyo, a su vez, perfeccionable y el racionalismo de la práctica olvida este carácter débil de la idea»¹²¹². El modo de ser abierto del proceso regulador que es la idea práctica va en contra de este racionalismo, en el que la sociedad funcional encuentra su procedencia.

A diferencia de la virtualidad humana, siempre incesante y creativa, la sociedad funcional apuesta por modelos de aprendizaje basados en condicionamientos mecánicos al margen de referencias morales que son, según sus propios parámetros, la causa de los errores humanos. La proliferación de manuales y el encumbramiento de los procesos en la actividad humana es síntoma de una especie de homeostasis ética¹²¹³, en menoscabo de la riqueza de la virtualidad del ἦθος del hombre.

Este riesgo fue advertido por Llano, quien percibió que buena parte de lo que se enseña en las universidades tiende al funcionalismo, debido a la creencia en que toda solución social dependerá del adecuado funcionamiento de la tecnoestructura ¹²¹⁴. El hombre mismo es, en este sentido, un elemento perturbador –una variable que no encaja en ningún sistema–; por ello, el funcionalismo busca anularlo. En tal caso, sin embargo, la propia sociedad «se somete al propio funcionamiento como aspiración máxima»¹²¹⁵; la libertad queda suspendida por atentar en contra del sistema.

Los imponderables humanos son una amenaza latente que lleva a cualquier sistema funcionalista a normar la actividad humana; nada puede

¹²¹¹ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., pp. 220-222.

¹²¹² C. LLANO, *Sobre la idea práctica (2ª)*, cit., p. 46.

¹²¹³ Cfr. C. LLANO, *Función, plan y proyecto*, cit., p. 33.

¹²¹⁴ *Ibid.*

¹²¹⁵ Si se aprende el modo en cómo funciona la sociedad, se estará en condiciones «de defenderse de los retos de aquellos factores que ponen en crisis el buen funcionamiento del sistema y nuestra funcional inserción en él (defenderse de la inmigración, la violencia, el sida, la droga, etc.), no como atentatorios para el valor del hombre sino para la funcionalidad del sistema». *Ibid.*

escapar a su rígida objetividad científica, única vía segura para la obtención de resultados. No ocurre así en el caso de la idea práctica, que es creación pura: cada actividad humana puede, ella sola, inaugurar la de toda la especie, incluso en la operación más rutinaria¹²¹⁶. La novedad es uno de los rasgos intrínsecos a la condición humana y, en contrapartida, no puede decirse que la estabilidad – ni su consecuencia natural: la homeostasis– pertenezca propiamente al ámbito del hombre¹²¹⁷.

Recuérdese que para Llano el hombre adquiere su mayor grado de desarrollo por la creación, no por la reiteración¹²¹⁸. Y esto es así por efecto de la idea práctica. La *prâxis* llanista es un verdadero salto en el proceso de creación humana porque «obliga al hombre a superarse no sólo frente a las necesidades, sino frente a las oportunidades de acción»¹²¹⁹. Al ser proceso, la idea práctica es una *re-creación* permanente en el sentido antropológico más literal, que Llano descubrió en Heidegger:

«Sólo el hombre puede encarnarse con su propio ser como con una empresa. Es ésta una nota del ser del hombre que ha sido puesta en relieve, –con un nuevo vigor– por el existencialismo contemporáneo, precisamente como reacción ante los proyectos superficiales de hoy: que el proyecto básico del hombre no se limite a su relación con las cosas que lo circundan ni a sus posibilidades operativas, sino que se adentre hasta la relación consigo mismo, como hechura ontológica inacabada. Cuando Heidegger nos recuerda que el ser del hombre es proyectarse, nos está diciendo que es reflexivo, en su sentido más fuerte, porque el hombre es producto de sí mismo puede *hacer-se*; y como tal *hacer-se* se refiere directamente a su propio ser, el ser del hombre no

¹²¹⁶ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 10.

¹²¹⁷ «Este protagonismo innovador, este nuevo modo de pensar, sólo será posible a condición de que se tome en serio y no se banalice en temas superficiales. La principal capacidad de inauguración humana no se refiere a productos o servicios mercantiles, como ahora reductivamente se entiende la creatividad; *la creatividad del hombre se refiere al hombre mismo*, a su proyecto de ser, que es para Heidegger más propiamente humano que el ser que ya se es. Por ello, cuando hablamos de creatividad, referida al hombre, no empleamos una metáfora, si el hombre utiliza esta potencialidad suya para recrear su propio ser. Ha de hablarse de *creación* no tanto para *crear* un conjunto de bienes o de servicios, sino cuando el hombre se hace lo que realmente es. De ahí que el acto creativo humano se refiere únicamente, o al menos originalmente, a la decisión de su proyecto de vida o, para evitar equívocos superficiales, de su propio y personal proyecto de ser». *Ibid.*

¹²¹⁸ Cfr. supra cap. III.

¹²¹⁹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 135.

consiste en ese mero ser que es, sino en un *estar siendo-se* dinámicamente reflexivo»¹²²⁰.

Es decir, la esfera –permítaseme la expresión– donde la creatividad humana se despliega de manera principal se refiere al hombre mismo, como proyecto de ser. La acción gerundiva –el «*estar siendo-se* dinámicamente reflexivo» del texto– es, precisamente, la *prâxis*, la acción que le compete al hombre mismo en tanto que hombre. Las consecuencias de la poietización de la acción humana en detrimento de su sentido práxico se perciben con especial claridad en el estudio que Llano hace en paralelo de dos instituciones fundamentales de la sociedad: la universidad y la empresa. En el primer caso advierte que es un error pensar que la formación universitaria debe alejarse del mundo inarticulado del *Lebenswelt*, para abocarse exclusiva y denodadamente a la formación de la mente mediante la técnica y la ciencia.

Sin embargo, al renunciar a la formación de toda la persona –de todo el *suppositum* que es carne, huesos y alma: inteligencia, voluntad, sensibilidad y carácter¹²²¹– para dedicarse sólo a la *cientificación* del pensamiento, la universidad se arriesga a dejar a la deriva al universitario, que queda sumergido en el mismo sistema que reduce toda acción loable –prudente, sabia– en términos de rentabilidad y que excluye a la misma persona en aras de la ganancia, la productividad y el rédito¹²²². Así, la propuesta de Llano consiste en devolverle a la universidad su dimensión personal:

«La universidad, insisto, debe enraizarse en ese mundo [de la vida corriente] e influir en él. So pena de que, al preparar al hombre en su *oficio profesional*, lo dejemos impreparado en su *oficio de hombre*»¹²²³.

En el segundo escenario, Llano plantea la disyuntiva que el activismo poético –el llamado, por Benedicto XV, americanismo– le presenta a la

¹²²⁰ C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit., p. 62.

¹²²¹ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 5.

¹²²² «Definido en términos filosóficos, nos hemos introducido en un sistema económico que se dirige primordialmente hacia el espacio entendido como rentabilidad; que trata la *praxis* aristotélica (el hacerse y rehacerse propio del hombre) como *póiesis* (el hacer y transformar las cosas que son exteriores al ser humano), no distinguiendo entre la *fabricación de un producto* y el mayor *logro de la vida humana*, aplicando a ambos procesos las mismas categorías e incluso dando prioridad a la primera sobre la segunda: *se desplaza al ser humano con la atención prioritaria del sistema*. Diremos que, de este modo, *el hombre se excluye a sí mismo*». C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 17.

¹²²³ C. LLANO, *La misión de la universidad*, cit., pp. 83-84.

sociedad: optar por la mercantilización de la vida corriente o por permitir que el mercado se deje impregnar de los valores sencillos, leales, fiduciales, amistosos, del *Lebenswelt*¹²²⁴. A todas luces, la primera alternativa prima hoy sobre la segunda, una visión mercantilista químicamente pura que, por idealista es inexistente, y que se ha encarnado en el materialismo que concibe las relaciones personales según «la fría y rígida máxima del *do ut des: doy para que me des*»¹²²⁵.

Si la idea práctica es un proceso regulador abierto, su modo de perfeccionarse no puede ocurrir en el encorsetamiento racionalista propuesto por el funcionalismo. Por lo tanto, las acciones propiamente dichas responderán mejor a esa flexibilidad y versatilidad establecidas por la idea práctica en un ambiente que permita la re-creación que le es propia, como un proceso que se opone a la rigidez e inflexibilidad de los sistemas¹²²⁶.

Esta re-creación encuentra su realización mediante la acción concreta de cada singular: de cada persona¹²²⁷. Cuando Llano asegura que en la educación universitaria la persona es primero¹²²⁸, lo que quiere decir es que debe centrarse en el singular como único factor que posibilita su propio perfeccionamiento: cada alumno es, en sí mismo, un nuevo proyecto; cada estudiante es el proyecto universitario más importante ahora y hacia el futuro¹²²⁹. Lo contrario es caer en la homeostasis que todo sistema funcionalista entraña, sea en la organización burocrática derivada del marxismo, sea en la masificación consumista surgida

¹²²⁴ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., pp. 78-85.

¹²²⁵ C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, cit., p. 93. En caso contrario, «sucede que los modelos económicos –la economía social de mercado incluida– no son los rectores fundamentales de la sociedad, porque la economía no es la pieza principal de la vida. La vida es más rica, heterogénea y profunda que la economía; los modelos económicos –los pocos modelos económicos con que contamos, en el caso de que fueran varios– pueden vivirse de muchas maneras en este sentido rico, heterogéneo y profundo de la vida». C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 79.

¹²²⁶ A diferencia de las operaciones sistematizadas, «las acciones flexibles pueden hacerse más fáciles sujetos de la versatilidad, y, al atacar los hábitos rutinarios (con el convencimiento de que cualquier cosa siempre puede hacerse mejor), propician las disposiciones creativas y emprendedoras. *El racionalismo es inflexible*». C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 169.

¹²²⁷ Recuérdese que para Llano los singulares no son las cosas o los acontecimientos, sino las personas. Por eso, «verterse sobre el singular es verterse sobre nosotros mismos que, aunque en minúsculas, somos más importantes que todo lo que acaeciese en el mundo». C. LLANO, *Algunas consideraciones sobre el conocimiento del singular*, cit., p. 77.

¹²²⁸ «La Universidad Panamericana ha sido criticada en el punto que es precisamente nuestra característica diferencial y definitiva: preocuparnos no sólo de la enseñanza técnica y científica sino especialmente de la formación de la persona. Todo es importante, sin duda, pero la persona es primero». C. LLANO, *Lección magistral en la apertura del simposio: «Las publicaciones de Søren Kierkegaard de 1843»*, cit., p. 315. Al referirse también a la universidad de la que fue rector fundador, escribió: «Nuestra universidad trabaja con el convencimiento de la prioridad ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia». C. LLANO, *Empresa y universidad en el futuro*, cit., p. 25.

¹²²⁹ Cfr. C. LLANO, *El nuevo empresario en México*, cit., p. 278.

del mercantilismo. Toda transformación social –para bien o para mal– provendrá, entonces, de la energía de la persona, como configuración pletórica del singular¹²³⁰.

Renunciar al desafío de educar al hombre en su radical dignidad conlleva renunciar también a que cada uno pueda definir su proyecto, encaminado al πανάριστος. En detrimento del singular, crece el corporativismo, entendido por Llano como la negación de las virtualidades provenientes de la naturaleza espiritual del hombre y que se concretan mediante la íntima capacidad de decisión. Por ello, decía, la universidad vista por el autor debe ocuparse de las artes liberales, entendidas en el sentido aristotélico del ἐλεύθερος ὁ αὐτοῦ ἔνεκα –como lo que es deseable por sí–, debiéndose atener a la siguiente secuencia¹²³¹:

- 1) lo que los hombres piensan y hablan de sí mismos - (b) humanidades,
- 2) lo que los hombres hacen de sí mismos - (a) ética,
- 3) lo que los hombres piensan y hablan de su mundo - (d) ciencia positiva y
- 4) lo que los hombres hacen de su mundo - (c) técnica.

Sin embargo, las universidades han abandonado en general, por negligencia o imposibilidad, la esfera de la ética –lo que los hombres hacen de sí mismos–, aun a pesar de que la formación del carácter fue siempre uno de los menesteres originales y esenciales de la universidad. Se ha optado por el modo de hacer y se ha dejado al margen la definición del propio ser. Parece que las soluciones a las crisis humanas dependen exclusivamente de que la técnica dé con un sistema –o una ley– para asegurar el futuro y que reduzca a cero el riesgo que entraña la libertad y la sensibilidad personales. La solución por vía de la prudencia es insoportable para el cientificismo imperante, amén de que supone más esfuerzo y, lo peor de todo, es incierta.

Por destino propio, afirma Llano, a la universidad le corresponde salvar esta «esquizofrenia de las culturas»¹²³², surgida de la ruptura entre la técnica y las humanidades. A instancias del racionalismo, el ámbito universitario ha tendido a abandonar la formación del ἥθος de las personas que ahí debieran aspirar, no sólo a dar con respuestas a problemas coyunturales, sino a dejarse

¹²³⁰ Cfr. C. LLANO, *Algunas consideraciones sobre el conocimiento del singular*, cit., p. 82.

¹²³¹ Cfr. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., pp. 49-112.

¹²³² *Ibid.*, p. 99.

sorprender por la realidad *extra mentem* mediante ese «diálogo con los muertos» que para Llano es, en definitiva, la formación humanística y lo que constituye lo que con todo derecho puede llamarse educación¹²³³. Sin embargo, el tecnicismo dominante –amparado en cierta fascinación por las ciencias experimentales y el legalismo normativo– ensombrece lo que la *prâxis* misma está reclamando a la universidad: una definición ética y cosmológica que ella se niega a darle¹²³⁴.

Para el filósofo mexicano, la universidad ha de formar a sus estudiantes en la forja del carácter, el verdadero humanismo, que los conduzca «a la acción decisiva, a la peculiar elección de sí mismo»¹²³⁵. La verdadera ética como cultivo del hombre en cuanto tal, en cuanto su naturaleza espiritual, trae aparejada el despliegue de las virtualidades humanas. Se trata, en última instancia, de la adquisición y perfeccionamiento de virtudes en aras de aquella *καλοκἀγαθία* arsitotélica¹²³⁶, de la excelencia, como predisposición al bien¹²³⁷, proyectada mediante la idea práctica como *πανάρριστος*:

«Necesitamos un pensar claro y un querer firme. Esta es la verdadera formación de la persona»; formación que debe adquirir un enfoque nuevo, porque la comprobada perennidad del ser humano se despliega de manera muy diversa –y aun muy diversa– en sus distintas encrucijadas culturales. La formación de la inteligencia y de la voluntad han de enfrentarse con la actual conducta de los individuos, para aprovechar lo que ésta contiene de positivo y lo que, al revés, desvía al hombre del ideal del *panaristós* humano. Este ideal consciente o ignorado, pervive aún

¹²³³ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 119.

¹²³⁴ Cfr. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., pp. 106-107.

¹²³⁵ C. LLANO, *Lección magistral en la apertura del simposio: «Las publicaciones de Søren Kierkegaard de 1843»*, cit., p. 314. En este mismo lugar, un par de líneas antes, afirma: «En uno de los primeros documentos fundacionales de esta aún joven Universidad, que se encuentra estrenando su segundo cuarto de siglo, leemos que su objetivo principal consiste en que cada uno de los estudiantes que pase por sus aulas adquiriera, primero, las capacidades intelectuales necesarias para elaborar un proyecto personal de vida, concorde con una idea cristiana del hombre, y con los deberes que derivan de las circunstancias de su profesión; cuente, después, con las cualidades volitivas precisas para comprometerse en ese proyecto, y asimile, finalmente, las capacidades morales requeridas para ponerlo en la práctica». *Ibid.*, p. 313.

¹²³⁶ *EE*. 1248b 8-1249a 18.

¹²³⁷ «El problema común de muchas entidades universitarias es pensar que pueden transformarse simplemente modificando sus planes de estudio, o mejorando la titulación de sus profesores, sin renovar su fuerza vital básica, bien porque la han dejado morir, bien porque nunca la tuvieron. La fuerza vital básica no se halla ni en los estudios de los alumnos ni en el *curriculum* de los profesores sino en algo más hondo: se encuentra –cuando se encuentra– en el carácter, en el temple, ánimo, espíritu o *ethos* de los unos –profesores– y de los otros –alumnos–. Carácter, temple, ánimo, espíritu o *ethos*, que se fundamenta en un válido concepto del hombre y que da a quienes integran la universidad un sentido de misión». C. LLANO, *Empresa y universidad en el futuro*, cit., p. 9.

en el hombre contemporáneo, como en el de todos los tiempos: pero hay maneras de llegar a él que se alejan asintóticamente –lo estamos viendo– de aquello mismo que compulsivamente persiguen»¹²³⁸.

En este sentido, la universidad está obligada a fortalecer las virtudes que el universitario ya posee o están latentes en él; fundamentalmente son tres: prudencia, fortaleza y humildad¹²³⁹. Ellas suscitarían el perfeccionamiento de aquellas aprendidas en el ámbito familiar y le permitirán la adquisición de otras. De ahí que en el contexto de la *paideia* llanista la educación universitaria no sea un mero acopio de conocimientos, sino el ámbito propicio para adquirir una fortaleza de la voluntad en aras de que las personas que la integran sean capaces de decidir al margen de tendencias externas o impulsos internos. La educación así considerada es en sí misma virtuosa, un ejercicio constante y no algo que se consigue de una vez y para siempre¹²⁴⁰, pues el hombre se habrá formado un carácter. De modo que toda educación verdaderamente eficaz será aquella que con el tiempo se vuelva innecesaria¹²⁴¹.

Sin embargo, atrapada en las coordenadas establecidas por la estructura *Estado-mercado-medios de comunicación*, originada por la modernidad¹²⁴², la

¹²³⁸ C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 6.

¹²³⁹ Llano dedicó uno de sus últimos libros a ésta última. Ahí afirma que «la humildad es la virtud fundamental, no porque sea la más importante, sino por ser *conditio sine qua non* de las demás, pues sin ella no hay ninguna que no lo sea». C. LLANO, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?*, cit., p. 237.

Aunque Llano no lo enuncia así, se deduce de cuatro lugares concretos: Cfr. C. LLANO, *Empresa y universidad en el futuro*, cit., C. LLANO, *El nuevo empresario en México*, cit., pp. 277-292, C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., pp. 89-111 y C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., pp. 220-222. El autor recurrió siempre a las conclusiones de la reunión convocada en 1992 por el Josephson Institute of Ethics, en la que un grupo de 30 profesores, líderes juveniles, políticos e investigadores en ética reflexionaron en torno a la educación del carácter. La conocida como «*Aspen Declaration on Character Education*» se convirtió en un hito del así llamado Movimiento de Revitalización del Carácter. Cfr. L. VARGAS VILLALOBOS – C. GONZÁLEZ-TORRES, *La revitalización de la educación del carácter en el ámbito psicoeducativo actual: aportaciones desde las ciencias de la prevención y la psicología positiva*, «*Electronic Journal of Research in Educational Psychology*», 7/3 (2009), pp. 1379-1418.

La declaración de Aspen propone que el carácter debe basarse en la promoción de «seis pilares básicos»: 1) integridad, 2) respeto, 3) responsabilidad, 4) equidad, 5) atención y 6) ciudadanía (cfr. <http://josephsoninstitute.org/spanish/seispilares/>) que, a su vez, llevan implícitos valores como el esfuerzo, la sinceridad, la compasión o el orden. Para Llano, estos pilares o valores sólo son asequibles en un entorno de amistad y sobre la base de la prudencia y la humildad. Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., pp. 221-222.

¹²⁴⁰ Cfr. C. LLANO, *Examen filosófico del acto de la decisión (2ª)*, cit., p. 16.

¹²⁴¹ Cfr. C. LLANO, *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*, cit., p. 159 y C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 21.

¹²⁴² Con la consecuente traducción de la educación universitaria al plano mercantil, «denunciada por Max Weber de manera tan hiriente que despierta indignación: “El muchacho americano piensa que el profesor que tiene delante le está ofreciendo sus conocimientos y métodos a cambio del dinero de su padre,

universidad se ha abocado al conocimiento técnico-funcional, a partir de cierto cientificismo racionalista en aras de la construcción y mantenimiento del sistema como fuente de soluciones definitivas a los desafíos variantes que surgen de la contingencia: ha dejado a un lado la *πρωξις* para abocarse sólo a la *ποίησις*. Para Llano:

«Así como en su tiempo había una grieta entre el concepto y la vida, hay ahora en nuestras universidades un divorcio, enteramente paralelo, entre la formación de la inteligencia y la formación del carácter: vemos cómo los estudiantes egresan de las aulas con un gran acopio –como nunca en la historia– de conocimientos, y con una endeble estructura humana, carentes de temple, de firmeza y seguridad existenciales»¹²⁴³.

La universidad debe contribuir al desarrollo de la dimensión espiritual del hombre, mediante la definición de sus capacidades y virtualidades para dotarlo de lo necesario para que las ensanche y, así, encare esa realidad incierta del futuro, mediante la configuración de su propio modelo¹²⁴⁴. Se trata de un camino ético, no técnico. La verdadera educación universitaria no puede reducirse a un mero acopio de conocimientos de índole técnica ni pragmática –ni, mucho menos, cientificista, al modo del racionalismo–. Si «todo alumno es un nuevo proyecto [...]; el proyecto universitario más importante ahora y a futuro»¹²⁴⁵, la universidad no puede renunciar a su vocación como ámbito formativo del carácter. Al hacerlo, pierde su vitalidad original, pues queda al

exactamente del mismo modo que la verdulera vende a la madre del muchacho una col”. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 90. La cita corresponde a: M. WEBER, *El político y el científico*, Alianza, Madrid 2005, p. 221.

¹²⁴³ C. LLANO, *Lección magistral en la apertura del simposio: «Las publicaciones de Søren Kierkegaard de 1843»*, cit., p. 315. Son oportunas aquí, las palabras de Nicol: «La praxis tiene que ver, también con el gobierno de sí mismo. El hombre es productor de ese ámbito común de las acciones por una nota de su ser que es la mundanidad. Ciertamente, el hombre es ser-en-el-mundo. Pero esta declaración requiere dos precisiones. Primero: el mundo no debe entenderse como el universo. Todo ente está *en* el universo, en el sentido de ser un componente *del* universo. Sin embargo, y éste es el segundo punto, el ser del hombre es distintivo porque su modo específico de estar en el universo consiste en crear su propio mundo. La mundanidad no es sino la capacidad de producir mundos. El hombre es autor del mundo en que se encuentra y de los cambios mundanos». E. NICOL, *La primera teoría de la praxis*, cit., p. 41. De alguna manera, ocurre lo mismo en el ámbito del trabajo: «El racionalismo extremo de nuestra presente civilización ha engendrado una suerte de esclerosis laboral, de manera que *por trabajo se entiende ahora sólo trabajo estructurado*. [...] En términos laborales, parece como si el hombre, fuera del trabajo estructurado, perdiera su condición de supervivencia, como el pez fuera del agua». C. LLANO, *La creación de empleo*, cit., p. 122.

¹²⁴⁴ Cfr. C. LLANO, *Empresa y universidad en el futuro*, cit., p. 13. Aquí, Llano apela claramente a su teoría de la idea práctica.

¹²⁴⁵ C. LLANO, *El nuevo empresario en México*, cit., p. 278.

margen de la construcción de una cultura en la sociedad para someterse a las imposiciones ideológicas provenientes de conductas ajenas a la vocación a la excelencia, a la que todo hombre está llamado por su espiritualidad¹²⁴⁶.

El hombre lo es con otros, no en soledad. El ámbito universitario mantiene los vínculos comunes mediante la relación personal que establecen sus integrantes. La universidad es comunidad en el sentido más clásico del término, como agentes singulares en comunión¹²⁴⁷. Para mantenerse como tal, la universidad no puede perder de vista que pertenece al mundo de las relaciones primarias de convivencia, de donde brotan las verdaderas humanidades y se encarnan los criterios de generalidad, proximidad e incidencia, fundamentales para la vida social¹²⁴⁸. De ahí que Llano diga con toda claridad que

«El oficio de tomar la decisión, esto es, de comprometerse con uno de los caminos presentados como viables, repercute, a su vez, en la tarea de pensar tales caminos. Sólo cuando alguien delibera en vistas a la acción es cuando sus deliberaciones adquieren un carácter realista; por el contrario, cuando se piensa en diversas posibilidades, en su mera condición de tales, existe el peligro de llevar a cabo una pura tarea académica despegada de la realidad concreta»¹²⁴⁹.

Nuestro maestro hace suyas las palabras del mexicano Carlos Montemayor al asegurar que la ilustración moderna ha terminado por introducir en la universidad –destinado a la sabiduría y no a los saberes específicos– una disfuncional contraposición del humanismo como *paideia* en lo que con toda justicia llama «la esquizofrenia de dos culturas»¹²⁵⁰. Es deber de la universidad, afirma Llano, salvar esa ruptura entre técnica y ética; unir lo disperso y formar hombres con capacidad de síntesis, para eliminar la grieta entre cultura y eficacia. La síntesis, insiste nuestro maestro, es la armonía en la

¹²⁴⁶ «Si la universidad pierde la orientación ética de su enseñanza, no sólo pierde su vitalidad, sino que recoge en su seno los gérmenes de su autodestrucción, porque reduciría la formación de sus egresados a una capacitación pragmática de pequeño alcance: serán tal vez hábiles pero cortos de vista». C. LLANO, *Empresa y universidad en el futuro*, cit., p. 26.

¹²⁴⁷ Cfr. C. LLANO, *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*, cit., p. 224. Para nuestro maestro, lo más perverso en una universidad sería no saber si el estudiante es cliente o producto Cfr. C. LLANO, *Empresa y universidad en el futuro*, cit., p. 13.

¹²⁴⁸ El particular no entra dentro de los objetivos de esta tesis. Sin embargo, puede consultarse al respecto: C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., pp. 109-128.

¹²⁴⁹ C. LLANO, *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, cit., p. 87.

¹²⁵⁰ Cfr. C. LLANO, *Sistemas versus persona*, cit., p. 99.

contraposición; y ser capaz de lograr una síntesis es también un acto esencialmente creativo¹²⁵¹.

b.— Breve consideración sobre la empresa como ámbito formativo del carácter

A lo explicado ampliamente en el capítulo II a partir del análisis que Llano hace de la empresa, corresponde ahora redondear algunos aspectos en consideración a su perfil como ámbito formativo del carácter. El interés del autor en tomar a la empresa como objeto de su filosofía de la acción responde a la preponderancia de una realidad que, sin proponérselo, ha originado cambios medulares en la sociedad ¹²⁵². Él advirtió con oportunidad que en el particular mundo empresarial se desarrollaba una también peculiar expresión de la vida del hombre en torno al trabajo organizado, que implicaba además al ejercicio de la creatividad, la socialización y, por supuesto, su cariz de medio de subsistencia

Son tres los motivos por los cuales Llano incluye a la empresa dentro de los ámbitos principales en los que se forma el carácter del hombre: 1) su legitimidad e importancia decisivas en la configuración de la sociedad, 2) como lugar donde más personas pasan la mayor parte de su vida y 3) el trabajo de toda organización encuentra en el carácter de sus hombre el quicio de su eficacia y perdurabilidad¹²⁵³.

Llano concibe la empresa, según expuse antes, como una organización humana que orbita alrededor de una misma meta. Así, dicha concepción rebasa por mucho a la que mira a la empresa como mera consecuencia de las leyes del mercado o las reglamentaciones estatales, reduciéndola a efímeras iniciativas de negocio con fines mercantiles o lucrativos. La visión llanista amplifica a la empresa, devolviéndole los rasgos esenciales derivados de las relaciones

¹²⁵¹ Cfr. C. LLANO, *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*, cit., p. 112.

¹²⁵² Cfr. C. LLANO, *El nuevo empresario en México*, cit., p. 9. Es interesante cómo Llano notó un viraje en el estilo personal de dirección del hombre de empresa. En la década de los treinta se prefirió un estilo de un individuo sin corazonadas ni sensibilidad, sino como alguien de espíritu duro y carácter inflexible. Dicha propuesta se suavizó durante la década siguiente. Cuarenta años después, una modalidad en la dirección de empresa preferentemente democrática –provocada por la creencia en que la participación masiva en las decisiones impulsaría la motivación– derivó en expresiones –a mi juicio, un tanto despersonalizadas– como la responsabilidad social corporativa. El breve pero interesante recorrido que hace el autor permite apreciar la poca atención que se ha puesto a la verdadera formación del carácter del empresario, no de manera psicologizante, sino, efectivamente moral. Cfr. C. LLANO, *Ser del hombre y hacer de la organización*, cit., p. 44 y ss.

¹²⁵³ Prólogo C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. vii.

humanas vitales –«los preciosos valores de *las relaciones de carácter personal*»¹²⁵⁴– como son la amistad y la solidaridad. Ello como consecuencia de que en la empresa prevalece la persona como tal, con todo su dinamismo y dignidad¹²⁵⁵.

Puede afirmarse de nuevo que la empresa así concebida (como comunidad de personas que con su trabajo –directivo y operativo–han decidido contribuir a la consecución de un fin en respuesta a una vocación de servicio a la sociedad¹²⁵⁶) debe personalizar al individuo, en lugar de despersonalizarlo, como hace el Estado, o impersonalizarlo, como hace el mercado¹²⁵⁷.

Dada esta naturaleza, puede afirmarse que toda actividad y operación dentro de la empresa, así como sus cambios estructurales, mejoras y detrimento se originan como consecuencia de la acción, operación, cambios, mejoras y detrimento de las personas unidas, por la aportación de su trabajo, para conseguir su objetivo¹²⁵⁸. Para Llano, la acción directiva en la empresa cobra especial relevancia por dos razones: 1) sólo mediante ella los hombres que componen la organización pueden conducirla hasta alcanzar su fin y 2) más hondamente, ella permite que cada persona sepa conducirse hacia su propio fin a través de la realización de su trabajo, que es «la expresión más noble de aquéllas en que nuestra vida se expresa»¹²⁵⁹.

La dirección pone así un pie en el delicado terreno de la libertad, pues no consiste en que el dirigido haga lo que el director ordena –a riesgo de caer en el penoso caso de la instrumentalización y la manipulación–, sino de una

¹²⁵⁴ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 57.

¹²⁵⁵ Cfr. *Ibid.*, pp. 54-57.

¹²⁵⁶ Cfr. supra. capítulo II. Al respecto de la inclusión y su relevancia en la concepción llanista de la empresa, resulta interesante el reciente estudio de Arturo Picos y José Díez: A. PICOS MORENO – J. DÍEZ DESUTUA, *Los alcances del desarrollo inclusivo en el pensamiento de Carlos Llano*, «Revista Empresa y Humanismo», XXI/1 (2018), pp. 41-67.

¹²⁵⁷ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 57.

¹²⁵⁸ La persona es el único factor real dentro de cualquier organización. Como apunta Llano: «Ninguna reforma social es posible al margen de la conducta moral del individuo». C. LLANO, *Trabajo y sociedad en Mons. Escrivá de Balaguer*, cit., p. 112.

¹²⁵⁹ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 179. Considero importante enfatizar aquí la visión de Llano sobre el trabajo; sirva este texto como ejemplo: «En la acción específicamente humana esta preeminencia del fin adquiere un relieve también específico. La diferencia más honda, en la línea de la acción, que existe entre el ser irracional y el hombre, dotado de razón, radica en que *éste no sólo actúa por un fin, sino que conoce y libremente determina el fin por el que actúa*. Todo trabajo humano, pues, que cercene de algún modo la presencia permanente de la finalidad, y la libre determinación de ella, cercena lo más propiamente humano del hombre, y hace que ese trabajo sea de algún modo inhumano, deje de ser trabajo para convertirse en acción literalmente ciega. El trabajo consiste en el logro de un fin que el hombre decide por sí mismo y no en el logro de un fin señalado por otro, como sucede en las acciones de los seres no inteligentes. El trabajo no se define, pues, como la consecución de un fin ya fijado, sino que lo medular de él es justamente fijar el fin que quiere lograr. De este modo, el trabajo no es un paréntesis entre la finalidad pretendida y el resultado logrado, sino que incluye a ambos como ingredientes constitutivos intrínsecos e inseparables. Desligar el trabajo de lo que él pretende es dejarlo absolutamente trunco». *Ibid.*, pp. 210-211.

actividad más ardua y compleja. Dirigir es formar y, por lo tanto, supone motivar la voluntad del otro para que se dirija al bien propuesto¹²⁶⁰. Por ello, implica poner a disposición del dirigido tantos elementos como sea posible para que vea aquello que motivó la decisión del director. Ello, no de manera despótica –que sería el caso de la instrumentalización–, sino mostrando las razones de la decisión¹²⁶¹. Incluso, podría decirse que el dirigido es el protagonista del acto de dirigir, al grado de que Llano propone la amistad como vehículo de la motivación¹²⁶².

Consciente de ello, el filósofo mexicano estudió a profundidad los entresijos de la libertad y de sus motores. ¿Qué mueve al hombre a hacer lo que hace? En el caso de la empresa, la pregunta es inesquivable, pues ésta difícilmente subsistiría si no brota en ella «de modo permanente la peculiar relación humana que ha dado en llamarse motivación»¹²⁶³. Por eso sólo los hombres son susceptibles de dirección, porque ésta se ejerce sobre el componente humano más determinante: la voluntad. Parafraseando a nuestro maestro, el hombre no es una cosa útil o inútil, de la cual puede disponerse a capricho ni un animal al que es posible domesticar. Dirigir es, pues, formar el carácter¹²⁶⁴. Si esto es así, la correcta configuración del carácter de quien dirige cobra especial relevancia, pues

«quien carece de trazos caracterológicos firmes, lo más que podría enseñar –paupérrima enseñanza ésa– serían los artilugios, fórmulas, habilidades y mañas que se requieren para hacer algo aparentemente valioso en la vida, careciendo de carácter; esto es, cómo llegar a hacer algo de la vida, careciendo de dominio sobre ella, y siendo presa de las tendencias internas y de las externas circunstancias»¹²⁶⁵.

¹²⁶⁰ Cfr. C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. 223-224 y 233-241

¹²⁶¹ Llano dedicó uno de sus libros a explicar detenidamente en qué consiste la motivación. Para este caso concreto, cfr. C. LLANO, *Análisis filosófico del concepto de motivación*, cit., pp. 13-45

¹²⁶² Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., pp. 186-198 y C. LLANO, *Análisis filosófico del concepto de motivación*, cit., pp. 32-43. Otro componente

¹²⁶³ C. LLANO, *Análisis filosófico del concepto de motivación*, cit., p. 65

¹²⁶⁴ «Nada hay en el terreno de la práctica que sirva para distinguir las actividades de formación y de dirección, ya que ambas se implican mutuamente: no hay formación de hombres sin dirección, y viceversa». C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 227

¹²⁶⁵ Prólogo *Ibid.*, p. viii

De ahí la irrenunciable necesidad de que Llano se refiera al carácter del director, pues es él quien a de forjar el carácter de los demás¹²⁶⁶. Además, si «el hombre es, *en último término, la finalidad* de la empresa»¹²⁶⁷, esta tarea se vuelve esencial en la urdimbre de la vida activa en el seno de la empresa. Dicho con el autor:

«La empresa no es el resultado de un plan frío y objetivo dibujado al margen de quienes deben emprenderla, no es le producto de una administración científica universalmente válida. La empresa arranca del fondo de las personas, responde al estilo de vida de quienes la crean, es el reflejo del carácter de los que la llevan a cabo, florece a partir del modo de ser de quienes la conducen, es el fruto del espíritu, empuje y ánimo de los que la dirigen, y responde al meollo existencial de sus hombres»¹²⁶⁸.

La acción directiva como formadora de carácter se desdobra en tres dimensiones que, a su vez, suponen el ejercicio de tres virtudes en el agente, en un plano interno y externo. Dichas dimensiones son explicadas hondamente por el autor en *Análisis de la acción directiva*; a continuación, las expongo esquemáticamente como recapitulación¹²⁶⁹:

- 1) Diagnóstico: es el momento teórico de la *prâxis*, en su dimensión interna supone la virtud de la humildad, que dota al agente de objetividad sobre sus juicios (dimensión externa)
- 2) Decisión: es el acto directivo por excelencia, que ya he explicado antes detalladamente; valga decir ahora que en su dimensión interna le corresponde la audacia, mediante la que el agente se propone metas en función de su fin trascendente con magnanimidad (dimensión externa)

¹²⁶⁶ Es importante aclarar aquí que la dimensión directiva no se reduce a la ostentación de un cargo dentro de la empresa. Además –según apunté en el capítulo II–, para Llano todo trabajo, incluso el más operativo, tiene un rasgo de directivo.

¹²⁶⁷ C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., p. 226.

¹²⁶⁸ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 175.

¹²⁶⁹ Cfr. Prólogo C. LLANO, *Análisis de la acción directiva*, cit., pp. ix-xvi. Detenidamente expliqué el diagnóstico en el capítulo III y la decisión, en el capítulo II.

- 3) Mando: es el rasgo que permite ampliar la decisión, su medio de contagio; por ello, la virtud de la confianza es su expresión en la dimensión externa y, en la interna, la constancia y la fortaleza.

Partiendo de la base de que la empresa es una comunidad de hombres y mujeres que contribuyen con su trabajo a servir a la sociedad, los tres momentos de la acción directiva se articulan en torno a la persona, tanto como destinataria de ese trabajo organizado como origen de él. Recuérdese que para Llano el hombre es el verdadero artífice de la actividad realizada en la empresa: él es en último término la finalidad de la empresa, no como un elemento o recurso más, sino como el único factor de la actividad práctica humana¹²⁷⁰.

Así, al forjar el carácter de sus dirigidos, el director proyecta el futuro, sabedor de que entre éste y su realización –entre la estrategia y el logro– siempre habrá una grieta. Sólo es posible minimizar esa distancia entre el proyecto y su realización si se consigue que quienes componen la empresa sean conscientes de que ellos son la materia de transformación de su propio trabajo¹²⁷¹.

El destino de cada persona no se separa del de los demás sino que se vincula con ellos. Quien desempeña la acción directiva dentro de una empresa –acción ineludible, según expliqué, para sus integrantes, en una u otra medida– debe hacerse eco de las palabras de Llano:

«No todo se resuelve con recurrir a la acción exterior. El desarrollo en el orden del ser se expresará después en las obras externas, pero consiste esencialmente en otra cosa: no es la suma de acciones concretas, sino una *disposición fundamental* una postura de la persona, toda entera, frente a la vida y al mundo. Lo que hoy se llama *actitud*, tiene mucho que ver con esta *disposición fundamental* porque, sin ser una acción, otorga un sello a mis acciones, sin ser una habilidad específica, especifica la calidad de mis actos. Lo que ocurre es que hoy, por lo general, se entiende la actitud como algo que se adquiere de golpe, y de golpe se pierde; como si se pudiese cambiar de actitud sin transformar la manera de ser, cuando la actitud si es algo más que un recurso frívolo para manejar abstracciones en lugar de realidades concretas habrá de enraizar

¹²⁷⁰ Cfr. *Ibid.*, p. 65 y 226.

¹²⁷¹ Cfr. *Ibid.*, p. 51.

profunda y dolorosamente en los más hondos estratos del alma, lejos de ser el producto inconsciente de unas técnicas psicológicas superficiales y baratas»¹²⁷².

El director que logra despertar esa actitud en los otros habrá iniciado, en resumidas cuentas, el proceso de construcción de la personalidad, de la definición de un carácter. Por ello

«Dirigir la empresa se ha convertido así en una tarea de formación caracterológica de las personas que la integran. Lo que estoy diciendo atenta directamente en contra de aquello de lo que más se precia el hombre de empresa: de su pragmatismo. Y es que hago referencia a la debida orientación del trabajo emprendedor. La empresa se encuentra incluida en la definición de una de las virtudes de mayor atractivo para el ser humano, que ya en su mismo nombre encierra su rasgo esencial: la magnanimidad se define precisamente como *el espíritu de las grandes empresas*»¹²⁷³.

* * *

En orden a entender los postulados de esta *paideia*, la materialidad concreta de la persona es ineludible, de ahí que Llano propugne una cultura que se subordine a conseguir su perfección en función de un ejemplar. Es verdad que el racionalismo moderno ha forzado a concebir la realidad al modo de la transparencia matemática, con la pureza de la abstracción de la parte. Así, despojada del singular y de toda su riqueza, la realidad se vuelve monótona, al margen ya de cualquier matiz, en medio de la terrible lisura de lo igual. Sin lo distinto, el hombre se pierde a si mismo. Al adentrarse en la idea de la nada, Llano desentrañó la otredad metafísica. Luego, a partir de Gaos, exploró esa otredad, bellamente ilustrada con base en ejemplos extraídos de la obra de Antonio Machado. En la poesía del andaluz encontró, incluso, que el hombre se trasciende en el otro no por la vía del pensamiento, sino por la del amor¹²⁷⁴.

¹²⁷² C. LLANO, *Las formas actuales de la libertad*, cit. Págs. 64.

¹²⁷³ C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 177.

¹²⁷⁴ Cfr. C. LLANO, *El anhelo metafísico de Antonio Machado*, cit., pp. 203-218.

Se ha olvidado que toda tarea humana no se ejerce unívocamente como se esperaría de un algoritmo, sino desde la riqueza propia a la indeterminación inherente a quien las realiza. Cada acción está abierta a la infinidad de posibilidades provenientes de lo contingente, sus valoraciones al respecto entrañan el riesgo y, por lo mismo, quien decide protagoniza con su decisión ese momento nuevo. Las humanidades, como quicio de la universidad, no ofrecerán respuestas homologadas: sus soluciones dependerán de la realización concreta e irrepetible de la persona.

Al preferir la idea –perfecta e inexistente– sobre lo real, el intelectualismo otorga la preponderancia al sistema por encima de la persona. Para Llano, la persona –donde el singular adquiere su configuración pletórica– es el primer impedimento para la racionalización ética. Es impropio suponer que con su solo acatamiento los manuales de conducta asegurarán el acierto –moral o productivo– de quienes componen una organización. Tras la proliferación de códigos de conducta se esconde una ética procedimental de raíz racionalista. Pareciera que la promulgación de un instructivo humano es suficiente para actuar bien, al margen de lo concreto real¹²⁷⁵. El gran desafío que entraña la libertad humana nace, precisamente, en esta grieta que separa el pensar bien del actuar bien. Tan existe esa grieta que no basta siquiera un pensamiento claro y distinto para decidir con acierto en la cotidianeidad y concreción del mundo de la vida corriente.

Como se aprecia en el desarrollo de las páginas precedentes, una de las primeras derivaciones de la doctrina llanista sobre la función y el sistema impacta a la sociología de la organización. Hoy, la propagación de manuales procedimentales como garantía de una cierta eficiencia moral en instituciones de toda índole refleja la crisis personal de sus miembros. No puede negarse que la corrupción ha menguado tanto a empresas como a gobiernos. Sin embargo, es imposible institucionalizar la virtud. Con la larga tradición de pensamiento a la que Llano pertenece, considero que el ejercicio de la virtud y sus efectos son siempre individuales e interiores: absoluta *prâxis*. Un algoritmo no resuelve nada fuera de sí mismo. Ningún código puede abarcar la riqueza que surge del hombre. Contra la oscura zona hacia donde los sistemas funcionales pretenden llevar la libertad, cada coyuntura de la existencia arroja luz para sacar a flote

¹²⁷⁵ «El estilo de pintura de Rembrandt no puede recogerse en un disco duro. Lo que ocurre con las artes sucede más aún con las virtudes propias de la dirección y las virtudes fundamentales en que se apoyan, tiene una difícilísima posibilidad de transmisión. Ya decía Aristóteles que a un joven podría enseñársele geometría, pero no prudencia. La prudencia está encarnada, como virtud, en la persona prudente; la matemática puede desgajarse objetivamente de la persona y hacerse universal: el teorema de Pitágoras no es de Pitágoras, sino de todos, o de nadie». C. LLANO, *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*, cit., p. 223.

nuestra radical condición humana: el yo que conoce, entiende y quiere. El yo que decide. La proyección humana sólo es posible mediante la decisión.

En esta concepción de universidad las personas –cada una– tendrá siempre primacía sobre las cosas: la relevancia en su labor debe ser del singular, no del sistema. De ahí que la verdadera creatividad –de la que al final surge toda solución– provenga del ser humano. La creatividad es la nota fundamental de la dimensión práctica del hombre: toda respuesta técnica será insuficiente sin la acción humana. Mecanizar las operaciones al grado de anular la injerencia de la voluntad acarrea la desaparición del hombre mismo en la definición de su propio proyecto. Sobre la base del intelectualismo de la decisión, los sistemas y el funcionalismo prometen la utopía de la práctica. Libertad personal y convivencia social no se oponen: las virtualidades humanas no constituyen una amenaza para la sociedad, sino que son su condición de posibilidad. Ninguna comunidad propiamente humana existiría sin la libertad ni la creatividad inherente al dinamismo de cada persona. Lo único verdaderamente nuevo ocurre en la escarpada realidad humana. Al desdibujarse una idea de hombre teleológica y fundada en la trascendencia, se le reduce a la función que puede desempeñar en la sociedad. De ahí la indiscriminada promulgación de reglas y procedimientos. Al individuo así considerado, como una pieza más de un gran engranaje, no le queda otra opción que funcionar según las determinaciones del algoritmo que controla al sistema.

La más grave equivocación cometida en las organizaciones es optar por las cosas –procesos, estructuras, funciones– antes que por el hombre¹²⁷⁶: la empresa se debe a las personas, no al revés. De ahí que Llano urgiese a quienes las encabezan a una metamorfosis de sus empresas, para que ellas sean un espacio de encuentro personal ocupado por hombres y mujeres con la suficiente fuerza espiritual para humanizar a los sistemas¹²⁷⁷. Porque, en última instancia, lo único verdaderamente importante es «el desarrollo de los hombres de la organización, no el desarrollo de la organización de los hombres»¹²⁷⁸.

¹²⁷⁶ Cfr. C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 25.

¹²⁷⁷ Cfr. C. LLANO, *Metamorfosis de las empresas*, cit., p. 185.

¹²⁷⁸ C. LLANO, *La amistad en la empresa*, cit., p. 26.

Conclusiones

*El hombre es a tal punto aficionado al sistema de deducciones abstractas,
que siempre está dispuesto a distorsionar la verdad intencionadamente
y negar la certeza captada por los sentidos, con tal de justificar su lógica¹²⁷⁹*

DOSTOIEVSKI

Al inicio de esta tesis me propuse indagar en la noción de idea práctica, su estatuto nóetico, estructura e implicaciones en la acción. El motivo inicial fue la objeción sobre su posibilidad y validez, bajo dos consideraciones principales: 1) el posible fundamento aristotélico que su autor propone como base de la idea práctica y 2) su importancia en la filosofía de la acción de Carlos Llano. Presento ahora algunas conclusiones de manera esquemática.

* * *

1.— A partir de la investigación presentada se desprende que la filosofía de Llano es una filosofía de la acción, fundada en principios metafísicos y epistemológicos de raigambre neotomista, que forjaron un realismo particular. La principal particularidad de este realismo que he dado en llamar llanista es que es una síntesis de cuatro elementos: 1) ciertos postulados tomados a raíz de la influencia de William James en el autor –ello gracias a la crítica que él hace al pragmatismo del norteamericano–, 2) el principio de contradicción a partir de la metafísica neotomista, 3) la experiencia del propio Llano como emprendedor multifacético y director en diversas instituciones y 4) su estudio y crítica de la praxis marxista.

El realismo metafísico del autor es el punto de arranque de una epistemología, cuyo contrapunto es el idealismo, sobre todo, el llamado inmanentismo. Su primera formación filosófica al amparo de Réginald Garrigou-Lagrange se aprecia en la distancia que toma Llano con respecto del racionalismo que atribuye a Platón, Kant y Hegel, principalmente.

¹²⁷⁹ F. DOSTOIEVSKI, *Memorias del subsuelo*, cit., p. 87

2.— La filosofía de la acción de Llano se sostiene, precisamente, gracias a una teoría de la idea práctica, elaborada a partir de las constataciones obtenidas de su estudio sobre la voluntad y el entendimiento dentro del acto de la reflexión, cuyo epicentro es, a su vez, la decisión.

Lo llamativo de la idea práctica tal y como es definida por Llano es que, incorporándola a la metafísica neotomista, retoma la interpretación de Séneca de las causas aristotélicas. Afirmar que es una vuelta al marco de las ideas como realidad separada simplificaría demasiado la cuestión.

3.— La teoría de la idea práctica está elaborada con fundamento en la tetralogía *Bases noéticas para una metafísica no racionalista*. Sin este estudio de las operaciones del intelecto –abstracción, juicio, demostración y reflexión– se caería fácilmente en la simplificación platónica. Sólo desde la tetralogía es posible comprender el alcance y repercusiones de esta teoría en orden a la acción. A partir de un análisis de la tetralogía, se concluyó que la acción articula las cuatro operaciones y el relevante papel de la *reflexio*.

La *reflexio* es radical expresión de lo humano, pues supone lo intelectual y lo volitivo. La voluntad impide que la inteligencia se instale en sus objetos propios como propone el inmanentismo y, al mismo tiempo, la mueve a reflexionar de manera crítica –realista–, no ya sobre esos objetos –ni sobre sí misma y sus procesos–, sino sobre la realidad extrínseca al sujeto que la conoce, sin que ello suponga perder de vista a la idea obtenida de lo real, no como objeto sino como medio.

Aun en su reflexión, el hombre no debe perder de vista el singular. De lo contrario, su especulación perdería de vista su objeto, que es la realidad y no las ideas abstraídas a partir de ella.

4.— Para el autor, la realidad adquiere su configuración más pletórica en la persona; desde su concepción, el singular es lo verdaderamente real y, la persona, su paradigma. De ahí que el singular sea irrecusable para cualquier práctica y, por lo tanto, que todo estudio sobre la acción redundará en un estudio sobre el hombre.

La reflexión es entendida por el autor como operación del entendimiento, sí; pero motivada por la propia voluntad: ésta es la que moldea y configura al entendimiento desde el punto de vista del ejercicio de su acto. Existe, pues, una reflexión volitiva en orden a la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, que es, además, uno de los elementos de la teoría de la idea práctica.

Si esto es así, se comprende que en la antropología derivada de la filosofía de la acción de Carlos Llano, el acto de la reflexión dependa más de la voluntad que del entendimiento. Esta injerencia de la volición en la inteligencia ocurre de tres maneras: 1) para que la inteligencia no apresure sus juicios, 2) para asegurar un juicio objetivo y 3) para que la propia inteligencia no se rinda en su ejercicio y, así, impedir prejuicios.

Mediante la reflexión volitiva el intelecto se apega a la realidad singular –completa: con materia y forma– y se libra de la dependencia de la idea abstracta, parcial, que sólo contempla los aspectos formales de la realidad. Así, se evita el riesgo de que la idea sea objeto del conocimiento.

5.— La idea práctica es una prefiguración de la acción y por eso no puede marginar al singular: debe ser pensada con materia. Así, la idea incluye en su concepción el proceso de realización de sí misma. La idea práctica depende de la realidad en la que el sujeto pensante la piensa; concebirla sin las consideraciones impuestas por lo real acarrea su imposibilidad. La primacía del ser rige en el plano del conocimiento y en el plano de la acción.

La idea así entendida es un proceso regulador abierto de la acción del sujeto. Esto ocurre en un primer momento en el plano poiético, donde el hombre es artífice de lo producido; pero, también, ocurre en lo práxico, donde es agente que dirige su acción, mediante la voluntad, a la consecución del proyecto propuesto por la inteligencia.

6.— La idea práctica no se constriñe a la esfera de la operación poiética –como sugieren el idealismo y el marxismo–; al contrario, pertenece primordialmente al ámbito de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, entendida ésta como modo de ser del hombre. La concepción marxista de praxis como mera actividad productiva restringe las virtualidades humanas en torno al trabajo y a la libertad. La acción es un revulsivo del dinamismo de la persona, pues en ella –gracias a la idea práctica– convergen lo que aún no es y lo que es y el hombre puede desplegar sus virtualidades.

7.— La radical importancia del trabajo obedece a que es $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ y no a sus componentes poiéticos. El trabajo no es una simple operación con fines productivos, sino una actividad eminentemente práctica, por lo que sirve de medio para que el hombre se perfeccione en función de su finalidad y su naturaleza. En este punto, se aprecia la impronta del cristianismo, pues Llano entiende el trabajo también como medio para alcanzar un fin trascendente.

La teoría de la idea práctica soluciona la dicotomía –aparentemente irreconciliable– entre la naturaleza espiritual del hombre y su anclaje en la materia, que ni el marxismo ni el idealismo pudieron resolver. El primero, dado que condiciona al hombre a sus necesidades materiales: su liberación espiritual depende de su liberación en el trabajo. El segundo, porque plantea que la idea y lo espiritual son una realidad separada.

8.— En el realismo llanista la idea es detonante de la acción. Ésta sólo es posible mediante una concepción intelectual; pero tal idealización previa a la acción no es una idealización de la realidad por la sencilla razón de que no hay realidad que idealizar: ni existe la acción ni la idea que la suscita. Lo que «existe» en cualquier caso –con una existencia peculiar, explicada en las páginas precedentes– es un proyecto en la mente del agente. La acción es preconcebida –proyectada– mediante una idea cuyo destino es la puesta en el ser. De ahí que la idea, para serlo, deba ser práctica. El hombre siempre actúa en vistas a un modelo, concebido y determinado por él como una idea imitable.

Esta idea práctica es, en sí misma, un proyecto completo, que mira al fin a lograr, tanto en su concepción como en los modos que habrá de seguirse para conseguirlo: el qué y los cómo. Pero, al ser proyecto, la idea práctica no es un marco rígido donde se encuadra la posibilidad de la acción, sino un proceso que regula la acción durante toda su concreción. Es decir, es un proceso regulador y abierto. Esta apertura ocurre en dos dimensiones: 1) la del perfeccionamiento de la acción y 2) la de la propia idea, que vuelve a configurarse en relación con el modo en que va ejecutándose la acción.

9.— En su origen escolástico, esta idea imitable es causa ejemplar de la producción. La aportación de Llano es que la lleva también al plano práctico: el

hombre no sólo es artífice, sino también, agente. Es a la vez causa eficiente y material. Sólo el hombre es capaz de identificarse con su acción. Así puede afirmarse que la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ es el modo de ser del hombre. Dicho de otra manera: en la medida en que el hombre ejecuta lo preconcebido mediante la idea práctica, él es causa eficiente y causa material de su propia transformación conforme a ese ejemplar, en una suerte de reflexión práctica. Esta es la naturaleza del reciclaje cibernético.

La fidelidad al proyecto vital se funda en la fidelidad a la realidad de los hechos y al ser. El proyecto no puede elaborarse, infielmente, de espaldas a la realidad, en la pura idealización. En la filosofía de la acción llanista no basta concebir un proyecto existencial de vida, por alto que sea: es necesario ponerlo en el ser.

10.— La idea práctica es una «forma viva», no una pura abstracción inmóvil al modo del entendimiento especulativo. La injerencia de la voluntad en esa dinámica es determinante: no se trata sólo de concebir teóricamente el proyecto que uno quiere para sí mismo, sino de quererlo en cada momento del proceso; la parte reguladora está en la voluntad.

Esta ejemplaridad no es al modo del idealismo, sino al del realismo metafísico. Por eso supone una plasticidad que le es inherente: la propia realidad va configurando a la idea y a la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, en un vaivén entre la idea práctica y lo logrado. Todo proyecto es esencialmente flexible: en su realización, la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$ depende de esa flexibilidad con miras a un ejemplar.

11.— El hombre es proyecto de sí mismo: él es causa eficiente y causa material. En ello radica la importancia de la creatividad: únicamente la persona es sujeto creador. El paso hacia la creación es posible gracias a la idea práctica, como plexo entre entendimiento y voluntad con miras a la acción.

Al reducirla a la reiteración de la técnica, la actividad humana pierde sus atributos práxicos que la abren hacia la novedad. El hombre adquiere su mayor grado de humanidad mediante la creación. Pero dicha actividad creativa es en función de un ideal modélico al cual se dirige y gracias al cual detecta sus oportunidades de realización.

Por eso, en el ámbito de la $\pi\rho\tilde{\alpha}\xi\iota\varsigma$, la idea práctica es causa ejemplar. En ella se perfila el proyecto que el hombre se plantea para sí mismo.

12.— Este proyecto es realizable a partir de una idea de hombre, que se especifica por una finalidad dada y la naturaleza que se sigue de ésta. Dicho supuesto teleológico que propone el autor está determinado por el cristianismo y la tradición clásica. La libertad se entiende dentro de esos límites, como condición de posibilidad de un proyecto trascendente: la libertad no se define como estar libre de –en una especie de estado de emancipación–, sino como ser libre para, como condición de apertura hacia la consecución del proyecto propuesto.

13.— La idea de hombre elaborada por Llano se deduce de los elementos que constituyen el eje de su análisis metafísico y antropológico aplicado a la acción: 1) la reflexión, 2) la creatividad y 3) la voluntad, y se concreta en una idea práctica al modo del *πανάρριστος* de la tradición grecolatina. En una nueva síntesis, el autor subsume elementos provenientes de esa tradición, del cristianismo, del tomismo, del pensamiento alemán –sobre todo de Heidegger, Husserl y Jaspers– y de su experiencia en distintas instituciones educativas, en cuya fundación estuvo involucrado.

La teoría de la idea práctica es la conceptualización de un complejo proceso que permite al hombre dar ese salto al vacío que es la ejecución de lo pensado, incluso a sabiendas de que en orden a la práctica, la mera idea es «*infecunda omnino*», como establece el axioma escolástico recuperado por el autor. Es decir, las acciones lo son del *suppositum*: del sujeto que pone lo pensado en el ser.

14.— La realización de la idea y sus posibles aplicaciones a la práctica corren a la par de la propia actividad humana en el inabarcable ámbito de su creatividad. Espacio principal de esa aplicación es la acción directiva, como actividad primigenia de una *paideia* llanista, resumible con uno de los postulados del autor: el arte de dirigir no puede marginarse del arte de ser hombre.

15.— Alrededor de la propuesta de forja del carácter que hace Llano gravitan sus teorías sobre la acción directiva y de la idea práctica. La primera permite entender la directividad de la *πρᾶξις* y los alcances del autogobierno: la capacidad del hombre para dirigir su acción hacia un bien determinado; la segunda explica el engarce del entendimiento y la voluntad, su compleja articulación en orden a la acción. Una y otra se corresponden.

La *paideia* llanista –como *Bildung*– constituye uno de esos resultados de la idea práctica anticipados por su autor. Si, como afirma la tradición aristotélica, nadie puede abstraerse de la *πρᾶξις* –no es una vocación, sino un impuesto ontológico–, cada acción y operación del hombre tendrá un residuo en lo más íntimo del hombre, en su libertad y en sus hábitos: en la constitución de su personalidad.

La *πρᾶξις* tiene que ver con el autogobierno del hombre y con la creación de sí mismo. Al definir su carácter, el hombre es autor del mundo que habita. No sólo se inventa, sino que inventa la cultura.

Post scriptum

Carlos Llano identificó una gran grieta en el ámbito de la formación contemporánea, la grieta que separa al acopio de conocimientos de la forja del carácter. Para él, reflexión, decisión y formación son nociones que comparten el dinamismo de la *πρᾶξις* y posibilitan el proyecto que es el hombre para sí mismo; siempre y cuando el hombre quiera. Llano estudia los entresijos de la virtualidad humana, no bajo la expectativa del éxito, sino a la luz de la libertad y la posibilidad de realizar un proyecto. Su filosofía de la acción se ocupa de lo más íntimo del hombre. Habrá que seguir indagando en ella.

Finalmente, hago mías las palabras que Antonio Millán-Puelles dedicó a mi maestro: «Consciente del beneficio que Carlos Llano me ha hecho, me tomo la libertad de decírselo aquí, añadiendo de mi cosecha, que la gratitud no sólo enlaza a los hombres, sino que, en forma de *raison de coeur*, también refuerza o religa los más nobles vínculos de la amistad humana»¹²⁸⁰.

¹²⁸⁰ A. MILLÁN-PUELLES, *Prefacio*, cit., p. 8

Bibliografía

1.— Fuentes

a.— Libros

- Llano, Carlos. *Abstractio*. México: Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., 2005.
- . *Análisis de la acción directiva*. 20ª reimpresión. México: LIMUSA Noriega Editores, 2015.
- . *Análisis filosófico del concepto de motivación*. Pamplona: EUNSA, 2009.
- . *Demonstratio*. México: Universidad Panamericana - Ruz, 2007.
- . *Dilemas éticos de la empresa contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- . *El conocimiento del singular*. México: Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., 1995.
- . *El empresario y su acción*. México: McGraw-Hill, 1991.
- . *El empresario y su mundo*. México: McGraw-Hill, 1990.
- . *El nuevo empresario en México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- . *Empresa y universidad en el futuro*. Cuadernos de humanismo y empresa 15. México: Facultad de Filosofía - Universidad Panamericana, 1994.
- . *Ensayos sobre José Gaos: metafísica y fenomenología*. México: UNAM - Instituto de Investigaciones Filosóficas, 2008.
- . *Etiología de la idea de la nada*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- . *Etiología del error*. Pamplona: EUNSA, 2004.
- . *Examen filosófico del acto de la decisión (1ª)*. 1ª. México: Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., 1998.
- . *Examen filosófico del acto de la decisión (2ª)*. 2ª. Pamplona: EUNSA, 2010.
- . *Falacias y ámbitos de la creatividad. El acto de creación en la empresa*. México: IPADE - LIMUSA - Noriega Editores, 2002.
- . *Formación de la inteligencia, la voluntad y el carácter*. México: Trillas, 1999.
- . *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?* México: IPADE - Ediciones Ruz, 2004.
- . *La amistad en la empresa*. México: FCE-IPADE, 2007.
- . *La creación de empleo*. México: Panorama, 1995.
- . *La enseñanza de la dirección y el método del caso*. México: Universidad Panamericana (IPADE), 1996.
- . *Las formas actuales de la libertad*. México: Trillas, 1983.
- . *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*. México: Trillas, 1995.
- . *Metamorfosis de las empresas*. México: Granica, 2001.
- . *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*. México: Patria, 2001.
- . *Reflexio*. México: Universidad Panamericana - Ruz, 2008.
- . *Separatio*. México: Universidad Panamericana - Ruz, 2007.

- . *Ser del hombre y hacer de la organización*. México: Ediciones Ruz, 2010.
- . *Sistemas versus persona*. México: McGraw-Hill, 2000.
- . *Sobre la idea práctica (1ª)*. 1ª. México: Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., 1998.
- . *Sobre la idea práctica (2ª)*. 2ª. Pamplona: EUNSA, 2007.
- . *Viaje al centro del hombre*. Madrid: Rialp, 2010.
- . «Presupuestos para el conocimiento del principio de contradicción.» Angelicum-Pontificia Università San Tommaso d' Aquino, 1952 (tesis, *promanuscripto*).

b. — Artículos en revistas científicas

- Llano, Carlos. «Algunas consideraciones sobre el conocimiento del singular». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 8 (1995): 77-82.
- . «Aprendizaje de la ciencia y de la prudencia». *Pensamiento y cultura* 8, n.º 1 (2005): 13-29.
 - . «Caracterología del directivo al inicio del siglo XXI». *Revista Empresa y Humanismo* V, n.º 2 (2002): 321-44.
 - . «El anhelo metafísico de Antonio Machado». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 13 (1997): 171-218.
 - . «El juicio de separatio en Tomás de Aquino y la remotio en el Pseudo-Dionisio». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 23 (2002): 99-131.
 - . «Función, plan y proyecto». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 10 (1996): 25-59.
 - . «Individuo y sociedad: problema metafísico». *El problema del hombre. Memorias del XIII congreso internacional de Filosofía. UNAM. II* (septiembre de 1963): 259-70.
 - . «La argumentación metafísica en la filosofía aristotélica». *Metafísica y persona*, n.º 2 (diciembre de 2009): 27-42.
 - . «La idea ejemplar como inclusivamente práctica». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 32 (2007): 119-38.
 - . «La idea práctica en la acción práctica». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 4 (1993): 61-84.
 - . «La intencionalidad del concepto en estado de objeto». *Revista de Filosofía. Universidad Iberoamericana*. 32, n.º 96 (1999): 393-405.
 - . «Lección magistral en la apertura del simposio: "Las publicaciones de Søren Kierkegaard de 1843"». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana Monográfico*, n.º 5 (1993): 313-20.
 - . «Los problemas actuales de la libertad». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana* 1, n.º 2 (1992): 19-40.
 - . «Objetos ideales y entes metafísicos en la obra de José Gaos». *Diánoia* XXXIX, n.º 39 (1993): 181-200.

———. «Presentación». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 1 (1991): 9-11.

c. — Artículos de divulgación

- Llano, Carlos. «El oficio de ser hombre». *Istmo*, septiembre de 1994.
- . «Escrivá de Balaguer: la verdadera conciliación de los contrarios». *Público*. Guadalajara, Jalisco, México 6 de octubre de 2002, sec. Opinión.
- . «Ética profesional y santificación del trabajo». *Romana*, enero de 2004.
- . «Función directiva y acción de síntesis». *Istmo*, diciembre de 1965.
- . «La dialéctica del hacer humano». *Istmo*, septiembre de 1977.
- . «La doctrina de la Iglesia en materia educativa y el Programa nacional de educación 1984-88». Mensaje. *XX-XXI asamblea plenaria de la Conferencia del episcopado mexicano*, 11 de noviembre de 1986.
- . «La repercusión de la filosofía en la acción directiva». En *Cuadernillos de Humanismo y empresa*, 16. México: Universidad Panamericana, 1992.
- . «La verdad en la “acción práctica”». *Istmo*, septiembre de 1970.
- . «Un perfil filosófico del activismo». *Istmo*, noviembre de 1979.

d. — Secciones de libro

- Llano, Carlos. «El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa». En *La vertiente humana del trabajo en la empresa*. Madrid: Rialp, 1990.
- . «La familia en el desarrollo de las organizaciones contemporáneas». En *Familia: naturaleza, derechos y responsabilidades*, 187-205. México: Porrúa, 2006.
- . «La misión de la universidad». En *La misión de la universidad y la cultura posmoderna*, 73-88. México: Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), 1990.
- . «La reflexión de la “proairesis” aristotélica». En *Ensayos aristotélicos*, 29-47. México: Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., 1996.
- . «La santificación del trabajo y la ética profesional.» En *Un mensaje siempre actual: Actas del Congreso Universitario del Cono Sur «Hacia el centenario del nacimiento del beato Josemaría Escrivá»*, 549-56. Buenos Aires: Universidad Austral, 2002.
- . «Prólogo». En *Sigue tu vocación*. México: Panorama, 2010.
- . «Trabajo y sociedad en Mons. Escrivá de Balaguer». En *El trabajo*, 81-121. México: Minos, 1988.

e. — En coautoría

- Llano, Carlos, y Leonardo Polo. *Antropología de la acción directiva*. Madrid: Unión Editorial, 1997.
- Llano, Carlos, y Héctor Zagal. *El rescate ético de la empresa y el mercado*. México: Trillas, 2001.

2.— Bibliografía crítica

- Bastons, Miquel. «Prólogo». En *La vertiente humana del trabajo en la empresa*. Madrid: Rialp, 1990.
- Beuchot, Mauricio, y José Rubén Sanabria. *Historia de la filosofía cristiana en México*. México: Universidad Iberoamericana, 1994.
- De Haro, Vicente, y Víctor Isolino Doval. «Llano, lector». *Istmo*, agosto de 2007.
- De la Vega Morell, Nahum. *Carlos Llano en resumen*. México: Ediciones Ruz, 2009.
- Doval, Víctor Isolino. «Reseña: “La creación de empleo”». *Istmo*, agosto de 2007.
- Ferrer, Guillermo. «Reseña: Sobre la idea práctica». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana* 3, n.º 16 (1999): 210-18.
- García Jaramillo, Miguel Alejandro. «Notas para una biografía de Carlos Llano». México, 2011 (*promanuscrito*).
- Jiménez Torres, Óscar. *Diálogos llaneanos. Metafísica y epistemología*. Pamplona: EUNSA, 2017.
- . *Epítome de la filosofía de Carlos Llano*. México: Porrúa, 2010.
- . *Género-sujeto, afecciones y principios de la filosofía de la empresa en Carlos Llano*. Pamplona: EUNSA, 2017.
- . «La filosofía llanista». *Apuntes empresa y humanismo. ESE Business School. Universidad de los Andes*, diciembre de 2010.
- . «Notas generales sobre el pensamiento filosófico de Carlos Llano: sobre el conocimiento y la reflexión». En *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*, 131-74. México: Universidad Panamericana, 2005.
- Llano, Alejandro. «Mi hermano Carlos». *Istmo*, junio de 2010.
- Llano, Estela. «Travesuras, vena poética y despistes». *Istmo*, junio de 2010.
- Llano, Rafael. «Correspondencia entrañable». *Istmo*, junio de 2010.
- López González, Rafael. *El hombre y la dirección según Carlos Llano*. México: Ediciones Ruz, 2007.
- López-Farjeat, Luis Xavier. «La analogía en Carlos Llano». En *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*, 205-37. México: Universidad Panamericana, 2005.
- Montelongo, Patricia. «Pasión, constancia y optimismo». *Istmo*, agosto de 2007.
- «Montepío Luz Saviñón». *Istmo*, junio de 2010 (sin autor).
- Pereda, Carlos. «El singular, la práctica y la incertidumbre de la razón». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana*, n.º 9 (1995): 73-76.
- Picos, Arturo. «El legado intelectual de Carlos Llano: una guía para entender su pensamiento.» *Istmo*, junio de 2010.
- . «Prólogo». En *Carlos Llano. Para entender*. México: Nostra Ediciones, 2014.
- Picos Moreno, Arturo, y José Díez Desutua. «Los alcances del desarrollo inclusivo en el pensamiento de Carlos Llano». *Revista Empresa y Humanismo* XXI, n.º 1 (2018): 41-67.

- Raimond-Kedilhac Navarro, Sergio. «Prólogo». En *La enseñanza de la dirección y el método del caso*, ix-xvi. México: Universidad Panamericana (IPADE), 1996.
- Ruiz González, Carlos. «Carlos Llano Cifuentes (1932-2010)». En *200 emprendedores mexicanos. La construcción de una nación*, Vol. II. México: LID, 2010.
- . «Empresario profesor de empresarios». *Istmo*, agosto de 2007.
- Ruvalcaba Peña, Raúl. «Pensamiento de Carlos Llano. Antecedentes filosóficos y la antropología contenida en su teoría de la acción directiva.» Pontificia Università della Santa Croce, 2015 (tesis, *pro manuscripto*).
- Stein, Guido. «Para una dirección eficaz del cambio». *Istmo*, agosto de 2007.
- Zagal, Héctor. «Acción y pensamiento». *Istmo*, agosto de 2007.
- . *Carlos Llano*. México: Nostra Ediciones, 2014.
- . «Llano y la distinción entre universal e individuo». *Tópicos. Revista de Filosofía de la Universidad Panamericana* 2, n.º 9 (1995): 67-72.
- . «Verdad práctica y causa ejemplar». En *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*, 343-58. México: Universidad Panamericana, 2005.
- Zagal, Héctor, Edgar Rodríguez, y Virginia Aspe Armella, eds. *Metafísica, acción y voluntad: ensayos en homenaje a Carlos Llano*. México: Universidad Panamericana, 2005.

3.— Bibliografía secundaria

- Ackoff, Russell Lincoln. *Planificación de la empresa del futuro*. México: LIMUSA Noriega Editores, 2003.
- Allen, John L. *Opus Dei: an objective look behind the myths and reality of the most controversial force in the Catholic Church*. New York: Doubleday, 2005.
- Álvarez Amorós, José Antonio. «Introducción». En *La feria de las vanidades. Una novela sin héroe*. Madrid: Cátedra, 2000.
- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Traducido por Julián Marías. 7ª. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1999.
- . *Metafísica*. Traducido por Valentín García Yebra. Madrid: Gredos, 1990.
- . *Sobre el alma*. Traducido por Tomás Calvo Martínez. Madrid: Gredos, 1994.
- Aristotle. *On the soul, Parva naturalia, On breath*. Traducido por Walter Stanley Hett. Cambridge, Mass. / Londres: Harvard University Press, 1964.
- Balmes, Jaime. *El criterio*. Crisol. Madrid: Aguilar, 1944.
- Baura, Eduardo, ed. *Estudios sobre la Prelatura del Opus Dei: a los veinticinco años de la Constitución apostólica «Ut sit»*. Pamplona: EUNSA, 2009.
- Bergson, Henri. *Pensamiento y movimiento*. Madrid: Aguilar, 1959.
- Blondel, Maurice. *La acción. Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.

- Bobbio, Norberto, Eduardo García Máynez, Helmuth Coing, y Luis Recaséns Siches. *Symposium sobre derecho natural y axiología*. México: Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, 1963.
- Borges, Jorge Luis. «El hacedor». En *Obras completas*, Vol. II. Barcelona: Círculo de lectores, 1992.
- Borobia, Jon, y Universidad de Navarra, eds. *Trabajo y espíritu: sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo: IV Simposio Internacional «Fe cristiana y cultura contemporánea»*. 1ª ed. Instituto de Antropología y Ética. Pamplona: EUNSA, 2004.
- Cárcel Ortí, Vicente. «Las relaciones internacionales de la Santa Sede durante el pontificado de León XIII». En *León XIII y su tiempo*. Salamanca: Publicaciones Pontificia Universidad de Salamanca, 2004.
- Casas, Santiago, ed. *El modernismo a la vuelta de un siglo*. Pamplona: EUNSA, 2008.
- . «En recuerdo de la crisis modernista a la vuelta de un siglo». *Anuario de Historia de la Iglesia XVI*, n.º 120 (2007): 27-33.
- . *León XIII, un papado entre modernidad y tradición*. Pamplona: EUNSA, 2014.
- Castro-Barrera, Eusebio. *Vida y trama filosófica en la UNAM (1940-1960)*. México: Edición del autor, 1989.
- Chadwick, Owen. *A history of the Popes: 1830-1914*. Oxford: Clarendon Press, 1998.
- Chesterton, Gilbert Keith. *The Flying Inn*. London: Methuen, 1946.
- Cicerón, Marco Tulio. *El orador*. Traducido por Antonio Tovar y Aurelio R. Bujaldón. 2ª ed. Alma Mater. Colección hispánica de autores griegos y latinos. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- Copleston, Frederick. *Historia de la Filosofía. De Maine de Biran a Sartre*. Vol. 9. Barcelona: Ariel, 1980.
- Dal-Gal, Girolamo. *Pío X, el Papa santo*. Madrid: Palabra, 1985.
- Dassmann, Ernst. «El “Lehbruch der Dogmengeschichte” (1885-1889) y “Das Wesen des Christentums” (1899-1900) de Adolf von Harnack». En *El modernismo a la vuelta de un siglo*, 85-109. Pamplona: EUNSA, 2008.
- De Torre, Joseph. *My personal memories of Fr. Reginald Garrigou-Lagrange, O.P. (1877-1964)*. Pasig City: University of Asia and the Pacific, 2001.
- Dostoievski, Fiódor. *Memorias del subsuelo*. Madrid: Cátedra, 2015.
- Drucker, Peter F. *The practice of management*. Oxford: Butterworth Heinemann, 2007.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría. *Es Cristo que pasa*. Madrid: Rialp, 1901.
- Évole, Jordi. «El Pilar». *Salvados*. España: La sexta, 25 de octubre de 2015.
- Fabro, Cornelio. *Percepción y pensamiento*. Pamplona: EUNSA, 1978.
- Fagen, Patricia W. *Transterrados y ciudadanos. Los republicanos españoles en México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Fontrodona, Joan. *Ciencia y práctica en la acción directiva*. Madrid: Rialp, 1999.

- Gadamer, Hans Georg. *Le problème de la conscience historique*. Louvain: Publications Universitaires de Louvain, 1963.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme, 1984.
- Gandler, Stefan. *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*. 1ª edición digital. México: FCE-UNAM-UAQ, 2015.
- Gaos, José, Ludwig Landgrebe, Enzo Paci, y John Wild. *Symposium sobre la noción husserliana de la Lebenswelt*. México: Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, 1963.
- García Bacca, Juan David, José Ferrater Mora, Henry Margenau, y T.A. Brody. *Symposium sobre información y comunicación*. México: Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, 1963.
- García López, Jesús. *El conocimiento filosófico de Dios*. Colección filosófica de la Universidad de Navarra 98. Pamplona: EUNSA, 1995.
- Gardeil, Ambroise. *La structure de l'ame et l'expérience mystique*. París, 1927.
- Garrigou-Lagrange, Réginald. *Dios. La existencia de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas*. Vol. I. 2 vols. Madrid: Palabra, 1976.
- . *Dios. La naturaleza de Dios. Solución tomista de las antinomias agnósticas*. Vol. II. 2 vols. Madrid: Palabra, 1977.
- . *El realismo del principio de finalidad*. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1949.
- . *El sentido común: la filosofía del ser y las fórmulas dogmáticas*. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1945.
- . *El sentido del misterio y el claroscuro intelectual*. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1945.
- . *La síntesis tomista*. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1947.
- Gascón Aranda, Antonio. *Compañía de María (Marianistas) en España: una contribución al desarrollo y a la evangelización (1887-1983)*. Vol. 1. Madrid: Servicio de Publicaciones Marianistas, 2002.
- Gelonch, Santiago. *Separatio y objeto de la metafísica: una interpretación textual del Super Boetium de Trinitate, q5 a3, de Santo Tomás de Aquino*. 1ª ed. Colección de pensamiento medieval y renacentista 30. Pamplona: EUNSA, 2002.
- Gómez Hoyo, Gonzalo. *Diccionario de economía y finanzas*. Navarra: Aranzadi - Thomson Reuters, 2009.
- González, Ángel Luis. «Ser personal y libertad». *Anuario Filosófico* XLIII, n.º 1 (2010): 69-98.
- Grube, Georges Maximilien Antoine. *El pensamiento de Platón*. Madrid: Gredos, 1973.
- Hartman, Robert S., Luis Curiel, Fritz-Joachim von Rintelen, y Daniel Christoff. *Symposium sobre valor in genere y valores específicos*. México: Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, 1963.

- Hesiod. *Theogony ; Works and days ; Testimonia*. Traducido por Glenn W. Most. The Loeb Classical Library 57. Cambridge, Mass. / Londres: Harvard University Press, 2006.
- Homero. *Odisea*. Traducido por Pedro C. Tapia Zúñiga. México: Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana (UNAM), 2013.
- Illades, Carlos. *El marxismo en México*. Una historia intelectual. México: Taurus, 2018.
- «In pace». *Romana: boletín de la prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, enero de 2010.
- Inciarte, Fernando. *El reto del positivismo lógico*. Madrid: Rialp, 1974.
- «Inscrutabili Dei Consilio. Sobre los problemas que atañen a la Iglesia y a la fe». En *Colección completa de las encíclicas de Su Santidad León XIII*, Vol. I. Valladolid: Tipografía y Casa Editorial Cuesta, 1903.
- Izquierdo, César. *Blondel y la crisis modernista*. Pamplona: EUNSA, 1990.
- . «Cómo se ha entendido el “modernismo teológico”». En *El modernismo a la vuelta de un siglo*. Pamplona: EUNSA, 2008.
- . «Correspondencia entre M. Blondel y A. Loisy a propósito de L’Evangile et L’Eglise». En *El modernismo a la vuelta de un siglo*, 111-45. Pamplona: EUNSA, 2008.
- Jaeger, Werner Wilhelm. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: FCE, 1982.
- James, William. *El significado de la verdad*. Traducido por Ramón Vilà Vernis. Barcelona: Marbot, 2011.
- . *Pragmatism*. The works of William James 1. Cambridge: Harvard University Press, 1975.
- . *Pragmatismo*. Traducido por Ramón del Castillo. Madrid: Alianza, 2016.
- . *The correspondence of William James*. Editado por Skrupskelis y Berkeley. Vol. 12. Charlottesville: University Press of Virginia, 1992.
- . *The meaning of truth*. The works of William James 2. Cambridge: Harvard University Press, 1975.
- . *The varieties of religious experience*. The Works of William James 13. Cambridge: Harvard University Press, 1985.
- Jiménez Galvez, José María. «España no logra frenar la tuberculosis al nivel de los grandes de la UE». *El País*. 24 de marzo de 2016, sec. España.
- Juan Morado, Guillermo. *También nosotros creemos porque amamos*. Roma: Pontificia Università Gregoriana, 2000.
- Juan XXIII. «Carta apostólica “motu proprio” “Dominicamus ordo”». En *La Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino en Roma: el papa Juan XXIII honra la orden dominicana*, 5-8. Roma: Officina Poligrafica Laziale, 1963.
- Kant, Immanuel. *Crítica del juicio*. Traducido por Manuel García Morente. Madrid: Espasa-Calpe, 2007.
- Llano, Alejandro. *Olor a yerba seca: memorias*. Madrid: Encuentro, 2009.
- . *Segunda navegación: memorias 2*. Madrid: Encuentro, 2010.

- Lobato, Abelardo. «Itinerario filosófico de R. Garrigou-Lagrange O.P.» *Angelicum* XLII (1965): 53-116.
- Machado, Antonio. *Obras completas*. Vol. LX. México: Espasa Calpe, 1981.
- Marías, Julián, John Passmore, Jean Wahl, y Nathan Rotenstreich. *Symposium sobre la argumentación filosófica*. México: Centro de Estudios Filosóficos-UNAM, 1963.
- Márquez Pemartín, Claudia. «Ontología del hombre en Eduardo Nicol». En *En torno a la obra de Eduardo Nicol*. México: Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, 1999.
- Marx, Karl. *El capital. Crítica de la economía política*. Traducido por Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.
- . *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Traducido por Wenceslao Roces. México: Grijalbo, 1958.
- Múgica, Fernando. «El habitar y la técnica: Polo en diálogo con Marx». *Anuario Filosófico*, 1996 (29), 815-849.
- Muguerza, Javier. «Adolfo Sánchez Vázquez: filósofo español en México, filósofo mexicano en España». En *Filosofía y circunstancias*, 11-21. Barcelona: Anthropos-UNAM, 1997.
- Navarro García, Ramón. «Análisis de la sanidad en España a lo largo del siglo XX». Instituto de Salud Carlos III-Ministerio de Sanidad y Consumo, 2002.
- Nicol, Eduardo. *Formas de hablar sublimes: poesía y filosofía*. México: UNAM - Instituto de Investigaciones Filológicas, 1990.
- . *La primera teoría de la praxis*. México: UNAM - Instituto de Investigaciones Filológicas, 1978.
- . *Los principios de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Nubiola, Jaime. «W. James y L. Wittgenstein: ¿Por qué Wittgenstein no se consideró pragmatista?» *Anuario Filosófico*, n.º 2 (1995): 411-23.
- Núñez, José Manuel. *Abstracción y separación. Estudio sobre la metafísica de Tomás de Aquino*. Universitaria 210. Pamplona: Cuadernos de Anuario Filosófico, 2008.
- Núñez Ladevéze, Luis. *Ortiz-Echagüe y Echaide. Artistas españoles contemporáneos. Serie arquitectos 48*. Madrid: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1973.
- Orlandis, José. *Años de juventud en el Opus Dei*. Madrid: Rialp, 1994.
- Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Barcelona: Austral, 2009.
- Peddicord, Richard. *The sacred monster of Thomism: an introduction to the life and legacy of Reginald Garrigou-Lagrange*. Indiana: St. Augustine's Press, 2005.
- Perret, Marie-Charles. «La notion d'exemplarité». *Revue Thomiste*, XIX, IV, n.º 96-97 (1941): 446-69.
- Pieper, Josef. *La prudencia*. Madrid: Rialp, 1957.
- Pindar. *The odes of Pindar (including the principal fragments)*. Traducido por John Sandys. The Loeb Classical Library 56. Cambridge, Mass. / Londres: Harvard University Press, 1978.

- Platón. *Apología de Sócrates / Fedón*. Traducido por Enrique Ramos Jurado. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002.
- . *Fedro*. Traducido por Luis Gil Fernández. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1957.
- . *República*. Traducido por José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano. III vols. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1949.
- Polo, Leonardo. «La cibernética como lógica de la vida». *Studia polaina*, n.º 4 (2002): 9-17.
- Poulat, Emile. *La crisis modernista (historia, dogma y crítica)*. Madrid: Taurus, 1974.
- Richardson, Robert D. *William James: in the maelstrom of american modernism*. Boston: Houghton Mifflin, 2006.
- Rodríguez, Pedro. *Opus Dei: estructura y misión. Su realidad eclesiológica*. Madrid: Cristiandad, 2011.
- Ruiz González, Carlos. «Elementos para una filosofía de la empresa en perspectiva antropológica. El valor humano agregado a la luz de diversas teorías sobre la empresa». Universidad de Navarra, 2012.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *A tiempo y destiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- . «Contribución a una dialéctica de la finalidad y la causalidad». *Anuario de Filosofía*. UNAM, 1961.
- . *Filosofía de la praxis*. México: Grijalbo, 1967.
- . *Filosofía y circunstancias*. Barcelona: Anthropos-UNAM, 1997.
- Segura Munguía, Santiago. *Nuevo diccionario etimológico latín-español y de las voces derivadas*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2001.
- Seneca. *Ad Lucilium Epistulae Morales*. Traducido por Richard M. Gummere. Vol. I. 3 vols. Cambridge, Mass. / Londres: The Loeb Classical Library, 1979.
- Séneca. *Epístolas morales a Lucilio*. Traducido por Ismael Roca Meliá. Vol. I. 2 vols. Madrid: Gredos, 1994.
- Sennett, Richard. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Solzhenitsyn, Aleksandr. *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1970.
- Taylor, Charles. *Hegel y la sociedad moderna*. México: FCE, 1983.
- Tomás de Aquino. *Cuestiones disputadas sobre el mal*. Traducido por Ezequiel Téllez. Pamplona: EUNSA, 2015.
- . *Cuestiones disputadas sobre la verdad*. Traducido por Ángel Luis González, Juan Fernando Sellés, María Idoya Zorroza, y Jesús García López. Pamplona: EUNSA, 2016.
- . *Exposición del «De Trinitate» de Boecio*. Traducido por José Antonio Fernández y Alfonso García Marqués. Pamplona: EUNSA, 1986.

- . *Opúsculos y cuestiones selectas*. 1: Filosofía (1). Traducido por Manuel Fernando Santos Sánchez, Juan Manuel Almarza Meñica y Antonio Osuna Fernández-Largo. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- . *Suma teológica*. Traducido por Santiago Ramírez et al. 16 vols. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1960.
- Vargas Villalobos, Laura, y Carmen González-Torres. «La revitalización de la educación del carácter en el ámbito psicoeducativo actual: aportaciones desde las ciencias de la prevención y la psicología positiva». *Electronic Journal of Research in Educational Psychology* 7, n.º 3 (2009): 1379-1418.
- Vigo, Alejandro G. «Autorreferencia práctica y normatividad». En *Practical rationality: scope and structures of human agency = Racionalidad practica: Alcance y estructuras de la accion humana = Praktische Vernunft: Tragweite und Struktur menschlichen Handelns*, 197-223. Reason and normativity = Razón y normatividad = Vernunft und normativität 1. Hildesheim: Olms, 2010.
- . «Prâxis como modo de ser del hombre. La concepción aristotélica de la acción racional». En *Filosofía de la acción. Un análisis histórico-sistemático de la acción y la racionalidad práctica en los clásicos de la filosofía*, 53-86. Madrid: Síntesis / Universidad Autónoma Metropolitana, 2008.
- Volpi, Franco. «¡Llega a ser lo que eres! La tarea de la filosofía práctica más allá de Kant». En *Practical rationality: scope and structures of human agency*, 225-38. 1. Hildesheim: Olms, 2010.
- VV.AA. *50 años Colegio Cedros. Una visión en décadas*. Ciudad de México: Fomento Educativo del Centro, AC, 2017.
- . *El Pilar, cien años de historia 1907-2007*. Madrid: Colegio Nuestra Señora del Pilar, 2007.
- Wesep, Hendrikus Boeve van. *Siete sabios y una filosofía: itinerario del pragmatismo*. Buenos Aires: Hobbs-Sudamericana, 1965.
- Xirau, Ramón. «Prólogo». En *A tiempo y destiempo*, 7-11. México, 2003.
- Zagal, Héctor. *Método y ciencia en Aristóteles*. 1ª. México: Universidad Panamericana - Publicaciones Cruz O., 2005.
- Zorcolo, Bernanrdo. «Bibliografía del P. Garrigou-Lagrange». *Angelicum* XLII (1965): 200-271.